# Beasts of The Dark Age / I

## Pandemónium



**Acto I y II**

Diseño de cubierta: Grandfailure

**Inciso**

La siguiente historia reúne los "géneros" de drama, acción, fantasía, aventura, horror y pinceladas de comedia.

Lectura recomendada para mayores de 17 años...
(Pero si el lector tiene menos de esta edad tampoco pasa nada)
... debido a cierta carga de violencia, lenguaje soez, sexualidad y temas que pueden resultar delicados como la fe

v 1.0

*Un millón de agradecimientos a los autores que nutrieron mi imaginación con lo espléndido de sus canciones...*

*All Good Things*
*Angelflare*
*Arch Enemy*
*C21 FX*
*Christian Reindl*
*David Chappell*
*Elias Nilsson*
*Enya*
*ERA*
*Eurielle*
*Garmarna*
*Ghost*
*Globus*
*Heilung*
*Jaxson Gamble*
*John Dreamer*
*Krale*
*Omnia*
*Powerwolf*
*Skáld*
*Tommee Profitt*
*Tracey Chattawat*
*Two Steps From Hell*
*Zack Hemsey*
*Zergananda*

*Y al arte del videojuego…*

*Age of Empires*
*Age of Mythology*
*Assassin's Creed Chronicles*
*Civilization*
*Crusader Kings*
*Diablo*
*For Honor*
*God of War*
*Hellblade*
*Horizon*
*Shadow of the Colossus*
*Baldur’s Gate*
*Total War*

# Presentación

*Bestias de la Edad Oscura. Una prosecución de una contienda entre distintos reinos e imperios humanos que han batallado entre sí desde el inicio de los tiempos, para prevalecer como la más grande de las civilizaciones. Sin embargo, la repentina aparición de una colosal y extraordinaria raza de criaturas en torno al año mil ha hecho que los soberanos de todo el mundo centren gran parte de sus fuerzas bélicas en su propia supervivencia y no en la expansión de su supremacía.*

*En esta novela, el autor fusiona diferentes conceptos históricos del mundo real (como la cultura celta y su religión) con ideas del ámbito fantástico de las que resaltan la magia de sangre, los Dádivas y Demogorgones. De esta forma, seremos capaces de dilucidar enfrentamientos entre sociedades que en la historia humana jamás llegaron cruzarse en sus épocas de apogeo o decadencia, y algunas otras las cuales son el resultado de una drástica combinación de culturas.*

*En el primer número de esta saga de fantasía, celtas y cristianos se mantienen enzarzados en una guerra de la que nunca se ha anunciado abiertamente su final; centésima iteración de un ciclo interminable de odio tan antiguo que no se puede aseverar con certeza quién lanzó la primera piedra y a quién le corresponde la verdad.*

*El cristianismo es la religión absoluta en una nación próspera que responde al nombre de Dranova, donde la gloria de la inmensa mayoría de las especies que consideramos fantásticas ha tocado a su fin a manos de una carnicería titánica conocida como la Gran Mortandad. Culpa de los ideales divinos y hegemonía que los fanáticos han creído poseer desde su consumación como obradores de una deidad.*

*Y entre fanáticos, se hallan también, los celtas, juntos como un pueblo al borde de la extinción, al que se le ha instruido durante siglos en el rencor, las penurias y una ambición que sueña con recuperar sus tierras ancestrales y su gloria de antaño.*

*Una prolongada batalla a tres bandas, por la supervivencia, el poder, los valores e ideales entre fanáticos, incrédulos y criaturas quiméricas forma parte del eje central de esta trama que gira en torno a Reyes, caballeros, brujos, hechiceros, Bestias y creencias.*

**Autor de Bestias**

*Aun cuando aquí las haya,*
*No será un cuento de Hadas,*
*Pues en toda era de la Humanidad,*
*Ha tenido cabida la oscuridad.*

*El Diablo y los secretos que esconde moran en los detalles.*

# Ad Bestias

El fragor hirviente de ira con la que aquella Bestia los invocaba a la batalla había hecho enloquecer a su montura, de tal manera que no vio de otra que descabalgar y permitir que se fuese corriendo, desbocada. De lo contrario, lo habría arrojado al suelo a la menor oportunidad.

« Si no se trata del Rey, ¿quién si no? » Lo cierto era que, cuando se encontraba entre los celtas desconfiaba hasta de las moscas que pasaban volando. Cualquier malnacido habría osado traicionarlo con tal de alzarse como vencedor.

Trató de reunir a tantos espadachines y lanceros cuanto pudo, en su mayoría guardias preparados para socavar robos, violaciones y peleas de borrachos; otros eran incluso menos diestros, constituidos por celtas jóvenes o de poca monta y uno que otro brujo al que habían reclutado para pelear por la causa. Ninguno de estos últimos se había presentado a más batalla que a la que libraban contra un trozo de pollo en la mesa o una competencia de bebida.

Sin embargo, el lord quien los comandaba era cosa aparte. O al menos era lo que este se repetía en momentos en los encabezaba a casi un centenar de soldados en contra de… de aquello.

Había encarado a *Léviathan* con una espada en manos, y a diferencia de muchos otros, había vivido para contarlo. Y sin restarle importancia a otros méritos, no se había curtido como noble señor contando monedas ni haciendo favores a las personas indicadas. Todo lo que albergaba en su haber se lo había ganado con esfuerzo y estrategia.

No había dirigente más capaz en aquel bando, se remarcaba cada vez que de entre los edificios se hacía escuchar un estruendo que bramase incontables veces más atroz que las aguas rompiendo contra la costa; espantoso como una garganta que agrietase el cielo con su voz.

Algún que otro desdichado se les unió en el camino, y no precisamente por voluntad propia. A los hombres que se encontró corriendo en dirección opuesta, los detuvo a punta de espada, les tendió un arma y a fuerzas los colocó en la vanguardia como carne de cañón. No era tan estúpido como para darles la espalda. Si los celtas y brujos que llevaban con él unas semanas constituían una lealtad cuestionable, aquellos últimos reclutas eran el colmo de la alevosía. Pero no le quedaba más remedio.

— Sea quien sea ese, muchacho — le dijo a modo de palabras de aliento a un brujo, cuyas manos temblaban tanto que daba la impresión de que se le caería la lanza en cualquier momento. —, es imposible que haya recibido el Ritual de Dominio. Solo los druidas han conservado ese conocimiento en estas tierras. No puede liberar a la Bestia. — Estuvo a punto de exigirle que difundiese a voces aquel discurso barato a sus compañeros, cuando resolvió reunir el suficiente aliento para hacerlo por cuenta propia.

Alguien clamó para que esperasen el apoyo de la nueva Reina y sus esbirros, pero el lord comandante se negó. Ya había tenido suficiente de ella, de su demencia histérica y de sus sandeces de niña.

« Una estocada. »

— Una estocada de lleno en el corazón y será historia. ¿Me escucháis? Una estocada bien dada. — « Una estocada. Eso será suficiente… ¿Verdad?»

Más adelante, a medida que los estruendos de la beligerancia comenzaban a llegarles con más fuerza, vio la duda reflejarse en los rostros de sus hombres.

— ¡No lo olvidéis! Una Bestia sin ritual es poco más que un hombre cualquiera. Podemos contra eso. Nosotros somos más — les estaba diciendo, cuando una ligera neblina espoleada por el viento los fue rodeando con su manto —. Cien novísmos de oro a quien le de muerte al Demogorgón. Cien de plata a quien preste su ayuda. ¡Matadlo y os haré ricos!

Existía la pequeña posibilidad de que aquello hiciese que se mataran los unos a los otros una vez hubieran acabado con la Bestia, pero no podía impórtale menos. El fin de su cometido justificaba los medios, se decía a sí mismo comúnmente. No había forma en la que concibiera una vida sin todo lo que deseara y arriesgase hasta el momento. La muerte o la victoria eran sus únicas salidas.

Un grito desgarrador, inhumano sacudió el aire. Y la vanguardia de su compañía echó raíces allí donde se encontraba, una vez les brotó el pavor en las entrañas. Los que venían detrás los imitaron, él incluido, como si les hubiesen robado el vigor y los deseos de batalla de un soplido descomunal. Aguantó la respiración.

— ¿Poco más que un hombre cualquiera? ¿Escucháis eso, mi lord? — preguntó Adam Radnor, tan acobardado como molesto, apuntando con su espada al origen de aquel rugido que se escondiese entre las calles cercanas.

El lord comandante advirtió el miedo en sus ojos, y sintió deseos de matarlo allí mismo. Su cobardía no traería más que discordia al grupo.

« No puede. No es posible », repasó en su mente, mientras hacía oídos una vez más a la vehemencia de aquella Bestia de mil infiernos.

No había manera de que no fuera un Demogorgón. El rayo de luz gigantesco que había ascendido al cielo un minuto atrás era el heraldo que se describiera durante siglos como el resurgimiento de una nueva Bestia. Pero al mismo tiempo era impensable que se tratase del Rey. ¿O acaso había perdido el control? Porque era demasiado pensar que él o alguien más los traicionase.

Era sabido que, sin el debido Ritual de Dominio, a un Demogorgón no le era posible convocar a la Bestia que yacía en su interior. Era sabido por todos los límites de una Bestia Inarmónica, como la hacían llamar; un hombre con solo la potestad de unos pocos. Y no de mil soldados. Algo sobrehumano, pero a lo que se le podía dar muerte todavía.

El aire gélido y ominoso se volvió rápidamente una nube espesa que costaba tragar. Era una niebla insólita, de naturaleza inquieta. Y no era nada loco imaginar que fuera

engendrada por los poderes del Demogorgón. Tan pronto como el lord comandante y los suyos se vieron sitiados por ella, cesaron los rugidos de la Bestia.

Se hizo un silencio espectral en el que a menudo solo le llegaba el sonido del viento. Las respiraciones agitadas de sus hombres no comenzaron a escucharse hasta más tarde, como si poco a poco fueran comprendiendo a lo que se enfrentaban, como si el silencio insospechado que guardaba aquel demonio fuera una señal de acecho que infundía miedo en sus corazones tanto como sus rugidos. Y entre ellos se contagiaron enseguida los sudores y las miradas de nerviosismo.

Su comandante miraba a todos lados, hundido en un mar de incertidumbre, y perdiendo más a cada segundo la noción del norte. Les ordenó a gritos a sus cien soldados que formasen un círculo y se cubriesen las espaldas los unos a los otros. Para aquel punto, si en alguno de estos desgraciados cundiese la cobardía y desertaba, corría el riesgo de encontrarse de bruces con el enemigo.

— Allí. ¿Qué es eso? — apuntó a su izquierda uno de los brujos, con el miedo aflorando en su voz.

Se vio en la obligación de entrecerrar los ojos, y a duras penas vislumbró una tenue luz azul y sin forma aparente. La niebla era tan espesa que se hacía sofocante y cegadora. Por ello no comprendió al segundo que aquellos ramales de luz se aproximaban al grupo. Solo cuando estuvieron a unos veinte pasos de distancia, observó que una cabeza y dos brazos acompañaban su movimiento.

Adam Radnor, tiritando a su lado, se retiró un paso.

— Nada de eso. — le advirtió el lord comandante al recluta.

Y los observó temblar a más de uno, avasallados por un frío que acuchillaba la piel hasta alcanzar los huesos. Quiso adjudicarlo a esto y no al hecho de que se consumiesen de terror por lo que tenían delante.

Pero cuando buscó posar su vista sobre la silueta del enemigo, lo que fuese aquello ya no estaba. ¿Se había tratado solo de un delirio? Todos parecían haberlo visto…

Cerró los ojos, y se permitió respirar de nuevo. Oyó entonces al silencio romperse con un estallido sónico, como si la tierra se estuviese quebrantando a su espalda. Consiguió verlo de reojo. El Demogorgón golpeó con la rapidez y la potencia de un rayo. Y en el acto, el cuerpo de un hombre salió despedido al aire, volando junto a su voz sobrecogida y sin palabras. Aterrizó a diez metros más allá, con medio torso mutilado. Aún gritaba de dolor.

El grupo de soldados rompió filas de inmediato, pero quien vestía la piel de la Bestia no consintió los deseos de salvación de nadie. Descargó un golpe al costado de un recluta de la guardia, y fue como si el espacio alrededor de su brazo se transformase en una ráfaga de… de… La incredulidad y la desesperación del comandante lo definieron pronto como una mezcla de llamas azules y vapor que dio muerte por el frío tanto al hombre al que había impactado como a quienes se encontraban a pocos metros.

Tenía la estatura de un hombre común. Dos brazos y dos piernas. Todo lo demás era innatural. De aspecto amedrentador con su rostro airado como el de un animal, con las lágrimas negras aflorado de sus cuencas desorbitadas y unas líneas azules como

tatuajes en la piel que se iluminaban incluso por debajo de sus ropas. Yacía envuelto en un aura azulada y blanca de vapor y luz.

Cuando el lord pestañeó, ya no estaba entre ellos.

En un momento dado, su vista se vio ahogada por un rostro amigo, cuyo nombre no podría recordar, aunque lo torturasen. Aquel sujeto le escupió unas palabras con tanto empeño que le saltaron diez venas distintas en el cuello y la frente. Sin embargo, no consiguió escuchar su voz. Ni tampoco la de ningún otro que gritaba. A causa de aquel golpe y del espasmo sus oídos no atrapaban del entorno más que un violento pitido. Se preguntó entonces si se había quedado sordo.

Supo que no, en cuanto la criatura les cayó encima nuevamente.

Cada ataque que lanzaba era atroz. En una mezcla de vuelo y salto, el Demogorgón le descargó un zarpazo a otro hombre, y lo atravesó como si su cuerpo estuviera hecho de papel. Aquel demonio pareció resentirse del último impacto que había asestado, llevándose una mano temblorosa al rostro, pero no tardó ni dos segundos en manifestar de vuelta su poder. Iracundo y lejos de cualquier mesura, se giró entre alaridos hacia uno de los brujos, quien lejos de hacer algo, se quedó paralizado, incapaz de mostrarle al enemigo sus habilidades.

« No es posible. » El lord conservaba la espada aún en la mano, pero las piernas no le respondían. El miedo lo mantenía prisionero, como de igual forma sometía a sus compañeros que restaban en pie. Una Bestia no era ser que diese tregua alguna.

Se movía casi tan rápido como una flecha. Dos de cada tres morían incluso antes de caer al suelo. A un soldado le hundió la armadura de metal contra el pecho de un puñetazo imposible para otros mortales; al siguiente desafortunado lo cogió por una pierna para hacerlo girar una vez y arrojarlo sobre la tropa con descomunal ímpetu; al tercero le destrozó el cuello de un codazo incluso antes de que este pudiese sacudirse la llamarada azul que habían surgido como destellos de sus previos golpes. Y en breves, con una rapidez de pesadilla, sus aliados se contaron con los dedos de una mano.

Vislumbró, tendido en el suelo, con odio y recelo entremezclados, como el cobarde de Adam Radnor huía con éxito y se perdía entre la espesura de la niebla. Muchos eran los que habían intentado lo mismo, presas del miedo, y pocos quienes lo consiguieran. De entre todos los que se habían quedado para morir en el campo de batalla como valientes guerreros, solo uno se había procurado con la hazaña de ponerle las manos encima al Demogorgón.

— Y qué lejos estuve de matar al desgraciado. — masculló el lord comandante.

Se incorporó aturdido con ayuda del único brazo que le restaba, y cogió la espada con su mano menos hábil para el combate, con ínfulas de grandeza encendidas en el pecho y nada más que una esperanza loca entre las sienes. Se acercó arrastrando uno de sus pies, entreviendo una oportunidad.

Después de la masacre que supusiera el enfrentamiento, por un motivo que no se explicaba, el Demogorgón había caído al suelo de rodillas. Con las manos en la cabeza, se mecía entre temblores. Una escarcha blanquecina lo abrazaba, y de él salía despedido

un efluvio como tiritas de vapor. A punta de lágrimas y una rabia imperecedera, gruñía como si su alma guerrease para salir de su cuerpo.

El lord apretó la empuñadora de la espada, para darle fuerzas a su brazo trémulo y echar al olvido todo el dolor y el frío. Y cuando se ilusionó con haberlo tomado desprevenido, el crujir de una pisada contra la escarcha en el suelo bastó para que aquella maldita criatura levantara la cabeza. Le dirigió una mirada sombría de ojos por completo negros, como si vacías se hallasen sus cuencas. El lord antes que nada le lanzó un chillido. La estocada al corazón vino de su mano un instante después, desesperada, endeble y temerosa.

Pero la Bestia detuvo con facilidad enorme su ataque al cerrar la mano en torno al filo de la espada.

« No. No es posible que puedas liberarla »

Oyó a aquel grito humano degenerarse con estridencia en un bramido como ningún otro. Las marcas en su piel y el aura del adversario se intensificaron hasta deslumbrar todo lo que había en el mundo. Una explosión de luz fue lo último que el lord comandante presenció antes de conocer la oscuridad.

# Mary I

Sobre el cántico de susurros de un millar de voces en trance, los robles del bosque se bañaron de luces azul marino y gris plateado, cuando Iloura desató las llamas danzantes del Fuego Fatuo. La pira de hojas y ramas caladas en sangre y hechizos rojos se acomodaba en torno a la plataforma principal en un enorme círculo semicerrado. Los dedos del Fatuo punzaban el aire y siseaban con fervor, allí donde los arreglos de runas se habían colocado celosamente sobre los bloques de piedra de un monumento celta para que su lumbre no devorara todo a su alrededor.

— Soberbia, certidumbre y cierta satisfacción por morir — comentó Iloura con indudable desconcierto. —. Era un cristiano fuera de lo común.

Mary Blood mantuvo bien abiertos sus ojos de lapislázuli que salpicaban destellos de luz al pie del cadalso, observando la noche enardecida y manteniendo, para variar, la boca cerrada.

Por su parte, a Kairo parecía no sorprenderle la valentía con la que el piadoso había enfrentado la muerte, y mucho menos el mensaje con la que su sangre transmitió sus últimas palabras después de haber perdido la voz y la vida.

— Un vínculo desesperado entre el miedo y la ignorancia te harán ver las cosas desde otro punto de vista. Pobre imbécil.

La sangre del hombre que los oteadores habían capturado nutría a las llamas del Fuego Fatuo con las emociones que había sentido segundos antes del aliento final.

Por lo que sabía, Iloura era ya casi tan diestra como su maestro para interpretar al Fuego Fatuo y controlarlo, pese a que fuera demasiado joven para considerarla una hechicera a plenitud.

— Escuché que trajo consigo a una mujer de extraños ojos que se hincó de rodillas sin siquiera pedírselo y que habló durante todo el camino como si conociera a sus captores. ¿Dónde estará ahora?

— Si no compartió las llamas con su esposo, ¿dónde te piensas que está? — La voz de Kairo se inclinaba a la indignación cada vez que su compañera parecía pasar por alto lo obvio, cosa que ocurría a menudo.

— Vale, así que la llevarán con Azus. No seas tan antipático.

El murmullo suplicante de los druidas y los prosélitos más entusiastas se alzó junto a sus cuerpos reunidos en el acto de sacrificio a los *Tuatha Dé Danann*, hijos de la Diosa Madre Danu, dioses de los celtas. Ante al viento que ululaba con lisura, vestían poco más que pantalones de lino harapiento, mientras sus pieles desnudas se teñían con la tinta escarlata y negra propia de la festividad. Se ordenaban todos alrededor del *crómlech*, santuario de un pasado distante de piedras medio enterradas en la hierba sobre las que se ejecutaba el ritual. Eran tantos los ojos clavados en el Maestro de Hechiceros que la mayoría de sus rostros de pinturas cadavéricas se perdían en la oscuridad del bosque que el fuego no alcanzaba a abrigar con su manto.

A espaldas de Mary, la conversación de sus compañeros se prolongaba entre susurros, pese a que les habían ordenado específicamente hacer todo lo contrario.

— Ojalá no armaran tanto barullo los prosélitos — siguió Iloura. — Si los dranovenses nos descubrieran, serían los últimos en prestar sus armas.

« En la sangre de un Humano hay un poder como ningún otro. », escuchó decir desde sus adentros a la voz rumorosa de Balaam. Mary acostumbraba callar solo cuando dormía, mas las voces en su interior no lo hacían ni en sueños.

— Todo necesitamos de los dioses — se molestó Kairo, el único devoto entre la terna. —. Los verdaderos dioses. Además, si algo llegara a ocurrir, Raster y su bandada de inadaptados serían los primeros en saberlo.

« Te equivocas, idiota — escuchó a Sekhmet enojarse una vez más. Siempre hablaba a gritos entre sus oídos. —. No existe nada tan poderoso como la sangre de un Demogorgón, nada tan poderoso como un hombre convertido en Bestia. »

— Silencio. — espetó Mary con severidad sin dirigirse a nadie en concreto, y al instante, todas las voces cesaron. Pronto llegaría el momento para consumar la Ceremonia de Inmolación, y Laparc no era maestro que tolerase la profana habladuría en un acto tan sagrado como la festividad de las hogueras de Beltane.

Velada que marcaba el comienzo del verano, estación de luz, anhelos y revelaciones. Beltane valía para invocar que el escaso ganado no enfermara y que la caza fuera provechosa. Para celebrar la fertilidad y la floración… Y para colmo, Mary había sido obligada a participar cada año desde que llegase a la tribu.

Encerrada en el círculo de runas sangrientas, el ardor del Fatuo la hacía evocar hilillos de sudor. Las sensaciones no iban más allá a la sofocación y el hedor espantoso que la sangre consumida por las llamas desprendía. Pero así era la magia roja: feroz, corruptiva e imperiosa, digna de cualquier suplicio. Aunque para aquel entonces, beber de la sangre era más un dulce vino que una tortura. Al fin y al cabo, la sangre la había marcado de por vida: era la raíz de sus poderes de Dádiva y la razón de su nombre. Todos en la Horda lo sabían, incluyendo a los dos ineptos que la veían desde atrás, desde un palmo más arriba.

Todos casi siempre eran, al menos un palmo, más altos que Mary.

El final se anunció pronto, cuando su maestro les indicó que subieran a la plataforma con un simple movimiento: levantar la cabeza cercenada del hombre dado en sacrificio por encima de la suya. Al momento se escuchó el tañido de los tambores, un ritmo grave y coordinado de docenas de manos, acompañado por los cánticos de los prosélitos, quienes habían cesado de implorar favores a sus dioses, para unirse a una estrepitosa danza tribal de mil almas.

Aunque en el pasado Mary había vivido aquel instante cuantiosas veces, siempre le erizaba la piel recibir la sangre y el cuerpo del ganado cristiano. Agradeció distanciarse un tanto del calor horripilante que el Fatuo expelía al consumir el aire a su alrededor.

Laparc, aquel grotesco y consumido anciano, observaba con rigor esculpido en sus arrugas a sus discípulos, mientras la sangre del piadoso que sostenía entre sus manos le bañaba el rostro a cuentagotas. Era un auténtico genio en cuanto a la magia roja, sí, pero

venía siendo hora de que se jubilara. Llevaba tantos años portando el penacho de plumas de cuervo, el collar de cráneos de dragón bebé y los brazaletes de piel humana endurecida, que probablemente ya estuvieran fundidos a él y a su hedor de viejo. Más temprano que tarde, devendría demasiado débil para llevar el cargo, y como todo viejo en la Horda de las Bestias sería dado en sacrificio, como les había ocurrido a sus antepasados.

Cuando la terna se hubo acomodado en sus lugares, arrodillados y con la vista hacia las estrellas, el Maestro de Hechiceros procedió a ungirlos con el néctar de brebajes, pócimas encantadas con sangre y palabras vacías de la antigua lengua de los druidas.

— ¡Estos tres son los que por tanto han de agradecer cada mañana! — Sus palabras sonaban pastosas y solemnes a la vez. — ¡Estos tres son el motivo por el que todo aquel que ose desafiarnos ha de permanecer despierto por las noches! ¡Junto a nuestro poderío, estos tres son la lluvia de fuego que la tierra quemará!

La furia de aquel lobo veterano brotó con la misma pasión y euforia que la de un alma joven por todo lo que duró su discurso. Pero al escribir las runas de amparo en su rostro con la tinta de los especieros, Mary se percató que los dedos débiles y rugosos de su maestro se estremecían inhábilmente como gusanos revolcándose en la tierra.

Su mente continuaba afilada y su conocimiento era vasto, pero poca utilidad tenía Laparc si no era capaz de conjurar un hechizo simple con precisión.

« Será pronto — pensó sin animarse a mostrar la mínima expresión. — el día en que seas polvo y yo la Maestro de Hechiceros de la Horda, de la que Dranova entera se lamentará día y noche por torturarla y mutilarla. »

Mary prestó su vista al abismo de sus parpados, y de allí en adelante se dedicó a escuchar la ceremonia. La música murió de pronto y el canto de los prosélitos acogió los últimos momentos de los dados en sacrificio: ancianos, en su mayoría, y algún pobre niño nacido en fiebres. La vida entre los bárbaros era incluso más cruel con aquellos que hubieran nacidos con discapacidad o caídos enfermos en algún momento. No había sitio para los débiles, cuando la supervivencia era una oportunidad que debía ganarse y las manos escaseaban más que las bocas a alimentar.

Los únicos alaridos de dolor que se percibieron entre las decenas de gargantas cortadas fueron los de aquellos que no estaban dispuestos a morir por la causa. Prisioneros de cualquiera de los pueblillos o granjas a los que asaltaban.

Poco después de consagrarse con el cuerpo y la sangre del ganado, las frases y el hechizo final de su maestro la arrastraron a un trance, tal y como tenían previsto por ritual.

Cuando las voces en su cabeza la despojaron del sueño en el que se había sumido, la noche era todavía joven, tanto que afuera de su tienda las palabras de sus hermanos y hermanas retumbaban con ferocidad junto a la cena tradicional que compartían. Un escueto pan de avena que llenaba más el espíritu que el propio estómago.

Como tantas veces en el pasado, la cabeza le zumbaba al despertar de la Ceremonia de Inmolación y el aliento le apestaba con un desagradable regusto a carne de «fieles». O más bien «infieles». Para una fracción de la Horda, los cristianos no eran más que eso

por no adorar a sus dioses. Pero, a decir verdad, con tantas deidades regadas por el mundo de algún extraño modo todo hombre, mujer y niño era un infiel a ojos de otro. De cualquier manera, Mary nada odiaba más que a los cristianos adoradores que la persiguieron y la marcaron por ser una Dádiva y una hechicera de sangre.

El recuerdo le amargó la noche.

En esta ocasión fue Belial, uno de los muchos amigos que vivían en sus pensamientos, el que prestó su voz profunda y penetrante para hablarle.

« La mujer de la que hablaban aquellos dos, ¿la recuerdas? »

— Sí, la esposa del hombre al que desangramos — habló fuerte y claro para su compañero más coherente, quien, a diferencia de los otros, se mostraba con ingenio y buen juicio. — ¿Qué hay con ella?

« Llegó aquí junto al hombre que abrió la ceremonia con su sangre. Sabes también como yo lo que ella es. ¿Qué no sientes curiosidad de ver que le ocurrirá? Venga, vamos. »

Un momento más tarde, descubrió que Belial tenía razón. Siempre la tenía. Mary se irguió envuelta en la oscuridad de su pequeñísima tienda de pieles, y atravesó buena parte del campamento hasta llegar al pabellón, la tienda de mayor tamaño entre el centenar y medio que había dejado atrás. Semioculta entre la maleza, la tienda de Rex Azus yacía custodiada por dos guardias andrajosos con picas de dos metros y expresiones tan desgraciadas en sus rostros que ni un eunuco en un prostíbulo podría tener.

Mary llevaba el cabello castaño rojizo suelto por sobre los hombros y un par de ojos del más puro azul que existía. Las plantas de sus pies se encontraban rígidas como el cuero endurecido, puesto que siempre caminaba descalza a donde fuera.

— ¡Eres la mierda más inútil y horrenda que he visto en mi puta vida! — El rugido ronco de Brynjar Berzerk azotó como un rayo, cuando pasó por debajo del alerón de la tienda. — ¡Te ordenamos que trajeras carne! — Lo siguiente que se escuchó fue un manotazo y el crujir del cuenco al caer al suelo. — ¡Nada de frutas!

— Pe-perdonadme, mi-mi lord — farfulló una voz que no conocía —. No hay... Es que no pretendía… — Y un puñado de carcajadas se presentó delante antes que cualquier rostro que yaciera en el interior, una de las cuales opacó al resto con su estridencia casi fingida.

— ¿¡Qué tengo cara de lord!? — Brynjar estaba que se ahogaba en su propia risa. La saliva que escupía al expresarse a gritos le abarrotaba la inmensa barba hirsuta y pelirroja.

Al otro lado de la umbría tienda, un hombre de rostro congestionado se alzó de su silla con una jarra colmada de ron en la mano.

— Con lo que hiciste la última vez que te emborrachaste, vikingo… — Y el chiste continuó, asqueroso, sin gracia y gastado al igual que las últimas cinco veces, por lo que Mary recurrió a las voces de su cabeza durante unos segundos para que ahogaran sus palabras.

Todos rieron nuevamente, con carcajadas que se mantuvieron por más de un instante, a excepción de un hombre. Aquel que se encontraba sentado sobre una robusta silla de madera al fondo, solo amenazó con esbozar una ligera sonrisa. Azus no era hombre que riera con facilidad.

— ¡Pero si siempre estoy borracho*! ¡Ja, ja!* ¿De qué oveja me hablas? ¿Patie? — La expresión del gigantesco hombre pasó de una alegre risotada a un gesto de perro rabioso al voltear hacia el esclavo que recogía las frutas del suelo. — ¿¡Qué haces, carroña!? ¡A por la carne!

El muchacho, de no más de quince años calculó Mary, palideció, se levantó de súbito, y después palideció un poco más. Llevaba la cabeza rapada y una desastrosa túnica de lino, como todo esclavo. Con ambas piernas obstaculizadas por grilletes, se precipitó a salir entre trompicones de pasos cortos. Y cuando se encontró de bruces con Mary en la penumbra de la entrada, su vejiga estuvo a nada de aflojarse.

— Madre de Dios. — balbuceó.

Los ojos de Mary Blood bebían de la poca luz que los rodeaba con un brillo azul antinatural que daba la impresión de ennegrecer el resto de su semblante. Sus piernas y brazos se ocultaban también tras un velo vaporoso de oscuridad, de modo que el vestidillo blanco sin mangas que llevaba parecía flotar en el aire.

— Lárgate, corderito — le soltó con desdén gélido. En cualquier otra ocasión, habría soltado una risa tan chillona que eclipsaría a la de Brynjar, pero no se encontraba de humor.

Azus se inclinó hacia adelante en el asiento de honor de la tienda.

— Miren nada más. Es la capitana de mis Interfectos. — Su voz era casi tan profunda y áspera como la de su fiel amigo Belial.

« Nuestros Interfectos — escuchó de Balaam. —. De nadie más. »

— ¿Dónde está ella? — inquirió con su irreverencia habitual. El muchacho la rodeaba cuidadosamente para marcharse entre el tintineo de sus cadenas.

Brynjar *el Vikingo* era el que más se hacía notar: casi dos metros de una grotesca combinación de músculo y grasa. Con brazos como los de un gigante y la tripa de un tamaño descomunal. Segundo Oficial recién nombrado.

— ¿Quién? — Cuando el Rey alzaba la voz, el resto guardaba silencio.

— La cristiana de extraños ojos. La que han capturado esta mañana. Quiero verla.

— Aquí está — Y el corazón se le arrugó de puro sentimiento al escuchar su voz. Sonaba como *Ramsey* tras su yelmo de hueso.

Los observó con ojo avizor, en busca de su amado entre tantos rostros e ignoró lo que tuvieran para decir. Hasta que la palabra de una mujer se hizo escuchar.

— Detrás de ti, Mary Blood.

Mientras se giraba, Azus se levantó de su asiento, y se elevó a la misma imponente altura que Brynjar. Su cara era una maraña de expresiones imprecisas tras el rastro de una vieja cicatriz que serpenteaba desde el mentón hasta su frente, reptando sobre el puente de la nariz y colándose cerca de un ojo. No había quedado tuerto de milagro.

— ¿Conoces a esta mujer, Histerismo?

«Histerismo», odiaba que la llamaran de esa forma. Pero lo dejó pasar.

Se volvió hacia la entrada de la tienda. Llegó a advertir a la mujer de reojo, pero su mirada se concentró realmente en el hombre que yacía a sus espaldas. El cráneo de carnero mastodonte que ocupaba como casco impedía ver lo atractivo que era, pero siempre llevaba el recio, hermoso y definido torso al aire.

— Odia que la llamen de esa forma — siguió la mujer, dando un paso al frente. —, ¿no es así? La pone histérica. Lamento decepcionarte, Mary, pero no soy quien tú crees. No hay cristiano alguno en esta habitaci…

Ramskull le cerró la boca a la mujer con un manotazo de revés.

— Le gusta hablar — anunció para todos. —. Se regodea al ver nuestro desconcierto acerca de lo que sabe. Debimos cortarle la lengua a ella y a su captor que no fue lo suficientemente inteligente para cortársela desde un principio.

— ¿Y bien, Mary? ¿Qué sabes de esta mujer? — insistió Azus con tono brusco, mientras otras voces apoyaban la moción.

A la tenue luz de las ascuas moribundas, nada en ella parecía familiar. Su ceño era formidable; su cabellera, sucia y desarreglada; los labios secos y agrietado; de un rostro curtido por la intemperie y años no muy alegres. De lejos lo que más aturdía a la vista eran sus ojos rasgados, en forma de almendras, que miraban a todos con sumo sosiego. Ojos que habría creído solo se encontraban en los paises más orientales del mundo como Akerudaichi o aquella otra nacion cuyo nombre era más complicado.

— No la he visto en mi vida. — Sentía que la habitación entera la observaba.

— Parece conocerte muy bien.

— Parece conocer a todos muy bien. — apuntó Ramskull, empujando a la mujer para que se acercara al Rey de la Horda de las Bestias.

— No estimo en nada la lentitud — declaró Azus. —, el misterio ni los rodeos. Di quién eres y lo qué sabes. Lo que escuche podría resultar para ti en una muerte más o menos dolorosa.

« ¿Por qué todos tienen que ser más altos que yo?», fue lo único que a Mary le interesó, cuando Azus se situó a su lado. La misteriosa mujer era al menos unos cuantos dedos más alta, si bien casi igual de macilenta que ella.

— Pero moriré de todas formas. — reconoció la mujer de aspecto inusitado. — ¿Qué importancia tiene quién sea? — Hizo una pausa, y desnudó los dientes en una sonrisa. — Me llamaron Jensen cuando llegué a esta nación. Lo que sé, por otro lado, estoy bastante segura de que será de tu interés, Raymond Hailstone. Te llamaría ser Raymond, pero perdiste ese título hace años.

Las comisuras de la boca de Rex Azus se fruncieron en un horrible gesto de desagrado. No le satisfacía oír aquel nombre después de tanto tiempo. Un silencio se orquestó en la tienda de campaña, y los ojos de todos pasaron a observar al Rey a la espera de sus acciones. Según dictaban las leyes, estaba prohibido pronunciar el nombre de nacimiento de quien hubiera elegido otro nuevo como insignia dentro de la Horda. Sin embargo, Raymond se mantuvo al margen.

— Eso amerita que me corten la cabeza, lo sé — continuó Jensen, que daba vueltas por el lugar y miraba al Rey por sobre un hombro. Sus manos se encontraban encadenas, aunque no así sus piernas, de modo que se movía con libertad. —. Hay más de dónde vino eso. Sé quién eres y lo que hiciste para llegar hasta dónde estás hoy. También conozco el pasando de todos vosotros, hombres y mujeres presentes aquí — Se detuvo ante Brynjar y lo observó inquisitivamente. —. Brynjar Gunderson, mercenario, exmercenario en realidad, de la Legión *Ulfhednar*. Al igual que yo, estás muy lejos de casa. Eres un criminal exiliado a tierras al otro lado del mar.

«¿Gunderson? ». Era primera vez que hasta sus oídos llegaba su nombre verdadero.

El vikingo no era de los que contenía su furia. Echó mano al hacha de mango corto en su cintura, haciendo uso de un gruñido. Y en busca de aprobación se volvió hacia Azus, quién detuvo sus intenciones con un gesto de mano.

— Su puta madre. — masculló, perplejo.

La osadía con la Jensen se le quedaba viendo a cada uno era conmovedora, incluso grotesca hasta cierto punto. Hablaba con insolencia y de manera informal. Dio unos cuantos pasos, prestando atención a cada detalle, hasta que sus negros ojos se posaron en los azules de Mary. Se acercó a ella, y le acarició el cabello con una de sus manos atadas y una sonrisa que hacía creer que eran viejas amigas.

— Por fin os puedo ver en carne y hueso — murmuró cerca de sus labios. —, madre del enfermo, amante del vacío, a vos quien de los muertos y el crepúsculo sois soberana.

La hechicera no permitió que trasluciera su zozobra, y la cogió del brazo casi con afecto antes de que comenzara a hablar sobre ella y su pasado.

— Qué bonitas manos las que tienes, Jensen. Sería una lástima que las perdieras.

— Kurt — dijo Azus a uno de sus hombres, impasible. Como la calma que precedía a la tormenta. —. Dame mi espada.

Jensen se volvió rápidamente, y se alejó de Mary.

— Creo que eso no será necesario. Aún.

El Rey hizo caso omiso a lo que tuviera para decir. Agarró el espadón entre sus manos, y dejó descansar la punta en el suelo. La *Espada Infalible*, que se decía había pertenecido al mismísimo dios guerrero Nuada, estaba damasquinada en plata y bronce en la larga hoja de acero, con un pomo en forma de cráneo humano. Era un símbolo de poder entre los celtas de la tribu, y antes había pertenecido al Rey que Azus desafió y desnucó en combate singular; no sin antes llevarse el beso de la daga de su oponente y una enorme cicatriz para el recuerdo.

— Os he hablado de vuestro pasado — siguió Jensen. —, pero no es nada que no podáis saber cada uno. Estoy aquí para hablaros del porvenir.

Ramskull se precipitó a coger a la mujer por los pelos, y desenvainó el filo de una de sus gladius: una hoja de bronce de poco más de medio metro.

— ¿Por qué confiaríamos en lo que una infiel como tu tiene para decirnos?

— Porque he cruzado medio mundo solo para llegar a este campamento — dijo sin un ápice de espanto, como si hubiera presentido el tacto del filo en su cuello. —, desde el océano que nadie cruza. Tengo mucho que contaros. Y vosotros mucho que perder.

El rostro severo de Azus la escudriñó con desprecio. Un segundo después frunció el ceño en gesto pensativo.

— ¿Contar qué exactamente?

— Su espectáculo ya ha durado demasiado — apuntó Kurt. —. Digo que se la demos de comer a los perros.

— Todas las muertes están escritas — comenzó Jensen, con indiferencia, dándole la espalda al celta. —, la mía incluida. Toda acción, todo evento. Solo es cuestión de que las piedras encajen en su lugar para que el río corra como está destinado a hacerlo… Rex Azus, Brynjar, Ramskull, la Horda de las Bestias lleva siglos esperando una oportunidad como esta. Pienso que debéis finalmente dar vuestro brazo a torcer ante el hombre que os ha ofrecido desatar el Infierno sobre la tierra.

Los tres hombres, las cabecillas de la Horda, intercambiaron miradas. Raymond visiblemente era el más importunado. Tenía la mandíbula apretaba y el cuello ensanchado de la rabia.

— ¡Espía! — escupió Brynjar, que siempre hablaba a gritos.

— No, no soy una espía — Ramskull provocó que se retorciera, pero ella hizo un esfuerzo para voltear a ver a Mary. —. Al igual que vuestro líder de oteadores y una de vuestros hechiceros de sangre, soy una Dádiva.

A Mary el corazón le presionó el pecho al oírlo.

« ¿Igual que nosotros? », escuchó decir a Belial.

— *Ramsey*, suéltala.

Ramskull volvió la vista hacia su Rey, y solo cuando Azus hizo un gesto de asentimiento apresurado, soltó a Jensen con desaire.

— ¿Así que una Dádiva? ¿Y cuál es tú don? ¿Saber cosas?

— El conocimiento es el fin de mis habilidades, el medio para llevar a cabo mi misión en vida. Puedo ver más allá que cualquiera.

Azus cogió asiento nuevamente, con la espada reposada en su regazo.

— Si realmente eres lo que dices, te encontraremos alguna utilidad. No imagino otra explicación para que sepas todo lo que escupes. No obstante, eso no borrará las injurias que has cometido. — Se inclinó hacia delante. —. ¿Cuál es tu misión en vida, Jensen? ¿Por qué has cruzado medio mundo para llegar hasta aquí?

— Necesitaba ser yo quién acomodara las piezas restantes en su lugar. Dar ese último empujoncito para que tomes tu decisión y todo esto de inicio. Ya he visto el final, y déjame decirte que ha sido gloriosa. Para algunos.

— Entonces es eso. ¿Ves el futuro? ¿Tienes una profecía para mí, Dádiva?

— Las fuerzas del Destino que nos rodean se mantienen ocultas — alzó la voz para todos. —, solo puedo ver lo que me es permitido. Aunque anhelemos dejar nuestra marca, no somos más que transeúntes en la historia.

— Di lo que tengas para decir. — se impacientó.

— Antes deberás prometerme una cosa a cambio de mi sabiduría.

Raymond rio ligeramente y el resto de sus hombres lo acompañó como perros adiestrados.

— No estás en posición para demandar nada.

— Raymond Hailstone — prosiguió de todas formas. —, quiero que cuentes a tus siervos el mensaje que llegó hace unos días acerca de la propuesta de cierto noble. Es imperativo que lo hagas. Pero antes de confesárselos a ellos, deberás matarme aquí mismo. De la manera que te parezca más apropiada. Es lo poco que demando.

Un clamor de treinta voces enturbiadas se alzó en seguida; muchos por la petición de sangre de la mujer; algunos, deseosos por conocer el secreto que su Rey les escondía; y otros simplemente confundidos.

Mary lo tenía muy claro.

— Después de todo, ¿viniste hasta aquí para morir?

— No tienes idea de lo que he visto, Mary Blood — Y le sonrió abiertamente. Fue una sonrisa sincera, incluso incómoda, viniendo de una completa desconocida. Y se le quedó viendo de manera complaciente con aquellos ojos arrebatadores de los que solo tenía noción gracias a ilustraciones en libros —. No quiero estar aquí cuando suceda. De pie, al borde del cráter. Y aunque así lo quisiera, no sería posible. Hay piezas que no encajan cuando ya han cumplido su propósito y han de ser removidas.

— Si esos son tus términos — aclaró Azus. —, no tendré nada más para perder que unos cuantos minutos de mi tiempo. Los acepto. Actuaré como jurado y verdugo luego de tu auspicio. Sin más dilaciones.

La mujer le sostuvo la mirada y el gesto alegre a Mary por una última vez antes de carraspear, coger aire y dirigirse a todos. No se escuchó más que un concierto de respiraciones roncas por un momento que pareció perpetuarse más de lo debido.

— Serán tres los presagios que llegarán a vuestros oídos. Velados, pues de otro modo, si escucharais lo que el Destino os depara, podríais cambiar el curso de estas aguas.

— El primero. — habló duramente.

— Llegará un aciago día, luego de incontables noches, en el que los fantasmas del pasado volverán para atormentaros una vez más. Para entonces ya se habrán hartado de la envidia de algunos y aburrido de la simplicidad del resto. En consenso demandarán el beneplácito para inmolaros sin mesura ni compasión. Y lo harán, a diestra y siniestra. Muy en el fondo, también son simples como niños. Asolar y empezar de cero les da placer. Reiniciar el ciclo es para casi todos ellos el porqué de su existencia.

— Eso podría significar cualquier cosa. — espetó Ramskull.

— Cuando llegue el momento — siguió sin hacer caso. —, si todo surge como debería, los Jinetes del Apocalipsis, aquellos que rasgaron el orgullo de los más arrogantes, deberán dejar de matarse los unos a los otros. Pero antes, mucha agua deberá discurrir por sobre las rocas de este río.

Un silencio sepulcral se coció cuando la Dádiva calló por fin. Cada rostro se mostraba más contrariado que en un principio.

« ¿La conozco? Soy la única a la que ha sonreído — pensó Mary, quien siempre iba a lo suyo. —, ¿Por qué? »

Azus se irguió de su asiento, y se acercó a Jensen con la espada al hombro, llevando cuidadosa cuenta de cada detalle. Entre sus dedos velludos se apreciaba una empuñadura ornamentada en ónice tallado.

— El segundo.

— Pero antes, mucha agua deberá discurrir por sobre las rocas de este río — repitió remarcando cada palabra. —. Este año, cuando la luz de la luna se torne carmesí, como un único ojo entre las estrellas, observará sin reparo como el agua de los ríos será sangre corriendo por todo el reino hasta sus océanos, mientras en la tierra, los gritos se volverán canción ante un fuego de mil y un tonos de rojo. Entonces vuestra venganza habrá dado inicio.

Hasta los más cortos de sesos como Brynjar estuvieron de acuerdo en que aquel augurio parecía menos enrevesado, pero igual de insuficiente. De cualquier modo, Rex Azus, escéptico hasta la médula, resopló airado por la nariz prominente que tenía.

— El tercero.

Para sorpresa de todos, Jensen comenzó a reír entre dientes delante del hombre cuyo ego y autoridad se erguían como una montaña.

— Mi buen Rey, ya has vivido mucho tiempo oculto entre los árboles y la oscuridad. Llegará la ocasión en la que tengas que volver. Y vaya regreso que será. — Cerró los ojos y respiró hondo para después dejar escapar aires de complacencia. —. Cuando tengáis que dividiros, el Destino os sonreirá con una lluvia como ninguna otra, una abrasadora, de fuego que barrera con todos vuestros miedos de desgracias.

El Rey le colocó una mano sobre el hombro.

— Debe ser liberador, ¿no es así? Sentir que ya has cumplido tu misión en vida.

— ¿Qué sabe de libertad un hombre que ha malgastado años huyendo de su Destino y de su…? — La punta de acero le arrebató la voz al desgarrar su pecho con la misma ligereza con la que se cortaba el queso tierno.

— ¿De su pasado? — inquirió con amargura, mientras la mujer se retorcía de dolor. —. Toda una vida esperando este momento, Jensen, pero ello no quita que no puedas sentir dolor. — Cuando la mujer se desplomó al suelo, luchando por instinto contra la muerte, Azus carcajeó. —. Me pregunto si también habrás visto venir eso.

Se escucharon las risas de los demás. Excepto la de Brynjar, quién por algún motivo decidió retirar el rostro con asco.

Mientras una charca de sangre se abultaba a su alrededor, la mirada de Jensen se cruzó con la de Mary por última vez. Era la única Dádiva, además de Raster, que había conocido. Y había tenido que verla morir tan pronto. La hechicera estiró un brazo y unas gotas todavía rojas se levantaron, atraídas por la magia de sus dedos. Dio un paso hacia ella, con la intención de probar su sangre y traerla de vuelta.

Pero un Azus ensombrecido más de la cuenta vehemente la detuvo.

— No me interesa si era una Dádiva como tú, Histerismo. No usarás tus poderes para hacerla una de tus Interfectos.

— Ni siquiera es parte de la Horda. Claro que puedo.

— Aléjate de ella.

— Pero las reglas dicen que…

*Ramsey* la rodeó con un brazo, e intentó apartarla suavemente del enfrentamiento. No le dajaron más opción que presenciar con inquietud como las memorias del cadáver de una tal Jensen comenzaban a pudrirse y desaparecer sin que Mary pudiera saciarse de todo su repertorio de secretos.

« ¿Qué tanto nos oculta este Rey temeroso? », inquirió Abadon.

Unos segundos más tarde, si cualquiera de los presentes había albergado dudas sobre ella, estas se esfumaron con la brisa fría que irrumpió en la tienda. La sangre de Jensen se fue tornando blanca como la nieve. Y en seguida, comenzó a secarse y desprenderse de su piel, dejando virutas tan finas que hasta el mínimo soplo arrastraba como una estela de pequeñas hojas al viento.

Con una Dádiva cuyas habilidades no podían demostrase a simple vista, reparar en como el ostento de su linaje se marchitaba al contacto con el aire, a diferencia de los seres comunes, era la única forma de propiciarse con la verdad.

Llegó una noche en la que la luna se encontraba en cuarto creciente, donde Mary canturreaba al cielo una cancioncilla que había aprendido de la garganta de un juglar, cuya letra modificó a placer poco después de desgarrarle su prodigiosa voz.

*Como un beso prometido,*
*a tu cuerpo es mi filo.*
*Soy lo muerto y revivido.*
*Soy la ira, soy tu dios.*

*Dame tu mano y te llevaré,*
*donde los gritos se hacen canción.*
*Mi vida hiere, te enseñaré.*
*Tu muerte se anuncia, tatuada en mi piel.*

No habría sabido decir si era tan buena como la original.

Con las piernas cruzadas, se mecía en una roca al son de su dulce tonada, aguardando pacientemente a que *Ramsey* acudiese a ella. El viento que le revolvía la caballera castaña rojiza se había llevado consigo los suspiros, pero a aquella noche de verano aún le restaban horas. Aunque más fría y húmeda que cualquiera a las que había precedido. Pues el otoño daba por fin sus primeras señales de vida.

La cumbre rocosa en la que se encontraba era extrañamente angular, como un dedo abultado que apuntaba hacia las estrellas.

Llegado el momento, el aullido distante de un lobo melancólico le lloró a la luna. Otra voz sin palabras se unió a la primera, y en breves otra incluso más cercana hizo lo propio, y por último un puñado más desde la montaña que se erigía delante. Se convirtieron en un coro profundo de tonos que subían, bajaban y hendían el aire con

lamentos. Mary sostuvo entre sus brazos el cráneo de carnero mastodonte que había hurtado de su amado, y alzó la cabeza para fundir su aullido con el de la manada.

Entre risas y tajos de silencio en lo que se quedaba sin aire, entonó una canción distinta en poco tiempo. Pero cuando estuvo a punto de terminarla, olvidó cómo seguía la letra, de tal manera que continuó tarareando la melodía.

— Mary. — Una voz conocida irrumpió su soledad; una masculina y nervuda, sencillamente maravillosa a sus oídos.

Se giró de manera tan brusca que su cuello tronó un tanto. Pero no fue más que una molestia que se esfumó de súbito al deslumbrase por el encanto de su presencia. Y con prisa y sin apenas disimulo, ocultó el yelmo detrás de su espalda.

— *Ramsey*, sabía que vendrías — La sonrisa que esbozaba al verlo a Él siempre era de oreja a oreja. Le tendió una mano, y él la cogió con una de las suyas, y se inclinó para besarla en los labios. —. Te he esperado por horas.

Sin en el cráneo de carnero, era un hombre de atractivo incomparable. De cabello rubio que gustaba cortar a ras de su cabeza y ojos verdes que ardían como uno de los tantos matices del Fuego Fatuo; de quijada ancha y un rostro de diamante frecuentado por una sonrisa hermética que solo se aventuraba a olvidar para la mujer a la que amaba.

— Mi hermosa Mary, lo siento mucho, pero había asuntos que resolver… Cabos que atar.

— Habría esperado hasta el amanecer de ser necesario — Se irguió de puntillas sobre la roca para estar a su altura. —. Y después seguiría hasta que las estrellas volvieran a brotar en el cielo.

— Mi casco, ¿dónde está?

— Robar tu posesión más preciada a veces parece ser la única forma de llamar tu atención. — Encogió los hombros, y bajó la mirada, haciéndose la entristecida, pero *Ramsey* le levantó el huesudo mentón y la obligó a mirarlo. Era otro de esos momentos en los que solo contemplar su belleza hacía que su piel se erizara.

— Basta de niñerías — Fue brusco, pero al final se sonrió de cansancio y arrepentimiento. —. Te conozco, mejor que nadie. Algún día lo perderás por accidente como haces con todo. Olvidarás dónde los has dejado. Más que un casco es mi amuleto, entiéndelo. Lo necesito cerca todo el rato.

— Pero ¿por qué es tan importante para ti? — quiso saber sin llegar a pestañear.

Ramskull hizo ademán de chasquear la lengua. Sus exquisitos rasgos se disolvieron en una expresión agria de desazón.

— Por favor, entrégamelo. No tengo tiempo para esto. Debo irme.

« No vuelvas a preguntárselo. — le hizo saber Belial. »

« Venga, pregúntaselo — rebatió Balaam. —. Que lo diga de una buena vez. »

Mary se mordió el labio de la angustia. Quizás no confiaba de pleno en ella, a despecho de los años que llevaran juntos. Resolvió escuchar a la primera de sus voces. Sus consejos siempre le habían venido bien, así que esfumó prontamente su curiosidad como quien ahuyentaba a las moscas.

Y le entregó el cráneo con gesto de remordimiento. En parte para que se animara a profesar un poquillo de pena por ella; en parte porque así Mary lo sentía.

Lo consideraba más pesado que un casco corriente. Pero no cabían dudas de que sus enormes y encorvados cuernos infundían terror a sus enemigos, los cristianos. Ilusos como ellos solos, mermaba su moral o huían al creer que se trataba de la vivida imagen de un demonio, cuando su amado lo portaba en combate.

En cuanto a las cuencas del animal, dispuestas a los laterales por naturaleza, habían sido selladas por sendas placas de hierro que imitaban el color del hueso. Un par de ranuras a modo de franjas que se ensanchaban conforme caían hacia el centro del rostro facilitaban la visión a un hombre que en última instancia parecía más áspero que el hueso y tan cruel como un demonio.

El crujido de la hierba precedió al vacío que su amado le sembró dentro al marcharse sin musitar el mínimo perdón. Mary se abrazó las piernas contra su atisbo de pechos, cuando se hubo sentado de nuevo sobre la roca. Apoyó el rostro sobre las rodillas, y esperó a que la hierba terminara de crujir tras sus pasos para dejarse llevar por un suspiro. Pero el rumor cesó más rápido de lo que hubiera imaginado y lo siguiente que escuchó fue otro chasquido de lengua. Alzó la vista, para después ver que Ramskull seguía allí de pie; quieto como una esbelta sombra de ojos verdes.

— ¿Qué sucede?

*Ramsey* se tomó su tiempo para observarla sin decir nada. En esta ocasión y para su sorpresa, suspiró de forma espantosa, y regresó cabizbajo hasta Mary.

— Creí que tenías cosas por hacer. — prosiguió ella al intentar erguirse sobre sus pies desnudos. Pero Él la rodeó con un brazo y, con facilidad cuantiosa, la alzó en volandas. Entreabrió la boca bajo la presión del beso.

— No más. No esta noche. — La depositó en el suelo, y se sentó junto a ella. — Que le den a Raymond. Estoy cansado de sus órdenes. Ya pensaré mañana que decirle.

« Lo tienes donde querías — Balaam no callaba. —. Ahora pregúntaselo. »

— Estoy loca por ti, *Ramsey*.

— Tú estás loca por muchas razones, querida Mary. Yo solo soy una de ellas — Le acarició los prominentes pómulos que se le formaban cuando sonreía. —. Pronto tendremos más tiempo para nosotros. Cuando todo esto acabe.

— Primero tendrá que empezar.

— Ya lo ha hecho. Verás, no debería decirte esto, pero no me gusta ocultarte secretos. El Intelectual de las celdas nos dijo que estaba yendo de camino hacia la Capital cuando lo atrapamos. Él y su ciencia nos confirmó una de las profecías que esa mujer extraña, Jensen, nos contó hace meses.

— ¿Los Jinetes del Apocalipsis? — Sus ojos se mantuvieron a la expectativa. — Esos somos nosotros, ¿verdad? — Aquello se lo había insinuado una de sus voces, y solía confiar en lo que tuvieran para decirle. En algunas de ellas, al menos.

— Eso no lo sé. Nadie lo sabía más que Jensen, si es que fue verdad — Volvió la vista hacia el cielo. —. La Luna de Sangre llegará pronto. Ese anciano también lo dijo, solo que lo llamo «eclipse». Recuérdalo: cuando la luz del ojo se torne carmesí, los

gritos se volverán canción y el agua de los ríos será sangre que correrá por todo el reino hasta sus océanos.

— Para entonces, nuestra venganza ya habrá dado inicio. — Tenía preparada maquinalmente su respuesta. Se había convertido ya en una especie de lema dentro de la Horda de las Bestias.

— Lo único que tengo hoy para ofrecerte está bajo mi pecho, hermosa Mary Ann — le dijo, atrayéndola hacia él. —. Pero si me entregas tu corazón, juraré darte a cambio este reino que nos ha acosado desde el día que nos vio nacer.

Sus ojos no podían despegarse de los músculos tan definidos de aquel hombre y el vello delgadísimo que brotaba de su torso desnudo. Se subió a su regazo, y le echó los brazos al cuello, dispuesta, ansiosa y sumida en una vorágine de lujuria incontenible.

— Siempre ha sido tuyo. De nada valdría tenerlo si no fuera por ti.

— Ya, ya. Porque de seguro no lo usas para otra cosa. — *Ramsey* le concedió el dulce tacto de sus labios en un esfuerzo formidable por no sonreír. Con una mano áspera le desgarró el vestido raído en un segundo, y dejó expuesta para la noche su desnudez y el tatuaje de la espina dorsal que todo siervo de las Bestias conservaba y que emulaba la marca del Demogorgón.

En el cielo, la luna y las estrellas fueron los únicos testigos de su acto de amor.

# Dranova

Bajo nubes inquietas se elevaban cumbres de montañas que atendían desde las alturas a una vasta región dominada, en su justa medida, por la rigurosa naturaleza salvaje. Inescrutables bosques, con más leyendas que árboles, parecían alzarse también altos y fuertes hasta los confines del mundo. En las entrañas de su más pura esencia, una infinidad de ríos y arroyos de aguas tan claras como el cielo mismo discurrían a placer y daban de beber a la vida. Aquellas mismas fuentes de sustento que alguna vez se vieron teñidas por la sangre y el ímpetu brutal de valientes e implacables guerreros de la antigüedad.

Los humanos, en su afán por explorar, crear y dominar, moldearon con su vil danza de muerte esta hermosa tierra, para saciarse de la tan perdurable codicia y desquiciada ira que ha reinado sobre ellos desde el inicio de los tiempos. Cada hombre, mujer y niño, ante un peligroso mundo que los asediaba, intentó refugiarse del miedo inconmensurable a lo desconocido, buscando una contestación y un sentido a sus vidas en las creencias que sus ancestros defendían con acero y fervor como verdades ortodoxas.

Durante casi seiscientos años, las diferencias y la intolerancia entre las tribus guerreras que habitaban esta tierra de nadie acarrearon batallas asiduas entre pueblos, que solo dejaban ruina a su paso e incontables muertes para cada bando. ¿Su justificación? Obtener riquezas, mayor poder y tierras para gobernar. Las ideologías de los más fuertes sobrevivieron para afianzarse poco después como «la verdad única entre los pueblos del hombre». Aquellos que sucumbieron ante el yugo de sus conquistadores, se vieron en la obligación de aceptar como creencias incuestionables la manera en la que estos veían fielmente al mundo que los rodeaba; de lo contrario morían de formas que los dioses susurrantes del enemigo consideraran meritoria de su incredulidad.

Hacia el siglo IV del Calendario Occidental, en tiempos más sencillos y salvajes, este extenso territorio en el vientre del Continente del Ocaso era mucho más que un desordenado amasijo de pequeñas tribus que guerreaban sin descanso por la balanza del poder. En eras de beligerancia previas a la Cruz, la humanidad no era el único habitante de este variopinto paraje. Según el saber de los antiguos, una inmensidad de fascinantes criaturas vivía y moría junto al hombre. Casi todas representaban una amenaza acérrima, aunque eventual. Pocas tan dóciles como para consentir el acercamiento de los más curiosos a maravillarse con su majestuosidad generosa; la mayoría, hostiles y tan letales que podían masacrar a una milicia entera por sí solas.

Con el pasar de las generaciones, «la racionalidad comenzó a ganarle terreno a la furia iracunda». Una verdad a medias dejada por escrito por historiadores convencidos, deslumbrados de sus propias circunstancias e incapaces de prever el futuro. Aunque cierto fue que las confrontaciones se aminoraron, una vez ciertos dogmas venidos de ultramar calaron hondo en los corazones y las mentes de la muchedumbre.

Los cinco grandes señores feudales de las Casas Liongborth, Aulsebrook, Sheldrake, Arrowsmith y Ridpell se habían consolidado como las familias más poderosas de la región que posteriormente se unificaría en un reino conocido como Dranova. Los roces y los ceños de división persistieron, nutridos del rencor y del recuerdo de tantas vidas dilapidadas, pese a la aparente prosperidad que sucedía de manera habitual. Para entonces, cada uno de estos pequeños feudos se encontraban bajo un mismo yugo, a merced de la autoridad del arma más poderosa que había existido hasta la fecha: el culto y la fascinación como fanáticos hacia una misma causa.

Los humanos, aún con sus demás desigualdades y conflictos, se aliaron para combatir en contra de toda aquella criatura que discrepara de sus nuevas, pero arraigadas ideologías, denominándolas así, como engendros cuyas simples existencias era un incómodo desprecio hacia sus valores divinos. Fue así como renunciaron a matarse entre los de su tipo, para levantar las armas hacia otros.

En algún momento de la historia, estos cinco jóvenes feudos se vieron en la obligación de compartir sus tierras junto a un innúmero de criaturas de toda índole, común y fantástica. Entre ellas yacían los aberrantes lucifersons de *Wickedforest*, los orgullosos centauros de las llanuras del oeste, los pacíficos anthrovulpes de las riveras del sur y los amedrentadores dragones de *Black Mountains*. Poseían razonamiento y algunos la capacidad del habla, al igual que los humanos, quienes se creían el centro de toda la Creación.

Pero a punta de desgracias, la humanidad comprendió que no todos los animales se doblegarían como ganado ante sus creencias y poderío. La Casa de los Ridpell fue la precursora de una irracional tendencia que desembocaría en la extinción de muchas de estas criaturas «monstruosas» que sin tregua amenazaban con devastar las tierras que por derecho afirmaban pertenecerles. En cuestión de pocas décadas, un esplendor bárbaro disfrazado tras la máscara de un fanatismo abismal transcendió en una masa incalculable de adeptos que dieron sus últimos respiros en mitad de un despliegue de violencia. Sin más justificación que preservar su fe inmaculada y la prosperidad de sus iguales.

Los seres fantásticos fueron siendo liquidados uno a uno, dando así, comienzo al cruento ocaso de su gloria efímera. La raza de los ave fénix, las ninfas, los leprechauns, los metalicántropos y muchas otras, vivieron sus últimos destellos de luz en una devastadora guerra que jamás ansiaron. Los nombres y aspecto de gran parte de estos se perdieron en el olvido y la inmensidad abrumadora del paso del tiempo. Tan solo un número insignificante logró oponerse a la puesta de sol de su legado. Algunas huyeron y otras tantas se escondieron, pero absolutamente todas sufrieron la faceta más oscura de la potestad humana. Y a pesar de que aún se conserven vestigios del estupor mítico del antiguo mundo, ha pasado a considerarse una nimiedad irreversible. Lo que alguna vez hubo sido el resplandor de una brillante estrella en el firmamento, entonces no era más que el débil brillo de un cirio que oscilaba con desvanecerse por la brisa.

Sin tiempo a llorar a sus caídos, la pentarquía siguió su curso, y con ello se sucedieron conflictos a través de las décadas que, por suerte, no hicieron trastabillar la

forjada alianza. Habían centrado la vista y sus esfuerzos hacia el último bastión de los infieles que restaba en estas tierras. Porque, a fin de cuentas, toda masa de fanáticos necesitaba de un objetivo común del que diferenciarse y atacar, para cimentar así una unión que ahogase toda discordia que pudiera surgir entre sus filas.

Los celtas representaban una confederación de tribus que se habían mantenido reacios a abandonar sus creencias y cultura en favor de políticas extranjeras; pueblo de una determinación inquebrantable que resistió durante siglos las ofensivas de aquellos que se hacían llamar los más civilizados. Heridos, arrinconados e incluso moribundos, pero nunca aceptando la derrota. Los celtas no tenían miedo a dar la vida en el intento, pues profesaban la reencarnación del alma.

Hacia los albores del siglo décimo, en épocas de Dante *el Unificador* y su *Doncella de Bronce,* un arsenal de valía e ilusión esperanzadora en hombres y mujeres surgía de las cenizas de una impúdica tierra de salvajismo, con la intención de llevar a los cristianos a una era de desarrollo sin precedentes que por fin los civilizara. Solo para retornar de súbito al más desesperado terror, cuando aquellos entes titánicos se manifestaron por primera vez durante la víspera del nuevo milenio. Se pensó entonces, que la ira de dios, de cualquiera de ellos, se había cernido sin piedad sobre el mundo, cuando las llamadas Bestias parecieron emerger del más profundo y putrefacto recoveco de la imaginación de una divinidad de los infiernos.

Como amantes de la naturaleza, los celtas comprendían, o creían comprender, que las Bestias eran criaturas tal y como las hubo en el bosque desde los albores del tiempo. No demasiado diferentes a otros animales que se hubieran dejado ver en su territorio, a pesar de su tamaño y sus facultades para la magia. Después de todo, un depredador cualquiera atacaba si se veía en la necesidad, ya fuera por hambre o por miedo. Y desde un principio, el pueblo de los celtas adoró a estas Bestias, pues eran criaturas formidables y terriblemente poderosas.

Contaba la leyenda que, habían rogado por un arma que impidiera el avance de sus enemigos y que los druidas proporcionaron vidas en sacrificio con las que pagar tributo. Y según la creencia celta, sus dioses, para fieles a otra religión unos simples demonios, respondieron, otorgándoles su favor. Estas tribus no solo brindaron espacio a las Bestias entre sus historias, sino también entre sus deidades.

…

Hoy en día, cuatro siglos después de su llegada, la Capital de Dranova sembraba sus cimientos al este del reino, sobre el extenso litoral con el *Heron Sea*. Sitiada por un fortificado abrazo de piedra labrada, se alzaban, firmes e imponentes, las murallas grisáceas de más de veinte metros de altura, brindando a su casi medio millón de habitantes una protección de la que solo sus granjeros escapaban.

La ciudad era un mar de tejados de madera que se extendía hasta donde la vista alcazaba a ver, ornamentado por un denso tapiz de hierba esmeralda. Bajo sólidos puentes de piedra sin tallar, fluían ríos de agua dulce que se abrían paso por doquier e impregnaban las calles matutinas con una ligera bruma de agua fresca. Aquellas corrientes que nacían en montañas a kilómetros al noroeste, desembocaban como

pequeñas cataratas en el mar por los acantilados de caliza de la costa. Las nevadas de invierno no eran tan duras y lo veranos solían ocurrir más templados que calurosos, pero el bullicio de la ciudad ajetreada permanecía imperecedero durante las cuatro estaciones.

La delincuencia y la miseria era apenas una ingrata remembranza para el grueso de la plebe durante el reinado de su último monarca, Leonor II de la Dinastía Liongborth. Era de las más grandes, y para muchos, también la ciudad más próspera de Occidente.

A principios del otoño del 1338 d.C., se llevaba a cabo en la Capital el 78º Festival Anual de Su Majestad, donde los ciudadanos se aglomeraban cual ganado durante todo el día para pregonar, con derroches de manjares y euforia desbordante, las fructíferas cosechas del verano sucedido. Para aquel entonces, la festividad se había afianzado ya como la tradición más anticipada y aclamada entre los dranovenses. Durante cinco largos y ruidosos días, hombres, mujeres, niños y ancianos, sin importar si eran de la nobleza o humildes campesinos, se reunían en las calles para comer, beber y proclamar su júbilo hasta la saciedad, sin ninguna clase de moderación.

Por su parte, el clero y su multitud de fieles adeptos otorgaban a esta festividad un parentesco santo y venerable, agradeciendo infinitamente con ello, al dios de los cristianos por tan valiosas cosechas, al tiempo que imploraban por misericordia para el prójimo que denigraba la santidad de las ofrendas con sus pecados capitales: las acostumbradas gula, codicia y lujuria de las festividades de otoño.

Sin embargo, de lejos lo más llamativo de las fiestas eran los torneos. Miles de personas, muchas en perfecto estado de ebriedad, se arremolinaban después de cada comida ante guerreros que por oro y gloria competían en contiendas de espadas, tiro con arco, justas y un sinfín de otros eventos, buscando probar su valía y temple de acero. Inclusive, había quienes disfrutaban de ver a hombres gordos concursar por quién consumía más carne y cerveza antes de caerse inconsciente. No importaba que tan prestigiosa o simple fuese la competición, el ganador de cada una recibía oro, alabanzas, y en algunas ocasiones, decenas de pretendientes.

**Extracto de El Libro de Jensen**

# Connor I

— ¡Al fin! ¡Tierra a la vista! — El vigía sobre la cofa del barco se dejó los pulmones a base de regocijantes gritos.

El enorme galeón rompía las intrépidas olas del mar al que los dranovenses conocían por el nombre de *Heron Sea*. Con fuertes vientos a favor, surcaba las aguas rápidamente, a cientos de metros de la costa.

En lo que Connor Bressler tardó en apoyarse en la borda, el barco retumbó con las órdenes que el bullicioso capitán vociferaba a todo marinero al que veía. Se arriaron las gigantescas velas sinoples con el Dragón Blanco de La Flor de Lis como estandarte y los remeros apaciguaros sus esfuerzos, en aras de reducir la marcha. La ventisca se estrellaba contra el refinado arco compuesto que portaba siempre a su espalda y tironeaba de su capuz.

Contempló con maravilla la inmensidad de los acantilados grisáceos que se extendían de norte a sur, allí donde la piedra caliza marcaba el límite entre el tono añil del cielo y las claras aguas del océano, con una línea blanca horizontal que iba haciéndose más ancha a medida que se acercaban. Tan suaves en perfil y llanas en sus bordes, aquella abrupta descendente había actuado durante siglos como muralla natural contra invasiones venidas de los mares. Atesoró las vistas, aunque le desagradara lo que habitaba más allá. A sus oídos llegó un risueño cántico que le hizo esbozar una sonrisa amplia. Hacia estribor, unos veinte delfines hendían la superficie, dando saltos, como si intentaran competir contra Connor en una carrera de velocidad.

— ¿Connor? — escuchó decir a una voz conocida. — Ni en mil años habría imaginado que os vería sonreír al regresar a la ciudad.

No volvió la vista atrás.

— Ni en un millón de años hubiera imaginado que cometierais una broma tan cruel. Solo pensaba en algo más.

Ser Vyler Maine era de los pocos en la tripulación a los que soportaba, de los pocos caballeros cuyo honor y sentido del deber era genuino. Aunque el de Vyler en ocasiones rozase el fanatismo.

«No puedo decir lo mismo de algunos de los que sirven en vuestra compañía. »

— Algún día — siguió el caballero. —, si llegáis a tener vuestra propia familia, os llevaréis una buena sorpresa al sentiros a gusto dentro de las murallas.

Por mera cortesía, Connor se obligó a despegar la mirada del agua. Se dio la vuelta para dar rienda suelta a una de esas charlas banales que pocas veces habían sido de su interés. Notó a ser Vyler más tranquilo de lo habitual, satisfecho de que su misión estuviera tocando su fin con gran éxito; recostó un brazo en el borde, permitiéndose un suspiro de alivio y dejando atrás el aspecto tenso que había conservado durante meses. A pesar de que rozara apenas los cuarenta y cuatro años de edad, su cabello y barba empezaban ya encanecer, fruto en gran medida, de sus recurrentes arrebatos de estrés y

melancolía. Pero sin duda, era uno de los nobles guerreros más diestros que su generación hubiese visto.

En el nivel más alto del castillo de popa, lord Thomas Worthington se hallaba tan deseoso como un gordo en un festín. El viaje de ida y vuelta a través de las inquietas aguas del *Heron Sea* lo habían hecho sentirse desgraciado durante los cuatro meses que durase la travesía a la costa este de Barmania, al sur de Dranova, y posteriormente, a Vill Eylands, un inmenso archipiélago al otro lado del vasto océano. Tamborileaba la barandilla con sus dedos adornados de joyería, en medio de la amarga impaciencia, al igual que Connor, por despedirse del mar y regresar a su antigua vida.

Un segundo barco, un galeón escolta de cincuenta metros de eslora navegaba rezagado, abordado por el pelotón de arqueros al servicio del Intendente Mayor de Dranova y una fracción de las espadas nobles de la Compañía Caballeresca, que había sido fundada, engrandecida y liderada por cuatro generaciones de Maine.

Connor no era un caballero, ni mucho menos escudero alguno que aspirase al título. Era tan solo un jinete de exploración, al cual ser Vyler acudía con frecuencia como salvaguardia a razón de sus habilidades como centinela y jinete de reconocimiento. La destreza que Connor tenía con el arco y la flecha era sublime, y su puntería casi inhumana, o al menos eso era lo que el caballero le gustaba subrayar a los demás.

Más adelante, cuando ser Vyler se hubo retirado a dar órdenes a su comitiva, una gaviota se posó en el borde de la cubierta, junto a Connor, quien hizo como si recién se percatara de su presencia luego de que el ave agitara sus alas vigorosamente, demandando atención. Connor le tendió un trozo de pan, y le señaló con un gesto de mano que se alejara. El ave respondió al instante, y emprendió el vuelo hacia la costa con la hogaza aún en su pico.

Al norte del puerto, se alineaban centenares de buques enormes, descollantes de los pequeños botes pesqueros que iban atracando y zarpando de los muelles. La dársena se extendía hasta donde la vista alcanzaba a ver, albergando a docenas de esbeltas galeras de guerra de madera oscura con sus gigantescas velas recogidas. Hacia el sur, *el Ámbar de la Reina* era el navío que dominaba respecto a todos los demás. Pertenecía a la Familia Real. Aquella extravagante monstruosidad de doscientos remos y más de cien metros de eslora, se encontraba revestida por una fachada de color ámbar amarillento, que la hacía lucir tan llamativa y pulcra que, vista de lejos, daba señales de estar hecha de oro puro.

Lejos de conmoverlo, el panorama del puerto le recordó una ingrata vivencia. Y pronto estuvo demasiado ocupado lamentándose como para prestar notable atención a su entorno. Semanas atrás, poco antes de se hicieran a la mar en *Bergljot*, el islote más al suroeste de Vill Eylands, algunos tripulantes creyeron ver indicios de nubes de tormenta en el cielo durante el ocaso. Tras esto, el capitán ordenó posponer la puesta en marcha de la embarcación un par de días, acabando así, con las copiosas ansias de Connor de ganar el torneo de tiro con arco, por el que había trabajado desquiciadamente durante un año.

Era el segundo día del torneo, para aquellas alturas, inscribirse escapaba de sus manos. Aquel habría sido su buen año, si hubiera llegado a tiempo. Y como si no fuera ya suficiente desdicha, no pudo evitar recordar su primera participación cuando hubo acabado cuarto; y en tercer lugar un año después. Los mellizos Dareon y Jerome Cadzow, élite de la arquería, habían sido los hombres que se interpusieron entre él y la victoria en su última oportunidad.

Su única esperanza había sido que la inquietud y la obstinación de lord Worthington por volver a casa hiciera acto de presencia, como de costumbre. Sin embargo, hasta los ánimos del Intendente Mayor se vieron aplacados por la amenaza de un diluvio que jamás se manifestó. Era cierto que había chispeado un poco aquella noche nefasta, pero nada comparado a una tormenta.

« El condenado cielo estaba despejado », se había repetido hasta la saciedad.

*El Ámbar de la Reina* descansaba toda su colosal envergadura en tranquilas aguas, contigua a un pequeño cabo rocoso, donde se alzaba un torreón de piedra caliza conocido como la Fortaleza del Vigía, en la que recaían un sinfín de leyendas urbanas. Como en toda edificación antigua de la ciudad. Había quienes se aventuraban a pensar que los muros coronados habían sido erigidos sobre minas de diamante negro lo bastante vastas para equipar tres veces a todo el ejército de Dranova; otros rumoreaban que debajo del agua se extendían estrechos túneles fluviales que desembocaban en las cataratas de una ciudad subterránea, a través de las cuales las hostiles sirenas del mar habían conseguido escapar de la Gran Mortandad.

Pero Connor no les daba el menor crédito. Desde luego que eran historias que hombres ebrios improvisaban en tabernas y que juglares usaban en canciones para esparcirlas por todos los rincones del reino con sus melódicas voces. Según había oído, más de un descerebrado había caído víctima de su propia insensatez y muerto en el intento de conseguir riquezas infinitas y ver a los últimos ejemplares de tan fascinante especie.

Junto a la cofa del barco ambarino, se desplegaba a medias una de sus velas. En esta ocasión, el Dragón Blanco de la Flor de Lis con la cornamenta incipiente de un reno, símbolo de la bandera dranovense, portaba un crucifijo de madera entre las garras de su pata derecha.

Connor soltó un bufido y miró hacia otro lado.

« Lo que faltaba — pensó con amargura. —. Desde hace cuatrocientos años que los últimos viven confinados en *Black Mountains*, lejos de cualquiera de vosotros. Y ahora me vienen con esta mierda carente de sentido. Como si pudierais convertir a un animal también al cristianismo, imbéciles ». Tenía la impresión de que la Iglesia en los últimos tiempos se había mostrado más insistente e intrusiva, hasta el punto de buscar implantar un nuevo estandarte para las próximas generaciones.

Al atracar, todo el bullicio de cubierta quedó velado bajo una oleada de gritos provenientes del atestado puerto. Gente de muy diversa procedencia recalaba en aquel lugar. Los marineros de galeras mercantes se ocupaban en el trasiego de grandes cantidades de productos, trabajando a pesar de las festividades. Y mezclados entre la

multitud, se encontraba más de un noble que arribaba a la Capital desde muy lejos para deleitarse con el Festival del Otoño, y tal vez presenciar las tan afamadas justas de caballeros y torneos de espadas. Todos ellos campantes con su cuantiosa escolta personal, más para distinguirse entre la muchedumbre que para protegerse de un riesgo improbable en la ciudad más segura de aquel lado del mundo.

La plancha del galeón cayó al muelle, y con ello cuatro caballeros acorazados con regias armaduras, apretaron el paso para seguir de cerca a lord Thomas. El soberbio y arrugado hombre vestía con una túnica de seda negra, con hilillos de plata que formaban una pequeña filigrana de un ruiseñor sobre su pecho.

— Y ahí va — comentó uno de los marineros, dejando escapar un suspiro de contento. —. Al fin, lord *Tiquis Miquis* fuera de mi vista.

Tales habían sido sus manías que gran parte de la tripulación lo tuvo en baja estima rápidamente. Aunque se mostraban reverenciales cerca de él, dado su altísimo puesto en la Corte de Su Majestad. Era un sujeto soberbio, caprichoso, insufrible y un obsesivo de la pulcritud, según dejó ver en numerosas ocasiones. Sin mencionar sus constantes berrinches ante los escasos modales de la «barbarie» de Vill Eylands.

Ser Vyler, en su tan recurrente derroche de educación, con un gesto amable les indicó a las jóvenes sirvientas del Intendente Mayor que bajaran primero del barco. Las normas de caballería eran claras, y al menos él lo tenía presente. Pero no podía decir lo mismo de algunos hombres en su compañía de escoltas. Además de brindar protección a las damas y a quién no pudieran defenderse, el título conllevaba un cumplimiento absoluto de preservar el triunfo de la justicia, de jurar amor a la tierra natal y proteger los ideales de la Iglesia, incluso a riesgo de perder la vida. Según la teoría.

En los muelles abundaba el olor a pescado crudo y el griterío de la gente. Se encaminaban hacia una playa de arena blanca, donde las tablas de madera, los tenderetes y los hogares de los pescadores se dispersaban hasta los gigantescos acantilados de caliza sobre los que yacía la ciudad. Y al cabo de unos minutos, se encontraron remontando un sendero adoquinado y cincelado a través de la roca.

La sagacidad con la que Connor habituaba ver al mundo le permitió darse cuenta de que ser Vyler marchaba a paso vivo frente a la escolta, tanto como su pesada armadura de placas se lo permitía. Lo atribuyó a un anhelo desmesurado por rencontrarse con sus seres queridos.

Cuando hubieron llegado a la cima de los acantilados, los recibió un pequeño campo de hierbas. Más allá, una carretera flanqueada por árboles frondosos señalaba la ruta hacia la ciudad. Y en medio de esta, una docena de soldados parecía aguardar firmes a la comitiva. Cada uno sujetaba por las riendas a un caballo, y detrás de todos ellos se encontraba una carroza verde con estrafalarios ornamentos en oro, ligada a dos corceles de color blanco. No podía tratarse de otra cosa más que el refinado transporte de un cortesano.

Uno de los caballos se hallaba agitado, aquel que deslumbraba entre todos los pardos y canos por su llamativo color crema y gualdrapa a cuadros. De desasosiego, el animal se encabritó en un brusco intento por zafarse de la sujeción del guardia. Éste

último se estremeció, y hacia el final, perdió el control, soltando el dogal. Y una vez emancipado, el imponente corcel bayo avanzó al trote, mientras el soldado corría detrás para intentar detenerlo.

Connor se alejó, echándose a un costado, para hacer espacio entre él y el séquito de veinte hombres armados.

— ¡*Wyke*!

El caballo correteó un momento, y luego se detuvo, tan inseguro como ansioso. Pero echó a andar en pos de Connor ni bien lo divisó a lo lejos. Él lo recibió con los brazos abiertos y una gran sonrisa desbordante de alegría. Y rápidamente le insistió al Guardia de la Ciudad que renunciara a sus intenciones de apresarlo. *Wyke* relinchaba y resoplaba, despilfarrando a simple vista una euforia no propia de un animal corriente. Levantaba las pezuñas delanteras, dando pequeños saltos, como si se le fuera a echar encima en cualquier momento. Connor le palpó el cuello y le susurró unas palabras para calmarlo.

Aquel corcel magnifico de cresta amarillenta solo podía pertenecer a un caballero adinerado. Ser Vyler Maine se limitó a quedarse viendo como su caballo, al que había criado y entrenado desde hacía años, se complacía nada más por la presencia de Connor.

— Suerte para vos que no quisisteis apostar esta vez. — le expresó entre risas al caballero, cuando este se acercó.

— ¿Apostar? No es algo muy sensato cuando sabes que llevas las de perder.

— ¿Cómo has estado, mi buen *Wyke*? — Le rascó las orejas, y el animal respondió con un agitado resoplido.

En breves, lord Thomas Worthington y su dúo de criadas se apresuraban a subir al señorial carruaje, mientras el resto de los soldados de la Guardia de la Ciudad cedían las monturas a los caballeros.

— No os lamentéis demasiado por lo del torneo — dijo ser Vyler dándole unas palmaditas en la espalda y recordándole de pronto su desdicha. —. No es para tanto. Ya habrá tiempo.

« No es para tanto dice — Dejó escapar una mueca de fastidio, cuando el caballero le dio la espalda y puso un pie en el estribo para cabalgar. —. Patrañas. Vuestro tiempo, ambición y trabajo no fue el malgastado. »

— Hijo — advirtió ser Vyler, cuando Connor ya se iba sin despedirse. — ¿Seguro que no olvidáis algo?

Volvió sobre sus pasos, sin demostrar emoción, aunque por dentro estaba harto.

— Ya.

— Son las reglas. Solo eso. — aclaró con voz amable.

Y el patán de ser Louis Greathouse le tendió una mano, para que Connor le entregara la espada en su cinto y el carcaj repleto de flechas.

— Si hubieras aceptado servir como escudero, tendrías ahora el privilegio. — musitó el chico, disfrutando el momento. Nunca perdía la oportunidad de recordárselo.

Y Connor esperaba que fuera la última vez que viera su rostro.

— No penséis en faltar — apuntó ser Vyler con un tono a medio camino entre la severidad y la gentileza. —. No las hagáis esperar más. No se lo toman muy bien.

— No pensaría en hacerlo — Mimó una vez más al caballo. —. Ya os lo he prometido.

El caballero que alguna vez hubo sido su protector asintió segundos antes de espolear a *Wyke* y ponerlo al paso. Y sin más, se marchó junto a la escolta hacia el Baluarte del Rey.

Se le escapó un suspiro, cuando por fin lo dejaron solo.

«Tres días de este sitio del demonio, y luego me iré a los bosques»

Las leyes dictaban que solo a los soldados en servicio, a los caballeros y a un grupo selecto de otros nobles se les permitía portar armas en la ciudad. Pero al menos ser Vyler había conseguido un permiso que le facilitaba quedarse con el arco compuesto durante los días en los que descansaba de su oficio como jinete de exploración. Arco compuesto que había sido su regalo.

No era más que un hombre de la caballería, miembro de una división que se había centrado durante siglos en recorrer Dranova, desde sus valles agrestes, pasando por densos bosques, hasta montañas repletas de peligros, trazando mapas de expedición, y en ocasiones, indagando el paradero de algún objeto de interés. Minas de oro, plata, hierro y carbón, terrenos fértiles para cultivar y una infinidad de otras menudencias a comparación a su verdadero propósito. Aquello a lo que era destinado la mayor parte del esfuerzo y recursos de la Caballería de Exploración eran la búsqueda de alguna Santa Reliquia, el paradero de la legión guerrera que se hacían llamar la Horda de las Bestias, y por supuesto, todo rastro fortuito de una Bestia errante o Bestia confinada a la prisión de sus runas.

«Si hubieras aceptado servir como escudero, tendrías ahora el privilegio»

No tenía porqué dirigirse al Rey bajo ninguna circunstancia. Había elegido permanecer como plebeyo años atrás.

Solo quedaba descansar después de cuatro meses de viaje a tierras extranjeras. La reunión familiar por la que Vyler había estado insistiendo casi con rigor era lo único de lo que tenía que preocuparse. Y la razón perfecta para no dar por desperdiciado el día.

Lady Elizabeth Maine, aquella bondadosa mujer, lo había acogido bajo su manto cuando tenía diez años; amorosa y altruista como solo una madre. Durante las noches más mustias y ociosas, Connor había intentado sin mucho éxito recordar el rostro de la mujer que lo había traído al mundo, pero la imagen de Elizabeth era la que siempre acudía a su mente. Y Grace, la más pequeña de la familia Maine, había sido bautizada en memoria de la difunta madre de Connor, quien falleciera en una expedición en compañía de su verdadero padre.

Y en lo que a Vyler respectaba, había servido como un tutor inmejorable para el aquel entonces niño llorón y asustadizo. Lo hubo instruido como uno de su sangre, educándolo como un noble, y como un caballero en el arte de la espada y la equitación.

Sin embargo, ni el grato recuerdo de los Maine logró aplacar su desdicha. Era un arquero realmente talentoso y durante meses había trabajado desde el amanecer hasta el poniente. Era casi una injusticia que no pudiera participar en el torneo.

Hasta sus oídos acabó llegando el bullicio incesante que le daba vida a la ciudad durante las festividades. De tal manera que se aventuró a ellas como único pasatiempo a sus desgracias. El olor a sal que emanaba del océano desapareció, eclipsado por una infinita gama de aromas diferentes, tan pronto como se adentró en el ajetreado desorden de la ciudad. Algunos de ellos dulces como los que desprendía el pan de fruta recién hecho; y otros no muy agradables. Pronto se abrió paso una inmensidad de edificios de madera, piedra y tejados de pizarra que se esparcían en todas direcciones. La gente cantaba, bailaba, tocaba música o simplemente gritaba para hacerse escuchar por encima del ruido. Los niños correteaban y los borrachos bebían ron y cerveza hasta vomitar en las calles. Cada uno disfrutaba de las fiestas a su manera.

Connor, por primera vez en mucho tiempo, dejó de lado su amargura y las recurrentes miradas despectivas. Le costó mucho trabajo admitirlo, pero la impetuosa jovialidad de los ciudadanos había logrado sacarle una sonrisa. Aquella no era la ciudad a la que estaba acostumbrado. Saltaba a la vista que el Festival del Otoño constituía una loada fuente de alegrías, fortuna y abundancia para todos; nobles, burgueses, y en especial, el pueblo llano.

Vendedores ambulantes paseaban con sus carromatos llenos de deliciosos manjares a precios ridículamente bajos, mientras las personas comían y bebían a la vera del camino sin la menor moderación. El exceso y los fragores abundaban más que cualquier otra cosa. Las calles anchas estaban flanqueadas por árboles otoñales, y junto a las hojas que se amontonaban en el suelo, se erigía una ristra de tenderetes, casas, graneros, almacenes, posadas, tabernas, y algún que otro burdel clandestino.

Advirtió con sorpresa como en un costado de la carretera, un hombre poco agraciado, doblegado a la ebriedad, asestaba una nalgada tan fuerte a una doncella voluptuosa y distraída que el azote retumbó, opacando todo el ruido durante un instante. A su alrededor, los borrachos gritaron eufóricos, y desbordantes de emoción y alcohol, bañaron de cerveza a tan atrevido héroe.

La injuriada mujer, por el contrario, sin tiempo a costernarse, se retiró la guantilla, y le propinó un puñetazo tanto o más recio, que aquel hombre tambaleante cayó al suelo y mostró una sonrisa dentada por última vez. En breves, pasada la conmoción del momento, los borrachos la aclamaron a ella con alegría, y por algún motivo, la empaparon con sus bebidas en señal de adoración.

Una manzana más adelante, un hombre lanzó una bocana de comida por los aires a otro que le había ofendido, y este último respondió de igual manera. Y de pronto, Connor casi se vio atrapado en medio de una pelea de comida entre docenas de personas. Los pasteles, la carne, la cerveza y el estofado volaron cual saetas en batalla.

A causa del anárquico entusiasmo que se apoderaba de cada corazón durante las festividades de otoño, la Guardia de la Ciudad se las apañaba reforzando sus números, para que así cundiese el orden y la concordia. Parejas de soldados recorrían las calles

sobre sus corceles portando sus distintivas armaduras de cota de malla bajo sobrevestas de color verde y blanco nieve. Y pese a esto, nada pudieron hacer estos hombres para atemperar los ánimos de los ciudadanos que se reñían con tartazos y bebidas.

Connor había logrado salir ileso a duras penas de la escaramuza, y caminaba ya lejos de allí. En un cruce de calles más allá, se originó otra pelea de comida. Fue así como al acercarse concienzudamente, divisó a un anciano de ceño fruncido que avanzaba en dirección contraria, repleto de empanada y guiso de pollo. Había sido una víctima más de aquel descontrol.

— Esto en mis tiempos no pasaba. — le escuchó decir con voz de cascarrabias al pasar a su lado.

Un encantador y no tan sano caos reinaba en la Capital.

A paso rápido, consiguió cruzar una decena de cuadras, donde cada callejón era un derroche de festines, bebidas, música, bulla y un vicio aún mayor. Más temprano que tarde, se encontró a sus pies el inmenso Camino del Este. La calle se extendía recta como una flecha hasta el horizonte, con sus adoquines blancuzcos desgastados y una anchura tal que treinta jinetes podrían cabalgar codo a codo de manera sencilla. La ciudad era atravesada por una calzada cruciforme rigurosamente construida, en la cual cada uno de los caminos principales respondía al punto cardinal al que apuntaba. Y todas ellas convergían en el corazón de la ciudad: el colosal bastión de la Familia Real Liongborth.

Al cabo de un rato, pese a la distancia, le llegó un estrépito más grande que el de las callejuelas que había dejado atrás. Resonaba de jolgorio como miles de voces apiñadas en un mismo lugar. Provenía del coliseo, donde se llevaba a cabo el segundo evento más aclamado de las festividades, el torneo de espadas, solo superado por las justas de caballeros. Aquella gigantesca obra de arquitectura erigida en piedra blanca tenía una altura mayor a diez pisos, y descollaba del resto de edificios aledaños, imponente y formidable por su inmensa envergadura. La cornisa resaltaba en el punto culminante de tan majestuosa edificación revestida por azulejos brillantes, y de ella caían, a la vez que ondeaban al viento, decenas de banderas verticales con el emblema de Dranova sobre el blanco níveo y verde esmeralda de sus colores.

Resultaba una parada obligatoria. Y, a decir verdad, cualquier sitio para pasar el rato era mejor opción que los campos de tiro con arco.

Poco después, se encontró pasando debajo de los grandes arcos de piedra caliza que procuraban la bienvenida al enorme coliseo. Más allá, yacían amplios pasillos flanqueados por estatuas en mármol y bronce. El sitio estaba a rebosar de gente, tanto que el simple hecho de ingresar resultó en una tarea lenta y engorrosa. Y hacia el final, una agitada muchedumbre se arremolinaba ante las escaleras empinadas que daban hacia las tribunas, mientras vendedores ambulantes luchaban a punta de gritos y agarrones para que comprasen sus mercancías.

Una cortina de luz se desvaneció ante sus ojos y Connor salió por fin a cielo abierto. Ya en las gradas, fue entonces cuando se percató del son de las siete trompetas y los tambores que rompían como el estruendo de muchas aguas. Una nube espesa de

aclamaciones, abucheos y silbidos se mantenía suspendida en el aire. El coliseo se encontraba apenas a su media capacidad. No quería imaginar cómo hubiese sido el trayecto de encontrarse en instancias finales. Y llegó justo a tiempo para observar los últimos segundos de una batalla campal entre diez combatientes.

El próximo combate se dispuso a comenzar, y de un oscuro túnel que daba hacia el campo de hierba seca salieron otros diez competidores dispuestos a alzarse con la victoria en la segunda ronda de preliminares. El público parecía muy entusiasmado por aquellos inexpertos combatientes.

— Mira a esa chica — señaló un desconocido sentado a su lado. — ¿Participando en un torneo como este? No debe estar bien de la cabeza.

Connor lo analizó de cabo a rabo, receloso. No se había percatado de la presencia de aquel extraño sujeto. Lucía largos y holgados ropajes llamativos de diferentes colores. Vestía de una manera extravagante pero sencilla. Tenía las uñas largas y la barba desaliñada. Y luego de echarse discretamente hacia un lado, para crear más espacio entre los dos, Connor enfocó su mirada en el combate que estaba a punto de iniciar. Los diez contrincantes se dividían formando un círculo sobre la arena y una veintena de pasos los separaban de sus rivales más cercanos. Los evaluó a cada uno, hasta que sus ojos se posaron sobre la mujer a la que se refería el desconocido.

Un halcón pasó volando sobre su cabeza, y acabó posándose sobre el balaustre de madera al borde de la arena.

Connor, la observó concienzudamente durante unos segundos.

En el punto más alejado del campo se encontraba la única mujer entre los combatientes. Era una doncella de aspecto severo, pero terriblemente regia, tanto que consiguió dejarlo atónito de un solo vistazo. Su cabello espeso, fuera de todo lo ordinario, presumía de un matiz rubio, casi dorado, con delgados mechones de color níveo repartidos por sus rizos, y lo llevaba trenzado en las sienes.

Se oscurecía los parpados con *kohl*, una especie de contorno negro alrededor de sus cuencas con el que se protegía del sol, y que contrastaba enormemente con sus esplendidos ojos. Connor se quedó prendado de admiración por sus irises grisáceos y por su belleza avasalladora. Si aguzaba la vista podía verla fruncir el ceño y lanzar miradas desafiantes a todo aquel que la observara dentro del terreno. Sus gestos no mostraban el menor ápice de nerviosismo, sumisión o agrado.

No vestía con peto ni casco, tan solo una espada y un escudo de madera maciza. Se ataviaba con una saya azul que le llegaba hasta medio muslo, pantalones de lino y botas altas; una indumentaria que no brindaba protección ante ningún ataque, a diferencia de sus oponentes, los cuales portaban armaduras de cota de malla o cuero endurecido. Las reglas del torneo dictaban que los combatientes debían costearse su propio equipamiento, por lo que cada persona participaba con lo que tenía.

Las reglas de las preliminares eran simples:

» Diez combatientes en la misma arena, todos contra todos al unísono. Los dos últimos en pie avanzaban a la siguiente ronda y el resto quedaba eliminado.

» El único equipo suministrado por los organizadores eran las espadas: armas cruciformes sin filo ni ornamento superfluo.

» Los golpes en partes nobles estaban prohibidos. Y un participante se consideraba eliminado, cuando se dejaba posar la espada del rival sobre un hombro, cuando caía inconsciente, o simplemente cuando anunciaba a voces su rendición.

Morir en combate era algo que se consideraba improbable, aunque las malas lenguas contaban que, en los más de setenta años de festivales, la competición se veía siempre manchada con la sangre de moribundos y cadáveres, más o menos, cada lustro.

— He presenciado más torneos de los que pueda contar — siguió diciendo el extraño tras una risita amanerada. — y jamás en mi vida había visto algo como esto.

— Es la segunda ronda de las preliminares — le indicó Connor mirándolo de soslayo. —. Si está aquí es porque ya habrá conseguido salir ilesa de la primera fase.

— Un hombre que golpea a una mujer no puede ser considerado como un verdadero hombre — Se escudriñó con fuerza su tupida barba oscura. —. Quizás decidieron no pelear en pro de no mancillar su honor.

Sin previo aviso, el cuerno retumbó en el atizado paraje, dando inicio al combate. En un abrir y cerrar de ojos, el festín de espadas yació sobre la liza. Pero incluso antes de que el estallido de euforia que nació como respuesta opacara el resonar del cuerno, la rubia nívea corrió hacia su rival más cercano en una explosión de velocidad. Con un ímpetu tremendo, impropio de una mujer de su complexión, comenzó a asestar estocadas a diestra y siniestra a un oponente que no hacía más que mantenerse con la guardia en alto, haciendo uso excesivo de su escudo.

El choque de las espadas rugía en todo el coliseo como un canto del acero contra el hierro, del acero contra la madera. Y el ferviente clamor que emanaba del público se ofrecía como acompañamiento.

Una y otra vez, la mujer atacaba con suma rapidez y fuerza, mientras su rival retrocedía, metro tras metro, en un desesperado intento por crear espacio entre ambos, colosalmente superado. Y al cabo de muchos esfuerzos, el hombre consiguió lo que pretendía. Tras escudarse de un ataque más, dio un salto hacia un lado y buscó aprovechar una oportunidad. Sin embargo, toda improvisada táctica se vio socavada antes de nacer, cuando la feroz doncella lo abatió con abismal violencia, embistiéndolo con su escudo de madera endurecida. El soldado de armadura de láminas trastabilló, perdiendo el equilibrio. Y a continuación, la rubia nívea le sostuvo el acero sobre el cuello desprotegido. La batalla había terminado para él.

El sonido ronco y sostenido del cuerno inundó el estadio, anunciando su inmediata eliminación. Fue en aquel preciso momento en el que el prejuicioso sujeto al lado de Connor se retorció de vergüenza.

— ¡Atenea! — creyó escuchar en las aclamaciones de algunas voces del público.

Sobre el campo, permanecían aún siete competidores que luchaban para afianzarse con la tan ansiada gloria.

Dos hombres con armadura de cuero curtido se batían en duelo en mitad de la arena. Ambos habían estado combatiendo reñidamente desde el principio, y ninguno de

los dos parecía poseer una clara ventaja respecto al otro. Estocada tras bloqueo y esquive tras colisión de espadas, su pelea parecía no tener fin. Uno de ellos era delgado, un tanto escuálido, rápido y con buenos reflejos. En cambio, su oponente era más fornido y hosco, pero sutilmente torpe en sus ataques. Los peleadores esgrimían con poca gracia y habilidad, pero sabían bien cómo y cuándo resguardar sus cuerpos. De un segundo a otro, ambos se detuvieron a evaluar la situación. El más raquítico de los dos resultó entonces el más impulsivo, quien sin mucha idea blandió su espada, ambicionando con asestar una estocada culminante.

Lo siguiente que llegó a saber de él fue que volaba por los aires. El atropello que recibió fue tan abrumador que hubiera resultado sencillo para él jurar que se había tratado de la embestida cruel de un caballo. Lo vio tragar un manojo de tierra en su aparatosa caída. Y en tanto el pobre soldado se balanceaba al margen de la inconsciencia, la mujer de soberbia melena forcejeaba en una danza de estocadas con el que antes hubo sido su contrincante.

El público no tardó en alabar, con estruendosos alaridos, tan insólito y salvaje estilo de combate.

— ¡Atenea! — En esta ocasión, el nombre surgió de más gargantas a su entorno entre silbidos, exclamaciones de apoyo y aplausos. — ¡Atenea Pryce! — Entre los seis participantes que quedaban en pie, era ella la que despertaba más pasiones por su belleza y ferocidad.

El hombre fornido le lanzó un tajo a su nueva contendiente. Atenea bien supo contrarrestarlo con otro ataque. Las espadas chocaron, y bajo el sol de la tarde sostuvieron un duelo de fuerzas. El hosco adversario se esforzaba hasta sudar para someterla, y aunque la doncella le devolvía la mirada con una sonrisa, pronto se dejó ver tensa y rechinando los dientes. A mitad de esta lucha, la rubia nívea fue audaz al golpearle la rodilla, con escudo en mano izquierda, y sin dejar de lado la dureza con la que empuñaba su espada. El hombre, afligido, perdió la estabilidad, y Atenea aprovechó el desliz para girar sobre su propio cuerpo y posicionar su acero en la nuca del rival antes de que este reaccionara.

Se anunció su eliminación al momento.

Y sin ganas ni tiempo para descansar, Atenea retrocedió hacia el hombre que había embestido segundos atrás, quien luchaba por levantarse y no había visto más opción que hundir su acero en la tierra para forjarse así un punto de apoyo. Y al final, de nada valieron sus esfuerzos cuando la doncella lanzó lejos de una patada el arma que débilmente sostenía. Atenea, de aspecto pulcro y formidable, observó al derrotado desde las alturas. Sus hermosos rizos dorados flameaban con el viento y relucían a la luz del sol. Ella le colocó la espada cómodamente sobre su hombro, y el otro se dejó caer al suelo de espaldas.

Con tan solo tres adversarios en combate, fue en búsqueda de su siguiente víctima. ¿Cómo podía una mujer de sus delicados rasgos ser tan resuelta en la batalla?

Al otro lado de la arena, un hombre mayor envuelto por cota de malla hasta los dientes combatía contra dos roñosos guerreros de cuero curtido. Ambos hombres hacían

caso omiso el uno del otro. Obsesionados, atacaban desde ambos costados a su único objetivo. El soldado de cota se las había apañado bien durante todo el combate. Se movía rápido y preciso para su edad. Se escudaba de uno a la vez que arrojaba ataques fugases a su compañero. Era zurdo, por lo que cambiaba el juego drásticamente. En medio de un vaivén de espadazos, Connor se percató de que aquellos dos hombres curtidos compartían el mismo desdichado rostro marcado por la viruela. No le costó demasiado imaginar que podía tratarse de unos gemelos que habían hecho causa común, cosa que estaba prohibido. Pero de los arbitrantes no se escuchó ni se vio nada.

El espadachín encanecido se aferró con mano diestra a su escudo, y arremetió con toda la fuerza que sus cinco o más décadas le permitieron. A la desesperada y haciendo uso repetido de esta técnica, se deshizo de los hermanos, quienes, al caer inconscientes tras los golpes críticos, ya no solo compartían un rostro idéntico, sino también la misma nariz destrozada y el objeto de las carcajadas de algunos espectadores. Incluso durante el bramar sostenido del cuerno, se escuchó claramente el nombre de «Jerome Callaghan» a gritos entre el público. Un nombre que sonaba familiar a oídos de Connor. Quizás ya era veterano de anteriores torneos.

Cinco personas había entonces sobre el terreno: tres de ellos tendidos en el suelo. Aquel que se encontraba más alejado de la acción, sangraba por un corte razonable en uno de sus brazos. Las espadas no tenían filo, pero al fin y al cabo seguían siendo acero. Un par de médicos lo sacaron a rastras de la arena, con el fin de tratar su herida.

La multitud brindó de pronto un silencio casi sepulcral. Las veinte mil almas sobre las gradas de caliza se encontraban expectantes ante los dos últimos combatientes que aún estaban en pie. Ambos ya clasificados, pero faltaba por descubrir quién lo haría como vencedor absoluto.

Atenea caminaba a paso lento y con la guardia baja. Las decenas de metros que los separaba se fueron acortando a cuentagotas. El soldado de la barba cana, a unas pocas zancadas de distancia, se preparó para recibir el ataque, no sin antes reverenciar a su rival con un gesto de cabeza. Ella hizo lo propio. No había parado en todo momento de fruncir el ceño. Sus gestos ávidos y severos y su mirada gélida le recordaban a Connor a un lobo hambriento en plena cacería. Mirada que les resultaría amenazadora a muchos, pero al parecer, no al experimentado soldado al que plantaba cara.

El clamor popular fue resurgiendo después de un gran mutismo, haciéndose de una algarabía cada vez mayor que avivaba las ganas de combate de cualquiera que las hubiese perdido.

Por sobre un hombro caían, sedosos y limpios, un par de rizos despeinados de su dorada y blanca melena, que se agitaron y parecieron quedar atrás en el instante que emprendió la carrera. El primer asalto resultó en un golpe seco al escudo de su adversario, cuando blandió su espada en el aire con un salto.

El hombre lo resistió, y se repuso rápidamente. En seguida, lanzó un tajo con una trayectoria paralela al suelo que Atenea eludió agachándose; la hoja del metal desgastado únicamente cortó el aire. Y sin dar lugar a una respuesta, el soldado cargó de nuevo contra Atenea, esta vez lanzando estocadas sin mesura, desde todas las

direcciones que entendía. Una, dos, tres, cuatro veces hasta convertirse en una ristra de incontables ataques. Ella los evadió todos sin necesidad de emplear la madera maciza o el acero. Se acuclillaba o se movía en torno a su adversario con sobrada audacia, al tiempo que se le escapaba una leve sonrisa con cada esquive. Más de un ataque pasó demasiado cerca de su tez blanca, pero ninguno llegó a acertarle.

Después de una inmensurable cantidad de ataques fallidos, el rostro de Jerome se encontró congestionado por la impotencia. En un último y desesperado esfuerzo por asestar el golpe contundente que le adjudicara la victoria, alzó su espada en el aire con mano aguantada, y descendió al suelo en un arco oblicuo. Un sonido agudo retumbó los oídos momentos después.

La doncella había puesto firme su espada entre ambos. Casi arrodillada, observaba desde abajo a su competidor con una risa entre los dientes. La determinación y la felicidad se batían en duelo para prevalecer sobre la otra en sus radiantes ojos serafines. Sostuvo su escudo con rigidez, y pretendió acertarle un golpe en la rodilla. El hombre mayor se percató de sus intenciones a tiempo, y retiró la pierna lejos de su alcance. Atenea deshizo su sonrisa, y se incorporó en el instante en que erró. Y antes de que su adversario creara espacio entre ambos, comenzó a asestar golpes a su escudo reiteradas veces. Sin ánimos de apaciguarse ni ceder la más mínima oportunidad de réplica. Atenea apretaba y mostraba los dientes tras cada furioso ataque, cada uno más fuerte que el anterior y acompasado por feroces rugidos.

El soldado no podía hacer más que cubrirse y retroceder, aunque su defensa no daba lugar que pudiese ser aprovechado por Atenea. A medida que iba reculando, los pasos casi se convirtieron en zancadas y de su frente comenzaron a caer gotas de sudor como si de un afluente bajo la armadura se tratase. Sus ansias por contraatacar se reflejaban en su rostro. Sin embargo, aquel intenso deseo se vio entumecido, cuando tontamente se desplomó de espaldas al suelo. Tendido e indefenso sobre la hierba y después de haber soltado por accidente su escudo, intentó incorporarse con poca gracia. Pero en breves la punta de acero desgastado se le echó sobre el pecho, amenazando con desgarrar los pequeños anillos de su armadura. Sus esperanzas se habían desplomado junto a él.

El hombre de las cinco o más décadas soltó un suspiro desalentador, y dejó caer su cabeza sobre el terreno mientras se lamentaba. Había caído en la trampa. Uno de los cuerpos inconscientes de los gemelos yacía bajo sus piernas. Atenea lo había llevado hasta allí deliberadamente.

Las ovaciones no se hicieron esperar. La doncella se había afianzado con la victoria y avanzado de ronda por mérito propio.

A diferencia del público que alabó de sobremanera con toda su habitual euforia, Connor se mostró sereno. Unas cuantas palmadas fueron sus únicos ademanes. Por desgracia, el sitio de aquel hombre prejuicioso de extraños atavíos se hallaba vacío. Su rostro apenado habría sido un dulce recuerdo.

Atenea Pryce gentilmente le tendió la mano a su rival, y lo ayudó a levantarse. A Connor los oídos se le estremecieron con el ensordecedor griterío que aclamaba el nombre de aquella hermosa doncella.

# Vyler I

Estaban llegando al final del Camino del Este, cuando a lomos de su corcel divisó la colina donde se alzaba con grandiosidad el colosal Baluarte del Rey. La fortaleza de la Dinastía Real Liongborth asomaba y sobresalía por encima de las numerosas mansiones de madera de arce, yeso y pizarra de dos o tres plantas de altura que poblaban el corazón de la ciudad.

La escolta de cuarenta hombres resguardaba en formación de cuadro al Intendente Mayor en camino a su audiencia con Su Majestad. Ser Lance Crowley abría la marcha en primera línea, mientras ser Alfred Barmettler la cerraba en la retaguardia. El avance firme de los caballos, sumado al ominoso tañido de las campanas en los costados del carruaje, advertía a los transeúntes de la comitiva.

Los residentes más cercanos al castillo eran en su mayoría de alta alcurnia; sofisticados y poco dispuestos a generar un gran tumulto durante las festividades. Y a pesar del trasiego constante de personas, los adoquines de la carretera se encontraban inmaculados, como si las zapatillas de aquellos individuos y sus carros jamás hubieran conocido la tierra y la mugre de las callejuelas que el grupo había dejado atrás.

— Ser Vyler. Observad — advirtió ser Ronnie Baronnet, consternado. —. Frente a los establos.

El caballero dirigió la mirada hacia la calle. A cien metros de distancia, allí delante del cuartel principal de caballería, se aglomeraban unos cincuenta jinetes con corazas de hierro y atavíos en verde y blanco. Observó cómo los hombres se agrupaban en una triple hilera a la vera de la calzada, dándoles así espacio para continuar con su trayecto. Los portaestandartes enarbolaban el blasón de Dranova en el aire. Y en el otro costado, una docena de caballeros se apiñaba junto a sus escuderos, quienes prestaban su ayuda para equiparlos con pesadas armaduras de placas de cuerpo completo.

Si bien la escolta pasó de largo sin aminorar el trote, ninguno de entre los hombres que cabalgaban a su lado rehuyó a intercambiar una mirada de incertidumbre.

Un par de calles más adelante, a las afueras del cuartel central de infantería, cientos de soldados marchaban agitados en dirección contraria, con escudo en mano y espadas en sus vainas; dispuestos en formación de doble columna.

A las orillas del camino y desde los balcones de sus casas, algunos ciudadanos vitoreaban a los reclutas en preparación, mientras otros se limitaban a observar el panorama con caras largas.

— ¡La ciudad luce como si se estuviese preparando para la guerra! — apuntó ser Ronnie para todos.

« Así es, pero ¿contra quienes? ».

Se respiraban aires de esperanza y tensión en la ciudad.

En seguida, la inquietud se apoderó de ser Vyler, quien hizo caso omiso a lo que sus camaradas tuvieran para decir. Dio rienda suelta a su imaginación, esperando lo peor, dominado por la perspectiva de un vaso que siempre lucía medio vacío.

¿Otra revuelta de la plebe? Pero eso era imposible. Habían pasado muchos años desde la última insurrección y desde entonces las circunstancias del país no habían hecho más que mejorar. Además, el tumulto que se generaba con cada festival nunca había escalado tanto como para necesitar fuerzas ajenas a la Guardia de la Ciudad que atemperasen a la población.

Lord Worthington abrió uno de los postigos del carruaje, y asomó la cabeza con su acostumbrada expresión pusilánime de oreja a oreja.

—¿Qué está sucediendo?

De lejos, ninguno se mostró más estresado que ser Vyler. Cogía las riendas de *Wyke* con fuerza descomunal a medida que se mantenía pensando en el posible enemigo, en el lugar de la batalla, y por sobre todas las cosas, en el estado de sus seres queridos. De allí en adelante, el trayecto se tornó insufrible.

Después de un par de azorados minutos, la colina del castillo se extendió ante ellos. Un profundo foso de agua cristalina cercaba al Baluarte del Rey, a su torre del homenaje, a las inexpugnables murallas de piedra y los amplios jardines centrales, dando así, la impresión de convertirse en una pequeña isla de roca maciza sobre la extensa colina. A la cara interna de los muros fortificados, numerosos torreones se alzaban tan altos que en cada invierno la espesa niebla los hacia ascender hasta los cielos. Un enorme puente levadizo de madera de roble daba la única salida y entrada a la impenetrable fortificación, tan generoso en amplitud que unos quince hombres podían cruzarlo a caballo sin problemas.

Soldados de infantería, armados de pies a cabeza con hierro laminado y acero, custodiaban el puente. Rápidamente uno de ellos gritó una orden a todo pulmón, y otros se dispusieron a acatarla, bajando el puente desde los adentros del bastión.

Los nervios de lord Thomas Worthington le afloraban la piel. Aquel supuesto diluvio del cual el capitán les había hablado se manifestaba entonces en sus finos ropajes en forma de una transpiración incontrolable.

La caravana traspasó el puente levadizo, y luego los blindados rastrillos de la isla. Más allá de los muros coronados y la barbacana, el patio principal se reveló ante ellos como una infinidad aparente de esbeltas torres de piedra caliza, almacenes de ladrillo, establos, salones amplios y residencias lujosas de cinco plantas de altura. Entre las edificaciones se extendían, como telarañas, estrechos callejones y también pasarelas techadas conectadas con ingenio a todos los niveles posibles del recinto, que hacían lucir al Baluarte del Rey como una pequeña ciudad de alto prestigio e impenetrable. En medio de toda aquella amalgama de edificios, dominándolo todo, se levantaba, regio y descomunal, el castillo de Leonor II, un palacio fortaleza de piedra labrada grisácea laureado por tejas tan verdes como el pasto.

En opinión de ser Alfred Barmettler, era un espectáculo arquitectónico que siempre conseguía maravillarle la vista a cualquiera.

Ya en el centro del complejo, la escolta amainó el trote, y se detuvo ante las robustecidas puertas de roble y hierro del castillo, con cierta congestión dibujada en sus rostros. La entrada yacía dispuesta de par en par, y bajo el arco de piedra tallada se

encontraban tres caballeros de la Guardia de la Realeza, un joven noble, y en medio de todos ellos, lord Edward Stanford, Consejero de Su Majestad, y, por consiguiente, la segunda persona más poderosa de Dranova.

Ser Vyler fue el primero en descabalgar. Sus compañeros hicieron lo propio sin demora. Pero la rapidez y zozobra con la que cada caballero actuó al apear de su montura no fue capaz de compararse al despliegue de desesperación que lord Thomas demostró al arrojarse del carruaje.

— Lord Stanford — se apresuró a hablar, alterado y suprimiendo cualquier ápice de cortesía. —, ¿qué está sucediendo en la ciudad? ¿Por qué de semejante movilización de fuerzas? — Había quien afirmaba que el Intendente Mayor en ocasiones podía llegar a ser tan valiente como un cachorro abandonado.

A pesar de ello, era por mucho el hombre más preparado para el cargo que ejercía, quiso recordarse ser Vyler.

Lord Edward, quizás en un derroche de malicia inocente, se atrevió a poner en prueba la poca paciencia y gallardía que caracterizaban al nervioso cortesano. Durante unos segundos guardó silencio, y se dedicó a observarlo detenidamente con una somera sonrisa sobre la fina barbita de candado. El noble de rostro relamido y ojos taimados lucía una elegante casaca de terciopelo gris oscuro bajo un cinturón amplio de cuero negro. Al Consejero del Rey, pese a asumir uno de los puestos más estresantes de todo el reino, siempre se le notaba sereno, descansado y de buen humor.

Las malas lenguas esparcían desde hacía años el rumor de que lord Edward Stanford era el titiritero detrás del trono.

« Aunque ciertamente razones no les faltan. »

Se escuchó a lord Thomas tratar de articular una frase completa entre titubeos intermítales cuando fue interrumpido.

— Mi lord, caballeros — El consejero alzó la voz, al tiempo que esbozaba una enorme sonrisa. —. Por fin habéis llegado. Me complace ser el primero en anunciaros que nos encontramos hoy en el umbral de una nueva era.

— ¿Una nueva era? — consiguió pronunciar a duras penas lord Thomas.

— Una maravillosa.

Los caballeros se lanzaron miradas perplejas unos a otros. Ser Vyler dio unos pasos al frente e hizo una profunda reverencia.

— Lord Stanford, sin ánimos de dejar de lado la cortesía que vuestra presencia merece, nos complacería si nos comunicaseis que está aconteciendo en la ciudad. ¿Por qué tantos hombres movilizándose en las calles?

— Comprendo vuestras inquietudes, ser Vyler Maine. Mi persona también las sostendría, si en vuestro lugar… En el de todos vosotros, de hecho, estuviera. — Respiró profundo, y se tomó su tiempo para concebir las palabras más idóneas. El silencio se hizo frente a las puertas del castillo, interrumpido unos segundos después por el sutil carraspeo de lord Edward, quien tanto acostumbraba la dilación. Era extraordinariamente conversador, pero todo el tiempo hablaba de forma cautelosa y alargaba las frases más de lo debido. — ¡Vaya!... por poco lo olvido — Suspiró antes de

dibujar otra vez una sonrisa suave. —. Permitidme tener el más grato de los placeres de presentaos al no tan nuevo pupilo de Su Majestad. Leann de la ilustre casta de los Sheldrake.

La faz del muchacho se tornó casi tan roja como sus cabellos crespos. No se le notó especialmente locuaz ni mucho menos se esperaba un gesto como aquel en momentos tan tirantes, al igual que los caballeros presentes.

Ser Vyler, ya se temía una respuesta evasiva. Después de todo, el consejero era portador de una verborrea sin precedentes. Siempre dispuesto a divagar de manera innecesaria sobre cualquier tema, en lugar de ir al punto; o quizás le atraía demasiado el sonido de su propia voz.

— Mi lord — advirtió con cautela ser Ronnie. —, si disculpáis mi atrevimiento… ¿Qué hay de los soldados? ¿A qué nueva era hacéis referencia?

— A una autentica época de paz y gloria para todo el reino de Dranova, a ello hago referencia. Permitidme finiquitar vuestras preocupaciones — comenzó diciendo, con la garganta trabada por el orgullo que le inflaba el pecho. —. Finalmente, la oportunidad que todos hemos esperado, con sumo afán durante tanto tiempo, ha tocado a nuestras puertas. La Horda de las Bestias… Nuestros más hábiles y experimentados exploradores han conseguido dar con el paradero de esa indeseable caterva de paganos.

Aquellas impensadas palabras asestaron los oídos de ser Vyler como el restallido fugaz de un látigo. Más de un caballero se quedó sin aliento.

— ¿Escuché bien, mi lord? — preguntó ser Alfred, anonadado.

— Eso está abierto a dependencia, ser — Hizo ademán de una pausa. —. Siendo preciso, hace unos días un par de jinetes de exploración, oriundos de la ciudad de Glasstone, divisaron una numerosa aglomeración de aproximadamente ocho mil hombres y mujeres en un campamento muy rudimentario a las orillas del rio Eris, muy cerca del corazón de Dranova.

Aún no daba crédito a lo que oía.

La Horda de las Bestias. El simple nombre le causó un escalofrío.

Aquellos hombres eran el objeto de la mayoría de las historias de terror que se conservaban en el reino y más allá de él. Pero si tan solo fuesen leyendas, los pueblerinos podrían dormir tranquilos por las noches en sus frágiles cabañas. La Horda era una tribu nómada de paganos, los últimos de una larga lista que se remontaba a siglos antes de la unificación de Dranova. Eran unos despiadados y fervientes adoradores de las Bestias y otros falsos dioses, defensores acérrimos de ideales inhumanos y perpetradores de un historial inconmensurable de saqueos y genocidios a pequeños poblados de toda la nación.

— El escrito enviado por el mayordomo de lord Lazaro Arrowsmith — siguió. —, Marqués de Glasston, fue respaldado por un halcón recibido desde la ciudad de Anglovia, medio día después. Sus exploradores reportaron un campamento con exactamente las mismas características y localización. «Hedor a sangre coagulada y un exuberante grupo de hombres y mujeres andrajosos de una conducta bastante execrable», alcancé a leer.

— Una oportunidad como esta… — consiguió decir ser Vyler.

— No se presenta todos los días. — se apresuró a terminar ser Lance Crowley.

— Qué el Señor nos ampare. — Se persignó lord Thomas.

« Raymond — se guardó para sí. — ¿Por fin ha llegado el día de tu caída? ».

Lord Edward Stanford intentó súbitamente pasar a una habladuría intrascendente que versaba sobre el viaje que habían emprendido a la costa de Barmania, mientras el resto de los caballeros, todavía atónitos, arrojaban una sarta de interrogantes que iban siendo evadidas con florida sutileza. En ocasiones, ser Vyler se animaba a pensar que el Consejero del Rey actuaba de esta forma en busca de sulfurar a los demás. Sin embargo, su expresión de serenidad innata siempre indicaba lo contrario.

— Disculpadme, lord consejero — se adelantó a hablar uno de los espadachines platinados, ser Paul Wolkan. —. Su Majestad os aguarda. Tal vez sería más sensato aplazar esta conversación hasta otro momento más favorable. Si os parece. — Terminó con gesto reverencial. Pero, a juzgar por su expresión, *el Caballero Artesano* habría podido obsequiar su armadura ostentosa de platino con filigranas de alas doradas y yelmo de halcón a algún indigente, si con ello conseguía que lord Stanford cerrara la boca por un buen tiempo.

No había reparado en él hasta entonces. Ser Paul era reconocido tanto por su destreza con la espada como por su artesanía con metal. Según tenía entendido, era el único en la Guardia de la Realeza al que se le permitía trabajar su armadura, practicándole grabados y remplazando algunas partes por otras modificadas por su propia mano, siguiendo así con aquella tendencia tan vulgar de ciertos caballeros de personalizar su armadura hasta rayar el mal gusto y la saturación. La de ser Paul era vistosa, desde luego. Se preguntaba si igual de práctica.

Ser Vyler era más de la opinión de que la coraza de un caballero debía mantenerse impoluta y no diferenciarse demasiado de la de sus camaradas de armas. De otro modo, se corría el riesgo del volverse el objetivo de un rival. Y en una batalla lo último que necesitaba alguien era que el enemigo lo identificara con excesiva facilidad.

Lord Worthington, todavía impresionado, accedió con ojos redondos como platos ante la postura de ser Paul. En cambio, los hombres de la escolta no hicieron más que asentir y ocultar su incomodidad con una marcada reverencia antes de retroceder hacia sus monturas. Ya habría tiempo para su remuneración y reconocimiento.

— Ser Vyler Maine — llamó lord Stanford —. Si os apetece acompañarnos a la Sala del Trono. — Y le mostró el camino hacia dentro con un gesto de mano.

Ambos señores se adentraron al castillo junto a la compañía de la Guardia de la Realeza, el joven Sheldrake y ser Vyler que había accedido al honor con cierta pesadumbre enmascarada tras la disciplina y el respeto de un rostro marcial.

La galería que llevaba hasta la Sala del Trono era un pasillo profundo, excesivamente profundo, y se encontraba flanqueado por una interminable procesión de esculturas talladas en cuarzo y mármol sobre pedestales decorados con porcelana pulida. Exquisitos y detallados retratos de antiguos reyes se extendían hasta setenta pasos más

allá, contrapuestos a amplios cuadros que representaban los acontecimientos más significativos de la historia de Dranova en los últimos cuatro siglos.

El murmullo de las armaduras de hierro sobre la alfombra escarlata ensombrecía el silencio cargado de tensión para un lord Thomas a quien todavía se le notaba alterado. De un momento a otro, el Consejero del Rey amainó el paso para situarse junto a ser Vyler. Y la futilidad inherente a su habladuría no se hizo esperar.

— Ser Maine, mirad aquella escultura. ¿Qué os parece? — Señaló hacia la más corpulenta de todas, que medía cerca de dos metros de altura. —. Se trata de nada más y nada menos que del impetuoso Bernard I. Reconozco que un caballero tan ilustre como vos, es capaz de presumir de ser un conocedor entusiasta de todo lo referente a la historia del reino — Se acercó más al caballero para bajar su tono de voz. —. Sin embargo, aunque la historia nos haya enseñado que nuestro queridísimo Rey de antaño murió a causa de unas heridas infectadas luego de cazar un oso pardo… Divagando por las bibliotecas me encontré varios manuscritos amarillentos del Gremio de Eruditos de la época, que dictan que la realidad acerca de su muerte fue mucho menos…

No podía importarle menos aquella historia.

— Mi lord — dijo inquieto, al cabo de un rato. —, he de creer que no me habéis conducido hasta aquí para tener una conversación acerca de los antiguos Reyes. ¿Estoy en lo correcto?

— Lo estáis, noble caballero… Lo he conducido hasta aquí, porque nuestro querido Rey sostiene algunas palabras que desea comunicaros él mismo en persona.

— ¿Qué motivos podría tener el Rey para concederme el honor?

El cortesano se llevó una mano a la fina barbilla.

— Temo que lo desconozco.

Sabía de sobra que mentía. El número de asuntos que el consejero desconocía y Su Majestad dominaba eran más bien escasos.

— Sin embargo — prosiguió. —, también debo comunicaros un asunto importante. Tal vez sea mejor que lo sepáis ahora mismo y no después. Para que no os llevéis una ingrata sorpresa.

— ¿A que os referís, mi lord? — Lo azotó un mal presentimiento. — « Y sé conciso, si es posible. »

— Vuestro audaz hermano, ser Konash, y vuestro joven hijo, Valysar… — logró entonar con rostro serio. —. Me siento en la obligación de expresaros que vuestro primogénito, en pos de demostrar su valía como escudero, emprende voluntariamente la marcha hacia el corazón del reino junto a más de seiscientos caballeros, tres mil jinetes y varios miles de otros hombres de la hueste.

Durante largo tiempo no se animó a decir nada. Meditó acerca del significado detrás de aquellas palabras, mientras observaba de soslayo a lord Edward.

— Valysar se ha convertido ya en un hombre, pero ahora busca la manera de ser nombrado caballero — añadió el consejero con intenciones de evitar un silencio indeseable.

Cuando de su boca escapó un gran suspiro, el pecho, una vez soberbio, de golpe quedó vacío. La presión de la armadura le cayó encima, robustecida por una pesadez insufrible que casi lo hace detenerse. El murmullo del metal y las palabras versadas en batallas que cruzaban los caballeros a su espalda no fueron sino un molesto presagio en mitad de su tácita tortura.

Su primogénito ya tenía la edad como para partir a la guerra. ¿Pero estaba listo?

— No os preocupéis, noble caballero — continuó. —, vuestro hijo no se encontrará en la vanguardia, ni mucho menos.

— Es un Maine — logró pronunciar orgullosamente. —. Un hombre que ha aspirado a convertirse en un caballero de renombre desde el día que empuñó una espada de madera por primera vez. Al igual que su padre, que su tío y su abuelo mucho antes que él.

— Percibo que vosotros, los Maine, lleváis la caballería en la sangre. No me extrañaría escuchar que aprendisteis a cabalgar antes de siquiera dar vuestros primeros pasos.

— No os encontráis muy lejos de la realidad, mi lord — Se inclinó hacia él en gesto de genuino agradecimiento. Su antebrazo descansaba sobre la empuñadura de la espada envainada a su cintura. Aquello era un hábito inconsciente al caminar.

— Los jóvenes a menudo intentan poner a prueba su valentía en ocasiones como esta.

— Y para mí pesar — suspiró. —, mi hijo puede llegar a ser más valiente que cauto. Encontrad allí la cuna de mis preocupaciones. Si me permitís, mi lord, quisiera reunirme con mi hijo y mi hermano antes de que salgan de la ciudad. — Muy dentro de él sabía que no sería posible.

Lord Edward no era un hombre muy alto. Miraba a ser Vyler directamente a los ojos desde casi un palmo más abajo. Sobre su tez clara, bailaba una sucinta mueca de lástima. Aún había cosas que ocultaba y decirlas lo llenaba de desazón al parecer.

— Os pediría que no os indignarais, aunque tampoco os juzgaría por vuestra reacción. Estáis en todo derecho de ver a vuestra familia, pero como bien sabéis ser Konash Maine es ahora una espada juramentada de la Guardia de la Realeza…

Aquello lo cogió desprevenido. Fue severo al culparse por haber tenido la insolencia de pasarlo por alto. En breves, se halló más desconcertado y sediento de respuestas que nunca.

— Mi hijo — interrumpió, exaltado. —. ¿Por qué mi hijo, siendo aún un escudero, irá a la guerra sin la presencia de su mentor?

Los caballeros que caminaban detrás enmudecieron al escucharlo alzar la voz de aquella manera. La inquietud había provocado que tan educado hombre olvidara por un segundo todo ápice de observancia hacia un señor de mayor jerarquía.

— A vuestro hermano menor — empezó lord Edward, muy sereno. —, debido a la grandeza de sus proezas que trovadores y doncellas tanto aclaman, se le concedió el beneplácito Real para que combatiera, si así lo deseaba, junto a las ocho grandes ciudades de Dranova. Después de todo, ¿quién mejor que vuestro engrandecido

hermano para traer al castillo la cabeza cercenada del traidor y apóstata Raymond Hailstone?

No pudo evitar echar un furtivo vistazo a lord Worthington. El cortesano no había acogido hasta el momento el menor deseo de partícipar en la conversación, pero disimulaba mal el hecho de ser todo oídos. Vio en él un pecio de entusiasmo salir a flote por primera vez entre toda su preocupación.

« Debe estar sintiendo unas ansias irremisibles de escupir al suelo y maldecir tan ignominioso nombre ». Si estaba en lo seguro, lord Stanford se hallaba tan abstraído en el diálogo que había pronunciado a un innombrable sin tenerlo en consideración a él.

A fin de cuentas, hacía poco más de veinte años desde que el ahora «Rey» de la Horda de las Bestias ejecutara a sangre fría a su esposa e hijo pequeño, para cumplir así con su palabra. Con el juramento de sus amenazas. Maldito fuera el día en el que aquel perverso hombre llegara a espadachín platinado y jurase en falso su espada y vida a la Realeza de Dranova.

— Ser Konash — prosiguió lord Edward. —, optó por atender sus responsabilidades más enraizadas a la Corona. Y después de escuchar la noticia de que su tío no prestaría sus armas, el joven Valysar tomó la decisión por cuenta propia. Vuestro hermano simplemente no quiso apaciguar los ánimos de vuestro primogénito por demostrar su valía y destreza en el campo de batalla. «De tal espada, tal filo», me atrevo a citar.

« ¿En qué diablos estaría pensado Konash? Un escudero nunca debe encarar una batalla sin su caballero ». Pero no tuvo más opción que tragarse toda la injuria ocasionada por la poca sensatez de su hermano. Una vez más.

— Ser — Lord Worthington habló con voz sombría. —, vuestro hijo hace un bien invaluable al tomar la iniciativa y combatir contra esos impíos inmorales. Valysar no se encuentra solo, os lo aseguro. Dios lo tendrá bajo su manto todo el tiempo. La devoción a Él y tan enorme gesto de rectitud serán bien retribuidos.

— Algunos jóvenes nacen para la batalla. — añadió lord Stanford.

« Y muchos mueren en ellas. » Ocultó sus miedos tras un rostro inexpresivo.

Ser Vyler no se hacía muchas ilusiones en cuanto a salir victoriosos en aquella guerra que todavía no empezaba. A fin de cuentas, no era la primera vez que se anunciaba a los cuatro vientos que la Horda de las Bestias estaba arrinconada y próxima a su extinción. Aunque cierto era que aquellas circunstancias lucían un cariz distinto. La ciudad demostraba mayor entusiasmo y movilización que en anteriores oportunidades.

Pero al final, se conformaba con que su hijo regresase vivo y completamente sano.

Un momento más tarde, reparó con admiración en el arte expuesto a lo largo de la galería. A medida que se acercaban a la Sala del Trono, las pinturas se volvían cada vez más antiguas y desteñidas. Los lienzos lo trasportaron al recuerdo de su hermosa y pequeña Grace, quien disfrutaba de pintar a todas horas. Se encontró extrañándola de nueva cuenta. Estaba más cerca de ella que nunca en los últimos meses, pero el deber para con su Rey lo ataba de manos.

Hacia el final del corredor, los laterales repletos de cuadros y retratos históricos concluían con un último y majestuoso par que habían sido vagamente renombrados como *la Reina Bruja* y *el Rey Brujo*, y eran además los favoritos de su hija. Durante años, se había rendido un sinnúmero de veces ante los ruegos incesantes de Grace para llevarla a echar un ojo a aquellas pinturas de las que Vyler ya estaba harto. Pero, por ella y su sonrisa mellada lo haría las veces que fuera necesario.

En una de ellas, rodeada de esplendor y belleza exótica, se mostraba a la primera Reina de Dranova ataviada por un vestido blanco de corte elegante. Equidna *la Doncella de Bronce*. El apodo con el que se le había inmortalizado en vida era fiel a su aspecto, pues su extraña piel morena guardaba semejanza con el mismísimo bronce reluciente. Su larga caballera oscura como el ónice se encontraba ribeteada por una diadema de diamantes, pero de sus ojos de oro fundido irradiaba un resplandor que opacaba a cualquier joya. Con gentil sonrisa, mimaba a un hurón que se enrollaba aletargado en torno a su cuello. A su costado izquierdo, un enorme león de regia melena miraba hacia el horizonte, sentado sobre los cuartos traseros. A su flanco derecho, observaba solemne hacia el lado opuesto, un tigre dientes de sable de fauces sobrenaturales. Y sin importar que tan magníficas fueran aquellas fieras que la acompañaban, la mirada de ser Vyler se desplazó rápidamente hacia el monstruoso onisvéhemens que surcaba los cielos a su espalda, desplegando su grandiosa envergadura y reflejando la luz del crepúsculo a través de sus escamas metálicas.

Por el motivo que fuera, el artista había retratado a Equidna bañada por un suave rocío de fuego a ras de piel y que la hacía brillar con aura dorada, como pronosticando sin saberlo la causa de su muerte.

El próximo cuadro, a pesar de tratarse del mitificado primer Rey de Dranova, palidecía junto a la excelsitud del primero. Según solía describir Grace, el hombre al que todo el continente había conocido como Dante *el Unificador* yacía sentado sobre un peñasco de caverna rodeado por ríos de lava. El rostro se le iluminaba de forma sombría, bajo aquella luz vaporosa que se cernía sobre él, mientras apoyaba en el suelo la espada más ennegrecida que ser Vyler había visto en toda su vida. *Espectro* era tan oscura como una noche sin luna ni estrellas, como la negrura misma que se revelaba ante los ojos de un invidente. Vestía con una túnica de color carmesí con grabados brunos que no llegaban a ser completamente legibles.

Desde dentro de la Sala del Trono las enormes puertas de cobre laminado se abrieron de par en par, como si la misma hubiera advertido su llegada. El gran salón se extendió regio, impecable y de unas dimensiones sin parangón. Lujosos candelabros de vidrio y plata se suspendían a doce metros de altura, y en las paredes la luz calaba a través de vitrales rematados en arco y pintados por ilustraciones folclóricas que derramaban su vasta gama de colores por todo el piso de piedra. Desde un lugar privilegiado al fondo de la sala, una plataforma de losas oscuras se elevaba señorialmente, imponiendo formidable presidencia a todo el recinto. Posterior al trono, se desplegaban una sucesión de banderas verticales con el esplendoroso blasón de Dranova sobre franjas verdes y blancas.

El heraldo del Rey pronunció sus nombres ceremonialmente, con un vozarrón impresionante, y sus bien entonadas palabras se sobrepusieron a los murmullos de los nobles y clérigos que permanecían inquietos aguardando a Su Majestad. Le pareció un hombre que poseía una voz impropia para alguien tan recortado en estatura. Aquella gruesa y penetrante voz iba destinada a casi un centenar de personas a lo largo y ancho de la enorme Sala del Trono.

La nobleza de los condados y baronías más cercanas refunfuñaban entre dientes y lanzaban miradas de descontento, de pie a las faldas del manto tapizado que fragmentaba en dos al salón y señalaba el trayecto hacia el distinguido asiento del monarca. Sobre los escalones de la plataforma, se erguían, inamovibles y atentos, seis caballeros de la Guardia de la Realeza. Las luces que atravesaban los ventanales se reflejaban sobre sus corazas platinadas, irradiando distinción.

Al pie de los peldaños de la plataforma, se encontraba un hombre mofletudo y risueño, vestido de pies a cabeza con holgadas sedas rojas y encajes de oro que caían como una bata hasta sus zapatillas ornamentadas. Una mitra blanca como la nieve le adornaba los cabellos canos con la enorme filigrana de una cruz. Desprendía una paz indiscutible, apoyado sobre un regio báculo de extremo curvo como una oreja y una cruz de oro pernoctada en medio. Sedas y oro por doquier.

— Su Excelencia. — se apresuró a reverenciar lord Thomas al besar el dorso de la mano del Santo Padre Headmund.

— Su Excelencia. — gesticuló con voz seca lord Edward.

El Arzobispo hizo ademán de trazar una cruz en el aire.

— Que Dios os bendiga mi lord de Worthington por vuestro exhaustivo esfuerzo en esta travesía que acabáis de concluir. — En su tez fina se marcaba una papada que se agitaba con cada movimiento que hacía.

Ser Vyler se aguantó el deleite de una risa. El largo viaje había sido exhaustivo para lord Thomas, sí, pero a causa de su caprichosa idiosincrasia.

Cuando el puñado de siervos que acompañaban al Arzobispo Alexander Headmund se acercaron, lord Stanford pareció reservarse cualquier ánimo de conversación trivial.

Y durante un buen rato, el murmullo de los señores se fue intensificando. Cada voz que se alzaba en el gran salón iba cargada de considerable agravio. Y no era para menos. La plaga de condes y barones llevaba cerca de una hora en medio de una desagradable e incomodísima espera sobre sus entumecidos pies. Y en lo que duraba todo aquello, lord Thomas atiborró de cumplidos a quién, para él, era el hombre más reverenciable de toda la cristiandad en occidente.

— Lord *Lameculos*. — espetó entre dientes lord Dorian Stockwell, uno de los que lo habían saludado con sonrisa abierta un minuto atrás. Se encontraba sumamente airado desde el rebaño de nobles.

El caballero supo esconder cualquier vestigio de impaciencia bajo un rostro impávido muy trabajado. El solo hecho de concebir la imagen de su pequeña corriendo hacia sus brazos, derrochando energía y felicidad, lo hacía querer dejar todo atrás, coger su caballo e irse tan rápido como pudiera. El recuerdo lo había envuelto en una calidez

alentadora, que por instantes lo hacía olvidar la angustia que sentía por su hijo y el resentimiento añejo hacia su hermano.

Justo en el momento en el que lord Edward iniciaba un repentino ataque de tos, las puertas de bronce se dividieron con estruendo y las lanzas platinadas de los caballeros de la Guardia de la Realeza se unieron al unísono en un fragoso golpeteo contra el suelo.

— ¡Ante vosotros nobles señores, eclesiásticos y caballeros! — anunció el heraldo. — ¡Su Majestad Leonor II de la Dinastía Real Liongborth! ¡Vigésimo tercer monarca del reino de Dranova! ¡Junto a él, su corte de criados!

Bruscamente y sin rastro de réplica alguna, todas las voces irritadas de la nobleza se ahogaron en un mar de pleitesía, y dirigieron sus miradas hacia las puertas de la Sala del Trono. Más de uno dejó ver que había liquidado una leve injuria tras un amargo trago de saliva.

— ¡Mis buenos y distinguidos señores! — gritó, sonriente el Rey apenas traspasó el arco de bronce. — ¡Mil disculpas!

« Ningún Rey debería pedir disculpas »

Aunque su cortesía y consideración en ocasiones dejaba que desear, lo cierto era que Leonor II lucía exactamente cómo debía lucir un Rey. Caminaba a paso vivo hacia el trono, mientras el resto de su corte y salvaguardia lo seguían de cerca. Se ataviaba con una túnica de color crema con encajes de piedras preciosas bajo una gruesa capa de piel de lobo, que se prolongaba hasta sus talones. Una corona, como no, de platino obsesivamente lustrado con almenas de oro rematadas por descomunales piedras de esmeralda embellecía su larga y bien peinada cabellera castaña.

— Algunos asuntos surgieron sin previo aviso. — citó en un murmullo lord Edward con una somera sonrisa sobre la perilla en forma de punta de flecha.

— ¡Algunos asuntos concernientes a la Corona surgieron sin previo aviso! — justificó el Rey, alzando una mano. — ¡No debéis impacientaros!

Una leve carcajada amenazó al Consejero. No era la primera vez que Leonor II se presentaba a deshora a una audiencia, y seguramente no sería la última vez.

Su Majestad divisó a lord Worthington entre los hombres que yacían a un costado, y fue a por él con los brazos abiertos.

— ¡Lord Thomas! — aulló alegremente haciendo uso de unas fuertes palmadas en la espalda. — Me complace teneros de regreso, como debe ser. Al fin y al cabo, no es nada recomendable que lord Stanford haga todo el trabajo sucio en vuestra ausencia.

Estupefacto por la extrema cercanía de un hombre que jamás había conocido el concepto de espacio personal, lord Thomas tan solo pudo gesticular una reverencia y unas breves palabras de agradecimiento.

Y con cierta prisa manifiesta, ser Vyler escudriñó los rostros del séquito en busca del presuntuoso rostro de su hermano. Reconoció de inmediato a ser Arthur Cahill, Paladín de la Guardia de la Realeza; ser James Aulsebrook, el tercer espadachín platinado; ser Lawrence Mansfield, el cuarto espadachín platinado; ser Covan Thompson, el quinto espadachín platinado y un buen amigo de su juventud; lord Ashton

Lyall, Canciller del reino, con su distintivo bigote superpoblado; y una decena de otros rostros desconocidos entre los que figuraban caballeros y demás cortesanos. Pero ni rastro de ser Konash Maine, el segundo hombre más importante de la guardia y también la mejor espada de Dranova.

« Optó por atender sus responsabilidades más enraizadas a la Corona », recordó las palabras del Consejero con amargura.

El Rey palmeó enérgicamente la espalda de su súbdito una última vez, y se aproximó a subir los escalones de la plataforma. El sitial era una esbelta masa de ébano tallado, con bordados y remaches en diamante negro e incrustaciones de todas las piedras preciosas conocidas: rubí, zafiro, espinela, esmeralda y diamante común. Cuando Leonor II se hubo dejado caer sobre el respaldo labrado del trono, tanto su Consejero como el Arzobispo se posicionaron a sus flancos, ambos un peldaño más abajo, mientras la guardia de armaduras de hierro recubiertas de platino relucía con su presencia y resguardaba a las tres almas más destacadas del reino.

— ¡Buenos señores, cada uno de vosotros sois conscientes del por qué estamos presentes aquí el día de hoy! — Leonor II era ciertamente directo. Su voz repercutía con solemnidad por las paredes y columnas de la sala. — ¡Estamos aquí a causa de la demencia que ha azotado el reino durante siglos por la mano impía de aquellos que han transgredido los principios cristianos más elementales! ¡Y pongo al único Dios como testigo de que estos días serán recordados como el principio del fin para esta horda de demonios, que no hacen más que contaminar con sus execraciones la prosperidad de esta tierra! ¡Nuestra tierra! — Acarició los esculpidos brazos del trono, apoyando su cabeza en el respaldo.

Una esperanzada verbosidad se hizo presente entre la nobleza cuando la voz y la furia con la que el monarca había prestado su palabra se desvaneció.

— Majestad, si me permitís — indicó en voz baja lord Stanford. —. En los próximos días, cuando el festival de vuestro nombre toque a su fin… — Sonrió. — He de suponer que no hay ningún otro Rey que haya disfrutado o disfrutará de un final tan majestuoso como el que tendremos la oportunidad de presenciar muy pronto. Os congratulo por ello.

Leonor II no hizo ademán de responder. Su rostro se hallaba enervado y enrojecido.

Mientras ser Vyler aún permanecía a la espera de una suspirada elucidación que parecía cada vez más remota, el Arzobispo dedicó un enfático y reiterado sermón a los, ya de por sí, extenuados asistentes. Luego, el Rey, con cierto tedio, procedió a escuchar las peticiones de una docena de condes y barones.

« Majestad, de verdad confío que tengáis una buena razón para demorar esto durante tanto. » Llevaba media hora erguido entre la multitud, mientras la alta nobleza no paraba de parlotear sobre cultivos, vasallos y presentes.

En determinado momento, reparó en la presencia de la Reina Alice en las galerías superiores, quien se levantaba ya para retirarse con cierta prisa y un mal genio que agriaba un tanto su belleza.

Cuando Leonor II hubo terminado con cada uno de los nobles, para el caballero hacía tiempo que el disgusto le había ganado la batalla a la serenidad, aunque no estaba en su poder dictar protesta alguna. Y para su desgracia, en el preciso instante en el que Su Majestad mitigó sus aires de cansancio y se dignó a voltearlo a ver con una expresión júbilo, ser Vyler se llevó la más terrible decepción. Tanto tiempo perdido e incertidumbre a la espera de… ¿De qué? De un maldito banquete en su nombre.

Por un instante, quiso salir corriendo de la Sala del Trono, para intentar darle alcance a su hijo antes de que fuese a la guerra.

# Grace I

Los trazados del cuadro que pintaba eran finos; los colores, muy vivos, con una inmensidad de tonalidades diferentes que contrastaban de forma brusca entre sí. Las montañas nevadas se retrataban colosales a un costado, bajo un sublime cielo que resplandecía, dorado y escarlata por el crepúsculo. Un gigantesco campo de hierbas onduladas se avivaba por el furor de la batalla que residía sobre ellas. Las armaduras de cada caballero y de las monturas eran por completo discordantes, constituidas en su mayoría por oro, rubíes, platino y esmeralda. Más de cuarenta jinetes con lanzas y espadas de diamante negro en manos firmes, se encontraban magníficamente detallados.

En la cúspide de su arrebato de inspiración, Grace pincelaba con una rapidez y precisión prodigiosa. Cada trazo era perfecto e inigualable. Su hermano comandaba al ejército, luchando a la vanguardia, mientras defendía con vigor a todos sus compañeros a lomos de un encabritado e imponente corcel bayo. El lustre de su armadura de oro rivalizaba con los destellos radiantes de luz del sol poniente.

Su delirio artístico había sido detonado gracias a un extraño sueño que tuviera a la hora de la siesta. El repentino estallido de inspiración la había hecho saltar a trompicones de la cama, y correr directo hacia el caballete de madera de su habitación.

Al dar el último toque a la armadura dorada de Valysar, retrocedió unos pasos, maravillada, boquiabierta, para contemplar toda su creación desde una distancia ideal.

El vestido de seda verde lima con el que se había quedado dormida exhibía manchones de pintura por todos lados, y su cabello castaño de alguna forma padecía de los mismos descuidos. Estaba segura de que su madre le reprocharía aquello, pero no importaba. Dos horas atrás, el cuadro delante de ella no era más que un simple lienzo en blanco, y ahora se había convertido en una auténtica obra de arte.

La naturalidad con la que con tan solo nueve años Grace era capaz de plasmar sus sueños en lienzo era milagrosa. O algo así, solía decir su padre a sus amigos, todo ufano, todo orgulloso.

— ¡Grace, cariño! ¡Ven aquí! — escuchó decir a su madre desde el piso de abajo.

Su mente, antes ocupada en juzgar con sumo cuidado cada fragmento de la pintura, se nubló, y de pronto, fue incluso más feliz. No llegó a atender las últimas palabras que Elizabeth pronunció, pero sabía muy bien que significaba todo aquello. Aquel era el día.

— Están aquí ¡Ya están aquí! — vociferó dibujando en su rostro una sonrisa extraordinaria.

Ilusionada y desbordante, arrojó el pincel y la paleta hacia algún lugar del desordenado cúmulo de cuadros y esbozos que era su habitación. No supo exactamente a dónde. Salió a toda prisa por la puerta, y bajó las escaleras de dos en dos peldaños, rozando el pasamano de roble con la palma, solo por si acaso. Saltó el último par de escalones, y aterrizó en el suelo con delicadeza. Con pies desnudos, cruzó los pasillos de la mansión y evadió, veloz, a las criadas.

Las paredes se encontraban repletas de cuadros, en su mayoría retratos familiares, que había pintado mucho tiempo atrás. El primero de ellos era una campechana pintura de su padre volando a lomos de un pegaso blanco: una majestuosa criatura de ensueño, según decían. Fue su animal favorito desde el primer instante en que Connor le hubo contado sobre su existencia.

O más bien, acerca de su actual inexistencia.

Jadeante, llegó rápidamente a la sala principal en busca de su amado padre.

— ¡Padre! — gritó al cruzar la puerta doble.

Miró en todas direcciones en una búsqueda desesperada, pero él no se encontraba allí. Su madre se hallaba al fondo, sentada en un diván emplumado, tejiendo un bulto de algodón azul que posiblemente pretendiera ser una bufanda. Era la única persona en la estancia además de Grace.

— ¿Dónde está papá? — inquirió en un tono de desilusión insondable. — ¿Y dónde está Connor?

Elizabeth se percató de inmediato de los manchones de pintura multicolor en sus sedas y en su despeinada cabellera, pero no fue capaz de emitir regaño alguno cuando notó que la sonrisa se le había desvanecido.

— Ven, querida. — Se mordió el labio, y con mucha pena le tendió una mano.

— Ha vuelto a su suceder — Grace sintió que se le hacía un nudo en el pecho. Se tendió sobre el fino mueble, y se acurrucó contra uno de los cojines. Estaba muy exhausta como para volverse hacia su habitación. Su vigor y júbilo habían desaparecido repentinamente. —. Ya han pasado cuatro meses. ¿Cuándo volverán?

Elizabeth le besó la frente, y le apartó los mechones de cabello que le habían cubierto un lado del rostro.

Cada vez que preguntaba aquello, recibía la misma sucinta respuesta: «Volverán muy pronto, linda. No tienes por qué preocuparte». Grace advirtió con extrañeza que en esta ocasión no obtuvo ni siquiera aquellas lacónicas palabras dulces. Esta vez solo hubo silencio. Alzó la vista, escudriñando el rostro de su madre, y descubrió que se esforzaba por ocultar una sonrisa tras una de sus manos. Y de un momento a otro, Elizabeth dibujó un gesto de felicidad impecable en su delicada tez, bajo aquellos ojos añiles que la observaron con ternura.

No comprendió lo que sucedía hasta escuchar el murmullo de una armadura de hierro al desplazarse. Se giró sin esperar nada menos que una respuesta. Una silueta había salido de su escondite detrás de las cortinas. Era alto, con una armadura de placas que le llegaba hasta el cuello. Su barbilla era áspera y su cabello se había vuelto un poco más cano que desde la última vez que lo viera.

Y con las palabras atoradas en la garganta, Grace corrió hacia él tan rápido como sus piernas le permitieron, y saltó a sus fríos brazos de metal. Vyler la cogió con fuerzas en el aire, y la elevó fácilmente hasta la altura de su rostro. Grace le palpó el rostro con sus manos para asegurarse de que era real y que no se había quedado dormida.

— He estado esperándote durante cuatro meses. — consiguieron decir ambos al unísono, cosa que los hizo reír.

Grace no logró contener las lágrimas al arrojarse sobre su padre, para abrazarlo con todo lo que tenía. Se aferró con tales energías que pudo jurar por un momento que había escuchado crujir la rígida coraza, o quizás solo había sido su espalda. En cualquier caso, él secó las lágrimas que no había logrado resistir. La observó con ojos cálidos, y le tanteo las mejillas con la yema de sus dedos.

— Eres una niña demasiado sentimental. Preguntaría por qué tienes pintura en el cabello, pero creo puedo hacerme a una idea.

— Es que estaba pintando un cuadro — gimoteó al ayudar a su padre a deshacerse de las lágrimas. —. Has tardado demasiado.

Elizabeth se acercó haciendo ademán de acariciar el vello facial de su esposo.

— Puede que tu padre aún sea más fuerte y hábil que cualquier otro caballero, pero no está en su poder controlar las tempestades del océano. — Y se puso de puntillas para besarlo en los labios.

— ¿Has crecido? — le preguntó su padre, impulsándola hacia arriba para sostenerla mejor. — Siento que estás más pesada que antes.

— Quizás un poco.

— Estás más hermosa de lo que recordaba — La miró con ojos maravillados. —. Ambas lo están.

Cuando su madre se mostró dispuesta a obsequiarle un beso más, Grace tuvo que interrumpirlos bastante preocupada, de un instante a otro.

— Padre, ¿dónde está Connor? ¿No debería haber venido contigo?

Ser Vyler tuvo la boca muy ocupada como para responderle al primer segundo…

— No sé dónde pueda encontrarse ahora, mi dulce Grace — dijo al final. —. Sabes cómo es él. Siempre necesita tiempo para sí mismo. Pero, me prometió que estará con nosotros para la cena.

«Él nunca rompe una promesa», repasó, emocionada de verlo muy pronto, de escuchar todas las historias de otras naciones que tuviera para contarle.

Y volvió a cargar contra su padre, con un abrazo. En esta ocasión, los cálidos brazos de Elizabeth también le hicieron compañía. Estaban juntos otra vez, después de tanto tiempo. Había extrañado con locura aquella sensación. Sin embargo, era entonces la cercanía de su hermano la que echaba en falta. No sabía si Valysar se encontraría bien. Pero al menos podía estar segura de que su padre sí, y eso lograba reconfortarla.

En pocos minutos, ser Vyler se había despojado de sus pesadas posesiones de hierro. Y por lo que había dejado ver, se sintió un millar de veces más cómodo sin ellas. Valysar le decía que la armadura acarreaba un gran peso que cargar bajo la reputación de llevarla consigo, y que después de semanas haciendo vida con ella, causaba un notable desgaste físico e irritación mental.

Su padre le contó que, lord Worthington les había exigido a todos los caballeros de la escolta portar la armadura, incluso para conciliar el sueño dentro de sus camarotes. El hombre era un paranoico y un obsesivo, quién no había dejado de pensar durante todo el viaje que los infames piratas y las leyendas de las profundidades del *Heron Sea* podían abordarlos cualquier noche.

Grace arrastró a su adorado padre a sus aposentos tan pronto como él logró vestirse con las ropas más holgadas y cómodas que encontró. Se hallaba muy entusiasmada de mostrarle cada uno de los cuadros que había pintado en los últimos cuatro meses; eran más de treinta, y algunos lienzos eran de un tamaño semejante a una portezuela. Se dejó llevar por la alegría y la pasión, y le habló durante muchísimo tiempo acerca de cada pintura sin dejar de lado algún detalle. Se las acercaba con sumo cuidado, y le expresaba, en los términos artísticos más sencillos que su padre pudiera entender, qué estilo había utilizado, en qué se había inspirado, y sobre todo qué sentimientos y significado había querido plasmar en ellas.

Parloteó y parloteó, mientras su padre la escuchaba sin deshacer la amplia sonrisa en su rostro, acerca de algunas de sus más recientes obras: *las Reliquias de un Sabio, el Ciervo del Amanecer, la Vil Doncella de las Sombras, el Fénix de Hielo, la Metrópolis Secreta*, y una multitud de otros nombres que él con rostro estreñido se esforzó por recordar. Comprendía que toda pieza, sin excepción, estaba ligada a ella a través de una profunda conexión emocional.

Había transcurrido cerca de una hora desde que había comenzado a presentarle sus obras más recientes. Y su padre se encontraba sorprendido por su admirable progreso y dedicación. Grace no solo había aprendido a titular sus obras con nombres bastantes llamativos, sino también conseguido mejorar en su destreza de una forma abrumadora desde la primera vez que hubo pintado, con sus delgados dedillos, a *Mi Papá sobre un Caballo con Alas*, que colgaba en los pasillos de la estancia. Pero incluso antes de que Grace terminara de hablar sobre el esbozo que tenía en manos, Vyler dirigió la vista hacia el enorme lienzo junto a la pared del fondo; entrecerró los ojos, molestado por la luz que descendía desde la ventana. Con un gesto gentil, cortó el acelerado discurso de Grace, y caminó hacia la última de sus pinturas.

— Ese aún no tiene un nombre — dijo ella. —. Está recién terminado. La pintura aún está fresca ¡Por favor, no la toques!

Alcanzó el cuadro y lo contempló, absorto. Los detalles eran tan magníficos que inmediatamente debió reconocer al hombre de armadura dorada que montaba en la vanguardia de la hueste.

« Lo extraña — pensó. —, y, además, está preocupado ».

— Tú hermano ya es un hombre — le había dicho su madre, mientras se despedían de él. —. Se convertirá en caballero en cuestión de nada. Me he preocupado por tu padre durante años y todo ha sido en vano, porque siempre vuelve ileso. Ya verás que es hijo de tu padre. — Grace sabía de sobra que ocultaba sus temores para protegerla de toda inquietud. Agradecía que se preocupase también por ella, pero no le gustaba para nada que le mintiese en el proceso. No era tonta.

Como obrada por un rayo, la culpa la azotó de súbito. Se acercó a la mesilla de noche que había entre el caballete y la ventana, y cogió la carta que había ocultado entre las páginas de un libro. Sus ánimos se habían sosegado de un momento a otro.

Ser Vyler Maine solía ser rígido con su reluciente coraza y yelmo de caballero, e inclemente en la batalla, pero al llegar a casa se deshacía del metal, adoptaba la piel de un padre de familia y se habría de todo corazón para sus damas.

— Aún parece el mismo chico tenaz y valeroso al que enseñé a cabalgar no hace muchos años. Me aparté de la armadura, pero aún siento su peso sobre mis hombros.

— Papá. — Trató de llamar su atención, pero él siguió ensimismado en su interminable mundo de inquietudes.

— Dieciocho años tal vez no sean suficientes para una guerra como esta.

— ¡Padre! — llamó una última vez y tiró del jubón crema del caballero. Por fin reaccionó. — Valysar te ha dejado una carta — reconoció, cabizbaja. —. Debí habértelo dicho mucho antes. Lo siento. Quería que vieras mi arte.

# Alice I

Alice Liongborth; Alice Marshall de nacimiento, se vio obligada a recordarse.

La Reina lucía un vestido de seda blanca de mangas cortas, con una veintena de pequeños diamantes cosidos sobre el pecho, mientras una gargantilla de pedrería con un enorme y llamativo jade en su centro le ribeteaba el cuello. Una redecilla de algodón bordado con hilos de plata aprensaba toda su larga caballera de almíbar, con la sola excepción de dos mechones que le caían rizados por sobre los hombros. Sus ojos eran del dulce color de la miel, pero su mirada era casi siempre tan acida como la sidra misma.

Se retiró del espejo, permitiéndose un último segundo de rabiar por la indignación.

Hacía un cuarto de hora que había estado recorriendo el baluarte para hacer frente una vez más a la pasividad e indulgencia de su señor esposo. A paso inquieto se había retirado de sus aposentos, cuando ser Robert Vasíliev, noveno espadachín platinado y su confidente más leal, tuvo la decencia de informarle acerca de lo que había acontecido en la audiencia del Rey.

— Alteza, el Rey ha decido tender la mano al *Konungr* — dijo el caballero en su momento. —. Tal parece que la encomienda que le fue otorgada al Intendente Mayor era algo más que reabrir unas cuantas rutas mercantiles. Tiene pensado forjar un pacto comercial, esperando que a futuro devenga en una posible una alianza.

Dos espadachines platinados, ser Matthew Claremont y ser Agnar Ramsey, le abrieron las puertas de la Sala del Consejo desde fuera cuando la vieron llegar. Ambos hombres practicaron una rígida reverencia, a causa de sus armaduras de cuerpo completo. Mientras pasaba a través de ellos, las puntas de sus lanzas en lo alto arrancaron destellos del sol que irrumpía desde las ventanas. El mal augurio de la hoja platinada le cayó encima a Alice como un rayo, sin dejar de sentirse a salvo y sin que le resultara molesto.

Desde que tuviera uso de razón, había conservado ojos inquietos para atender el peligro. Permaneciera latente o no. Y pese a que, en ocasiones, en realidad no existiese.

Alice era una mujer cuyo carácter suspicaz la desviaba regularmente a la paranoia. Tal era su discreción y recelo hacia todos aquellos que no fuesen de su misma sangre, que había llegado a escudriñar con recato a cada noble y criado que se paseaba por los mismos pasillos que ella y sus amados hijos, hasta llegada la hora de presenciar el cumplimiento de sus votos de obediencia.

Ser Robert Vasíliev era una de las pocas personas a las que había concedido el excéntrico honor de su confianza, aunque solía irse con cuidado en cada oportunidad.

Los otros dos cerraron la puerta doble tras su paso.

Cuando la Reina hubo bajado los escalones tras la entrada, la Sala del Consejo se extendía ante ella con su excelencia habitual sobre suelo impecable de mármol. Delante del amplio mirador de la terraza, una docena de robustas sillas acojinadas yacían dispuestas y orientadas a cada lado del rectángulo alargado que era la mesa de ébano.

Arrellanados se encontraban la Corte del Rey, con sus numerosos cortesanos adentrados en la vejez riendo, charlando y bebiendo del vino blanco que se servía en copas de oro enjoyado.

Lord Edward Stanford, apoyado a la mesa junto a la presidencia de Leonor a su izquierda, fue el primero en dejar de lado las risas y levantarse de su asiento para recibirla como era debidamente requerido. De los doce hombres en la mesa, era el más joven y el único que no hacía gala de sobrepeso en cada festín.

— Su Alteza — La elogió, inclinándose un poco hacia delante, aunque una sonrisa suya fuera suficiente reverencia —. Siempre es un placer tenerla con nosotros.

El resto de la corte de criados hizo lo propio, y enseguida se acomodaron en sus asientos. Y mientras el Rey revolvía el vino en su copa y fingía olisquear su aroma, la Reina hizo para atrás la única silla libre y opuesta a la presidencia, y se dejó caer suavemente sobre ella.

— Si tanto es un placer para vosotros, deberíais comunicarme más a menudo respecto a estas reuniones — Se obligó a sonar más risueña de lo que aparentaba a simple vista. —. Bien sabéis que no hay mucho que pueda hacer desde mis aposentos. — Su esposo finalmente se dignó a verla con un gesto sinvergüenza de su rostro bien aseado y rasurado. Al menos aquello último era de lo poco que hacía bien.

— Su Alteza — Salvo por lord Thomas Worthington, todos los hombres habían tomado asiento. —, me siento obligado a admitir que en algún momento de mi travesía a costas extranjeras no solo temí por no volver a disfrutar de la comodidad y elegancia de este baluarte y el servicio de mi Rey, sino también de no poder ver una vez más vuestra admirable belleza.

Alice tan solo asintió, y echó un vistazo rápido a los rostros de cada cortesano. La jovialidad con la que los hombres dialogaran se había esfumado casi por completo y sido remplazada por una leve tensión en su intercambio de miradas.

« Tantos asientos — pensó ella. —. Tantos puestos menores. Aún puedo recordar cuando solo era el Rey, el Consejero y un par más los que se sentaban en esta habitación para gobernar y no para reír. Los días en el que un verdadero Rey se sentaba en el trono parecen muy lejanos… Quince años y contando. » No porque la suma de cargos hiciera de la administración algo más competente, sino por simple indolencia a ejercer sus compromisos como Rey.

Una de las sirvientas se aproximó a ella con una frasca de vino y una copa.

— No, por favor. Continuad con vuestros asuntos, mis señores — Se obligó a sonreírse al tiempo que la joven le servía el vino. — ¿Qué estabais celebrando antes de mi interrupción? — Se llevó la copa a la comisura de los labios para ocultar cómo de amargura borraba su sonrisa, pero no bebió ni un sorbo.

Los nobles se lanzaron miradas ansiosas los unos a los otros.

— Hablando rápido y preciso, Alteza — lord Ashton Lyall dialogó primero. Sin darse cuenta, el vino blanco le había manchado el enorme mostacho castaño que llevaba sobre el labio. —, el número de barcos mercante en las rutas de comercio hacia la costa este de Barmania se verá triplicado de ahora en adelante. Lo que beneficiará

enormemente a ambas naciones, a pesar de las rencillas del pasado, y todo ello gracias a la admirable diplomacia y pericia de lord Thomas.

El Intendente Mayor se rindió ante los elogios con gesto humilde.

— ¿Eso todo? — inquirió la Reina, aunque conocía de lleno la respuesta.

— No, no es todo — Leonor se recostó sobre el espaldar de su asiento. —. Sabes que no lo es, querida. Al igual que en la ciudad portuaria de Nerón, lord Thomas también hizo de las suyas en *Bergljot* — Levantó la copa y brindó en su nombre. —. Una nueva y más grande que nunca ruta de comercio se afianzará en las próximas semanas entre el vasto trecho de ambos reinos. El *Konungr* se ha visto muy interesado en dejar atrás la beligerancia de muchos de sus antecesores y entablar por fin una alianza formal, según lo que dejaron ver algunos de sus más leales siervos.

— ¿Y cada uno de vosotros tenéis intenciones de zanjar disputas con los vikingos? — Alice observó como todos ellos asintieron con firmeza. Pero percibió cierto aire de vacilación en el consejero de su esposo.

« Tantos miembros sentados en esta mesa y tan poca virilidad que desprendéis. Te rodeas de imbéciles y aduladores, Edward, ya te lo he dicho. »

— Es una oportunidad que el reino lleva buscando durante décadas — se adelantó a decir el Intendente Mayor. —. Resolver nuestros altercados de antaño con la lucrativa promesa del comercio es la opción más conforme a nuestras necesidades.

De un momento a otro, el Consejero del Rey inició una tos que intentó ocultar con esfuerzo desmesurado. Se oía seca, horrible, y su rostro atractivo se estaba tornando cada vez más congestionado por el bochorno y la falta de aire.

Leonor le palmeó la espalda varias veces, haciendo uso de una risotada.

— ¿¡Os habéis ahogado con el vino, Edward!? No apuréis tantas copas que debéis de estar vivito y coleado para los festines de los próximos días.

Los señores rieron, puede que muchos a causa del vino.

Alice observó con su habitual recelo que aquella escena parecía alargarse de sobremanera, evaluando con ojos entrecerrados al Consejero durante todo ese tiempo. Se percató que Edward llevaba semanas con una tos que iba y venía, y que, para colmo, daba la impresión empeorar un tanto más cada día. Pero el Rey era demasiado despreocupado y sus criados tan lisonjeros como para notarlo. Edward había asegurado que el médico lo atribuía a una herida inofensiva por la ingesta descuidada de una espina de pescado.

— Os ruego que me disculpéis. — acabó diciendo después de un rato lord Edward con la voz inflamada y una mano sobre el cuello. Y la tos se desvaneció tan rápido como había surgido.

Cuando el ligero alboroto hubo cesado por fin, Su Majestad dirigió una mirada fatigada hacia su esposa.

— ¿Habéis recorrido medio castillo solo para venir a ver este espectáculo, querida?

« Querida, querida, querida », era lo que siempre había escuchado salir de su miserable boca cuando no estaba atragantándose de banquetes o riendo a lo tonto a

causa de la bebida. Bien sabía Alice que aquella palabra había perdido todo significado hacía mucho tiempo.

— Los vikingos se incursionan en nuestras costas cada año — inició Alice sin rodeos. —, llevándose nuestro oro y suministros. Desmantelan nuestros puertos norteños, saquean pueblos de pesqueros y violan a sus mujeres. Y pese a todo, ¿queréis tenderles la mano en señal de alianza?

Leonor bostezó, y al Almirante Stockwell sentado a su lado se le contagió el ademán.

— Cuatro pequeñas disputas… no es más que el número de incidentes vikingos en la última década. No se pueden tratar como irrupciones en sí mismas.

— ¿Y pensáis que eso es demasiado poco? — preguntó con dejo desdeñoso. — ¿Acaso debemos quedarnos con los brazos cruzados? Una sola incursión viola nuestro solemne pacto… que presuntamente está vigente desde hace treinta años. Una sola gota de sangre derramada en esta tierra es una declaración de guerra.

— Si me permitís, Alteza — interrumpió lord Stanford. —. Os sobra razón cuando aseveráis que las incursiones vikingas son una espantosa infracción a nuestro arreglo con la anterior *Konungr* de Vill Eylands. Sin embargo, como bien el Rey ratifica, el número de altercados de los últimos años podrían ser contados con los dedos de una mano…

— ¡Gracias! — alabó el Rey, alzando un brazo en gesto liberador.

— Y los hombres que los han cometido, díscolos e incluso traidores a ojos de la actual soberanía vikinga, se podrían contar por decenas — siguió el Consejero. —. Dar rienda suelta a las hostilidades por el porte irrespetuoso de una ínfima parte de la población guerrera no es nada deseable ni prudente. Alteza, de nuevo, para Ivar *el Astuto* estos hombres también representan un problema.

— Entonces — Alice frunció el ceño, sin ánimo de seguir conteniéndose —, ya que vuestras medidas de prevención han demostrado ser nada eficaces en cada intento, ¿les daremos impunidad a estos bárbaros? — Y observó con desdén gélido a todos los hombres bien acomodados a una mesa que regía con dejadez el devenir de un Reino, pero lo cierto era que sus palabras iban dirigidas únicamente al Consejero del Rey.

Leonor se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa, para después llevarse ambas manos al rostro, hastiado, Alice lo sabía, por la inherente tozudez de su esposa. Soltó un garrafal resoplido, pero se mantuvo al margen. Como de costumbre.

— Hoy por hoy existen asuntos más apremiantes para el reino, Alteza — dijo cortés lord Edward Stanford. —. ¿Qué os parece un enemigo a la vez? No obstante, si es lo que demandáis, podríamos acrecentar la salvaguardia de la costa este…, en tanto nos ocupamos de la Horda de las Bestias en pleno territorio de Dranova.

No era la primera vez que tuviera lugar aquella conversación.

— No serán más que una cantidad insignificante de espadas que correrán a su muerte como perros para alimentar el hambre y la furia de los lobos — soltó con desaire. —. El poderío de los guerreros vikingos es formidable, y ni hablar de sus perversas legiones de Berserkers, que valen más que algunos de nuestros caballeros.

Debemos ocuparnos del problema desde su raíz. ¡Señores! — alzó la voz, enfurecida y cansada de aparentar lo contrario. — ¡Estos salvajes han manchado el filo de sus armas con la sangre de nuestro pueblo durante años! ¿¡Cómo osáis tenderles la mano a estos homicidas!?

Un silencio incomodo, cargado de tirantez y amargura se fraguó durante unos segundos. Las sirvientas se quedaron petrificadas en sus lugares, mientras los hombres callaban y se giraban, uno a uno, a ver a Su Majestad en busca de una respuesta. Pero tiempo después, en un despilfarro de valentía, fue lord Thomas quien se atrevió a separar las comisuras de los labios con un temor cincelado como arrugas en su rostro.

— Su Alteza, con todo el respeto que merecéis y sin intención de desacreditar vuestra propuesta, las ganancias que implicara la nueva ruta de…

— ¡Ya es suficiente! — El Rey lo interrumpió atizando un fuerte manotazo a la mesa. Tanto la Reina como los demás se sobresaltaron en sus asientos. Y la señaló con un dedo en gesto acusador. — ¡Eres obstinada y despótica, mujer! ¿En momentos como estos otra declaración de guerra es lo que quieres? ¡Estos asuntos no te conciernen! ¡Y por mucho que te empeñes, tus insolencias no tendrán voto aquí! ¡Ni siquiera voz! Demasiado honor te he concedido para que estés aquí presente. ¡Solo eres un lastre y yo soy el Rey! ¡Tú rey! ¡Las cosas se harán a mi orden! ¡A la de nadie más!

Alice se había puesto en pie sin darse cuenta, sobrecogida ante un enfado como el que nunca hubiera visto en un hombre que tanto solía inclinarse por la serenidad. Entendió sin aceptarlo que esta vez se había aventurado más allá de lo necesario.

En un descuido más y casi con desesperación, sus ojos buscaron el apoyo de Edward, pero no hallaron más que la impavidez de su rostro ovalado. Y sabiéndose incapaz de desafiarlo abiertamente, el gobernante de facto, el auténtico Rey detrás de la farsa del trono, se limitó a torcer la boca en gesto apenado. Y en aras de conservar intacta aquella fachada, desviaron la mirada tanto Edward como Alice, rehuyendo de cualquier enfrentamiento.

Luego de tan vasto agravio tuvo que retirarse antes de que Leonor cometiera el atrevimiento de exigírselo empleando a los guardias. Mientras se daba la vuelta, se esforzó en ahogar un desprecio aún mayor del que sus ojos de miel reflejaron; obligada a sobrellevar la humillación en un silencio concluyente, más vergonzoso que cualquier injuria que pudieran escupirle a gritos.

Treinta y cinco años y contando, y se había sentido de nueva cuenta como una niña a la que regañaban.

« Si lanzas un hueso a un animal salvaje, la siguiente vez volverá a por más y más, hasta que su ambición lo lleve a pensar que todo el banquete debe pertenecerle », se guardó para sí, cuando hubo atravesado las puertas con su alguna vez dulce rostro malogrado por la rabia.

Ya era mediodía cuando finalmente pudo hallar algo de sosiego en la reclusión de sus aposentos de la Torre de Aguamiel. Vislumbrar, apoyada sobre el parapeto del balcón, la inalterable paz de los jardines reales parecía de los pocos alivios a su alcance entre tanto menosprecio consumado. Bajo sus pies, el otoño había empezado a teñir el

forraje de los árboles con matices profundos de rojo, naranja y amarillo, que se veían reflejados en el agua cristalina de los arroyos y albercas ornamentales. Pero el verde de los arbustos aún se extendía impoluto de este a oeste, de norte a sur.

Tan pronto como percibió el tacto de la brisa sobre su piel, se deshizo de la presión de su adornada redecilla de algodón, permitiendo que su melena de ámbar ondeara suelta. El viento suave y fresco desempolvó toda su amargura, y la hizo olvidar por unos instantes la animadversión de un matrimonio que con los años no había madurado más que para volverse inmundo y putrefacto.

Se permitió entonces, una sonrisa abierta al descubrir a sus dos hijos sentados bajo la copa de un manzano solitario en medio de una islita cercada por un riachuelo. El príncipe Richard se recostaba al árbol, mientras le leía uno de sus muchos libros de aventuras a su hermano pequeño. Y en cuanto al príncipe Elliot, este conservaba sobre el regazo, descansando plácidamente y enroscado sobre sí mismo, a ser Lionelt; un enorme gato blanco de manchas amarillas, que, a punta de incesantes berrinches, el niño había conseguido que se le fuese concedido un título honorífico de caballero.

— ¿Sabes si le está gustando el libro que le he obsequiado? — bebió de las palabras de una voz a sus espaldas.

Cuando se giró hacia ella, aquellos ojos blancos se mostraron ausentes, mirando sin ver hacia una esquina de la habitación. Notó entonces que había dejado de tocar música.

« Diane — pensó con cierto asombro. —, olvidé por un minuto que estabas allí. »

— ¿Cómo sabias que mi hijo estaba leyendo el libro? — expresó en su lugar con una voz no exenta de desconcierto.

La Duquesa de Lionshire se hallaba sentada en el cetro del dormitorio con un cuenco de aceitunas y cebollitas al vino sobre las piernas. Había dejado reposar sobre la mesa la pequeña lira que estuviera tañendo hasta hacía un minuto. Y observó de nuevo con admiración como Diane contemplaba el vacío con sus irises casi tan blancos como el resto de sus ojos. Lo cierto era que Alice había perdido por completo el hábito de tenerla cerca durante los años que tomara su reencuentro.

— Bueno, no sabía que lo estaba leyendo ahora mismo. Pero he notado estos días que cada vez que observas a tus hijos, la gran mayoría de las veces en realidad, sonríes y dejas escapar un ligero resoplido por tu nariz. — Se llevó una aceituna a la boca, mientras jugueteaba a hacer rizos con un mechón lacio de su cabello de azabache. — Creo que he sabido acertar, prima.

Alice caminó de vuelta hacia los adentros de su habitación, con la sonrisa aun cociéndose entre sus delgados labios, y tomó asiento al lado de Diane.

— Siempre has sido muy perspicaz a tu manera. Recuerdo cuando vivíamos juntas en el castillo de mi padre y lo mucho que hurgabas en conversaciones ajenas, sin importar que estuviesen ocurriendo al otro lado del pasillo.

— Dios me arrebató la vista muy pronto, pero me concedió un gran oído y nariz a partir entonces. — declaró con optimismo sin mirar a derecha ni a izquierda. La Duquesa era bien conocida por su desmesurado júbilo, pese al sinsabor y la desgracia que se llevó su vista con apenas doce años.

— También te concedió tres hermosos niños — le recordó Alice a modo de ofrecerle ánimos. Aunque ya no fuera aquella niña que lo necesitara. —, pero fue mucho más generoso contigo al darte un matrimonio con el mejor prospecto de los hijos del difunto Rey.

— Christian siempre ha sido un buen hombre. Puede que a veces un tanto distante conmigo, pero amable y siempre dispuesto para su familia.

— Y un mejor líder que su hermano mayor — Cedió ante la presión de un suspiro. —. Desde el inicio de su dizque reinado, Leonor se ha dedicado a atragantarse de festines y reír con su séquito de zalameros en lugar de tomar cartas en los asuntos del reino.

Era un hombre de grandes apetitos. «Los glotones suelen ser codiciosos, pero este ha salido, como si no fuera ya suficiente, perezoso e indolente. »

— Le gustan los festines, ¿no es así? — Inclinó la cabeza hacia un lado; la voz afinada por una risita encantadora. — Lo primero que hizo el día en que llegué a la ciudad fue organizar un festín en mi nombre.

— Con todo lo que come y holgazanea sorprende que no se haya convertido en un amasijo de grasa al igual que algunos de sus cortesanos.

Según contaba uno de sus confidentes, nada más en la última semana su esposo había convocado a una sarta de condes, barones y caballeros de renombre de toda la costa oriental con el insípido pretexto de conmemorar media docena de banquetes en honor al Festival del Otoño. Y no satisfecho con esto, se había valido del éxito de la misión diplomática de uno de sus aduladores favoritos para concertar otros dos. Sencillamente estaba más interesado en saltar de festividad en festividad que el mismísimo devenir del reino.

— ¿Que no ves el lado positivo de todo esto? — rio Diane, como intentando contagiarla de su buen espíritu. —. Tú has visto nacer a tus hijos, los ves crecer ahora y quién sabe qué tantas otras cosas verás… Hace diecisiete años que lord Baron acordó un doble matrimonio entre su única hija, su sobrina y los dos príncipes del reino. Y a ti, prima, el destino te otorgó a aquel que sería coronado como Rey.

— ¿Y de qué ha servido? Si no es más que un Rey de juguete — soltó sin pensar y sin que le importase demasiado la reacción de Diane a sus palabras vertidas de acritud. —. Hay gente en esta nación que ha sufrido y seguirá sufriendo a causa de su tibieza e ineptitud como monarca… Los vikingos al otro lado del mar, los sarracenos en Barmania. Y no me olvidaré de la Horda en los bosques. Enemigos por todos lados y él no hace más que relegar el pasado.

— Ha habido muchos Reyes crueles e incontables esposos inicuos. ¿Qué tan malo puede ser en comparación? — Se llevó otra aceituna a la boca.

— ¿Qué tan malo? — La sola pregunta ofendía. Ni mucho menos iba a conformarse. — Hace siglos que esa tribu de salvajes merodea por este reino, matando a nuestra gente y comiendo de nuestra comida, mientras aumentan poco a poco sus números y viven en reniego de nuestras leyes — Su voz se tornaba más agria a medida que cada palabra salía despedida de su boca con coraje irrebatible, y sin que fuera del

todo consciente, comenzó a oprimir sus manos con un ímpetu que las hacía temblar. —. Algo ha cambiado desde que ese malnacido está con ellos. Siempre han sabido aludirnos, pero ahora son más organizados e inteligentes que nunca. Y todavía estos señores insisten en llamarlos una horda. ¿Qué ha hecho mi esposo desde entonces? ¿Qué ha hecho mi buen Rey? Sentarse en una silla, cercado por su corte de cerdos zalameros para organizar festín tras fiesta y torneo tras espectáculo, mientras otro hombre se deja la cabeza día y noche pensando en soluciones para arreglar su desastre.

La sangre comenzó a brotar al clavarse las uñas en sus propias palmas.

— Alice… Te estás haciendo daño. — No le eran necesarios sus ojos para reconocer el olor. Diane se inclinó hacia ella para coger una de sus manos con garbo y suma preocupación.

— Y no solo eso — añadió con la mirada tan pérdida como la de la mujer que intentaba serenarla. —, también están estos vikingos. Pronto serán cuarenta años desde la última vez que esa otra caterva de impíos cruzó el *Heron Sea* para sitiar la Capital, buscando asentarse en nuestro territorio. ¿Cuánto faltará para que la historia se repita? ¿Cuánto para que ambicionen con asediarnos otra vez?

Si bien la sangre que caía de sus dedos no eran más que hilillos finos de escaso caudal, Diane doblegó su corazón frágil como el papel, y se abalanzó sobre ella con un rostro desfigurado por la conmoción. La porcelana del cuenco cayó al suelo, y se despedazó con un alarido de cristal que logró despojar a la Reina de su embeleso inducido por la rabia.

— Alice, por favor. Estás sangrando. — reverenció lo obvio, posando sobre ella aquellos ojos tan grandes como el cuenco que había destrozado. Diane nunca había sido muy tolerante a la sangre, no después de que aquel marcado aroma se convirtiera en una ventana a los tempestuosos recuerdos de su infancia. — ¿Te encuentras bien?

— ¿Qué tan malo? No es suficiente.

Su cordura había retornado en un abrir y cerrar de ojos, pero le llevó unos segundos de reflexión percatarse del dolor punzante en sus manos y la sangre que discurría hasta teñir de rojo su vestido blanco. Fue entonces cuando Su Alteza se compadeció del rostro pálido de su prima, en busca de distracción, a fin de evitar romper en llanto insatisfecho al igual que una enerve damisela.

— Christian Liongborth — siguió Alice. —. Quizás él debió haber sido el Rey en lugar de Leonor.

— Sí, tal vez mi esposo debió haber sido el Rey. — le dio la razón con todo el propósito de apaciguar sus ánimos.

# Valysar I

— ¿A dónde vas con esa armadura, *Falso Caballero*? — Fue el título que Imran *el Dispar* le obsequió, con gritos desdeñosos, cuando advirtió a Valysar entre una multitud de la caballería que trotaba hacia el rastrillo del Gran Portón del Oeste. Y rápidamente sus compañeros de infantería le siguieron la broma con risas exageradas y demás apodos de la índole.

Valysar no se molestó en brindarle su mínima aversión o miramiento. Y sin apenas empeño, hizo oídos sordos a aquellos enfáticos charlatanes y pasó de largo.

Imran *el Dispar* era uno de esos sujetos que hablaban mucho sin decir nada realmente. Con palabras tan ruines como su aliento. Padecía de escasa disciplina y un talento innato para los insultos, pero mucho más aborrecible era su desfachatez. Su silueta la recordaba bien de enfrenamientos pasados. Era velludo, robusto y de nariz chata. Sin embargo, lo que lo hizo penitente de semejante apodo eran sus ojos, cada uno de un color distinto; el derecho de un tono amatista turbio y el izquierdo de un castaño muy claro; además de solo conservar la mitad de la oreja derecha como castigo de una apuesta de taberna.

— Valysar — llamó el caballero al que servía, ser Andrew Broadbent, cuando hubieron aminorado el paso de sus monturas. —, a menudo los hombres cuyas vidas han malgastado en actos insignificantes, buscaran desesperadamente ser reconocido de algún modo. Y en lo que a esto respecta, aquel desdichado aspiró a fastidiar con sus agravios, vuestro mérito y distinción a manera de desviar los ojos de sus propias frustraciones.

Ser Andrew era un noble bastante afable y locuaz. Con un rostro desabrido y marcialmente severo que anunciaba al mundo la postura de un caballero completamente distinto.

« Ya lo sé. »

— Lo recordaré — habló cortésmente. —. Agradezco vuestras palabras, ser.

Poco le había interesado lo que Imran tuviera para decir. Y cierto era que la enseñanza que el caballero había tratado de ofrecerle resultó con creces más agraviante. Naturalmente era su trabajo darle lecciones. Pero sobrevenía que Valysar ya había aprendido todo lo que ser Andrew quería enseñarle en términos del código de caballería. Después de todo, había sido el escudero de la mejor espada de Dranova durante ocho trabajosos años, y ser Vyler lo había instruido en todo lo demás. Su padre, quien provenía de un largo linaje de caballeros consagrados, lo hacía llevar la destreza y la conducta de un caballero en la sangre.

Apretó la mandíbula para ahogar el suspiro de cansancio que amenazaba con traicionarlo. A pesar de que fuera considerado ya un hombre, aún había quién se aventuraba a proporcionarle sabiduría para impúberes, como si él fuese alguna clase de zoquete.

« Marcho a la batalla junto a un ejército de más de nueve mil hombres contra la mayor tribu de salvajes que ha existido, e incluso así insisten en… Espera — dijo la voz de la razón al final. —. Está bien. Será apenas tu primera batalla. Eres un hombre, sí, pero todavía un novato. »

Al igual que su padre, jamás osaría con afrentar a un caballero de buenas intenciones por ninguna razón.

El cielo abierto le recordó al color de los ojos de su madre. Y de inmediato a la memoria también irrumpió su mirada y el miedo que vio en ella, cuando le confesó que iría a la guerra. Y aunque de Elizabeth había heredado aquellos irises añiles que podía atisbar en el reflejo de su reluciente avambrazo, el resto de él, solía decir su madre, era la viva imagen de ser Vyler en su juventud. Aun cuando su semblante se hallase invadido por una semipoblada y bien recortada barba que a la fuerza se había permitido para aparentar más años.

A lo sumo parecido a ser Vyler, se animaba a pensar. A la edad de Valysar, su padre había dejado ya de ser un escudero y salvado vidas al servicio de la Compañía Caballeresca de Escoltas.

Cuando el centenar de señores, acompañados de cerca por sus jinetes escuderos, hubo atravesado el rastrillo del Gran Portón del Oeste, las planicies se extendieron como un océano de hierba ondulante. Al norte, se encontraban dispuestas hileras tras hileras de piqueros, infantes con espada y arqueros de largo alcance, mientras al sur la caballería pesada y ligera se iba organizando en una formación muy similar. Todos ellos concediendo sus espaldas a los muros coronados de la ciudad, y vislumbrado con sometimiento, la enorme y rudimentaria plataforma de madera elevada varios metros ante la numerosa colectividad de las legiones.

Una sucesión de portaestandartes con el Dragón Blanco de la Flor de Lis les resguardó el paso a los caballeros, preparados a cada lado, como un firme y solemne pasaje de alabardas y blasones ondeantes.

Tras la extendida ovación a través del Camino del Oeste, la marcha a paso triunfal hacia las vistas del ejército de su patria y el perpetuo acompañamiento de los tambores de guerra, su voluntad se había insuflado de una amalgama de nervios, éxtasis y vigor sin precedentes. Era todo con lo que había ambicionado hasta entonces; una oportunidad para alcanzar la gloria.

Tiró de las riendas, y el caballo se posicionó a paso parsimonioso junto a una de las hileras más cercanas al cadalso. Las placas de hierro de los caballeros a su alrededor lucían diseños y ornamentas que diferían de sobremanera. No obstante, las gualdrapas a cuadro de sus monturas exhibían únicamente los tonos de blanco nieve y verde esmeralda bajo la solemne insignia del reino de Dranova.

Valysar bajó la mirada y estudió su armadura por enésima vez. Portaba una coraza de placas de hierro digna de un caballero del más alto renombre. De un caballero de verdad. Salvo que la suya se conservaba discreta y sin mácula, tal como el herrero la había concebido; absuelta de aquella tendencia, a veces excesiva, que rondaba entre muchos caballeros que pintaban sus armaduras como una forma de distinción.

Grace había querido echar mano al yelmo y al peto en el instante en que los vio, pero Valysar declinó la propuesta aquella tarde y todos los días que la sucedieron. No quería nada semejante hasta recibir el nombramiento. E incluso cuando lo consiguiera, tenía decidido decantarse por algo no demasiado elaborado, algo sutil y que no llamara la atención.

Si bien había venido sin ningún título, se enorgullecía con enorme entusiasmo de mirar a los ojos a cada caballero y posicionarse a su lado desde una misma altura, como si de iguales se tratasen.

— Nada más y nada menos que tres décadas a la espera de una oportunidad como esta — escuchó decir a una voz cercana. —. ¿Os parece que esta horda de paganos se dejara asediar tan fácilmente?

Valysar dirigió su mirada a la conversación ajena.

— Si todos están concentrados en un mismo punto es porque planean llevar a cabo algo grande — especuló un caballero de nariz ganchuda y largas patillas al costado del primero. —. «Si planeáis movilizaros pronto, ¿por qué tomaros la molestia de levantar empalizadas y construir trincheras?», me pregunto. Aunque conocemos la respuesta. Los barreremos como la escoria que son. Os lo puedo asegurar.

La destemplada carcajada nasal de la primera voz ascendió al cielo cual jirones de vapor, y el segundo caballero hizo lo propio instantes después.

Por lo que sabía, la Horda de las Bestias se trataba de la última de las tribus bárbaras que continuara idolatrando a falsos dioses en el territorio de Dranova. Eran nómadas y contaban con cerca de diez mil partidarios inmisericordes en sus filas, quienes acostumbraban a desplazar sus campamentos cada tantas lunas, para asegurarse así de no ser detectados por algún viajero y, en especial por jinetes de la caballería de exploración.

« "La Horda — rememoró las palabras que su padre le había relatado años atrás. —, puede que no se les vea con otros ojos que los de un ejército de salvajes, pero son mucho más que solo eso, hijo mío. Son astutos, furtivos, diestros para el arte de la guerra e incluso algunos pocos, sus líderes he de suponer, son letrados. Sus habilidades para la orientación, la comunicación a largas distancias y la supervivencia no tienen paralelo. Justamente por ello han prevalecido al paso de los siglos. Practican el canibalismo, la promiscuidad y el infanticidio. También sacrifican a sus enfermos y ancianos en nombre de las Bestias. Y en cierta medida, perpetúan su legado de herejía raptando a niños de pecho de sus hogares, que posteriormente son entrenados para mantener sus números" ».

Aquella lección que recordaba tan vívidamente no había conseguido sacarla de su cabeza los últimos días.

— Si el reino entero avanza hacia su desagradable escondrijo — siguió el segundo caballero cuando por fin había dejado de reírse. —, no tendrán más opción que plantar cara a la ira de Dios.

Una enmarañada filigrana de color índigo le ribeteaba toda la armadura como la raigambre de un árbol que se esparciera por el suelo. Una coraza impoluta y sin en el

menor rasguño solo podía significar dos cosas: Que se tenía el suficiente dinero como para mantenerla en este estado o que su portador era tan hábil como para salir airoso del combate.

« A juzgar por su edad, no va a ser la primera vez que la utiliza. »

Y antes de que cualquiera pudiera modular otra palabra o carcajada, un creciente clamor de trompetas acompasadas por los tambores de guerra les arrebató el aliento. Acto seguido, y sin que Valysar se detuviera a conjeturar porqué, todas las espadas juramentadas blandieron sus enguantados puños en lo alto al son de un atronador alarido de furia. Para entonces, ser Logan Guiscard, castellano condecorado de la Corona y general de sus ejércitos, cabalgaba al trote por el amplio pasaje de estandartes y alabardas, encabezando un cuantioso convoy de caballeros de la más alta cuna.

Tras ellos, el rastrillo del Gran Portón cayó con estruendo ahogado por las voces del ejército. La división de la Capital contaba ya con todos sus hombres; casi diez mil soldados distribuidos entre copiosas legiones de ballesteros, piqueros, espadachines, jinetes, arqueros a caballo, arqueros de infantería y caballeros.

El rostro avezado por la guerra del castellano lucía vestigios de sobria impavidez sobre una desaliñada barba de tono castaño. Y mientras la hueste le servía su fragor atestado de absoluta dilección, ser Logan les indicó, con un rápido gesto de mano, a los portaestandartes y a la banda militar que ocuparan sus puestos en la formación.

Los hombres se apresuraron a acatar la orden.

« Ser Logan Guiscard — evocó de nuevo la voz de ser Vyler. —, en tan solo cuatro décadas *el Ser* consiguió lo que la inmensa mayoría de los caballeros no lograrían en cuatro vidas. Recién con veinticuatro años de edad, sostuvo sobre sus hombros el peso de una hueste de veinte mil hombres encomendada a contener a *Léviathan*, la Bestia que surgió desde las profundidades del océano. Y aquello no fue más que la punta de lanza de su reputación ».

Reconstruir en su cabeza la locuacidad con la que alguna vez su padre lo instruyó era la única manera que conservaba para sentirlo cerca nuevamente.

Le parecía que ser Logan llevaba toda el aura de leyenda imbuido en su intrépida imagen. Su fama era tal que se le consideraba un caballero admirado en todo Dranova, y respetado mucho más allá de sus fronteras. Con un historial enfrentamientos sin igual, donde tan solo había perdido un combate en toda su vida y ninguna batalla como comandante. Por tanto, no era motivo de sorpresa que estuviese al mando del extenso poderío que el reino preparaba en contra de la Horda de las Bestias: treinta mil hombres, cuyas armas se toparían en el corazón del país.

Al ritmo de los cascos de los caballos y la rimbombante algarabía popular, *el Ser* abría la marcha a la treintena de jinetes que conformaban su caravana. Los hermanos Jerome y Dareon Cadzow, el pináculo de la destreza de arquería, custodiaban con ojos sagaces ambos flancos del castellano en la vanguardia. Y en medio de estos, resaltaba a su extraña manera, un harapiento e intranquilo jinete de rostro resguardado por un saco de lino. Sus brazos se encontraban ceñidos a su torso por medio de cadenas de pequeños eslabones que lo envolvían desde los hombros hasta su cintura, mientras los caballeros a

su alrededor guiaban a su corcel, y le juraban una promesa de equilibrio sujetándolo con unas cuantas sogas a una distancia prudente.

Encerrado entre los gritos entusiastas de sus compañeros de armas y apenas dignándose a adherir su voz, Valysar acosó con mirada inmutable al *Ser* durante todo su apresurado recorrido hasta la eminencia de la plataforma. Una parte de él quería ser partícipe del estruendo y bañar con su rugido todo el panorama; otra, que llevaba muy dentro, reclamaba que no debía permitirse aquello. No iba a dejarse arrastrar del todo por el revuelo de la multitud. Admiraba a ser Logan Guiscard tanto como cualquiera, pero no había sitio en él para rendir semejante tributo a un hombre mortal. Estaba claro que no podía evitar sentirse pequeño ante su presencia, y a pesar de esto, era su ambición, su ilustre orgullo avivado por la inmodestia de sus fantasías, la que impulsaba su anhelo de superar a aquel caballero en un futuro.

— ¡Dios salve al *Ser*! — bramó la cuantiosa tropa. — ¡Dios bendiga a Dranova!

La montura del castellano remontó los escalones estrechos del cadalso con una gracia impropia de un animal de su corpulencia. *El Ser* desmontó de un salto, y sus oficiales más allegados hicieron lo propio. Pero era él, ataviado con su armadura de brigantina en oro negro, quien se erguía sobre el resto como un hombre de magnificencia y valor descomunal.

Valysar evocó al instante un pensamiento que había retumbado en su mente durante muchos años. No sería nada fácil, o tal vez solo se trataba de una aspiración imposible, eclipsar la excelsitud de tal figura. Sin embargo, confiaba en que valdría la pena intentarlo. Por mero orgullo, valdría la pena emprender aquella travesía de una gloria casi inverosímil con tal de hacerse de una nombradía digna de un héroe.

Ser Logan, mostrándose impasible, elevó al cielo una mano enguantada.

— ¡Es suficiente! — gruñó cuando el griterío recién daba comienzo a su propia defunción. — Traedlo ahora mismo. El tiempo apremia. — ordenó a sus oficiales de menor rango.

Estos no tardaron en apear del caballo al hombre encadenado, y lo asediaron a punta de empujones para dirigirlo hacia la presidencia de la vasta plataforma.

Y cuando el disciplinado silencio hubo reinado entre los soldados de la tropa, el susurro del viento que se deslizaba entre el metal de sus armaduras y la ondulación de los estandartes en lo alto parecían los únicos indicios de vida sobre la hierba.

*El Ser* dictaminó, con una patada en el reverso de la rodilla, la sumisión del prisionero, y este se hincó sobre la misma de forma temblorosa. De inmediato, se dispuso a retirar el saco de lino de aquel hombre desdichado. Reveló un rostro demacrado de unas cuatro o cinco décadas, que llevaba una mordaza sobre la enmarañada barba de indigente.

— ¡Este hombre es un impío! — nació del *Ser* un grave y enérgico grito que retumbó en cada oído presente. Esta vez más severo, incluso irascible. — ¡Un incrédulo y un infiel! ¡Los exploradores lo hallaron cazando furtivamente en el bosque! ¡Atacó a uno de nuestros hombres, y le atravesó el cuello con una lanza, pero por fortuna fue apresado a tiempo por su compañero!

Más de un caballero de la hueste escupió al suelo y murmuró una breve maldición.

— ¡Ha sido sentenciado por sus crímenes! — siguió. — ¡Sin embargo, no estaría aquí si no fuera por una trasgresión más importante que matar a un explorador!

El condenado se retorcía con brusquedad tras los eslabones de acero, y balbuceaba incoherencias para sí mismo. Hasta entonces, no había dejado de observar a ser Logan con ojos enrojecidos inyectados en furia.

En el rostro desfigurado por la rabia del castellano comenzó a bailar una sonrisa ladina cada vez más pronunciada. Dejó fraguar unos segundos de dilación antes de indicarle a su escudero que se acercara con un gesto de cabeza. Y al momento, el muchacho robusto se aproximó a zancadas portando en sus manos una enorme espada de vaina en oro y ónice.

Un ápice de confusión pasó volando sobre la faz de todos aquellos que no habían supuesto una resolución teñida con sangre.

Ser Logan Guiscard cogió entre sus manos el mandoble formidable, y tan pronto como con violencia desenfundó el acero, en su rígido semblante se liberó una mueca atiborrada de sinceridad e inclemencia.

— ¡Este bastardo lo confesó todo durante su riguroso escarmiento! — Y se permitió reposar la punta de la fría hoja sobre el hombro del inerme que yacía de rodillas. — ¡Es un pagano! ¡Un apóstata! ¡En sus miserables y cuantiosas blasfemias está la muestra de su ignominioso pasado! ¡Este salvaje es un prosélito más de la Horda de las Bestias!

Una vez que estas últimas palabras llegaron a oídos de todos, la discreción de la hueste estalló en una oleada de injurias y maldiciones de estridencia que no hizo más que redoblarse con cada segundo y a cada voz que se sumaba.

— ¡Cortadle la cabeza! — gritó un hombre.

— ¡Apóstata! — escupió otro.

— ¡Infiel! — vociferaron muchos a la vez.

— ¡Quemad a ese desgraciado! — exigió un caballero de penachos ridículos.

Al mismo tiempo que aquellas ráfagas se acrecentaban hasta tornarse en estampida, Valysar Maine no hacía otra cosa que vislumbrar con desconcierto semejante frenesí de violencia y desprecio sin mesura. Los corceles se estremecían nerviosos, mientras sus jinetes rugían y demandaban justicia como propios salvajes. Incluso hasta sus oídos llegó la impensada y frenética avidez de ser Andrew Broadbent. Nunca antes había visto o escuchado hablar sobre la cólera de un caballero tan gentil y bondadoso como él.

Se permitió entonces una ligera sonrisa al descubrir que la finalidad de todo aquel teatro era avivar con creces la moral y la sed de sangre de la hueste.

— ¡Callaos! — decretó con estruendo el castellano.

Y los hombres más reservados del ejército comenzaron a duplicar la orden a todo pulmón. El bullicio se aminoró con lentitud, pero no así el desprecio que emanaba y se mantenía presente en todos ellos.

— ¡Gran parte de vosotros tenéis motivos para demandar su cabeza! — siguió *el Ser*. Señalaba al hombre con la afilada punta del arma. —. ¡Y bien sé que nada os

complacería más que tomar la justicia por vuestras manos! ¡Tristemente aquí hay miles de espadas y tan solo una cabeza! — Comenzó a andar sobre el entablado, mientras observaba con satisfacción el furor reprimido de sus hombres. — ¡Os prometo que, si cabalgáis conmigo y peleáis con ímpetu, con todo el rencor de las profanaciones que habéis sufrido de estos paganos, cortareis las cabezas que os plazcan! — Agitó el arma con un ostentoso bramido, y de inmediato todos los soldados blandieron sus espadas, picas, arcos y ballestas al unísono. — ¡Y eso incluye, por supuesto, la cabeza del traidor Raymond Hailstone!

Cuantas más consiguiera cortar Valysar, mayor renombre le traería. Y cuanto mejor peleara en favor de los inocentes y de su nación, lo haría más digno de su investidura como caballero.

— ¡Salve mío *Ser*! — acompañó Valysar en esta ocasión — ¡Salve! ¡Que vuestra sangre hierva por el rugido de nuestros corazones y el tañido de estas armas! — Aquellas planicies ventosas habían devenido una vez más en un estruendo de más de nueve mil almas iracundas.

— ¡Cuando estéis en el campo de batalla, recordad que solo respondemos ante Dios! — prosiguió *el Ser*. — ¡Así como luchamos por la gloria de Dios! ¡Y libraremos a Dranova de la herejía por la gracia de Dios! — Cuando hubo conseguido aplacar un tanto su furia se acercó al apóstata, y desgarró la mordaza de cuero con el filo de su espada. — ¿Tus últimas palabras, infiel?

El hombre escupió a un lado al recobrar su voz, humedeció las grietas de sus labios, y levantó la languidecida vista hacia su verdugo una última vez.

— ¿Después de todo, así acabara para mí? — Soltó una risotada ronca. —. Gracioso es pensar que, pese a tu gran fortaleza física, en lo profundo no eres más que cachorrito asustado — Bajó la cabeza, y dirigió la vista hacia el suelo en espera del último aliento. —. Cristianos, vaya montón de niños correteando a brazos de sus madres, mientras sollozan en busca de consuelo. Te encierras en tu propia ignorancia para convencerte de que realmente existe felicidad y vida eterna. Tu mundo y tu Dios son una completa mentira, pero a diferencia de los cristianos, yo no le temo a la muerte.

Ser Logan empuñó con ambas manos su mandoble, y dejó descansar el peso del arma sobre el cuello del condenado, al tiempo que Valysar percibía, como alaridos distantes, las voces de devotos hombres ebrios de furor. Se obligó a mirar toda la escena.

— Yo, ser Logan Guiscard, castellano y general condecorado, por el poder que Su Majestad, el rey Leonor II de Liongborth, y su Excelencia, el Arzobispo Alexander Headmund, me confieren, y como pago por todas las transgresiones que has cometido en vida, te sentencio a muerte y a una eternidad de sufrimiento en el Infierno.

Cuando su cabeza mutilada hubo caído al suelo con un corte limpio, *el Ser* ordenó la puesta en marcha del ejército.

« El más pequeño de los errores se pagará con sangre. Con mi sangre », pensó mientras picaba espuelas y ponía su montura al paso del caballero al que escudaría.

# Atenea I

Por absurdo que fuera, la tercera y última ronda de preliminares había resultado más sencilla que las anteriores. Hubo marchado a paso triunfal hasta la arena de combate con una estrategia ofensiva. Y tras dos minutos o menos, se consolidó con una cómoda victoria. No quedaba más que admitirlo. Qué los dos adversarios más competentes se hubieran abatido el uno al otro había influido a su favor.

Sin embargo, y muy a su pesar, la conquista reflejó un desenlace más agridulce de lo que le hubiese gustado proyectar en primera instancia. En momentos en los que su innata impulsividad se apoderaba de ella, su defensa se vio comprometida y recibió una sarta de briosos espadazos de la mano dos soldados de instruida técnica, que consiguieron despedazar su ya de por sí malogrado escudo de madera. La única protección con la que contaba para el torneo cayó al suelo fragmentada a la mitad antes de que ambos hombres probaran su más absoluta antipatía. Pero al final, Atenea acabó como la última contendiente en pie sin más esfuerzo que un par de pequeñas gotas de sudor.

Poco tiempo después de haberse anunciado su clasificación a octavos de final, un hombre menudo de corte elegante se presentó con una oferta bastante lucrativa como patrocinador de nuevo equipo. Y pese a las tentadoras propuestas, que se iban acrecentando cada vez más, Atenea lo rechazó, puesto que el persistente sujeto llevaba tallado en todo el semblante la palabra embaucador.

Y aunque, a decir verdad, tendía a la imprudencia dentro del campo de batalla, fuera de este, era más cauta y desconfiada de los extraños que un gato.

El resto de la tarde se encontró en el apuro de atender sus obligaciones en la taberna de la familia Pryce. Durante las festividades de otoño, la jornada de trabajo acostumbraba representar poco más que un puñado de platos por hora, debido a que la comida abundaba y los ciudadanos se atiborraban de ella en las calles. Pero en el año que trascurría, disfrutaban de una clientela considerable, y lo cierto era que buena parte no acudía por la comida que pudiesen ofrecer.

No había hecho falta más que un par de días para que las voces recorrieran la ciudad a modo de un torrente que solo sabía hacerse más escandaloso. Por este motivo, más de un indiscreto comensal quiso llamar su atención, para congratularla por lo que denominaban como «un logro sorprendente». Aquel tipo de consideración hubiera calado de honra a casi cualquiera. Pero Atenea se esforzó en retribuir los cumplidos con una sonrisa que ocultaba poco sentimiento y un cínico «muchísimas gracias», en cada ocasión.

De los quinientos participantes que se habían iniciado en las preliminares, únicamente cuatro restaban en competición. Los conocidos como «los neófitos de las finales», quienes tenían que verse las caras en combate singular junto a una docena de caballeros.

Un logro sorprendente lo constituía derrotar a un caballero platinado, o como mínimo a un caballero errante, y no a soldados.

En lo que a ella concernía, llegar lejos significaba poco o nada si no se consolidada con una merecida y trabajada victoria frente a la mejor de las espadas del reino, y con ello se adjudicaba el galardón de trescientos novísmos de oro. Una auténtica barbaridad. Aunque llegase a la final, si no obtenía la victoria, su vida no cambiaría en nada realmente, y tendría que volver a servir mesas un año más.

No podía evitar mostrarse osada, ambiciosa, competitiva, tenaz, y, por sobre todas las cosas, orgullosa, pero la avaricia no era algo que se encontrara con facilidad en su naturaleza. Perseguía casi con locura una memorable conquista, no para alcanzar reconocimiento, como otros, sino para demostrarse que podía llegar tan lejos como quisiera hacerlo. Por supuesto, ansiaba la justa retribución de sus esfuerzos en oro, aunque no para su propia causa.

— Tan solo digo que es... — Los jadeos de Ross se interrumpieron por la expedita arremetida de Atenea. — una estupidez. — logró terminar cuando se alejó un par de pasos tras bloquear el tajo.

— ¿Por qué lo dices? — inquirió ella cuando cargaba de nuevo contra su amigo.

Aún después de las preliminares, que habían sido casi un juego de niños, y las monótonas horas de trabajo, persistía en Atenea un vigor desmedido. Y los nervios por el enfrentamiento del día siguiente no hacían más insuflarle energías con las que continuar entrenándose en los jardines traseros de la taberna.

Ross se mantuvo firme e intentó cortar nuevamente la ofensiva con un bloqueo cruzado de su pica de latón, pero Atenea intuyó aquello, y cambió el objetivo de su estocada con gran alacridad. Y en cuestión de un pestañeo, la punta reventada del acero yacía sobre el pecho de Ross a modo de pinchazo.

Acto seguido, él apartó la embotada hoja con un manotazo y un chasquido de lengua.

— Porque lo es. Solo piénsalo. ¿Por qué la inmensa mayoría prefiere quedarse sentada a la espera de un hombre que las conquiste en lugar de tomar el asunto por sus propias manos?

— Creo que hablas con la mujer equivocada respecto a un tema que no le interesa. — Atenea se encogió de hombros, fatigada del mismo asunto al que retornaba siempre la conversación desde hacía una semana.

Era un hombre algo lamido, de cabello rojizo ensortijado y una destreza y suerte ridículamente pésimas para todo lo que estuviese relacionado con ganarse el amor de una mujer; siempre dispuesto a enunciar sus problemas personales a cualquiera que tuviese cerca sin miramiento alguno.

— Si sienten algo, ¿por qué simplemente no toman la iniciativa? Siempre tengo que hacerlo yo. Y ya ves que casi nunca resulta bien para mí. — Un atisbo de angustia se esculpió sobre su tez pálida y pecosa.

Atenea inclinó la cabeza hacia atrás, y soltó un profundo suspiro al cielo nocturno. Sobre el pequeño patio sitiado por paredes de ladrillo, la noche cernía su hermoso

manto estrellado con un millar o más de pequeños astros. Una estrella fugaz recorrió el firmamento en un santiamén, mientras observaba la Nube Celestial con cierto agobio. De un segundo a otro, se encontró muy cansada. Cansada de tener que lidiar con las penas de su amigo. Deseó a la estrella que de alguna forma terminara con el tormento de ambos.

— Ross, ¿quieres por favor dejar de lamentarte tanto? ¡En guardia! ¡Ahora!

Pero él no hizo caso ni ademán de posicionarse para recibir un ataque.

— ¿Cuál es el punto? ¿Para qué entrenas tanto? En una noche no conseguirás mejorar más que en todos estos años. — Dejó caer con intención la pica al suelo.

— ¡Recoge el arma! — ordenó con brusquedad. La impaciencia y el poco tiempo que restaba hasta el próximo combate estaba sacando lo peor de su temperamento.

Ross se alejó, y trató de despedirse con un gesto de mano. Ni siquiera se interesó en llevar consigo su pica.

— ¡Espera! — se apresuró a seguir Atenea, esta vez con un tono más afable. — Quizás haya algo que podría hacer por ti.

Él se volvió de inmediato.

— ¿Qué podrías hacer por mí?

— Será un trato y solo funcionará, si logras derribarme tan solo una vez. — Intentó por todos los medios que los ojos no le destellaran de picardía.

— Nos conocemos desde haceee… como diez años y en todo ese tiempo jamás he estado cerca de hacerlo. ¿Por qué ahora sería diferente? — le escuchó decir con un tono tan deprimente que le resultó molesto.

— Porque esta vez simplemente utilizaré una mano. ¿Te parece?

— Sigue hablando. — Ross volvió por sobre sus pasos.

— Mi tía… Moira, puede que sea viuda, pero aún sigue siendo algo joven. Aunque pensándolo bien, quizás…

— Está bien — interrumpió con prontitud. — No soy muy exigente — se encogió de hombros. —. Acepto lo que venga. Y es guapa, además. ¿Cómo piensas hacerlo?

— Le platicaré acerca de vuestra gallardía, fuerza y virilidad incomparables, mi lord.

— Es decir, ¿mentirás?

Atenea asintió con una amplia sonrisa, y empuñó la vieja espada bastarda con su mano menos dominante.

— Pero deberás exigirte de sobremanera. — señaló, muy convencida.

Y tras una promesa de amor al alcance de sus manos, Ross recobró los ánimos de lucha, y esgrimió su pica de latón con una determinación visible en su mirada. Y en esta ocasión, en un arrebato de temeridad, decidió que él daría el primer golpe. De tal manera que reunió todo su coraje, y se apresuró a arremeter contra Atenea. Instantes después, el antes esperanzado hombre yacía de espaldas sobre la hierba con la punta de su propia arma puesta bajo su barbilla. Atenea ni siquiera le dio oportunidad de saber cómo había ocurrido, aprovechándose de la escasa defensa de quien portaba una pica. Todo había terminado para él.

— ¿Qué tan cerca estuve de derribarte? — El apasionado furor en sus ojos marrones había perdurado tan poco como la contienda.

Le ofreció una mano, y lo ayudó a sacarse de encima la tierra, la hierba y el desánimo. Se repuso con las pocas energías que parecían restarle.

— Puede que no haya sido tu peor intento hasta ahora — Entrecerró los ojos al escudriñar su rostro un tanto lánguido. —. Veintiuno…, tal vez incluso veintidós.

— ¿Qué? — inquirió el pelirrojo.

— Fuiste tan lento que logré contar las pecas que llevas sobre el rostro mientras cargabas contra mí. Bueno, más o menos — Atenea le entregó su arma con cierta tosquedad, y se retiró a la trastienda. Le habría gustado seguir practicando, pero eligió dejar en paz a su desdichado amigo. —. Deberías trabajar muchísimo en tu ofensiva — Estaba siendo demasiado dura con él, así que se detuvo ante los escalones que daban hacia la estancia, y se volvió para observarlo fijamente. Ross se había quedado inmóvil en medio de la semioscuridad, tal vez meditando sobre Moira y no de los posibles fallos en su embestida. —. No haré demasiado énfasis en ello cuando hable con Moira. No pongas esa cara. Se prudente. Cuando se trata de hombres, mi tía es siempre prudente.

La taberna de la familia era una edificación modesta de solo una planta, cuya trastienda se encontraba inmediata a aquel jardín de flores bien arreglado. El comedor del establecimiento no era más que un conjunto de sillas y mesas de elaboración sobria en madera sobre caballetes, un extenso mostrador al fondo y una pequeña chimenea a un costado. Madera de roble por doquier y poco color más allá del pardo y un azul y gris desteñidos por el tiempo.

Los postigos se encontraban cerrados, y las lámparas sujetas a las paredes brindaban sus últimos destellos en vida a la cena familiar. La quietud y el simple tañido de los cubiertos habrían presidido la mesa, si no hubiese sido por las palabras rugientes con las que Marcus expresaba su júbilo habitual, por las carcajadas con la boca repleta de comida de Ross, y algún que otro comentario jocoso o mordaz de Atenea. En lo que respectaba a su madre, Aloy apoyaba el mentón sobre sus manos entrelazadas, muy atenta al diálogo y presta, sobre todo, a irradiar alegría con las sonrisas que dejaba escapar tras cada gesto o comentario.

Sobre el mantel de lino gris, se posaban cuencos de estofado de chuletas de cerdo, pan de cebada y zanahorias a medio comer; además de una tarta de moras bañada en aderezo de fresa agridulce, el tan requerido especial de la casa.

De un momento a otro, Marcus lanzó una breve chanza sobre pelirrojos que no venía a cuento de nada con la conversación, el mismo chiste repetido cien veces, y Ross Forester se desternilló rápidamente asestando un manotazo a la mesa, mientras su voz se fragmentaba en mil pedazos y surgía como una aparatosa risotada. El néctar violáceo de la tarta de moras corría por las comisuras de sus labios hasta la barbilla.

— Tu cara es un desastre, Ross. — señaló Aloy con voz dulce al tiempo que se inclinaba con un pañuelo para limpiarlo.

— Muchas gracias. — reconoció, con una mano sobre la boca repleta de postre, siempre dado a las risas en cuanto tuviera un plato de comida delante y el estómago dispuesto a seguir engullendo.

— No hables con la boca llena. Es de mala educación. — Ross no era un niño, pero Aloy acostumbraba a hinchar de gentileza y cariño a todo el que estuviera a su mesa.

— ¿Cuándo su cara no ha sido un desastre? — comentó Atenea.

Su madre estaba sentada a su lado, como si no fuera más que un espejo que reflejara la imagen de Atenea. Los azares del destino habían honrado a Aloy con una espesa melena rizada, casi dorada, con algún que otro mechón de la tonalidad más pura de la nieve, una piel blanca tan suave e impecable como la tez de un durazno veraniego y unos hermosos ojos grisáceos. Todo el conjunto de sus rasgos dotados de preciosidad disimulaba demasiado bien las cuatro décadas que habían transcurrido en su vida.

Aunque el temperamento y los gestos de madre e hija discrepaban la mayoría del tiempo, lo cierto era que en aspecto eran idénticas, de forma casi irreal. Semejantes hasta tal punto que quién las viera le resultaría difícil sostener que no fueran hermanas, a pesar de la edad. Dos gotas de agua, una tan bella y deslumbrante como solo la otra.

— Tuvimos buena clientela hoy — Su padre no tardó en cambiar de tema. —. No podríamos decir con exactitud que fue un día concurrido, pero un buen día teniendo en cuenta las festividades — Y otra risa jovial se desplegó entre sus mofletes velludos. —. No puedo entenderlo, jamás había ocurrido.

Ross se llevó una enorme porción de tarta a la boca.

— Atenea puede que sea el motivo de todo ese barullo.

— ¿Yo? — Arqueó una ceja, haciéndose la sorprendida.

— Solo digo que muchos comensales de los que traté de hacerme cargo deseaban ser atendidos por ti y no por mí. Bendita seas mujer, me ahorraste muchísimo trabajo hoy.

« Ay, no. Otra vez no », pensó, mientras se arrepentía de haber cruzado miradas.

Aloy se apresuró a coger su mano, y esbozó una amplia sonrisa dentada embriaga de gusto. El corazón se le había ablandado como de costumbre, y el vasto amor que le profesaba se reflejó en su ilusionado rostro.

— ¿Es eso verdad, Atenea? ¿Más de un hombre está interesado en ti?

Y haciendo caso omiso de la sensibilidad de su madre, Atenea suspiró y trató sin éxito de apartar la mano con suavidad.

Los pretendientes siempre habían revoloteado a su torno como cuervos después de la resolución de una batalla. En todos sus años de moza de taberna, habían ido y venido hombres de toda procedencia, edad y alcurnia que trataban de cortejarla por sus encantos. La mayoría de estos flechados, desistían de sus esfuerzos, al notar que poco o ningún triunfo habían conseguido en ganarse su corazón, pese a sus regalos y a toda su presunta cortesía. Y casi nunca regresaban. La mayoría de ellos. Por desgracia, otros insistían de más hasta tornarse peligrosos.

— Pero algunos de esos pobres tontos estaban más intimidados que cautivados por ella — señaló Ross entre los trozos de tarta que danzaban en su boca.

— Y espero que siga siendo así. — deseó Marcus, con una sonrisa, que como todo padre sobreprotector anhelaba la virtud intacta de su hija por sobre todas las cosas.

— No digas eso, Marcus — riñó Aloy a su esposo. —. Si un joven se ha ganado el amor de nuestra hija, lo más correcto es que nosotros…

— No hay tal joven — interrumpió con un dejo de brusquedad Atenea, llevándose una mano al rostro en gesto importunado. —. No lo hay. No lo ha habido. ¿Cuántas veces hemos hablado de esto? Creía que este asunto ya estaba saldado.

— ¿Por qué la inmensa mayoría de los hombres demuestra una desesperación tan evidente al tratar de conquistar a una mujer? — inquirió Ross, como si él nunca hubiese hecho aquello más de una vez. Pero nadie se dignó a prestarle atención.

Según contaba Ross, en alguna ocasión, un muchacho al que describió como un chiflado de ojos tímidos y nerviosos, con una confianza más bien frágil y bañado en un charco de su propio sudor, soltó un chillido, entró en pánico y salió corriendo fuera de la taberna cuando Atenea se acercaba para atenderle. A Ross le gustaba relatar aquella anécdota, quizás era su forma de no apenarse tanto por los cortos dotes de seducción que también poseía.

— Cariño — siguió Aloy, esperanzada. —, tienes veintiún años. Yo a tu edad te cargaba en mis brazos y te mecía para que te durmieras en ellos. Aún tienes por delante la mejor parte de tu juventud. Seguramente si no abres tu corazón ahora, puede que te arrepientas en un futuro.

Atenea logró zafarse de la tersa sujeción de su madre con un gesto de desgana. Solía darle aquel mismo sermón como mi mínimo dos veces por mes.

— ¿Podemos no tener esta plática? Hay asuntos más importantes en este momento.

— Eres hermosa — Le acarició la suavidad de los rizos. —, joven y más capaz de lo que cualquier otra mujer. Todo hombre de rectitud y noble corazón haría lo que fuera por estar contigo. Incluso, Ross podría ser un buen partido para ti.

El pelirrojo dejó de lado su comida por un segundo, se le quedó viendo con ojos ebrios de entusiasmo y levantó una ceja. Cuando le dedicó una sonrisa, un hilillo de saliva y aderezo púrpura chorreó hasta su barbilla. Y de inmediato, se encogió de la vergüenza, mientras apuraba una mano para taparse.

— Tal vez cuando el Infierno se congele — bromeó Atenea, tratando de no sonar demasiado áspera.

En esta ocasión fue Marcus quien liberó una carcajada al aire.

— No vuelvas a decir algo como eso, Atenea — le reprochó Aloy, que desaprobaba aquellos desprecios sin motivo. —. Esto es exactamente lo que has hecho siempre, cariño. ¿Cómo puedes pretender hallar a un buen hombre, si ni siquiera te das el suficiente tiempo para…?

— Madre, lo sé — la interrumpió, haciendo acopio de paciencia y esforzándose para esbozarle una sonrisa dulce —. Puedo ver ese brillo en tus ojos cada mañana. El mismo que resplandece de felicidad cuando nos ves a mi padre o a mí — Entrelazó con fuerza sus manos con las de ella. Se había habituado a hacer aquello cuando juraba. —. Sé que eres feliz con lo que tienes y que cómo madre quieres lo mismo para mí. Pero,

yo no soy como tú. Sientes que has logrado todo lo que pudiste haberte propuesto para una vida plena y próspera, y puedo comprenderlo. Aun así, tienes que saber que para mí la vida es mucho más que solo venir al mundo para concebir hijos y tener un buen esposo. Te amo y te admiro, pero hay tantas cosas que debo hacer antes de detenerme a pensar en otra familia que no seáis vosotros… Te prometo que llegará el día en que eso suceda, pero no será hoy, y no será mañana. ¿Puedes entenderlo?

Aloy enmudeció de sorpresa y del más cándido sentimentalismo. Oprimió un gimoteo risueño con una mordida de labios, y se abalanzó sobre su hija, sin mostrar intención alguna de apartarse de ella durante un rato.

— Atenea, está bien — lloriqueó con brevedad. —. Lo entiendo.

Marcus empujó la silla hacia atrás, y se levantó, pasando del tema una vez más. Hizo un gesto apurado a Ross, y salieron juntos a la trastienda con un tanto de prisa.

« ¿Y esto habrá sido suficiente? ¿Finalmente he logrado persuadirla? » Tenía dudas al respecto.

Atenea suspiró de cansancio, aunque también con cierto aire de satisfacción. Era de las pocas ocasiones en las que el asunto no se zanjaba con una discusión acalorada. Se había visto en la necesidad de tenerle excesiva paciencia, puesto que su madre llevaba tantos años convencida de sus propias ideas que difícilmente iba a cambiar de parecer.

Solo el tiempo forzó a Aloy a liberarla de la calidez de sus brazos.

— ¿Qué es lo más importante para ti ahora, mi niña? — quiso saber — ¿Qué es lo que realmente te hace feliz?

A menudo se adentraba en una profunda reflexión. Sus padres se habían roto la espalda trabajando durante la mayor parte de sus días para que Atenea no echara en falta la esperanza de una vida plena. Y a pesar de comprender que nunca había sido considerada una carga, le fastidiaba haberse sentido como tal en más de una oportunidad. Por esta razón, fantaseaba con la idea de obsequiarles la mitad del premio del torneo como agradecimiento por tanta saciedad y cuidados. Pretendía que tuvieran un respiro de sus ajetreadas vidas, pero no iba a confesarlo hasta tener el oro entre sus manos.

— ¿Ahora mismo? — Entrelazó de nuevo sus dedos con los de su madre. — Muchísimas cosas. Nuestra familia, en primer lugar. Pero creo que no hay nada en este mundo que me entusiasme más y me colme de emoción que empuñar una espada y vencer a todos los demás — Rio. —. En particular, vencer a todos los demás. — Quizás era el fulgor de las lámparas de aceite reflejadas en ella, pero en los ojos de Aloy se agitaba un brillo deslumbrante. Su madre simplemente asintió. — ¿Por qué aún te resulta tan difícil de comprender, pese a todos estos años de discusiones? — siguió con dulzura momentánea.

Aloy no se apresuró en contestar.

— No lo sé, no lo sé — logró decir al final. —. Sé que no he hecho lo correcto. Debí apoyarte con todo esto de los torneos desde un principio. Ahora me duele habértelo prohibido durante años. No trataré de escudarme de mis errores, aunque sea duro para mí verte exponiéndote a tantos peligros de esa manera.

— Es imposible que existan tantos peligros como tú crees.

— Al menos sé que ya no — Suspiró poco antes de reír. — Ya no los habrá — Le palpó la mejilla con un tacto tan suave como la seda y le alentó a que mirara hacia la mesa. —. No tantos como antes.

Parecía haber llegado allí como por arte de magia. En el espacio que se había creado entre los platos de comida, los cubiertos y las bebidas, se tumbaba una pechera y avambrazos de cuero anillado de reciente y excelsa elaboración. Atenea levantó la vista, boquiabierta, y vio a Ross con una espada bastarda descansado, todavía en la vaina, sobre sus palmas elevadas y a su padre con una rodela de metal pulido con la grafía enorme de una uve invertida y azul en todo su centro; «Λ», símbolo de la antigua diosa de ultramar que llevaba por nombre.

— ¿Y bien? — indagó Marcus, inclinándose hacia la mesa. — ¿Crees que será suficiente para protegerte, hija mía?

Escudriñó la faz de su padre, aún tratando de asimilar la situación. Esta vez no hubo ninguna sonrisa de su parte, cosa muy extraña en él, sino un par de ojos negros ansiosos. Y en un instante, lo comprendió todo.

— ¿Es en serio?

De alguna forma, estaba pasando. Así que dejó escapar un resuello de incredulidad, al que siguió una sonrisa de oreja a oreja. Y aunque al principio se fue alzando lentamente de su asiento, tan veloz como un rayo saltó sobre la mesa para abalanzarse con todas sus fuerzas sobre su padre. Marcus la atrapó en el aire, agradecido, aunque se tambaleó, resintiéndose por la carga, y por poco no cayó hacia atrás. Atenea ya no era tan pequeña, y, sin embargo, se aferró a él, rodeándolo en un fuertísimo abrazo, que le impedía moverse. Se dejó ver de pronto tan desbordante de alegría como una «niña», cuyo peso y fuerza ya le estaban pasando factura a la quejumbrosa espalda de su padre.

— Esto debió haberte costado un ojo de la cara. — insinuó Atenea cuando sus pies tocaron el suelo y desistió de su asalto.

— Un ojo de la cara y parte del otro — confesó, un tanto vanidoso. —. No fue nada barato, pero tú lo vales. Sabía que ese desgastado y blando escudo de madera se quebraría más temprano que tarde, así que mandé a hacer todo esto días atrás.

Acarició con la yema de los dedos el tacto suave y frío del escudo, se volvió una vez más hacia la armadura sobre la mesa y también advirtió como Ross desnudaba la hoja de acero para ella. Era un trabajo sencillo, pero de calidad. Y de repente, la alegría se disipó de un golpe, azotada con violencia por el remordimiento. Atenea era el propósito de un despilfarro más.

— No, no. Esto es demasiado — Negó con la cabeza. —. Se suponía que yo debía ganar el oro y entonces…

— Atenea — Su madre se acercó y la cogió del brazo. —, si quieres participar en ese torneo deberás tener la mejor protección posible. Esto no está abierto a discusión.

— ¿Cómo piensas humillar a esos engreídos caballeros con la mera protección de una tela de lana? — curioseó Marcus, envolviendo a su esposa e hija con sus brazos. —

Llegarás muy lejos, hija mía. Hasta un ciego podría ver tu potencial. Todos sabrán quién eres, y sucederá más pronto de lo que imaginas.

# Connor II

— Las vistas eran increíblemente hermosas — detalló, seducido por el recuerdo rememorado ya cien veces, que lo hacía mirar a la nada con la dulce alegría sacudiéndose entre sus labios. —. Grace, el agua del fiordo era tan cristalina que hubieses jurado que surcabas a través de un cielo sin nubes.

— ¿Y las vertientes? ¿Cómo eran? — preguntó la niña, inquieta, apresurándose con la pluma para perpetuar cada mínimo detalle en tinta sobre el pergamino.

— La hierba esmeralda y espesa se batía en duelo contra unas plateadas rocas para dominar las pronunciadas vertientes del valle *Ragnheidr* — Aquella última palabra surgió de una forma tan natural que casi sonó a Nórdico auténtico. O eso quiso pensar. —. A mi izquierda, la ribera serpenteaba y la arena se esparcía hasta los confines del horizonte. Era casi tan blanca como la sal misma.

Tenía la costumbre de hablar lo justo bastante arraigada, y escasas eran las cosas por las que solía emocionarse. Y pese a ello, tuvo que reconocer que había estado parloteando cual cuentacuentos durante una hora, sentado en una silla junto a su cama. En su voz y en las abundantes sonrisas que no permitía desdibujar, se le escapaban tintes de una dicha y fascinación en él inusuales. El selecto grupo de recuerdos que atesoraba del viaje a Vill Eylands lo hacía evocar emociones que rara vez confesaba a alguien que no fuera su adorada Grace.

La pequeña tenía las manos manchadas de tinta. Sus descuidos con la pluma siempre la llevaban a terminar de la misma forma. Y a medida que el relato prosperaba, su sonrisa se pronunciaba más y más, soñando con entusiasmo tan espectacular paisaje, que muy pronto trataría de materializar en una pintura. Desde hacía ya mucho tiempo, Connor era los ojos, oídos y nariz de Grace y su apasionado arte, por encima de las infranqueables murallas de la Capital, de las cuales ella jamás había conseguido librarse.

— Durante el alba y el crepúsculo — siguió. —, los haces de luz que el sol proyectaba sobre las aguas tranquilas del valle *Ragnheidr* convertían al fiordo en un camino dorado y escarlata. Era algo maravilloso — Bajó la mirada, y de pronto su tono de voz se redujo a un hililllo melancólico. Tan raras eran las oportunidades y tan lejos estaba aquel lugar, que probablemente nunca regresaría para vivirlo todo de nuevo como la primera vez. —. Un arcoíris se alzaba sobre nuestras cabezas, como el marco de una gigantesca puerta hacia Asgard. Hacia el Valhalla. Los colores eran tan vivos que casi parecía irreal.

— ¿Qué es el *Balhalá*? — se apresuró a inquirir Grace, que había advertido el cambio de expresión en su rostro.

— Querrás decir Valhalla — corrigió. Aquello le hizo gracia. —. Es un lugar donde los dioses nór… — Y un golpe de incomodidad lo hizo removerse en el asiento. Al dirigirle la mirada a Grace intentó ocultar tras una ligera sonrisa toda la lástima que sentía hacia ella. — « Hay muchas cosas que ignoras, Grace. Por el bien de ambos, será mejor que continue así. No ha sido tu culpa crecer bajo el yugo de las creencias de un

dios distinto. » — Solo es parte de una leyenda bastante bien elaborada — dijo, en su lugar. —. No tiene importancia ahora… Deberías descansar, ya se está haciendo tarde.

— ¡No! — protestó aprisa. — Aún hay tiempo. Cuéntame más acerca de Barmania y de Vill Eylands. Por favor, Connor.

Grace suplicó una y otra vez, para que continuara describiéndole la travesía. Se inclinó sobre la cama en un intento fallido por alcanzar su brazo. Las historias que Connor le narraba, según decía ella, la llevaban a un mundo de ideas fascinantes. Y al final, la imaginación la perseguía en sueños, de los cuales despertaba dando tumbos en medio de un estallido de inspiración para sus cuadros.

Connor se levantó con gesto lánguido, desoyendo los ruegos de la niña. Sus buenos ánimos se habían esfumado de un instante a otro. Antes de ir hacia la puerta, se volvió para despedirse, y percibió en el rostro de Grace un gesto mustio y preocupado.

— No estés triste, pequeña. Mañana continuaremos. Y cuando regrese de mi expedición a los bosques te atraeré otras historias. Te lo aseguro.

— Ya lo sé — Se sentó con las rodillas flexionadas, abrazándose las piernas contra el pecho, con aspecto pensativo y pesaroso. —. No se trata de eso.

« Tu regalo. Por poco lo olvidaba », le cruzó por la cabeza al ver morir su regocijo.

— ¿Entonces de qué se trata? — Se acercó, y se acuclilló a pie de la cama.

Grace, cabizbaja, evitó cruzar toda mirada que delatase que estaba a punto de llorar.

— Durante cuatro meses, tú y papá estuvieron fuera — empezó, con ojos húmedos. —. Ahora que ambos están aquí, mi hermano no. Nunca podemos estar todos juntos y alguien siempre parece estar en peligro. Mamá, aunque trata de ocultarlo, está muy nerviosa por lo que pueda sucederle a Valysar. Y yo también — Alzó la vista, por fin. —. Mi hermano está en peligro, ¿verdad?

— ¿Por qué piensas eso?

— Tuve una pesadilla. Una muy espantosa.

— Tan solo son eso. Pesadillas. No es algo real — Le apretó una mejilla con los dedos, para obligarla a formar una media sonrisa. No dio resultado —. No va a suceder.

— Cuando sueñas no ves la diferencia entre lo que es real y lo que no — mencionó, soltando un leve gimoteo, y en seguida, secó la primera lágrima que brotó de sus ojos con el dorso de una mano. —. Hace unas semanas soñé que tú y papá se perdían en el mar. El barco se estaba hundiendo. Papá cayó al agua. Llevaba la armadura, así que…

— Y, sin embargo, estamos aquí. A salvo. — le recordó rápidamente. No quería conocer el final de la historia, y aún menos que Grace se concentrase en ello.

— Si te vas, tendré que irme a dormir, y entonces volveré a tener pesadillas.

— Temes que tu hermano esté en ellas otra vez. — reconoció Connor.

Grace asintió tras el hipo del lloriqueo.

Connor dejó escapar un suspiro de cansancio, mientras se enderezaba. Caminó sin rumbo por la habitación, meditando unas palabras perfectas para ayudarla. Se llevó una mano detrás de la cabeza, desazonado. Tenía la mente despoblada de ideas, y para colmo, nunca había sabido lidiar de buena manera con la empatía de aquel tipo.

— No puedes pasarte toda tu vida sin dormir — consiguió decir al final. —. Es imposible.

Aquellas palabras no surtieron ningún efecto positivo en ella. A decir verdad, la vio encogerse un tanto más. Nadie hubiese esperado una respuesta tan desalentadora.

— Yo quisiera ser como tú, Connor. Tú no le tienes miedo a nada.

Se le escapó una risotada, estridente, aunque efímera.

— ¿De verdad piensas eso? ¿Crees que no tengo miedos?

— Nunca he visto que te asustes.

Decidió no responder. No hizo más que vagar por la habitación, mientras tanteaba con la yema de los dedos la superficie de las repisas y cajones de madera. Se detuvo frente al tocador, donde reposaban las llamas de un candelabro de bronce. Y de la nada, surgieron las palabras correctas.

— Cuando era niño, poco antes de que nacieras — confesó, al tiempo que jugaba con el fuego. —, le tenía miedo a casi todo lo que me rodeaba. En especial a la oscuridad, al igual que tú. No hacía más que asustarme y derramar lágrimas.

— ¿Y cómo superaste el miedo? — Grace se impacientó. — Dímelo. — Connor había dado justo en el clavo; su miedo a las pesadillas solo caía rendido ante el pavor casi irracional que sentía por las tinieblas. Tal era su inquietud, que las sirvientas remplazaban las velas de los candelabros una vez entrada la noche, para evitar que en alguna ocasión despertara en medio de la oscuridad.

— Solía mirar el atardecer por las ventanas de esta habitación y lloriquear nada más porque el sol se ocultaba en el horizonte — declaró, haciendo caso omiso de la súplica de Grace. Cogió entre sus dedos uno de esos magníficos candelabros, y se dirigió hacia la otra esquina del dormitorio, donde se encontraba la segunda fuente de luz. —. Como todo niño, prefería la calidez del día a la soledad y silencio de la noche. Un destello de luz me despojaba de mis más profundos temores, mientras que las sombras me aterraban como ninguna otra cosa.

Grace lo siguió con la mirada desde su cama, y observó cómo Connor se posaba delante de la cajonera junto a la ventana de postigos cerrados. La habitación comenzó a oscurecerse lentamente, a medida que iba apagando cada una de las cinco velas del candelabro con dedos insensibles.

— ¿Qué estás haciendo? — inquirió ella, nerviosa.

— Lady Elizabeth siempre lograba consolarme cada noche antes de dormir. Y cuando me despertaba a media madrugada y era incapaz de retomar el sueño, tu bondadosa madre espantaba todos mis demonios y permanecía a mi lado hasta que lograba quedarme dormido. Supongo que hace lo mismo contigo, ¿no?

Por lo que leía en su rostro, la niña comenzaba a dejar en evidencia sus temores. Apretó las sábanas, presa del desconsuelo y la inocencia, y la escuchó rogar entre dientes para que no apagara el último candelabro.

— Las pesadillas — siguió Connor. — no son más que la manifestación de nuestros miedos. Todo cuanto experimentamos en el día a día afectan nuestros sueños. Pero todo

el terror que puedes llegar a sentir está realmente en tu cabeza… Y verás, hace ya mucho tiempo que decidí afrontar mis peores demonios por cuenta propia.

El fuego restante entre sus manos se desvaneció con un soplido, y la infinita oscuridad se apoderó de la habitación. Pero antes de que Grace consiguiera articular el primer chillido, una pequeña y tenue luz amarilla se encendió en medio de toda aquella negrura, y se posó frente a sus ojos. Tras esto, afloró una minúscula esfera de brillo azul marino al fondo del dormitorio, y otra más de color ámbar sobre el hombro de Connor.

— Sin embargo, mi dulce Grace, tú no eres como yo. — « Y con suerte, no tendrás que serlo nunca », añadió entre sus deseos.

En un abrir y cerrar de ojos, todo aquel espantoso abismo desapareció; un enjambre de esferas flotantes iluminaba la estancia con su hermosa radiación de cien colores.

— ¿¡Luciérnagas!? — gritó la niña, fascinada. — ¡Connor! ¡Son luciérnagas!

Se permitió esbozar una gran sonrisa, cuando descubrió que ella estallaba de alegría.

— Ahora cuando despiertes por las noches no tendrás que enfrentarte a la oscuridad, porque ellas lo harán por ti.

Los insectos parecían bailar en el aire al son de una tonada sorda, resplandecientes y encantadores. Oscilaban suavemente de arriba abajo y por todo el dormitorio, brindando una promesa de luz perpetua.

Grace se enalteció de júbilo, y se incorporó sobre la cama.

— ¿Es magia? — preguntó, embriagada de contento. — ¿Cómo lo hiciste?

— No, no es magia.

Las pequeñas criaturas se posaron con docilidad, una a una, sobre las holgadas prendas de dormir de Grace, y convirtieron al terciopelo blanco en un vestidillo de luminiscencia extraordinario de colores intensos y variopintos.

— ¡Como en mi sueño! — chilló. El destello de felicidad en sus ojos fue un flechazo conmovedor; y su enorme sonrisa de dientes mellados, encantadora, digna de perdurar en sus recuerdos. Grace todavía era una soñadora, al igual que Connor en su niñez. Su obsequio había sido hacer realidad uno de esos sueños. Uno muy bueno que, según decía, había sido maravilloso.

Entre risas, Grace comenzó a danzar sobre la cama, con soltura y cada vez más energía. Los pequeños animales parecían estar adheridos a ella. Relumbraban y se mecían junto a su baile.

— Chasquea los dedos. — pidió Connor.

Y eso hizo. Un intento fue suficiente para que el tropel de deslumbrantes bichos se desprendiera con vivacidad y volara hacia el techo, esbozando círculos perfectos alrededor de Grace, como si de un tornado de luces se tratase. Y en breves, una nube de zumbidos se suspendía en el aire, una vez las luciérnagas empezaron a vibrar como abejas agitadas.

— No dejes que salgan de la habitación durante el día — le advirtió, permitiéndose un instante de acritud. —, o de lo contrario las palomas se las comerán.

— Tranquilo, no lo haré. — dijo ella, observando, embelesada, el inusitado firmamento de cien luciérnagas que se fijaban a su techo, titilando como estrellas.

— Grace — comenzó Connor, acercándose. —, como ya te dije: esas pesadillas no son más que la manifestación de nuestros miedos. Todo lo que puedas llegar a sentir está realmente en tu cabeza.

La niña bajó la vista hacia él, y asintió con una risita tiritándole en los labios.

— Quizás no pueda hacer nada dentro de tus sueños — siguió. — Pero, puedo asegurarte que la luz de estas luciérnagas y yo te protegeremos mientras estés aún despierta — Los ojos negros de Grace amenazaban con echar a llorar nuevamente, aunque esta vez no había el más mínimo vestigio de miedo en ellos. — No te mentiré — Connor entrelazó sus manos con las de ella. —. Valysar cabalga junto a un ejército para enfrentarse a un gran peligro, pero los mejores soldados de todo el reino lo acompañan y él sabe defenderse tan bien como yo. Así que, créeme cuando te digo que tu hermano volverá a casa sano y salvo.

— Está bien.

— Se encuentra muy lejos y no hay nada que dependa de mí para ayudarlo. Sin embargo, estoy aquí, junto a ti, siempre. Y si tus demonios se atreven a volver, pese a esta hermosa luz que nos ilumina, me encargaré de protegerte. No solo a ti, sino también a Vyler y a tu maravillosa madre, porque Connor Bressler ya no le teme a esas sombras que tanto te inquietan. Anda, duerme tranquila de ahora en adelante.

— ¿Lo prometes? — gimoteó. La muy sensible tenía las mejillas ruborizadas y hechas un arroyo de lágrimas.

— Lo prometo.

— Gracias — Y lo abrazó tan fuerte como sus pequeños brazos se lo permitieron. Absorbió por la nariz. —. Te amo, hermanito.

Un golpe le atravesó el corazón al percibir su voz dulce, dejando tras de sí una oleada de emoción que lo removió por dentro como un espasmo y lo dejó temblando. Nunca había escuchado aquellas palabras de ella. «Hermanito», repasó en su mente. La conmoción hizo que tardara unos segundos en responder a su abrazo.

— Yo también te amo, hermanita. — Se encontró diciendo, sin dejar que la extrañeza de sus palabras aquejara a la sonrisa más honesta y esbelta que recordara admitir. De lejos, Grace y Elizabeth eran las únicas personas a las que se animaba a mostrar cierto cariño, deseando en cada oportunidad que fuesen su verdadera familia.

— Sin miedo no hay pesadillas — la oyó murmurar, con la certeza de que había espantado todos sus males. —. Pero no solo he tenido pesadillas, ¿sabes? — continuó diciendo de pronto, cuando Connor ya se iba. — Por suerte, también he tenido buenos sueños. Hace poco soñé con la Senda del Viajero.

— ¿De nuevo?

Asintió, tan esperanzada como alegre.

— ¿Me dejarás ir contigo alguna vez a una expedición?

— A Vyler y a Elizabeth no les gustaría que te alejaras tanto.

— Lo de siempre — Hizo una mueca de fastidio, que por suerte no llegó a ensombrecerle el rostro. —. Papá tampoco me permite que lo acompañe a uno de sus viajes.

— Hay muchos peligros allá afuera. El trabajo de tu padre no es compatible con lo que quieres.

— Lo de siempre.

— Pero en el bosque no hay tantos peligros para un buen jinete de exploración — Suspiró, dejándose vencer una vez más por los deseos de Grace. —. Cuando seas un poco mayor, tal vez podamos convencerlos de que te dejen acompañarme un día o dos.

— ¡No nos tomaría más tiempo que eso! — vociferó, arrojándose sin mesura a la felicidad, como dándolo por hecho. — Si lográsemos convencer al Hada Morgana para que se nos aparezca, la Senda podría llevarnos tan lejos... Me muero de ganas por conocer esos fiordos y también Barmania.

En la noche más profunda y fría, aquella niña era como una vela en medio de la oscuridad.

— Un sueño a la vez, pequeña Grace.

Dos horas más tarde, la noche estaba ya muy avanzada, y el susurro del viento y la débil proyección de una sombra a su espalda eran sus únicos acompañantes. El ambiente que reinaba en las calles era desolado, silencioso y, en especial, umbrío, tanto que resultaría escalofriante para cualquier persona crédula a historias de fantasmas.

A Connor esto le traía sin cuidado.

Caminaba con sumo sosiego, mientras contemplaba con admiración el despejado cielo colmado de estrellas. Había escogido a conciencia el camino más largo a casa, para así deleitarse el mayor tiempo posible con el espectáculo que se llevaba a cabo sobre su cabeza. El cielo parecía cobrar vida cuando la ciudad iba a dormir. Un cometa cruzaba el cosmos, cayendo lentamente como una gota que resbalase del cristal durante horas, a la vez que una estrella fugaz atravesaba la noche en apenas un pestañeo.

La Gran Nube Celestial, la cual los Tesios llamaban «Láctea» y otros pueblos «Círculo de Plata», entronizada y descollante sobre una bóveda celeste con más astros de lo que cualquiera pudiera contar, nutría al firmamento de una belleza ajena a toda comparación, pues a su lado, paisaje o tesoro alguno en la Tierra deslucía hasta parecer frívolo. Era una nube de polvo denso suspendida entre las estrellas. Un gran cúmulo poroso por encima de las nubes corrientes, que salía a resplandecer en las noches y partía el cielo a la mitad. Nada menos que un glorioso velo, opaco en algunas zonas y que en otras parecía brillar con luz propia, cuyos brazos se extendían como ríos de plata, chispeadas por regueros de luz violeta, azul cielo y rojo oxidado.

¿Qué habría en ella y qué habría más allá?

Aún con todo ese universo de respuestas que los libros y un par de buenos amigos le habían obsequiado a lo largo de los años, perduraban interrogantes como aquella, que lo atosigaban a la hora de dormir, y en ocasiones, lo alejaban del sueño durante horas.

Connor disfrutaba de la rebosante paz que el callado paraje le brindaba, pues desde hacía mucho tiempo, para su suerte, había aprendido a hallar cierta satisfacción en la

soledad y un desinterés total a las supersticiones que dominaban al reino. La mayoría de estas creencias no eran más que un reflejo de la estupidez crónica que azotaba a los más fanáticos de la humanidad, se reservaba para sí mismo.

La Capital rebosaba de calma, incluso por las noches, y de una prosperidad envidiable para otras de ciudades, fuera y también dentro del Reino. Como pudo comprobar durante su última travesía, allí donde iba un dranovense, allende sus fronteras, se atrevía a pavonearse ante toda persona como oriundo de un pequeño Paraíso en la tierra, un Jardín del Edén monumental. O cualquier otra patraña del estilo. Con poco recato y el orgullo siempre por delante, como si de ellos hubiera dependido la época de prosperidad por la que cruzaban, o constituyese un logro en vida la suerte de nacer donde lo habían hecho.

Pero cierto fue que no pudo evitar contrastarla con las ciudades que había visitado. Lo limpia, lo ordenada y lo segura que era en comparación a las de Barmania, Vill Eylands y también a otras de Dranova, lo dejaba satisfecho.

Tan copiosa parecía la dicha de vivir allí, que había quienes mentían sobre su origen para tener algo de lo que jactarse, y otros venían desde muy lejos para encontrar refugio y una oportunidad dentro de las murallas. «La obra y gracia del dios de los cristianos», arrojaban de sus bocas sin vacilación los más apasionados, los más ciegos.

En aquel momento, Connor solo quería irse al bosque, donde las estrellas eran incluso más brillantes y la paz más duradera.

El sendero era amplio, más de lo usual para una calle secundaria, pero tan prolongado que conseguía perderse a lo lejos en la tenue luz que la luna descargaba sobre él. Era la única alma sobre la calle. En muchas ocasiones, así lo prefería. Todos los establecimientos y hogares yacían a puertas cerradas. Un número reducido de antorchas brindaba cierta claridad en algunas secciones del camino, allí donde los ciudadanos las colocaban para dar vida a la fachada de sus hogares.

Bajo trechos de penumbra y otros de oscuridad, avanzó sin darle la más mínima importancia a todas esas leyendas de fantasmas y demonios sedientos de sangre que había escuchado tantas veces. Grace era una muchachita perspicaz; esperaba que se diera cuenta con el tiempo de que sus miedos a lo desconocido no debían condicionar su visión sobre la vida. Los ojos de Connor habían visto cosas que otros no creerían, pero jamás nada parecido a algo que hubiera surgido de la imaginación de un cristiano. Por esta razón, y por mil otras, desconfiaba de todo lo que los adeptos decían.

El collar con chapas de plata que portaba encima de la saya resplandeció con tenue destello, al pasar cerca de una de las antorchas que colgaban de un hogar. Todo el tiempo lo lleva consigo. Era de lejos su posesión más celosamente custodiada. En él había solo dos insignias, poco más grandes que un pulgar. Y a pesar de la plata preciosa, su valor era más emocional que monetario. El nombre de aquella mujer, cuya voz y rostro ya se habían desvanecido de su memoria, se encontraba grabado en relieve en la más significativa de las dos. Y al lado de esta, la del hombre que hubo sido su padre.

Habían muerto hacía más de una década, y Connor evitaba a toda costa cualquier conversación respecto a ellos. Por más que se esforzara en recordarlo, no conseguía más

que pequeños fragmentos inconexos de su remota infancia. No los extrañaba, y mucho menos se sentía afligido por la pérdida, pero aun así el pensar en ellos le evocaba un vacío insondable, que no sabía cómo ni pretendía expresar a alguien más.

El viento arreció sus ánimos hasta levantar partículas de arena del suelo, de manera que bajó la vista y colocó un brazo delante de su rostro para cubrirse. Los minutos pasaron, y cuando el aire por fin cesó su embestida, pudo divisar en los confines de la calle, allí donde el camino se bifurcaba, una puerta de rejas abierta de par en par. Las antorchas colocadas a sus lados le hicieron percatarse de aquello. Y sin permitirse demostrarlo con gestos, se encontró sorprendido y ciertamente tenso por aquella imagen evocadora de sospechas. Aun así, continuó avanzando sin aminorar el paso, pero con discreción y vigilando con recelo.

Se percató, y no por primera vez, de que no llevaba consigo su arco ni tampoco flechas. No portaba más armas que un par de cuchillos que utilizaba para jugar, ocultos bajo el cinturón de cuero. Después de todo, en los días en los que no prestaba servicio a la caballería, no le era permitido portar una espada. Pero antes de acercarse más, se hizo con las hojas de un palmo de largo de la forma más disimulada posible.

« Un hombre precavido vale más que uno muerto — Los escondió tras los antebrazos, por debajo de las mangas —. Qué esta ciudad sea muy segura, no quita que las personas mueran en situaciones así ».

Una vez estuvo a unos veinte pasos, pudo reconocerlo. No se trataba de alguna casa o establecimiento, sino de una simple perrera. Se detuvo a mitad de la calle, frente a la reja de acero oxidado, con la obstinada necesidad de resolver sus dudas. Las antorchas iluminaban el edificio de una planta, mientras la fuerte ventisca amenazaba de nueva cuenta con extinguir sus llamas. El interior de la perrera se encontraba sumergido por la espesa negrura. Un inevitable pensamiento se apoderó de él. Si hubiera algo o alguien allí adentro, observándolo con ojos ávidos, no tenía manera de saberlo. Por un breve momento, consideró coger una de las antorchas y adentrarse en la oscuridad.

« ¿Por qué está abierta la verja? Si hay alguien dentro, ¿qué está haciendo a estas horas? ».

Por fortuna, su curiosidad entró en conflicto con la razón. Lo que estaba pensando era de todo menos sensato. No hacía falta pertenecer al Gremio de los Intelectuales para saberlo. Pero antes de que pudiera dar un paso a un costado, un ruido llamó su atención. Al girarse no logró ver nada. La espesura de la noche era muy profunda, aunque sus oídos captaron ese inconfundible sonido de cadenas arrastradas por el suelo. Y tras unos segundos de consternación, vio cómo la criatura salía de las sombras y se revelaba ante la luz de las antorchas.

Solo era un perro.

Era de gran tamaño, y sus ojos desbordaban hambre. Se mostró gruñendo, desenvainado sus enormes dientes. No consiguió reconocer su raza, pero el tamaño de sus fauces y de su cuerpo manchado podría resultarle intimidante a cualquiera. Y a continuación, detrás de este emergieron otros dos perros de constitución tan recia y rostro feroz como el primero. El último se dejó ver, saliendo agazapado de la perrera.

Un par de ellos rugían; los otros dos ladraban, cada uno de forma tan enardecida como el anterior. En sus miradas salvajes podía apreciar el ansia incontrolable por saciar su apetito. Las costillas marcadas en sus cuerpos eran fiel testimonio de ello.

Pobres perros.

A Connor lo atacó un profundo bostezo. Por fin, el sueño comenzaba a hacerlo presa de sus fauces. Si la noche resultaba amable, tal vez no tendría que desvelarse.

Los canes se acercaban con la parsimonia de un cazador precavido, prestos a embestirlo y desgarrar su carne. Connor suspiró, y en su cinto guardó los cuchillos con toda tranquilidad. Se giró hacia el animal más cercano, aquel que se encontraba ante a la verja, y una sonrisa cargada de confianza invadió su rostro marcando de ligeros hoyuelos. Un segundo bastó para que el perro renunciara a sus gruñidos, y luego se sentara sobre sus patas traseras como solo una mascota mansa lo haría. Y con la misma expresión osada, se dirigió a los tres perros restantes.

— Basta.

Uno de ellos, el que arrastraba las cadenas rotas de su collar, se lanzó sin perder más tiempo, pero tan rápido como inició su ataque, quedó petrificado, con las fauces aún abiertas. Connor disipó su rabia y alivió su hambre, valiéndose de una orden muda y poco esfuerzo. También revolvió sus ideas e implantó falsos recuerdos, haciéndole pensar que eran viejos amigos. Cuando hubo salido de su cabeza, el perro terminó por relajarse y lo miró desde abajo con ojos tiernos. Se relamió repetidas veces, a la espera de un bocadillo, y amasó el suelo con sus patas, inquieto, dócil y adorable. Gimoteaba como un cachorrito asustado en busca de cariño. Los otros dos que se encontraban detrás hicieron lo mismo.

Y de esta manera, las apacibles bestias se acercaron, sumisas y cabizbajas, con el rabo entre las patas, en busca de un poco de comida.

— Y yo que tenía pensado comerme esto más tarde — admitió, al tiempo que sacaba de una bolsa de mimbre unos trozos de pan untado con mantequilla y especias. —. Lady Eliza me lo preparó para el camino. Bien sabe que siempre estoy hambriento — Ellos se reunieron tranquilamente a su entorno, y Connor se arrodilló para repartir las raciones con equidad. —, pero lo necesitáis mucho más que yo. Mañana os traeré otro poco.

Los perros habían dejado de lado su voracidad, y con sosiego comieron de su mano. Uno de ellos incluso le lamió los dedos.

Rascó unas cuantas orejas y regaló caricias. Y después de masticar el pan, los animales entraron por cuenta propia a la perrera. Connor miró a los alrededores para cerciorarse de que nadie lo había visto usar su don de Dádiva. Las calles seguían tan deshabitadas como antes, así que se limitó a bostezar.

Y se dirigió a casa para intentar conciliar el sueño, no sin antes desviar su atención al firmamento plagado de estrellas.

# Atenea II

Se había decidido por sorteo su siguiente combate. Qué desgracia que su nombre coincidiera en la tabla con uno de los neófitos que restaba en la competición y no contra cualquiera de los doce caballeros.

Sus ojos examinaban con soberbia al soldado que sería su contrincante en los octavos de final. En su mente no existía más retrato que la victoria. Y en su mirada se avivaba una llamarada de orgullo y afán de superación pavorosa. En cambio, en el rostro del *Ariete*, tras el yelmo de metal negro, se reflejaba un mundo de desprecio.

Atenea se había estremecido, solo un poco, al verlo entrar por la subestructura del coliseo. *El Ariete* hacia un perfecto honor a su nombre: su corpulencia fornida y extraordinaria se erigía un tanto más allá de los dos metros de altura, y probablemente pesaba el doble que la mujer a su lado. Toda su imponente complexión se hallaba revestida por una pesada armadura de hierro negro laminado. Era una peligrosa mezcla de músculo, metal y una aparente carencia de sentido común.

El infame soldado había sabido ganarse aquel apodo años atrás, cuando bajo órdenes de cierto marqués, irrumpió junto a una leva de infantería en una gigantesca y semiderruida atalaya, para salvaguardar la vida de una muchacha de noble cuna. Los hombres que atestiguaron aquellas circunstancias aseguraron luego que *el Ariete* se hubo abierto camino por sí solo a través de la torre en busca de la doncella, derribando todas las puertas de madera reforzada y haciendo uso exclusivo de la fuerza bruta, del poderío de sus brazos. Al final del día, cumplió con su encomienda al rescatar y poner bajo custodia a la hija de su señor. Aun cuando era bien sabido que aquella había sido de lejos su única honrada acción entre decenas de ignominias. Y todo había resultado fruto de la colosal codicia de un hombre a quien se le prometió ser recompensado con su peso en oro.

Y no satisfecho con ello, se había alistado en otro torneo en busca de más.

Las normas dictaban que los combatientes de las instancias finales tenían la obligación de ingresar y salir de la arena, hombro con hombro, mediante un pasaje angosto de caliza labrada, conocido por todos como el Túnel de las Dos Caras. Por un lado, colmado de satisfacción y gloria para el vencedor, y al mismo tiempo, de vergüenza y pesadez para aquel otro que hubiese caído derrotado. Estaba escrito. Solo el tiempo le haría saber el destino que les deparaba.

Atenea podía apreciar con excelsitud el estruendo de las gradas y el rugir de los tambores de guerra. Las vibraciones traspasaban cómodamente las paredes del oscuro túnel y se le metían a través de la ropa, hasta los huesos, haciéndola tiritar de la emoción. Con apenas una brizna de nervios rozándole la piel, emprendió la marcha hacia la luz al final del camino.

— Oye, Armatoste — irrumpió con voz sombría. — ¿Has oído acerca de la historia de David y Goliat?

Su enorme rival la observó con desdén gélido sin siquiera amagar una contestación, pero el murmullo de los pesados pasos de metal llenó cualquier silencio entre ambos.

Cuando surgió de entre las sombras del pasaje, el resplandor que emanaba del campo de batalla la cegó por un momento. La vivaz algarabía del público se presentó, estallando bajo la enfebrecida voz de mando de casi treinta mil corazones agitados. El griterío que se desprendía de las atestadas gradas hacía olvidar al de cualquier enfrentamiento de los días anteriores.

Dio una vuelta, admirando el panorama con satisfacción.

No esperaba menos. El primer encuentro había tenido lugar bajo aquel cielo nublado apenas un minuto atrás. Y había resultado fugaz, tal y como se tenía previsto, pero la alegría contagiada por el duelo persistía aún en sus aplausos y palabras de ánimo. Ser Covan Thompson, uno de los dos caballeros de la Guardia de la Realeza que arrasaban sobre la arena cada año, se había hecho con una victoria más que merecida al vencer a un soldado de infantería que consiguiera llegar demasiado lejos.

A pesar de que las tan aclamadas justas representaban el principal atractivo para los caballeros, una docena combatía sobre la liza a partir de los octavos de final. De manera intencionada, el torneo de espadas se encontraba arreglado para que los plebeyos e inexpertos batallaran arduamente y se eliminaran entre sí antes de ganarse un modesto lugar entre las espadas de los nobles. Sin embargo, la promesa distante de alcanzar la gloria y el oro del torneo era para los humildes un incentivo suficiente como para jugarse su propio pundonor.

Atenea se sonrió con simpatía.

Sus padres, como lo habían prometido, se encontraban expectantes entre las butacas más cercanas al campo. Y por suerte, Aloy se hallaba sentada; de lo contrario se habría desplomado al descubrir al gigantesco hombre contra el que debía enfrentarse. Su pobre madre, qué blanda era para algunas cosas. La vio coger las manos de su esposo y apretarlas con fuerza descomunal, dominada por la ansiedad que tanto había querido evitar años atrás. Marcus se resintió con una mueca de sorpresa.

La sonrisa se le borró de golpe.

En pocos instantes, la agitación del público se vio precedida por un murmullo de consternación que imperó en gran parte de las gradas. Era de esperarse que hubiera personas a las que les pareciera una barbaridad que el combate se llevara a cabo, solo que Atenea no habría imaginado que fueran tantas.

Desestimó los comentarios, y en su tez clara dibujó un gesto severo, solemne, mientras daba la espalda a su contrincante y se distanciaba para tomar su posición sobre la arena.

« No importa. Céntrate en él»

Portaba en esta ocasión la armadura de cuero anillado sobre su aljuba y el escudo de hierro en mano izquierda. Y al tiempo que calentaba las articulaciones de manera impaciente, un hombre de rostro rugoso le tendió una espada bastarda, con la empuñadura de cuero negro en dirección a ella. Un segundo hizo lo propio con *el*

*Ariete*. Con un cosquilleo atroz en los dedos, tanteó el peso y examinó la hoja de acero. Eran semejantes a las de la fase previa, pero estas tenían cierto filo por ambos lados.

Su oponente, en un derroche de confianza casi tan enorme como él, se despojó del hierro de su yelmo y lo arrojó a un lado con una extraña mueca que simulaba ser una sonrisa. Una espesa y enmarañada barba oscura le resguardaba la mitad de su rostro desgraciado e intratable.

Atenea se imaginó haciendo lo mismo con su escudo. Aquello ciertamente causaría una impresión en él. Pero no era ni mucho menos imbécil. De ninguna manera. Un único tajo certero de aquella bestia con piel humana ocasionaría el fin de su pelea. Y de su vida. De tal manera que, se aferró, ansiosa, al asa del escudo. De ahí en adelante se dedicó a esperar, sumergida en el más profundo de los silencios que se había compuesto alguna vez en el coliseo, observando con austeridad a su *Goliat* de metal.

— No apresures las cosas, hija mía — le había dicho su padre, horas atrás. —. No corras hacia él desde un principio.

La calma sepulcral se interrumpió, a causa del aliento sostenido de un cuerno que anunciaba por fin el inicio del combate. Y el público rompió en ovaciones, en bullicio acompañado por el rugir de los tambores de guerra.

Su instinto se apoderó de ella. Emprendió la marcha a zancadas sin siquiera esperar a que el berrido del cuerno se esfumase por completo, y saltó de súbito al encarar a su rival. Ambas espadas se encontraron en el aire. El estruendo metálico pareció permanecer intacto en todo el campo por algunos segundos. La fuerza con la que *el Ariete* blandía la espada era abominable; tanto que no consiguió hacer retroceder su acero ni un solo centímetro.

No era caballero, pero sí un oponente digno y una pieza valiosa para su gesta. Todo el que tuviera ojos, podía ver la exorbitante diferencia de altura y peso entre ambos. Y todo el que tuviera voz, cantaría sobre su victoria.

Tras un sólido bloqueo, *el Ariete* hizo retroceder un par de pasos a Atenea con la potencia de su empuñadura. Y acto seguido, dio inicio a un férvido desenfreno de ataques oblicuos y horizontales. Llovían cortes tras estocadas sin reserva ni mesura; asaltos que, para su desgracia, no resultaban más que en desperdicio y enfado, puesto que la doncella los absorbía con su resistente escudo o los esquivaba con tanta gracia que casi parecía danzar sobre el terreno. *Goliat* se empeñaba en sacar partido de su fuerza bruta, no así de su exigua inteligencia o velocidad.

Aun cuando Atenea fuese débil por mero contraste, era ampliamente más rápida y albergaba mejores reflejos.

— ¡Bloquear y esquivar no es pelear! — rugió *el Ariete* con voz hosca.

Atenea no respondió a su enfado con palabras. En su lugar, decidió abalanzarse sobre el oponente, al percatarse de una abertura en aquella postura tan ofensiva que solía dejarlo comprometido. Logró bloquearle con dificultad un par de tajos, pero la rapidez de Atenea le permitió asestar una estocada en el codal y otra en el avambrazo derecho del *Ariete*. Más de lo que cualquiera había conseguido en fases anteriores. Y hacia el final, le guiñó un ojo con picardía a su desconcertado enemigo, mientras le

obsequiaba unos cuantos segundos de descanso. Tres o cuatros segundos, nada más. Y volvió a cargar contra él sin ningún otro miramiento.

El público vociferaba eufórico por el espectáculo de presteza y habilidad.

En lo que respectaba a Aloy, Atenea no quería ni pensar en lo pudiese estar pasando por su cabeza o por su blando corazón.

Y volcó de nuevo todos sus sentidos sobre el hombre que se alzaba frente a ella como una atalaya, sentidos que se mantuvieron absortos en cada uno de sus movimientos, ya que *el Ariete* amenazaba con echársele encima en cualquier instante.

Su adversario soltó un gruñido de consternación. Su rostro se deformó de rabia, dejando en evidencia que incluso un acto tan leve como aquel lo consideraba una humillación popular.

La armadura lo hacía incluso más lento.

Tanto que Atenea vio venir el ataque desde mucho antes. *El Ariete* blandió la espada, llevándola hacia atrás para coger impulso, y en pocos momentos descargó un amplio tajo en dirección a ella. Atenea saltó hacia un lado y rodó para amortiguar la caída, mientras la hoja de acero pasaba silbando por encima de su cabeza. Se compuso rápidamente, y con una rodilla todavía flexionada, dirigió un golpe hacia los pies envueltos de metal de su oponente, aunque no le hiciera ningún daño, aunque no sumara nada a su favor, solo pretendía sulfurarlo un poco más.

Tras esto, se apoyó en el escudo para levantarse, pero le llevó más tiempo de lo que hubiera supuesto en primera instancia, y *el Ariete* no se lo perdonó. El soldado extendió su brazo, y le lanzó un pinchazo al rostro. Abrió los ojos como platos, cuando vio la punta del arma aproximarse como un presagio de su muerte. Se le cortó la respiración. Como por encanto y de manera fortuita, consiguió inclinar la cabeza hacia un lado, y el filo terminó por rebanarle uno de sus rizos en lugar del rostro. No supo si adjudicarlo a sus reflejos o al latigazo convulso de terror que había recorrido su cuerpo.

Respiró de nuevo, al enterarse de que seguía con vida, mientras el público suspiraba de asombro.

— Hija de puta, déjate ya de eso. — arrojó su contendiente.

Atenea se sacudió el espanto, y enseguida contratacó, intentado lo propio. Estiró la punta de su espada y el brazo en toda su amplitud, pero la estocada se quedó corta como resultado de la enorme talla del *Ariete*, quien apartó la espada de un manotazo, cuando se hubo quedado suspendida a pocos dedos de su mejilla.

Despreciable conducta la de servirse de las ganas de herirlo de muerte. Pero… ¿Qué otra elección tenía? Al igual que un caballero, el desgraciado era todo planchas de hierro que no dejaban sitio para practicar cortes, y su singular altura no hacía más que socavar otras opciones.

Sin embargo, la armadura hacía también de sus ataques pesados una masa que caía con mayor fuerza.

Más adelante, el vaivén de esquives, bloqueos y espadazos que zumbaba el aire persistía en quedarse con el protagonismo de la contienda y todas sus canciones. No fue hasta pasado un minuto que aquel hombre hizo una vez más uso riguroso de su poderío

implacable, empuñando su espada bastarda a modo de mandoble. La balanceó por encima de su cabeza, y la precipitó enérgicamente hacia el suelo en un ángulo mortal.

— ¡Maldita seas! — bramó en el acto.

Demasiado cerca como para evadirlo. Fue la audacia de Atenea la que le forzó a posicionar la rodela sobre su cabeza tan pronto como el cuerpo podía responderle. Clavó a la vez una rodilla en tierra, y se preparó para absorber el impacto. Sin embargo, el encuentro entre el acero y el hierro sucedió atronador, silenciando toda la algarabía de las gradas por unos segundos. Su escudo quedó vibrando y retumbó, obstruyendo sus oídos con un silbido agobiante. Advirtió también un ramalazo de dolor en su brazo y pierna izquierda, que no tardó en volverse atroz, como si un millar de agujas se hubieran incrustado en ella. Con ímpetu y sin vacilación, anheló con levantarse, pero sus músculos tensos y adoloridos se negaron a obedecerle. Su defensa también sucumbía, a medida que la mano del escudo iba descendiendo sin voluntad ni remedio.

Se halló entonces, a merced del bárbaro que divisaba una clara oportunidad de conquista.

Atenea alzó la vista y vislumbró a *Goliat*. Una malicia interminable se encendía como un destello en sus ojos negros. No lo vio enarbolar nuevamente su espada en el aire. En cambio, él eligió agitar el guantelete de su mano siniestra. La doncella intentó reaccionar en la medida de lo posible, pero su esfuerzo resultó en vano. Tenía la mitad del cuerpo entumecido. El hombre se abalanzó con un puñetazo despiadado y la golpeó en un costado de la cabeza, muy cerca de la sien.

Ocurrió rápidamente, a pesar de que luego, el segundo que demoró su caída hacia el fracaso, se le hiciera eterno. Se desplomó, inerte y cegada de dolor. Todo su mundo se tornó en un juego de sombras y borrosos espejismos, balanceándose entre la lucidez y la inconciencia. Se halló aturdida y sin pensamientos claros, mas lo que sucedió después no tuvo manera de saber si se trató o no de una alucinación.

Las gradas permanecieron en el más completo mutismo. ¿O era quizás Atenea quien no alcanzaba a oírlos? Tanto si era así como si no, toda aquella soledad fue interrumpida de súbito por el desgarrador grito de su madre, que se incorporó con violencia y sollozando palabras sin sentido. Y en un arrebato desesperanzado, intentó saltar la valla que daba hacia la arena. Marcus, indistintamente del horror que lo avasallaba, no tuvo más reacción que rodearla con sus brazos, tanto para evitar que escapase como para aspirar a cualquier empeño bruto de consolación.

Más de uno comenzó a abuchear al infame soldado, mientras *el Ariete* reclamaba una ovación en medio de un recital de ásperas carcajadas. Se volvió hacia el público a su espalda, y no paró de berrear con un fervor propio de un salvaje, alzando los brazos, sabiéndose victorioso.

Y sin saber cuándo, cómo ni por qué, el pensamiento surgió a la vez que el primer aliento y pestañeo.

«Céntrate en él»

El campo, las gradas, todo y en especial el cielo se encontraban rociados por una capa de brillantez abrumadora. La herida le escocía con dolor punzante, al tiempo que la

cabeza le punzaba un poco más con cada latido. La sangre que resbalaba por su rostro ardía como brasas moribundas. Y cuando por fin consiguió mover un par de dedos en busca de su escudo, el resto de ella amenazó con desvanecerse una vez más.

Según sus ojos le contaron, el muchacho encargado de sonar el cuerno estaba tan estupefacto como cualquiera. Segundos de incertidumbre después, acercó sus labios quebradizos al instrumento para soplarlo. Y por fortuna, cuando se encontraba a escasos centímetros de anunciar su derrota, con su penetrante y cruel fragor, un hombre lo apartó con su antebrazo y le hizo percatarse del sobresalto entre el público y sus voces que iban en ascenso: la mujer sobre la arena a la que creían abatida estaba consciente y forcejeaba para levantarse.

Con un gruñido de esfuerzo, Atenea hundió su espada bastarda en la tierra y se apoyó en ella, para conseguir erguirse trabajosamente, infundida por una convicción de acero y rencor inadmisible. La sangre que manaba del corte de la frente discurría ya por todo el costado derecho de su rostro; se derramaba sobre un ojo y continuaba camino abajo sobre sus labios, donde resbalaba hasta su mentón y cuello.

De las voces más cuerdas de aquella muchedumbre nació una tímida intención que poco a poco fue convirtiéndose en un clamor verdadero, incluso caótico, a medida que la doncella se ponía en pie de lucha. Atenea albergaba la certeza de que ninguno profesase que tenía posibilidad alguna de victoria; por el contrario, parecían encontrarse inspirados a causa de su osadía y determinación. Y para aquellas alturas, le bastaba solo con eso.

*El Ariete* disipó su euforia y volvió en sí mismo al atender el estupor repentino de las gradas. Cuando descubrió a Atenea luchar por mantenerse en pie mientras una expresión de sufrimiento teñía su semblante, comenzó a reír a carcajadas, como solo un desalmado lo haría. Extendió sus brazos, y forzó una torpe y burlesca reverencia.

Atenea se resistía a caer mientras avanzaba débilmente hacia su confiado adversario. Su pierna y brazo izquierdo se hallaban todavía embotados, como dos sacos con los que cargar, tanto que cada paso iba proseguido de una mueca de irritación y un rechinido de dientes. Amenazó con flaquear en más de una ocasión. Y cuando se encontró a diez zancadas del *Ariete*, se detuvo por fin y enterró de vuelta la espada con gesto áspero. Respiró profundamente, y dirigió una mirada hacia el cielo antes de permitirse esbozar una amplia sonrisa y un suspiro, que abandonaban toda su fachada de insufrible víctima. El viento tremolaba su melena tintada del carmesí de su propia sangre.

— Honestamente, desconozco cómo inició esa riña entre David y Goliat — confesó en voz alta al tiempo que intercambia el escudo circular a su mano dominante. —. Pero, vaya que sé cómo acabó todo para el grandote. — Empuñó el asidero de la rodela con toda la fuerza que su aversión desenfrenada le permitió, y al son de un enfurecido grito lanzó el escudo de hierro como si de un disco se tratase. Este surcó el aire y silbó de forma suave cual saeta hasta estrellarse con estruendo contra la mandíbula desprotegida del *Ariete*.

Tan vigorosa y tan salvaje fue su embestida que vio de ella saltar dientes y sangre, sin lugar a duda. *Goliat* se resintió de semejante angustia, llevándose ambas manos a su, entonces más que nunca, desgraciado rostro, mientras mugía y se tambaleaba dando pasos hacia atrás. Apartando con ello, la atención de su objetivo.

Atenea desenterró el acero con su mano izquierda y se precipitó hacia él con un estallido de velocidad imprevisible, como si su cuerpo y mente hubiesen echado al olvido todo su anterior suplicio. Y en solo un instante, entre alaridos de pura cólera, recortó distancia y saltó en el último tramo para acertar un aplastante puñetazo con su diestra en el entrecejo del *Ariete*.

— ¡Maldito seas, infeliz! — gritó al probar el dulce sabor de la venganza.

Sucedió tan rápido que el coliseo no reaccionó sino hasta el segundo latigazo de dolor que el infame soldado apreció en su boca. Las treinta mil personas se incorporaron al unísono con una impetuosa inhalación de asombro.

Mientras su aturdido e indefenso contendiente se precipitaba más con cada torpe pisada, Atenea arremetía feroz una y otra vez. Acertó golpes con su espada a conciencia en su peto, avambrazo, quijote y guardabrazo. De cabellera dorada y nívea, rugía con furor formidable en todo apasionado movimiento.

El gigantesco hombre, en cambio, continuó retrocediendo, entregado a su rival, con cada vez menos pericia acumulada, hasta que finalmente, aquella ruinosa atalaya se desplomó al suelo, a subordinación de una doncella. Y al borde del sumiso y denigrante abismo de sus adentros, se dispuso a erigir pesadamente su derruido orgullo. Sin embargo, cualquier ávido concepto de gloria se desvaneció, cuando Atenea situó el acero bajo su mentón velludo.

— Ahora estamos a mano, Armatoste. — le dejo saber.

No fue hasta unos segundos más tarde, cuando escuchó el fragor dulce y penetrante del cuerno que anunciaba su victoria, que dejó de observarlo desde arriba con desprecio; arrancada de cuajo de aquel profundo trance en el que se había sumido, y elevada por la aclamación de miles de voces apasionadas que coreaban su nombre. Alzó la cabeza, suspendida y mareada de alivio. Cada una de las personas a las que recorrió con la mirada la ovacionaba de pie. Se quedó en silencio, ante los incrédulos ojos de las gradas, reconciliándose todavía con su sueño y proeza indiscutible. Y por primera vez en el torneo, se dejó llevar por la euforia del momento y agradeció con reverencias el aliento del público.

*¡Ateneaaa! ¡Pryce! ¡Ateneaaa! ¡Pryce!*

La sangre seguía brotando a cuentagotas de su herida y discurría a placer hasta llegar al peto de la armadura, pero no le preocupaba demasiado. El gusto de la gloria suavizaba su dolor. Pasó cerca del casco que *el Ariete* había abandonado y con cierto apuro, se dirigió hacia las gradas, donde su madre, preocupada, clamaba por ella con más bravura que cualquier otra voz.

De súbito, el frustrado hombre se levantó del suelo tras recuperar por completo el conocimiento y la compostura. Su espesa barba se teñía de escarlata por un torrente de

sangre que emergía de una boca que extrañaba la presencia de más de uno de sus dientes.

— ¡No peleo para estar a mano! — gritó vehemente y más airado que nunca. Su quijada estaba tan destrozada que apenas logró pronunciarlo como era debido. Y en medio de un arrebato de furia desenfrenada, *el Ariete* esgrimió de nuevo su espada, y se precipitó hacia Atenea lo más rápido que su pesada constitución le permitía, decidido a no caer en la degradación.

Su griterío insensato provocó que Atenea reaccionara y se diera la vuelta. Al observar a aquella maquinaria de asedio humana proyectándose con inclemencia, se sintió más intimidada de lo que le hubiese gustado dejar ver. Empuñó el acero, y se preparó para la arremetida del *Ariete*. Con su escudo en el suelo, muy lejos de ella, solo fue capaz de concebir la idea de esquivarlo a último momento y esperar lo mejor.

Un par de flechas volaron a través de la liza, para después clavarse en el suelo, terriblemente cerca de los pies del magno soldado. Aunque esto no consiguió ni por asomo apaciguar su bestial anhelo de redención, ya que quebrantó los proyectiles a su paso, como rechazando su propia integridad. De seguida, una repentina lluvia de flechas se cernió nuevamente ante él. Pero no hizo ademán en desistir de su intento hasta que una saeta atravesó una de sus grebas y le perforó el tobillo derecho. Y acompañado de un bramido violento, el energúmeno cayó sobre una rodilla a pocas zancadas de Atenea.

Aún con la empuñadura tensa, Atenea respiró aliviada.

Una compuerta a los confines de la arena se abrió tras una enérgica voz de mando, y de ella emergieron media docena de hombres a lomos de veloces monturas. Los soldados de la Guardia de la Ciudad desenvainaron sus espadas, y acto seguido, rodearon al infame guerrero.

— ¡Mantente en el suelo! ¡O de lo contrario muere como un perro! — advirtió Nathan Hengist, conde de la Capital y comandante de la Guardia de la Ciudad, quien se aproximaba a lomos de su corcel.

El hombre no se levantó del suelo. Hincó la segunda rodilla y dejó ver que en definitiva se había dado por vencido. Con el rostro ceñudo y amoratado, tosió y escupió sangre a los caballos que se agitaban a su entorno.

— Aún no ha terminado. No… ¡Aún no ha terminado! — Pero arrojó la espada al suelo con extremada inquina.

Por un instante, temió que *Goliat* reanudara la carrera. En su lugar, él solo se dignó a hacer un gesto de negación continuo con la cabeza, acompañada por una sonrisa pérfida y sombría que salivaba sangre.

— ¡Atenea! ¡Ven aquí! — exclamó Aloy en el balaustre de las gradas.

La doncella se giró con una expresión de inquietud, y un brusco escalofrío le recorrió el cuerpo como un salvaje latigazo, al descubrir que aquella horrible mueca de su mal dispuesto adversario no iba dirigida enteramente hacia ella.

« No, tal vez solo acaba de empezar », caviló, muy para su desgracia.

El conde Hengist vociferó unas cuantas órdenes, y uno de los jinetes se apresuró a descabalgar. Con porra en manos, lo abatió de un golpe contundente en la nuca

desprotegida, y *el Ariete* se desvaneció junto a su furia desatada a las profundas sombras de la inconciencia.

— ¡No ha terminado, dice! — se mofó otro jinete tras una risotada.

Era tan pesado que no dieron con la manera de subirlo a un caballo, así que no tuvieron más opción que atarlo y tirar de él a rastras hasta sacarlo de la liza.

Aun cuando se había rendido a una orden directa de sumisión, también había pretendido acabar con la vida de un oponente fuera de las reglas oficiales de la monomaquia. Por tal motivo, anunció el comandante de la Guardia de la Ciudad, se le juzgaría como a un criminal, a modo de advertencia para todo el que buscara perturbar el orden del torneo y las festividades.

Cuando todo aquel desvarío hubo cesado, Atenea ingresó en soledad en el umbrío Túnel de las Dos Caras. El griterío del exterior fue convirtiéndose paso a paso en un murmullo lejano. Más allá de su herida palpitante y lo acontecido sobre la liza, el entusiasmo la llenaba por dentro. Era de esperar que en adelante tuviera que enfrentarse a un excepcional grupo de caballeros renombrados, algunos de habilidades y nombres que ya eran aclamados incluso antes de que ella esgrimiera una espada por primera vez. Durante unos instantes, se aventuró a fantasear con lo que pudiera suceder durante las siguientes horas, pero quiso forzarse a no sonreír ante aquella posibilidad de conquista. No fue capaz de conseguirlo.

Después de arrugar el rostro en un esfuerzo cuantioso por conservar la cabeza fría y los pies sobre la tierra, prestó atención al rumor de los cascos de un caballo que se aproximaba a paso lento desde el otro extremo del paraje de piedra. Levantó la vista, y entonces lo vio a él, sin apenas darle crédito a sus ojos: ser Konash Maine, la mejor espada de Dranova. El magnífico caballero de armadura platinada, apodado por cada hombre medianamente sagaz del reino como *el Arrogante*, y al mismo tiempo, ansiado por toda damisela alocada como *el Apuesto*, avanzaba en dirección contraria sobre su opulenta montura blanca.

Ser Konash era el segundo espadachín platinado de la Guardia de la Realeza, y con toda seguridad, el hombre más diestro y engreído sobre la faz de Dranova. Cabalgaba en solitario con su mentón en alza, la mirada enfocada al frente y una expresión en su rostro primoroso de confianza incomparable tras algunos agitados mechones de cabello castaño y reluciente que le rozaban las mejillas. Sus gestos señoriales y repletos de una irrevocable imbatibilidad desde luego venían bien provistos. Era el campeón indiscutible de los torneos de espadas y sobre el campo de las justas de caballeros durante seis años consecutivos.

« Ambos combatientes deben entrar al mismo tiempo — caviló Atenea, por más impresionada que estuviera a causa del caballero más afamado y capaz que había visto en su vida —, y aguardar a que los del enfrentamiento anterior se retiren del túnel. ¿Por qué estáis aquí a solas? ». No le quitaba los ojos de encima, con una mirada a medio camino entre la suspicacia y la fascinación.

Momentos después, el caballero platinado, sin siquiera darse cuenta de que alguien más se encontraba con él, pasó de largo evitando hacer uso de otra expresión que no

fuera la del gesto vanidoso que parecía tallado en su semblante. Atenea se giró con ojos entrecerrados que a gritos exclamaban recelo, para verlo desaparecer entre la esplendente cortina de luz al final del túnel. Y a la postre, la algarabía rebosante del coliseo resurgió de la nada, saturando de vibraciones y alaridos distantes al Túnel de las Dos Caras.

— ¿Fue eso acaso un acto de provocación? — soliloquió con presteza. — ¿O nada más sois así de vanidoso como para montar semejante espectáculo a la mínima? — Había oído historias, pero nunca se animó a creerlas.

Un cuarto de hora más tarde se hallaba impaciente y todavía briosa, sentada en una pequeña habitación en los adentros del coliseo. Su corte en la cabeza había sido ya tratado de forma apropiada por un cirujano. Y tras la limpieza y posterior cosedura, restaba un ardor apenas molesto del que pronto nacería una cicatriz escondida entre sus cabellos. Sin embargo, si se lamentaba de aquel golpe inhumano del *Ariete*, era a causa del incesante dolor de cabeza que sospechaba, iba a perseguirla hasta su próximo enfrentamiento contra un caballero de la Guardia de la Realeza.

— Ser Covan Thompson — susurró para sí entre risas cargadas de avidez —, el quinto espadachín platinado. De los mejores de Dranova. Ganador del torneo en dos ocasiones y subcampeón los últimos seis años. — Se palpó la herida. — Ser Covan, tu nombre ha sonado en miles de voces desde la Capital hasta Novus Horizon, porque resultaste uno de aquellos héroes que plantó cara a la Bestia *Léviathan* que surgió de las profundidades. Pocos meses antes de mi nacimiento ya eras considerado alguien digno de canciones — Sonrió. —. Si lograra derrotarte en la arena… Si tan solo pudiera…

La portezuela a un costado se abrió de un súbito atropello que interrumpió su concentración, y de aquel barullo emergió una mujer jadeante y sudorosa de rizos rubios níveos.

— ¿Madre? — inquirió, consternada.

Aloy no hizo ademán en responder. Tan pronto la vislumbró en una esquina sobre una banqueta, atravesó la habitación a paso vivo para examinar de cerca la herida.

— Estoy bien. Bastante bien. — se apresuró a decir Atenea.

— Mi niña, Atenea — Se inclinó frente a ella e inspeccionó con ojo y tacto riguroso el rastro de su pequeñísima lesión. —. ¿Te encuentras bien?

« Ni puto caso que me hace — Suspiró. —. Como si no acabara de decírselo. »

— No es para tanto. Solo fue un poco de sangre.

— ¿Solo un poco de sangre? — Su agraciado rostro se desfiguró. — ¡Ese hombre pudo haberte matado!

— Pero no fue así — insistió con una sonrisa cálida. —. Te juro que eso sería imposible. Ya me conoces. — Había aprendido a tener paciencia y la templanza requerida para lidiar con la sobreprotección de su madre. No faltaba ocasión en la que no se dejase llevar por un dramatismo que rayaba lo ridículo.

— Precisamente por esto no quería que pelearas. Pudiste haber salido herida de mayor gravedad. Incluso alguno de esos animales podría… — Se interrumpió, agobiada

de un momento a otro, como si no encontrara las palabras indicadas, ni mucho menos aliento en ellas.

Atenea se sonrió, negando con un gesto de cabeza. Harta y conmovida a partes iguales. Años atrás, había fantaseado con el día en el que por fin desistiera de intentar protegerla del menor peligro, de tratarla como a una niña. Veía entonces que una madre era para siempre y que jamás iba a conseguir despegarse de ella y de sus lecciones.

— Madre, obsérvame bien. Me encuentro viva. Perfectamente sana. Además, puedo asegurarte que de ahora en adelante no hay nadie tan peligroso y enorme como aquel desgraciado.

Marcus se había adentrado discretamente en la habitación.

— Aloy — comenzó con voz serena. —, ella tiene razón. Lo peor que nos podía pasar ya ha quedado atrás — Se apoyó en los hombros de su esposa. —. A partir de aquí solo restan caballeros: hombres honrados y escrupulosos que nunca lastimarían a nuestra hija indebidamente.

— Pero, no necesitamos el dinero del premio. — señaló Aloy como último recurso para disuadirlos.

— Ya no se trata solo de eso — reconoció con firmeza, al tiempo que entrelazaba sus manos con la mujer que la había traído al mundo. —. Y jamás ha sido acerca de la nombradía. Sabes tan bien como yo que esto se ha tratado siempre de superar mis propias aspiraciones… Madre, no me gustaría hacerlo sin tu consentimiento, pero lo haré de todos modos, si es necesario… Por favor.

Su padre se acercó y le dio un profundo beso en la frente y una palmada suave en el brazo del escudo.

— No sabes lo orgulloso que estoy de ti — Por una vez, se equivocaba. Recordaba haberlo visto complacido, con el pecho a reventar y mirando a todos lados con una sonrisa apretada, cuando tres cuartas partes del coliseo coreaba su nombre, junto al apellido que de él había heredado. — Te enseñé a usar la espada desde que aún te faltaban dientes, pero nunca los puños. No de esa manera.

Y Aloy, si bien muy a su pesar, se sonrió tras arrugar el rostro en un esfuerzo casi milagroso para sofocar cualquier sentimiento de aprensión. Le palmeó el dorso de una mano, dándole ánimos. La miró directo a los ojos, y con la boca abierta hizo como si rebuscara en su mente las palabras que Atenea quería escuchar.

— Ehh… — interrumpió una voz. —. Disculpadme, t-todos.

Se volvieron juntamente con gesto observador.

— A-Atenea Pryce — continuó diciendo entre titubeos un muchacho ruborizado sobre el umbral de la puerta. —, v-vuestro próximo enfrentamiento se ha postergado para mañana. El caballero de la Guardia de la Realeza, ser Covan Thompson, lamenta no poder asistir y ruega por vuestra perdón y paciencia.

# La Gracia de un Dios

Cinco días atrás.

La santa misa del domingo se rendía ante un cántico soberbio de treinta almas fervorosas. La elocuente palabra del dios de los cristianos, entonada en himno por voces angelicales, se difundía con tersura a través de la existencia sumisa de los clérigos y adoradores. Hatajos de nobles y millares de plebeyos se atiborraban por toda la grandiosa extensión cruciforme de la santa sede, saciando sus pechos de paz y bendiciones con el humo de los inciensos.

Bajo la pintoresca cúpula de la catedral de Saint Agora, y sobre el grandilocuente púlpito de Su Excelencia, se hallaban, envueltas en mantos opulentos de tonos granates y dorados, las santificadas reliquias de la Capital. La divinidad materializada; la gracia de un Dios, según se creía.

El ceremonioso y celestial coro de los siervos se fue ahogando de a poco en un silencio que apenas se mantuvo sepulcral por efímeros momentos.

— *Padre nuestro que estás en los cielos* — entonaron al unísono los quinientos arrodillados a pie de las butacas y los otros miles de fieles que abarrotaban cada palmo de la catedral. —*, santificado sea vuestro nombre…*

— ¡Levantaos, devotos hijos! — ordenó con solemnidad el Arzobispo Headmund, al término de la oración. Y todos los corazones presentes se irguieron, y persignaron simultáneamente. — ¡En tiempos de inclemencias, solo la voluntad del Señor podrá otorgaros suficiente sabiduría y fuerza para prevalecer ante cualquier adversidad que se os presente en esta, la vida terrenal!

En la primera hilera de butacas, refinados y galantes, tomaron asiento dos grandes señores de la corte: lord Almirante Dorian Stockwell y lord Canciller Ashton Lyall. Entre ellos se encontraba somnoliento el joven pupilo de Su Majestad. El cabello rojizo de Leann le caía en bucles por sobre la frente, y le cubría las cejas y parcialmente los ojos cenicientos.

A raíz del poco interés que Leonor II acostumbraba por cualquier asunto levemente relacionado con el reino, Leann Sheldrake era más un discípulo para el séquito del Rey que para el mismísimo monarca. El muchacho cabeceaba de vez en vez, de manera indiscreta, sin prestar sobrada atención a lo que el Arzobispo entonaba en voz alta para sus adeptos. Toda aquella palabrería religiosa lo llevaba sin cuidado. Después de todo, eran los mismos sermones de siempre, proseguidos por las mismas prácticas de siempre.

Poco después de que cada creyente de elevada cuna recibiese en el altar la sangre de su salvador, que reposaba dentro de un cáliz enjoyado, el pontífice emprendió la marcha hacia el pedestal de mármol, donde descansaban dos de las reliquias más veneradas en el mundo; incluso más allá de la cristiandad. La tenue bruma del incienso inundaba su estrado con un aura blancuzca, casi espectral.

Los vitrales excelsos en forma de mitra que yacían al fondo del oratorio se proclamaban ante la voluntad de los presentes como una representación en cuatro etapas

del Edén y sus jardines, que, sin embargo, elegía bien en omitir su pronta caída en desgracia. Creación, soledad, compañía y albedrío para Adán. Los ojos reverentes de los cristianos se bañaban en el fulgor del crepúsculo que se teñía en sus cristales de colores, mientras un sutil cántico bendito del coro consagrado al unigénito y a sus ángeles, otorgaba al pontífice un aliento deslumbrante, casi propicio de una deidad.

— ¡En algún momento de la historia, el anticristo pretendió apoderarse del reino terrenal! — siguió con voz grandilocuente que retumbaba en cada esquina. — ¡El mismo que el Todopoderoso erigió para cada uno de nosotros, hijos míos! ¡Y para ello, hizo uso de viles artimañas con las que tentar al deleznable hombre a cometer faltas a la irrebatible palabra del Señor! ¡El Creador es omnipotencia y perfección! ¡Ahora bien, cada vez que la humanidad incurre en sus pecados, nutre al Diablo con más poder y sabiduría!

Entre tanto, un simple diácono que respondía al nombre de Asser Wellington subía los peldaños de la plataforma de lozas brillantes, vestido con cíngulo y una estola verde cruzada.

— ¡Miserablemente, llegó el día en el que toda la ira, la codicia, la maldad e inmoralidad humana se congregaron en esta tierra santa, y brindó de un poder desmedido a todos los demonios que nos acechan desde el más profundo abismo del Infierno! ¡Fue así como las Bestias surgieron de las tinieblas para atormentar al hombre por toda su incredulidad e irreverencia hacia la palabra inequívoca de Dios!

Asser Wellington hizo ademán de una profunda reverencia al posarse junto al Arzobispo. Y acto seguido, se dirigió hacia el pedestal de mármol, donde cogió aliento antes de retirar de a poco las sedas ribeteadas en oro. Y con miedo en las entrañas, empuñó uno de los sacrosantos del arca. Y tal cual se lo habían ordenado, la levantó con celosa cautela para que todos pudiesen advertir su grandiosidad.

— ¡Sin embargo, Dios es justo, benévolo, y por sobre todas las cosas, todo lo puede! — proclamó Su Excelencia con tantas fuerzas como pudo reunir.

La Daga Sagrada resplandeció en el aire con un brillo sobrenatural enardecido por la luz del ocaso. La hoja de metalapócrifo, que a ojos obtusos pasaba por platino, medía apenas un palmo, pero en manos débiles e inseguras como las de Asser se sentía más pesada de lo que habría supuesto. Giró la mano para examinarla, permitiéndose lucir embelesado por primera vez. Ostentaba un filo descomunal, por poco divino, capaz de seccionar con una facilidad insondable el acero de una espada común.

Y el joven Sheldrake fue despojado de su somnolencia cuando las palabras de Alexander Headmund alcanzaron la cúspide de su fervoroso ímpetu, asistido por el estrepitoso clamoreo de los feligreses. Por fin daba inicio aquello por lo que había venido. Lo primero que sus ojos exaltados percibieron fue una oleada de refulgencia arrebatadora que parecía surgir de una de las Dagas. De inmediato, quedó sin aliento y su piel y vello se erizaron como no recordara nunca que lo hicieran.

Las doncellas más jóvenes y aquellos más devotos como lord Dorian Stockwell dejaron escapar una exhalación de asombro ante tan admirable despliegue de belleza.

— ¡Las Dagas Sagradas han sido desde el inicio del nuevo milenio, el poder que Dios forjó en los cielos y nos otorgó para ser capaces de destruir a las Bestias! ¡Estas Dagas son la proeza auténtica de una divinidad insuperable! — La enérgica voz del Arzobispo comenzó a sonar más ronca que antes. — ¡Y por la obra y gracia de nuestro Señor, se nos entregó la voluntad de no vernos nunca sometidos ante el poder abismal de los demonios que ahora habitan inmerecidamente nuestra magnifica tierra!

El diácono bajó la santa empuñadura, y la colocó con docilidad sobre las sedas del arca, como si temiera de su poderío. Dio un par de pasos presurosos hacia atrás, sofocado del aura que emana de ella. Y por más de un minuto en completa afonía, todas las personas en la catedral de Saint Agora, incluyendo al propio Alexander Headmund, doblaron una rodilla y rindieron devoción absoluta hacia las armas con una oración entre murmullos.

Pero Asser no pudo evitar echarles un segundo vistazo, atraído por su luz, por las vibraciones que parecían irradiar el aire; como si una mano invisible le acariciara el mentón, y lo obligase a alzar la vista, y que dejase en él un cosquilleo amargo que se esparciera rápidamente por su cabeza.

Tenía que resistir a la tentación. Fingir que las reliquias no lo llamaban. Estaba obligado a ello. Lo habían elegido a él entre tantos, porque era un siervo leal y, sobre todo, alguien que no daba señales de romperse en deseos ante la cercanía de las Dagas. Se encontraba seducido por un poder que desde luego no influía en el Arzobispo, al igual que en muy pocos había oído Asser que no lo hiciera.

¿Cuántos de los feligreses habrían escuchado lo mismo que él?

¿Cuántos actuaban como si ellas no le susurrasen al oído?

Tenía que continuar actuando como si no pasara nada, se recordaba a menudo. Si alguien descubría que las Dagas lo llamaban, lo enviarían lejos, de vuelta a su pueblo natal. Y si cometiera conato alguno de robarlas, lo expulsarían del sacramento de por vida, y solo Dios sabía que vendría después.

Fuera cual fuese el origen de aquellas voces sin palabras, no podían tratarse de los susurros del malvado. Tenía al menos la certeza. Las Dagas eran un regalo; y aquella una prueba impuesta por el Señor, a través de la cual buscaba conocer si Asser era digno de su devoción.

— Los infieles se preguntan — aludió al final el pontífice, rompiendo de improviso el silencio. —: ¡«Si Dios es Todopoderoso, ¿por qué no extermina la maldad que acecha este mundo?»! ¡Os digo que Dios es vida! ¡No muerte, hijos míos! ¡La valentía no se podría ejercer en un mundo sin ningún peligro! ¡Ni el perdón si nadie actuara nunca de forma errada! ¡Así mismo, es sabio y solo Él conoce nuestro destino! — Alzó ambas palmas. —. ¡Nuestro limitado tiempo en esta tierra, nuestro libre albedrío, es una muestra de la gracia de nuestro Señor! ¡Y el cómo decidamos obrar frente las adversidades decidirá si somos dignos o no del reino de Dios! — Y hacia el final, se advirtió como su voz se quebrantaba, fruto de una prédica sobre la cual había volcado tantísima energía.

A pesar de ello, todos los cristianos se mostraron conmovidos por el brío y firmeza de sus palabras, y expresaron avenencia con rumores de rezo.

El Arzobispo, con el rostro congestionado por el esfuerzo, se llevó una mano al cuello, y tendió otra en dirección al diácono, indicándole que se acercara. Y tan pronto como Asser se posicionó humildemente junto a él, le dedicó unas breves y casi afónicas palabras en confidencia.

— Su Excelencia — expresó Asser, desconcertado. —, ¿debo dar crédito a lo que mis serviles oídos acaban de escuchar?

Alexander Headmund asintió con una sonrisa indigesta, y le señaló con calma el lugar hacia donde debía dirigirse para vocalizar el último tramo del sermón.

Asser, hombre menudo y calvo de mediana edad, respiró profundamente, y se aproximó a paso suave hacia el púlpito del santo padre, rogando a su excelentísima deidad que lo proveyera de fuerzas suficientes para no desfallecer de la impresión. Las concienzudas miradas de los miles de devotos que habían conseguido entrar a la misa lo observaban sin darle oportunidad a sus ojos de parpadear.

— ¡Más temprano que tarde — declaró atropelladamente, elevado sobre el púlpito. —, la voluntad de Dios y las espadas de nuestros hermanos se cernirán contra los infieles que han osado profanar todo lo que nos es sagrado! ¡La Horda de las Bestias! — Era la primera vez en toda una vida que un hombre de Dios se atrevía a vociferar aquel nombre siniestro en la catedral, pero Asser nada temía. El Arzobispo le había brindado su bendición. — ¡Y todos sus demonios! ¡Serán en definitiva expulsados de esta tierra para la eternidad! ¡La herejía se verá erradicada por la gracia de Él, porque han sido estos mismos infieles los que brindan de poder a Satanás! ¡Qué Dios bendiga a Dranova! ¡Qué Dios salve a Dranova!

— ¡Qué Dios bendiga a Dranova! — proclamó toda la santa sede en un eco clamoroso que se fue incrementando rápidamente y hacía vibrar el aire — ¡Qué Dios salve a Dranova! ¡Qué Dios bendiga a Dranova!

Estas vistas se prolongaron por un momento que a Asser le pareció eterno.

Los diáconos no eran más que el grado inferior del sacramento del orden sagrado, por lo que se había sentido profundamente dichoso de haber sido escogido como el siervo que expusiera al pueblo tan sagrado tesoro.

Pero toda esta gratitud proclamada a su creador se incrementó a prisa, al tiempo que hasta sus oídos llegaba la sonora ovación de idolatría que él mismo había iniciado y que hacia él iba dirigida.

Las Dagas Sagradas le susurraron algo que lo hicieron sentirse a gusto, poderoso. Y creyó entonces apreciar un insólito manto de predilección que se cernía sobre él. En un momento determinado, el orgullo no le cabía en el cuerpo. Pero al instante siguiente, tan solo durante un efímero suspiro, se consideró superior al pontífice.

« Perdonadme, mi Señor, porque he pecado », recapacitó en medio de la exaltación.

Se persignó en gesto de salvedad.

— *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

# Vyler II

Connor había logrado persuadirlo para presenciar aquel día los combates del torneo de espadas. Vyler accedió, solo como un medio para desocupar su mente del asunto de Valysar, que en última instancia ocupaba la mayor parte de sus pensamientos.

— ¿No os interesaría una insignificante apuesta? — le hubo preguntado el joven con gesto taimado, nada más se anunció el combate entre dos contendientes que respondían a los nombres de Atenea y *el Ariete*.

— ¿De qué se trata? — quiso saber, bastante intrigado. Mientras el dinero o una penitencia indecente no estuviera de por medio, se complacía de cualquier apuesta que a sus ojos fuera atractiva.

Sobre un palco de honor techado y resguardado, ser Vyler Maine escuchó la propuesta. Creía jamás haber oído hablar de los combatientes, así que dudó en un primer instante. Cuando los vio salir del Túnel de las Dos Caras, se preguntó si se trataba de alguna clase de truco. Su hijo nunca apostaba sin una certeza de victoria, pero allí estaba Connor, a su lado, observando detenidamente su reacción, que fue el mismo ademán de consternación que mostró casi todo el público.

En resumidas cuentas, se dejó llevar por las impresiones, y aceptó por la sola diversión de hacerlo. Un apretón de manos selló la apuesta, y unos minutos después la perdió. Contra todo pronóstico, Atenea Pryce había ganado. Al advertir semejante despliegue de habilidad, coraje y determinación, ninguna otra derrota le supo nunca tan bien.

— Ya lo sabias — insinuó con un bufido hilarante. — ¿No es así?

Connor se limitó a sonreírle, cerrando sus ojos y regocijándose en silencio, mientras se llevaba un trozo de comida a la boca.

Vyler se le quedó viendo de manera complaciente, a pesar de la sucia jugarreta.

El joven era casi uno de los suyos, lo quería como a un hijo, aunque Connor habituara dirigirse a él más como un caballero que como su padre. Después de tantos años, sabía que no había forma de que aquello cambiase. Connor era valiente, honorable (cuando le convenía), pudiera ser que incluso más instruido en letras que ser Vyler, esgrimía la espada casi tan bien como Valysar, pero era aún mejor con los cuchillos e insuperable con el arco. Un plebeyo instruido por nobles, con el corazón de un aventurero, la mente de un Intelectual y habilidades más allá de la caballería.

Después de que finalizara el caos del enfrentamiento de Atenea, ingresó a la arena la persona que menos esperaba Vyler que se prestara para combatir. No resistió el agravio que le produjo el ridículo espectáculo que hubo precedido al veloz triunfo de su hermano, y se marchó del coliseo a falta de los últimos combates del día.

Entre las pocas que salían y las incontables personas que intentaban entrar, abarrotaban las puertas del recinto. Tuvo que luchar para abrirse paso en medio de la agitada muchedumbre. En la calle, donde la gente se encontraba más serena, cierto

grupo de un centenar de personas se aglomeraba al costado del camino. Anduvo junto a Connor, entre la multitud en busca de los establos.

— Él es irremediable. — dijo al final.

— No sabía que vuestro hermano iba a estar allí. — agregó Connor, cuando descubrió que Vyler tenía el ceño fruncido bastante pronunciado. Aquella expresión era tan impropia de él mismo, lo sabía.

«Optó por atender sus responsabilidades más enraizadas a la corona», recordó terriblemente disgustado. Se rascó la barba corta y gris, sopesando cuantas más canas le haría sacar su hermano esta vez.

— Para ser franco — expresó en su lugar. —, no dudé ni por un segundo que las responsabilidades a las que se refería lord Stanford eran las de guardar las vidas de la Familia Real — La consternación se había apoderado de su tono de voz severo y mordaz. —. Pero, esto sobrepasa cualquier acto irresponsable que haya cometido en el pasado. Konash… — Se llevó una mano al rostro en gesto de desasosiego. —. Ocuparse de su sagrado compromiso con la Corona es un asunto indiscutible; otro muy distinto es permitir que Valysar, sobrino y escudero, vaya a la guerra, sin estar todavía preparado, para que él simplemente pueda participar en un condenado torneo.

Connor no dijo nada. Como de costumbre, cavilaba mucho más de lo que se aminaba a expresar.

La teatral e innecesaria entrada de su hermano a la arena había echado por tierra todo su buen humor y tranquilidad; la gota que colmó la copa demasiado profunda que era su paciencia. Ser Konash se había ganado el rotundo clamor de los aficionados, ataviado con su armadura platinada al trote de su hermosísimo semental níveo. El combate contra un esbelto y desafortunado caballero errante duró poco menos que un santiamén. Sin embargo, su respectivo inicio se había prolongado durante mucho más tiempo. Ser Konash *el Apuesto*, rondó por toda la liza recibiendo rosas y elogios, mientras desplegaba su habitual derroche de galantería hacia las doncellas y damas de la grada. Y posteriormente, concluyó todo el espectáculo exhibiendo sus habilidades para la equitación, riendo y deshaciéndose en las alabanzas, con gesto presuntuoso. Todo esto, mientras su escudero iba solo hacia el campo de batalla.

Cuando hubieron llegado a los establos externos del coliseo, el mozo de cuadras, un joven patizambo no mayor a Connor, le tendió al caballero las riendas de su regia montura color crema.

*Wyke* los recibió a ambos con relinchidos y sacudidas ansiosas.

— Una apuesta es una apuesta — señaló el caballero, con aires de cansancio, al extender las riendas hacia Connor. —. Solo serán unos días.

Connor dudó en hacerse con ellas.

— ¿Estáis seguro? Pensé que después de lo ocurrido en la arena sería mejor, más sabio incluso, que…

— Insisto en que toméis las riendas — declaró forzando una ligera sonrisa. —. Sabéis perfectamente que cualquier disgusto que pueda dejar escapar no va dirigido hacia vos.

Aunque indeciso, Connor consintió sus palabras, y aceptó el pago de la apuesta con un gesto de asentimiento.

El caballero saldó con cinco novísmos de plata al mozo, para que ensillara un corcel descansado y disciplinado lo más pronto posible. Al advertir semejante cantidad de dinero por un caballo cualquiera, el encargado del establo descompuso su rostro en una expresión de felicidad y corrió hacia los adentros de la cuadra. Un minuto después, regresó con un trotón grisáceo de cresta parda y aspecto sano, y lo entregó con un vago intento de reverencia.

Connor cabalgó de un salto, y abrió la marcha, guiando a *Wyke* hacia la amplia calle empedrada. Vyler lo siguió de cerca. La carretera de adoquines se encontraba atestada por transeúntes hasta tal punto que no tuvieron más opción que avanzar a un angustioso paso de tortuga. Cabalgaba, ensimismado en sus asuntos, cuando un nombre alguna vez olvidado lo despojó de forma abrupta de todo pensamiento e inquietud.

— ¡Atenea! — escuchó vociferar en reiteradas ocasiones de una muchedumbre al costado de la calle. — ¡Atenea! ¡Atenea!

Con ojos curiosos, dirigió la vista hacia aquel tumulto de almas conmovidas, sin descuidar el avance de su apaciguado corcel. Dedicó un instante a cada rostro abstraído o entusiasta, hasta que sus ojos se hallaron con el centro de todo aquel bullicio al que no podía hacer oídos sordos; una hermosa y radiante de alegría mujer de cabellera extravagante se alzaba por encima de la multitud, con una sonrisa que por poco no daba cabida en sus mejillas. Las personas se arremolinaban en torno a ella, para chocar las palmas; otros, en cambio, la vitoreaban con aplausos. Una veintena de voces revoltosas e indescifrables se entremezclaban con las aclamaciones a su nombre, en un recital de gritos desorganizado.

Atenea se rendía a ellos, con ojos de abundante regocijo.

Se fascinó al descubrir la pasión que la doncella provocaba. El caballero no la perdió de vista. De inmediato y como por obra del Señor, ciertas personas que acompañaban al enjambre se movieron de su sitio, y con ello, permitieron ver a aquel padre que alzaba a Atenea sobre sus hombros por encima de todos los demás. Vyler, sin apenas darle crédito a su conciencia, detuvo al caballo. Pese a la distancia, vislumbró al sujeto jovial y robusto. Marcus llevaba cincelado en aquel velludo rostro una expresión grandiosa de felicidad y orgullo. Un vistazo fue todo lo que necesitó para que una amplia sonrisa invadiera la faz a ser Vyler.

— ¿De quién se trata? — curioseó Connor, que había vuelto sobre sus pasos.

— Es un viejo amigo.

Después de esto, Connor no se mostró interesado en saber algo más acerca de aquel hombre, cosa que agradeció. Vyler respiró tranquilo, al ver que su curiosidad no fue más allá de una simple interrogante. Había jurado silencio, ante todo, y mucho menos estaba de ánimo para ponerse a improvisar una mentira sobre la marcha. Al final, el muchacho se despidió con un gesto de mano, y se alejó al galope a lomos de su radiante corcel *Wyke*.

Cuando se quedó a solas, Vyler se mantuvo suspendido en una nube de plácidas memorias; nube que pronto ennegreció por el recuerdo de una vieja desgracia, una vez más desenterrada desde lo más profundo de su mente. Suspiró, pero en lugar de bajar la cabeza en arrepentimiento, eligió mirar al frente. Repasó con alegría el rostro de su antiguo amigo una última ocasión, para luego abandonar el pasado tan pronto como hubo llegado de vuelta a él; lo prefería así, antes que permitir que azotara su rebosante corriente de zozobras.

Tenía asuntos impostergables.

Intentó despejar el pensamiento, y se dispuso a espolear a la montura, para salir al trote con la intención de encarar a su hermano.

Ser Konash *el Arrogante*, era uno de esos caballeros a los que no se le daba bien reverenciar el código de conducta de la caballería. Y pese a que fuera enaltecido con el formidable honor y responsabilidad de pertenecer a una orden sin paragón como la Guardia de la Realeza, era bastante conocido por su excentricidad, tozudez y un orgullo más allá de cualquier caballero vivo o muerto. Y encima, era un disoluto.

— Con todo el respeto de mi ser — había dicho en una ocasión lord Ashton Lyall. —, y al mismo tiempo, con toda la razón del mundo, qué Dios se apiade de nosotros si llega el día en el que ser Konash Maine se convierta en el Paladín de la Guardia de la Realeza.

Lo cierto era que la arrogancia que había sabido conseguirle aquel singular seudónimo era bien compensada por sus prodigiosas capacidades como espadachín. Cosa que le había sido suficiente a su hermano para salir airoso mientras crecía de mil problemas contra caballeros, nobles y plebeyos agraviados por igual. Sin embargo, ante la Corona, una sola pizca mal tirada de esa arrogancia podría ser su perdición.

El único aliciente de Vyler en medio de tanta irritación era el dulce privilegio de vestir con la ligereza de sus ropas de tela. Su pesada armadura de placas, gracias a Dios, se mantendría olvidada en el exilio de su exhibidor por algunos días. La vaina del más refinado cuero y acero en su cintura era su mera distinción como caballero.

Después de recorrer una sarta de calles a lomos de un corcel de pisadas discretas, se encontró en las inmediaciones de una de las zonas más suntuosas de la Capital, próxima al corazón que era el Bastión del Rey. Bajo el manto granate del ocaso, los edificios se alzaban como mansiones de tres o más plantas a lo largo de la calle, con muchísimo esmero en su fachada de yeso, cal y pizarra de matiz negro o blanco y enormes miradores balaustrados. Tenía el presentimiento de hallar respuestas en los adentros de alguna de ellas. Y sabía exactamente por cuál de todas iniciar su búsqueda.

Cuando hubo llamado a la puerta de la primera de ellas, como por arte de magia todas sus conjeturas se hicieron realidad. Y en su cara antes impávida dejó asomar cierto rastro de satisfacción. Una joven menuda de unos veinte años, como mucho, con cabello castaño y la piel de ébano se había apresurado a abrir la puerta con una sonrisa encantadora que desapareció en el instante en que reconoció a ser Vyler.

— Disculpadme, mi lady — comenzó con cortesía, aunque conocía de primera mano que no se trataba de una doncella noble, sino de una de las putas de su hermano. — ¿Sabéis decirme si se encuentra ser Konash Maine en este lugar?

La mujer boqueó con sus gruesos labios en busca de una apresurada respuesta, pero ni una palabra consiguió salir de ella. Hubo un cambio repentino en su advenedizo semblante, que, al no al no concebir ideas, se ruborizó. Bajó la mirada en un claro despilfarro de simpatía, se hizo a un lado, y señaló al caballero el camino hacia los adentros.

Se encontraba en el lugar preciso.

Durante todo el trayecto hasta el piso superior, la damisela no musitó frase alguna. Únicamente, se dedicó a mirarlo de soslayo con dulces ojos de avellana, mientras subía los escalones de la mansión con el vestidillo de sedas vaporosas recogido para ayudarse a ascender. Hacia el final, el trayecto se vio continuado por un largo pasillo, bajo un tragaluz afín de extenso, entre blancas paredes y puertas de roble a los laterales.

— Aquí está él, mío ser. — dijo ella con un acento extravagante, cuando hubieron llegado ante la última puerta en los confines del pasaje. Después, hizo una gentil reverencia, dio media vuelta, y volvió sobre sus pasos.

Ser Vyler no se tomó la molestia de anunciar su llegada con un llamado a la puerta. Tan pronto como observó a la damisela alejarse, giró la perilla, y se apresuró a entrar a la habitación.

El aposento se hallaba iluminado por la luz rojiza del ocaso, que entraba desde el balcón, y escuetamente ribeteado por algún que otro mueble suntuoso y una alfombra de tacto suave. El sitio se veía un tanto desocupado, pero casi un tercio de este se encontraba obstruido por un enorme lecho bajo una llovizna de rosas. Ser Konash dormía en medio, con el torso desnudo, los brazos extendidos de par en par y la boca abierta, a punto de dejar escapar un gran ronquido.

— Optó por atender sus responsabilidades más enraizadas a la Corona. — volvió a evocar, enojado, aquellas palabras. Rondó por la habitación sin saber qué hacer. Se llevó una mano a la cabeza, mientras cavilaba y advertía, con aire de menosprecio, a su hermano y a sus voluptuosas acompañantes.

A Vyler no le sorprendió su desvergüenza. No había cambiado, aún después de tantos años. Konash conservaba a una mujer acurrucada a cada lado. Ambas, rendidas al sueño, dejaban caer su desnudez sobre las sábanas. Tenían una espesa y ondulada melena carmesí que les llegaba más allá de la cintura, y cubría buena parte de sus encantos.

El caballero se pasó una mano encallecida por el rostro, y resopló de amargura, en su intento por ahogar un grito atroz. Se retiró el cinturón de cuero, con la espada todavía envainada en su cinto. Cuando hubo terminado, cogió la funda y el mango de la espada entre sus manos, y desenvainó, con un silbido que cortó el silencio de la habitación. Al instante, ser Konash abrió los ojos como platos y se revolvió para sacarse de encima a sus compañeras de cama. Las mujeres vieron a Vyler allí parado y lanzaron un chillido

al aire, mientras Konash se apresuraba a hacerse con la espada que reposaba al pie del lecho.

— ¿Tomando la siesta, Konash? — inquirió ser Vyler, permitiéndose cierta indulgencia. Lo último que ambicionaba era aterrorizar a su compañía femenina, pero no había en él lugar para más educación.

En aquel punto, Konash había reaccionado con tantísima rapidez y agilidad que apartaba violentamente a una de sus prostitutas, para hacerse con su opulenta arma enfundada a la que llamaba *Rompecorazones*.

— ¿Hermano? — preguntó en un desazonado tono entre la indignación y la incredulidad, con la espada en mano. — No… No sabía que habías llegado a la ciudad. ¿Cómo has estado? — Y le dedicó una sonrisa plagada de cinismo.

— Haznos un favor a ambos y ahórrate esa poca cortesía que te resta. — Enfundó el acero. Su rostro todavía oculto bajo un delgado velo de reserva.

Tras un breve momento de consternación, el pudor impulsó a ambas mujeres, quienes avivaron sus ánimos, y se adelantaron a cubrir sus partes más íntimas como pudieron. Una lluvia de pequeñas pecas se cernía sobre sus narices y discurría por sus cuerpos hasta la generosidad de sus bustos. El sobresalto les había dejado en la piel una palidez antinatural.

— Tranquilizaos — les indicó Konash entre risas un tanto inquietas. —, mi hermano solo me estaba jugando una mala broma. ¿No es así? —. Pero, él mejor que nadie sabía que Vyler jamás bromeaba. Y mucho menos lo hacía con acero entre las manos.

Ser Vyler no manifestó palabra alguna, dejando ver en su semblante un gesto de pronto severo. En aquel instante de silencio, se había percatado de que ambas pelirrojas se guardaban la una a la otra una semejanza espeluznante. Una de ellas aparentaba, en su desvaído rostro, casi tantos años como la chica de piel exótica de abajo; la otra mujer, en cambio, le doblaba la edad a la primera. Con un resoplido, Vyler apartó la vista, y se dirigió a servirse una copa del tonel de vino pernoctado sobre la mesilla junto a la puerta.

Konash debió percibir todo aquello como una tácita advertencia.

— ¿Por qué no os ponéis cómodas en la sala común? — les dijo a las aturdidas mujeres, al pasarse una mano por su cabellera castaña oscura con una sonrisa galante. E inmediatamente, aquellas dos, con el color de la sangre en sus rizos, se acomodaron la espesa melena de modo que cubriera la mayor parte de sus pechos y vientre. Abochornadas, se sacudieron los nervios tanto como pudieron y trataron de esbozar una pequeña sonrisa en sus mejillas ruborizadas al recoger los vestidos del suelo y despedirse.

Su mayor vergüenza y acto contra su propio honor siempre hubo sido morderse la lengua y tapar con un dedo las incontables faltas de su hermano en contra de sus juramentos, para así proteger su vida. No obstante, después de abandonar a su suerte a su primogénito para yacer con putas y rendirse ante los aplausos de desconocidos, ya no estaba tan seguro de que tanto más podía, o quería, llegar a hacer por su pescuezo.

— Madre e hija juntas en el lecho… — Konash exhaló un suspiro cargado de satisfacción, al tiempo que se ataviaba con sus ropajes. — ¿Puedes creerlo? ¡*Uff*!… Perdón por eso.

Vyler dejó descansar su arma sobre la mesilla, y bebió un buen trago de vino. Más tarde, se aproximó a su hermano con la copa en mano.

— Solo Dios sabe cuánto quisiera arrojarte este vino a la cara. ¿Es a esto a lo que te dedicas ahora como Guardia de la Realeza?

— Preparaos. Aquí viene otro sermón del Santo Padre. — susurró con una apatía que se reflejó en su agraciado talante al levantarse de la cama.

— Prostitutas…

— No son prostitutas — se apresuró a corregir. —. Son… mujeres de noble cuna. Aunque con tan poco decoro la una por la otra que resulta comprensible la confusión.

— ¿Y todavía piensas que eso mejora tu condición?

*El Arrogante* se encogió de hombros junto con una mueca desvergonzada.

— Konash… — siguió, bastante sulfurado. — Tienes un deber sagrado para con la Corona que deberías estar cumpliendo.

— Siquiera dime, ¿cómo fuiste capaz de saber dónde estaba?

— ¡No fue difícil imaginarlo! — Se acercó, todavía más, de una zancada. — ¡Sé que desde hace meses has descuidado tu deber para venir a revolcarte con prostitutas! ¡Haz hecho un juramento sagrado! ¡Por el amor de Dios! ¡Juraste voto de castidad perpetua ante Dios y ante el Rey!

— Los cuales jamás he roto. — Cada uno de sus gestos al hablar era un auténtico derroche de certidumbre y presunción inexpresable.

— ¿De qué estás hablando? — La indignación bailaba en la aspereza de su boca.

— Escucha, hermanito — empezó con voz pausada. —. Estos «votos de castidad» dictan que no puedo concebir hijos, ¿sí? Ni formar una familia. En ellos jamás se especifican que no pueda disfrutar de los placeres carnales con… no prostitutas. Y en lo que a ti concierne… — Y se giró, alzando los brazos. — ¿Ves a algún niño por aquí? No creo.

« Treinta años de vida y aún sigues siendo un niño, Konash », pensó atónito.

— Hermano — expresó en su lugar. —, si alguna vez tú… Si llegaras a concebir a un bastardo, qué Dios nos perdone a ambos porque juro que…

— No es tan difícil evitarlo, ¿sabes? Tan solo asegurate de sacar al Dragón de la cueva antes de que escupa fuego y todo estará bien. De color de rosas.

En favor de no arrojárselo la cara, la poca serenidad que en él persistía lo obligó a dejar caer la copa, que fue a estrellarse contra el piso de madera y se fragmentó en mil pedazos con un afilado grito de cristal.

— Yo no pienso pagar por eso, Vyler — dijo ser Konash, acompañado de otra expresión de arrogancia dibujado en su inquieto rostro.

Recortó un paso más, con gesto implacable, hasta quedar a un palmo de distancia de su hermano.

— ¿Alguna vez en tu vida has tratado de actuar con honradez ante una situación cualquiera? — Frunció el ceño más que nunca, y entonces pareció preparar un golpe, cerrando el puño con esfuerzo desmedido. — Reconoces la seriedad de las faltas que cometes, pero eso no mengua tu grandísimo egoísmo.

Ambos caballeros se observaban con desdén mutuo. Cada uno era tan alto como el otro.

— Ya hace mucho tiempo que he dejado de ser el hermanito pequeño al que tienes que cuidar. ¿O es que aún necesitas tiempo para acostumbrarte a ello, Vyler?

— No sabes lo mucho que me arrepiento de haber dejado parte de la educación de mi primogénito en tus manos. — Dio un paso atrás, de regreso hacia la mesilla junto a la puerta. No era muy dado a la bebida, pero necesitaba una copa más para tragarse la rabia.

*El Arrogante* esbozó una carcajada de incredulidad, para después importunarse.

— Todo esto no se trata de mi o de mis votos… Estás aquí por Valysar. ¡Estás aquí porque temes que tú hijo caiga en batalla, así como nuestro padre lo hizo en su último día! ¡Y ahora vienes a mí en busca de alguien a quién culpar, si llegará a suceder! Pero te tengo noticias, Vyler: ¡Tú hijo ya es un hombre! ¡Somos Maine, vivimos por y para el honor y la gloria de la batalla!

— ¿Tú vives para el honor? — Se volvió con gesto ácido. — ¿De verdad?

En los ojos brunos de ser Konash se reflejó un mundo de arrepentimiento, que intentó ocultar, evitando para ello cruzar miradas. Se había dado cuenta de su estúpido error, rindiéndose ante la impertinencia de su boca.

— ¿Qué clase de honor — siguió ser Vyler. — puede tener un caballero que destroza la solemnidad de sus votos, y aun así decide escudarse tras vagos pretextos dignos de un niño? ¿¡Qué clase de honor puedes llegar a tener tú, que das más importancia a un maldito torneo antes que cumplir tu deber como tutor de un escudero y guardia de un Rey!?

No hizo ademán en responder.

Descubrió en el reflejo del espejo a alguien irreconocible. El rostro de ser Vyler se encontraba desfigurado y enrojecido por la ira. Tal fue su arrebato que su respiración comenzó a surgir de forma brusca, medio inconsciente para tratar de sosegar sus emociones. Observó con desprecio sobre un hombro a Konash, mientras emprendía la marcha hacia su espada.

— Puse a mi hijo en tus manos — intentó decir con voz tranquila. — porque no quería enviarlo al castillo de ningún lord, porque quería estar cerca de él siempre que regresase a casa. Estúpido de mí por haberlo hecho. Estúpido de mi por pensar que habías cambiado de actitud. No había mejor espadachín en el reino entonces, y a día de hoy pienso que aún no lo hay — Suspiró. —. Konash, eres un gran soldado… Pero como hombre y como caballero eres una desilusión.

— Entonces… ¿Qué sucederá ahora?

— Si Valysar regresa… Cuando mi hijo regrese, solicitaré a ser Andrew Broadbent que culmine su educación.

— ¿Broadbent? — Arrugó la frente como en un intento por recordarlo. Quizás no lo conocía. No era nada nuevo que a Konash Maine solo le interesaba Konash Maine. Si de él dependiera romper algunos votos más, se casaría consigo mismo.

En cualquier caso, ser Vyler no le dio más importancia.

— Con suerte en unos meses se convertirá en caballero. En un auténtico caballero. Tú quedarás libre de toda obligación para con él. Debí haberlo hecho el día en que te juramentaron como espadachín platinado, pero ya veo que mi error fue depositar solo una pizca de confianza en ti — Su hermano dividió las comisuras de sus labios para intentar pronunciar algo más, pero sus ánimos se desvanecieron al instante. Antes de cruzar la puerta, se detuvo en el umbral sin dignarse a verlo por última vez. —. Sé acabo, Konash. Estoy cansado de ti. Será mejor que supliques perdón a Dios y al Rey por perjurar y romper tus votos, porque ya no seré el escudo que oculte tus ignominias. Si fuera tú, entregaría esa espada que llevas y esperaría a que no me ahorcasen por ello.

Salió de la habitación entristecido. Si creía haber hecho lo correcto, ¿por qué sentía un vacío que lo sofocaba aún más grande que cualquier ira?

# Alice II

A primera luz del alba, el tinte violáceo en el cielo tendió su bello manto sobre la Torre de Aguamiel. Sin embargo, Lydia, su rolliza doncella, como de costumbre, no se atrevió a robarle el sueño hasta que los rayos de luz dorada se hubieron asomado por los ventanales, y comenzaran a bañar a cada una de las piedras preciosas que exhibía en sus aposentos. La muchacha la ayudó a ataviarse con sedas sencillas y una diadema de platino con amatistas relucientes incrustadas. Con manos diestras le cepilló los cabellos de castaño miel hasta dejarlos tan lisos como los suyos. Y cuando finalmente hubo terminado de atender a su Reina, la acompañó hasta su destino sin musitar una sola palabra.

El patio principal se encontraba atestado, si bien era todavía temprano en la mañana, por resoplidos de caballos somnolientos, por órdenes guturales de mando de algunos hombres y el siseo de sus pisadas metálicas. Los criados también recorrían el lugar con brazos atiborrados de baúles, sacos de provisiones y algún que otro regalo hasta la eminencia del gigantesco carruaje bermellón en el que había arribado la Duquesa hacía dos semanas.

— Con algo de suerte no tendremos que esperar tantos años para la próxima ocasión. — Diane Liongborth se volvió hacia Alice, con una sonrisa reluciente en los labios y una venda de color blanco embellecida con bordes de oro sobre los ojos.

— Despedíos de vuestra tía. — ordenó a sus hijos con el tono dulce y a la vez inflexible que solía emplear con ellos.

De mala gana, solo un tanto, a decir verdad, el príncipe Richard rodeó con sus brazos a Diane por unos segundos, y luego se retiró sin agregar más que la sucinta cortesía que se esperaba de él. Pero con Elliot y su candor inagotable todo resultó muy distinto. La Duquesa se acuclilló para ponerse a su altura, y el pequeño se abalanzó sobre ella. La apretujó durante tanto tiempo, que Diane resolvió erguirse entre carcajadas de júbilo, mientras su hijo seguía aferrado a su cuello con la capa lila y el cabello largo de almíbar ondeando al viento.

— Ya no te doy tanto miedo, ¿o sí, pequeño Príncipe? — rio cuando lo hubo depositado en el suelo con cuidado.

— No, ya no tanto.

En un primer momento, Elliot casi había echado a correr de inmenso miedo al vislumbrar aquellos ojos blancuzcos que se posaban sobre él. Indiscreto como cualquier niño, había contado abiertamente a todo mundo que su tía le había causado pesadillas la primera noche después de su llegada. Aunque apenas hicieron falta un par de días para que el temor se convirtiera en un inocente recelo, y más tarde, en un afecto impresionante. En defensa de Diane, Elliot era realmente cándido y asustadizo, aún para su edad.

— Me alegra escuchar eso. — Diane le obsequió una última sonrisa. Le tanteó el rostro con dedos gráciles, y le regaló un beso en la mejilla. El Príncipe se ruborizó, y bajó la vista hacia sus zapatos.

— Diane, tu escolta no es demasiado numerosa. — señaló Alice con un tono azorado que dejó en evidencia su preocupación.

— ¿Cien espadas no son suficientes para que una mujer ciega no pierda el camino a casa, Alteza? — Siempre era toda sonrisas.

— Sabes que no me refería a eso. — Para la tirria y paranoia de Alice ni mil espadas serían suficientes.

— El Camino de los Peregrinos es muy seguro — añadió el príncipe Richard. —. La Corte se ha encargo durante años de que los bandidos sean un problema del ayer.

« Justo eso. La Corte. »

— Ya veis — afirmó la Duquesa. —. Además, son los mismos cien hombres con los que llegué en primer lugar. Todo saldrá bien — Y al canto de «Margott», con voz amable aclamó por su doncella, y en cosa de unos segundos, esta apareció entre un cuantioso grupo aproximándose con el vestido amplio recogido para ayudarse a trotar. Cuando llegó, hizo una profunda reverencia ante la Reina, y se ofreció a ayudar a Diane. — Ha sido un placer haber venido, Alteza — siguió al aceptar el brazo de su dama de compañía.

— Ya lo hemos discutido. Puedes quedarte tanto como desees. — Alice hablaba de forma ordinaria y con cierto deje acongojado. No consentía del todo que su prima partiese tan pronto.

— Y os estoy inmensamente agradecida, pero al igual que vos tengo una familia de la cual cuidar. Y otros asuntos importantes de los que ocuparme. Necesitaba un respiro de mi castillo, y lo he conseguido —. Hizo una ligera reverencia, dio media vuelta, y se dejó guiar hacia su carruaje. —. Espero veros pronto, Alteza.

« Siempre con la misma broma ». Aun cuando había sabido reírse en más de una oportunidad, no estaba de humor para que surgiese de ella otro gesto que no fuera el de torcer la boca de considerable decepción.

Mientras Alice observaba resignada como su prima, su mejor amiga de la infancia, se alejaba un poco más con cada paso, Elliot se sacó de encima las manos de su madre que descansaban sobre sus hombros, y echó a correr descorazonadamente.

— Tía Duquesa, no te vayas. Por favor. — Salió de su boca una súplica casi como un llanto, y la tironeó del vestido.

Diane se volvió con gesto conmovido.

— No te preocupes, pequeño Príncipe. Tengo el presentimiento de que esta no será la última vez.

Ya era mediodía cuando Elliot correteaba por los jardines reales, cerca de los estanques de agua, huyendo de los gansos que lo perseguían por haberlos molestado. Tan distraído que daba señales de haber olvidado cuanto lloró por la partida de Diane. En un momento dado, tropezó con una roca escondida entre la hierba, y perdió el equilibrio. Cuando a la desesperada intentaba levantarse, cuatro pequeños gansos lo

alcanzaron para a tirar de su capa favorita. Lanzó un chillido exagerado, víctima del pánico en su inocencia envidiable, mientras Lydia corría en su ayuda. Era tan susceptible, tan abierto, tan afable, tan parecido a la ya olvidada Alice Marshall en los albores de su niñez y tan distinto a Alice Liongborth, Reina de Dranova.

En cuanto a Richard, lo había criado para que fuera lo más parecido a ella posible en cada aspecto. Lo había educado sin darle muchas más opciones que devinir en fuerte, en sensato y consecuente; generoso con sus aliados y, ante todo, severo con los que pretendieran hacerle daño. La clase de hombre que se consideraba un verdadero Rey. Y en los tiempos que corrían, se echaba en falta alguien de sus cualidades. Con apenas dieciséis años, se le vía más interesado en llegar al trono que lo que su padre alguna vez lo estuvo. Tanto porque Richard sentía que era su deber como por encontrar gusto en el cumplimiento de sus responsabilidades.

No había pasado más de una hora en los jardines, cuando ser Robert Vasíliev se presentó con una reverencia, y se mostró dispuesto a escoltarla hasta la audiencia del Rey.

« ¿Dos audiencias en dos días? ». La sola idea la desconcertó, pero guardó un poco más de su recelo habitual para cuando hubo observado desde el mirador balaustrado de la Sala del Trono a su esposo arrellanado sobre su engalanado sitial. Lucía por encima del jubón de seda, una capa de hilo de oro, y en su cabeza, una enorme corona que a Alice hacía que le doliese el cuello de solo verla. Otras cosas no, pero Leonor sabía cómo vestirse para la ocasión. Esperar más de él sería pedir imposibles.

El salón se hallaba pleno de nobles sentados en las gradas laterales que se habían alzado para ellos. Según se veía, la audiencia anterior había fungido para que los siervos pagasen tributo y cundieran al Rey de ofrendas y elogios, pero en aquel entonces estos mismos señores exigían que sus voces fueran escuchadas y sus problemas remediados por la autoridad de la Corona.

Uno a uno aquellos que otrora lamieran las botas a Leonor, se presentaban ante Su Majestad para que devolviera el favor con relación a unas cuantas peticiones, algunas muy descaradas. Los asuntos particulares de tropeles de condes, barones y caballeros giraban en torno a tierras, deudas, impuestos y vasallos. El Rey los apoyaba o rehusaba su ayuda según le venía en gana. En más de una ocasión, su Consejero se vio obligado a interferir con prudencia, y de vez en vez, el monarca se aventuraba a cambiar de opinión.

Un joven y bien parecido barón, un tal Devan Arnholt de quien nunca Alice había escuchado hablar, expuso la primera y única solicitud que llamó especialmente su atención.

— Vienen por las noches, Majestad. Se mueven como sombras gigantes y veloces, cuando las nubes ocultan el brillo de la luna. Destrozan al ganado con sus grotescas fauces; envenenan el agua de los pozos con sus colas que escupen y se mueven como serpientes; asestan coces, por así decirlo, a las puertas de las familias que juré proteger. Son lo bastante listos como para no adentrarse en mis fortificaciones ni enfrentarse a mi reducida guardia, pero los habitantes de la villa están lejos y no corren con la misma

suerte. Vienen por decenas y no somos suficientes guerreros como para hacerles frente. Los he visto matar caballos con la fuerza de un brazo tan grueso como el tronco de un árbol.

Por extraño que fuera, su esposo se mostró interesado. Se movía entre los cojines de su enorme trono con alegre inquietud.

— Ya, venga. Sin más rodeos. ¿De qué estás hablando?

— Lucifersons, Majestad.

Un murmullo de consternación recorrió algunos rostros de la sala. En cambio, el Rey soltó una carcajada con una sonrisa que se mantuvo hasta mucho después.

— ¡Ja! ¡Lo que uno tiene que escuchar! Y qué me dices, lord Devan, ¿estos Lucifersons son tan horribles como las leyendas los pintan? — Habituaba a hablar de aquella forma tan vulgar… Alice nunca había sabido si lo hacía por despreocupación o era una manera insolente de manifestarles que estaba por encima de toda formalidad.

— Con el debido respeto, Majestad, no se tratan de leyendas. Son tan reales e incontenibles.

— Me intrigas, mi lord. Prosigue.

— Es una situación peculiar, por decir lo menos. Estas aberraciones han salido huyendo de las cuevas que eran sus hogares. Creemos que a causa de los estallidos que han estado ocurriendo las últimas semanas. Sí, estallidos. Están sucediendo cosas extrañas, Majestad. Como si escucharais un barril de pólvora explotar. Tan lejos que nadie puede verlo y que apenas levanta humo. Y, sin embargo, con la suficiente fuerza como para arrancaros del sueño. Una noche antes de que los Lucifersons comenzaran a salir del bosque ocurrió por primera vez. Y desde entonces van media docena de veces. Hay guardias que dicen haber visto luces que cruzan el cielo por las noches. No os lo podría asegurar; no las he visto. Pero sí que he escuchado esos condenados estallidos.

— Soldados es lo que buscas.

— Son difíciles de abatir. Ya sabéis que llevan la sangre del Diablo corriendo por sus venas.

— Hijo mío — el Arzobispo necesitó de la ayuda de uno de sus feligreses para levantarse de su asiento al pie de las escaleras del trono. —, si estas circunstancias son el suplicio de vuestras tierras, se deberá a los pecados en los que habéis incurrido. Una maldición ha caído sobre vosotros.

« ¿Y eso en que ayuda — Alice frunció el ceño ante semejante ineptitud. —, viejo mantecoso? Las personas seguirán muriendo ».

— No estoy seguro si una maldición, Su Excelencia — explicó el barón. —. La villa de por sí se hallaba cerca de los límites de *Wickedforest*, pero ahora sus demonios son más inquietos que nunca. Y me temo que no van a retroceder, mientras lo que sea que esté pasando en ese condenado bosque continue. En el peor de los casos, estarán buscando otro hogar, porque el suyo ya no les es propicio. Por tal motivo, vine a pediros ayuda, aquí incluso más desesperado de lo que me veis.

— Rezad a su vez por la protección de Dios.

— Conocemos muy bien lo que se dice acerca de esas criaturas. Aún con ello, ya van varios sacerdotes que mueren tratando de practicarles un exorcismo. Os pido a todos que me creáis cuando os digo que no funcionan. Solo los enfurece más. Nadie puede salir durante la noche. E incluso hay miedo de hacerlo durante el día. Majestad — se volvió hacía él, e hincó una rodilla. —. Necesitamos espadas, arcos, flechas, cualquier arma que les haga daño y hombres para que las empuñen. Os prometo que las familias de Ilaryan estarán eternamente agradecidas con vos y vuestra generosidad.

— ¿Cuántos afirmáis que son? — inquirió el Consejero. — ¿Decenas?

— Puede incluso que más, lord Stanford. Y cada uno capaz de plantarles cara a un puñado de hombres sin arriesgarse a recibir heridas. Como os he dicho, son gigantes, veloces y letales.

El Rey se llevó una mano al mentón en gesto reflexivo.

— Quinientos hombres. Arqueros y piqueros con su propio equipamiento y provisiones en caballos rápidos. Es todo.

Antes de que el joven barón pudiera dar las gracias, lord Ashton Lyall se levantó de su asiento con aires de preocupación.

— Majestad, la hueste de ser Logan se ha llevado consigo el grueso de nuestras fuerzas. En las filas tenemos a los hombres de la Guardia de la Ciudad y poco más a vuestra disposición. Con el caos del festival, no deberíamos prescindir de más espadas.

— Lord Ashton, ¿sois el comandante de la Guardia de la Ciudad o mi Consejero?

— Ninguna de las dos, Majestad. — El hombre se encogió de hombros.

— Entonces no me prestéis vuestro consejo en estos asuntos, al menos que lo pida. — dijo con desprecio. Leonor nunca había sabido suavizar sus palabras. Como Rey decía lo que quería, sin importarle nada más. —. Lord Stanford, vuestro consejo.

Edward se mantuvo con la boca abierta antes de comenzar.

— Os aconsejaría que enviarais a setecientos soldados, Majestad. Qué los hombres de la villa Ilaryan levanten armas junto a los de la Capital. Entre mayor sea la resistencia, menor lo serán las bajas. Y como compensación por el apoyo en momentos en los que no deberíamos prescindir de muchos hombres, que se vea intensificada la producción en cada ámbito entre los pueblerinos y que los impuestos a la Corona se incrementen por un lustro, una vez socavado el pánico por estos monstruos.

— Bien, bien. Qué así sea. — El Rey mostraba ya indicios de desazón. Por lo general, se aburría con la misma facilidad que su hijo pequeño.

Lord Thomas, encargado del tesoro, se frotó las manos ante la perspectiva de más monedas.

— ¿Y qué serán esos estallidos? Doy fe de que en esos montes hay minerales en abundancia, y me han llegado historias del otro lado del mundo de técnicas para minar usando explosiones.

— Y habrá que enviar a gente a que investigue eso — agregó Leonor de pasada. —. Luego de que acaben con los enemigos.

Tiempo después, cuando el ocaso comenzaba a derramarse ya sobre la Sala del Trono, un conde más de entre el gentío que se había congregado se adelantó. Pero el

Rey hizo ademán de torcer los ojos agotados y bostezar sin discreción antes de acallarlo con solo alzar su mano. En seguida, Leonor prestó unas cuantas palabras a su Consejero, y se levantó para salir por la puerta de atrás del trono con rostro fatigado.

Lo único que sorprendió a Alice fue darse cuenta de que por poco su esposo batía su récord personal de horas haciéndose cargo de sus responsabilidades. Mas una ligera sonrisa le asaltó los labios al ver a lord Edward Stanford representar la palabra del Rey a partir de entonces.

El crepúsculo había cedido ya su lugar a la fría noche, cuando despidió a Lydia, su doncella tímida y de palabra hermética, con un gesto de mano en el umbral de la puerta. Se adentró al paraje mustio de sus aposentos en el penúltimo piso de la Torre de Aguamiel, y finalmente se dejó llevar por el cansancio. Como muchas veces en el pasado, al final del día se sintió de golpe exhausta, patética y solitaria, tanto como para arrojarse sobre la colcha sin deseos de levantarse hasta que el amanecer viniera por ella una semana después; y desde luego no antes.

A desgana se detuvo ante el espejo luengo de un costado. Y pese a los años de disgustos y antipatía en un lugar donde solo podía probar de la felicidad dulce en efímeros momentos de olvido, vislumbró en el reflejo a una mujer que todavía, a duras penas, gozaba de belleza y juventud; a una mujer que no había conseguido ni de cerca todo lo que deseaba, salvo un poder que para entonces lucía más incierto y carente de valor que nunca. Y sin importarle que nada más el viento alcanzara a oírla, antes de echarse a llorar como una niña sobre las sábanas, Alice eligió seguir frunciendo el ceño con rigor, aunque aquello hubiese aliviado nunca el suplicio del día a día.

« ¿Tantos años han pasado ya? », advirtió con extrañeza y desengaño.

Se deshizo de cada una de sus prendas frente al reflejo de su agriada belleza, y contempló más tarde con esmero las curvas que describían sus caderas de buen ver, la firmeza pasajera de aquellos pechos y el volumen de sus posaderas. La voluntad de las velas arrancaba destellos de luz de sus ojos de miel, como si fuera por una señal que proclamara excelsitud y fuego en ellos de los que Alice aún podía valerse.

Supo entonces que tenía que ir a verlo a él.

Se entregó a la calidez de las aguas perfumadas de su bañera de bronce, e intentó deshacerse de la suciedad y de la tristeza como único medio para perpetuar su atrevimiento. Sin la menor prisa se retocó el maquillaje, para embellecerse todo lo bien que pudo en ausencia de Lydia. Se atavió con ropas de encaje del tejido más vaporoso que encontró, y cubrió todo vestigio de su piel desnuda con una túnica gruesa que le llegaba hasta el calzado.

Y en el acto, salió a hurtadillas, con una sonrisa marcada bajo los pómulos empolvados, a través de la puerta por la que tiempo atrás había entrado lúgubre. Se echó encima la capucha, mientras bajaba por la escalera de caracol de la torre. Entre tanta espontaneidad e imprudencia, fue de pronto consciente de que actuaba mal, pero no se detuvo allí. Durante su descenso, tanteó el contorno de los ladrillos y contó cada peldaño en el que se afianzaba su creciente determinación. La débil brillantez de las antorchas apostadas en la pared iluminaba su camino.

A las afueras el viento chocaba con los muros del castillo y se colaba por las troneras sin marco ni postigos.

« Ciento veintiséis, veintisiete… veintiocho ». Y la cuenta concluyó por fin. Después de escabullirse por ocho plantas sin más ruido que un fantasma, se agachó ante el último escalón. Allí entre la penumbra de una esquina donde no llegaba el fulgor de las antorchas tanteó la piedra con avidez hasta hacerse con el minúsculo saliente rocoso de un ornamento. Tiró de él con la punta de sus dedos. Al cabo de unos segundos, una composición de mecanismos la sumergió en un alivio que se desvaneció tan pronto como hasta sus oídos arribó el sonido de unas pisadas que ascendían por las escaleras.

Rápidamente un escalofrío apagó todo el entusiasmo que sintiera hasta entonces, y se apresuró a usurpar la pequeña compuerta de piedra que se había abierto en la base del escalón. Cogió de ella la llave de cobre que con tantas ansias había estado buscando, cerró de golpe el artilugio, y casi dejándose llevar por un temor equiparable de una niña por la Sombra, subió a zancadas una serie de peldaños, mientras los pasos se aproximaban a ella desde su espalda.

Era uno de los guardias, lo sabía mejor que nadie, pero si la encontraba en aquellas instancias vestida de manera tan sospechosa…

« A la mierda con él y con lo que pueda ver o decir. ¿De qué vale la palabra de un peón, si se compara con la de una Reina? ». Amainó sus nervios, aunque no así sus ánimos de remontar el número de salientes que palpaba. Trece ladrillos sueltos en el muro Alice había llegado a percibir con su mano. El decimocuarto era el indicado. Debajo de una antorcha, repitió el mismo procedimiento que antes para revelar una pequeña cavidad detrás de la piedra. E incluso con más prisa, por cuanto valía mantener todo en absoluto secreto, introdujo en la hendidura la llave hacia su consuelo. Al girarla, un mecanismo pareció accionarse. Tiró hacia abajo del madero de la antorcha como si de una palanca se tratara, y entre la piedra rugosa surgió el relieve de una portezuela. Sucedió tan rápido que Alice no llegó a saber con exactitud si el guardia consiguió verla a medida que se colaba por la entrada.

Una vez sumida en el silencio y la media luz del pasadizo, no pudo recordar si había colocado el ladrillo de vuelta en su lugar. No lo llevaba consigo, pero la llave yacía aún entre sus dedos. Era una buena señal.

Aquel paraje no era más que un pasillo estrecho y gris, donde cada pisada resonaba con la estridencia de una juerga. El beso de la luna rozaba su piel, en vista de que los haces de luz se colaban por algún lugar de los andamios superiores. Era un sitio claustrofóbico y polvoriento, trazado en piedra con la complejidad de una telaraña que podía causar en ocasiones la impresión de extenderse hasta el infinito.

Fue así como la Reina atravesó el castillo desde el más recóndito de sus adentros, para ir en busca de aquello prohibido que hacía arder las ansias que zumbaban su cabeza y la acompañaban en la penumbra. Cruzó a la derecha en un recodo, después a la izquierda, y nuevamente a la derecha. Así una y otra vez, sin una pizca de indecisión, al tiempo que el camino se ramificaba como un laberinto en todas direcciones. Más temprano que tarde, a través del marco de otra compuerta oculta en la pared, arribó

hasta el confín de sus deseos. El olor embriagador de los inciensos de lavanda y el crepitar de las llamas le dieron la bienvenida a la habitación de su amante. Sus ojos se tiñeron de pleno amor y desespero al verlo apoyado sobre la mesa labrando su ingenio en papel, mientras los trozos de vela a medio consumir lo envolvían. Alice se echó la capucha sobre los hombros, y se adentró al dormitorio, haciendo ruido al caminar.

Lord Edward alzó la vista, y se estremeció en su asiento.

— Alte… — Las palabras se le atoraron en la garganta. — Alice.

Ella sonrió inocentemente, y se acercó aún más.

— Lo menos que pretendía era asustarte.

— Mi Reina… No — Empujó la silla hacia atrás, y se levantó. Lucía tan pálido como nervioso. —. No deberías estar aquí.

— ¿Qué no debería? — Soltó una carcajada pícara, mientras caminaba con un sinuoso movimiento de sus caderas y un hormigueo entre las piernas. Rodeó la mesa, y con la yema de sus dedos fue rozando la superficie que los separaba a ambos. — ¿Por qué no debería estar aquí?

— No es el mejor momento — Intentó disimular cómo cubría los pliegos en los que había estado trabajando con otras cartas —. Hay mucho por hacer. Se suponía que no vendrías esta noche.

— Se suponía que no debí haber venido en tantas ocasiones, pero heme aquí, Edward. — Y como tantas otras veces, se situó ante el hombre de sus delirios, el consejero de su esposo y verdadero Rey tras la fachada del trono, y colocó las manos sobre su camisa. Con ansiedad, Alice se mordió el labio y fue en busca de los de él. Sus comisuras se encontraron por un instante, pero Edward retrocedió con gesto decaído.

— Mi Reina de Corazones — dijo sin atreverse a mirarla a los ojos. Bien sabía que si lo hacía caería cautivo de sus garras tersas. —, aunque tus dulces besos sean un deleite para el paladar… Me temo que esta noche debemos abstenernos.

« Qué cursi, qué meloso eres ». Pero era justo eso lo que necesitaba para ahogar su amargura.

Alice hizo caso omiso de cualquier objeción. Dispuesta, húmeda, jadeante y por poco desesperada, rápidamente buscó apegarse a él. Lo rodeó con sus brazos, y presionó su frente contra la del encantador hombre al que en secreto amaba.

— No he venido hasta aquí en espera de una negativa — habló con dureza y cierto deje de avidez, incapaz de contener el calor que llevaba dentro. Así que lo besó de nuevo en los labios, y después su boca bajó jugosa hacia su mentón hasta llegar a su cuello. Todo esto mientras sus manos jugueteaban con el fino vello de su rostro. —. Te ves muy estresado, Mi Rey de Dedos. ¿Qué asunto es tan importante que lo nuestro deba esperar a otra noche?

«Mi Rey de Dedos», era el nombre que le había susurrado cientos de veces al oído. Edward no solo era el titiritero que revolvía los hilos del reino tras la imagen de aquel otro monarca de juguete. Para Alice era incluso más. Era el Rey que volcaba su mundo de revés, con un par de movimientos hábiles de sus dedos, cuando entraba en ella.

Edward no respondió. Quizás no era capaz; quizás no se atrevía a rehusarse.

— ¿Qué es tan importante? — se empecinó en saber Alice, a la vez que seguía seduciéndolo con su aliento tibio, con ojos brillantes de miel, con sus manos traviesas y su boca suave como pétalos de flor.

Y el mismo hombre al que se le atribuía con razón la locuacidad y la elocuencia más diestras que se pudieran escuchar, parecía quedarse exento de palabras. Finalmente desistió de sus vagos esfuerzos por conservar el juicio, y la miró directo a los ojos. La magia del aroma de Alice y la exquisitez de su tacto lo enroscaron en un abismo caprichoso que logró cegarlo. Abrió su boca, y respondió a sus besos para darle de beber también de su entusiasmo.

— Nada… Nada podría ser más importante que tú.

La Reina desanudó el cordón de su túnica, y le permitió observar su desnudez aderezada por un vestidillo veraniego de color blanco. Y él le sonrió con un gesto tan dulce que consiguió ablandar la coraza con la que Alice solía envolver su corazón.

— Reconozco que es tu deber atender ciertos asuntos para el reino — Le acarició el cabello, introduciendo los dedos entre sus hebras de azabache. —, pero es tu obligación atender algunos otros para tu Reina. — Sus rostros eran un festival auténtico de respiraciones ansiosas y sonrisas interminables.

Y en algún momento, después de que se perdieran de sed y hambre en los ojos del otro, Edward hizo componer una risa impecable en la boca de su amante, cuando pasó un pulgar con suavidad por sus finos labios. Su risa, acostumbraba a decirle, era como un canto melodioso a sus oídos. Alice percibió el vigor en su hombría, con el roce de su pierna, mientras ambos exhalaban una súplica bravía. Extasiados en el calor más agradable que emitían, Eddie descendió por las curvas de su vientre con su ofrenda en labios vehementes, y le juró otro instante más de felicidad con sus besos hasta probar de lo que para todos los demás hombres era prohibido.

Primero la sedujo con la magia de sus dedos; luego, Alice se tumbó de espaldas sobre las sábanas del lecho, ofreciéndose para que se abrazara a ella mientras la conquistaba a embestidas.

Mas adelante, cuando la luz de las velas estaba a punto de desvanecerse, cayeron jadeantes y exhaustos, envueltos en los brazos del otro. Cortaron el silencio con suspiros colmados de dicha. Alice no supo decir cuánto tiempo había transcurrido desde el albor pasional de su velada, desde que se hubiera entregado a él. Cierto era que cuando yacía junto a Edward no había sentido del tiempo ni lugar más placentero que su cama.

— Eres maravillosa. — La tibieza del susurro de Edward le acarició el oído. Casi sin aliento.

Alice profesaba aún el hormigueo y un rocío entre sus piernas, con sollozos confesos de que esperaría por más. Por su mente nunca había cruzado la idea del adulterio, la infidelidad o del pecado que cometía cada vez que subía al regazo de otro que no fuera su esposo. En aquel acto bienaventurado nada importaba más que el fervor de dos almas que se amaban con locura. Y aunque en él hubiera de sobra alevosía, estaba dispuesta a mandar a la mierda a toda la Iglesia y sus principios, si con ello

conseguía aferrarse a la sensación espléndida de tener a alguien que la adorase y la hiciera sentir mujer.

— ¿Qué tan maravillosa crees? — quiso saber tendida sobre el cuerpo de Edward.

— No me resulta fácil expresarlo con palabras.

Un mar de regocijo le cayó encima en medio de otra oleada de sus agitados besos.

— Inténtalo, Eddie — Sus dedos habían caído al pecho de aquel hombre, y dibujaban círculos sobre sus tenues vellos. —. Eres bueno para hablar.

No respondió de inmediato.

— No importaría cuanto me empeñase en ello. Aun cuando estudiara cada palabra de todos los idiomas que existen. Resultaría en vano, porque ningún hombre sería capaz de concebir las palabras suficientes para describir a una mujer tan extraordinaria como tú, mi Reina de Corazones. Todo lo que pudiera decir no sería más que una sombra, una menudencia tras toda la gloria que rodea tu belleza. No podría describirte con todas tus virtudes, con todas tus cualidades — Le regaló una de esas sonrisas enigmáticas que tanto le gustaban. —. Si no supiera que la magia ya no existe en este lado del mundo, pensaría que tu solo eres una ilusión. Eres tan única que casi no puedo creer que seas real… Sin ti a mi lado yo solo sería…

Ella lo interrumpió súbitamente con un beso. De nuevo lo abrazó, y fue entonces cuando evocó un sueño olvidado de su juventud. Una falsa esperanza cercenada por los años. Una estúpida fantasía que giraba en torno a un caballero o un príncipe azul.

— Te amo, ¿lo sabías, Eddie? — La voz se le quebrantaba con cada beso. No aguardó a una respuesta. — No ha habido y no habrá jamás mejor hombre. Te he entregado mi confianza sin temor a que me hagas daño, porque sé que nunca lo harás. Te he entregado mi corazón y mi felicidad, pero lo único de lo que me arrepentiré toda mi vida es que los frutos de mi vientre no crecieron gracias a ti — Apretó los labios, y una pequeña pero radiante brizna de delicia asomó en sus dulces ojos. — Me amas, ¿verdad?... ¿No dirás nada?

Por unos segundos él no supo que decir. Tan solo se quedó mirándola con una alegría que poco a poco se fue transformando en desmesurada tristeza. Se ahogó en su propio silencio como tratando de tragar saliva, y alzó medio cuerpo para tomar asiento, no sin antes acercarse a ella para respirar de su aroma a jengibre.

— Alice… — La voz fue apenas un susurro afligido. — Te he amado desde siempre. Desde mucho antes que vinieras a mi lecho — La Reina le acarició el cabello, su delicada piel, y buscó preservar cada mínimo detalle de sus facciones hasta que se vieran una próxima vez. Los labios de Edward temblaban con esa inquietud tan característica de quién estaba a punto de echarse a llorar. —. Lo siento mucho. Debes irte ahora.

— Ya no quiero ir a ningún lado, mi Rey. Estaremos juntos hasta que el amanecer vuelva por nosotros y tengamos que regresar a nuestras vidas. No antes. — Se acercó de nuevo para beber de su calor y de su aliento, pero él evitó su boca con tosquedad.

— No lo comprendes. — Intentó zafarse de sus brazos, pesaroso. — ¿Cómo podrías hacerlo? Tienes que irte de la ciudad ahora mismo. Aquí estás en peligro.

# Anhelo Irracional

La celda era un chiquero, una pocilga en todo su incierto esplendor de inmundicia. El ambiente era gris y húmedo, inundado por un insufrible olor a orina de alguna clase de animal. Y la única fuente de luz provenía de una minúscula ventanilla con barrotes de acero oxidado, situada tan alta, que incluso con su extraordinaria estatura, no llegaba a rozarla con la punta de sus dedos.

Tenía los nudillos y los antebrazos en carne viva; hinchados y sangrantes. Las manos le ardían más allá de las heridas, ya que un fuego incontrolable aún corría por sus venas. Había golpeado las frías paredes del calabazo, desde que lo hubieron arrojado dentro, en arranques de furia que iban y venían sin abandonarlo del todo. El dolor era cruel y desmedido, pero no llegaba a compararse con la vergüenza, con la humillación de la derrota ante la mirada de tantísimas personas.

¿Se habían reído de él? No estaba del todo seguro. El sucio golpe lo había dejado aturdido, y la rabia que vino poco después acabó por cegarlo. Para cuando entró de nuevo en sus cabales, se lo llevaban fuera de la arena, lejos de la vista y los aplausos de unos espectadores que ya no lo ensalzaban a él.

Aunque cierto era que, no faltó quien lo abuchara en su efímera victoria, en su momento más glorioso, cuando la puta rubia se encontraba tendida en el suelo.

Maldita fuera su mala suerte. Si ganaba era para muchos una barbaridad, un cobarde que peleaba contra una mujer; si perdía era una vergüenza, el hazmerrír que caía derrotado contra una mujer. ¿Qué otra cosa podía hacer si no vencer? Soñaba, ansiaba y necesitaba ese torneo. Se había apuntado en busca de un minuto de gloria, de renombre y un poco de honra. *El Ariete*, el que se codeaba con caballeros platinados; el que se había mantenido firme ante ser Konash; aquel que atraía las miradas de doncellas de buen ver; *el Ariete*, aquel cuyo nombre sonaba y viviría en el habla popular como un gran guerrero…

En aquel momento solo quería que se olvidaran de su nombre, de sus acciones, todo el que lo hubiera presenciado. Porque él nunca podría. Aquel truco barato con el escudo se había llevado su sonrisa triunfante y unos cuantos dientes. Se pasó la lengua una vez más por las encías, donde aún bailaba el sabor de la espesa sangre. No podía regresar el tiempo atrás para recupéralos ni tampoco le volverían a crecer, al igual que su antigua dignidad sin mella.

¿Cómo iba a ganarle a él una mujer?

La espada sobre su cuello y todo habría terminado allí. Era tan sencillo como eso.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no lo había hecho?

— Grandísimo hijo de puta. Imbécil. Es-escoria. — La mandíbula resquebrajada le atizaba un ramalazo, cada vez que abría la boca.

En vez de eso, se hubo girado a las gradas, en busca de alguna aclamación.

Los grilletes en sus tobillos y las cadenas que ceñían sus muñecas una contra la otra, eran un símbolo crudo e injurioso de su degradación. Los ropajes de lana marrón

que le habían proporcionado, al usurparlo de sus pertenencias, estaban andrajosos, mugrientos. La pierna derecha a medio tratar le punzaba horriblemente, allí donde la flecha del condenado Nathan Hengist le había atravesado la parte inferior de su pantorrilla.

Hubo sido también Nathan, comandante de la Guardia de la Ciudad, una de las miles de cabezas que observaron, con ojos embriagados de gozo, el «risible final de tan infame guerrero», según había escuchado decir de sus labios. Lo había presentado personalmente ante el juicio de Su Majestad en donde la corte del Rey y la audiencia de los señores menores dictaron sentencia y lo despojaron de todo lo que poseía hasta entonces: de las tierras de cultivo que heredase de su familia, del poco oro que había ganado, y por supuesto, de la armadura bien confeccionada de hierro negro laminado. En ausencia del monarca, a lord Edward se le hubo concedido el honor de imponer la justicia del Rey y lo castigó a sesenta días, con sus noches, en la más roñosa celda que hubiera en la ciudad. «Una clemente decisión para tan innoble guerrero de escrúpulos inciertos», se había dignado a escupirle la Reina en aquella ocasión.

— ¡Maldita seas, Atenea! — rugió por quinta vez en la noche, poco antes de arrojar al suelo un salivazo entremezclado con sangre. — Maldito sea el Rey — susurró. —. Escupo sobre vosotros y sobre esas leyes de mierda.

¿Cuántos días tendría que pasar en aquel agujero antes de que lo vinieran a rescatar? Era apenas su primera noche confinado en aislamiento y ya se encontraba imperado por la desesperación de salir libre, dominado por aquella locura e impotencia que, tarde o temprano, terminaba abatiendo hasta la más fuerte de las mentes y convertía a un hombre en poco más que un mal viviente amasijo. Impaciente, resentido e iracundo, cojeaba de un lado a otro sin lugar a donde ir y sin nada para hacer, mientras lanzaba resonantes blasfemias y puñetazos a diestra y siniestra. El recuerdo de los abucheos del público, de las miradas desdeñosas de los señores, del desprecio y la comida que una multitud le arrojó por el simple hecho de llevar cadenas, y de la insolencia de Atenea, sobre todo ella, inundaban cada uno de sus pensamientos y sacaba a flote sus más profundos deseos de venganza.

Se encontraban vacíos el resto de los casi cuarenta calabozos del cuartel de la Guardia de la Ciudad, por lo que únicamente el eco respondía de vuelta a sus alaridos. Cuando *el Ariete* conseguía callarse unos segundos, el silencio que lo envolvía se tornaba demasiado triste y abrumador. La sangre le hervía con más furia cada vez, tanto que juraba escucharla borbotear a altura de las sienes; ardía en deseos de estampar las cabezas de Nathan y Atenea contra la pared por malditos y desvergonzados.

— Qué el Diablo se lleve tu sentencia, Stanford. Qué el Diablo se lleve tu hipocresía, Hengist.

De repente, la rendija de la puerta reforzada se abrió, acompañada por una voz conocida.

— Espero que de verdad te haya dolido, desgraciado — indicó entre risas el hombre que apareció detrás. — ¿Cuántos dientes te faltan ahora?

*El Ariete* se aferró a un derroche de súbita serenidad, respiró profundo, y caminó hacia la puerta. Los grilletes en sus tobillos no hacían más que empeorar su ligera cojera al desplazarse sobre el más mugriento de los suelos. El ceño y la boca notablemente fruncidas fueron el poco rastro que dejó ver de su furor corriente, limitándose en un primer momento, pues su única esperanza de huida dependía de aquel cabrón.

— Los mismos que te faltarán a ti cuando salga de este maldito lugar, Rowan. — comenzó diciendo con tranquilidad.

La estrecha hendidura solo permitía apreciar su mirada de ojos pardos reflejando la luz de la antorcha del corredor. El hombrecillo observaba con deleite magnifico la amargura con la que *el Ariete* pasaba su primera noche en prisión.

— Una mujer — expresó Rowan, entre risas irritantemente agudas. —. Aposté veinte de cobre a que no pasarías de los octavos de final, pero ¿eliminado por una mujer?… Nadie puede recuperarse de algo como eso.

— Nadie puede recuperarse de un cráneo roto a pedazos. — advirtió, asestando un duro golpe contra la puerta.

— Para ser tan descerebrado como algunos dicen, eres muy ingenioso para responder a insultos, tengo que reconocerlo. Aunque no así para usar la espada.

— ¿¡A eso es a lo que has venido, soldado raso!? ¿¡A regodearte mientras aún disfrutas de tener la columna pegada a la espalda!?

Rowan de nuevo dejó escapar una risita fastidiosa, muy similar al cántico chillón de un delfín.

— ¿¡A que vienes, maldito raso!? — Asestó otro golpe, uno más contundente, y el sujeto tras la puerta se estremeció al escucharla temblar.

— Tengo un mensaje para ti — titubeó con voz entrecortada. —. De Ramskull.

*El Ariete* se alejó cojeando, y se adentró a la penumbra de la celda. Comenzó a rondar por la pequeña habitación con gesto caviloso. El incesante arrullo de las cadenas acompasaba sus pasos cortos. Era algo seguro que tuviera que comparecer ante la Horda también por sus desaciertos.

Rowan sacó algo de debajo de una de sus mangas, aquello simplemente lo intuyó al oírlo. Luego, se enteraría de que era un pequeño pliego amarillento de papel.

— Se te… dieron órdenes e-estrictas — leyó en tono muy severo. —. Se te exigió que calmaras tus ánimos hasta el momento indicado. Tendrías que haber mantenido un perfil bajo.

— ¿Perfil bajo? — inquirió, consternado el hombre de más de dos metros de altura al que llamaban *el Ariete*.

— Pero, ahora com-comprendemos que no eres siquiera capaz de acatar una simple orden — siguió Rowan, balbuceando demasiado al leer, y dejando bien en claro sus escasos dotes. —. Pudiste haber puesto en riesgo tan importante convenio para todos nosotros… *Bla, bla, bla, bla, bla, bla*… Ah, sí… Sin embargo-o, el asunto se ha adelantado, y prescindir de tu fuerza es un lujo que no nos podemos permitir en estos mementos… No. Momentos… En estos momentos en los que soldados escasean. Si vuelves a meter la pata una vez más, te pudrirás en la mazmorra en la que te encuentras

durante todo lo que dure el arreglo. — Ocultó el papel, y miró, absorto, al corpulento suboficial al otro lado de la puerta, en busca de alguna réplica, a la espera de algún grito.

— ¿Cuántos días más? — preguntó tan infame guerrero, permitiéndose un gesto de agotamiento sobre su desgraciado semblante. Más temprano que tarde tendría que pagar por sus descuidos. Ellos no lo pasarían por alto, así como si nada. Si de algo podía estar seguro era que Rex Azus era un hombre que no pasaba por alto ninguna afrenta.

— De hecho, solo serán unas cuantas horas — Sus ojos pardos resplandecieron con un perverso brillo de llamas anaranjadas. —. Todos se encuentran ya muy impacientes. El asunto se llevará a cabo esta misma noche. La sangre del Cordero correrá pronto por los ríos.

*El Ariete* asintió con dureza. La desidia se esfumó por fin, sucedida por cierta preocupación que no quiso admitir ni dejar ver. Escuchó la rendija cerrarse de golpe a su espalda, cuando se daba la vuelta, y se dirigía con sosiego al fondo de la celda.

« Raymond. Maldito Raymond.»

Segundos más tarde, justo después de recostarse sobre un cúmulo de heno mal oliente, percibió como la rendija se abría de nueva cuenta. Tuvo que mirar.

— Rayos, lo olvidé por un momento — se apresuró a comentar Rowan. —. Es sobre aquella mujer… la rubia del torneo.

El magno soldado se levantó atropelladamente, arrugó la cara y, entre bramidos de absoluta violencia, pateó contra la puerta la cubeta en donde se había visto en la obligación de defecar tiempo atrás.

— Deja de ser tan escandaloso — advirtió el otro, que por poco se había librado del excremento que voló por dentro de la abertura de hierro. —. Esto es muy serio… Ya, escúchame. El apellido de esa chica era Pryce, creo recordar… Bien, pues es el nombre de familia que se encuentra en nuestra lista de quehaceres. Sí, los Pryce y esos tales Birdwhistle. En fin, creí que deberías saberlo.

*El Ariete* quedó en silencio, aturdido, aunque su rostro no tardó en desfigurarse un tanto más por la vil y desmesurada parodia de un gesto de satisfacción. De pronto, toda la fatiga, toda la ira y la miseria que lo había tenido sometido se esfumó, al igual que lo hiciera la mayor parte de su dentadura. Sus heridas aún palpitaban, pero habían dejado de manar dolor. Se sentía sin peso, flotando de pura felicidad. Intentó llevarse las manos a la cabeza, y, abordado por un anhelo irracional, colmó la celda con tan estrepitosa carcajada, casi enfermiza, que se postergó durante no supo cuánto. Simple y llanamente, no podía concebir semejante golpe de fortuna.

— Bonita sonrisa, eh. — se mofó Rowan.

# Preludio al Purgatorio

El abrazo de las murallas de piedra fortificada abrigaba a gran parte de la Capital. Sus muros se alzaban grandiosos y resistentes a quince metros sobre el suelo.

Hacia el sur y suroeste, solo las granjas y las humildes moradas de los campesinos yacían más allá de la ansiada protección de la defensa coronada. Hacia el norte y oeste, se difundía un prado salpicado por la tenue luz de la luna; tan extenso que abarcaba toda la vista a pie de la muralla. Desde las almenas se divisaban también pequeñas colinas que se elevaban en el horizonte ennegrecido, y así, impedían apreciar la difusión de la naturaleza en sus agrestes bosques que se encontraban detrás.

Las torres de guardia de ladrillo ceniciento se asentaban dentro del muro, cada una situada a unos cien metros de la más próxima. El adarve entre ellas era tan espacioso que diez soldados podían fácilmente recorrerlo hombro con hombro durante kilómetros de empedrado gris.

La madrugada se mostraba apacible ante una ciudad sumida en el letargo. El prado padecía de una desolación y un silencio digno de un sepulcro.

En la faz oeste de la muralla, un dúo de soldados hacía vigía en los rústicos adentros de una de las torres.

— No hay nada en esa condenada llanura — rugió con voz hosca el más entrado en años por segunda vez. —. Ya para de mirarla como si fuese el busto de una prostituta carnosa.

Lucía un enmarañado cabello cano que le llegaba hasta la cintura. Su barba era tupida, igual de revuelta, y vulgarmente guarnecida por restos de pan de ajo. Apoyaba los pies sobre una mesa, y se mecía en su silla con desmedida comodidad, mientras sobre la prominente tripa reposaba una jarra con un extraño líquido que pretendía sin lograrlo asemejarse a la cerveza. Su armadura de cota de malla se hallaba tirada al fondo de la pequeña y umbría habitación.

— Solo estoy haciendo mi trabajo — replicó el joven de inmediato. —, el mismo que tú también deberías hacer.

Por su parte, el otro quién montaba guardia era delgado, más de lo que se pensaría sanamente aconsejable. Y, a decir verdad, se le notaba frágil. Pero con sobrada disciplina, se tomaba en serio sus obligaciones. Tanto que durante la velada no había sido capaz de apartar su cansada vista de la llanura por más de diez segundos. Observaba con sumo recelo la quietud del panorama gris que se cernía debajo como si su vida dependiera de ello. Estaba decidido a cumplir con su deber, al tiempo que le daba la espalda a su vago compañero de guardia. Una ballesta cargada se posaba frente a él, descansando en el alfeizar del mirador.

— ¿De verdad eres tan imbécil como para pensar que ese desgraciado y calvo de Hengist te promoverá si haces tu trabajo? — preguntó antes de vaciar su jarra de «cerveza» de un violento trago. — Ese infeliz no hace más que abusar del poder que tiene. Solo es un patán que tuvo la dicha de nacer en alta alcurnia.

— Que un comandante sea estricto y agraviante no lo convierte en un mal líder — El joven apoyó los brazos cubiertos por la cota de malla sobre el alfeizar y suspiró de forma abismal. —. Lord Hengist solo hace lo necesario para deshacerse de los endebles e indisciplinados.

« Endebles e indisciplinados como solo tú lo eres, bastardo », pensó el muchacho.

Se habían conocido por primera vez al inicio de su guardia, pero ninguno había mostrado el menor interés en preguntar el nombre del otro. El joven no descuidaba sus obligaciones como centinela; y el viejo estaba demasiado ocupado embriagándose como para importarle cualquier asunto atiborrado de vacía formalidad.

Los Miserables Centinelas eran un infortunado grupo de la Guardia de la Ciudad. El conde Nathan Hengist reservaba este «gran honor» a soldados sin experiencia, de pésimo rendimiento o aquellos a los que simplemente no estimaba lo más mínimo. Si bien los de cuestionable disciplina también eran merecedores de la obligación más monótona e insufrible. La actitud de aquel hombre se acostumbraba tan severa y adusta contra los que yacían por debajo que era respetado por pocos, temido por muchos y despreciado en amargado mutismo por la mayoría de sus subordinados.

El hedor que desprendía lo que sea que el viejo estuviese bebiendo impregnaba la habitación de un olor fuerte y amargo hasta rozar lo espantoso.

— Te diré algo, niño — De improvisto la voz del viejo comenzó a sonar más embriagada. —. Llevo… como quince años de servicio — Necesitó de los dedos de sus manos para contar torpemente. —, más o menos desde que Leonor es Rey. ¿¡Y en todos esos años sabes que he conseguido!? Dinero… para putas y cerveza. Nada más… Bueno, y para otras bebidas también. — Desde hacía por lo menos una hora había estado atragantándose del barril de bebida fermentada que confiscase «en nombre de la Familia Real» a un comerciante lo bastante ingenuo del mercado de brebajes.

La espontaneidad con la que aquella extraña cerveza de dudosa confección comenzó a surtir efecto le pareció absurda. El joven suspiró aún más, y apretó los puños, en una lucha interna para no girarse y descargarle una bofetada. Estaba dispuesto a rezar para que aquel sujeto cerrase el pico de una buena vez.

— Te lo juro, chico — El viejo comenzó a lloriquear repentinamente. —. En un principio lo intenté. Me esforcé como no tienes idea. Tanto o más que tú, pero todo fue en vano. No sirvo para esto, soy un fracaso. Hasta mis hijas se avergüenzan de mí. Ya ni siquiera me dirigen la palabra… ¿Me escuchas, niño? Por lo que más quieras, di algo.

El muchacho quedó atónito. Buscó un par de frases de consuelo en su cabeza por mera cortesía, a pesar de no entender lo que le estaba ocurriendo.

Y tras un enérgico eructo que bañó la torre de una peste inmunda, el hombre, fuera de sí mismo, se levantó de golpe, y empezó entonar a todo pulmón una cancioncilla repleta obscenidades acerca de la generosidad de las caderas de su Reina de Liongborth. Y sin previo aviso, un bulto en sus pantalones de tela sin teñir dejó en claro la pasión salvaje que le profesaba a la letra.

Justo cuando el joven creía que las cosas no podían empeorar. Se volvió hacia el mirador, y se llevó una mano al rostro, exasperado, mientras deseaba hallarse en

cualquier otro lado antes que allí. Tenía claro que era la bebida, pero no quería ni imaginar qué clase de sustancias provocaba tal desquiciado descontrol.

Su enardecida canción entonaba con voz áspera y errática se interrumpía constantemente por berridos fugaces. Más tarde intentó rebosar de nueva cuenta la jarra de madera con aquel extraño líquido, pero en su torpe intento derramó todo el barril. Y tambaleándose, rondó por la habitación sin rumbo claro y haciendo como que bailaba.

— ¡Te lo juro, niño! — gritó estrepitosamente al tiempo que alzaba de forma solemne una de sus manos. — ¡Te lo juro por el glorioso y venerable culo de la Reina, que habría hecho todo lo posible para…! — La voz del viejo se detuvo de exabrupto, ahogada bajo el silbido cortante del acero.

Y su frenesí y aliento alcoholizado se desvanecieron al momento.

El desgarro inconfundible de la carne contra el metal alertó al muchacho, quien cogió rápidamente la ballesta como reflejo instintivo. El sobresalto vino después, cuando al volverse los ojos se le horrorizaron. Su compañero, el hombre que cantaba con vigor hasta hacía escasos segundos, se encontraba con los brazos colgando y un rostro que se había quedado petrificado en gesto de espanto. La espada que le traspasaba la nuca surgía bañada en sangre fuera de su boca como si se tratara de una lengua que hubiera conseguido acallarlo para la eternidad.

Las manos temblorosas del chico sostenían el arma que apuntaba vacilante hacia aquella silueta que se alzaba detrás de su antiguo compañero. Mudo de consternación, pudo reconocer entre la penumbra que lucía los ropajes de color blanco y verde y la armadura de cota de la Guardia de la Ciudad.

« ¿Por qué? Es uno de los nuestros », se atrevió a pensar con una brizna de razón que desafiara su aterrorizada mente.

El asesino retiró la espada con dureza, y dejó caer de bruces a su víctima, quien se estampó inerte contra el suelo en un golpe que dejó tras de sí un crujido espantoso. Los ojos del hombre se posaron sobre el chico. Eran del color más negro que podía existir, como un par de cuencas vacías en una calavera. Se limpió la sangre de la hoja con una de sus mangas destrozadas, y con una pasividad insólita se acercó hacia su próximo objetivo.

El joven estaba al borde del pánico. Era la primera vez en una vida que la muerte le plantase cara. El cuerpo le tiritaba y el aliento le afloraba entrecortado. Y cuando más el miedo se había apoderado de él, una voz en su cabeza le gritó que hiciese algo, cualquier cosa, o moriría de igual o peor forma que aquel viejo cuyo nombre jamás conocería. Decidido, hizo prontamente acopió de valor, asumiendo las consecuencias de matar a uno de los suyos, aunque fuese un homicida, y disparó.

El soldado dio apenas un paso adelante, y en un parpadeo, la saete se incrustó de lleno en su garganta. Y en seguida, recortó un paso más, y después otro, sin más impresión que un ligero cabeceo.

El alarido que se escuchó no salió de otra boca que la del joven, presa del horror y la desesperación al encontrarse con aquellos ojos amedrentadores, vacíos como los de

un muerto, sobre un rostro que no reflejaba emoción de ninguna clase. Parecía no tener vestigio de alma o piedad.

Y como por encanto o milagro, un latigazo de vivacidad azotó sus carnes, y a prisa buscó recargar el arma. Miró a todos lados sin hallar cerca alguna saeta. Intentó dar un rodeo al enemigo, y alcanzar los suministros de la esquina contraria, pero sin mucho éxito. Tardó demasiado en reaccionar, y la tercera zancada fue la última. El guardia le hundió la espada en el estómago de una estocada que traspasó con facilidad pasmosa la cota de malla recién hecha, y finalmente la carne de la parte baja de su espalda. Esta vez no gritó. Tan solo abrió la boca y dejó escapar un gemido sordo y efímero. El frío del acero inundó sin piedad su torso, mientras percibía cómo la calidez de su sangre se le derramaba por la cara interna de las piernas.

Tan desolado como atajado de dolor ante la perspectiva injusta de su propia muerte, levantó la mirada hacia los ojos de su asesino. Se arrepintió al momento de atisbar la palidez de su cadavérico semblante surcado por minúsculas venas tan negras cual ceniza, que brotaban de sus ojos muertos como pequeñas protuberancias palpitantes. La mitad de una mejilla era carne muerta, con la nariz supurante hecha jirones. Conservaba un rostro aterrador, incluso macabro, desprovisto de todo placer o culpa.

El muchacho titubeó en un impulso por pronunciar sus últimas palabras, pero su agonía irrevocable aplacó cualquier esfuerzo.

Solo había querido hacer bien su trabajo. Para que tarde o temprano lo ascendieran a un mejor puesto. Para ser alguien. Para tener un nombre que valiera algo.

Y por desgracia, su dolor estaba lejos de acabar. El verdugo le introdujo su hoja con incluso mayor fuerza, y zarandeó sus ya destrozados órganos sin vacilación, hasta que la cruz de la espada se topó inevitablemente con su abdomen. Después, el maldito lo alzó en el aire. Cuando sus pies se separaron del suelo y el filo comenzó a desgarrar su pecho, el resto del mundo se fue apagando, aunque así él no lo quisiese.

— Con eso bastará. — susurró una voz femenina en la oscuridad.

El Interfecto acató la orden. De inmediato separó la espada del cuerpo de su segunda víctima, que se desplomó al suelo como una masa sin vida, y bajó el arma. Se enderezó solo para quedarse quieto, mientras miraba a la nada con sus ojos ennegrecidos.

La mujer surgió de entre las sombras para mostrarse ante el débil resplandor de una antorcha. Una túnica de tela negra desteñida y una capucha la vestían, y conservaban el enigma de su aspecto. Se acercó a paso vivo hacia el cadáver todavía tibio del hombre más delgado.

— Hazte para atrás. — ordenó, y su subordinado obedeció presto, con movimientos rígidos y sin dibujar mínima expresión.

La mujer sacó una cuchilla de la manga de su túnica, y se tendió sobre el cuerpo ensangrentado. Tan fría como el más crudo invierno, le abrió una herida profunda en el cuello con su hoja de acero recién amolada, por cuanto aversión le producía degustar la que hubiera tocado el suelo.

La habitación de la torre se había vuelto un viscoso chiquero, cuando por una orden muda el soldado arrojó a su lado el cuerpo inanimado del viejo.

Y pronto se halló de nuevo firme e inmutable. Una peste a sulfuro y amoníaco emergía del guardia en pie de lucha. Sus ropajes despedazados mostraban indicios de batallas anteriores, y llevaba a la altura del pecho una cruz invertida que le habían trazado con sangre. De la herida producida por la flecha empotrada en su cuello esbelto emergía una sustancia espesa, negra y escarlata, que se asemejaba al magma agonizante en cierto punto.

— Tal vez esté un poco demacrado — señaló la mujer con voz aniñada. Una sonrisa perversa le ribeteaba la descolorida piel. —, pero nos servirá, Belial. Por ahora.

Entre risitas de júbilo, acarició al cadáver. Luego, alzó las manos repletas de pequeñas cicatrices con las palmas hacia arriba, y la sangre que brotaba de su garganta reptó en hilos lentamente, como serpientes que remontaran el aire, atraídos por los encantos de su magia, por el recorrido que describían sus dedos. Juntó por fin sus manos a modo de cuenco, y una vez lo llenó hasta desbordar con la sangre fresca de su futuro sirviente, se las llevó a la boca.

La desgastada capucha negra cayó hacia atrás, revelando un aspecto delicado, un tanto huesudo y con pómulos prominentes, cuando levantó el rostro. Los ojos de un color azul lustroso, semejantes al lapislázuli, observaban desorbitados cómo su venganza daba inicio. Casi parecían resplandecer por sí solos. El cabello castaño rojizo le caía lacio sobre los hombros delgados.

Pareció deleitarse al probar de la sangre del cordero, eufórica, como si del más exquisito vino se tratase. Feliz y juguetona, plenamente satisfecha, recabando lo que chorreaba de sus labios con la punta de la lengua. Tragó y se relamió una y otra vez, poco antes de esbozar una sonrisa complacida de dientes sanguinarios en medio del más placentero de los éxtasis que recordaba. En breves, respiró de los aromas que la envolvían, y llenó sus pulmones hasta no poder más. Cuando logró condensar el fuego que ardía en sus entrañas, se inclinó hacia el cuerpo de la víctima, y expulsó de su boca un humo espeso, negro y rojizo, que lo rodeó para que insuflase en él un trozo de alma y de fuego en el corazón.

El silenció reinó sobre la torre hasta que la exhalación se hubo dispersado. Y solo entonces, el alguna vez muerto retornó a la vida, revelando sus ojos ónice.

— Bienvenido a mi Guardia de Interfectos — declaró Mary con voz dulce, al tiempo que se adjuntaba las manos contra el rostro de forma encantadora. —. Bienvenido al preludio al purgatorio.

# Connor III

Era uno de esos hombres a los que el insomnio lo privaba a menudo del dulce beso del letargo. Pero al menos, no le eran necesarias muchas horas de sueño para sobrellevar el día a día.

La lívida luz de luna de medianoche ennegreció de nuevo por una nube pasajera, dificultando a Connor el tiro hacia la diana que estaba a más de treinta pasos de distancia. Su vista se adaptó rápidamente a las sombras. Aguantó la respiración por un instante, y disparó. El proyectil surcó la humedad con un fugaz y débil silbido, y se incrustó justo en el centro del blanco.

El pequeño descampado de hierba era su campo de tiro en medio de una desolada, fría y umbría noche; el mismo impertérrito paraje donde solía adiestrarse en el arte de la arquería cada vez que la tozuda somnolencia se rehusaba a hacerlo prisionero.

Al cabo de un rato, se puso a prueba con un desafío un tanto más soberbio, aburrido de la simplicidad de los tiros a aquella distancia. De tal manera que, se encaminó hacia la diana a un paso que no dejaba lugar al murmuro de sus pisadas, y extrajo cada uno de los proyectiles para depositarlos en su carcaj. Tan pronto como acabó, se posicionó a los límites del campo, mucho más lejos que antes. Cogió una flecha, la acopló al arco compuesto poco antes de tensarlo una vez más, y desató el proyectil con un ligero movimiento de dedos. Se apresuró a elegir otra flecha e hizo lo propio de una forma idéntica, apurando un disparo tras otro, lo más veloz que le fue posible, sin apenas dirigir su puntería al objetivo.

No tardó en concluir.

Solo dos flechas reposaban dentro del cilindro de piel a su espalda y catorce de ellas ensartadas en la diana en disposición de una compacta hilera horizontal. Salvo por la breve desviación de dos de ellas hacia abajo, la formación era milimétricamente perfecta.

— Desfalleceré antes de dejar de repetirlo: Estaba despejado el condenado cielo — musitó con amargura. —. Por supuesto que habría ganado ese torneo. Hasta con los ojos cerrados… Como si unas cuantas gotas de agua fuesen capaces de hundir un puto barco preparado para la guerra.

El rencor fruto de la ingrata remembranza de un sinnúmero de horas malogradas y un deseo abatido, no conseguía más que hervirle la sangre y empeorar con ello su insomnio. Para aquellas alturas, habría partido ya hacia los bosques con el título y premio de vencedor todavía caliente en sus manos. En circunstancias ideales, donde las cosas salieran siempre a pedir de boca. Sin importar cuanto lo quisiese, la ambición viviría solo en su cabeza un año más.

Al aproximarse la apatía del invierno por el follaje de los árboles, las hojas de algunos de estos se embarcaban ya al inminente descenso hacia su gélida agonía. Y de una forma casi pronosticada, el murmullo de una brisa se manifestó de pronto,

arrastrando con ella, decenas de hojas teñidas por las sombras de un serbal pernoctado detrás de la diana.

En aquel instante, sus ojos no divisaron otra cosa que una ristra de diminutos blancos que caían hacia el suelo con suma ligereza. Reaccionó de manera inconsciente al cargar el arco, apuntó por medio segundo, y disparó sin siquiera llegar a pensarlo. Acto seguido, el proyectil salió desprendido, expedito, y fragmentó una hoja en dos pequeñas mitades, que cayeron juntas hacia el suelo poco después de que la flecha se hubiera alojado en el punto más céntrico de la diana. Connor no se permitió hacer el más mínimo ademán de asombro o satisfacción. Había sido un tiro extraordinario, sí, pero aquello no enderezaba su situación.

Sin darle más vueltas al asunto, se hizo cargo de la última flecha que le restaba en el carcaj. Divisó el objetivo con atención, y cerró sus ojos pretendiendo acertar con tan solo la imagen que había detallado en su cabeza. Volcó toda su atención en el oído y tacto, para inferir en qué dirección se aproximaba el soplido del viento. Durante un tiempo, no percibió nada que no fuese un susurro suave en su piel. Pero cuando estaba a punto de disparar, un cántico animal consiguió estremecerlo, por lo que la flecha salió despedida en un desliz hasta estrellarse contra la hierba. Connor dirigió, agitado, su mirada hacia el cielo nocturno, donde una bandada de unos veinte pájaros emergía con revuelo por encima del serbal. Bajó su arco, y los siguió con la mirada para ver cómo surcaban el aire hasta perderse en la espesa oscuridad.

« ¿De qué estarán huyendo? » Para cuando consiguió sacudirse la conmoción, los animales se encontraban ya lejos del alcance de su don de Dádiva. Aquellas aves no acostumbraban a volar de madrugada, y menos con semejante alboroto. Y por la razón que fuese, un leve escalofrío lo atravesó de pies a cabeza. ¿Un mal augurio? Desechó la idea tan pronto como llegó. Se consideraba precavido, de una forma un tanto obsesiva, pero la superstición era probablemente lo último que se encontrara en su naturaleza. Y aún con esas, después de tan inusual vivencia, una incomprensible angustia lo acompañó de camino a casa.

Dejó las especulaciones en el campo de tiro, intentado ocupar su mente en otra actividad. En aquella ocasión, la noche se encontraba hasta cierto punto cerrada, de manera que no eran muchas las estrellas que podía contemplar. Caminaba entre las sombras de una calle secundaria jugueteando con sus cuchillos. Con igual destreza en ambas manos, ejecutaba trucos de dedos rápidos y lanzamientos cada vez más altos. Y tan pronto como se aburrió de esto, buscó cualquier otra tarea con la que pasar el rato, pero no había mucho que pudiera hacer en mitad de la noche en una ciudad adormecida. Y muy a su pesar, la esperanza de sueño aún seguía negándose a sus suplicas.

Cerró sus ojos, se llevó las manos detrás de la cabeza, y comenzó a sopesar la magnitud de sus desgracias recientes con viciosa pesadez.

« Si lord *Tiquis Miquis* no fuera un pusilánime, habría llegado a tiempo. Si ser Alfred y otros no se hubieran indispuesto en Barmania con la comida, habría llegado a tiempo. Si solo una entre miles de cosas hubiera resultado ligeramente diferente, tendría ahora mismo el torneo en mi bolsillo. »

No tenía idea de quién había ganado el torneo, ni tampoco le interesaba conocer a ese desgraciado infeliz.

El rumor de sus pasos afirmándose en la tierra era la única perturbación que se enfrentaba a la quietud de la noche. O al menos sucedió así, hasta que un vaporoso murmullo lo sustrajo de sus lamentos. Parecía como si viniese del norte, traspasando los límites que alcanzaba su vista. El sonido incesante lo atrapó de sobremanera, y Connor se detuvo en medio de un cruce de calles en donde no se observaba más que un largo tramo de camino sin pavimentar, con casas y establecimientos iluminados débilmente.

« Sea lo que sea, está mucho más allá de las colinas ».

Puso todo su empeño en descifrar aquel indescriptible sonido, con los ojos cerrados e incluso aguantando la respiración. Tenía que tratarse de un enorme bullicio si hasta sus oídos llegaba, pese a la distancia. Empezó a darle vueltas al asunto, y se fue desconcertando aún más, a medida que no concebía asociarlo a algo con exactitud.

— ¿De qué se trata esto? — inquirió. — ¿Tañidos del acero? ¿Gritos? ¿Ambos?

Resolvió partir en aquella dirección, agitado y suspendido en la cúspide de su insaciable curiosidad. Y poco tiempo después, se presentó un segundo ruido, uno mucho más ostensible que arruinó la paz de su velada. Este provenía de su retaguardia.

— Caballos al trote. — comentó al girarse de súbito. Era el mismo rumor de los cascos al vigorizarse sobre la tierra que había escuchado durante la mayor parte de su vida. El sobresalto fue tal que consiguió ponerle la piel de gallina.

A unos cien metros de distancia, dos altas siluetas se acercaban a paso apresurado. Tan pronto como los vislumbró, supo que eran jinetes. Lo sucedido aconteció con extremada rapidez. El trayecto que los separaba de ellos se fue acortando, mientras el fragor de los caballos al galope se intensificaba. El leve resplandor de una antorcha aledaña al camino resultó reflejado en la cota de malla de los jinetes, por lo que se percató que iban bien pertrechados. Connor no pensaba en otra cosa que hacerse a un lado para no estorbarles el paso. Pero, para su enorme desdicha, el asombro se convirtió en espanto, cuando sus oídos atendieron el gemido agudo del acero al desenvainar bruscamente.

— No — musitó casi como una exhalación. Y de forma instintiva, asió el arco compuesto junto a una flecha del carcaj, en lugar de alzar las manos. — ¡Deténganse ahora! — gritó al tensar el arma.

Los jinetes blandieron sus espadas en el aire, implacables. Con treinta pasos de por medio, no dieron señales de renunciar a sus intenciones de decapitarlo con un limpio movimiento. Connor tensó al máximo su arco, y apuntó a la cabeza de uno de ellos, para después titubear, dirigiéndose al segundo hombre. Apretó los dientes, y se forzó a disparar, pero no fue capaz de siquiera lastimarlos. De modo que, desistió de su amenaza, y bajó el arma. Y a tan solo un par de zancadas, ambos corceles se desviaron hacia un costado, por la acción del Dádiva. Pasaron de largo, zumbando cual saetas, mientras el filo del acero cortaba el aire a escasos centímetros del rostro de Connor. En sus oídos quedó retumbando el silbido de las espadas.

Sabia pero arriesgada decisión, exponer de aquella forma su habilidad; y a la vez, tan necesaria como cruel para los caballos.

Ambos hombres tiraron de las riendas al unísono, tras un fallo en la embestida que no podían explicarse, y la pareja de animales se detuvo de manera tan violenta que casi pierden el equilibrio de sus monturas. Pero lograron mantenerse firmes y dignos al final.

— ¡Solo camino de vuelta a casa! — exclamó Connor al descubrir que se ataviaban con los distintivos ropajes de la Guardia de la Ciudad. — ¡Llevo arco y flecha, porque estaba en el campo de tiro! Eso es todo.

Sus expresiones de irritación eran casi imperceptibles por culpa de la penumbra que los ceñía con su velo. También envolvían sus cabezas con cota de malla. Uno de los jinetes prorrumpió en maldiciones hacia su montura, al tiempo que lo espoleaba con frenesí para que avanzara. Y, sin embargo, el animal se resistió a cada una de sus objeciones. Sometido ante la desesperación, el segundo hombre cogió la fusta de cuero de su silla, y comenzó a flagelar a diestra y siniestra a su corcel, que relinchó y coceó, pero que se mantuvo al margen en cada momento.

El alma de Connor se resintió con cada latigazo que el caballo recibía, como si suya fuese la piel, suyos sus músculos y huesos, suya la mente del animal durante aquellos instantes. Con apenas el primer chillido espantoso de dolor, había sentido como si su corazón intentara escapar por su garganta en medio de una arcada.

— ¡Desgraciado, le estás haciendo daño! ¡Déjalo!

Y sin importar que tanto los escarmentaran, estos hacían caso omiso a sus órdenes, leales a partir de entonces a Connor Bressler. No pasó mucho hasta que el soldado, encolerizado como energúmeno, empuñara la fusta en lo alto una vez más. Y en el instante en el que comprometió su sujeción a las riendas, el animal se encabritó, provocando que el hombre perdiera el equilibrio, y se desplomara al suelo sin remedio.

Por mero resentimiento, volvió a tensar el arco contra los jinetes.

El soldado que hasta entonces seguía a lomos de su caballo, desmontó, airado. Se hizo con el escudo que había estado portando a su espalda, y se resguardó tras él, mientras cargaba hacia Connor.

— ¡Ya les he dicho que solo caminaba de vuelta a casa! — vociferó como último recurso.

A medida que se acercaba, Connor se debatía entre soltar el arma, reafirmando así su inocencia, o simplemente disparar para librarse del guardia. Durante unos segundos, se limitó a retroceder. Y, sin más remedio, siendo testigo de que su amenaza no desistiría, disparó la flecha al muslo de aquel hombre.

« Espero que te duela más a ti ». La flecha de punzón afilada con esmero atravesó la piel y el músculo hasta incrustársele en el hueso sin tregua ni compasión. El guardia se rindió ante el dolor, hincando una rodilla entre lamentos. Connor apuntó con una nueva flecha en su arco, y reculó un par de pasos. Desconcertado aún, frunció el ceño, y estudió al hombre en busca de respuestas. Sobre sus ropajes se mostraba una cruz invertida dibujada en sangre a la altura del pecho.

— ¿Por qué persistir incluso después de aclarar mis intenciones? Solo volvía a casa.

El soldado cogió aire, y acompañando todo su rigor de maldiciones y alaridos, un par de tirones le bastó para retirar el proyectil de su pierna.

— *Vivat Bestias*. — expresó entre dientes al lamentarse casi sin aliento.

— ¡No te levantes!

Pese al claro mandato, el hombre luchó para alzarse hasta conseguirlo. Y sin importarle que su herida despidiera sangre a borbotones, sobrellevó el dolor, y sostuvo sus deseos de atacar como un animal salvaje.

— *Vivat Rex Azus.*

« *Vivat Bestias. Vivat Rex Azus* », repasó, despavorido, mientras el soldado avanzaba agitando su espada en el aire y resguardando medio cuerpo tras el escudo de hierro. Su mente se hallaba congestionada, en cualquier otro lado menos allí sobre la calle, y a pesar de esto, maquinalmente tensó el arco, y proyectó la flecha directo al brazo de su enemigo. La punta de acero rompió el aire a gran velocidad, y perforó los anillos de la cota de malla y el antebrazo del soldado como si fuese queso tierno, hasta surgir por el otro lado y estancarse a mitad de asta.

El soldado trató de vocear otra alabanza fanática, pero en aquel instante una sombra se abalanzó sobre él como un rayo deslucido en plena oscuridad. Connor cubrió su boca con una mano, y ahogó su voz. Un arranque de furia eclipsó toda muestra de clemencia, y retiró la mano de su faz pesarosa un segundo después, solo para asestarle un puñetazo en la nariz. Y acto seguido, aprensó su brazo herido con una fuerza que no daba lugar a la huida, y con un grito de violencia, removió a enérgicos tirones el proyectil. Al tercer intento, la carne y el hueso cedieron ante el metal cruel, y la sangre salió desperdigada hacia su rostro. Su enemigo no tuvo más elección que someterse al sufrimiento y liberar por fin el guante de la empuñadura.

En un abrir y cerrar de ojos, Connor dirigió un rodillazo hacia su estómago, y lo forzó a desengancharse del escudo con una patada. Abatido, perforado y batallando consigo mismo para respirar, cayó con ambas rodillas al suelo en busca de socorro.

— ¿¡Por qué estás aquí!? — le espetó Connor con rabia, cogiéndolo por el pescuezo. No restaba en él vestigio alguno del hombre sereno que antes había sido.

— Estarás muerto para el amanecer — rio el celta con sumo esfuerzo —. Tú, tu insignificante dios y todos los vuestros.

« *Vivat Bestias. Vivat Rex Azus* », le azotó de nuevo el recuerdo.

El otro soldado, aquel cuya dignidad se desplomase a causa del ímpetu resentido de su montura, había tratado de salvar un poco de su orgullo con la tonta ilusión de ponerse en pie. De poco valieron sus quejas balbuceantes y su voluntad, cuando el caballo al que había flagelado coceó y le estampó sus herraduras en el congestionado rostro, exiliándolo sin remedio a la oscuridad de sus adentros.

— Maldito seas, cristiano — siguió. —. Pagarás lo que tu pueblo ha hecho cuando las llamas del Fuego Fatuo consuman tu alma.

El vecindario estaba siendo despojado de su sueño. A lo largo de la calle, las luces interiores de algunos hogares comenzaban a encenderse una a una.

El brazo sano del soldado buscó alcanzar el estilete escondido en su bota. Sin embargo, Connor fue rápido, y liquidó sus ambiciones al retorcerle la mano con la que había logrado hacerse con el arma. Se apoderó del estilete con habilidad, y con expresión siniestra lo situó en la garganta del celta. Estaba harto de su mera presencia.

— ¿Por qué estás aquí?

— ¿Muerto por un cristiano?

Deslizó el arma de una mano a otra con un fugaz movimiento. No le tuvo paciencia, y se apresuró a encajarle un puñetazo más con su mano diestra.

— No me llames de esa forma. — le espetó al colocar de nuevo la cuchilla bajo su mentón. —. No soy un cristiano.

— Hazlo — ordenó con el rostro amoratado. — ¡Hazlo! En el Inframundo, mi alma se fundirá en el Caldero de la Muerte, y reencarnaré en una nueva criatura. Algún día te recordaré, y vendré a por ti.

Connor lo observaba desde arriba con gesto desbordante, ahogado en un mar inmenso de desprecio. Empuñaba con tal fuerza el estilete, que su mano tiritaba, y en un descuido, el trabajado filo comenzó a cortarle la piel.

— Hazlo — repitió a duras penas. Se esforzaba por respirar, dando bocanas de aire. —. Moriría al servicio de mi causa.

— Debería degollarte por lo que haces — señaló con voz sombría. —. Pero antes de eso, escogería suicidarme. Cualquier cosa antes que otro adepto de un dictamen homicida. No soy un fanático. — « No pienso ser como vosotros. »

— ¡Muchacho cobarde! ¡No eres capaz de…! — Sus palabras se sofocaron, desterradas a un abismo de inconciencia por el golpe que recibió en la sien.

¿Pudiera ser que la hueste de ser Logan hubiese estado corriendo hacia un falso señuelo todo el tiempo? Se rehusaba a creerlo.

Connor arrojó con repugnancia el estilete sobre el cuerpo desvanecido de su enemigo. Y al enterarse del naciente número de destellos en los hogares, se precipitó a marcharse de allí. Se adueñó de la espada y el cinturón del guardia impostor, y corrió veloz hacia los caballos, con su arco compuesto a la espalda. El corcel herido por los latigazos decidió seguirlo, cuando el Dádiva ascendió de un salto a lomos del segundo caballo. Y sin necesidad de picar espuelas, coger las riendas o ademán de cualquier orden, ambos equinos emprendieron el galope hacia las sombras antes de que se hiciera la luz sobre la calle.

Las palabras retumbaban en su mente con incesante voz. De pronto, una terrible presión en el pecho se propagó dentro de él, una como la que jamás había conocido. Pero no temía por sí mismo, sino por ellas. Por Lady Elizabeth y Grace. Quería pensar que también por toda la ciudad.

« Larga vida a las Bestias. Larga vida al Rey Azus. »

# Grace II

*Padre, la última vez que compartimos una comida yo era un escudero, poco más que un muchacho, pero cuando vuelva de la guerra y compartamos otra vez la cena, me verás a los ojos como un hombre convertido en caballero.*

Las escasas palabras que había alcanzado a leer de la carta que Valysar le había dejado a su padre revoloteaban en su mente, mientras batallaba para conciliar un sueño imposible. Aquellas líneas de tinta que ojeó a expensas de sus padres la intranquilizaban como si a ellas se ligara un calamitoso presagio.

Grace flotaba en un mar negro de interrogantes.

No estaba segura de contra quienes pelearían los hombres de la hueste, cuánto tardarían en volver, ni mucho menos los motivos que tendrían para derramar sangre. Nadie le decía nada de lo que estaba pasando. Si echaba la vista atrás, descubría que casi nunca lo habían hecho. Inclusive Connor, quien solía ser honesto con ella, no tuvo la gentileza de desvanecer cada una de sus dudas. Tan solo podía hacerse a la idea de que realmente no sabía nada, salvo que buenas y malas personas morirían a causa de… ¿De qué?

Tampoco lo sabía.

Odiaba la sangre. Odiaba las armas, cuando se usaban para atacar y no para defenderse. Odiaba la violencia en cada uno de sus aspectos, aunque su padre, hermano y tío la practicasen para protegerla.

Habría podido dormitar unos minutos, si su padre no roncara tantísimo, echado a su izquierda, y su madre no acompañara el recital, a su derecha, con agudos silbidos de nariz. Incomoda, Grace se revolvió bajo las sábanas, tanteando distintas formas de probar suerte con la pesadez del letargo, y de paso, corregir con empujoncitos la tan irritante costumbre que sus padres tenían para pasar la noche.

« Si los golpeará con una almohada, se enojarían. Lo sé. Val lo ha hecho conmigo cientos de veces. Pero al menos se mantendrían callados un buen rato ». De alguna manera, todo pensamiento, sin importar cuál, terminaba por retornar a Valysar, en un círculo vicioso de sinsabor. Por la impotencia y el percance, se mordió un labio.

Hacía ya bastante tiempo que Grace había perdido la cuenta de las ovejas que saltasen la valla, cuando sintió la boca seca. Paladeó el gusto del miedo un segundo después; miedo de tener que bajar a la cocina a por un vaso de agua. En sus aposentos, siempre había una pequeña jarra a rebosar sobre la mesilla de noche. Pero sus padres, imperturbables del sueño, no llevaban el mismo hábito. Velas también había. Y luciérnagas. Las luciérnagas enfrascadas que el mayor de sus hermanos le había regalado podían seguirla e iluminarle el camino hasta el piso de abajo, y después de vuelta.

« Tendría que llegar primero a mi habitación a oscuras. ». La idea no le hizo la menor gracia. Así que, se rindió ante sus miedos, y se dijo a sí misma que no lo intentaría por ningún motivo.

En aquel instante, le llegó la voz rumorosa de Giselle, una de las dos criadas de la familia, al otro lado de la puerta.

— Adelante, hazlo. Díselos.

«¡Gracias a Dios!», casi le da un patatús de la impresión. Ella podría acompañarla. En el espacio que existía entre la puerta y el suelo, tintineaba una luz.

— Yo no lo haré — se quejó Elaine en tono bajo. —. Esto ha sido tu idea. Ya te he dicho que quizás no sea nada importante. Ay, chiquilla, eres muy paranoica.

— Claro que es algo importante.

— Despiértalos tú, entonces.

— Ni hablar, despiértalos tú.

— No, despiértalos tú.

— Hazlo tú, Elaine, por favor. Llevas media vida sirviéndoles, si no es nada y los molestamos en vano te perdonarán más rápido a ti.

— De ningún modo. No, despiértalos tú. — repitió con dureza.

En el aquel punto, Grace había girado ya la perilla y abierto la puerta. Se frotó los ojos y los entrecerró a causa del candil que colgaba de la mano de Giselle.

— Quisiera agua, por favor. — les dijo a ambas, pasando por alto todo lo demás.

Elaine y Giselle se miraron mutuamente, sorprendidas. Una de cabellos entrecanos; la otra de un castaño alisado. Una era una mujer regordeta que si fuera hermosa y de ojos añiles podría tratarse de la madre de su madre; y la otra era una veinteañera muy alta que abultaba casi lo mismo que una vara.

— Mi lady, despiértalos tú — mascullaron ambas al unísono. En seguida se voltearon a ver de nueva cuenta. —. Es decir, vos. Despertadlos vos.

En cuestión de nada, la convencieron a punta de suplicas y empujoncitos de ánimo. Grace no hizo pregunta alguna. En cambio, pidió su vaso de agua como retribución, y se dirigió a sus padres. El concierto de ronquidos y silbidos aún se pronunciaba, de manera que cogió una almohada de plumas, y le golpeó el pecho a su padre, con una delicadeza no tan evidente. Le pareció lo más apropiado.

Vyler despertó al segundo asalto. Y más adelante, cuando Elizabeth también se hubo levantado, Giselle tiró de las ropas de dormir de Grace, y la apremió para sacarla de la habitación.

— Os llevaré a por ese vaso de agua, lady Grace. ¿O preferís leche caliente para sostener el sueño?

— Leche caliente, sí. Con un poco de miel estaría bien.

Sin embargo, Giselle no llegó a prestarle su debida atención. Se giró hacía Elaine, bajo el marco de la puerta, y le guiñó un ojo sin disimulo ni desengaño.

— Ya que están despiertos, aprovecha, cuéntaselos tú.

A juzgar por la manera en la que Giselle recorría la cocina de lado a lado, volviendo siempre sobre sus pasos, a la vez que se devoraba las uñas, algo pasaba; algo no muy

bueno. La criada nunca había sido de demostrar grandes emociones, y en aquel momento, el nerviosismo relumbraba en sus ojos negros.

— ¿Sucede algo, Giselle? — le preguntó Grace, mientras la bebida caliente aún le bajaba al estómago.

— Nada de importancia, mi lady. Solo terminad vuestra leche.

« Sí sucede algo — supo por la forma en la que agitaba las manos y después se la pasaba por la cabeza con gesto inquieto. —. Y me está mintiendo. Aquí nadie jamás me dice nada de lo que sucede. »

Al final, cogió de la mano a Grace, y la llevo hacia la sala principal con la misma ansiedad con la que la hubo conducido también a la cocina. Elizabeth, con el esbelto camisón blanco de dormir, aguardaba en la soledad de la estancia adoptando los mismos ademanes agitados de la criada. Cuando hubo llegado hasta ella, su madre se inclinó para limpiarle el bigote blancuzco que se le había formado sobre el labio con una manga de su atavío. Para aquel entonces, la curiosidad comenzaba ya a tornarse temor. A cuentagotas, un mar de dudas fue en ascenso en su interior. Se escuchaban pisadas en las escaleras que daban hacia el piso inferior; alguien bajaba con demasiada prisa.

— Es de noche. ¿Por qué todos están despiertos? — La última vez, según recordaba, que algo así había ocurrido, la criada anterior a Giselle había fallecido en su cama. Se hubo ido de un momento a otro, sin dar mayor señal que una ligera fiebre y un dolor de cabeza. Grace tenía lagunas al respecto, pero creía haber derramados lágrimas por ella, aunque hubiese sido una mujer malvada y fea con verrugas y nariz aguileña, como las brujas de los cuentos que había leído. Se acordó de todos a los que conocía y temió por ellos. — ¿Todos están bien? Connor, tío Konash, Val…

— Eres una niña con mil y un temores, cariño — Se esforzó por sonreírle. —. Todos están bien. Sé que eres hija de tu padre, pero no te alarmes tanto.

— ¿Y entonces por qué luces más alarmada que yo? — le apuntó con inocente mordacidad.

No hubo tiempo para réplicas cautelosas. Su padre surgió por una puerta, y atravesó la sala, con la espada enfundada en una mano, mientras sostenía una conversación con Elaine casi tan movida como las zancadas que propinaban sus pies. Grace advirtió que vestía como siempre lo hacía cuando se encontraba en casa; con un jubón suelto y pantalones, pero la postura rígida y marcial no era la de su padre. Era la del caballero ser Vyler. Ocultaba muy bien cualquiera de sus sentimientos tras un rostro hierático, que lo hacía lucir como si fuera a regañarla a la mínima oportunidad.

— ¿Qué tan segura estás? — se dirigió, primoroso, a la criada un tanto rolliza que luchaba por seguirle el paso.

— Os digo que no está segura de lo que vio — se apresuró a decir Elaine. —. Mi señor, las más jóvenes tienden a impresionarse fácilmente.

— ¡Yo sé bien lo que vi! — arrojó Giselle de pronto, con soltura. Sus modales a menudo dejaban mucho que desear.

— Si es así, decidme lo que viste — ordenó ser Vyler Maine. —. No dejéis que ninguna otra voz diga lo que la vuestra no quiere. Hablad por vuestra cuenta.

A la criada se le arreboló el rostro de la pena. No era usual que su padre hablara con tal dureza. Evitó cruzar miradas, y bajó la vista hasta el lugar de sus pies.

« No viste con la pesada piel de caballero — pensó. —, pero es como si así fuera. Ya no es papá, no del todo ». Grace bien sabía hasta qué punto llegaban a discrepar la actitud bonachona de su querido padre de la brusquedad del ser Vyler más agitado.

— Yo… — empezó Giselle muy apenada. —. Lo siento mucho, mi señor. Siendo breves, escuché ruidos en la calle. Un clamor eufórico, lejano, pero audible en una noche silenciosa. Me dirigí hasta la ventana por mero fisgoneo, y un segundo antes de que apartara las cortinas escuché los cascos de los caballos. — Dejó clara la intención de continuar, separando los labios. Sin embargo, no se aventuró a decir nada más. En su lugar, volteó a ver a Grace con gesto dubitativo.

— Prosigue. — habló su padre, con calma esta vez.

— Eran cuatro jinetes — explicó mientras volvía la vista. —. Reían entre ellos y creo que llevaban armadura y también lanzas. Una de las cuales eeh… Una de las cuales empalaba una cabeza cercenada. La tremolaba en el aire como si fuese un trofeo. — Se cruzó de brazos, sobrecogida. —. Y eso no es todo, el cuerpo desmembrado era arrastrado por los caballos. El rastro de sangre quedó esparcido en el empedrado justo frente a vuestra residencia. Creí que debía saberlo.

Para cuando Grace decidió llevarse las manos a los oídos, era muy tarde. El relato había concluido. De repente, sintió como si todos la estuviesen observando. Porque así era. Solo eran cuatro las personas que le clavaban la mirada, pero se sentían como miles. Todos sabían lo susceptible que era. Aunque nunca en su vida hubiese visto semejante escena, podía imaginarlo plenamente. La mera visión le erizó la piel. El escozor en los ojos y el ahogo en la garganta vino poco después.

— Ruego que me perdonéis, lady Elizabeth. — se apresuró a seguir la criada.

— No te preocupes — Grace advirtió el tacto de las manos de su madre sobre los hombros, haciendo que se sintiera más pequeña de lo que ya era. —. Hiciste lo que se te pidió. Nada más.

Al alzar la vista después de lo que había sido un vago intento de ocultar ese temblor que bailaba entre los labios de quién estaba a punto de echarse a llorar, no vio por ningún lado ni a su padre ni al caballero del jubón. En su lugar, oyó su voz brotar de la penumbra de la antesala.

— No me gusta nada el cariz que está tomando este asunto — Y lo vio regresar tan pronto como se hubo esfumado. Se llevó una mano al mentón velludo en gesto pensativo, y rondó por el lugar. —. Giselle — dijo finalmente. —, lleva a Grace a su habitación y no te despegues de ella.

La mujer se precipitó a cumplir la orden.

— ¡No! — vociferó la niña. — ¡No quiero! — « Aquí nadie nunca me dice nada. Siempre me mienten o intentan tapar el sol con un dedo enviándome lejos. »

— Sube a tu habitación ahora.

Grace se sacudió las manos de su madre, y se adelantó varios pasos. Una sorprendente mezcla de enfado y obstinación la instigaba a desafiarlo por primera vez,

aún sabiendo que la verdad pudiera resultar más cruel y áspera que la banda con la que siempre intentaban vendarle los ojos.

— Es verdad, ¿no? Lo que dijo Giselle — Él no consintió una respuesta, de manera que Grace hizo un puchero y frunció el ceño a modo de dar inicio a una rabieta. — Padre, quiero saberlo. — En esta ocasión, obtuvo solo una mueca acerba, como reacción. Cuando creyó que no lograría nada más que aquello, lo franqueó para ver por entre las cortinas de la antesala y darle alcance, así, a la verdad. Pero, le cortaron el paso.

— ¿Qué ocurre contigo, Grace? — Reconoció la voz siempre gentil de su padre y no la siempre señorial del caballero. — Te desconozco, hija.

Ella se detuvo un momento para mirarlo a los ojos.

— Sin miedo no hay pesadillas. Y ya no quiero tenerle miedo a todo.

Ser Vyler la cogió del brazo, y le dio un pequeño tirón para hacer que se volviera, al verla seguir con su camino, manteniendo su espíritu de redención.

— Es verdad lo que dijo — Suspiró de forma abismal. —. El rastro de sangre está allá afuera en la calle, pero no quisiera que lo vieses. Hay más formas de ser valiente que arrojarte a contemplar atrocidades. Así solo conseguirás hacerte daño.

« Connor así lo hizo — se reservó para sí misma, pensando en que eso les acarrearía problemas a los dos. —. Quiero ser fuerte y audaz como él. » En serio lo deseaba, aunque el mayor de sus hermanos le hubiese pedido que no lo fuese todavía. Valysar era también fuerte y audaz, pero estaba hecho del mismo material y forjado con el mismo martillo que su padre. Connor había sido más como ella, temeroso a todo cuando niño.

— ¿De modo que quieres ser valiente, mi dulce Grace? — siguió su padre, hincando una rodilla para estar a su altura. — Quédate aquí. Sé valiente por Elizabeth, por Elaine y Giselle. Sobre todo, por tu madre. Te necesitan como tú a ellas. ¿Lo serás?

Grace asintió con firmeza, haciendo acopió de valor en un esfuerzo evidente.

— Vyler — fustigó su madre con la voz propia de uno de sus regaños. —. No estarás sopesando…

— No sopeso nada. Ya hace tiempo que tomé mi decisión.

— No puedes.

Era algo inútil, Grace lo sabía. Ser Vyler se puso en pie con gesto importunado. Era su rostro esquivo del deber. Aún con todo ello, la cogió de la mano por un instante.

— Pero debo hacerlo.

— Tengo un mal presentimiento. — Se acercó con ojos preocupados que no admitían parpadeo alguno.

— Siempre lo tienes, siempre que me marcho a alguna misión — Dirigió la vista hacia una de las criadas. —. Giselle, sé que no es uno de tus trabajos, pero ensilla un caballo para mí. Ya te he visto haciéndolo antes para Valysar. Apresúrate.

La sirvienta hizo ademán de una rápida reverencia, y salió despedida fuera del salón.

— No lo harás — Elizabeth se hallaba sacudida por el disgusto. Su marido dio un primer paso para bordearla. Ella se detuvo justo delante para cortarle el paso. —. Me rehusó a que lo hagas. Tienes una familia, Vyler.

— Una familia que está segura. Este puede que sea el lugar menos accesible de todo el vecindario. Los demás no corren con la misma suerte de nuestro hogar.

La verdad fue dicha. Dentro, estarían más seguras que en cualquier otro lugar. La mansión se hallaba construida en piedra, madera y varias capas de yeso duro. Cada puerta era maciza con trancas que la resguardaban, las ventanas cerradas con postigos del mejor roble y remaches de acero. Escaleras abajo, estaba el sótano, que al igual que el Baluarte del Rey, era un fortín dentro de otro fortín. O eso quería creer Grace.

— Juré proteger al indefenso — terminó ser Vyler Maine. —. Enloquecería si les ocurriera algo a vosotras dos, pero estáis seguras aquí. En cambio, allá fuera nadie lo está, mientras no sepamos lo que está ocurriendo. No puedo quedarme de brazos cruzados en la comodidad de mi hogar, sabiendo que puedo hacer algo.

Su madre no tuvo más opción que rendirse. En palabras de Valysar, el sentido del deber del buen caballero muy a menudo raspaba la locura; una honorable locura.

— Al igual que la última vez, quizás sean sólo unos cuantos bandidos…

Según se contaba, en la Calla del Caudal, cuando Grace era apenas un bebé, hubo una revuelta de la plebe. Una muchedumbre enfurecida recorrió el vecindario más opulento de la ciudad a mitad de la noche, demandando un mejor trato y justicia para los más humildes que sufrían de miseria. Saquearon hogares, apedrearon muchos otros y hasta prendieron fuego a un par. Una docena amenazó con entrar a su casa, pero su padre y un par de caballeros de su compañía de escoltas, los detuvieron. La Guardia de la Ciudad terminó por encargarse del resto. Desde aquella vez, Elizabeth quiso vivir entre las paredes de una pequeña fortaleza.

Sus padres se besaron, fue un beso realmente rápido, pero al final se sonrieron y repitieron uno mucho más amoroso. A Grace le tocó otro, uno paterno en los labios. El abrazo que ella inició, lo sintió cálido a no tener la armadura como obstáculo esta vez. Y después, otro beso, este en la mejilla.

— Sentir miedo está bien, no pienses que eres menos que nadie por tenerlo. El miedo es a veces esa línea que no debemos cruzar, para mantenernos vivos. No lo olvides, si quieres ser valiente, empieza desde abajo. Ve a más, solo cuando te sientas preparada. Algo pequeño. Nada que te provoque pesadillas, ¿entendido? No me gustaría que te levantases a mitad de cada noche. Ya nos das mucho trabajo ahora, mi dulce Grace, pero de ser necesario dormiría junto a ti para reconfortarte hasta el día en que contraigas matrimonio.

« Me da consejo — pensó, ilusionada. —. Justo como lo hace con Val.»

— ¡Cuánto te quiero! — Fue lo último que le gritó, mientras él salía, con la espada en mano, en dirección hacia el jardín trasero, donde lo esperaba un caballo.

Elaine las reunió a ella y a su madre, cogiendo sus manos, y dio inicio a una solemne oración.

« ¿Mi padre sentirá miedo? ¿Habrá sido como Connor y yo alguna vez? ».

# Atenea III

Fue extraño al principio. Se estaba viendo a sí misma, de pie en la oscuridad junto a su cama, como fuera de su propio cuerpo. Dormía envuelta por los brazos de su madre, atrapada una vez más en la pesadilla que tanto había querido olvidar. Ante ella se desarrollaba una imborrable imagen de su infancia distante. Pero la remembranza no evocaba en Atenea emociones ni pensamientos. Sin en el más mínimo recuerdo hasta que la tragedía sucedía frente sus ojos como si fuese la primera vez y sin nada que pudiese hacer para impedirlo. El fantasma del pasado siempre había sabido retornar en sueños desde lo más recóndito de su memoria.

El cándido fantasma de su hermano nonato.

Era tan pequeña en aquel entonces. Siete u ocho años, no lo recordaba bien. Su melena dorada lucía tan espesa y ondulada como de costumbre, pero sus mechones níveos aún no habían brotado en ella. Y pese a que no hubiera velas o chimenea, podía vislumbrarse plenamente en la negrura de la habitación.

No solía tomarse demasiado en serio lo que las personas le decían sobre el extraordinario parecido con Aloy. Pero una vez allí, escudriñándose de oreja a oreja la verdad resultaba innegable.

El sentido del tiempo parecía aletargado junto a la niña acurrucada. Cuando se descubrió a sí misma sacudiéndose dentro de la cama y escuchó los posteriores quejidos de su madre, no hubiera sabido decir si habían pasado unos segundos o un par de horas.

En los confines de la penumbra se produjeron el murmullo de una pisada, el crujido de la madera y un lamento ahogado que lo acompañó todo. Instantes después, el lejano sonido se repitió en el mismo orden y volumen. Y luego sucedió por tercera vez. Más fuerte y cercano. La niña se despertó con ojos cansados, y se quedó mirado el techo, adormecida, hasta que percibió el rumor a la distancia. Fue entonces cuando se estremeció. Quiso meterse entre las sábanas y aferrarse a su madre al primer momento, pero la curiosidad la hizo mirar hacia la puerta. Esperaba, aunque no quería, ver algún fantasma o monstruo allí delante, donde solo habitaba la oscuridad y el silencio.

— Mamá, hay ruidos afuera. — escuchó decir a la pequeña Atenea con voz temerosa.

Aloy se mantenía aún apresada por las garras de un sueño profundo.

El crujido en la madera retornó, y la niña no pudo evitar sollozar a causa del espanto. Se sentó sobre la colcha, cogió uno de los brazos de su madre, y lo oprimió con fuerza.

— Mamá, hay ruidos afuera. — repitió esta vez casi como un lloriqueo.

Finalmente despertó, y miró a su niña con bastante pesadez y sosiego. Sin embargo, al advertir su gimoteo y los murmullos en el pasillo, abrió los ojos de par en par. Se aferró a Atenea, y se enderezó en la cama con una súbita exhalación. Atenea trató de lloriquear de nuevo unas palabras, pero ella le cubrió la boca con una mano.

— No hables. — le ordenó en un susurro apenas audible.

— ¿Estás seguro de esto? — hizo oídos a una voz rancia y áspera, que parecía rondar el pasillo al otro lado de la puerta. — ¿Seguro que el muy cabronazo está fuera? — En respuesta, Aloy y Atenea palidecieron. Se apretujaron una a la otra, con la respiración cortada de tajo. Inmóviles como ídolos de piedra.

— Cierra la boca de una vez. — se quejó una segunda voz, más joven y mucho más baja.

Atenea se alzó un tanto hasta posarse a la altura de su madre.

— ¿Es papá? — le susurró con los labios casi pegados al oído.

Aloy dio señales de sortear su comentario. O tal vez no alcanzó a escucharlo en primer lugar. En gesto protector, cogió entre una de las suyas la mano de su niña, y al borde del pánico, se llevó la otra hacia su vientre abultado como si estuviese a punto de reventar.

No quería perderlos de ninguna forma. Jamás.

Marcus yacía fuera de la ciudad, trabajando en los campos de cultivo. Atenea había albergado la ilusión de que su padre hubiese vuelto, pero el horror dibujado en el rostro desvaído de su madre le arrebató sin piedad cualquier esperanza. Después de esto, sintió como el miedo corría por sus venas, embotándole manos y pies. Aquellas voces no volvieron a musitar nada más, y el rastro de sus pisadas se fue apagando y muriendo. Ambas no tardaron en hallarse envueltas en un silencio abrumador, entorpecido solo por el latir fragoso de sus corazones.

Segundos después, a sus oídos arribó el tenue rechinido de la puerta al abrirse, ruido miserable que sofocó todos sus sentidos.

La niña observó a la oscuridad por no supo cuánto, cada instante se le hacía una eternidad. Pero no apreció vestigio alguno de movimiento, y comprendió que no se trataba de la puerta de su habitación. A pesar de esto, no pudo contener más sus temores, y se echó en el regazo de su madre, intentando ahogar cada gimoteo. Trató de llevarse las manitas hacia el rostro, pero estas se encontraron con el cuerpo de su madre. Y de allí en adelante se dedicó a seguir con delicadez el contorno de su vientre con la yema de sus dedos.

El embarazo estaba ya muy avanzado, y Aloy le había prometido que nacería en un par de meses, o incluso menos. Aquello logró tranquilizarla un poco hasta que sus dedos percibieron un leve abultamiento que asomaba por el abdomen de su madre. Hacía fuerza, y parecía moverse, inquieto.

« Hermanito — pensó con una sonrisa dibuja en su rostro, despojada de improviso de todos sus miedos. —, ¿Intentas coger mi mano? ».

La mujer apartó las manos de su hija. Y aunque el temor la sofocaba como una soga al cuello, había tomado ya una decisión inextinguible. Había decido, sin apenas audacia, luchar a regañadientes, para defender a sus hijos. A la pequeña que temblaba a su lado y al niño que aún llevaba dentro. Era el varón por el que Marcus rogase, su instinto se lo había estado gritando desde la primera señal de embarazo.

Subió a Atenea a sus piernas. Y besó su frente, ambas mejillas e incluso la nariz.

— Atenea, quédate aquí en silencio. ¿Está bien? No salgas a menos que te lo diga.

Asintió, mientras su madre aún la colmaba de besos y caricias nerviosas. Su tono de voz, severo y a la vez suave, le había sido susurrado tan de cerca que Atenea pudo respirar de sus aires de tenacidad. Pero sin saber cómo ni por qué, una húmeda calidez resbaló sobre sus mejillas. Más tarde pudo darse cuenta de que las lágrimas no eran suyas, sino las de su madre. Abrió la boca, buscando decir algo, cualquier cosa, en aquel momento de confusión, pero de sus labios no se levantaron palabras, tal como ella se le hubiera pedido.

— Ocúltate bajo la cama. — murmuró Aloy al darle el centésimo beso. Y su hija obedeció con cautela y sin siquiera rechistar.

Aloy se levantó de la cama. En los últimos días decía sentir el cuerpo tan pesado como si cargara con su propia armadura, pero entonces un extraño fuego, que se avivaba en su interior, la empujaba hacia la puerta sin hacerla mirar atrás. Arrastró, discreta como una sombra, lo pies descalzos hacia el tocador, y tanteó su superficie hasta toparse con el grueso hierro de un candelabro. Retiró los retos de cera, y se aproximó a la puerta. Una vez más se llevó una mano hasta la curva de su vientre bajo el camisón, y rogó entre dientes a Dios por su resguardo.

La pequeña Atenea miraba en silencio estupefacto bajo su cama, mientras se producía el lamento discreto de las bisagras de la puerta. Y como si de un restallido de lucidez se tratara, en unos cuantos segundos lo dilucidó todo. Había llegado hasta allí reviviendo los recuerdos de una horrorosa noche con los ojos de un muerto, sin pestañear, observando desde la distancia, pero en lo absoluto razonando. Se descubrió bajo la piel de la niña que había sido alguna vez, consciente de que se trataba de una pesadilla. Y aún con ello continuó temiendo a un horror del cual jamás había sabido despertar.

La puerta se cerró sin emitir sonido.

Las pisadas de su madre se escuchaban más distantes cada vez. Eso pensaba, aunque jurase que atendía cada una de las palpitaciones de su corazón. ¿O quizás era el de Atenea? El rumor se cortó, y fue bruscamente sucedido por un atropellado revuelo de forcejeos, golpes, gritos y blasfemias, ahogados por las pulsaciones que atestaban sus oídos con estridencia abrumadora. Se llevó las manos a la cabeza, y trató de gritar, pero su boca permaneció silente, como sellada por el pánico. Y por algún tiempo, el ruido la envolvió en su velo inquebrantable, tanto que el mundo parecía palpitar a su alrededor con desesperada violencia. Las sacudidas de su corazón se tornaron tan rápidas que se volvieron un único zumbido, hasta que de pronto un silencio de muerte se presentó ante ella. Creyó entonces que se había quedado sorda, por cuanto el silencio se prolongó hasta lo insoportable.

Un desgarrador y resonante alarido inundó las sombras.

— ¡Atenea! — escuchó gritar a su madre con impaciencia. — ¡Atenea! ¡Atenea!

« No salgas a menos que te lo diga », le recordó una vocecita en su cabeza.

— ¡Atenea!

Salió de abajo de la cama con apuro, y corrió. Se abalanzó contra la puerta, y de pronto toda la oscuridad se convirtió en una luz cegadora que estalló delante de su rostro. La luz más blanca que recordara haber visto en su vida.

— ¡Atenea, despierta!

El resplandor empezó a desvanecerse, mientras aún percibía los frenéticos gritos de su madre y una imagen borrosa de su habitación se presentaba. Enderezó su cuerpo, estirando los brazos en un brusco intento por aferrarse a algo de lo cual su angustia no halló evidencia, pérdida en un mar de confusiones. Al fin se había zafado del mal sueño.

— ¡Tenemos que irnos ahora!

Aloy yacía a pie de la cama. Sobre su piel, tan lívida como la luna, se tallaba un gesto de inquietud que deformaba su semblante.

— ¡Apresúrate, hija!

El mundo seguía dando vueltas, y Atenea solo podía luchar para ponerse de pie de forma tambaleante. Su desconcierto aún la hacía cautiva de impericia. Con los ojos deslumbrados por el candelabro que descansaba en la mesilla, se echó los cabellos hacia atrás, y entonces recordó la pesadilla. Se sacudió, pestañó más de una vez, y el retrato de su madre cogiéndola por los brazos la espantó de sobremanera.

— Mamá, ¿estás bien? — La conmoción se reflejó en sus rostros. Atenea se tomó su tiempo para observarla, y notó que el bulto de su vientre había desaparecido. A decir verdad, lo había hecho ya hacía muchos años.

— ¡Vístete! ¡Ve por tu armadura! — ordenó, con su innato don de hacer oídos sordos en momentos de ansiedad. — ¡Debemos irnos de la ciudad ahora!

— ¿Irnos? ¿En mitad de la noche? — Su madre trató de salir con prisa, pero Atenea consiguió cogerle una mano y detenerla bajo el marco de la puerta. — ¿Qué está sucediendo? ¿Por qué estás tan nerviosa? — Y al instante percibió que estaba temblando desmesuradamente.

Aloy tragó saliva, pero se quedó sin habla.

— Por favor — siguió Atenea. —, tranquilízate. Dime qué está ocurriendo.

— La Capital está siendo atacada — consiguió decir, evadiendo su intranquilidad por un breve respiro. —. Ve por tu armadura. Ahora. — Retrocedió un par de pasos sin perder la vista de sus ojos, y después salió corriendo por el pasillo.

— ¿Atacada? — se dijo con incredulidad.

« Puede que siga soñando ». Recorrió con la mirada su habitación en busca de un indicio que delatara que seguía dormida. Respiró profundamente, poniendo en orden sus ideas, determinada en mantener la cabeza fría. Realidad o no, fue en busca de su espada y armadura.

A medida que se ataviaba con su saya de lino y el cuero de su coraza, comenzó a henderse en su mente a la posibilidad de que todo estuviese ocurriendo realmente. Con presteza, ciñó la correa y la vaina de su espada a la cintura, escogió unas botas de piel que le llegaban casi hasta las rodillas, y abrochó a la espalda su rodela del mismo modo que otras mujeres más endebles se ajustaban un prendedor. Atenea no hizo tiempo para cepillarse el cabello, asear su rostro ni ninguna otra frivolidad antes de salir por la

puerta a paso vivo. En el corredor reinaba la oscuridad. Mientras se concentraba en atar las tiras de sus avambrazos, el chirriar de una tabla suelta bajo sus pies la transportó de vuelta hacia la pesadilla. Para espantar el recuerdo, se despabiló, y sin apenas levantar la vista, cruzó en la esquina. Fue allí donde percibió un sollozo y una respiración forzosa que la hizo desencajarse del espanto.

— Cariño, ven aquí — escuchó decir a una mujer con voz queda. —. No tengas miedo, todo estará bien. Ven y ayúdame.

Tras el relampagueante escalofrío que precedió su conmoción, Atenea alzó la mirada, y vislumbró entre las sombras a su madre abatida de espaldas en el suelo, con el vientre y los brazos repletos de sangre. El camisón blanco que llevara se había tornado carmesí oscuro. Y sus ojos… Dios… La tristeza de sus ojos era como una estocada dolorosa a las entrañas. El resto de su cara desprovista de esperanza incluso más. Entre lágrimas y lamentos Aloy trató de tumbarse hacia un costado.

— Necesito ayuda, mi niña — siguió Aloy, arrastrándose sobre la espesa ciénaga roja que se esparcía a ras del suelo a velocidad irreal. Levantó una mano ensangrentada para alcanzar a su hija. —. Tu hermano necesita ayuda pronto.

Atenea se fue alejando, dando pasos hacia atrás. Se halló en vilo de repente, casi sin espacio en su cabeza para dejarse horrorizar. ¿Había salido de una pesadilla solo para entrar en otra?

— ¡Atenea, haz lo que te digo! — recibió en tono cruel.

Pisada tras pisada, la charca de sangre la persiguió cual olas de mar que llegasen a la orilla. Retrocedió hasta que estuvo a punto de echar a correr, pero algo detrás de ella la detuvo.

— ¡Haz lo que te digo!

Se giró bruscamente, llevándose la mano al puño de la espada. El susurro de la hoja se escuchó por un instante, que se extinguió cuando alguien puso otra mano sobre la empuñadura.

— No es el mejor momento para entrar en pánico. — escuchó decir a una voz irónicamente sobresaltada.

Su vista terminó por acostumbrarse a la falta de luz. Entonces divisó al no tan dichoso rostro de su padre, quien la observaba con ojos inquietos. Marcus se guarnecía con un peto de cota de malla, una falda de loriga del mismo material y guanteletes de cuero negro. Nunca lo había visto vestido de aquella manera. Lucía un rostro de encaje marcial y la postura de un guerrero más allá del abdomen un tanto cebado.

— ¿Has entendido lo que dije? — expresó el hombre con rudeza.

— No. Lo siento.

Y aun menos reparó en las siguientes palabras, cuando se hubo girado a la penumbra para descubrir que había ocurrido con la figura de su madre agonizante. Tanto Atenea como Marcus eran los únicos en el corredor.

Marcus resopló, impaciente. Se acercó a ella, y le cogió el rostro con sus manos.

— No entres en pánico, Atenea. No eres una mujer cualquiera y mucho menos una niña — Las circunstancias habían provocado que la severidad desplazara cualquier

vestigio del hombre apacible que solía ser. —. Escúchame con atención. Tenemos que salir de aquí lo más pronto posible. La ciudad ya no es segura para nosotros… Toda la costa ya no es segura. Nos iremos muy lejos, pero primero necesitaremos caballos.

Atenea se meneaba, patidifusa, con cada sacudida que Marcus le propinaba. Seguía sin dar crédito a lo que oía, y él solo sabía angustiarse más con cada segundo perdido.

— Resguardaré la entrada de la taberna — siguió. —, mientras ayudas a tu madre a provisionarse con lo que necesite. Nada más lo imprescindible. Mantente a su lado y protégela. Yo las esperaré. Solo daros prisa, ¿está bien?

No llegó a saber cuántas veces asintió con la cabeza. Cargando con toda la responsabilidad, plantó los pies en la tierra finalmente.

« "No eres una mujer cualquiera y mucho menos una niña", acaba de decirme. Por Dios, claro que es verdad. Todo esto es real, y yo todavía agobiada por mis putas pesadillas como si fuese una chiquilla. »

— Lo haré. Lo haré.

— Bien — Marcus le dio una palmada en el brazo, y salió corriendo hacia lo que le deparaba el destino. Dio unas cuantas zancadas hacia el frente, y se volvió ante una Atenea que había empezado a seguir sus pasos. —. Hija — su voz se había serenado de pronto. —, allá afuera habrá gente que querrá hacernos daño por muchos motivos. Si nos atacan… Esto no será un torneo, ¿lo entiendes? Tendrás que…

— Lo sé — lo interrumpió con frialdad. —, no soy una niña.

En esta ocasión fue ella quien dio el primer paso a la salvación, y presionó con empujones a su padre, para que dejara de perder tiempo de una buena vez. No había nervios ni miedos que la avasallaran, solo una inmensa incomodidad que se introdujo en su conciencia como anillo al dedo; seguramente tendría que verse en la necesidad de tomar la vida de un desconocido por las leyes del acero, para salvar a los suyos.

Cuando hubieron terminado con lo poco necesario que había para embolsar en la alacena, sus pasos las llevó a las dos a atravesar el jardín. Por encima de los muros, atendió un clamor distante entonado por gritos de mujeres y el tañido de los cascos de los caballos, acompañados por el son de llamas enardecidas. La amenaza se había vuelto más real que nunca. Ya en la taberna, Marcus terminaba de apilar a modo de barricada sillas y mesas tras la puerta principal. Pero dejó su trabajo a medias cuando escuchó las pisadas afanosas a su espalda.

— El establo más cercano está a unas diez calles — señaló Atenea. —. Es demasiado lejos.

— Es lo único que tenemos — respondió Marcus con voz severa, al tiempo que de la parte trasera de su cinturón sacaba una daga de vaina purpúrea muy oscura, casi negra. —, y debemos hacer mucho con lo poco que está a nuestro alcance. — Tendió el arma a Aloy, y esta la envolvió rápidamente con un pañuelo blanco, en lugar de empuñarla.

Atenea observó aquello con ojos confusos.

« ¿Cuál es la finalidad de un arma que se envuelve con telas? », caviló por un segundo. Pero al siguiente no le permitieron darle más importancia. Marcus desenfundó

su espada, y abrió la marcha para salir por una ventana a un costado, no sin que antes Aloy, a punta de tirones, los reuniera y vociferara una rápida plegaria al Cielo.

Saltaron a un callejón estrecho entre un muro de piedra y otro de roble. Y caminaron en silencio entre las sombras, mientras las calles gritaban en medio de las luces anaranjadas y rojizas de las llamas. Su padre marcaba el paso con postura intrépida y Atenea resguardaba la retaguardia con escudo y espada en manos. Su madre se movía tensa entre ambos con el pequeño saco de provisiones entre sus brazos, y la daga en la cincha que ceñía su vestido.

Cuando el resplandor del fuego azotó sus rostros, la calle de tierra se extendía ante ellos de este a oeste. Ciertas casas se consumían por las llamas y la multitud corría despavorida en cualquier dirección. No parecía haber enemigos ni aliados. Tampoco había una batalla librándose frente a sus ojos, como había esperado en un primer momento. Sin embargo, no pudo pasar por alto la azorada algarabía y el olor a madera quemada que pululaba en el aire.

Marcus volteó a ver a su esposa e hija, con la conmoción ausente en sus ojos, y tragó saliva mientras las contemplaba. Atenea se debatía entre una frialdad que estudiaba cada detalle del ambiente consumido por el terror y un vaivén de emociones inexpresables. Pero cierto fue que Aloy casi soltó un chillido, cuando un jinete mal herido de la Guardia de la Ciudad pasó galopando y espoleando duramente a su montura. El hombre llevaba sobre la grupa a otro de piernas cercenadas con muñones que lloraban sangre. El caballo, quizás tan imperado por el ardor de la cruzada como su jinete, arrolló a una anciana que deambulaba en medio de la muchedumbre. La plétora de hombres y mujeres que se precipitaban a su alrededor no hicieron el menor ademán de interesarse por ella.

Marcus se acercó, y con sus dedos anduvo por la piel angustiada de su esposa, que parecía haber echado raíces a orillas de la calle, hasta posarse en su mejilla. No hicieron falta palabras cuando él le obsequió una sonrisa más cálida que las llamas que afloraban a su espalda. Aloy volvió en sí misma.

Se movían deprisa sin mirar sobre sus hombros a todo lo que dejaban atrás con su huida: una vida de recuerdos. Los corazones amedrentados que los rodeaban huían a cualquier rumbo posible con gritos sin palabras, que se desprendían de sus gargantas, como los de un animal asustado. A un costado de la calle, una construcción de madera se derrumbó desde sus cimientos por acción de las zarpas de fuego que bailaban en su interior. El estrépito y conmoción se llevaron consigo cualquier lamento.

Atenea asió su escudo para apartar a los hombres y mujeres que amenazaban con demorarla, y su padre se unió a ella con su acero poco después. Entre tajos de plano con la espada, empujones y maldiciones se abrieron camino a la salvación.

« Todos huyen como si hubiera enemigo al cual temer ». Se perdió en la idea de que no había visto más filo más allá del suyo. La multitud que corría en dirección contraria los había arrojado a un lado del camino, cuando Atenea divisó de soslayo el brusco meneo de una sombra.

— ¡No te detengas por nada del mundo! — dictaminó su padre al derribar a un hombre que sin intención iba a lanzarlo lejos.

Sin embargo, la sangre caliente de Atenea quebrantó aquella última orden al instante. A la vera del caudal de gente que se les abalanzaba, la imagen de un carromato abandonado a su suerte era el estrado de un acto más de barbarie; la miserable síntesis de una mente extraviada y descompuesta que luchaba a regañadientes por desgarrar el faldón de una mujer quien berreaba amilanada por su doncellez comprometida.

Aquel harapiento hombre consiguió destrozarle su vestido con un par de tirones. Y mientras la baba salía despida de entre sus dientes amarillentos, se apresuró para montarla como si ella le perteneciera, como si fuese su maldita yegua. Poco antes de obligarla a abrirse de piernas, una mano lo cogió por la mata de pelo hirsuto, y lo arrojó al suelo con fuerza brutal.

— ¡Atenea! ¡Sigue adelante! — se enfureció Marcus, que no había vislumbrado nada de la escena, aparte de que su hija se rezagaba.

Nuevamente hizo caso omiso de una orden.

Pateó al hombre con furia desmesurada, como si de su sangre fuese la mujer a la que había salvado de entre sus garras, y le propinó un planchazo en el rostro con el plano de la espada. Observó por un segundo a la muchacha por la que había desafiado a su padre, y descubrió que detrás de unos mechones negros y desgreñados se escondían unos ojos que la observaban con admiración y asombro. Qué poco duró aquel brillo. Pareció suceder en un pestañeo, cuando el hombre demacrado se puso en pie como un rayo, y cargó contra Atenea.

Con un rápido movimiento inconsciente, interpuso aquellas uñas largas lejos de su cuello. Y se vio obligada a forcejear con algo más que una simple brizna de indecisión, puesto que arrancarle la vida de una punzada no había estado entre sus planes, o al menos no quería que lo estuviese. Aquella escoria berreó palabras que llegaron a sus oídos como un farfullo incomprensible. Sentía su aliento pestilente demasiado cerca, pero Atenea se resistía a ejecutarlo. De manera que resolvió empujarlo con su escudo unos cuantos metros de distancia. Y allí, entre el fuego que cobraba vida a su alrededor, lo apuntó con su acero en virtud de una amenaza que jamás se cumpliría.

Todo se tornó negro rápidamente. Puede que solo hubiese transcurrido un abrir y cerrar de ojos, cuando aquel hombre se encontró con una espada atravesándole el pecho antes de que consiguiera ponerse en pie. Atenea se estremeció al ver caer ante sus pies las gotas rojas que brotasen, y poco después sintió helar la sangre entre sus venas, al reconocer la silueta que se había cernido sobre él. El hombre cayó de rodillas con la boca abierta y un último atisbo de vida.

Jamás se había sentido tan fuera de lugar.

Su madre la cogió por un brazo, y la obligó a marcharse a punta de tirones. Su padre le sonrió una vez más, pero en él no halló otra cosa más que tristeza, mientras retiraba el acero del réprobo al que había ultimado.

— Las cosas van así, cariño. Tenía que hacerlo.

Mas ella lo entendió al momento, aunque le pesara.

La huida fue precedida por la canción mal entonada que parecía azotar cada rincón. El pueblo llano era cada vez menos numeroso, pero aquello no fue motivo suficiente para que se hiciera más sencillo el paso a través. Y por lo que sabía, los enemigos no eran más que fantasmas, puesto que no habían alcanzado a atisbar ninguno.

Y más adelante, como si fuera por una mala broma del destino, un escuadrón de infantería de la Guardia de la Ciudad parecía batirse en duelo con siluetas que la multitud no permitía ver con claridad. Su familia se habría alejado al primer indicio, si la batalla no se estuviese librando justo en el recodo que tenían que cruzar para hallarse en los establos. Cuando llegaron hasta ellos, de la escaramuza solo quedaban tres hombres de pie y una docena de cuerpos esparcidos por el suelo. Dos de ellos llevaban las ropas de la Guardia de la Ciudad con una enorme cruz invertida en el torso; un tercero vestido con pieles de animales saqueaba el uniforme de uno de los cadáveres.

— ¿Celtas? — inquirió Aloy, con voz tambaleante, como si estuviera a nada de caer al llanto.

— Detrás de mí — dictaminó Marcus. —. Protege a tu madre.

Fue exactamente lo que hizo. Y aquellos tres hombres se levantaron en armas contra su padre sin pensárselo dos veces, como si una locura asesina se hubiese apoderado de ellos. En cuestión de segundos, se enzarzaban ya en combate. Una vez, hacía muchos años, Marcus le había enseñado a esgrimir una espada, y tiempo después, Atenea había acabado por superarlo en habilidades…

No había manera de que aquel hombre que se movía con tanta fuerza y gallardía fuera su padre. Uno, dos, tres, incontables golpes, asestó a cada uno sin llegar a recibir un ligero roce de las demás hojas. Aquel harapiento que había estado saqueando los cuerpos fue el primer en reunirse con la muerte. La espada le perforó la garganta.

« ¿Se habrá estado limitando todos estos años? »

Aloy no le dio tiempo a una contestación, cuando le sacudió un hombro.

— ¡A tu derecha! ¡Ahí!

Un cuarto hombre se aproximaba a ellas entre zancadas, con un hacha de mango corto en mano firme. Atenea reaccionó pronto, y el arma de su enemigo hizo saltar chispas a su escudo, que resistió semejante golpe. Sucedió demasiado rapido, demasiado fácil. En el acto, sus instintos tomaron el control, y sin apenas dudarlo se hizo con la vida de aquel hombre. De un ligero forcejeo y un posterior tajo a su cuello, en un instante le rasgó la piel. Un torrente de sangre surgió del desconocido al tiempo que se desplomaba al suelo.

Marcus había masacrado a los suyos, saliendo airoso del combate.

Se había cobrado su primera víctima. Había tenido que hacerlo. Su madre se encontraba indefensa a su espalda. Pero nadie le dio un respiro con el que pudiera digerirlo ni tampoco tregua.

Se escucharon unos aplausos y una fingida y áspera carcajada.

— No esperaba menos de ti — De armadura esmaltada en negro, su complexión era casi antinatural. La empuñadura del mandoble despuntaba por encima de su hombro. Y

en su rostro malogrado se cocía una concentración de odio inhumana —. Te dije que esto no había terminado.

« Tienes que estar jodiéndome », fueron las pocas palabras que se atrevieron a pasar por su cabeza en el momento que vislumbró al *Ariete* parado y envenenado de rencor en medio de la calle.

— ¿¡Ves lo que me has hecho en el rostro, mujer!? — siguió entre gritos. Detrás de él, se habían detenido tres carretas a caballo de las que apeaban más y más hombres. —. ¡Te haré lo mismo, salvo que con un martillo! ¡Te arrebataré toda tu belleza, pero antes te follaré mil veces!

Uno a uno, el número de enemigos fue en ascenso velozmente. Para cuando *el Ariete* desenfundó el mandoble con brusquedad, ya comandaba un pelotón de treinta soldados dispuestos en semicírculo. Solo un puñado iba bien equipado con espadas y cota de malla, aquellos que se pertrechaban como la Guardia de la Ciudad; los demás, eran caras curtidas que llevaban porras, mazas, hachas y partes de armaduras de cuero remendado o pieles.

— ¿Qué tan trastornado estás? — Atenea dio un paso, pretendiendo razonar con un animal. — ¿Todo esto por caer derrotado en un torneo?

En un ataque de ansiedad, Aloy cogió a su hija por el cinturón de la vaina y la obligó a retroceder.

— No es momento para que intentes ser valiente. — clamó ella, que sabía hasta qué punto podía llegar su osadía a veces.

— Es todo lo que es. Estoy aquí solo por ti — dejó saber *el Ariete*. Alzó los brazos con solemnidad. La gigantesca espada que llevaba en mano era casi el doble de largo y ancho que la de Atenea. Y, aun así, su demencial fuerza lo hacía blandirla fácilmente. —. Para todos ellos es diferente.

Tensó el brazo y apretó los dientes de mera impotencia e indecisión. Por fortuna, se encontró con los ojos de su padre, quien estuvo allí para hacerle saber que no estaría sola contra el peligro. Al mismo tiempo, un hombre del pelotón se posaba junto al *Ariete*, y desenrollaba un pergamino antes de echarle un ojo.

— Sí, son ellos. El gordito y la rubia del fondo. Los tenemos.

De inmediato, Marcus le puso una mano en el hombro.

— Escúchame con atención — susurró. —. Solo uno parece tener predilección hacia ti. Los demás nos quieren a nosotros. Vete ahora mismo y podrás escapar.

— Si estos son los desgraciados que asedian la ciudad — Atenea sintió como su madre le cogía el brazo desde atrás. —, ¿por qué vosotros?

— No hay tiempo, vete — apremió Aloy con rigor. —. Te estoy dando una or…

¿A dónde se pensaban que iría si no era con ellos?

El grito del magno soldado la hizo estremecerse y que se ahogara en su propio coraje.

— ¡Ya, venga, inútiles! — A la fuerza, hizo avanzar a unos cuantos. — ¡Vayan a por el ex-caballero! ¡Yo me ocupo de las otras dos!

— ¡Están aquí por la Daga, no por ti, Atenea! — Su madre la sacudió con violencia. El calor del momento atizaba un fuego en sus padres que a sus voces y gestos volvía severos.

« ¿Ex-caballero? — quedó desconcertada. — ¿Daga? ». Cuatro hombres del pelotón se adelantaban, y *el Ariete* se preparaba para cargar con todo su odio irracional espoleado por el deseo de rearmar su despedazado orgullo.

Pero llenó sus pulmones de voluntad e ímpetu, ante el riesgo de perderlos.

— Tu misma lo has dicho, madre. Ya no hay tiempo — Volvió la vista hacia Marcus. Al verlo malogrado por la rabia, supo lo que debía decir. — ¡Me diste una orden y solo una orden! ¡Hacer todo para mantenerla a salvo! ¿¡Cómo esperas que lo haga, si me pides que huya!? — Acto seguido, la hizo para atrás, y se precipitó hacia los hombres que intentaban acabar con su padre. — ¡Después de tantos años de peleas y entrenamientos, no hagas como que no puedo defenderme!

Atenea Pryce llevaba un demonio dentro que la cegaba y en ocasiones podía despertar con el más mínimo roce de impertinencia. Encolerizada, se interpuso en la carga de los enemigos. Dejó atrás a Marcus, y entre espadazos e injurias se forjó un camino hacia adelante. Repartió tajos, veloces y precisos, y se hizo un hueco entre los cuatro primeros sin darles tiempo a respirar. Hubo alaridos, rasgaduras y tañidos de la espada, pero no sangre. Cuando una quinta sombra se cernió sobre ella, vio de soslayo como un destello encima de esta se asomaba. Atenea le propinó una patada al hombre que hasta entonces estaba encarando, y del golpe resultante, se impulsó hacia atrás. La monstruosidad de casi dos metros que era el espadón del *Ariete* le rozó una pierna, y se enterró en el suelo levantando una nube de polvo.

— Ha llegado la hora de saldar cuentas, tú y yo — le dijo al situarse frente a ella. El grupo con el que antes combatía entonces agredía a su padre.

Se elevó de una pirueta, y se preparó para recibirlo. De nuevo, la talla sobrehumana del *Ariete* la dejaba en mala posición. No se animó a tomar la iniciativa. Eligió esperar el ataque carente de celeridad, y lo esquivó.

« Ya no es una espada de entrenamiento. Es un condenado mandoble. » Bloquear no era algo con lo que ambicionará. Con semejante tamaño y fuerza de su acero, tal vez pudiera romper su escudo de un golpe. Si exageraba, no estaba dispuesta a averiguarlo. Su poder no estaba en duda, pero su paciencia era escasa y nunca lo había visto defenderse.

Una vez se hubo cansado de fallar tajo tras estocada, *el Ariete* lanzó un golpe en paralelo al suelo. Atenea lo vio venir desde un buen inicio, y arqueó el torso hacia atrás y flexionó las rodillas en un mismo movimiento. La hoja pasó a un par dedos de su rostro, tan cerca que logró cortar uno de sus rizos dorados. Cuando estuvo a punto de yacer encorvada como un papel, la rodela de su mano izquierda se encontró con el suelo. Se apoyó en ella, y lanzó una brazada de tierra hacia el grave rostro de su enemigo.

*El Ariete* restalló en alaridos, cuando sus ojos se llenaron de mugre. Se llevó una mano al rostro y la poca gracia que aún restaba en él se desfiguró por la ira. Sin

embargo, sus violentos intentos estuvieron lejos de quedarse allí. Asestó patadas al suelo en busca de una Atenea que trastabillaba al retroceder, y atacó, sesgando nada más el viento con su espadón y la vista nublada por la desgracia.

— ¡Suficiente! — bramó, cuando su empeño no dio frutos. — ¡Ya es suficiente! ¡Mátenla! ¡Mátenlos a todos!

Atenea volvió corriendo hacia su madre. No supo que había sido de Marcus ni de cómo resultara su pelea. Pero el chillido y rostro pálido de Aloy le dio una idea bastante desalentadora. Con el corazón en la garganta, se giró bruscamente. Había cuatro hombres inertes en el suelo, y su padre se retiraba con un corte oblicuo a la altura del estómago como recuerdo. Aloy fue en su búsqueda, y trató de que se apoyara en ella, aunque Marcus no lo necesitara. De su herida bajo la cota de malla, brotaban algunas lágrimas de sangre, pero se mantenía en pie.

— Se ve peor de lo que es en realidad — les anunció a ambas. —. He estado en peores condiciones.

Lo que restaba del pelotón avanzaba a paso decidido. Aún eran más de veinticinco, y ellos solo tres. Espadas y hachas en manos, se posicionaron en forma de medialuna. Se les veía fieros, con los ojos de un cazador. Pero en ellos se reveló cierto aire de indecisión en sus últimos pasos. No tardaron en detenerse, titubear y voltearse a ver unos a otros.

— ¡Vivos! — gritó un hombre. Aquel que yacía más atrás, junto a *el Ariete* — ¡Los necesitamos vivos!

— ¡Me vale una mierda! — Se debatía consigo mismo para deshacerse de la tierra en su semblante. — ¡Mátenlos o lo haré yo y después iré a por todos vosotros!

En pocos momentos, uno de los hombres, que por sus ropas se presumía un guardia de la ciudad, prestó su iniciativa. Su casco nasal y la cota que le llegaba hasta los pómulos dificultaba ver si en él residía una pizca de vacilación. Su arremetida fue dirigida hacia Atenea. Sin embargo, Marcus hizo de escudo, y bloqueó el tajo con su espada. Acto seguido, lo empujó hacia atrás con un gruñido de esfuerzo. Y el guardia tropezó con sus compañeros.

— Dios, por favor. — rogó Aloy.

Atenea se sintió de súbito acorralada, vulnerable, cual perro en un callejón, más allá de tener acero y hierro entre las manos. A su lado, Marcus se tragaba su dolor entre chirridos de dientes y se apretaba el abdomen con una mano, para frenar el sangrado. De inmediato, un segundo, un tercero y un cuarto se decidieron a actuar, pero el Señor al que su madre tanta convicción profesaba pareció entonces responder a sus plegarias.

Al principio no había nada más que oscura desesperanza, y de ella nació un silbido que murió fugaz ante Atenea. Y, después otro, y otro más… Hasta que perdió la noción de cuántas eran las flechas emplumadas que surcaron el aire. Cuando los proyectiles comenzaron a empotrarse en sus cuerpos, los zarrapastrosos celtas detuvieron su avance y la conmoción se reflejó en los rostros de todos. Cayeron arrodillados, aún vivos; cada uno exhibiendo el asta en medio de la ingle, como emulando un miembro erecto. Uno de ellos habría soltado un quejido, al igual que el resto, a causa de su virilidad pérdida,

si Marcus no le hubiera rebanado la cabeza de un tajo. Y en breves, una carga de caballería rompió con los soldados en formación, que se fueron dispersando para evitar caer arrollados. Hubo más disparos y confusión, mientras despacio Atenea descubría que la caballería en la que volcaba sus esperanzas eran en realidad cuatro monturas. Cuatro caballos sin jinetes, que intentaban barrer a su paso.

— ¡Rowan, los arcos! — gritó un hombre.

— ¡Formación! — escupió otro. — ¡Mantengan la formación!

De reojo Atenea vio a una sombra moverse con rapidez por las azoteas, y de ella brotó una flecha más desde la oscuridad que el fuego no alcanzaba. El caos rojizo se extendía a su entorno, y chisporroteaba con voracidad en múltiples casas. Hasta aquel instante, no les había prestado su debida atención.

— ¡Quédate aquí! — le ordenó Marcus, presto a aprovechar la fragilidad del enemigo. — ¡Ya sabes qué hacer!

Y sin más, lo desobedeció de vuelta. Atenea lo cogió por un brazo.

— ¡Estás lastimado! — Lo escuchó soltar un lamento, cuando lo atrajo hacia ella con apuro, motivo por el que se convenció más de sus palabras. — ¡Tú quédate y protégela!

Y lo dejó allí, con el ardor aún presente en su mirada y dos sujetos malheridos para que se encargara él de quitarles la vida.

« Es lo correcto. Debería cuidarlo a él también », se dijo.

Hubo más disparos y gritos que surgieron de distintas gargantas. Los caballos piafaban y pisoteaban la tierra en busca de la cabeza de algún hombre, pero no conseguían tener éxito. Un guardia de la ciudad la divisó entre la podredumbre, y fue hacia ella. Separó los labios al momento de atacar, pero su rugido fue de dolor y no de furia. Una flecha se le había empotrado en toda la rótula. Por consiguiente, Atenea blandió el acero para terminar el trabajo.

« Una o dos… ¿Cuál es la diferencia, si ya me he manchado con sangre? ». Rápida y certera, un segundo antes de que le atravesara el pecho, le llegó la brillantez de unos hilos que se ceñían a la emplumadura del proyectil. Luego, hizo oídos al afilado siseo que los hilos produjeron, cuando la flecha se separó del cuerpo, y voló de vuelta hacia el arco que lo había lanzado y a la mano que la había acoplado.

Él, de jubón acolchado bruno y gesto irascible tras la bufanda que le cubría la parte inferior del rostro, en un santiamén tensó su arma y disparó la flecha que antes había atrapado en el aire. Flecha que, en vez de asesinar, indispuso a su enemigo con dolor y no con muerte. En esta oportunidad, fue un codo lo que destrozó. Y según le contaron sus ojos, de nueva cuenta aquel hombre hizo ademán de su hábil truco. Para cuando uno de los que llevaba la cruz invertida en el pecho intentó ejecutarlo, asió un par de flechas de su carcaj y las empleó magistralmente como cuchillos. Retrocedió para ponerse fuera del alcance del hacha de su contrario, y lo aguijoneó hasta los dientes con gráciles movimientos, que se insertaron lejos de cualquier punto vital. A pesar de que gritase como si no tuviera más que odio en la sangre, mientras lo hacía.

Si era un enemigo, no parecía el caso. Los caballos lo rodearon trazando círculos a su alrededor, antes de volver a cargar contra los celtas. Se movían como si una sola cabeza los espoleara. Él sacó una flecha del carcaj a su espalda, tensó el arma y disparó en el mismo efímero segundo. Cada uno de los proyectiles llevarían un nombre escrito por azares del destino, porque ninguna de ellas en lo absoluto fallaba.

Y los enemigos siguieron cayendo. Con habilidad deslucida a causa de su herida, Marcus les obsequiaba una imitación de su corte de cuando en cuando. Atenea tuvo que tragarse el sufrimiento de haber dilapidado a más de un hombre, pero aquel sujeto de movimientos precisos que los ayudaba, por la razón que fuese, no les daba a muerte; los hacía sangrar y que se retorcieran de dolor, pero no les arrebata la vida por más que ellos ambicionasen con quitarle la suya. Incluso el corcel crema que lo acompañaba se limitaba a dar coces que postraban en tierra sin necesidad destrozarles el pecho.

Pronto, la mitad del pelotón cayó en desgracia.

« Podríamos huir, sí — pensó. —, dejarlo aquí solo. Se las apañaría. » Sin embargo, el pensamiento pasó volando casi sin ningún efecto. Su padre y su madre eran buenas personas, honestas, honradas, que no darían su brazo a torcer ante equiparable felonía.

De una manera u otra, resultaba imposible. A orillas del camino, arribó dando tumbos una carreta más, de la cual saltaron una docena de soldados de la Guardia de la Ciudad con aquellas insignias sangrantes en su sobreveste.

— ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! — vociferó, desesperado, un hombrecillo detrás de todos con un arco descargado en la mano. — ¡A la rubia la necesitamos viva! ¡El plan, joder!

Se refería a su madre, estaba casi segura. Pero era demasiado tarde, los hombres y mujeres que iniciaban la embestida de armas llevaban el demonio entre las sienes. Los que yacían en el suelo, aún con vida, se arrastraban para nada más estorbarles. Cuando Atenea tuvo unos escasos segundos para respirar, buscó con la vista al más peligroso de sus enemigos sin acierto alguno.

El de la bufanda azul y armadura acolchada se giró hacia ella.

— ¡Largo de aquí! ¡Váyanse! — Pero en el instante en el que uno de sus donairosos corceles recibió una miríada de flechas en el vientre, regresó a las andadas con cuchillos arrojadizos en sus manos. Dispuesto a hacer pagar al puñado de arqueros, sacó a relucir una furia desbocada y sus otras habilidades de combate a distancia.

— ¡Atenea! — oyó gritar a Marcus. — ¡Resguárdala! — Su padre se enardecía con un brote de pericia milagrosa contra tres hombres. Esgrimía la espada con una mano, pues la menos hábil se encontraba ensangrentada. Atenea se desperezó el miedo que hubo descollado en ella por un instante, y corrió hacia él. — ¡Por el amor de Dios, a mí no! — le dejó saber al cortarle la mano del arma a un supuesto guardia. — ¡A tu madre! ¡Ve con ella!

Lo hombres del *Ariete* lo habían arrastrado lejos de su esposa, o al menos él había tomado distancia con tal de mantenerla lejos de todos los que lo atacaban. Atenea pronto entendió que los habían envuelto por los flancos, sorteando la defensa que ella y el desconocido había estado guarneciendo con convicción de acero. No tenía caso seguir

allí. Hacía tiempo que solo se mantenía a la expectativa. Antes, los celtas se habían concentrado nada más en los caballos, pero entonces se enfrentaban a su padre.

Su madre se hallaba al fondo, a un costado del camino, con la daga despojada de las telas níveas en sus manos, aunque sin mucha idea de qué hacer, carcomida por el pánico.

Cuando ambicionó con llegar hasta ella, alguien le cortó el paso. Atenea le lanzó un tajo, pero el hombre retrocedió, evadiendo su ataque. Y muy pronto, otro soldado se sumó a la contienda, por lo que se entretuvo más de lo que le hubiese complacido. Sin pausa ni vacilación, le costó deshacerse del primero, abriéndole una zanja en la garganta, mientras el segundo también le presentaba batalla. La vida se le salía a borbotones, mancillándole la pechera y el cuello a la doncella.

« No más de esto — pensó, aturdida. —. Que se acabe ya. » Aunque el cuerpo se le moviese con soltura y voluntad propia, la mente y el corazón noble no soportarían que volviese a asesinar. Se hallaba de regreso en una pesadilla, una de la que nunca podría despertar.

— ¡Nooo! — un chillido se alzó por encima de todo lo que había en el mundo.

Aquel que aún yacía en pie, vivaz y esgrimiendo una espada, se precipitó hasta ella. Separó los labios al son de un gran bramido, y enalteció el filo de su arma en lo alto, mientras la compasión y la falta de costumbre de una damisela consumía toda la ferocidad de la guerrera que antes fuera.

Había estado conservando la guardia baja. Cuando volvió en sí misma y se decidió a actuar torpemente, era demasiado tarde… Alguien más había decido por ella su destino; una sombra del color de la canela se interpuso en medio de ambos de una estampida. La yegua alazana que brotó ante sus ojos desbarató la intentona del contrario, y con la misma se marchó, para pisotear con sus cascos a alguien más.

— ¡Marcus, cuídate de él! — En la segunda venida de aquella voz malcontenta, descubrió que era su madre, la que con tanto ahínco advertía a su esposo.

« Atenea, ayúdalo. », le susurró alguien sobre el hombro.

— Protege a tu madre. — le había ordenado Marcus.

Sometido por un innúmero de celtas de la Horda, su padre se había dejado el cuerpo y alma combatiendo. Pero sus fuerzas iban en decadencia. Una pila de cadáveres se erigía a sus pies, mientras danzaba entre ellos sin gracia ni aliento. Al cabo de infinitos esfuerzos, condenó a uno más por las leyes del acero, y se tambaleó para después caer sobre una rodilla. Una silueta negra como la noche se cernió sobre él desde un punto ciego a su espalda. Salpicado de heridas, Marcus alzó la vista hacia Atenea para obsérvala una última vez, resignado pues. Su sonrisa fue tímida y en sus ojos brillantes se contaba una historia de mil preocupaciones dirigidas hacia ella.

Atenea abrió la boca envuelta en un manto del más puro horror, pero fue Aloy la que desgarró los vientos con su grito inhumano.

El espadón del *Ariete* cayó desde cielo como un rayo acerado, y como manteca le abrió una brecha desde el hombro hasta el corazón.

El mundo se desmoronaba para ella. Aquella risa áspera que se proclamaba campeona antes de tiempo era la misma que había escuchado en el torneo, pero a diferencia de aquella vez, la doncella guerrera estaba al borde de las lágrimas.

— Debiste prestarle tu escudo, rubiecita. — le anunció, con una mueca sonriente en un horrible rostro en el que caían gotas de rocío sanguinolento.

Aunque cerrase los ojos, seguía viendo la escena en sus adentros. Avistaba al verdugo y al cadáver de su padre, con un garrafal corte sobre un hombro que se abría paso de forma transversal hacia su pechera como una boca abierta, sonriente y espantosa. De nuevo Atenea intentó gritar, y el arrebato de emociones le quebrantó a la vez la voz y el aliento.

— Dejarás de mirarme de esa manera — siguió entre risas. —, cuando te haya arrebatado también la doncellez, esos hermosos ojos y la vida.

Su padre… Cayó hacia atrás de forma irreal, con el torso dividido en dos.

Muy dentro de ella se encontraba el odio voraz, para fulminarlo con la mirada, y la locura inenarrable del amor, para asesinarlo al primer contacto, pero las lágrimas le nublaban la vista y las piernas no le hacían justicia al ímpetu de sus deseos. Enarcó la espalda hacia delante en un intento inequívoco por tomar aire o vomitar.

— ¡Maldito! — tronó el llanto de Aloy con un grito de espanto que parecía surgir de un tumulto de gargantas diferentes. — ¿¡Cómo pudiste!?

Su madre era el reflejo estricto del sufrimiento de Atenea. Apretó los dedos entornó a la empuñadura de la espada, y reunió todo su coraje para enderezarse. Pese a la tormenta de sentimientos que la castigaba, tuvo en claro lo que haría a continuación. Había nacido con la sangre fría y el corazón caliente.

Entrevió a la silueta borrosa del *Ariete* apuntar hacia su madre.

— No te sulfures demasiado. No vivirás lo suficiente para saber lo que haré con Atenea. ¡Venga ya! — Y dio un par de pasos antes de que un hombrecillo iniciase el intento de detenerlo a punta de empujones.

— ¿¡Qué haces, bestia? — aulló con voz aguda. — ¡Esas no son nuestras órdenes! ¡Llevémoslas vivas!

— A volar, soldado raso — De un manotazo leve pero bien dado, aquella arma de asedio a dos patas lo apartó de su camino. —. Qué me estorbas.

Todo sucedió tan rápido que no dio tiempo ni lugar a otra acción.

Un caballo cargó hacia él, y *el Ariete* lo esquivó de un salto. El jinete pasó galopando, sí, pero pronto se elevó a dos pies sobre lomo de su montura y se lanzó por los aires contra el enemigo. El desconocido no llevaba armas en las manos: la doncella se había precipitado a hacerse ilusiones. Al mismo tiempo y sin previo aviso, una mujer surgió desde detrás de Aloy, y le cerró una sucia mano en torno a la caballera vasta; en la otra mano llevaba un cuchillo serrado.

— Protege a tu madre. — le recordó el fantasma de Marcus Pryce.

Atenea no fue lo suficientemente veloz, aunque observara la escena sin quitar ojo y con mil imágenes cruzándole la imaginación por cada instante sucedido en la realidad.

Tan inevitable se vislumbraba la tragedia, que ni Dios ni ella habría podido brindarle su ayuda, por más que lo quisiesen.

Lo siguiente que escuchó fue al *Ariete* rugir como si una mordaza le amortiguase su fragor diabólico. Alguien dijo: «¡Corre!» y Atenea así lo hizo. Después, aguzó sus oídos al relinchido de un caballo, al ruido de un peso muerto estamparse contra el suelo y algo más siendo arrastrado. Con el rabillo del ojo, descubrió que el magno soldado era llevado a rastras por el mismo corcel, con una cuerda ceñida en torno a su mandíbula. A la desesperada, se tanteaba el rostro, deseando zafarse, sin embargo, lo perdió de vista antes de que tuviera éxito.

Su madre se había estado zarandeando frenéticamente en cuanto sintió que la cogían del cabello. Y en cuestión de nada, ambas iniciaron un forcejeo vivaz. Pero no duró para siempre ni llego lejos; el enemigo la tenía entre sus garras. De no haber sido por un movimiento proceloso de Aloy, los dientes del arma le habrían rumiado la carne de su vientre. No corrió con mejor suerte. El cuchillo serrado le atravesó la piel de la cadera y fue a parar al hueso. Aloy apenas dio señales de haberse enterado. Y en lugar de caer afligida al igual que una delicada dama, retiró la daga de su vaina, y a ciegas, casi como si hubiese sido de un espasmo hecho sin querer, le dividió el rostro y el cráneo a la mitad con una facilidad pasmosa a aquella mujer celta. A Atenea no le quedó de otra que contener el aliento, ante el despliegue apócrifo de fuerzas. Solo cuando hubo vislumbrado la hoja curva irregular y platinada, comprendió que el mérito era del arma y no de su madre.

Ya había visto una Daga Sagrada, en las dos ocasiones en las que visitase la catedral. Pero el desvelo de aquella reliquia arrojaba más preguntas que respuestas.

Mientras Atenea se dejaba las piernas acercándose a ella con el corazón en la garganta y tirando por tierra todo lo demás, un sujeto desarmado y más muerto que vivo rodeaba a su madre, para acabar con lo que la celta había iniciado. El aire se le había escapado de los pulmones, pero aun así corría, aunque no pudiese gritar.

A dos manos, al infeliz bastardo le hicieron falta dos tirones brutales, para retirar el arma y alzarla sobre su cabeza. En esta ocasión, Aloy se lamentó, amenazando con desplomarse tras el doliente gemido y la estela de sangre que hubo asomado. Aún después de haber llegado hasta él y empujarlo a la tumba en la que ya tenía puesto un pie, con todo el poderío nacido de su pena, Atenea no respiró ni emitió sonido más allá del llanto. Su madre se había dejado caer a sus brazos.

— No, por favor — el sonido de las palabras se le trabaron en la garganta a Atenea, surgieron más tenue que la brisa que las envolvía. Sus fuerzas no dieron para más, y cayó al suelo con ambas rodillas. —. No me hagas esto tú también.

Aloy ladeó la cabeza, frunciendo el ceño y el labio a causa del dolor. Ora respiraba, ora gemía, mientras una mirada plateada capaz de ablandar al más cruel de los corazones se asomaba bajo sus pestañas. No dijo nada, simplemente se dedicó a contemplarla en un mar de lágrimas.

— No voy a perderte — siguió Atenea, amagando un intento de levantarla. Pero ella se resintió y le cogió la mano con firmeza. El caballo castaño del que había saltado

el desconocido rondaba muy cerca. No tenían porqué ir a los establos. —. Antes de salir de la ciudad, necesitaremos a alguien que curé de esa herida. Bernice, ¿la recuerdas? Ella se hizo cargo, cuando te hicieron perder a mi hermanito. Estamos cerca.

Su madre se apretó con una mano firme el corte en su cintura, que manchaba de escarlata su vestido blanco.

— No, no voy a llegar.

— Lo harás — Aunque tuviese sus dudas, se inquietó de cualquier modo. —. Solo déjame…

— No llores, Atenea.

— ¿¡Cómo puedes decirme eso!? Mírate. — Rompió a llorar junto a ella. Cerró los dedos sobre las telas de Aloy y los hizo una bola para aprisionárselo contra la herida.

De pronto, se alzó una barahúnda armónica de decenas de cascos de caballo al galope, que fue en ascenso.

— ¡Rowan! — vociferó alguien.

— ¡Retirada! — Pareció responder. — ¡Detrás tenemos a más hombres!

La doncella dirigió un rápido vistazo hacia el camino. Lo que restaba de sus enemigos, siete u ocho, se precipitaban en dirección contraria a la estampida de caballería de la Guardia de la Ciudad que iba a su encuentro. El desconocido, bendito fuera, se hallaba aún de pie, de espaldas a ella. Se las había arreglado bien, a fin de cuentas. La cola de la bufanda azul que ocultaba su identidad tremolaba al viento.

— Bernice, no está lejos. Por favor. — insistió. Cuando trató de levantarla con melindre, de la espalda baja de su madre manó un hilo cuantioso de sangre, por lo que se vio forzada a dejarla reposar sobre el suelo nuevamente.

— Quisiera aferrarme a ti, cariño. Eres lo más importante en mi vida, pero solo te retrasaría. Tienes que salir de la ciudad.

— Ganamos. — Fue lo que le dijo, cuando la caballería pasó volando, fugaz, y agitó la brisa a su alrededor.

— Esta noche, pero no la guerra. Él me seguirá acechando hasta que su cuerpo desfallezca. Y si se entera de que existes, irá a por ti también.

— ¿Qué?

El gesto que Aloy reveló fue en demasía doloroso, acompañado de un llanto, como si la vida se le estuviese cayendo a pedazos.

— Lo lamento mucho. He cargado con una herida como esta tantos años. Íbamos a decírtelo, Marcus y yo, cuando dejases de ser esa niña. Pero lo retrasé todo lo que pude. Nunca quise que dejases de ser una niña, mi retoño. Marcus quiso que te lo confesáramos. Le pesaba, aunque te amara como a nadie. — giró el cuello para observar a lo lejos el cadáver de su esposo tirado sobre la tierra y abierto a la mitad, pero Atenea con dedos suaves no se lo permitió.

— Mírame a mí, ¿quieres?

— Él no era tu padre. — Se había forzado a cerrar los ojos, como muerta de miedo y sufrimiento. —. Pero te amó aún más que yo, si eso es posible.

Le tomó una eternidad hacer oídos. Nadie, ni el más letrado de todas las naciones, tenía las palabras para describir aquel fogonazo de desengaño y desolación. Separó los labios antes de que surgiera su voz sin pensamientos y negase con la cabeza violentamente.

— Eso no es verdad. ¿Qué estás diciendo?

— Te entrenó — insistió su madre. —, te protegió todo lo que pudo. Eras su mayor orgullo y regalo. Lo dejó todo, y no sabes cuánto fue eso, por nosotras dos.

— No. ¡Su cuerpo está allí! — Apuntó, hostigada. — ¿¡Por qué!? ¡No deshonres su memoria con… con…! — «Mentiras», no se atrevía a decírselo. Pero ¿qué motivos tendría la mujer que la había traído al mundo para mentirle en su lecho de muerte? Era presa de la desesperanza, pero se vio obligada a seguir sin mirarla a los ojos. — ¿Por qué me dices esto ahora? ¿Por qué jamás lo conocí?

— Porque es un monstruo de sed insaciable. Lo siento, Atenea. Nunca tuve el valor para decírtelo. Y me arrepiento.

— ¿Acaso él? — Se horrorizó al percibir la carga de desprecio inadmisible en ella.

— No me hagas decirlo.

Podía sentir cómo le arrancaban el alma a tirones lentos, pausados pero punzantes. Supo de inmediato la magnitud del suceso, del demerito de aquel sujeto cuyo nombre no quería alcanzar a escuchar. En aquel momento, solo quería echarse al suelo a llorar y olvidarse de que alguna vez había tenido una convicción de acero.

— ¿Soy una bastarda? — Paladeó a arcadas el horrendo sabor. — ¿Soy el fruto de una violación?

Aloy se apresuró a rodearla con sus brazos y le dio un beso materno en los labios. Pese a la angustia de la cadera, levantó el torso tanto como le fue posible para abrazarla.

— No, Atenea. Eres mucho más que eso. Eres mi mayor regalo y orgullo. Lo más maravilloso que he logrado soñar y que se ha vuelto realidad. — Se detuvo un instante para flanquearle el rostro con las manos y demostrarle con regocijo que hablaba con verdad. —. Mi viva imagen, eres la prueba viviente de que Dios existe y de que hasta el acto más cruel de este mundo puede albergar una bendición. No hay mal que por bien no venga. Y tú eres todo el bien que hemos podido crear, Marcus, el amor de mi vida, y yo.

Su madre siempre olía a rosas rojas de un verano perpetuo y fresco. A Atenea le trastabilló el habla en esta ocasión. No lograba comprenderlo del todo. A decir verdad, no quería comprenderlo. Aloy no pudo más y se dejó caer, pero ella estuvo allí para sostenerla y que el abrazo no muriese.

— Él está con los celtas. Tienes que irte. No dejes que te encuentre jamás.

— Iba… Yo iba a ganar ese torneo — le confesó su sueño. Quería que aquello saliese por fin de su cabeza y estuviese en la realidad, antes de que viera cumplido el sueño de su madre, al que le había cogido cierto gusto sin decir palabra; que concibiera hijos y se asentase en compañía del amor de su vida. —. Quería que utilizásemos ese oro para viajar…, para que conociésemos el mundo, todos juntos. Me he imaginado esos lugares cientos de veces. Ver los atardeceres, las estrellas, que comiésemos juntos

platillos que ni te imaginas y viviésemos. Juntos. Sin preocupaciones. — Y por increíble que resultara en primera instancia, había un lado de su espíritu que sufría a horrores y otro que estaba en completa calma, pues su madre aún respiraba.

La depositó en el suelo con mucho cuidado, y ella se presionó de nuevo la herida.

Se hizo un silencio interrumpido por la brisa. El corcel ansioso que había estado yendo de aquí para allá se detuvo ante ellas y gentilmente inclinó la cabeza para olisquearlas y resoplar.

Atenea miró hacia arriba para recibirlo, y después volteó a ver a su alrededor. La calle habría estado desierta y hecha ruinas, sino fuera por el desconocido y sus leales corceles. El hombre se acopló el arco compuesto a la espalda, y giró medio cuerpo justo a tiempo, para que compartiesen una mirada. Sus ojos negros brillaban de pena, y la mitad superior de su rostro le pareció magnifica a la distancia.

« Gracias. Mil veces.»

— Promete estas dos cosas — escuchó de Aloy. — ¿Te acuerdas de la canción que solía cantarte cuando eras pequeña? Nuestra canción.

— *El Encanto de la Vida*. — asintió, con ayuda de una triste sonrisa.

— Cántasela a tus hijos cada noche, si quieres tenerlos. Sin falta, hasta que sean adultos, como hice contigo. Y qué solo la escuché el hombre al que amarás. Dios quiera que sea tan bueno como Marcus.

Entrelazó sus manos con una de las suyas.

— Lo prometo, pero… Dijiste dos cosas. ¿Qué hay con lo otro?

Su madre le besó la frente, ambas mejillas e incluso la nariz. Y le dijo por última vez que la amaba. Enseguida envainó la Daga Sagrada, y se la tendió envuelta en sedas.

— Lleva veinte años en nuestra familia. Un secreto más que debimos ocultarte, pero estas eran órdenes de un Rey. — La recibió como un último regalo. —. Le pertenece a la Corona y también pueblo. Es mi deseo que la protejas de las garras de aquellos que solo siembran el caos para conseguir sus ambiciones. Me avergüenza reconocer que debería decirte que salves a tantos como puedas, pero lo único que quiero ahora es que te vayas lejos, a donde la Horda de las Bestias no pueda conseguirla. Hay otras en la ciudad, pero no tendrán esta.

— Lo prometo. — Le besó el dorso de la mano con el que tomaba juramento. — Madre, ¿el padre al que amo, Marcus, era un caballero? ¿Cómo consiguieron una Daga Sagrada? ¿Por qué?

Aloy le devolvió la sonrisa triste que hasta entonces no había atendido que se petrificara también en el rostro de Atenea.

Dos gotas de agua, una tan bella y deslumbrante como solo la otra podía serlo.

— Adelante, cariño, el tiempo no se detendrá por nosotras.

No sin antes mirar atrás y verla llorar de afligida felicidad, como un dulce sabor salado, mientras las lágrimas de Atenea discurrían sobre sus mejillas, subió al corcel con el peso de una promesa, dos perdidas y un vasto camino en soledad por delante. Contempló al galope lo que le depararía el futuro, y no pudo evitar echar una última mirada a la ciudad que había sido su vida. El recuerdo de Ross y Moira la avasalló, y

ante la presencia del llanto que amenazaba con asomarse, juró al Cielo que volvería por ellos. Solo necesitaba que el dios de su madre los mantuviese con vida hasta hallar la forma.

# Connor IV

Sentía que se ahogaba en su propio vacío al ver a aquella hermosa mujer llorar.

— Por favor — le dijo ella, cuando se hubo acercado para tratar de ayudarla. —, déjame ver tu rostro una única vez.

Connor se apartó de las manos que querían arrebatarle la bufanda. Si alguien, quién fuese, veía su rostro y se enteraba de lo que podía llegar a hacer con su don, moriría quemado en la hoguera por presunta brujería. Y en su lugar, analizó el manchón de sangre y la herida que llevaba en la cintura.

— Te lo suplico. — insistió ella entre las lágrimas que la recorrían.

« Está condenada — se enteró al ver toda la sangre que había perdido. —. No hay nada que pueda hacer. » De manera que permitió que sus temblorosos dedos revelaran su identidad. Le rompió el corazón ver como sonreía al borde de la muerte.

— ¿Cómo te llamas? — siguió diciendo aquella mujer tan parecida a Atenea, mientras le tanteaba el rostro.

— Connor… Bressler.

— Gracias por lo que hiciste, Connor. Por tratar de salvarnos sin siquiera conocernos. Estoy en deuda contigo por salvar la vida de mi hija. Solo espero poder saldarla desde el Reino de Dios — Le sonrió. —. Me llamaron Aloy desde el día en que nací.

Aquellas fueron sus últimas palabras expresadas con debilidad.

En el instante en que murió, vio en sus ojos desvanecerse un brillo formidable. Como la muerte de una estrella en el cielo nocturno. Le cerró los párpados, y la acomodó junto a la pared de piedra. Le hubiese gustado haber hecho más por Aloy; no haberla dejado en aquella oscura y fría calle, para empezar. Pero no tuvo más opción. Ya estaba muerta, y él aún debía luchar por los que seguían vivos.

Cuando las campanas de la catedral y de las demás iglesias comenzaron a tañer a lo lejos, de algunas casas solo quedaban brasas humeantes.

« Alá, Zeus, Hades, Odín, Danu… — Uno a uno, su mente evocó los nombres de la lista negra que había estirado con los años. Nombres que despojaban de la calma a una mente tan mortificada y la enardecían con furia descomunal. — Thor, Freya, Amaterasu, Ra, Anubis, Bi Fang, Vishnu, Krishna… El dios de todos vosotros, dranovenses, maldito sea. Y hasta el último de todos a los que no se han molestado en ponerle siquiera un puto nombre para orarle. » La Horda de las Bestias descendía de los celtas, del polvo de una cultura allanada por la cristiandad. Siglos más tarde, eran entonces ellos y sus dioses lo que buscaban dar caza a todo el que viesen diferente por sed de venganza.

Estaba decido a pensar que casi toda guerra en el mundo había brotado a causa de una creencia más allá de lo terrenal y la avidez de cada creyente por defender a muerte lo que sus padres le habían enseñado a venerar. O cuando menos este fanatismo cultivaba la discordia. Las diferencias y la intolerancia terminaban una vez más por

entablar el caos, pero arriesgo de caer en la paradoja, ¿por qué debía Connor tolerar al obseso intolerante?

El olor a humo impregnaba el aire, por dónde cabalgara, con un aroma acerbo insoportable, y la delgadez de su bufanda no brindaba alivio. Sus ojos escocían, pero ojalá fuera en vista de los jirones de ceniza que el viento arrastraba. Un odio interminable se apoderaba de él. Con cada zancada de su caballo, una ira recurrente en Connor fue a más y más, hasta que desbordó, y comenzó a gritar como un salvaje.

Aquellas circunstancias ameritaban que mantuviera la mente fría, pero era incapaz de escapar del pozo sin fondo en el que se había sumido. Solo deseaba que *Wyke* galopara más rápido, que volara incluso, si era necesario. Fue entonces cuando percibió por sus venas correr el miedo infecto del corcel. Su dolor sin voz ni palabras atravesó el alma de Connor como un rayo de luz lo hiciera con un cristal. Solo en aquel instante, entendió que estaba yendo demasiado lejos.

« Al margen de la ira y del sosiego, a la orilla de las emociones, se haya allí la auténtica concentración », se repitió cual mantra.

Se llevó la emplumadura hasta la mejilla, y soltó el proyectil en la primera ocasión que se presentó. Las flechas de punzón tenían una enorme punta de tres planchas que se incrustaban en los enemigos, con la ayuda de un arco compuesto que disparaba con la potencia de una ballesta. La primera agujereó el hombro de un salvaje de barbas crecidas, y el tirón de la cuerda que se amarraba a el asta de la flecha y el empuje de *Wyke* hicieron el resto. El celta de a pie acabo siendo arrastrado un buen tramo hasta que el hilo de hierro se rompió. Sacó otra flecha del carcaj, tensó y disparó. Volvió a acertar, y el espectáculo de destreza y alaridos retornó con idéntico desarrollo.

En Occidente, todos los arqueros disparaban flechas detrás de un muro o desde un terreno llano, inmóviles como roca. En cambio, Connor se decantaba más por una respetable actuación del estilo ancestral de los *mangudai*, descargando flechas a horcajadas desde su caballo.

Las campanas no dejaban de sonar y la gente de gritar, mientras correteaba, despavorida. Algunos hombres valientes, muy pocos, tomaban el asunto en sus propias manos, en vez de clamar por la ayuda de alguien más. Sin embargo, con rocas, palos e incluso con puños desnudos estorbaban a la Horda de las Bestias lo mismo que una mosca lo hacía con el avance de un manotazo. Los bárbaros se debatían entre divertirse con los cuerpos de los caídos, saquear las casuchas a la vera de la carretera de tierra o encaminarse hacia el corazón de la ciudad con sus armas y su crueldad prestas. Cada quién hacía un poco de esto y de lo otro.

Si se atreviera a abrirse paso entre cadáveres de su arco y flecha le supondría la misma deshonra en la que malvivían estos.

Connor le daba alcance a todo el que podía. Los caballos que le hacían de escolta arrollaban con la precisa moderación para empotrarlos en el suelo y no para matarlos, al tiempo que sus flechas se topaban con aquellos que se les escapasen. Todas, sin excepción, acababan por dar en el blanco en una pierna, un brazo o la parte baja de la espalda. Tensó el arco casi tres docenas de veces y divisó con admiración como caían en

cada oportunidad antes de que estirase la mano hacia el carcaj en la silla y lo encontrase vacío. Luego, tanteó rápidamente el segundo que se asomaba por encima de un hombro, llevándose la misma inoportuna decepción.

« Si tan solo no lo hubieses hecho, Connor — se reprendió. —, estarías ahora más cerca de ellos. » Pronto supo que no había nada de lo que arrepentirse. Con toda seguridad, de no haber ayudado a aquella familia estaría más cerca de la única razón que tenía para luchar. Pero la culpa de haber ignorado un buen juicio y dejado morir a una persona que no se lo merecía habría pesado en su conciencia más que la muerte de todos a los que había disparado.

Espoleó al caballo, usando entonces los estribos, como necesitando con fuerza dejar atrás el malestar y los malos recuerdos; como procurando casi a la desesperada que no volviera a sucederle lo mismo una segunda vez.

Por su cabeza cruzó cual dardo el día en el que Elizabeth le diese la noticia. Aun con todo el desconcierto y la desolación, no había tenido que verlos partir. Por el contrario, tan vasto resultó el infortunio de la chica del torneo que había tenido que presenciar la muerte atroz de su padre y luego obligarse a abandonar a la mujer que le diera la vida en su lecho de muerte. Asesinados por la mano del fanático, no por sustento como lo hicieran las bestias, sino por hambre de poder y de propósito.

— ¡Atenea! — Había coreado el público en las gradas, colmándola de gloria y felicidad — ¡Atenea Pryce!

Mismas voces que aquella madrugada clamaban otros nombres por salvación.

La genuina Guardia de la Ciudad había brillado por su ausencia, hasta aquel mísero segundo. De un recodo surgió una decena de soldados con ropas verdes y blancuzcas, y cayeron al unísono sobre unos cuantos celtas con sus armas y un iracundo rugido. Y de ese modo, presenció de nuevo a la Cruz enfrentándose al Trisquel, con acero y sangre en las manos, y con fuego y alaridos a su alrededor.

« Fanáticos. Malditos fanáticos ». Miserables fueran quienes luchasen por su ideología hasta las últimas consecuencias, sin importarles nada ni nadie más.

Desenvainó la espada, aunque de poco sirviese si no era para cortar cabezas desde su montura, mientras se encaminaba a todo galope hacia las únicas por las que moriría en verdad. Vivían muy adentradas en la Capital; en un barrio acomodado cercano al corazón de la ciudad.

Fueron los ojos de uno de sus caballos, y no los suyos, los que vieron como le arrojaban un hacha de mano directo al cráneo. Connor instintivamente ladeó e inclinó la cabeza, con lo cual esquivó el golpe de milagro y por un pelo. Y quienquiera que hubiese lanzado el hacha no solo escondió la mano, también todo su aspecto, puesto que jamás llegó a reconocerlo.

Más adelante, el viento aulló con los crujidos de los onagros que se abrían paso desde de un cobertizo. A su derecha se oyó el sonido de los mecanismos, y acto seguido, el aire se inundó de una lluvia de piedras y un manto denso de gravilla. La maniobra desesperada de quienes pretendían defender la ciudad funcionó de lleno, barriendo duramente como una ola a la cuadrilla desprevenida que marchaba delante.

Connor corrió con mejor suerte que muchos otros, pero esto no impidió que perdiese el equilibrio y el control de su montura en la misma acción. La gravilla le alcanzó de sopetón el rostro y el costado derecho del cuerpo. Se zafó de las riendas con habilidad durante la caída, y llevó a cabo un intento de acrobacia para tocar tierra sin rodar ni dar demasiados tumbos. No había entonces campana alguna que sonara, solo podía escuchar un agudo silbido que le atosigaba el oído.

Y al momento, una espada distinta a la suya lo buscó; la vio descender, veloz como un rayo, sobre su cabeza. No pensó en lo absoluto, no hubo tiempo. El brazo debió de haber actuado por cuenta propia, y en el camino el filo de ambas armas se encontró clamando la canción del acero. Se puso en pie, dispuesto a bregar al son de las espadas, pero tres o cuatro movimientos después, hacia el morir de aquel efímero vaivén, ante sus ojos brotaron los colores verde y blanco de sus ropas sin ninguna cruz invertida que declarase su complicidad en el asedio. Connor consiguió llegar hasta él, le asestó un sopapo de revés, y lo cogió por la cota de malla sobre su pecho.

— ¡Estamos del mismo lado! — le gritó rabiosamente.

Y con la misma, lo empujó hacia atrás. Compartieron una fugaz mirada.

El soldado era joven, podría resultar que un par de años menos que él. Lucía un rostro corriente e inquieto, unos ojos que lo miraban fuera de sus órbitas y una barbita a medio afeitar. La incursión celta lo había agarrado mal parado, saltaba a la vista. Lamentablemente estos someros rasgos serían lo poco que conocería de él. Con la misma rapidez en la que se pestañeaba, su rostro se había convertido en un maremágnum brutal de huesos, sangre y sesos que costaba creer. El rugido de quien le hubo borrado la existencia en un santiamén y la visión de él sosteniendo su descomunal martillo de guerra le llegaron poco después, cuando Connor se hubo recuperado de semejante golpe la realidad.

Así de sencillo se desvanecía una vida que había tardado años en germinar. Y espantoso era pensar que cualquiera se podía ir sin siquiera saberlo.

Sin pausa ni vacilación, aquel hombre dio un paso al frente y asió el arma a dos manos; el asta de roble era más alargada que sus brazos recios de leñador, pero apenas abultaba el grosor de unos cuantos delicados dedos de arpista. El alcance de su ataque era casi injusto. Y como si tratase de una marioneta hilada por la intuición y el instinto de supervivencia, Connor se anticipó a su movimiento y eludió el primer golpazo lanzándose a un lado. El segundo esquive; fue mera casualidad de la vida que le hubo sonreído.

Connor no resaltaba entre otros por ser el más alto, razón de sobra por la cual aquel bárbaro lo hacía lucir pequeño cada vez que bramaba y alzaba su martillo sobre su cabeza, exorbitante. No había en él rasgo que valiera o importara. Presumible era que si se detenía un segundo a averiguar si en los ojos del enemigo se reflejaba un irracional furor, desesperación o la astucia de un zorro que confiaba merecidamente en sus habilidades, sería lo último en ver antes de la negrura propia de la muerte.

No era tan hábil con la espada como cabría esperar de alguien adiestrado por un caballero, o al menos como desearía serlo. Lo cierto era que, sin importar cuanto lo

intentase, jamás había conseguido que la espada se sintiera una extensión más de su cuerpo al igual que los cuchillos o el arco. Y aunque la soldadesca no le llegase a los talones, para Connor saberse simplemente bueno no bastaba. Entonces más que nunca veía la copa medio vacía en aquel momento de mayor necesidad.

Asegurar que el celta era lento con tan formidable peso con el que maniobraba sería no hacerle justicia a su técnica, pero además era uno de esos hombres de los cuales resultaba sencillo imaginar que ni un golpe bien dado y fulminante lo detendría. Y por el amor que le conservaba a la vida, Connor no lo encaró; no había manera de verter su sangre sin apostar la cabeza en el proceso. El Dádiva cortó el vínculo con los animales que lo habían escoltado hasta allí, y centró toda su atención en cuidarse del puño de acero rompedor de cráneos e ilusiones. Al poco rato, el oponente le dio un respiro, graso error, y Connor se hizo con el escudo de hierro que había pertenecido a un guardia.

El martillazo que descendió desde las alturas y que abrió paso a un despliegue copioso de fuerzas, lo recibió con el escudo para proteger su cabeza, haciéndolo vibrar como a una campana. El resto de los golpes se produjeron de la misma forma. Uno, dos, tres, cuatro… Con el tañer redoblado e incesante del martillo sobre el broquel, sus oídos se alejaron de los gruñidos de esfuerzo del enemigo, de los gritos lejanos y del crepitar del fuego multicolor que consumía hogares. Y de algún modo, Atenea, *el Ariete* y el coliseo se colaron entre sus pensamientos como un destello surgido de la nada.

Corto de alcance y de oportunidades, pero ágil de mente, lanzaba una estocada rápida, por poco desvalida, a el asta del martillo en los insufribles instantes en los que el asalto y la defensa pugnaban en el aire. En detrimento de su brazo menos competente y de sus tímpanos, que a los cuatro vientos resonaban piedad, Connor retrocedía, mantenía el escudo en ristre, y lo alzaba al entrever la próxima arremetida. Propinaba un tajo en la medida de lo posible a el asta en medio del rimbombante campanario que revolvía todas sus ideas, menos una. Así, una y otra vez, sin muchos ánimos de ceder en la rutina y sin saber realmente si su necio afán de soportar golpes y más golpes como un desgraciado daría algún fruto.

Cuando llevaba un rato haciendo poco más que esto, advirtió el dolor punzante en las sienes; el pitido agudo y penetrante que lo había estado acompañando se intensificó, anegando sus oídos. De pronto, las imágenes comenzaron a llegarle dobles a sus ojos. Las náuseas afloraron desde la boca del estómago, cuando el enemigo enalteció de nuevo la monstruosidad que tenía por arma y la precipitaba por enésima vez.

« No tendré mejor oportunidad — pensó al flexionar las rodillas e impulsarse hacia atrás con un salto. —. O tal vez no habrá otra. » Sorteó la lluvia de dolor que se estaba cerniendo sobre él de forma poco hábil, aparatosa incluso, al caer al suelo de espalda. Pero funcionó. El bloque de acero se estampó rebosante contra el suelo con fuerza descomunal, y al cuerpo de madera no le dio tiempo a amenazar con un quejido antes de romperse en un puñado de fragmentos.

Connor consiguió levantarse a duras penas, con la cena asomándose por la garganta y la cabeza que le explotaría en cualquier momento como un barril de pólvora. Se permitió una risa jovial que no vivió por mucho. La pequeña dicha entre sus dolencias

se desvaneció tan pronto como vio al bárbaro arrojar lo último del asta que había conservado entre las manos y alcanzar un hacha de mango largo de su espalda sujeta a una correa.

— Demasiados combates para una vida — soltó al aire y suspiró, desalentado, como si un tercero pudiera oírlo. —¿Por qué no solo se termina?

Hizo oídos sordos a la réplica del celta. Aunque, a decir verdad, no podía escucharlo bien. En breves, se vio asediado por su hacha en manos firmes, y un segundo después, *Wyke* apareció a su lado como un relámpago dorado y color crema. Este se alzó sobre los cuartos traseros y le hundió las pezuñas en un hombro. Y, en resumidas cuentas, de golpe hizo girar al enemigo como un dedo cualquiera lo haría contra una moneda. Todo el garbo y la intentona cayeron en desgracia, y su brazo se desplomó junto con él, sujeto a su cuerpo por apenas unos hilos de carne.

— Gracias, viejo amigo — Hincó una rodilla, y se bajó la bufanda hasta el cuello. Las náuseas se convirtieron en arcadas y estas terminaron por revolverle el estómago. El resto fue un acto no muy agradable a la vista. —. Pero pudiste haber hecho eso desde un principio, ¿no?

De un resoplo casi al unísono surgido de su montura y los demás caballos, comprendió que no. Recorrió el campo con la mirada, descubriendo que su vigorosa piara de corceles lo había estado protegiendo; cuerpos de traidores y celtas se arrastraban por doquier y otros tantos genuinos Guardias de la Ciudad habían salido victoriosos.

« Levántate y continúa con lo que empezaste », se dijo.

El viento arrastró hasta él la pavesa de las llamas comunes y entremezclaba aquellas otras del Fuego Fatuo de tonos rosáceos, verdes y caobas. A las órdenes de unos hombres en cota de malla de constituida dignidad, un innúmero de ciudadanos emergió de las callejuelas y edificios de piedra para reunirse en mitad de la calle. Una vez hubieron cruzado unas cuantas palabras con los soldados, corrieron sin mesura como cucarachas huyendo del fuego en dirección contraria al centro de la ciudad. La oleada fue al encuentro con Connor, quien andaba cabizbajo y renqueante como un desamparado; algunos tuvieron la decencia de sortearlo en el último segundo, mientras a otros no les importó que estuviera allí para chocar hombros y hacerlo tambalear.

Observó los rostros de algunos de ellos y aguzó los oídos enturbiados a los que proferían cualquier cosa en su patético estado de desolación. Se dio cuenta de que los odiaba a todos más que nunca, más que a la mismísima Horda de las Bestias.

— Quisiera pensar que tienen todo lo que se merecen, por quemar a inocentes en la hoguera — susurró para sí mismo, oprimiendo con fuerza la mandíbula. Nadaba a contracorriente ante aquel rebaño de mansedumbre. —. Por la Gran Mortandad que iniciaron. Por destruir a los pueblos que no rindieron tributo a vuestro dios.

Su sangre se sentía como un fuego en las venas que no hacía más que consumirlo, pues sus energías iban en declive. Llevaba ya mucho rato combatiendo contra hombres y demasiados años armándose de paciencia con los demonios en su cabeza. Hacia al final de la multitud, una mujer con la piel cubierta por ceniza cojeaba, rezagada.

— ¡Por el amor de Dios! — Cogió a Connor por un brazo, y le dio un tirón. — ¡No vayas hacia allá! No hay nada más que muerte. — Cuando vio que este seguía con su camino sin inmutarse, cerró los dedos entornó a la bufanda, y se la arrebató sin quererlo.

En el calor del momento, se giró de súbito, y con apenas empujón se la quitó de encima. La mirada que le dedicó sería la de un desprecio gigantesco, por poco bestial. La mujer lo observó en el suelo con el asombro plasmado en su tez pecosa, enferma de una epidemia de ignorancia y estupidez sin remedio. Lo último que supo de ella fue que un hombre con un parche en el ojo y unos trillizos de grandes mofletes volvían sobre sus pasos para alzarla y conducirla a la salvación.

Connor recogió del suelo, polvorienta y deshilachada, la bufanda: un trabajo corriente hecho con amor. Se sintió imperado por la culpa, aunque no se arrepintió a cabalidad de su arrebato, al recordar a la mujer cristiana que lo adoraba con todo el corazón, como si hubiese nacido de su vientre. No obstante, todo sentimiento pasó a un segundo plano, cuando el dolor en las sienes y el pitido infernal retornaron desde sus adentros y lo hicieron enarcarse. Si su brazo izquierdo no estuviera sufriendo un derrumbe de fuerzas, se lo habría llevado a la cabeza como acto de reflejo.

« ¿Qué tan lejos estaré? », se preguntó.

Habría permanecido confinado al silencio de una calle desolada, sino hubiese sido por los suspiros de las llamas moribundas en montículos de cenizas y el silbido zumbante de sus oídos; en las cercanías también se componían melodías de guerra, una canción de cuna escrita por la muerte. Y de pronto, se alzó un chillido inminente a él. Después, la misma voz reanudó el grito con palabras.

— ¡Auxilio! No me dejen aquí. ¡Padre! ¡Tío! Por favor.

— ¿¡Grace!? — Connor se espantó de escucharla allí. — ¡Grace!

No estaba seguro de si se trataba de una alucinación o de una casualidad pasmosa, pero sabía que era el mismo miedo y candor hablando a través de una voz idéntica. Como su hermano, no atendió a razones ni a las dolencias de su cuerpo, y fue hacia ella vadeando desesperadamente.

— Qué alguien me ayude. — oyó en forma de un lamento adentrado ya en el llanto de un niño.

Como un fuego que se avivara en mitad del invierno, lo espoleaba a pesar del desgaste. Cruzó la calle apenas en pie, y se dirigió a las lindes de un callejón entre dos construcciones de piedra. Se encontraba allí, con las piernas abrazadas contra el pecho y la frente apoyada sobre las rodillas. Aun después de haberle puesto una mano encima, creía que todo era una ilusión. Y cuánta razón tuvo entonces, al zarandearlo a él.

El harapiento niño alzó la vista y se sobresaltó, abriendo los ojos como platos.

— P-por favor. No me hagas daño.

— No eres ella. — La desilusión abrasadora fue a la vez un balde de agua fría y una puñalada en el corazón.

— Mi padre y mi tío… Ellos ya vienen.

« Están condenados, al igual que tú, si te quedas aquí. »

— No tengas miedo. No vine a hacerte daño.

— Si los ves, diles que estoy aquí. Mi tío dijo que regresarían por mí.

La suerte de aquel niño no mayor a Grace se sospechaba ausente, al igual que escasos sus favores en vida. Tenía los dientes torcidos, los pies encallecidos y sucios por andar descalzo y los ojos y las mejillas un poco hundidas de mal comer.

— ¿Tienes algún nombre, niño?

Cuando se animó a responder lo hizo con cierto cuidado.

— Abel. Como el segundo hijo. Ya sabes, el del libro.

— No puedes quedarte aquí, Abel. — « Pero tampoco puedo llevarte conmigo. No sería nada prudente. »

— Sí, sí que puedo. Ya te he dicho que…

— ¡No, ellos no vendrán! — le gritó, impaciente, con los nervios a flor de piel.

Vio morir en los ojos de Abel la poca esperanza que conservaban. No lloriqueó nada más, pero por poco echó a correr.

« No te hagas esto. Tanto vale que se quede o que se vaya contigo, podría morir de cualquier modo », se dijo. Dejó ver en su semblante cómo libraba una lucha interna entre los sentimientos y la razón. Ya no había tiempo y debía ir a por los Maine tan pronto fuese posible. Lucharían o escaparían de la ciudad, lo que ser Vyler creyera mejor para su familia… Sin embargo, ya había dejado morir a dos personas aquella noche. Y Abel era apenas un niño, con tanto derecho de vivir como su pequeña hermana.

— Ellos ya no vendrán, Abel. — Un corazón noble y justo subordinaba sus deseos a la rectitud, por más que intentara envolverlo en una gruesa capa de frío acero. — Porque yo te llevaré con ellos. Pero hay unos cuantos asuntos que debo hacer antes.

El niño accedió de inmediato, y afrontó la tarea con cierto deje de valor, cuando Connor lo depositó en la silla de montar.

— Este es *Wyke*. Es inteligente, es amable y jamás se rendiría. Aunque no hayas cabalgado antes, si te aferras bien, él no te dejará caer por nada del mundo.

— ¿Qué? ¿Yo solo? — De la impresión, casi se arroja del caballo. — He soñado con cabalgar un corcel, pero… pero ¿por qué no subes conmigo?

Connor robó una flecha del cráneo de un cadáver, y se la colocó en la aljaba.

— Estarás más seguro apartado de mí. Además, ya te he dicho que es inteligente. — « Ha pasado demasiado tiempo hilado a mí. »

Se subió a lomos de un trotón de pelaje pardo, y salió despedido al galope hacia el corazón de la ciudad, persiguiendo el único motivo que había tenido alguna vez para arriesgar la vida. Tres caballos libres lo siguieron, poniéndose a su paso con rapidez y rodeando al corcel bayo.

La última de sus flechas la usó contra un arquero enemigo que lo estuvo cazando con la suya hasta casi dispararla. La punta de metal le perforó el hombro a través de las pieles, pero aquello no le impidió al celta forcejear consigo para removerla con todo y carne y acoplarla a su arco luego de haber fallado por mucho la anterior. Más adelante, cuando el número de combates individuales sucediendo a la vez se contaba por decenas

sobre la calzada, vio como algunos hombres del antiguo pueblo rendía tributo a las memorias de sus antepasados con aguerrida y soberbia intrepidez.

— ¡Cierra tus ojos y sujétate bien! — le gritó al niño ni bien divisó a un celta batallando entre rugidos y espadazos aún con uno de sus brazos cercenado que chorreaba sangre a borbotones. Por su parte, otro estaba moliendo a golpes a un Guardia de la Ciudad, mientras conservaba el arma de este último empotrada en la boca del estómago. Sucumbió al final, pero no sin antes llevarse consigo a su adversario al eterno descanso.

La caballada pasó de largo como una brisa repentina, desapercibida entre semejante tempestad de alientos inclementes y manteniéndose al margen de cada asunto.

« *Combaten con la desesperación del jabalí mal herido* — recordó las palabras inmortalizadas del mayor monarca del Imperio Inconquistado —, *que aún cubierto de saetas sigue buscando a su asesino, pero llegan a más, pues si se les ha clavado una lanza, que a otro le hubiera forzado a permanecer en el suelo aullando de dolor, ellos la arrancan de su cuerpo y con la misma arremeten contra sus rivales. La ciega cólera jamás les abandona si todavía tienen fuerzas. Los he visto incorporarse en la agonía, intentar seguir peleando y, luego, morir de pie.* » Los huesos de aquel soberano se habían ennegrecido hacía ya tantos siglos que, a día de hoy, serían mero polvo.

Llegado el momento, una parte muy ínfima de Connor se arrepentiría de haber seguido adelante junto al niño bajo su ala. Pocos metros más allá se enfrascaban en batalla el grueso de las reducidas fuerzas de la Capital. Dos centenares de jinetes, por lo visto, habían estado barriendo a placer a salvajes desprovistos de cobertura por las calles. O al menos esto sucedió hasta que una tropa de caballería enemiga cargó contra ellos desde un costado y una hilera de celtas se formó con picas y tarjas para encerrarlos cuando no tuvieron espacio suficiente para reordenarse. El Dádiva no lo pensó dos veces. Giró en un recodo una cuadra antes, y le dio la espalda a la escaramuza en un desvío inesperado.

La sensación que presidió a su retirada fue la más horrorosa, impotente y desalentadora que hubiera padecido. Su don muchas veces era una maldición con la que estaba condenado a cargar hasta el fin de sus días. A pesar de encontrarse ya muy lejos, sintió en carne propia como las vidas de los corceles de guerra se desvanecían una por una al coro de relinchidos hundidos en desesperación. A sus oídos, se oyeron como gritos humanos con más emociones negras que palabras. Y esto no hizo más que echar sal en la herida que se había gestado entre sus sienes, pues su habilidad le provocaba siempre gran cansancio mental. Apretó los dientes y ahogó un quejido.

— ¡Connor! — chilló Abel. — ¡Al frente!

Cuando se enfrascó de nuevo en el camino, la visión borrosa le estorbó ver que había más allá de tres o cuatro de metros. Primero le llegó un rugido desaforado que reclamaba su cabeza en una pica, luego distinguió a lo tonto la silueta del jinete y la presencia del caballo. El pulso se le aceleró al ver el destello de la espada volar al encuentro con su cuello.

« Abajo. ¡Abajo! » Nunca sabría si aquella voz en su cabeza le pertenecía, pero sus músculos igual la obedecieron. Enarcó la espalda hacia atrás, aguantó la respiración y juró sentir como cada instante se hacía tardío y muy vivido. La hoja reluciente de la espada pasó silbando a dos dedos de su mentón y aquel guerrero surgido de la nada se desvaneció de su vista tan pronto como hubo surgido. Aun así, después de enderezarse se volvió con torpe incredulidad, y se mantuvo así por un tiempo. Descuidó el camino, porque este era el último de sus pensamientos.

Por desgracia, recuperó la cordura y sus ojos demasiado tarde.

A un costado, en la intercepción de una calle, vio de soslayo una figura espectral y monstruosa, blanca como la luna, que iba directo a embestirlo. Unas fauces de colmillos también blancos se abrieron de par en par con un feroz bramido, y se afianzaron poderosamente en la grupa de su montura. Aquella bestia cruel e indómita levantó el peso del caballo como si fuese un cachorrito de león, y lo sacudió de lado a lado en plena carrera. Mandó a Connor volando por los aires sin remedio ni apoyo. El vientre del equino se desgarró hasta convertirse en papilla sanguinolenta de vísceras, piel y músculo. Ambas partes, Dádiva y animal, aterrizaron en el suelo de la peor forma. El caballo murió al instante sin oírsele relinchar. Su cuello se había roto como pan duro. El vínculo entre los dos había cesado, cortado de tajo y haciéndolo desaparecer sin dejar rastro como pavesa.

Desde abajo, desde las briznas de conciencia que le restaban, un segundo antes de perder el sentido de la vista Connor divisó, claro y nítido, al jinete de la calavera como yelmo y al Ossisquama al que montaba encabezar una hilera sin fin de enemigos que lo dejaban de lado con celeridad.

«*Los he visto incorporarse en la agonía…*». Connor Bressler se levantó hecho polvo, mantenido en pie solo por la ira del fracaso; odio frío e inhumano. Entre lágrimas, clamó en un grito desgarrador por Elizabeth, para que así un sentimiento diferente le otorgase fuerzas. Después vino el nombre de Grace, y finalmente el de ser Vyler, lo más parecido a un padre que recordaba, aunque despreciable no fuera el rencor que le guardase. Dio un paso adelante, pero las piernas y el alma le fallaron. «*… intentar seguir peleando y, luego, morir de pie.* » La vida se le estaba escapando, discurriendo con el calor de su coraje por detrás de la cabeza.

Escuchó a *Wyke* relinchar una y otra vez, pero no vio más que oscuridad.

Según decían ciertas antiguas escrituras, el nombre de Abel encarnaba la frase: «El que había estado con Dios». Y, a decir verdad, aquel niño había sido abandonado a su suerte por todo dios u hombre en el que creyese.

Le había fallado a aquel pequeño llorón y asustadizo.

Y con mayor dolor les había fallado a ellas.

# Purgatorio Terrenal

## I – Leonor

El festín en nombre de lord Thomas y ser Vyler Maine se había celebrado hacía unas horas en el Salón de Banquetes. Por desgracia, el capitán de guardias durante la expedición del Intendente Mayor se hallaba ausente. Había mostrado su arrepentimiento de no poder presentarse con una carta. Según leyó, se había sentido indispuesto del estómago desde que arribara a la Capital. Mala suerte para el caballero.

Los doce comensales que lo acompañaban tuvieron el placer de degustar una riquísima selección de vinos veraniegos antes de pasar a la comida.

En la mesa central se servían una inmensidad de platillos diferentes. Para Leonor, no existían distinciones entre platillos principales, entremeses, postres ni nada que se le pareciera. Al fin y al cabo, todo entraba de la misma forma. Y mientras le echaba los dientes a un trozo de pan de ácimo untado con mermelada de fresas, arrugó la frente en un esfuerzo por recordar todo lo que había comido.

« Un crujiente pavo con relleno de verduras, un par de manzanas acaramelas, un guiso de calabaza, cebada y cerdo; queso frito con trocitos de jamón ahumado; unas cuantos píncheles de frutas, para mantenerse ligero. Todo bien acompañado de hidromiel y sidra. »

Se sorprendía a veces de cuánto podía tragar sin que engordase una onza.

Apenas se dignaba a dirigir la palabra a los invitados y hacer oídos a sus conversaciones, dedicado con esmero a los sabores que le azotaban el paladar. Todo su mundo de alegrías giraba en torno al dulce, el salado, el agrio y el picante de cada comida.

Y más tarde, se entretuvo mordisqueando con delicadeza una pechuga de pollo.

— Qué bueno es ser el Rey.

Entre Edward y Ashton, comenzaron a servir manjares a base de maíz, café, plátano, caña y otros tantos nombres de los cuales poco había oído hablar.

Por lo que se rumoreaba, hacía cosa de un año, un marinero barmano y su tripulación habían vuelto de una travesía, trayendo consigo un cargamento de exóticas comidas, artesanías y la promesa de una tierra nueva y rica al oeste del Continente del Ocaso. Se habían perdido en alta mar, pero el rumbo incierto los arrastró a encontrarse por error con una «isla», que luego resultó era una región vastísima, habitada por hombres y mujeres de piel de bronce. Este hecho había causado gran revuelo y escepticismo, pero entonces varias de aquellas reliquias allende a Dranova yacían a su mesa, listas para que fueran paladeadas.

Recordó entre risas que, en cierta ocasión, el Arzobispo Headmund, quien ya no asistía a los banquetes con tanta regularidad, se levantó con la cara roja de indignación en medio de una cena, para darle uno de sus acostumbrados sermones.

— Majestad, me siento obligado a deciros que antes de jurar mis servicios a la Corona, lo hice ante la Casa de Dios. La Fe debe estar por encima de todo. Es preciso que, aún ante todos los presentes, humildemente deba advertiros que lo que hacéis… Vuestra voracidad insaciable… Es una terrible gula. Un pecado capital, os recuerdo.

— Tranquilizaos, Alexander — Leonor levantó una mano con la voz y la razón un tanto comprometidas por la bebida. — ¿Cómo puede ser esto gula, si siempre tengo hambre? Además, Dios me hizo así, yo solo obedezco su voluntad. — Su propia carcajada sumada a las de sus compañeros de copas, provocó ecos en las paredes iluminadas por cien candelabros.

De un momento a otro, entre tanto los criados se deshacían de la vajilla y acomodaban un siguiente platillo sobre los manteles, su consejero carraspeó e hizo sonar la porcelana con un tenedor, anunciándoles a los comensales un nuevo brindis. Con un rápido gesto de mano del Rey, los violinistas y arpistas aliviaron su vivaz tonada.

— Majestad, señores — En su siempre sosegado rostro se exhibía una sonrisa de labios apretados. —. A pesar de que lord Thomas sea el invitado de honor de este banquete, quisiera agradeceros a todos por haberme permitido servir a vuestro lado durante tantos años. Han pasado muchos. Pero nunca es tarde para sentirse agradecido — Alzó su copa, y los comensales lo imitaron. —. En fin, qué este brindis sea por vosotros, la Corte del Rey. Por el reino. Y en especial por mí querido Rey. Una nueva y maravillosa era se cernirá pronto sobre esta nación, gracias a cada hombre sentado en esta mesa. Disfrutad lo que resta de la cena.

## II – Konash

Konash reía de angustia, recostado al pie de su cama, al no poder asomarse a la ventana a gritar a los cuatro vientos del baluarte. *Rompecorazones* yacía sobre su regazo y la armadura platinada, lo más lejos posible, esparcida sobre el suelo de la habitación.

«*El Arrogante*» comenzaron a llamarlo, nobles y plebeyos por igual, aquel día en que fue ungido con el título de caballero. Naturalmente siempre había pecado de arrogante. ¿Y cómo no hacerlo cuando nadie en todo el reino había sido capaz de desmontarlo en una justa, ganarle en combate singular o siquiera darle juego en batalla? Todo el que alguna vez fue tan valiente o tan estúpido como para plantarle cara en un verdadero duelo no era entonces más que comida para los gusanos.

El orgullo de quien fuera el más grande caballero no le cabía en el pecho; era un monstruo imparable al que llevaba alimentado durante treinta años. Todo este tiempo lo había empleado en distinguirse entre los demás hombres, en sucederse mejor que ellos en cada aspecto de importancia. Aunque no tuviera el sentido del deber enfermizo y la servidumbre de su hermano, que siempre había sabido reprochárselo, Konash siempre había sido más que él; y siempre él lo había tratado de menos.

Hasta entonces no había sido consciente de que los bajos instintos de un mortal constituirían el paso en falso que lo haría caer al abismo.

— ¿Con que derecho me juzgas, Vyler? — soliloquió, amargado, oprimiendo los dientes. — Si ambos somos de reconocida habilidad, ¿por qué insistes en mantenerte modesto en una posición como la nuestra? La caballería… No soy honrado. No soy imbécil. He roto mis votos que juré reverenciar, lo sé. No ha habido semana en estos últimos tres años en las que no lo hiciese. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. ¿Crees que me importa, Vyler? Yo no quise esto.

La hoja de platino damasquinada lo cegaba, extraviado en sus lamentos, cuando se bebía la luz de los braseros de su celda en el Baluarte del Rey.

Vestía con ropas finas y se paseaba con coraza reluciente, pero más allá de esto, acostumbraba a vivir igual que un prisionero. Atrapado entre cuatro paredes sin ningún lujo y escasa comodidad. Comprometido a recibir con reverencia cualquier orden y escoltar a sus amos a donde quiera que estos fuesen. Konash había tenido incluso que donar la mitad de sus riquezas y esconder la otra al unirse al servicio. Y a medida que se acercaba el día del ungimiento de su discípulo como caballero, sus obligaciones iban en aumento. Oportunidades como las de los torneos de la Capital eran las pocas en las que se le permitía salir libre durante un día.

Pero qué iba a saber el obseso de Vyler.

— ¿Por qué todos me llamáis arrogante con tanto desdén? Las cartas están sobre la mesa, y han mantenido a mi favor desde el día en que nací. Miradme, os pregunto, ¿qué importancia tiene la humildad para alcanzar el éxito? ¿Qué ganáis con rendiros ante la distinción de alguien más? — Suspiró. —. La maldición de la conquista, ¿no? Aquellos que se rinden en el camino a sus deseos, dedican sus vidas a menospreciar los logros de los demás. Vuestro único mecanismo para sobrellevar esas patéticas vidas.

Existía la posibilidad de que fuera excomulgado y ahorcado por quebrantar sus sagrados votos. A ojos de la Iglesia, habría cometido tantos pecados como el que menos en la ciudad, pero nada de ello importaría por culpa de la intachable armadura que estaba obligado a portar al momento de su confesión. Lo que alguna vez le trajo el mayor orgullo, sería entonces su condena.

Si lo hubiera sabido…

« Será mejor que supliques perdón a Dios y al Rey — le había dicho Vyler. — Si fuera tú, entregaría esa espada que llevas y esperaría a que no me ahorcasen por ello ». Tenía que cambiar, todo en él estaba forzado a cambiar, pero no ocurriría así de la noche a la mañana. Y no ocurriría así en una vida entera.

No iba a pedir perdón. Pues nadie lo valía. Ni siquiera aquel al que llamaban Dios.

Creyó que sentiría el peso del mundo sobre sus hombros al tratar de levantarse, dispuesto a renunciar a su puesto, al título y a su vida. Por el contrario, recibió con indiferencia lo sencillo que fue. Desde niño, sostener una empuñadura entre los dedos lo había hecho sentirse más osado. En cada batalla que librara. Antes que suplicar de rodillas por misericordia y tener que ver alguien desde abajo, decidiría morir. Estaba decidido a hacerlo. Si rogara por su vida, habría perdido su honor verdadero. Y al igual

que a un *samurai*, la muerte por *seppuku*, o como fuera que se llamara, era una alternativa a una vida de vergüenza. Aunque fuese por motivos totalmente distintos.

Pero antes debía entregar la espada para conocer su destino. Era menester de ello. Un caballero de la Guardia de la Realeza tenía que morir en su puesto, si así le era encomendado, y dar la vida por la Familia Real. Para bien o para mal, ya no estaba en él cumplir con su palabra.

Konash jamás había deseado servir a nadie, incluso a un Rey. O una Reina. Alice Liongborth lo había engatusado con halagos y promesas vacías, para que prestara su vida y, al mismo tiempo, la desperdiciara, al resguardo de la suya y las de sus niñatos herederos del reino. Había sido ella, con vileza y diplomacia, quien sabía de su prodigiosa destreza, la que lo había enajenado para su propio beneficio.

Su sobrino y escudero ya era un hombre. Si alguna vez le había enseñado algo, sabría qué hacer en un futuro. Y aún tenía a su padre para ayudarlo.

Una a una, cogió las distintas partes que componían su armadura y se las sujetó al cuerpo, tensando las correas. Primero el peto platinado de inscripciones grabadas, en segundo las hombreras, luego los quijotes. Así hasta que solo restó el yelmo con visera que en raras ocasiones usaba. Cuando hubo terminado, se ciñó la espada con un cinturón, y fue a mirarse al espejo por última vez.

Entre los cabellos largos que le caían sobre su bien parecido semblante, se coció una sonrisa al imaginar cómo sería tan exquisito espectáculo; al pensar en el rostro que Alice, Leonor y sus súbditos pondrían con verlo arrojar al suelo su armadura y juramentos. La expresión de espanto, cuando lo vieran quitarse la vida, si debía llegar a tal extremo. No hizo falta imaginar esto último, pues fue la misma que su reflejo desencajó al escuchar de súbito un golpe contra la puerta.

— ¡Ser Konash Maine! ¡Vuestro descanso ha concluido! ¡Y el de todos los demás! — Aquella voz, fuese quién fuese, rugía con impaciencia. Volvió a asestar otro duro manotazo — ¡Ser, levantaos! ¡La ciudad está siendo atacada!

## III – Jerome

Bajo la cota de malla y sus ropajes de blanco y verde, sudaba lo indecible por el calor que emanaba de las calles. El caos era anaranjado y amarillo, pero también había llamas danzantes que jamás había osado imaginar. Estas consumían las casas de madera con un matiz plateado, y otras del color del cielo abierto trepaban por los árboles hasta derribarlos. Nada las detenía de acabar con todo a su paso, cuando se propagaban por el suelo. Levemente alcanzaba a escuchar el tañido incesante de las campanas de la catedral. Sin embargo, el magnánimo recital de las espadas, el crepitar del fuego y el coro de gritos desgarradores demandaba toda la atención de tan pérfido desconcierto.

Una mujer de brazos casi tan finos como la espada que llevaba en manos se precipitó hacia él, dejando ver con su rugido que solo conservaba cuatro dientes en la boca. Jerome Callaghan respondió al ataque instintivamente, y el acero chocó con el

bronce igual de afilado. Una segunda guerrera pintada, de escaso atractivo y ropajes remendados, salió a escena con un garrote, en cuanto Jerome se hizo para atrás con la guardia y broquel en alto.

Se enteró de que sus hermanos de profesión lo habían dejado solo contra dos enemigos que surgieran entre la muchedumbre. O puede que hubiesen muerto en el camino. El garrote trazó un semicírculo en el aire, y los clavos que llevaba se ensartaron en el escudo de Jerome. Lo siguiente que sintió fueron los tirones furiosos que aquella criatura apuraba, mientras la primera de sus enemigas seguía adelante con la hoja de bronce refulgiendo en una estocada mortal. Enseguida, le concedió su broquel, con todo y garrocha, a aquella que tanto lo anhelaba, y esquivó el golpe como pudo. En un momento dado, un hilillo de sudor se le había metido en un ojo, así que luchaba solo como un tuerto lo haría.

— ¡Viejo de mierda! — bramó la desdentada. — ¡Muere ya! — Blandió el arma en alto, y descendió con un chillido salvaje.

Jerome, de reflejos rápidos y músculos cansados, tuvo tiempo de posicionar su hoja entre ambos. Inclinadamente, no de la mejor forma. A decir verdad, fue un movimiento torpe para toda su experiencia. Y en menos de lo que demoraba el restallido de un relámpago, el bronce besó al acero y le sacó chispas, al tiempo que continuaba cayendo en dirección a su rostro. Su nariz rozó la punta de la espada, y la base de esta le destrozó una de las cruces de su arma, para después rasgarle el dorso de la mano derecha.

Rezó a Dios y maldijo en la misma oración muda. Pero cuando el golpe siguió de largo y cayó contra la tierra, fruto de su fuerza, Jerome aún con todo su dolor, le atravesó el corazón de una punzada. Un segundo antes de que su enemiga se desplomara al suelo, retiró la espada. Su barbita blanca en forma de candado se tiñó de gotas rojas. En el acto, se volvió hacia su próximo objetivo, que por más ridículo que fuese, esgrimía su garrote con el pequeño escudo aún pegado a él. Cuando Jerome dio una zancada hacia adelante, su oponente ambicionó con aporrearlo, pero su arma era entonces más pesada. La mujer fue lenta, y no le presentó mucha dificultad destriparla con un tajo bien dado en el estómago.

Jerome ya no era tan joven como alguna vez, de manera que al final del combate se tomó unos segundos para recuperar el aire. Y no era para menos. Había perdido a su caballo en una escaramuza tiempo atrás, y se había visto obligado a correr una gran distancia pintando con sangre a los enemigos. Junto a sus compañeros, había matado a cinco y herido a otros dos. Desgraciadamente también había perdido todo rastro de ellos y de cualquier otro hombre que vistiese con sus insignias.

No había formaciones, puntos de reunión ni un objetivo claro; solo confusión y desorden entre los suyos. Los pocos que aún eran. Ante la anarquía reinante de las calles, se llevó una mano al rostro, y fue allí donde un ramalazo de dolor lo sujetó con sus garras. Dirigió la vista hacia el dorso de su mano, y lo que vio le dejó un vacío en el pecho. Como las cuerdas de una lira sangrienta, los tendones quedaban expuestos al viento, y se movían con la acción de sus dedos. Necesitaba un médico, pero antes un

caballo. Aún conservaba la mano menos hábil. Asió con ella la espada, y corrió en pos de su deber con la ciudad.

Más adelante no recordaría haberse envuelto las heridas con las telas de su uniforme, pero allí se encontraban las vendas improvisadas. Corrió por calles ribeteadas en fuego y desesperación, bañado en el manto de su propio sudor. Se detuvo a coger aire una vez más, y después siguió corriendo. La armadura era tan pesada como los años que se le venían encima, pero no desistió, y puso un pie delante de otro. El camino se desolaba más y más a cada cuadra. Tal parecía que la batalla se había movido a otro lugar y él se había quedado rezagado. No tenía conocimiento de qué dirección seguía, o si de verdad eran suyos los pies cansados que sin desistir gritaban con exasperación «un paso más».

Treinta o cuarenta, mil o diez mil, no llegó a saber cuántos metros recorrió antes de que otra espada se mostrara ante sus ojos al girar en un recodo.

— ¡Detente! — El niño se esforzó para parecer intimidante, pero las lágrimas en sus mejillas causaban una impresión muy distinta. — ¡Te lo advierto! ¡Detente! — Se adelantó un paso, y vaciló una estocada que no se decidió a dar. El arma era muy pesada para él.

Jerome puso fin a su carrera, casi sin aliento. El instinto le gritó que echara mano de su espada, aunque fuera solo un niño. La razón le susurró que no lo hiciera. Elevó las palmas al aire, y trató de aplacarlo. Y, dicho fuera de paso, hacer lo propio con su corazón que rasgaba sus límites.

— Tranquilo, niño — masculló. —. No temas. Soy de la Guardia de la Ciudad.

— ¿Y eso qué? — No aguantó más el llanto. —. Eres como todos ellos.

Con un par de ojeadas supo que no tendría más de once años, y que no abultaba más que uno de ocho. Absorbió por la nariz y se limpió con la manga de un jubón curtido. Los brazos le temblaban por el peso del acero, pero su voluntad aún seguía poniéndola de por medio.

— Tienes alma de guerrero — apuntó Jerome con una sonrisa, al tiempo que arrojaba su espada a un lado y se acuclillaba para ponerse a su altura. —, pero no es de hombres amenazar a un desarmado. No hay honor en ello.

La rareza del momento lo había obligado a centrar toda su atención en el chico y no en los corceles que se agitaban nerviosos a su espalda. Por extraño que fuese, aún en completa libertad, el delgado alazán rondaba en círculos, en lugar de salir despedido por el miedo. Y el corpulento bayo pisoteaba la tierra y lo observaba como si estuviese a punto de embestirlo.

— ¿Qué estás haciendo aquí solo y con esa espada? — « ¿Y con estos caballos? »

De pronto, el niño se puso más nervioso. Abrió la boca y castañeteó.

— Lo… Lo estoy protegiendo a él. — Hizo un gesto en dirección a la vera del camino en la que se acomodaba el cuerpo de un hombre que daba señales de estar muerto o inconsciente. Era demasiado joven para que fuera su padre.

— ¿Es tu hermano? — Lo vio asentir de reojo, indeciso, pero toda la inquietud del soldado estaba con el caballo color crema que lo fulminaba con la mirada. — ¿Y tienes algún nombre, niño?

— A-Abel.

— Jerome. — No dijo nada más en los instantes posteriores. Se dedicó a evaluar su situación. Estaba herido de la mano de la espada y muerto de cansancio. A los únicos que podía salvar eran aquellos dos jóvenes desvalidos, pero para ello tendría primero que escapar de la Capital, arrojando al olvido su deber.

— Por favor, vete.

Echó para atrás la capucha de mallas, para que Abel pudiera observar bien su rostro marcado por los años.

— Quiero ayudar, de verdad quiero ayudar. Solo suelta esa espada. No podemos estar aquí por mucho más. Los malos podrían volver en cualquier momento.

La mente de un niño encerraba algunas veces cuestiones inconcebibles para un adulto. De un momento a otro, la inocencia le hizo perder su intrepidez y bajó el arma.

— ¿Ayudarás también a Connor?

— Si tu caballo no me mata primero. — Brotó de él una risa nerviosa. El caballo resopló al instante, como si se tratara de una respuesta.

Abel hizo lo que le pedía. Bajó la espada, y se irguió de puntillas para acariciar el morro del animal de tan particular gesto.

— Ya, caballito. No nos hará nada.

No quiso lanzar los dados, así que se distanció más de su acero. Fue en busca del hombre recostado en la pared a punto de caerse a pedazos.

« Qué espanto », pensó cuando vio que el corcel lo seguía con la mirada. Mas quedó impresionado al descubrir que un rastro de tierra conducía hasta él. «No solo lo ha defendido con una espada más pesada que él, también lo ha arrastrado fuera del camino.»

— ¿A dónde iremos? — preguntó Abel.

« Pertenezco a la Guardia de la Ciudad. Mi deber está aquí — Se examinó las telas empapadas en sangre. Cuando trató de alzar a Connor, el niño tuvo que prestarle su ayuda. Pese a todo, no había de otra más que reconocer que se estaba haciendo viejo. —. Así como estoy, no podré proteger a nadie más. Y tampoco puedo dejarlos solos. »

— Dime que será lejos de la ciudad — siguió a la desesperada. —. Mi padre y mi tío, no sé dónde están, pero… Sé que podremos volver luego. Cuando *el Ser* regresé.

Y el deber murió con los ojos temerosos de aquel niño.

## IV – Leonor

— Su Majestad — ser Annick *el Undécimo* se inclinó ante su Rey. Se retiró el lustroso yelmo, y expuso los hilillos de sudor que le corrían la frente. —, el enemigo traspasó los muros de la ciudad hace diez minutos.

Ser Agnar Ramsey llegó un instante después e hizo lo propio con un rostro atiborrado por la frialdad inherente de la Guardia de la Realeza.

— Aún se desconocen sus identidades y preceptos, mi Rey, pero una legión de incontables soldados se dirige hacia aquí. Llegarán ante el puente levadizo en cuestión de nada.

Leonor no hizo ademán de detenerse a escuchar sus informes de situación. Aguzó los oídos, sí, pero sin llegar a darles mucha importancia. Leann Sheldrake, su pupilo y, en aquella única ocasión, su escudero, batallaba para ajustarle las correas de una armadura que jamás se había molestado en usar; láminas de hierro esmaltado en blanco con remaches en oro. El chico, por su parte, aún esperaba que alguien, quién fuese, le enseñase alguna coraza para vestir.

— ¿¡Dónde están esos desgraciados!? ¿¡Dónde mierda se han metido los hombres de Hengist!?

Ninguno de los caballeros platinados, incluso aquellos cuatro que lo seguían de cerca con sus resonantes pisadas metálicas, supo que responder. El desconcierto y las maldiciones parecían estar en boca de todos, más allá de cualquier reflexión. Los gritos exaltados de Su Majestad arrojaban ecos cargados de furia y confusión a los arcos de piedra que se elevaban por los amplios pasillos.

A decir verdad, nada parecía tener el más mínimo sentido en aquel momento. Todo hecho transcurría como una horrible pesadilla dónde cada posible acción era un fallo más y dónde cada pisada era un atajo hacia un abismo inminente que emergía de la nada. ¿Cómo un ejército había sido capaz de penetrar en la ciudad ante sus narices? ¿Acaso los más de cinco mil hombres de la Guardia de la Ciudad les habían dado paso seguro hasta el baluarte? En lo que respectaba a Nathan Hengist, el hombre era más bien un fantasma que se había desvanecido de alguna manera a la mitad de la noche sin que nadie supiera nada de su paradero. Cada noticia apuntaba a que la última línea de defensa la proporcionarían las inexpugnables murallas del bastión y los nidos de arqueros en sus almenas coronadas.

Leonor no llegó a saber con exactitud las veces en las que blasfemó al cielo ni mucho menos le importó que las damas estuvieran allí para escucharlo. La preocupación había dado paso a la intranquilidad, luego a la ira, y finalmente al miedo. Un miedo que, como Rey, no se animaba a demostrar. La primera orden que espetase había sido la de mantener bajo prioridad la vida de sus hijos y la de su querida esposa, pero no había tardado en enterarse de que Alice se le había adelantado varios pasos. La muy espabilada se encontraba alistando la partida junto a Richard y Elliot, una vez Leonor se había acercado a lanzarle la imposición de que serían enviados lejos de la Capital, tal como el protocolo decía.

Para aquellas alturas, se hallarían cruzando los pasadizos subterráneos que llevaban fuera de la ciudad. Cuando menos, albergaba esta única certeza en la que reconfortarse.

La Sala del Trono permanecía muy lejos como para conglomerar allí a todo cortesano y espada noble del castillo. Por ello, se había visto en la necesidad de decidir una audiencia precipitada en el Salón de Banquetes. Espaciosa y bien resguardada como

cualquier otra, y aunque no tan señorial, no le quedaba de otra. Los restos de su guardia mermada de dieciséis hombres se fueron uniendo a él poco a poco, a medida que sus urgidos pasos lo llevaban a su destino. Ser Konash, la mejor espada del reino, fue el último en aparecerse. Y por lo que le indicaron estos, su esposa había tomado la custodia de ocho espadachines platinados en la huida.

El Paladín de su guardia, ser Arthur Cahill, con el yelmo de penachos azules bajo el brazo, se adelantó entre los demás caballeros de la escolta, para abrirle las puertas. Un centenar de candelabros en las paredes iluminan la enorme sala, donde las personas que aguardaban inquietas redoblaban su número. En esta oportunidad no hubo heraldo que anunciara su llegada, y aun así todas las cabezas voltearon a verlo al unísono: cortesanos, damas, criados, niños y el remanente de los señores que había invitado para audiencias y banquetes anteriores, todos como si fuesen un solo individuo. Esperaban de él una mano de apoyo en momentos de necesidad, lo veía en el brillo de incontables ojos turbados, pero lo cierto era que Leonor estaba más sediento de respuestas que cualquiera. Buscó a Edward entre la multitud que guardaba silencio como si un velatorio se llevase a cabo, sin advertir que su consejero se había puesto a su izquierda.

— Majestad. — reverenció rápidamente.

Extendió un brazo en un arrebato de desasosiego, lo cogió por la casaca, y lo atrajo de golpe. Cuando lo tuvo justo delante, abrió la boca, pero las palabras no surgieron sino hasta unos instantes después.

— ¿Qué está sucediendo aquí, Edward? — Le habría querido gritar. Al final, todo sonido surgió como parte de un tenue farfullo.

— Justo lo que pensáis, me temo — dijo con su malnacida tranquilidad. Solo cuando le mantuvo la mirada desmesurada, se animó a seguir. —. Majestad. Un enemigo, cuya identidad aún no conocemos está en la ciudad.

— Es la Horda de las Bestias, Ma-Majestad. — oyó mascullar a alguien, lo que generó una oleada de voces consternadas entre los presentes. Cuando se giró Nathan Hengist yacía en la entrada con ambas rodillas sobre el piso de mosaicos.

El Rey se acercó de una zancada, y vio como este se estremecía por la sarta de maldiciones que se le avecinaba. Sin embargo, Edward tuvo el atrevimiento de poner una mano entre los dos.

— Capturaron o asesinaron a los centinelas y abrieron los portones del norte y del oeste desde dentro. De cualquier otro modo no pudieron haber entrado en la ciudad sin ser vistos — Bajó la mano lentamente. —. Os lo ruego, Majestad. Es momento para mantener la cabeza fría y las armas prestas.

— Lord Edward habla con verdad, Su Majestad. — dejó saber el conde que se suponía estaba a cargo de las defensas.

— ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? — El Rey se giró hacia él.

— Me hicieron llamar al cuartel central de infantería a media madrugada — Observó cómo intentaba ponerse en pie débilmente, tanto que un espadachín tuvo que ayudarlo. Solo entonces, se percató de los manchones de sangre de su capa bruna y en su armadura de cuero tachonado. —. Era una trampa. Escapé de la muerte por un

centímetro. Con mis heridas, me costó trabajo poner en orden a mis hombres y mucho más regresar hasta aquí, Majestad.

A las afueras los cuernos de guerra bramaron hasta resonar en las paredes. La sala se encontraba próxima al patio principal, que con toda seguridad devendría en un caos de espadas en cualquier segundo. « No, este castillo es inexpugnable — se dijo como único medio para conservar la calma. —. El castillo no caerá ».

Pero ¿y qué había de la ciudad?

— Varios de mis oficiales están muertos — siguió el conde Hengist. — y muchos de mis hombres en las calles también.

— La mitad de los hombres pueden llegar a ser Guardia de la Ciudad, si se lo proponen — ser Arthur se llevó una mano al pomo de la espada —, pero solo uno de cada cinco mil puede llegar a convertirse en caballero. — Su rostro alargado y amarillezco se transformó en un ceño fruncido formidable — Majestad, si la ciudad cae, seremos la última línea de defensa de la soberanía.

Aún mudo de consternación, se vio obligado a asentir. De inmediato, se escuchó la hoja del Paladín siendo desenvainada. Y acto seguido, los dieciséis hombres de la guardia blandieron su fulgor de platino en el aire, mientras prestaban juramento solemne a gritos con una mano en el corazón. Eran en realidad quince, puesto que ser Konash Maine ya no estaba entre los caballeros… De cualquier modo, el Rey unió su acero dorado al conjunto de espadas que relucían en la sala.

— Le regamos a nuestro Señor Todopoderoso — comenzó lord Thomas Worthington, encogido y trémulo entre los hombres. Otros prestaros su voz a la oración opacada por el ímpetu de los espadachines. —, que nos brinde su santa protección de estas aberraciones de Satán. El Señor es mi pastor, nada me…

De improvisto, se escuchó un descomunal golpe que venía de no muy lejos y que ahogó todas las voces de los presentes en un silencio sepulcral. Un segundo más tarde, se volvió a escuchar, incluso más fuerte.

## V – Brynjar

La tercera embestida desencajó el marco de la enorme puerta doble del castillo. Los goznes superiores de hierro no cedieron, sino hasta la cuarta carga de las bestias de hueso. Con un largo cuello como el de una tortuga y el cuerpo encorvado como las hienas de Apidauros, el Ossisquama en que Ramskull cabalgaba aguardó, babeando hiel asquerosamente, a recibir alguna orden. Pero su jinete no se impacientó con la siguiente arremetida; el celta aguardaba a su vez, dirigiendo la mirada cubierta por el cráneo de carnero, al Rey de la Horda de las Bestias.

Rex Azus montaba a lomos de una segunda fiera de escamas de hueso. Estas poseían tres pupilas en cada ojo dispuestas como esquinas en un triángulo; una de oro en su cumbre, y otras dos carmesí en su base. Brynjar había saqueado ciudades y aldeas en los tres continentes del mundo desde que tuviera edad suficiente para que el miembro

se le pusiese duro por sí solo, pero jamás había llegado a conocer cabalgaduras tan inmensas y excepcionales como aquellos Ossisquamas, que todavía ni adultos eran.

— ¡Desestimados hijos de la gran puta! — rugió con extrema furia, cuando ambas monturas se adelantaron a dar el último golpe. — ¡Aquí venimos a joderos las fiestas!

Brynjar Gunderson no era hombre que midiera sus palabras, y el furor de las setas y plantas alucinógenas de la legión *Ulfhednar* solo intensificaba más su inmenso delirio por la lucha. Era vikingo hasta la médula, aunque llevase puesto un casco de metal celta con cuernos bajo la mata desgreñada de cabello.

En lugar de destrozarse en mil pedazos ante semejante carga, las puertas se abrieron de par en par, cuando la tranca se oyó resquebrajarse en dos. El rugido de todos sus hermanos lo acompañó a tierra prometida. Con el hacha de doble filo en manos y la saliva que salía despedida con cada bramido, encabezó toda la cólera de cientos de años de templanza celta. ¿Cuántos eran los que lo seguían? No tenía la mínima idea. Tanto daba igual si eran diez mil gigantes o diez enanos. Sentía corriéndole por las venas la fuerza necesaria para asesinarlos también a ellos, si decidían interponerse en su camino. Si alguna vez llegaba a saborear el inconmensurable poder de un Demogorgón, de seguro este no sería más que una pizca de su voluntad cuando se hallaba en trance.

Brynjar era gordo y musculoso a parte iguales, tan alto como el mismísimo Rey, pero gracias a la amanita muscaria, la belladona y el beleño negro creía volar por los aíres con cada zancada como si tuvieses alas y fuese tan ligero como una pluma.

— ¡Por Azus! — vociferaron en desordenado clamoreo decenas de gargantas.

— ¡No solo por mí! ¡Por Nuada, quien nos guía! — Rex Azus evocó el nombre del dios guerrero que en teoría había portado la espada que entonces blandiese. — ¡Y por nuestros caídos!

En medio de su demencial arrebato, mandó a la mierda cada formación o estrategia. Su corazón latía con tal impulso que por momentos sentía que le ganaba la carrera a las gigantescas fieras de hueso que galopaban a su espalda. De pronto, el pasaje se tornó negro. Las galerías superiores desde la que se disparaban saetas cayeron en un abismo de ceguera. Para él, ya no existía otra cosa que un espacio vacío donde los enemigos delante eran siluetas blancuzcas y los aliados a sus sienes jirones de humo negro.

— ¡Por Odín! — Lanzó un tajo oblicuo con su garrafal hacha. Aquella silueta la detuvo con su pecho un instante después. — ¡Por la gloria!

Las gotas de sangre al retirar el arma del cadáver volaron con diminutas alas de cuervo, y tiñeron el suelo de un arcoíris llameante de mil colores que se extendió rápidamente hasta el infinito. El *Bifröst*, el camino divino hacia Asgard, se revelaba ante él en el punto álgido de toda su grandiosidad como guerrero.

— ¡Formación en testudo! — gritó Rex Azus. — ¡Muro de escudos, ahora!

Con el solo roce de su filo, las sombras blancuzcas se desparramaban al suelo como una cascada efímera. Cuando alcanzaba sus cuellos flácidos, los desmembraba de un corte limpio. Oía sus gritos y veía cómo en sus cabezas sin rostros se formaba una boca antes de desaparecer. Venían de dos en dos y morían de dos en dos. No eran rivales para su ímpetu desmesurado.

— ¡Brynjar! — creyó haber escuchado de Ramskull. — ¡A la formación!

Sin embargo, no había precepto alguno ni fuerza capaz en Midgard, la tierra de los hombres, que pudiera despojarlo de su mundo de alucinaciones.

— ¡Arqueros, responded! — De lejos, el único sonido que descollaba entre tanta algarabía conjunta era el poderoso vozarrón del Rey.

Casi de inmediato, una saeta hendió el aire desde un lugar alto con el chillido agudo de una mujer, para terminar por empotrarse en su hombro derecho y atravesarle las pieles de lobo que hacían las veces de armadura. Si la imagen de una doncella espectral de piel azulada, una Ninfa quizás, no hubiese estado allí para señalarle el lugar en el que fuera herido, no habría advertido nunca el proyectil. Insensible al dolor y al razonamiento, rompió la flecha a la mitad, y la arrojó a un lado con un nuevo arranque de ira. La hermosa mujer que flotaba ante sus ojos se fragmentó como una copa que cayera al suelo, cuando a la desesperada se impulsó y lanzó el hacha de mango largo en dirección hacia el enemigo. Había atravesado a la Ninfa con la misma facilidad con la que se cortaba el aire, pero la sombra que surgió detrás de ella la detuvo con su cuerpo antes de derrumbarse. Fue otra silueta tan blanca como la leche.

En aquel momento rebosante de confusión, la verdadera figura del hombre saltó a la vista: de aspecto fiero, barba crecida y piezas sueltas de metal repujado. Descubrió que había sido uno de los suyos, pero no importaba en lo absoluto. El accidente no había sido más que un triste soplo en un huracán en el que tantas vidas que se tomaban a la vez.

— ¡Azus, mirad! — alguien, no supo quién, tomó la palabra. — ¡Los arcos que sostienen a las galerías!

En un ligero episodio de lucidez, Brynjar divisó como su Rey señalaba con la espada a su fiera de escamas de huesos adónde tenía que dirigirse. Aunque no solo este, sino también el Ossisquama de Ramskull, fueron arriados por el furor de la batalla. Tres o cuatro segundos después, las columnas inclinadas de apoyo de los balcones comenzaron a ser derrocadas una a una. Y una multitud de galerías se vino abajo, llevándose consigo a todos sus ballesteros. Si aquello fue real o no… Si el poderío de aquellos animales era tan monstruoso, no llegó a saberlo con exactitud.

Una oleada de sombras iba de camino a cernirse sobre él. Y de golpe y porrazo, Brynjar se había convertido en poco más que una gota de agua en el océano. Parecía que todas aquellas barreras con las que no se habían topado al penetrar en la ciudad y en el baluarte, estaban abarrotadas allí adentro. Sin embargo, cada una de las siluetas eran blancas y pequeñas.

« Quiero a un puto platinado. Por mis cojones que quiero a una puta sombra platinada ». Ser Arthur Cahill y su penacho de paladín sobre el yelmo, ser Konash Maine *el Arrogante* combatiendo a dos espadas, ser Covan Thompson y su calva, les habían hablado tanto de ellos que había soñado con matarlos cientos de veces. Echó al olvido el hacha de mango corto que colgaba de su cintura, y se precipitó a las sombras a punta de mordiscos y enérgicos puñetazos.

— ¡No más putas sombras blancas!

A su entorno, se componía la canción de las espadas, pero Brynjar entonaba una muy diferente con sus manos. Uno, dos, tres, fue quitándolos del camino, pero eran demasiados, así que sus dientes amarillos tomaron parte en el asunto. A algún que otro lo cogió por sorpresa, y en menos de lo que cantaba un gallo, yacían sin una oreja, sin tendones en el cuello o con la sangre saliendo a borbotones de los bocados que revelaban sus pequeños cuerpos. De nuevo, con una caricia que lo hizo estremecer, la Ninfa surgió de la nada para señalarle sus heridas. Eran un sinnúmero de ellas, pero no sentía más que piquetes en el torso y un cosquilleo en la entrepierna.

Había jirones de humo negro a sus costados. « Aliados », pensó con una brizna de cordura. Uno de sus hermanos celtas agitó en alza una hoja de bronce brillante, pero antes de que descendiera a su objetivo, Brynjar lo divisó primero. Cogió las sienes de la sombra blanca con ambas manos, y le propinó un cabezazo entrecejo descomunal, que hizo que el cráneo de alguno de los dos crujiera como una nuez. Si había sido el suyo, no lo sabría hasta mucho después. La barba pelirroja sobre el rostro redondo se le salpicó de sangre. En breves, el aliado cuya apariencia no distinguía de ningún modo se abalanzó sobre un segundo enemigo. En esta ocasión, se encontraba muy lejos para darle alcance antes que él, así que cogió por el hombro a su aliado, y lo empujó hacia atrás.

— ¡Es mío! ¡Lo vi primero! — Hablaba de manera tan comprometida a causa de todo lo ingerido que a duras penas el mismo entendía lo que decía. — ¡Ven aquí, cabrón!

El jirón de humo se volvió con extrema rapidez, y le dio a probar de su propia medicina en todo el labio. Una y otra vez en cuestión de nada.

— ¡Compórtate! — Con cada golpe que el rostro de Brynjar propinaba al puño de aquella silueta ennegrecida, la voz iba tomando forma de un cuerpo humano. — ¡Soy yo, vikingo descerebrado!

Hacia el final, el cráneo de carnero mastodonte sustituyó al rostro vacío de la humareda. « Ramskull », mencionó una voz. Los hilos de sudor y sangre le corrían por el torso desnudo. En esencia, la única protección que evocaba eran las de los avambrazos de cuero endurecido, su distintivo yelmo de hueso y las *gladius* de bronce que portaba en cada mano como una extensión más de su cuerpo.

Brynjar Gunderson pestañeó repetidas veces y sacudió la cabeza, para poner en orden sus ideas. Ramskull lo entendió al instante como un vestigio de cordura, de manera que reanudó su instinto de lucha en contra de los cristianos. Avanzó tres zancadas, desvió las estocadas de dos oponentes y desgarró un cuello con su filo. Se hallaba a punto de escenificar el mismo acto de beligerancia, cuando se vio superado por una hilera de soldados que acribillaba a todo el que tocaba con sus picas. Se adelantaban hacia ellos como una formación impenetrable de tarjas, que los obligaban a retroceder. En cada escudo de cuerpo completo se grababa el Dragón Blanco de la Flor de Lis sobre sinople y blanco.

Ramskull extendió un brazo e intentó empujar a Brynjar hacia atrás, con tal de hacer todo lo posible por alejarse del beso del metal, pero no había espacio que pudiera separarlos.

Volvió la vista atrás, y observó como todos los celtas se apiñaban como borregos balantes dentro de un corral. El salón era enorme y las cabezas que la poblaban demasiadas. ¿Cómo había llegado hasta aquel lugar? Si tuviera que volver sobre sus pasos, se perdería sin lugar a duda. De todos modos, la retirada nunca había sido una opción que cruzara por su mente, o por la de alguno de sus hermanos celtas. Se aferró a su odio y al mango de su hacha de mano.

Por suerte, las fieras de hueso, los Ossisquama, se posicionaron a sus flancos. En lugar de lanzarse al ataque, se acercaron despacio, irguiéndose como dos torres a cuatro patas. Gruñeron, babearon, lanzaron dentelladas, y mostraron las filas de dientes afilados como cuchillos. Las puntas de las picas se estampaban contra sus cráneos alargados como los de un coyote, pero no conseguían atravesarlos.

Un segundo antes de que Brynjar se decidiera a impulsarse al ataque, una luz sobre su cenit llamó toda su atención. En el cielo, se abría un ojo, un disco colosal y cegador rodeado por la más completa oscuridad. Debajo, sobrevolaban un centenar de Valquirias con radiantes armaduras aladas y llevando en manos las almas de los guerreros caídos directo hacia el Valhalla.

« Aún no, Padre de Todo. Aún necesito de más méritos y limpiar mi nombre. »

Al fondo del salón, se abrió una compuerta, y de ella surgieron finalmente las sombras de platino.

## VI – Konash

Salvajes y sanguinarios carniceros, feroces guerreros de implacable vigor, eso eran. « Pero, no tienen la menor disciplina en el combate. Ni mucho menos maestría en sus ofensivas nada dignas de mención. ¿Cómo han conseguido llegar hasta aquí? » Para pisar el suelo de la Antecámara a la Sala del Trono, la barbarie tenía que haber recorrido media ciudad, cruzado el único puente hacia el baluarte, derrumbado el rastrillo y salido ilesos de la lluvia de flechas del adarve y las espadas del patio principal. Porque había habido resistencia, ¿no era así?

De lo poco que estaba realmente seguro era que no había sensación más placentera que el calor de la batalla; eso y de que su inmenso orgullo lo llevaría a la tumba de un modo u otro. Aquella energía desenfrenada y el violento cosquilleo en cada fibra de su cuerpo, no era comparable incluso, con la locura suscitada por los encantos de sus amantes. No existían momentos en los que se sintiera más vivo que en aquellos en los que juraba estar a un mal paso de la muerte.

En todos los siglos de Dranova, ningún espadachín platinado había osado renunciar a su puesto, o al menos, no había existido Rey que sacase a la luz tal extravagancia. Aun así, Konash estaba decidido a morir por su necedad. Que más daba si era la espada de

un verdugo o la de un animal de la Horda de las Bestias. No huiría. No por sus juramentos como miembro de la Guardia de la Realeza, sino por su honor y por su memoria. ¿Qué se diría de él, si escapaba de una batalla? ¿Qué se diría de él, que jamás había caído derrotado? La degradación a un caballero pusilánime sería la mayor de las deshonras, lo mismo que sufrir una muerte lenta y dolorosa a manos de los mismos que lo idolatraban día y noche.

Ser Arthur Cahill y sus hombres debían estar riñendo hombro con hombro contra mil y un salvajes en aquel instante. En cuanto a él, se hallaba recorriendo junto a la soledad del rumor de sus pisadas metálicas un pasadizo elevado que lo llevaría a la escaramuza. Descendió a través de una miríada de peldaños hasta dar con los pisos inferiores. Cuando giró la perilla de la puerta al fondo, se topó con el cántico de las espadas y la carne. Delante, fluía el acero en un mar de combatientes en la Antecámara a la Sala del Trono. Claramente los superaban en número. Los usurpadores se cubrían con pieles de oso, de lobo y piezas sueltas de hierro o bronce, mientras el último bastión del reino lo hacía con sobreveste y cota de mallas.

Pero en absoluto todos se ataviaban con la carga de quién había tomado una vida. Decían otros que ninguna era tan pesada como la de ser Konash Maine.

Al tiempo en que desenvainaba a *Rompecorazones* con la diestra, cogió impulso, y arrojó hábilmente la lanza con punta de platino directo hacia la podredumbre con su otra mano. Dos pececillos que combatían dándose las espaldas picaron el anzuelo. El arma los empalizó a ambos; a uno le atravesó estómago; y al otro la parte baja del espinazo. En la retaguardia de aquella tropa, el fulgor que expelían las placas platinadas de su armadura pasaba por momentos desapercibido.

— No en mi guardia. — pensó en voz alta dejando escapar una carcajada, y luego de desenfundar una segunda espada sin nombre y precipitarse hacia su pesca de alimañas de pericia más bien inexistente.

Temeridad, precisión, soltura, alacridad… Todo ello y más llevaba consigo cada uno los movimientos magistrales que describían sus fugaces estocadas, como un tifón de platino que giraba sobre sí mismo una y otra vez. Ser Konash hizo del suelo de mármol un lienzo donde pincelaba con el color rojo de sus enemigos. Un artista de la guerra se decía él, que, a diferencia de su adorada sobrina, no se manchaba las manos de la tinta, cuando expresaba sus sentimientos en papel.

Los tajos horizontales rasgaron cuellos, las estocas transversales del platino amolado seccionaban sus corazas a medio elaborar y los pinchazos entrecejos les arrancaban la vida de un instantáneo lamento. Algunos pocos arremetían de vuelta, pero muchos vieron el negro antes de advertir qué los mató. Se abrió paso sin rumbo claro, ya que solo danzaba por puro gusto. Todos conocían el filo de sus espadas de uno o dos esfuerzos. No contaba las bajas. Desde niño no había sido bueno para contar hasta números tan altos.

En un momento dado, un hombre de cabello y barbas rebeldes lo divisó entre la muchedumbre. Cuando lo oyó bramar entre tantos gritos y gemidos, ser Konash supo lo qué haría a continuación y lo qué le depararía el destino al pobre hombre. El salvaje se

adelantó a su propia muerte, hacha en mano, mientras al caballero le daba tiempo a darle la espalda, abrirle un boquete en la cerviz a un sujeto, decapitar a otro y desviar la pica de alguien más con un ligero movimiento. Y sin más, extendió hacia atrás a *Rompecorazones* sin necesidad de darse la vuelta. Un segundo bastó para que el muy imbécil se ensartara en ella.

Ser Konash poseía profundas destrezas mayores a la de cualquier mortal, pero sobre todo una vanagloria que no le cabía en el cuerpo y que no hacía más que acrecentarse con cada victoria.

Continuó sintiéndose como pez en el agua ante el rigor de una adversidad que, para él, era poco más que una ilusión. Hacía añicos a todo el que tocase, y nadie osaba, por más suerte que tuviese, siquiera besarle la inmaculada armadura con su filo. Sonrió como siempre lo hacía. Carcajeó, además, pero un pasmo de indignación acabó por amargarle el buen talante. Cuando se giraba en medio de un combate, una flecha pasó volando cerca de su sien. Algunos mechones de cabello negrísimo pagaron el precio de aquella insolencia. Soltó un bufido de desprecio al verlo a la distancia, tratando de recargar el arco. Sin embargo, ser Lawrence Mansfield se encargó de él antes de que pudiera hacer algo.

« Qué manera tan vil de irse. Qué ser tan despreciable », pensó por milésima vez en su vida. Desagradable era saber que hasta el más consagrado y habilidoso de los caballeros podía morir en manos de un donnadie sin una pizca de valor. Los años de entrenamiento ni la habilidad importaban cuando el proyectil de un arco o de una ballesta salía despedido directo hacia la cabeza o el corazón. Precisamente por esto, nunca había estimado lo más mínimo al protegido de su hermano.

Pasó bastante tiempo hasta darse cuenta de que había recorrido gran parte de la sala, dejando atrás a una copiosa caterva de cadáveres. Los vientos soplaban a su favor, según saltaba a la vista. No tenía ni que pensar, solo fluía, dejando que sus instintos hicieran el resto. Pero no resultó así por mucho. Una idea le llegó de algún lugar, abarrotándole el pensamiento en un instante. Todo ello, sin comprometer la pericia con la que impartía su justicia personal.

« Raymond Hailstone, ¿podrá ser? », recitó en su mente con una risa que se exteriorizó. Era improbable, pero allí estaba una tercera opción. Una salida al suplicio de todos sus deberes. En el mejor de los casos, si terminaba con la vida del renegado, conseguiría el indulto real. « ¿Cómo podría la Iglesia y la Corona cortar la cabeza de aquel quien los salvó? »

*Rompecorazones* hizo de nuevo honor a su nombre al perforar como manteca el pecho de un hombre de la Horda. Ser Konash sostuvo el cadáver con una mano en un arrebato de júbilo. Sin importar los kilos de metal platinado, se sintió tan ligero como si no llevase nada encima.

— ¿¡Cómo podrían negar mi renuncia después de algo como eso!? — preguntó al cuerpo inerte.

Aquella interrogante llevó a otra mucho más sombría: De sus quince dizques hermanos juramentados, ¿cuántos yacerían aún de pie? Muy a su pesar, los necesitaba.

En simples palabras, la Horda de las Bestias no eran nada más que salvajes. Si su líder caía en batalla, si se cortaba el delgado hilillo que los mantenía unidos, no tardaría en cundir la anarquía entre ellos y caerían como moscas. Pero de poco valía aquella perspectiva alentadora, si el castillo cayese primero.

Los buscó con la mirada.

Divisó a ser Arthur batallando codo con codo junto a siete caballeros al fondo de la sala. Respaldados por los ballesteros en las galerías inferiores, mantenían a raya la ofensiva sobre los descansillos de la escalera.

Divisó también al que parecía despuntar como la cabeza de la Horda: a un hombre de una armadura de hierro tan oscura como la noche, y a otro más al lado de este, que descendía de un salto de su monstruosa montura. Aquellos animales, porque de hecho forcejeaban dos, lanzaban dentelladas y coletazos al remanente de las fuerzas del reino. Las puntas de las lanzas arrojadas no surtían efecto. En cambio, los hacían enfurecer más.

Bajo ser Konash no había nada más que orgullo y la intrepidez ciega de un megalómano. De resto, era un cascarón vacío en busca de algo que lo llenase. Así fue cómo consiguió sorprenderlos por detrás, a base de empujones, cortes y pinchazos a todo lo que se interpusiera. Pero no hubo nada que hacer, salvó frenarse, cuando una descomunal hacha se incrustó en el suelo ante sus pies. A juzgar por el aspecto desmejorado y babeante de espuma de aquel hombre, o no se hallaba dentro de sus cabales o perfectamente estaba poseído.

— ¡Come mierda y muere! — creyó escucharle rabiar con dificultad. De inmediato, desempotró su arma de doble filo de las grietas en el mármol, y le lanzó un hachazo paralelo al suelo con todas sus ansias.

Haciendo uso de una genuflexión, el caballero esquivó el ataque como pudo. Pero el pobre y bárbaro idiota que pasaba por allí, para atacar su flanco derecho, no corrió con la misma suerte. El hacha lo partió en dos a la altura del abdomen, y mandó a volar la parte superior de su cuerpo.

Un segundo y tercer escuadrón de piqueros había surgido de la Sala del Trono, reemplazando a los que cayeran presas de las bestias de hueso.

A Konash no le había dado tiempo a incorporarse del todo, cuando una espada corta de bronce se cruzó en su camino. Jamás había visto en persona a Raymond Hailstone, pero desvió la estocada, con la certeza de que aquel hombre tras el yelmo de carnero no podía tratarse de él. No era lo bastante alto como para encajar en su descripción, aunque sí rápido y resuelto con sus *gladius*. Lo entretuvo con sus ataques a dos manos más de lo que le hubiese gustado. Para cuando el *berserker* se unió a la batalla entre voces guturales, a Konash se le irritaba ya desmesuradamente la paciencia.

— ¡Raymond! — Se dejó los pulmones en un momento dado en el que logró distanciarse un poco de los dos. — ¡Raymond! — Por lo visto, se hizo escuchar, porque el primer hombre en el que había posado sus ojos, el de la armadura sombría, se giró de forma brusca después de acabar con la vida de un caballero platinado.

Sin pensárselo una vez, Konash le advirtió que iría a por él, señalándolo con una espada, mientras reía como solo un demente podría. Un único tajo en el lugar indicado y todo acabaría allí. Tendría el indulto real y una vida plena de libertad y desenfreno.

Pero ni uno ni dos fueron suficientes. Raymond era ágil, a pesar de su aspecto recio. Tanto el *berserker* como el carnero, tardaron un par de movimientos más en reunirse junto a él. Con las espadas cruzadas, una ante el pecho y otra detrás de la espalda, se creó un espacio en el que guerrear entre los cadáveres. La terna describía círculos a su entorno antes de enzarzarse contra Konash, pero el temperamento irascible del vikingo con el rostro tatuado delataba todos sus asaltos. Y en breves, se halló plantando cara a tres combatientes. Giraba y lanzaba ataques a Raymond con la izquierda, mientras cortaba los intentos del carnero con la diestra y hacía oídos al del hacha. Ni siquiera le molestó admitir que había llegado a sudar más de un par de gotas. Repetía sus ataques, como si no hubiese un mañana, porque de cierta forma no lo había, pero los muy hijos de puta se rehusaban a morir de buena voluntad.

Las mejillas le dolían y el aliento escaseaba ya de tanto reírse.

Acto de reflejo, esquivó de un giro un hachazo que llevaba a su hombro como objetivo. De la fuerza impregnada en el arma, esta se hundió en el suelo como la última vez. Sin embargo, Konash se valió de su ingenio para separar el mango del acero con un tajo, lo que ocasionó que saltaran astillas. En seguida, se volvió hacia Raymond, no sin antes dejarle un corte rápido en el pecho al vikingo, el más iracundo de los tres.

Diez minutos de gloria fue lo que alcanzó a tener, pues su error fue despreciarlo. Si la herida que había recibido el *berserker* enardecía en él algún sufrimiento, lo maquilló muy bien tras su endemoniada rabieta. El caballero había estado prestando cuidado al carnero, que lo había eludido e intentado rodear, y a un Raymond que con una mirada de sangre y estocadas describía cómo todo su coraje salía a flote. Y mientras esto sucedía, el vikingo le incrustó la punta del asta justo en la corva, donde el reverso de su rodilla se desprotegía por la articulación de la armadura. Los dientes de madera se comieron toda la carne y hueso. El ramalazo de dolor fue tal, que cortó una maldición a medias, y lo forzó a hincarse.

Se mostró magistral en su defensa, aun siendo incapaz de levantarse. Se mostró, incluso, deseoso de alcanzar el indulto o la muerte, lo que primero viniese, al repeler y contraatacar desde su amarga desventaja. Pero finalmente tiró las esperanzas que había depositado en Raymond, cuando después de amenazar con mandar al Infierno a quien lo había herido, perdió al tiempo el equilibrio y las espadas de un brutal coletazo. Un Ossisquama, a la orden del carnero entrevió, lo arrojó diez metros más allá de donde se encontraba, hasta estamparse duramente contra el cuerpo de un desafortunado.

— Tanto nadar para ahogarse en la orilla — le dejo saber alguien al poco rato. Puede que el mismísimo Raymond. —. Ser Konash *el Arrogante*, ¿admites tu derrota?

Nunca en su vida había perdido un combate. No había habido hombre que lo derrotase. Y así seguía siendo.

— Necesitasteis de dos lacayos y una mascota abominable — decía esto entre aquejadas risas, mientras se retorcía en gesto arrollador, deseando librarse del tormento

en su rodilla. —. En lo que a mi concierne, moriré imbatido. Arrasad con toda la ciudad, si es lo que queréis. No podría importarme menos.

## VII – Leonor

Si hubiera quien en todo Dranova se tomase literal la expresión «cagarse del miedo», sin lugar a duda, sería Thomas Worthington. Tal vez el pobre hombre fuese conocido por ser un cobarde acérrimo, pero Leonor, en toda su falsa compostura, no podía recriminarle su falta de vergüenza al haber echado a correr, cuando se supo la noticia. Un puñado más de cortesanos, docenas de criados y algunas mujeres siguieron sus pasos. El resto se quedó de pie a morir junto a su Rey.

— Es un cobarde, pero vivirá — pensó en voz alta. —. Al menos más que yo.

— No mientras sigamos en pie, Majestad. — aseguró ser Annick Dyrne con aires de confianza.

Al momento, aquellos otros tres que se habían quedado a resguardar al Rey dieron su palabra bajo todo el peso de sus votos: ser Matthew Claremont, ser Agnar Ramsey y ser Desmond Broadbent. Se mantuvieron a la expectativa, con espadas prestas entre los guanteletes y miradas fijas en la puerta doble del salón, en lo que duró todo aquel espectáculo de voces que montaba la tribu errante de satánicos que se vitoreaba por sus pasillos como si ya hubiesen conquistado la gloria. Su macabra canción era rasposa. Balbuceos y gruñidos constantes, a sus oídos.

— El antiguo himno de victoria de los celtas. — había dejado en claro su pupilo. Leann Sheldrake se había armado con la parte superior de una armadura diseñada para un hombre y no para un muchacho de su edad. La espada que empuñaba, apenas y podía levantarla debidamente.

« Este chico ha sido mi pupilo, ¿qué le enseñado que no sean malos hábitos? » Leonor volteó a ver a su corte, a cada uno. Ellos sí que habían sabido hacerse sus mentores. Dorian Stockwell, era un hombre duro corrompido por la dejadez de la corte, pero aún persistía en él un poco del adiestramiento militar que lo había forjado almirante, con espada en manos; Ashton Lyall mostraba los bigotes tan caídos por la desesperanza como sus propios hombros, pero allí se encontraba con un machete de cocina; Nathan Hengist, inequívoco y vivaz, se habían guarnecido con una maza de hierro y sobreveste, junto a cinco de sus súbditos. Y los demás…

De todos ellos, por extraño que le pareciera, era su consejero al que se veía más agitado, con una daga que se sacudía tanto como el resto de su cuerpo. Minutos antes, lo había visto toser hasta sacarse unas gotas de sangre, después comió de algo que llevaba en sus bolsillos, y se esforzó por hacerlo pasar con un jarrón de agua.

« Su secreto, quizás. Una droga — conjeturó. —. Claro, ¿de qué otra forma puede hacerse cargo de todo lo que he dejado en sus manos sin agobiarse? »

No le dio mayor importancia.

La algarabía y los rugidos de la Horda de las Bestias se intensificaron. Y nada más acercarse, cesaron de súbito. En un tonto arrebato de optimismo, el Rey se hizo a la idea

de que todo había acabado de alguna manera, pero el último rayo de sus efímeras esperanzas se desvaneció tras el violento abrir de aquellas puertas. Apretó los dientes, y a su vez, los dedos en torno a la empuñadura de su acero damasquinado, más por reflejo de la impotencia que por disposición a combatir.

—De lo que serviría. —masculló con una ira que no daba lugar a un respiro.

Irreal todavía le resultaba que estuviera sucediendo. Casi sin impedimentos, y con tal prontitud.

En su historia no habría más vuelta de hoja, concluyó al presenciar a los zarrapastrosos con sus barbas densas sobre cabezas pintadas de aspecto demacrado. Solo reconoció un rostro entre las decenas que entraban a raudales, empujándose unos a otros como la crecida de un torrente humano, y era aquel el último rostro que habría ansiado ver en su vida. La mayoría iba vestido con cuero curtido y ropajes remendados, pero el muy infeliz vestía una armadura negra, impoluta, ornamentada con plata al borde de cada placa. A diferencia de sus hombres, se encontraba bien afeitado.

—¿Problemas en el paraíso, Leonor? —resonó su voz inclemente. Y alzó sus brazos para recibir el aliento irascible de sus soldados.

Fue extraño. Surrealista, en realidad. La muchedumbre noble que se congregaba en el salón de banquetes había aguardado en vasto silencio y sin mover ni un músculo a que alguien, quién fuera, dijese una palabra. Al morir el vozarrón de Raymond Hailstone, nació una huida en desbandada. Quienes alzaron sus gritos fueron ellos, sus sirvientes, y no los salvajes que los asediaban.

—¿¡Qué pasa!? —berreó un bárbaro de laboriosas trenzas en el cabello y un escudo de madera ensartado por una veintena de flechas. —¿Se acabaron ya las flechas? —El resto de aquellas bestias con piel humana rio.

Todo aquel que portaba un arma, aguardaba impaciente la orden de alguno de los dos Reyes que intercambiaban ojeadas.

—¡Maldito traidor! —rugió ser Desmond sin poder contenerse.

—¡Infiel! —gritó Ashton Lyall, solo que con marcada vacilación. —¡Qué Dios os castigue por vuestra falsedad!

Raymond Hailstone dio un paso al frente, y respiró de aquellas palabras como si fuesen el elixir de la vida misma. Carcajeó mostrando sus dientes.

—Infiel, ¿eso piensas? —Pronunciaba cada sílaba como si llevase mil años esperando a hacerlo. —Para todos los que están a mis espaldas tú eres el verdadero infiel. ¿A cuál de todos los dioses te refieres?

—Al único. Al verdadero dios.

El Rey de la Horda de las Bestias blandió a una mano la espada de las leyendas, la espada del dios pagano Nuada, y describió un arco fugaz hacia el suelo.

—¡Tu dios no es más que la fe que guardas por el miedo que sientes!

Con su gesto marcial, una primera línea de unos veinte hombres avanzó hacia la presidencia de la sala con un bramido propio de salvajes. Como respuesta inmediata, tres de los espadachines platinados se precipitaron a zancadas hacia ellos sin esperar la menor orden. Raymond recibió el primer ataque con su espada a manos del *Undécimo*.

Al mismo tiempo, ser Matthew Claremont se proyectaba hasta un hombre con cabeza de carnero como yelmo, y ser Desmond Broadbent se enzarzaba contra tres impíos a la vez.

— ¡Agnar! — Para cuando el Rey se volvió hacia el guardia que había quedado a su lado, ya era muy tarde. Con aire amenazador, ser Agnar Ramsey le arrebató el arma de un golpe de plano con la espada. Y velozmente la cogió en el aire con una de sus manos, y la cruzó en torno a su cuello. Todo sucedió tan rápido que no dio tiempo a otra cosa que tragarse su propia incredulidad junto a su saliva. — ¡Agnar! — chilló. — ¡Agnar, por un demonio! ¿¡Qué crees que haces!?

— ¿Qué os parece que hago, Majestad? — carcajeó como solo la insolencia de la juventud lo permitiría. No lo había dejado en evidencia antes, pero en aquel segundo mostró lo joven y estúpido que era tras los cabellos castaños que le caían sobre la frente. — Aquí es cuando os traicionamos — Se dirigió a los tres caballeros que le daban de que ocuparse a una veintena que iba en ascenso. — ¡Deteneos ahora! ¡Deteneos o degollo a vuestro Rey!

« Vuestro Rey », repasó en su mente, y entonces lo comprendió. Ninguno que se hiciera llamar hombre cambiaba de bando tan fácilmente. Había conspirado en su contra desde un principio. La impresión fue un duro golpe justo en las entrañas. De profuso abatimiento, cerró los ojos y se dejó caer a sus brazos, esperando a que la muerte viniera por él, de manera que no observó nada de lo que sucedería a continuación. Los sonidos le llegaron distorsionados, nada más caer arrodillado al suelo. Se enteró por el impensado silencio que anegó la sala, que los tres pilares que sostenían su reino se habían rendido o derruido.

Para bien o para mal, el collar de lágrimas rojas que pensaba recibiría nunca llegó, pero la patada en la espalda lo cogió por sorpresa. Se derrumbó de bruces, inerte, al suelo. Al cabo de un rato de haberse entregado a sus enemigos, abrió los ojos e intentó levantarse apoyándose débilmente sobre un codo.

— Al ponerle precio a mi cabeza — dijo aquella voz dura. Sus grebas de un metal impecable era lo poco que alcanzaba a ver. —, no tuve el tiempo para tirarte esto a la cara — Dicho y hecho, una piececita de acero rectangular le golpeó la frente, y cayó entre tintineos al piso. —. Ni escupir ante tu decisión, Rey de la Indolencia.

Leonor cogió la chapa platinada sin atreverse alzar la vista todavía. Abultaba lo mismo que dos pulgares juntos. En un principio no supo lo que era, pero tan pronto como le dio la vuelta lo averiguó. Sobre la superficie deslustrada se hallaba grabado a presión el número IV. Era la misma chapa que los caballeros de la Guardia de la Realeza llevaban ceñidas a la armadura en la parte baja de la cerviz, y hubo un tiempo en el que el infeliz había alcanzado a ser el cuarto de mayor autoridad entre las filas.

— ¿Por qué, Raymond? — inquirió Leonor, afligido. — Siempre me lo he preguntado. ¿Por qué nos traicionaste?

— Me lo quitasteis todo alguna vez — Arrojó el yelmo engalanado con penachos a sus brazos. —. Y ahora todo os lo voy a quitar — Con la cabeza cercenada goteando sangre del Paladín aún dentro, era más de lo que sus ojos podían ver y más de lo que su

estómago aguantase. Así que el Rey la hizo un lado. —. Esto es simple, Leonor. Ojo por ojo. Diente por diente.

Finalmente hizo acopio de todo el valor necesario para echar un vistazo a su entorno. Los caídos en batalla eran incluso menos de lo que hubiese imaginado. Vio a ser Matthew que yacía muerto, de espaldas sobre una pila de tres bárbaros. Vio al hombre de la cabeza de carnero retirar bruscamente su espada corta de la axila del aún vivo ser Annick; el arma le había perforado el punto débil entre las hombreras y el peto. Vio a ser Desmond de pie, desarmado y con la promesa del filo de su propia arma siendo esgrimida en su contra. La escaramuza también se había cobrado la vida de dos valientes criados y otro puñado de los hombres de Raymond. En cuanto al resto de su corte, se encontraban rodeados de enemigos o simplemente no los alcanzaba con la vista.

El Rey de las Hordas de las Bestias se erguía como una torre oscura de hombreras acorazadas bajo hombros anchos, que caminaba sin rumbo y estudiándolo todo. De un momento a otro, comenzó a silbar en alto como si estuviese llamando a un perro. Su semblante bien podría haberse resumido en un ceño fruncido y una gran nariz.

— No seáis tímido, lord Thomas. Sed valiente y venid a aquí — Se giró hacia el otro extremo de la habitación. —. No soy hombre de paciencia y ya he esperado demasiados años para que deis la cara. ¡Venid!

— Ha salido corriendo con el rabo entre las piernas. — rio el del carnero.

— A sus habitaciones — afirmó ser Agnar con una sonrisa. —. Saltar por una ventana le vendría mejor que seguir huyendo.

« Escoria sin honor, maldito seas », pensó el Rey rechinando los dientes. La ira lo hizo levantarse.

— Y este cachorro enseña los dientes — siguió, apuntándolo. Se acercó, y lo pinchó suavemente en la pierna hasta que sus telas vieron una mancha de rojo. —, pero no mordería otra cosa que no fuera un muslo de pollo grasiento.

Leonor apartó la hoja de un manotazo desesperado, con lo que se hizo daño.

— Niñato insolente, ¿cómo te atreves? — De una zancada rápida, le propinó un sopapo con la mano salpicada de sangre. — ¡Yo mismo te nombré caballero! — En el instante en que preparó un puño para sacarle los dientes, unas manos firmes lo sujetaron por detrás. Se dio la vuelta, forcejeando apunta de empujones y coraje. Pronto se percató que era el canciller y su pupilo los que lidiaban para contenerlo.

— ¿¡Cómo os atrevéis vos!? — aulló el caballero traidor enarbolando su espada en lo alto, con el rostro congestionado y dispuesto a asesinarlo.

Fue el almirante Dorian quien corrió para interponerse entre ambos, aun cuando estuviese desarmado. Sin embargo, no hizo falta que diera su vida en sacrificio. Raymond Hailstone había cerrado los dedos articulados del guantelete en torno a la espada y alzado la otra mano. Detuvo veloz el ataque antes de que hubiese sido consumado.

— ¡Suficiente, Agnar! — El vozarrón hizo que se estremeciera. —. Aunque lleves una parte de mi sangre en tus venas, me importas menos que una mierda.

—¿Vuestro padre? — lanzó con horror Leann sin dirigirse a nadie en concreto.

— Ni hablar, pelirrojo — Agnar se sacudió la manaza que se había posado en su antebrazo. —. No esa clase de parentesco.

Pero lo cierto era que tenía la edad para fuese su hijo. Ser Agnar decía tener veinte años. Había sido juramentando y honrado con la armadura hacia solo dos. Y desde aquel entonces había servido fielmente, sin un solo rastro de deslealtad.

Aun así, el Rey no quería guardarse nada.

— ¡Yo mismo solicite que fueras parte de mi guardia, bastardo sin madre!

— Y ese fue solo uno de muchos errores, Majestad. — El caballero había abierto la boca, pero no fueron aquellas sus palabras. — ¿Cuántos más pensáis que cometisteis?

La Horda de las Bestias había rodeado a lo que restaba de ellos. Los criados, la corte, las familias… No serían más de unos cincuenta indefensos frente a un centenar y medio armado de bárbaros, cuyos impulsos se mantenían al margen. De un traidor a otro, Raymond Hailstone apartó de un empujón desdeñoso a ser Agnar. Se volvió hacia aquella voz, sin siquiera amenazar con derribarla.

— Una desafortunada coincidencia para vos que lo eligierais para vuestra guardia — Sobre la barbita en forma de pica, lord Edward mantenía aquella sonrisa taimada de siempre. —. Sí, a decir verdad, es un bastardo. ¿Cómo lo supisteis?

De repente, sintió ganas de vomitar. Las piernas le temblaron como si de gelatina fuesen y el rostro se le llenó de arrugas en una irreprimible expresión de espanto.

« No — fue lo poco que concibió. —. No vos. »

— Olvidadlo. Hay asuntos más apremiantes — siguió con ojos donde no cabían el contento y con su verborrea tan característica. —. Puede que parezca un joven, pero está más cerca de sus cincuenta que de sus cuarenta. Se conserva bien. Quizás demasiado bien. — Volvió la vista hacia el caballero. —. ¿Cómo lo hacéis, ser? ¿Fuiste hechizado? ¿Alguna pócima?

Ser Agnar Ramsey se encogió de hombros, mientras carcajeaba. Después, colocó un dedo índice sobre los labios, como diciendo que se llevaría a la tumba su secreto.

— Válgame Dios. Nos rodeamos de traidores — lord Dorian Stockwell escupió a sus pies. —. Judas, ¿os habéis vendido por treinta monedas de plata una vez más?

Lord Edward decidió no responder. Entretanto, el Rey estaba demasiado estupefacto como para que lograse decir cualquier cosa. Fue Raymond el que se adelantó para romper el silencio repentino que se había forjado.

— Antes de retirarme quiero verme con Su Alteza. ¿Dónde está?

— Muerta — Su concejero le sostuvo la mirada a Leonor sin animarse a pestañear. —. Sospechaba algo de lo que sucedía. Algún bocón se lo habrá dicho. A Alice Liongborth nada le importaba más que sus hijos, por lo que intentó huir tan rápido como le fue posible. Ahora comparte el sepulcro con sus tan amados príncipes.

— Quiero ver sus cuerpos. — Su tono no admitía negativa alguna.

— Cuando os plazca — Por fin se dispuso a mirar a Raymond, quien le sacaba casi dos palmos de altura. —. Solo aseguraos en disponer de muchos hombres y palas para

trabajar por quién sabe cuánto. El túnel por el que pretendía escapar se le vino encima a mitad de camino.

— Mientes — musitó el Rey, apartando toda la bruma de su desconcierto. De golpe fue una ira ciega lo que sintió. —. Se te dan bien, ¿no? — Si no hubiesen sido por sus cortesanos amenazados a punta de espada, quienes tiraron de él, habría saltado sobre aquel desgraciado. — ¡Tu palabra no vale más que toda la escoria de la que te rodeas ahora! ¡Cagas en el plato del que comes, Edward!

— Como de lo que algún día sembré. — le corrigió.

Pero antes de que su desasosiego pudiera espetarle cualquier otra cosa, el malnacido de Raymond se coló en su vista, abriéndose paso entre los dos.

— De los hombres con menos fortaleza que he conocido, pretendiendo menospreciar a otros que mayor respeto se merecen. Repugnante. Como honran el apellido en lugar del más apto. Débiles como tú, poseyendo más derechos que cualquiera. Muchos más que las espadas obligadas a dar la vida por ti — mencionó esto último, volteando a ver a un ser Annick sentado en el suelo, derrotado, malherido, junto al cadáver de ser Matthew. —. Tanto entregan y tan poco les dais a cambio, vosotros injustos.

— ¿Acaso un perjuro, un animal como tú, es merecedor de más respeto? — Ser Annick dejó escapar un esfuerzo por levantarse, pero el brillo de la espada corta que se mostró cerca le recordó su estado. Y el reguero de sangre que cayó a sus pies no hizo más que desalentarlo. — ¿Más digno de cualquier derecho te crees?

— Mejor reinar entre los salvajes, antes que servir a un indolente.

— ¿Por qué mis hijos? — protestó Leonor, ya desesperanzado. — Y mi esposa.

— ¿Ahora os preocupáis por Alice? — Edward se asombró con gracia.

— Una culpable más de un crimen detestable — intervino de nuevo el infame y traidor, dándole la espalda a su Rey. —. Una mano que desde hace quince años escogía a quien robaba la libertad…Veremos ese túnel del que habláis — Raymond se le quedó observando con ojos entrecerrados a Edward. —. A mi regreso. — Observó una última vez todo el panorama con impaciencia, y se dirigió a sus hombres. — ¡Todo el que aún respire será mi prisionero! ¡Llévense a estos a los calabozos!

— ¿Os vais tan pronto? — indagó el consejero, mientras la mitad de la Horda forzaba ya a hombres, mujeres y niños a salir del salón, a punta de patadas e insultos.

— No tiene caso. El trabajo está hecho, tanto la ciudad como el baluarte han caído. Tengo mejores cosas que hacer que en presencia de un pseudorey y en espera de un cobarde. — Pasó junto al hombre de la cabeza de carnero, y asintió en su dirección sin detenerse. —. Te los dejo a cargo, Ramskull.

De torso desnudo y empapado por la sangre de sus enemigos, Ramskull se colocó detrás de Edward. El «pseudorey», por su parte, comenzó a gritar antes de que Raymond cruzara el umbral de la puerta.

— ¿¡Por qué!? ¿¡Por qué destruir todo lo que hemos construido!?

— Todo lo que he construido — En algún punto, no llegó a saber cuál, su consejero se había hecho con una manzana. Le dio un mordisco, avanzó hacia él, y se la introdujo

en la boca por el otro extremo. —. Si vuelves a explotar de esa manera, haré que maten al niño.

Una vez hecha la amenaza, ser Agnar le atizó tal tirón al joven Leann, que bien pudo haberle dislocado el brazo. Lo apartó del resto de la corte, y se mostró más que dispuesto a cumplirla. El peto de acero de su pupilo se le había sido arrebatado junto al poco valor que poseía.

Escupió la manzana con violencia, injuriado, aunque guardó todo su discurso para sí mismo. Se lo había dado todo, aquel hombre le debía la vida. Lo había sacado del agujero, de sus humildes raíces, por su intelecto. Por más extraño que le resultase, la ingratitud y descarada alevosía de su mayor confidente sentaba peor que la muerte de su mismísima esposa. No podía decir lo mismo acerca de sus dos hijos.

En pocos momentos, no quedó nadie más en la sala que la reducida Corte del Rey, dos docenas de salvajes y un puñado de criados que habían sido retenidos por el sujeto que se hacía llamar Ramskull. Edward les ordenó que instalaran una mesa sencilla y sillas para todos. Los de la Horda no tomaron asiento, por más que el consejero insistió. Mientras colocaban los manteles, velas y demás, divagaba en los temas tan intranscendentes que le precedían. Parecía aguardar algo o a alguien.

— ¿Por qué habéis hecho algo como esto? — arrojó lord Dorian, a su derecha. El canciller se encontraba a su izquierda. A Leann se le cedió una silla igualmente, pero ser Agnar no le quitaba los ojos de encima.

Edward Stanford, sentado al otro lado, alzó un dedo para pedir silencio.

Entonces supo que ciertamente esperaba a alguien. Se instaló una única silla próxima al traidor, y aquello dejó en evidencia otro de los errores de Leonor como Rey. El conde Hengist se sentó a su lado, y colocó el enorme martillo sobre la mesa.

— A estas alturas ya no me sorprende — siguió el almirante, escupiendo sobre la madera. —. Siempre me parecisteis ruin, fácilmente corruptible.

— Vos teníais ese honor militar y entereza religiosa que podía resultar muy arriesgada — comentó el consejero, masticando otra manzana. Llenaba sus ademanes de una actitud soberbia, insólita en él. —. Por ello lo elegí a él y no a vos.

— Hengist — balbuceó el Rey, con desprecio. — ¿Qué te llevó a hacer esto?

— Lord Hengist. No soléis llamarnos con nuestros títulos. Pero ahora tendréis que hacerlo, Leonor.

— Motivaciones llanas — dejo saber Edward. —. Oro, plata, títulos, tierras…

Por un segundo, volteó a ver al hombre que se erguía en la presidencia de la mesa. Ramskull no usaba asientos ni palabras.

— Los traicionará en cuánto pueda. Es su naturaleza.

— Basta de charlatanería — Resultaba impensable que alguien como Edward dijese aquello. —. Todos vosotros os habéis preguntado por qué — Volvió a toser con aspereza, y después dejó escapar una risita. —. Si me traicionan o no, no es de importancia. Mis días ya de por sí están contados.

Los cortesanos que yacían a la mesa y el Rey, consternados, se miraron unos a otros en silencio mutuo.

—¿Estáis muriendo? —dijo Leonor al final.

—Lenta y dolorosamente. Una enfermedad que terminará por llevarme a la tumba.

«Un hombre que no tiene nada que perder. Pero…»

—¿Y qué ganáis con todo esto? ¿Qué os puede interesar si estáis a punto de morir?

— El placer de haber llevado a cabo la mayor estratagema de la historia —dijo, encogiéndose de hombros. —. La satisfacción de saber que Dranova no volverá a ser lo que era tras mi muerte. Cuando vuestro padre os cedió la corona, vos me cedisteis el poder detrás del trono gracias a la pereza que os domina. No durasteis un mes como regente, en realidad. Todo lo que hoy es el reino es gracias a mí.

Rechinando los dientes de cólera, Leonor dio un puñetazo a la mesa. Empujó la silla hacia atrás al levantarse, pero la espada de ser Agnar estuvo rozando el cuello de su pupilo antes de que pudiera hacer algo más.

—Pagaréis por esto.

— No hay peor ciego que el que no quiere ver —Rio con sobrada altanería. —. Y vos, Antigua Majestad, sois el tuerto que reina sobre los ciegos.

— ¿Es que no teméis por las consecuencias de vuestros actos? Tengo Fe de que os quemaréis por toda la eternidad.

— ¿Fe? ¿En tu dios? Que sentimiento tan básico —La voz de Ramskull se escuchaba amortiguada tras el yelmo. Sacó uno de sus largos cuchillos de bronce, y clavó la punta sobre el tablero. —. Toma asiento.

Y de vuelta al confabulador... De un gesto de mano le indicó a una de las criadas que se acercara, con una bandeja de vino y copas vacías. Hizo que colocara esta sobre los manteles, y de inmediato, comenzó a apilar una a una las copas hasta conseguir una torre de cristal cada vez más alta.

— Dorian, Ashton e incluso vos, Leann —habló sin perder de vista su creación. —, ¿cuándo erais niños y jugabais a construir algo, lo que sea, un castillo de arena o una casa en la nieve, nunca sentisteis esas ansias de destrozar todo de un manotazo una vez estuvo terminada? He estado reteniendo esta sensación durante decenios.

El Rey de mala gana obedeció al salvaje.

— No tuve esposa ni hijos —siguió. —. Dediqué mi vida al reino. Y ahora, al final del camino, quiero acabar con todo —Tiró la base de la torre con un golpecito, y toda la estructura se vino abajo, haciéndose añicos contra la madera. Hizo empleo de una pausa, al admirar el hilillo de sangre que una esquirla había causado. —. Se me prometió que sus hechiceros rojos me ayudarían a sobrellevar mi enfermedad, retrasándola y haciéndola indolora. Podrían salvarme con un ritual, es posible, pero la muerte sería una bendición si se comparará con la cura.

— Edward —Leonor se encontraba ya sin energías suficientes para odiarlo. —, vi algo en vos, cuando éramos jóvenes. Aunque juré que no ahondaría sobre tu pasado, yo os saqué de la inmundicia en la que vivíais, y os traje a la Corte a que nos sirvierais a mí y a mi familia, porque supiste demostrar vuestro ingenio. — « Pero fui incapaz de ver lo que eras realmente. »

— Las monarquías — suspiró con amargura. —. Hijos indignos que reciben el poder de padres aún menos competentes. Se bañan en riquezas, mientras los de abajo se pelean para llevarse a la boca lo poco que sueltan. Me dais asco. Pero no sois la peor carroña de la humanidad. Hay otros que, en vez de tomar el poder por la fuerza, como los Liongborth, engañan y escupen a la gente a la cara, utilizando el miedo de los más débiles para sus lucrativos fines — Tan pronto como se hubo levantado, la Horda de las Bestias cogió a la Corte y al Rey por la fuerza, y los encaminó fuera del salón. —. Creyendo que pueden conseguir su ansiada salvación si rezan… Siento lástima por el pobre hombre que necesita llenarse la cabeza con mentiras para poder dormir tranquilo por las noches.

## VIII – Raymond

Renegado, apóstata, traidor, sacrílego, asesino… En todo ello y más se había convertido el día en que fue excomulgado por la Iglesia. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que rompiera cada uno de sus votos sagrados en aquella noche de invierno? Cuando se estaba lejos de todo, eludiendo a la muerte, y conviviendo con salvajes, se perdía la cuenta de los años. Fácilmente hubieran podido pasar veinte o veinticinco años desde que hubo pisado la Capital por última vez. En un principio, había enumerado las lunas que sobrellevaba en la abrumadora soledad de su exilio. El hambre, la sed y las ansias de hacerles pagar con la misma moneda habían sido su única escolta antes de reinar entre los bárbaros.

Se había pasado su juventud dando tumbos, navegando a ciegas y perdido, y cuando creyó haber conseguido el rumbo correcto en manos de una divina doncella, un viejo incauto lo hizo naufragar. Aún tenía asuntos pendientes con Thomas Worthington, pero aquello podía esperar una noche más. La mujer que lo había llevado a la ruina, en cambio, no. Aquel rostro estaba profundamente cincelado en sus pensamientos.

Su montura cubierta por piel de hueso era formidable, de mayor tamaño que cualquier semental que hubiese montado o visto nunca. El Ossisquama, la indómita bestia a cuatro patas, no alcanzaba todavía el cenit de su madurez, pero ya abultaba lo de dos caballos y el brutal poderío de tres. Montó a horcajadas, empleando el saliente de sus escamas para ayudarse a ascender hacia su vasto lomo duro como roca. Raymond lo arreó con una palmada y un gruñido. Los rugidos y gruñidos eran de lo poco que entendía. En lugar de riendas, guiaba al animal palpando los peñascos de hueso que se le formaban y sobresalían de la cresta dorsal, y que le recordaban a la forma de un karst.

— Magnificas murallas, ¿no es así, ser? — Le hubo dicho el rey Darren IV, cuyos huesos se ennegrecían ya bajo tierra, en su primer día vistiendo la armadura platinada. — Ni diez mil embravecidos hombres podrían asediar este impenetrable castillo.

« No diez mil hombres — se dijo, mientras cruzaba el rastrillo que daba directo a la única entrada y salida de la fortaleza. —. Necesité de tres mil. Un tercio de mi ejército, dos Ossisquama y una docena de buenos aliados dentro, que supieron encontrar su

punto débil. » Raymond se alejó con una sonrisa siniestra de la isla aparentemente inexpugnable. ¿Qué más daba poseer gruesas y altas murallas, puertas macizas y una excepcional defensa? Si Judas terminaba por confabular y vender de nuevo a su Señor...

Por encima de él solo se alzaba y podía alzarse el cielo rebosante de estrellas. Un esplendor nocturno coronaba su primera victoria en tiempos de guerra; mismo nubarrón gris lustroso que lo acompañase tantas ocasiones en vela y que en los bosques brillaba con incluso mayor intensidad. Ante la Gran Nube Celestial no se había hartado de comparecer en todos sus años. Era un velo hecho de polvo asaltado por cuantiosos astros, y en cuya envergadura se atrapaban membranas y mucosa, como sangre que se regara hasta encontrarse seca.

La luna, durante pocos días todavía blanca, era su competidora más brillante. O así le pareció hasta que un grupo de estrellas rebeldes y portadoras de gran luz surgieron parar cruzar el firmamento con fugacidad, y desaparecieron sin dejar rastro.

¿Un buen augurio al fin? No supo cómo interpretarlo.

Los celtas eran propensos a creer en la adivinación, aunque los druidas no hicieran más que errar en sus intentos. Y por lo que sabía la Horda, la luna de sangre se produciría en una noche pronta. Sin embargo, los días de la ira y la venganza habían ya dado inicio.

La ciudad era un recital de alaridos sin precedentes; un cántico entonado en el dolor. En las mismas calles empedradas en las que había crecido, se alzaban al cielo nocturno jirones de humo y gritos del alma. Entre las hendiduras que existían en las rocas de la calzada anegaba la sangre. El camino pasaba por vecindarios acaudalados plenos de cadáveres aquí y allá. Solo uno de cada veinte de los cuerpos derrumbados había pertenecido a uno de sus hombres. Los pocos que huían por miedo a perder la vida lucían más como el pueblo llano que como nobles ciudadanos: haraposos, sucios y necesitados.

El consejero del Rey y el conde de la Capital, habían embutido durante meses en las filas de la Guardia de la Ciudad a escoria que se vendía por unas cuantas monedas; otros, por el contrario, habían sido corrompidos con vagas promesas. En su mayoría, eran ellos los que se encargaban del trabajo pesado. Y por su lado, varios miles de la Horda de las Bestias, como buenos salvajes que eran, se dedicaban a cosas de salvajes: acabar con todo lo que no pudiesen saquear o violar en primer lugar.

El viento trajo consigo el olor de la ceniza.

Vio con sus propios ojos las residencias de dos y tres plantas de alto que había conocido hacía una vida y que llevaba la mitad de ella sin recordar. Pese a esto, sí recordaba los rostros alegres de las personas que alguna vez las habían habitado. Recordaba con absurda claridad cada una de las cosas que lo llevaron a soñar con vivir acomodado y respirar de una distinción incluso mayor en la lejana fortificación de los Hailstone. En algún momento, antes de unirse a la Guardia de la Realeza, creía que era a lo máximo a lo que podía aspirar.

— La utopía de las falsas ilusiones. — Tenía el rostro alargado invadido por una sonrisa. En él, descollaba la sombra de una cicatriz que la recorría de cabo a rabo como el curso de un río.

En algún lugar de su interior se encontraban las ansias para urgir a la monstruosidad que montase y llegar hasta su tan codiciado destino, la furia para cortar toda cabeza que se interpusiera y la fuerza para seguir luchando por su divina doncella aún después de caer muerto. Pero tenía que mantener al margen sus emociones en todo momento como Rey de la Horda. Y como nuevo Rey autoproclamado de Dranova.

« Vine de la nada. Llegué muy lejos en la vida con mi esfuerzo, antes de regresar a una miseria más terrible a causa de un error. Ahora vuelvo a estar en la cima — Debió detenerse justo allí. —. Espero no volver a caer. »

Había enviado a dos pelotones a usurpar las Dagas Sagradas que yacían ocultas. Los hechiceros de sangre y Kurt habían recibido el mismo precepto para apoderarse por la fuerza de las que, para las misas, habían sido resguardadas bajo la catedral. De poder haber tomado cada asunto por sus manos, lo habría hecho de buena manera, pero no era posible estar en tres lugares a la vez y, además, conquistar el corazón de la ciudad. Se las vio negras en el instante en que delegó las llaves de su redención a alguien más. No tuvo más remedio que dejar la que, solo para él, constituía la más importante al más inepto de sus oficiales, cuando se quedó sin más piezas que mover en el tablero; al resto de sus hombres, los necesitaba en otras posiciones para ganarle la partida al Rey Indolente.

Pasó casi un cuarto de hora cabalgando con excelencia y frialdad, pese que a el Ossisquama fuese tanto o más rápido que un equino. Cuando estuvo cerca del lugar de encuentro, en calles más humildes y semidesoladas, divisó la incomodidad en el rostro cicatrizado por heridas rituales de la druidesa, y supo de inmediato que algo había salido mal. Rhiannon no dijo palabras, solo espoleó a su caballo de regreso apenas hubo cruzado miradas con él. Raymond finalmente apretó el paso de su montura. No tardó en darle alcance, y ella no tardó en detenerse en un recodo segundos más tarde.

El peso de su propio cuerpo fue más de lo que pudo cargar al ver los ojos decaídos y temerosos que lo observaban desde abajo. « Han fallado — supuso con desaire. La sangre se le heló de golpe, solo para hervir de rabia instantes después. —. Esta gentuza me ha fallado. Debí saberlo. » Descabalgó de un salto.

Lo poco que quedaba del pelotón se reunió tímidamente y con gestos de dolencia que acompañaban a su andar. Casi todos estaban vivos; una docena de pie y tres cuartas partes sentados o arrastrándose por allí con sus heridas sangrantes.

— Nueva Majestad. — reverenció el soldado raso al frente del grupo.

Rex Azus caminó hacia él a zancadas, cerró los puños en torno a su sobreveste, y lo alzó con ira sobrehumana.

— ¿¡Dónde está!? — Lo sacudió cual muñeco de trapo. Rowan no era un hombre especialmente alto ni tampoco corpulento. — ¿¡Dónde está ella!?

*El Ariete* se adelantó un paso.

— Huyó, y se llevó la Daga Sagrada.

« No es posible. Con tantos soldados… No es posible. » ¿Cómo Aloy habría podido escapar de semejante grupo? Marcus Brandfort no era más que un caballero oxidado y despojado de dicho título.

Sin embargo, la realidad resultó más cruda de lo que pensaba.

— No huyó — corrigió Rhiannon apuntado a algún lugar entre la arbolada de hombres que se erguían rectos como pinos. —. Está muerta.

— ¿Qué? ¿Muerta? — inquirió consternado *el Ariete*.

Fueron justo estas las palabras que Raymond dijo en su mente, pero con un tono infinitamente más desamparado. Dejó caer al hombrecillo al suelo. Se dejó mostrar por más de un instante con la mirada pérdida y la boca abierta en un gesto indigno de un Rey. Le dio un par de vueltas a la idea, y después apartó a empujones a los soldados que intentaban cubrir la escena con sus cuerpos. Se le escapó un suspiro de lo más profundo de su pecho, cuando la vio recostada a una pared que se derrumbaría por sí sola en cualquier momento. De igual manera, Raymond sintió que estaba por derrumbarse.

« Aloy, mi divina doncella. » La luz de sus ojos se había extinguido. Lo sabía, aunque los tuviese cerrados. Su mirada plateada se había esfumado a los albores de la oscuridad. Si no hubiera recuperado la compostura a último momento, se habría llevado las manos a la cabeza y empezado a gritar para que todo dios lo escuchara maldecir.

— No lo entiendo, Su Majestad — siguió *el Ariete.* —. Atenea escapó, de eso hablo. Ella se llevó la Daga. No sé nada respecto a esta mujer.

A Raymond le temblaban las manos como a un anciano. Al cerrar los puños, la debilidad se transformó en un ímpetu reprimido a duras penas. Se giró lentamente hacia su oficial más incompetente, con una respiración ronca y a la vez tenue como un silbido; el estertor típico que se le escapaba siempre que lo consumían las ganas de destripar a alguien; «Los estertores de la muerte», lo llamaban sus súbditos. Lo fusiló con una mirada asesina.

— Quería la Daga — les espetó a todos con un vozarrón profundo. —, pero más importante la quería a ella viva ¡Porque ella me pertenecía! — Hizo una pausa, para luego echar mano de la Espada de Nuada en su cintura. — ¡Eran ella y su maldito esposo! ¡Nada más! — La vena abultada en su frente amenazaba con eclipsar a la cicatriz. Liberó el acero damasquinado, y rugió a los cuatro vientos. — ¡Era un trabajo sencillo, por un demonio!

— No resultó tan fácil — De todos los presentes, *el Ariete,* tan solo un par de dedos más alto que el Rey, era el único que osaba verlo a los ojos. —. Su Majestad… Había dos personas más. Había incluso caballos que nos atacaban. Como veis, los que aún están en el suelo fueron pisoteados o arrollados por ellos.

Los demás hombres habían hecho espacio para que los dos gigantes se miraran mutuamente sin mayor obstáculo.

— ¿Qué otros dos? — Raymond oprimió los dedos en la empuñadura.

— Del hombre con el rostro tapado nadie está seguro. Apareció de la nada. Nuestras heridas de flechas vinieron por parte de él.

— También estaba Atenea, Mi Rex. — Rowan tuvo la repentina valentía de alzar la vista, pero esta murió apenas Raymond le prestó atención.

— ¿Atenea? — El nombre sonaba extraño a sus oídos.

— Atenea Pryce. — sostuvo un soldado infiltrado en la Guardia de la Ciudad, que se intentaba tapar la herida de su hombro con una mano.

« ¿Pryce? ¿Tuvo una hija? » Sus informantes de poco habían servido. Incluso, con la ayuda de lord Edward no había conseguido de Aloy más información que el apellido falso que había adoptado al casarse con Marcus Brandfort, el paradero de su morada y la presunta existencia de una Daga Sagrada entre sus pertenencias. Después de tantos años, imaginaba que su divina doncella había rehecho su vida cuando los obligaron a separarse, pero nunca quiso creer en nada de lo que sus temores le decían.

« ¡Es mentira! — se gritó para sus adentros — No ¡Esto no puede ser! »

Raymond quiso blandir el arma para hacer pagar al soldado por sus falacias, pero pronto descubrió que ni siquiera se encontraba empuñándola. Yacía tendida en el suelo como una espada cualquiera, rodeada por una nubecilla de tierra que había levantado. Se enteró al momento de que se le había resbalado de entre los dedos.

Un golpe más le abolló el pecho, y se encontró por fin demasiado débil, demasiado perplejo, como para abalanzarse sobre ellos.

— En el caso de que sea verdad, importa realmente poco lo que digas — indicó Rhiannon a modo de riña. —. Dos o cuatro, ¿cuál es la diferencia? Fracasaste horriblemente con más de treinta hombres a tu espalda, *Ariete*.

Todos lo observaban, tenía la certeza de que así era, aunque no los viese hacerlo. Salvajes como ellos lo poco que respetaban era el poder.

*El Ariete* respondió a las palabras de la druidesa, pero Raymond solo escuchó un balbuceo lejano. Su mente comenzó a jugar con espejismos de sombras en un mundo que daba vueltas y se tornaba cada vez más oscuro con cada parpadeo. Estaba a rebosar de odio, pero aún más de tristeza y un vacío como el que jamás había sentido se iba tragando todo lo demás. La mujer por la que lo había arriesgado todo se había ido. Todos sus años de sacrificios no habían servido ni para oír su voz por última ocasión.

Caminó sin aliento ni vida hacia el cuerpo de Aloy. Todo juicio, emoción o sentimiento se fueron desprendiendo de él con cada paso que arrastraba. Aún después de incontables noches de espera, su belleza continuaba impecable, majestuosa, como si el tiempo se hubiese detenido solo para ella. Los Ángeles, si existían, debieron de tenderle un manto seráfico de juventud eterna.

De hombros encorvados y rostro caído, se inclinó sobre ella para cogerla en brazos. Su piel era como la recordaba, perfecta y tersa como la del durazno, salvo que el tacto era entonces muy auténtico y no una ensoñación.

Se levantó repleto de heridas y calcinado por la rabia que había ardido en él desde hacía décadas. Se hallaba también decepcionado de cómo habían sucedido las cosas. Decepcionado enormemente de que Aloy hubiera tenido el anhelo de continuar su vida lejos de él.

Y como a un títere, fuera del control de sus propias acciones, se detuvo de soslayo junto al *Ariete*. No tenía las fuerzas, ni las ganas siquiera, de asesinarlo.

— Viniste a nosotros sediento de poder. Te dimos una oportunidad, una única tarea, la de mantener la discreción hasta el momento indicado y lo echaste a perder con tu insolencia. Te obsequiamos una segunda…, para que volvieras a fallar. Ya me las veré contigo después.

Alguien, no supo quién, se ocupó de recoger su consagrado acero.

Más adelante, cuando hubo llevado a hombros su inmenso dolor hasta el baluarte, depositó a su amantísima sobre una mesa de piedra en una habitación pequeña y sin ventanas. Sus rizos rubios y níveos consumían todo el brillo de las velas. La desvistió con delicadeza, y cuidó del horrible corte en su cintura. Después la coció con aguja e hilo, con manos que ya no temían a simple vista temblar y sufriendo lo indecible por su despojado amor. Con un paño sumergido en agua, le limpió el rostro, los brazos, los pechos, el vientre y finalmente más abajo de la cintura, deseando caer muerto junto a ella con cada respiro. De poco valió desempolvarla, cuando la bañó de sus lágrimas y lamentos entrecortados por bocanas de aire.

— Durante quién sabe cuántos malditos años maté, mentí y hui sin vivir tranquilo un solo día por el deseo de volver a estar contigo, Aloy — le dijo, mientras pasaba los dedos por el contorno de su vientre hasta llegar más allá, donde el vello dorado crecía entre el nacimiento de sus piernas. —. Llegué al punto de aborrecer a otras mujeres, porque no pude encontrar a ninguna que fuera la mitad que tú.

Incapaz había sido en aceptar a otra, ya que por demasiado tiempo sintió que ella era la indicada. Malditas las ilusiones de su juventud que lo hicieron pensar que solo había una persona para cada uno, y aborrecible el desengaño al darse cuenta del azar de que cualquiera podía significar algo para otra. O quizás, por inmensa que había sido su tozudez no pudo hallar a otra mejor que Aloy, pese a todos los años transcurridos.

Los siguientes detalles que intentó perpetuar en su memoria fueron el tono rosáceo de sus pezones, lo blando y tibio que aún estaba su cuerpo, y el olor a rosas que desprendía su cabello. ¿Cuánto tiempo faltaría para que se perdieran para siempre? ¿Cuánto tiempo para que todo fuese carne negra y hedor a muerte? La sola idea de imaginar tales encantos pudriéndose con cada minuto lo enloquecía. Lo hacía querer golpear las paredes hasta destrozarse los nudillos.

Le dio un beso en la frente y otro después en los labios sin poder escapar de la tonta ilusión de hacerla despertar de su letargo. Cogió una de sus manos entre las suyas, y cerró sus dedos en tornos a los de él.

— Mi bella durmiente, si los dioses existieran, de seguro te habrían traído a esta tierra para atormentar al resto de mujeres con tu gracia. No existirá nunca otra como tú. — « No, aún hay una más. Igual de hermosa », se dijo con una brisa de esperanza. Sus hombres le habían contado de camino al castillo de la increíble semejanza entre madre e hija. — Juré a mi alma y corazón que batallaría por un siglo de ser necesario, si eso me hacía merecedor de una noche entre tus piernas — Una a una, se fue deshaciendo de las piezas negras y plateadas de su armadura. En unos segundos, el ahogo de sus palabras

fue a menos, y el impulso de sus deseos se redobló. —. Y así lo he hecho — Despojado de todo aquello que no fuese un descabellado vicio, la atrajo hacia él, y se acercó a su oído. —. Encontraré a tu hija, Aloy. Por ti, por mí, por nosotros. Por todas las noches que pasamos juntos y en especial por esta, juro que encontraré a Atenea. Mantendré vivo tu recuerdo a través de ella.

# Mary II

*Gloria in excelsis Deo*

La gigantesca estructura de la catedral de Saint Agora se engrandecía aún más a sus flancos con aquellos dos altísimos brazos acabados en pináculos coronados por la oscuridad del cielo; lejos de cualquier fuego o luz terrenal.

A su orden, diez de sus Interfectos más corpulentos se turnaron en dos equipos, para destrozar las puertas con sus hachas de mango largo. En un vaivén coordinado de golpes fuertes y precisos, las astillas fueron saltando a cántaros. Cuando las hendiduras en la madera se volvieron tan profundas que permitieron ver a través, un puñado de soldados de la Horda que sí respiraba arremetió con sus hombros y piernas, a modo de arietes humanos. Una, dos, tres… Perdió la cuenta de los enérgicos asaltos. Su Guardia de Interfectos de veinte hombres guardó el acero y el bronce de sus armas, y ayudó a los demás hombres comandados por Kurt a derribar las puertas.

« ¿Dónde está *el Ariete* cuando lo necesitas? » Se impacientó con unas ansias incontrolables que hacían temblar sus manos.

Un momento antes de que las puertas cedieran al furor demente de la Horda de las Bestias, se detuvo a pensar en lo que estaba por suceder. ¿Cuántos años había esperado por lo que venía? La impaciencia la obligó a avanzar, y casi como si hubiese sido obra de un golpe de gracia, cuando rozó la madera con sus dedos, esta terminó por resquebrajarse con un súbito quejido. Y las puertas del Cielo sucumbieron a sus pies. Bile, uno de los pocos prosélitos que se levantaba en armas, fue el primero en adentrarse a la Casa del Señor a punta de blasfemias y rugidos. Y en breves, Kurt y sus soldados siguieron sus pasos. La terna de hechiceros de sangre apretó el paso poco después, pero ni los Interfectos les ganaban la carrera a los hombres vivos.

« No — le susurró Balaam. —. Ellos son nuestros. »

— ¡Deténganse ahora! — gritó Mary, mientras corría entre las hileras de butacas de la catedral. — ¡Todos ellos son míos!

A sus costados, Kairo e Iloura se apresuraron a desplegar sus brazos en dirección a ellos y dictar sus hechizos sin mediar palabra:

*Rigor In Extremis*

» De inmediato, cuatro hombres en la caterva de soldados se toparon con la magia roja que sometía sus cuerpos, y con vigorosos espasmos cayeron de bruces al suelo de mármol, haciendo trastabillar a quienes venían detrás.

Habían dejado de considerárseles aprendices hacía poco, pero sabían cómo llevar a cabo una maniobra tan sencilla.

En cuanto los Interfectos de Mary, uno de los más recientes y fuertes alcanzó a Kurt, lo cogió por un hombro, y lo obligó a detenerse. Un segundo, hizo lo propio con Bile. Cuando la prisa de ambos cabecillas hubo caído en represión, el resto se volvió con gesto importunado hacia los guardias de la ciudad que Mary recién había matado y puesto bajo su don de Dádiva.

— ¿¡Qué significa esto!? — Bile se sacudió para librarse las manos del Interfecto. — ¡Hechicera! ¡Blood!

Los ecos de las campanas retumbaban en las paredes y zumbaban sus oídos.

Kurt empuñó un estilete y no dudó en clavárselo en la frente a su captor, sin musitar alguna palabra coherente. Había olvidado que se trataba de un hombre muerto, cuyo rostro se tiñó de una miasma espesa negra rojiza tan pronto como retiraba el arma de un par de tirones. En seguida, repitió la acción en idéntico orden. El guardia de la ciudad le sostenía sus expresiones inmutables y vacías.

— ¡Nunca me han tomado en serio! — les gritó Mary a todo el que la había dejado atrás. Apartó a cada hermano de la Horda que se encontró para abrirse paso. — ¡Pero más vale que lo empiecen hacer ahora! — Cuando se halló en medio de todos, su Guardia de Interfectos empujó a los vivos para que retrocediesen. — ¡Azus me prometió la vida de estos hombres! ¡A mí y solo a mí!

Tras morir el grito de histeria, se escuchó el final de una oración enfática al fondo de la enorme sala. Todos los seguidores de Kurt y Bile voltearon a ver por un instante.

— *Sancta Maria Mater Dei ora pro nobis peccatoribus nunc et in hora mortis nostræ.*

— No eres la única que tienes cuentas pendientes — le espetó Kurt batallando para tragarse la rabia. —. Con estos infieles y con su dios calado en una puta cruz.

Voces enfurecidas se sumaron en apoyo, una tras otra hasta convertirse en incontables. El número de hombres que la desafiaban duplicaba al de su guardia, pero Kairo e Iloura, sus compañeros de hechizos rojos, siempre yacían a su lado.

Ceñidos a su brazo derecho, dos brazaletes de bronce, cada uno formados por ocho cuerdas entorchadas, pregonaba el rango militar de Mary Blood. Kurt, con tres de plata, en instancias normales tendría que liderar el pelotón, pero el viento sopló en su contra la noche en que puso en duda las decisiones de su Rey. Así que el can enfrentaba entonces su castigo.

— ¡Ninguno tiene más razones para estar aquí que yo! — A pesar de esto, para evitar una reyerta hizo que liberaran a los cabecillas con una orden muda.

Tan pronto como hubo quedado libre, Bile, de un brazalete de plata y dos de bronce, y por tanto también de mayor jerarquía, apretó la empuñadura de su espada, y observó con ojos sentenciosos a Mary. Sin embargo, Kairo dio un paso al frente, y se posicionó entre ambos, rápido como una gacela de piel atezada por el sol.

— Desobedecerla es desobedecer a nuestro *Rex*. La puso al mando, te guste o no.

Belial, su voz de la razón, tocó la puerta de sus sentidos.

« No estamos aquí solo para pasar por la espada a los cristianos. Azus nos encomendó una misión. » De un momento a otro, se le templó la sangre en las venas a Mary, quien repitió las palabras de su mejor amigo dentro de su cabeza.

— Belial tiene toda la razón. Se nos encomendó una misión en específico. No estamos aquí solo para pasar por el filo a los cristianos.

No soportaban la idea de que una mujer los dirigiera, y aún más cuando fuese de menor rango y estatura, ella lo sabía. Era de los pocos asuntos en los que todas sus

voces internas estaban en conformidad. Los hombres intercambiaron miradas de recelo e irritación, mientras gruñían como perros. Pero, al igual que los perros amaestrados, se rendían ante la palabra de Azus, su querido amo. De tal modo que se apartaron, y le dieron su salvoconducto a Mary. Aprenderían tarde o temprano a no intentar pasar sobre ella como si fuese una niña o un cachorrito desdentado. Se encaminó a través de un pasaje cercado por hombres con desdén en los ojos y armas en las manos.

Jinzo *Cuatro Dedos*, de uno de plata y dos de bronce, se puso en el camino de Kairo e intencionalmente se topó de bruces con él. De casi tres veces más edad, la cabeza de Jinzo estaba ungida por una corona de calvicie, y el cabello que había perdido le había crecido en la mugrienta barba en forma de cuña que le llegaba hasta el pecho.

— No vuelvas a usar tu magia contra mí, muchacho. — Lo apuntó con el índice en gesto amenazante. Si llegó a intimidarlo o no, Kairo no lo demostró.

— No soy ningún muchacho.

*Cuatro Dedos* se le había apodado después de que perdiera el dedo medio de cada mano. Por lo que se decía, en su juventud Jinzo no pasaba un día sin increpar a uno de sus hermanos de la Horda mostrándoles el dedo medio acompañado de una sonrisa insolente justo en frente de sus narices. A toda hora, en toda ocasión, día y noche. No pasó demasiado tiempo hasta que otro hombre igual de atrevido se los arrancara de un par de bocados para que no pudiera hacerlo nunca más. Y junto a los dedos, veía Mary, había perdido también la sonrisa.

— *Ave Maria, gratia plena* — iba diciendo el eco que rebotaba en las paredes —… *Benedicta tu in mulieribus... et benedictus Fructus ventris tui…*

Bañada en una oscuridad no propia de la casa del supuesto Señor, la catedral lucía más hermosa de lo que Mary hubiese pensado. Unos cuantos candelabros dispersos aquí y allá brindaba la lobreguez que tanto le gustaba en aquel ambiente. Cuando llegó hasta los escalones de la plataforma, quedó boquiabierta al ver la gigantesca cúpula suspendida en penumbra sobre su cenit, como un cuenco de oscuridad. Se habría encantado de pasar un buen rato admirando el arte de los murales, si Kairo no la hubiese interrumpido.

— Alexander Headmund — Señaló a un ala del oratorio dónde un hombre gordo yacía arrodillado frente a una pintura bordeada por un marco de oro y bañada en la luz de las velas. —, el Arzobispo de la Capital. Tiene que ser él.

— La cabeza de la Iglesia cristiana — La sonrisa se le congeló en el rostro. —. Finalmente — Las ansias contenidas por casi una década de amarga espera la espolearon. Empuñó un cuchillo de enorme hoja, y dio unas zancadas en pos de él. Se encontraba de espaldas, de manera que alcanzó el cuello de sus atavíos, y colocó el arma bajo su garganta. —. *Como un beso prometido, a tu cuerpo es mi filo.*

— Piedad — Fue lo primero que le escuchó decir. Su voz se esforzaba por declararse serena, pero a duras penas lo conseguía. —. No por mí. Por los cientos de miles de vidas de esta ciudad. Habéis venido a por mí.

Mary lo sacudió. El rostro del Santo Padre era todo papada. Al agitársele como gelatina la hoja lo mordió, y comenzaron a brotar las primeras gotas de sangre.

— ¡No! ¡Hemos venido a por todos!

Una puertezuela se abrió al otro lado del oratorio.

— ¡Suéltalo! — arrojó una voz.

— ¡Bruja! — espetó otra. — ¡Sois unos demonios!

Volvió la cabeza con violencia, casi media vuelta como un búho lo haría. En el umbral se fueron mostraron, uno por uno, cierta hilera de quince hombres vestidos con capuchas monásticas y porras en las manos. Por supuesto, todos los celtas prepararon sus armas, pero se quedaron en sus sitios a la espera de algún precepto de Mary. Con un vistazo, descubrió que a más de la mitad de los cristianos les temblaban las manos.

— ¡No! — gritó el Arzobispo, con la voz un tanto afónica. — ¡Pedí que os fuerais!

Aquel quien rápidamente encabezó la formación vestía con una bata blanca muy ancha, a diferencia del resto que lo hacía con hábitos pardos. Ceñudo, lampiño, enjuto y sin titubeos, lideraba a los que Mary sabían que eran simples monjes.

— ¡Rogamos por vuestro perdón, Santidad! ¡Pero es nuestro deber hacer todo lo que esté en nosotros para protegeos!

Loca como una cabra, soltó una carcajada de auténtica alegría, una infantil y aguda. El arresto de locura la hizo estremecerse. Había matado a dos pájaros de un tiro.

— No me digas, Padre. ¿Has traído una Orden Mendicante solo para mí? Qué atento que eres.

— ¡No, Asser! — aulló el viejo. — ¡No derraméis sangre, por todo lo que es sagrado! ¡Esta es la Casa de Cristo!

Mary le dio un profundo beso en la sien, y después lo golpeó duramente con el pomo del cuchillo en el mismo lugar.

— ¡Kairo, Iloura, junto a mí! — vociferó sin voltear a ver a nadie. — ¡Los demás, hagan sufrir a esos desgraciados!

« ¡Que no los maten! », dijeron todas sus voces a la vez.

— ¡Solo no los maten! — se apresuró a seguir.

Los alaridos se hicieron escuchar, como también el tañido del metal y los choques de las porras. Y al igual que un hombre de escasa resistencia, el espectáculo fue corto, muy corto, pero intenso. La nota final de la pieza de orquesta se mantuvo en alto por unos segundos con el rugido de victoria de los soldados. Sus soldados. Los que estaban vivos.

— Mary — comentó Iloura con voz temerosa mal fingida. —, has derramado sangre en la Casa del Señor.

Montó a horcajadas sobre el Arzobispo, quien yacía tumbado de soslayo sobre el suelo, y acercó los labios a su oreja arrugada.

— Bendíceme, Padre, porque he pecado — No hubo palabras que respondieran a las carcajadas de la trena de hechiceros de sangre, pues el Sumo Pontífice estaba por caer inconsciente. Mary le dio unas cuantas palmaditas para que reaccionara, pero no provocó nada más que agitarle los gordos mofletes. —. Despierta. Ya despierta — Hicieron falta dos segundos para que los golpecitos se transformaran en una cachetada. — ¡Qué despiertes! — Apenas consiguió que se le arrebolara medio rostro.

— ¿Dónde está tu dios ahora, pío? — inquirió Kurt, plenamente satisfecho.

— Infieles, habéis profanado un lugar sagrado — Congestionada e iracunda, sentenció la voz del líder de los cristianos revoltosos. —. Por vuestras acciones, por vuestros pecados os quemaréis en el Infierno.

— ¿Infierno? — rio él. — El Infierno está desierto. Todos sus demonios han escapado y llegado aquí para impartir justicia. Danzareis entre fuego y cadáveres para nosotros, sus nuevos dioses.

Consiente o no, Mary no permitiría que un viejo seboso le arruinara la noche. Se alejó de su cuerpo inerte. E hicieron falta tres de sus Interfectos para alzarlo a duras penas. Los guardias, con sus rígidos movimientos, no se resentían de peso que no pudieran cargar, pero algunos de ellos ya tenían semanas desde que los reanimase, y por más hechizos rojos que citara, comenzaban a pudrirse, y esto los debilitaba.

Se volvió en medio de una espiral de su vestidillo níveo raído y sin mangas, para descubrir que sus hombres habían cumplido con la orden solo a medias.

— Dibujen pentagramas sobre el púlpito — les dijo a Kairo e Iloura. —, derramen sangre, pongan velas en cada punta de la estrella y demás estupideces de esa índole. — «Aunque no sirva de nada, eso hará que se les afloje la vejiga a estos zoquetes.»

— ¿Lo quemamos todo? — Iloura amaba las llamas del Fatuo. Siempre le hacía especial ilusión prender fuego a lo que fuese.

— No todavía — Pasó entre ellos, y se dirigió a dónde había tenido lugar el intento de batalla. —. Antes a lo que vinimos — Sus ojos de lapislázuli se escondían detrás de una empapada caballera que le cubría parte del rostro y que esperaba le otorgase un aspecto sombrío. De los quince bautizados, respiraban seis; el resto adornaba el piso de lozas con su sangre. De la Horda, solo uno los acompañaba, tirado de bruces con la empuñadura de una daga sobresaliéndole de la nuca. — ¿Quién lo hizo? ¿Quién mató a uno de los nuestros?

Jinzo *Cuatro Dedos* señaló con su hacha rematada en púa al único que vestía de blanco. Arrodillado, los soldados lo mantenían al margen con la promesa del filo de sus armas.

— Fue este.

Mary le mostró los dientes en una sonrisa. Sus pómulos resaltaban casi tantos como sus brillantes ojos.

— Asser, ¿no es así? El viejo durmiente te llamó Asser — El hombre también le mostró los dientes; fue más un gruñido que una sonrisa. Y entretanto, ella hizo ademán de un puchero. —. Dime, pequeño Asser, ¿cómo te sientes? Has derramado sangre en la casa de tu dios. Eres tan pecador como yo ahora.

— No me metas en tu mismo saco, bruja. Solo hice lo necesario para salvar a Su Excelencia en nombre del Señor Todopoderoso.

— ¿Y qué tanto hiciste? — Bile le dio un golpe de plano con la espada en el pecho, al tiempo que se reía. — Ese con el que apenas pudiste era un malviviente bueno para nada.

La hechicera se acuclilló ante él, y le examinó los atavíos teñidos de sangre. Después, recorrió con la mirada los demás rostros deslucidos de los monjes.

— ¿Qué eres tú para la Iglesia? No te ves como un monje.

Bile se impacientó al escuchar su silencio, y repitió el mismo azote. Esta vez, más fuerte y al rostro del cristiano.

— Un diácono. — dijo al final, sin dejar de fulminarlos con la mirada.

Mary simplemente se desternilló del contento. Sin embargo, se abalanzó sobre Asser, y le rodeó el cuello con ambas manos, apretujándolo sin llegar a sofocarlo. Apretó su frente contra la de él.

— Aaaah, un bufón de los que predica.

« Ya basta, Mary — le hizo saber Belial —. A lo que vinimos.»

— Sirves de cerca al Arzobispo. Quiero que me digas dónde están las Dagas. Están aquí, bajo la catedral, en alguna parte. ¿Dónde?

— ¿Por qué piensas que te lo diría? Sé quiénes sois todos. Sé lo que haréis, si las llegáis a encontrar. El Santo Padre daría su vida por el bien de la Iglesia y la nación. Yo haré lo mismo.

Mary le pasó una mano por la cabeza calva repetidas veces, como queriéndole sacar brillo a una perla, sin parpadear y abriendo los ojos desmesuradamente de tamaña emoción que procuraba reprimir. Sus compañeros de hechizos rojos, dispuestos delante y detrás de la miríada de cristianos, preparaban ya el teatrillo, declamando unas palabras junto a sus encantamientos. Una vez alzaron las palmas y la antigua lengua de los celtas anegó los oídos, el charco carmesí sin forma que era el oratorio, se fue transformando de a poco en líneas que parecían dibujarse por el viento. El mar de sangre se achicó hasta tornarse en una enorme estrella de cinco puntas que los abarcaba a todos. Al diácono y a los monjes se les desmoronó el ímpetu de sus rostros, cuando supieron que estaban en el corazón de un pentagrama obrado con lo que ellos llamaban «brujería».

— Santos Cielos — balbuceó un monje.

— Por el amor de… — comenzó otro, pero Mary lo interrumpió.

— *Soy lo muerto y revivido. Soy la ira, soy tu dios* — Todos ellos se persignaron y fueron orando un rezo distinto en latín, cosa que ocasionó gran aversión entre los hombres de la Horda de las Bestias. —. Asser, sopesa tus acciones. Sea este infiel o no, mataste a alguien. Si mueres ahora mismo, no habrá tiempo para expiar tus pecados. ¿Sabes lo que eso significa?

— Una eternidad de sufrimiento en el Infierno. — Hablaron con voz grave y al unísono los que nunca lo hacían, la Guardia de Interfectos.

Asser se estremeció todavía más, comprendiendo al fin lo que le depararía el futuro. Apretó sus dientes y sus puños endebles con una fuerza que bien podría hacerlos resquebrajarse. Pero hacia el final, levantó una mano en dirección a Mary en gesto suplicante ante aquella perspectiva de condena, mientras se tragaba su orgullo y ansias de llorar.

— Por favor, no. Os lo ruego.

— *Ora pro nobis, nunc, et in hora mortis nostrae,* Mary Blood. — continuaron diciendo los Interfectos.

Iloura se había acercado a él. Le sostuvo la mano con firmeza, y Kurt se apresuró en rasgarle la palma con su estilete. Los hilos de sangre precedieron a su patético gemido. Mientras la más joven de los hechiceros se manchaba los dedos y trazaba símbolos en el aire, Kairo esparcía el Mejunje de las Mil y Una Sustancias por cada arista de la estrella y Mary remataba el rito con palabras sin significado. Para entonces, Jinzo, Bile y todos los demás salían ya del pentagrama. Los cristianos se hallaban presas del miedo, y no llegaron a atender que ninguna arma los amenazaba.

— Muéstrame las Dagas Sagradas — dijo Mary cuando hubo terminado. —. Entréganos lo que queremos y no morirás hoy. Ninguno lo hará.

Las partículas de sangre permanecían suspendidas en torno a Iloura hasta que sus manos rápidas las sedujesen. Fuera lo que describieran sus trazos las gotas rojizas seguían sus movimientos, como metal que se sintiera atraído hacia al imán.

— ¡Hágase la luz! — gritó alegremente al arrojar la sangre al pentagrama dibujado en el suelo. Las llamas nacieron en el centro, y rápidamente se extendieron. Y pronto vieron que la luz era ruin; y separaba a los miserables de los viles cristianos por columnas bajas de fuego. Aunque el Fatuo no abultara más de cinco dedos de altura, su matiz rojo ennegrecido bañaba el ambiente y los rostros de los hechiceros. —. El miedo y el odio son de sus facetas más comunes, pero eso no significa que su ardor sea menos hermoso.

El sudor resbalaba por las coronillas afeitadas de aquellos hombres sin virilidad.

— Si no lo haces — proclamó Mary con voz sombría. —, cada uno de vosotros, servidores del Señor, será maldecido. Llevaréis la marca del anticristo en cuerpo y alma. Así que antes de entrar al Cielo, el infinito deberá llegar a su fin y el Sol dejar de brillar. Con este contrato de sangre, seréis desterrados a los dominios de Satán — Para impactarlos aún más, le hubiese gustado lograr que las paredes gritasen y que se abriera una hendidura en el suelo, pero aquello era algo que no podía hacerse. Al igual que maldecirlos. Todo eran patrañas. No podía hacer tal cosa y mucho menos conseguirse con la ayuda de la magia de sangre. Pero el diácono y los monjes… los muy imbéciles no lo sabían. —. Lo mismo aplica para tu querido Pontífice. Si tu dios es misericordioso como tanto decís, podrás entregar las Dagas hoy y pedir perdón el día de mañana. Toma una decisión, o morirás estando maldito.

Cuando se practicaba correctamente, la magia de sangre era lo único que podía alumbrar y controlar al Fuego Fatuo. A la orden de Iloura, las llamas se enardecieron y treparon, consumiendo con voracidad el aire y la moral de los sometidos.

Mientras jugueteaba con la idea de ver una charca de meados tal que amenazara con apagar un fuego inextinguible, no pudo evitar fruncir los labios. Se había convertido en un heraldo de condena, de manera que debía esforzarse por no reventar en carcajadas. Pero sus compañeros de amplia sonrisa no daban señales de resistirse como ella. Kairo colocó velas en cada esquina de la estrella, e Iloura simuló excomulgar a los monjes grabando una cruz invertida en sus palidecidas frentes.

—Ahora es tu turno, diácono —le hizo saber Iloura. —. Confiesa o…

— ¡Lo haré! — vociferó Asser, con voz carente de aliento. — Lo haré. Solo déjenme ir. ¡Déjenos ir a todos!

Y por lo visto, ningún devoto tuvo el mínimo interés en rehuir de la salvación. En aquel momento de terror y fe amedrentada, más les valía seguir con vida para que su supuesto dios tuviera tiempo de perdonarlos.

Mary Blood le mostró una sonrisa de complacencia. Desvaneció el símbolo de fuego con un ligero ademán de manos, y solo entonces el diácono se irguió débilmente musitando una oración. Lo siguió con la mirada durante su recorrido, pero en cambio, él mantuvo los ojos clavados en sus propios pies. Entre la espada y la pared, el pobre diablo había entrado en pánico al ver que tomaría parte en un satánico ritual.

« Nada más alejado de la realidad. ».

— Síganlo — dijo a sus hombres. —. Si intenta algo extraño, ya saben que hacer — Asser y una docena de soldados de la Horda cruzaron el umbral de una portezuela escaleras abajo, mientras tres Interfectos los acompañaban en la retaguardia y otros dos arrojaban al Santo Padre frente a los monjes aún catatónicos. — « Si estos infelices intentaran traicionarme, lo sabría. Podría sentirlo.»

La Horda de las Bestias había germinado bajo el peso de la hegemonía de la fe cristiana, en tiempos en los que los celtas que se negaban a renunciar a sus dioses eran masacrados en nombre del Señor, el «dios verdadero». Por tal motivo, cada hombre y mujer nacido fuera del bautizo era tratado como paria, sus costumbres como paganas, y sus dioses como farsas obradas por la mano del mismísimo Satán. Y de allí, la creencia de que eran una caterva de Satánicos.

« Adelante, que lo sigan creyendo. Así me será más fácil sacar provecho de su miedo irracional »

— Más allá del rojo — le mencionó Iloura. — también había negro y gris plateado en el fuego. ¿Pudiste verlo?

— Lo sé, hay mucho odio y soberbia en ese hombre. Más de la que he visto en cualquier otro clerical.

En un momento dado, un Interfecto le entregó una jarra engalanada en oro, y Mary se dispuso a vaciar su agua despacio sobre el rostro impertérrito del Sumo Pontífice. Solo cuando el agua comenzó a entrar por sus fosas nasales, abrió los ojos, y se retorció en un intento por tomar aire.

— Jarras de oro — espetó con desprecio Kairo. —, copas enjoyadas, cruces de oro, sedas con más maldito oro y un lugar como este que casi es un palacio. ¿Por qué un hombre humilde que adora al hijo humilde de un dios necesita de tantos lujos? — Se inclinó sobre él, y lo amordazó con un trapo. —. Da igual, no quiero escucharlo. De seguro será más palabrería.

Una vez el diácono y su vigilia regresaron, habían transcurrido unos diez minutos desde su partida. Jinzo *Cuatro Dedos* y otros tres hombres mostraban indicios de lucha en sus ropas. Con los rasguños de la tela y de las piezas sueltas de cuero, hacían gala de sus heridas. Kurt llevaba un arca revestida con plata que le ocupa ambas manos y

aparentemente gran parte de sus fuerzas. Y en lo que respectaba a Asser, solo alzó la vista para descubrir que el Arzobispo se había despertado de su letargo. Se acongojó, y echó raíces allí donde estaba. Cuando Bile se topó de bruces con él, lo apremió con una maldición y la punta de su espada, como si caminara por la plancha.

— ¡Miren nada más! — se entusiasmó Fergus al ver a Alexander Headmund de pie, un hombre de cabello largo recogido y rostro simplón. — ¡*El Mantecas* se despertó!

— ¿Qué ocurrió con vosotros? — inquirió Kairo a los magullados.

— Dos niveles más abajo había trampas en el suelo y las paredes. — reveló un hombre un tanto gordo para que fuera soldado raso de la Horda, cuyo nombre todavía era desconocido para Mary.

— Saetas, dardos y cuchillas escondidas — apoyó Jinzo. —. En fin, piquetes de abeja nada más. Pero este mentecato — Señaló a Asser con menosprecio. — solo nos advirtió de algunas de ellas.

Kurt dejó caer la pesada arca sobre el suelo, que provocó pequeñas grietas como los ramales de un árbol en las losas de mármol. En su rostro insípido y manchado por un viejo salpullido, se asomaba la misma sonrisa que jugueteaba en labios de todos los impíos.

— También hubo un par de valientes que quisieron probar suerte lanzándonos aceite hirviendo desde un matacán oculto. Fallaron por poco, pero en cuanto los atrapamos nos aseguramos de que más aceite no fuera desperdiciado — Los demás corearon las risas. —. Aquí están. Más sencillo imposible.

Mary se inclinó para abrir el cofre. Mientras lo hacía oyó balbucear algo irreconocible al Arzobispo de la Capital. Inmediatamente supo que el rumor sin palabras útiles iba dirigido hacia el diácono, pero no le dio mayor importancia.

El interior estaba embellecido con sedas escarlatas a modo de almohadones, y sobre esta, una capa de tela nívea en la que descansaban ambas Dagas Sagradas envainadas en diamante negro. Cuando estiró la mano para coger una, un rayo de sensaciones la atravesó; la otra Daga clamaba que fuera escogida en su lugar, lo que ocasionó que recapacitará su decisión. Cerró los dedos en torno a la empuñadura de la segunda, y en esta ocasión fue la primera de ellas la que con una súplica sin sonido imploró que la eligiera.

« Me están hablando — pensó con un hormigueo entre los huesos. —. Ambas lo hacen. Como las voces en mi cabeza que reclaman mi atención, pero no escuchó sus palabras. »

— Qué hermosa es. — exclamó Iloura en cuanto Mary desnudó la hoja de más de un palmo. De un inusual metal gris plateado. Y de un brillo aún más inusual, que daba señales de crear su propio halo de resplandor en un lugar sumido en la media luz.

— ¿Esto es platino? — le preguntó a Asser.

— Es lo que dicen, pero no es posible derretirla ni moldearla como otros metales — dejó saber casi de inmediato. A las malas había aprendido a responder cuando se dirigían a él. Aun así, evitaba cruzar miradas con el Santo Padre, quien buscaba sus ojos

con desesperación y un dolor magnífico cincelado en el rostro. —. La guarnición parece de oro a simple vista, aunque tampoco pueden ser trabajadas.

Kairo se situó junto a ella a zancadas, y sacó de un bolsillo una pequeña brújula.

— «Al igual que el norte, son atraídas por las Dagas Sagradas», nos dijo Rex Azus.

— Te hacen perder el verdadero norte — Mary tenía la boca abierta y los ojos azul profundo aún más abiertos —. « En más de un sentido. » Juraba que la mano con la que empuñaba el arma le temblaba, pero su vista le hacía creer todo lo contrario. Si era magia lo que sentía, era la más poderosa que hubiese experimentado. Respiró del aire de su poderío y se colmó los pulmones con determinación. Le gustaba hacerse sonar los huesos a menudo, de tal modo que esto fue lo que hizo antes de esbozar una sonrisa ancha. El cuello tronó, para luego soltar una exhalación de pleno gusto. Volteó a ver al Arzobispo, aunque lo que viniera a continuación fuera para sus compañeros de hechizos; y no para sus nuevos súbditos. —. Enviemos un mensaje a la masa de lo que se aproxima. Matemos a la vez el orgullo y la esperanza de la Capital. Qué la casa del dios cristiano arda con el Fuego Fatuo desde sus cimientos. Ya veremos de qué color se torna.

Kairo asintió con serenidad, mientras Iloura daba un saltito y aplaudía con una actitud que la hacía lucir más pueril de lo que aparentaba a sus dieciséis años. Ambos se retiraron hacia los niveles inferiores de la catedral.

Vio el desconsuelo posarse en cada rostro de sus enemigos. En cambio, el de Asser se deformó en una mueca iracunda.

— ¡No! ¡No podéis! ¡Ya tenéis lo que queríais, ahora iros! ¡Ya profanasteis este lugar con vuestra presencia! ¡El Señor no lo permitirá! ¡Esta es la Santa Sede!

En otras circunstancias se habría echado a reír ante semejante despliegue de frenética estupidez, pero ya no estaba para juegos. Estrujó la empuñadura de la Daga, y osó con la idea de estampársela en el rostro.

— ¡Santa Mierda! ¡¿Qué no puedo?! Kurt, Fergus sujétenlo. Te demostraré que puedo hacer eso y mucho más. — No solo era una oportunidad inmejorable para que los hombres vieran de lo que era capaz, sino además un bocado más del dulce plato de su venganza personal.

Kurt le propinó una patada en el reverso de la rodilla, que le obligó a hincarla. Y en un abrir y cerrar de ojos, ambos hombres apresaban al diácono con manos firmes. En lo que al cristiano respectaba, se contorsionaba para liberarse con una mirada teñida de odio e irritación tan impropia de un devoto... Mary Blood acarició la hoja de la Daga y se sacó sangre con tan solo tocar la punta. Se cambió el arma a la mano ensangrentada, y cerró los dedos de la que tenía libre alrededor del cuello de Asser para evitar que se moviera.

— ¡Bruja, ya basta! — escupió él.

— Desearas que te haya matado.

Le rasgó la bata hasta dejar al descubierto su pecho, después la mano subió a su frente. Y allí dibujó con esmero y sangre tres líneas oblicuas sobre cada ceja; y en el centro de estas, la runa celta de dominio. Con toda seguridad, un inculto en la magia

como el idiota que tenía delante, pensaría que necesitaba de musitar palabras ante los hechizos. En absoluto. Las blasfemias eran un obsequio que le surgía con naturalidad.

— Entérate, desgraciado, no hago brujería ni me acuesto con demonios, pero después de lo que haré contigo, una noche en el lecho de ese diablo en el que tanto crees sería más placentera — Mientras Asser maldecía a diestra y siniestra y el Arzobispo mascaba la mordaza de pura impotencia, Mary tachó los trazos en su frente, y el recorrido a dos dedos fue a parar a dónde se encontraba el corazón, pasando por ambos pómulos, mejillas y cuello consumido en sus dos lados. Todo esto concluyó con un diseñó simétrico sobre su piel. —. Ahora verás que soy capaz de hacer todo lo que digo.

— ¡Aberración! — gritó uno de los monjes, que aún yacían postrados dentro de los restos de ceniza y brasa del pentagrama. Otros quienes se iban levantando, unieron sus voces al primero. — ¡Aberración! ¡Aberración de Satán!

Con el índice y el medio golpeó la runa de dominio, y la sangre dibujada comenzó a hundirse bajo el cuerpo de Asser:

*Dominio Absoluto Temporal*

» Cayó y rodó por el suelo con las manos sobre la garganta en un esfuerzo por tomar del aire que le era tan preciado. Chilló alguna que otra súplica coherente antes de descomponerse en balbuceos y convulsionar de forma incontrolable.

« Su voluntad es ahora la mía. ». La Marca de Dominio que le había inducido era de un grado superior de lo que Kairo e Iloura habían conseguido con Jinzo y los demás. Aunque hubiese sujetos de tan extraordinaria voluntad que pudieran resistirse, como era el caso de los cabecillas de la Horda, era un hechizo de lo más corruptivo para hombres pequeños en cuerpo y mente.

Los monjes se alzaron en rebelión, y pretendieron salir corriendo. No llegaron muy lejos. A Mary solo le fue necesario alzar la mano para que una pared de fuego les cortara el paso. El círculo alrededor de la estrella de cinco puntas y el Fuego Fatuo habían resurgido de sus despojos en un parpadeo. El mundo y la Casa del Señor se sumieron en un tono rojinegro digno del más espantoso de los tormentos infernales. Mary se acercó lo más que pudo, apuntándolos por un momento con la Daga.

— Cristianos, nos disteis la vida a nosotros, vuestros demonios. Arrasasteis con más de una cultura, cuando quisisteis imponernos esas creencias. La Iglesia absolvió a los que se rindieron y aceptaron a un nuevo dios, pero el resto murió en batalla o fue condenado al acabar la guerra — Sin prisa, pero sin pausa, el pentagrama en llamas se fue consumiendo en tamaño, no así en intensidad, contrayéndose hacia sus adentros. Los píos la observaban con ojos como platos, mientras ejecutaban el ademán de la cruz. —. Un grupo sobrevivió al holocausto y se vio obligado a ocultarse entre los bosques, renegado a vivir en el silencio y la vergüenza. De las sombras, surgió la Horda, y como la mala hierba se esparció hasta la raíz del reino a lo largo de los siglos. La cristiandad plantó la semilla de esta tragedia con vuestras matanzas y la regó con la sangre de los que para vosotros eran infieles — Señaló a los hombres celtas. —. Sus antepasados. No los míos. Yo nací como vosotros. Fui bautizada y hasta llegué a creer en su maldito

dios. Y, sin embargo, pensasteis que era mejor arrojarme a una hoguera para purificarme, cuando descubristeis que no era de la misma naturaleza que vosotros.

» Incluso antes de todo aquello, una puta abadesa decidió que era propicio torturarme y mutilarme, para que no pudiese concebir a los hijos de Satán. Eso me destrozó. Soy la aberración que soy, gracias a vuestras creencias — Se volvió solo para deleitarse con el rostro desesperado del Arzobispo. —. Ahora cosechareis todo lo que sembrasteis: dolor, miseria y sangre.

El Fuego Fatuo se cernió sobre ellos, y los hizo caer al suelo entre alaridos y dando tumbos sin crear una humareda.

Mientras Mary salía dando saltitos con los pies desnudos de una maravilla que se derrumbaba por llamas capaces de derretir la piedra, sus oídos aún se deleitaban por su canción favorita, una que ningún bardo podía llegar a igualar sin dar la vida en el intento.

— *Cierra los ojos y te llevaré, donde los gritos se hacen canción.*

Y aquella alguna vez grandísima catedral de Saint Agora, orgullo de los cristianos, que se tardase doscientos años en alcanzar los cielos, se caería a pedazos en un cuarto de hora entre lamentos y vasto crepitar.

El diácono, que nada podía hacer más que observar con inenarrable ineptitud como gobernaba sus esfuerzos, cargó a Mary en brazos, para que sus pies no se mancillaran con los rastros de la carnicería que anegaban las calles. El camino hacia el baluarte se hizo largo, pero transcurrió sin mayores incidentes. Las estrellas se derramaron por los suelos de la rimbombante Sala del Trono, cuando las puertas se abrieron para ella y su compañía con aquel solemne rechinido que había imaginado cientos de veces. Asser se detuvo ante los escalones que daban al trono, y aguardó allí con brazos endebles que aún se estremecían a causa de elevar un peso tan liviano.

En cambio, los de Ramskull eran firmes y nervudos, sin llegar a resultar necesariamente enormes. Presumía de un pecho y unos hombros más anchos también. Antes de que la tomara en brazos, se removió el yelmo de hueso para darle la bienvenida con su excelsa belleza. Dos de oro y uno de plata, sus brazaletes relucían tanto como sus ojos de esmeralda. Solo el Rey estaba por encima de él, pero no había rastro alguno de Azus y el trono se hallaba vacío en las alturas.

« ¿Habrá muerto en batalla? Ojalá que sí. Si así fuera, mi *Ramsey* tomaría el mando. » Lo cierto era que en caso de hacerse realidad sus deseos, su amado tendría que batirse en duelo singular contra todo el que quisiera portar la Espada de Nuada, que era lo que para Leonor II representaba su corona. Si bien era forastero, Brynjar Berzerk podría constituir una amenaza, siendo de los primeros en blandir una insurgencia, sin lugar a duda. Entre la Horda de las Bestias, según las viejas costumbres, el estatus de Rey no se conseguía por dinastía ni por derecho divino; únicamente por la ley del más fuerte.

— ¿Lo lograste? — le preguntó él con voz atractiva y mirada aún más atractiva.

— Azus, ¿dónde está? — dijo sin hacer caso.

— Vivo, si a eso te refieres, pero lidiando con sus propios demonios en algún lugar del castillo. — Antes de que pudiera formular de nuevo la pregunta, Kurt se situó a su lado con la muerte envuelta en sedas. El arca era tan ridículamente pesada que la habían abandonado a mitad de camino.

Un momento más tarde, le regaló una sonrisa, y después un beso en los labios, mientras la hacía girar en el aire, como muestra de agradecimiento. Era la primera vez que hacía tal cosa fuera de la intimidad. *Ramsey* se encontraba tan satisfecho con sus méritos que olvidó por completo su costumbre de desdeñarla en público cuando suplicaba por afecto. Sin embargo, no tardó demasiado en bajarla para hacerse con el botín de guerra que habían obtenido gracias a ella.

Y lo prometido fue deuda. Como laurel, Kairo e Iloura recibieron su primer brazalete. Entre tanto, su amantísimo le colocó en el brazo su tercer ornamento de bronce tallado que hacía las veces de emblema de poder. Unos cuantos honores más y saborearía la plata, con lo que estaría por encima de Jinzo *Cuatro Dedos*, Bile y todos los que observaban con recelo como ascendía como la espuma, mientras ellos se estacaban en el mismo escalón en el que llevasen años.

La avidez y la sed de venganza aún le recorrían las venas, cuando se llevaron a un Arzobispo desvaído directo a la pocilga que sería su celda. Pero el fuego que le recorría la sangre se extinguió de pronto, al escuchar un maullido que casi pasó desapercibido en una sala dominada por la embriaguez de victoria de numerosos hombres. En aquel momento, a Mary se le nublaron las ideas por la bruma de ternura que expelía este, y se le arrugó el corazón de puro sentimiento de solo verlo corretear y olisquear el aire en torno a los soldados. Era gordo, de pelaje espeso y blanco con motes amarillos. Era todo un amor, de ojos tan verdes y cautos como los de su amado.

Se acercó lentamente a él, se posó detrás con pisadas silenciosas, y lo atrapó con gran habilidad después de perseguirlo por tres o cuatro metros. Lo alzó, y restregó su rostro vigorosamente contra el gato entonando un sonido entre un ronroneo y un maullido, al tiempo que el animal, asustado, trataba de alejarla, contorsionándose y poniendo sus zarpas de por medio.

— ¿¡No es hermoso, *Ramsey*!? — chilló con voz aguda y una sonrisa de oreja a oreja. — ¡Siempre quise uno así de obeso!

Él no respondió, se limitó a mirarla con gesto indiferente.

Brynjar se acercó a zancadas con el semblante ensangrentado y los hongos alucinógenos aún alentando cada uno de sus sentidos. Cogió al gato por las orejas, y desenfundó un cuchillo de su cinto de cuero.

— ¡De los príncipes niñatos! — gritó, aunque un susurro hubiese sido suficiente para hacerse oír. — ¡Hay que matarlo!

— ¿¡Qué!? — Los ojos de Mary se dilataron desmesuradamente del espanto. La piel se le tornó casi tan blanca como el vestidillo que llevaba encima. — ¿¡Matarlo!? ¿¡Qué crees que soy, un monstruo!? ¡No!

— ¡Es un gato! — Cuando hablaba, despedía saliva. — ¿¡Qué importancia tiene!?

Mary Blood retrocedió de súbito, y mantuvo la distancia entre los dos. El animal bufó a Brynjar, desnudando los colmillos blancos, y Mary hizo lo propio, arrugando la nariz en el proceso.

— ¡De ningún Príncipe! ¡Ahora es mío, caramierda!

Por fortuna todo concluyó allí. Ramskull, quien se encontraba un peldaño por encima en la escala de autoridad, apaciguó con una orden al gigante de un brazalete de oro y dos de plata. Yéndose con su debido cuidado, desde luego, porque un hombre de los *Ulfhednar* bajo efecto de los hongos podía explotar de cólera y lanzar hachazos a quién fuera por el mínimo roce. Según había dejado ver, Brynjar era imparable cuando estaba drogado y vestido con pieles de lobo, y en trance no distinguían bien entre enemigos y amigos a causa de la belladona y el beleño negro.

Abrazó a su nuevo amigo en gesto protector, y lo acunó mientras tarareaba una cancioncita para él. De prisa se habían unido, solo un tanto, en medio de un vínculo de resquemor hacia el vikingo. Le rascó detrás de las orejas, y el gato se volvió a contorsionar. Esta vez por placer. Necesitaba amor al igual que un nombre, por ello la hechicera buscó y rebuscó en su mente uno que le fuera perfecto.

— ¡Serás llamado *Beelzebub*! — anunció, risueña, pero le supo mal en cuanto salió de sus labios. — « No, eso sería excederse. » — ¡*Beelzebubu*! — Lo besó entre ceja y ceja, y más tarde, le siguió un besito esquimal. — Mi regordete *Beelzebubu*.

« Ya deja de jugar — le recordaron Balaam y Sekhmet, sus voces de codicia y la ira respectivamente. — La Orden Mendicante… El diácono Asser… ». Mary era mujer que cuando yacía contenta habituaba olvidar todo con facilidad y distraerse hasta con una mosca que pasaba volando sobre su cabeza.

De inmediato, se dejó de tonterías, y se dirigió a dónde se encontraba el único hombre que respiraba entre sus súbditos verdaderos, los Interfectos. Asser no se había movido ni un solo centímetro de su lugar. No albergaba esa opción. Todas sus capacidades estaban a pedir de boca de la magia de sangre de Mary. Su constante respiración, pestañeos y algún que otro gesto airado de su lamido rostro eran los últimos indicios de que aún había vida propia y un atisbo de voluntad en él.

— Irás a cada iglesia — empezó con voz grave. —, convento, monasterio, da igual al templo cristiano que sea. Irás a cada lugar en el que se encuentre una puta Orden Mendicante en esta repulsiva ciudad. Mi guardia te acompañará. A la fuerza, traerás ilesa ante mí a cada monja y monje. En especial a las monjas. Yo me encargaré del resto, ¿entendido? — El diácono movió los labios y mostró los dientes con una irascibilidad acompañada de un gemido, pero de él no se escuchó nada más. Aunque lo quisiera, no podría hablar. *Beelzebubu* se acercó a él, y apoyó las patas delanteras sobre su hombro para olisquearlo de cerca. — ¿Qué sucede, Asser? ¿El gato te comió la lengua?

# Alice III

Aunque hubiese tenido un millar de noches para pensarlo, jamás, entre tanta paranoia y agudeza para socavar la alevosía, se hubiese imaginado que su mayor miedo había yacido junto a ella bajo las sábanas incontables lunas. El único al que se había atrevido a amar había estado conspirado en contra ante sus ojos.

Se había despedido de todo el oro y la plata que comúnmente llevaba en su buen vestir. En su lugar, el hierro labrado le concedía su frío tacto sobre la piel del torso. Las piezas en su peto y avambrazos se adornaban con tintes ambarinos opacos y violetas. Y pese a llevar los hombros descubiertos por la armadura y poco más, se sentía expuesta a cualquier herida. Las sedas que se agitaban con el trote de su yegua desde su cintura eran por lejos lo único que esbozaba la delgada línea entre distinguirse como una Reina o una amazona más de las leyendas. Adoraba también las joyas y los perfumes, pero en medio de la penumbra del bosque y el averno de traidores del que lidiaba por escapar no había sitio para semejantes nimiedades.

A su derecha, ser Robert Vasíliev picó espuelas nuevamente, y obligó a su montura a avanzar más rápido. Su voz se hallaba envuelta por el matiz férreo de su yelmo.

« ¿Cómo comenzó todo esto? ¿Cómo pude estar tan ciega y no verlo? » Era la primera vez en su vida que en serio quería echarse a llorar como la sensible que jamás le permitieron mostrarse, ni aún en su niñez. Sin embargo, no había lugar para desfallecer entre los guardias de su escolta.

Ocho hombres de la Guardia de la Realeza los escoltaban a ella y a sus aturdidos hijos a dondequiera que el destino los llevara a través del terreno escabroso y las adversidades: ser James Aulsebrook, ser Covan Thompson, ser Paul Wolkan, ser Lancelot Slaugther, ser Bowen Threagold, ser Robert Vasíliev y los gemelos Lancaster. Con sus armaduras platinadas, dos de ellos dispuestos al frente, otros dos detrás, y los últimos, alertas y serenos, dos en cada flanco. Rodeados de casi completa oscuridad, no había brillo en sus placas que valiera la pena vislumbrar, porque todo era gris y negro bajo el beso de la luna.

Gris y negro. Los colores en los que se bañaba su espíritu.

« Edward, amor mío… — Aunque que no pudiera escucharla, se mordió la lengua, buscando también apartar el pensamiento. — ¿Por qué, Alice? ¿Por qué permitiste que algo como esto te pasara? »

Temeroso y sensible, Elliot viajaba a lomos del mismo caballo que su hermano mayor. Se aferraba a él como a la única noción de auxilio entre mares del terror. Los ocho corceles y los dos palafrenes doblaban, casi desbocados, en cada recodo de la senda que el bosque dejaba entrever. No seguían una ruta clara ni un plan de evacuación. No habría habido manera de que alguien previese todo lo que se les había echado encima.

Parecía que el pecho le iba a estallar, como si una mano monstruosa le estuviese oprimiendo el corazón desde dentro; rasgándola a dentelladas, además. Respirar dolía a

horrores. Y, por si fuera poco, se sentía al borde de un ataque de ansiedad. La verdad había sido dura, implacable, insufrible. Se había entregado a él en cuerpo y alma. Edward había sido el único hombre con el que había cometido el estúpido error de abrir su corazón. Se lo tenía bien merecido, quizás, por haber sido una ingenua y una incauta.

En breves, aun cuando había estado luchando, desistió al sufrimiento.

— Deteneos — gimoteó con un sofocante nudo en la garganta. Nadie dio señales de haberla escuchado. — ¡Deteneos! — El clamor abrupto se hizo oír sobre el repiqueteo de los cascos. Los caballeros levantaron cada uno sus vísceras, para verla descender a trompicones de su montura. —. A todo galope en esta oscuridad, los caballos podrían caer y romperse una pata. — Si bien era cierto, su cuartada era apenas una excusa patética para sentarse a tomar aire.

— Alteza, no estáis segura aquí. — dijo ser Bowen, inquieto.

Dar un par de pasos era una ardua labor, cuando se había perdido toda la fuerza en los músculos.

— ¿Y dónde podría estarlo? Decidme, ser. — Se dejó caer sobre las raíces de un gran castaño, clavó la mirada en un cielo conquistado por las copas de los árboles, y de allí en más se dedicó a tratar de respirar con normalidad.

— Mi Príncipe, ¿qué opináis vos?

Tan inexpresivo y pálido que lucía tallado en piedra caliza, Richard descabalgó después de mantenerle una mirada inquisitiva a Alice por demasiado tiempo.

— Haced lo que dice mi madre. Dejadla reposar. — Momentos más tarde, ayudó a su hermano para que bajase de la silla, y éste último fue a reconfortarla.

Alice se abrió de brazos para él. Ni la mayor de sus paranoias la haría desconfiar de su pequeño príncipe Elliot. Sobrecogida, se le escapó un audible gimoteo al recibirlo. Su cercanía desanudaba la consolación tan encantadora que solo un hijo podría otorgar, pero en aquellas circunstancias la mera presencia de los caballeros la sofocaba.

— Iros — les dijo. —. Todos vosotros, dejadnos.

— Pero, madre… — comenzó Richard.

— Su Alteza — interrumpió ser James, que estaba al mando de su reducida guardia. —, no podemos descuidaros ni un segundo, ahora que…

— ¡Os di una orden! — Al gozar de metros de espacio de algún oído que no fuese el de su hijo pequeño que lloraba por puro miedo infantil, cundieron el llanto, el desánimo y todo el dolor de quién hubiera sido una Reina de Corazones para alguien.

Lloró a lágrima viva por bastante tiempo. Y pese a que su hijo no parara de preguntar por qué lo hacía, no respondió. En cambio, probó con esbozarle una sonrisa entristecida y apretujarlo más aún. Cuando reposó una mejilla sobre los cabellos de almíbar de su niño, le llegó el olor del polvo y el escozor de la nubecilla que había levantado.

El túnel subterráneo que llevaba hasta las afueras de la ciudad había comenzado a venirse abajo a mitad de camino, recordó con un escalofrío espantoso. Estuvieron a pocos metros de ver la muerte.

Nadie vivo, ni por asomo, conocía tan bien los secretos que guardaban las paredes y pasadizos del baluarte como Alice. ¿Si hubiese dispuesto de ojos y oídos en ellos, habría dado con la confabulación de su amante?

Después de haberle entregado su amor incondicional, él nada más le escupió a la cara con sus falsedades. Cuando Alice se hubo enterado de todos los hilos que se movían a su espalda, se negó, y con razones de más, a hacer lo que Edward le decía. Malditas fueran las noches que compartieron juntos. Y malditos fueron los momentos en los que quedó fría e inerte de la impresión. En un primer instante, él le había rogado que se fuera lo más lejos que pudiese sin rechistar ni pedir mayores detalles.

— Sal de la ciudad — había empezado diciendo con calma. —, ve al bosque, aléjate de todos y no vuelvas. O estarás en peligro. — Puestas así las cosas, no surtió en ella mayor efecto que negarse de manera rotunda. Envenenada por la ira, le asestó una bofetada. Con lo que Edward fue a más. Y como si hubiese renegado de todo lo que había prometido y hecho junto a ella, la amenazó con una cuchilla en manos que jamás llegó a tocarla. — Ya sabes cómo son ellos — fueron las palabras que empleó, cuando juraba hundirla ante la Corte y la Iglesia, pero creyó haber percibido dolor en ellas. —. Moriré, pero te arrastraré también a ti y a tus hijos a la tumba, si no te vas. Has cometido adulterio, y no existe nada que pruebe que no ha sido así desde el principio de tu matrimonio. Antes de que nos cuelguen a ambos, le diré al Rey que sus dos tan amados herederos en realidad son fruto de mi crimen.

La había echado de su habitación, como si ella no valiera nada; de su propio castillo, como si Alice no fuera la Reina de Dranova.

Leonor inocentemente les había ordenado que huyeran de la ciudad, una vez estaban ya casi listos para partir, pero mucho antes de que Alice pudiera quitarse de encima el espanto. ¿Cómo podía confesarle la traición de Edward sin que eso significase tener que declarar la suya?

Cuando el enemigo tocó a las puertas, no tuvo más opción que cargar con todo su dolor y llevarse a sus hijos legítimos a algún lugar seguro. Porque si ninguno, tanto Richard como Elliot, deslumbraban por la semejanza a su padre bajo ninguna luz, ¿qué le impediría al hombre al cual se le había delegado el poder de todo un reino tergiversar la verdad? Pero había otras interrogantes que desviaban su atención y mermaban todo su rencor…

¿Por qué advertirle? ¿Por qué simplemente no dejarla morir junto al resto de la ciudad? ¿Por qué liberarla sabiendo que pondría en peligro su complot?

A su juicio, no dio tiempo a dictar sentencia. Pasó un cuarto de hora o menos, cuando hasta ella llegó el estallido de las agitadas voces de sus hombres. No había escuchado nada más entonces que sus propios sollozos y los de su hijo pequeño.

— ¡En nombre de Su Majestad, soltad las armas y bajaos del caballo! — entonó solemnemente ser James Aulsebrook. Las palabras de los demás vinieron distorsionadas, pero el gemido del acero de sus espadas no.

Alice palideció, tan blanca como la faz de la luna, y se levantó del suelo a la desesperada. Los ocho caballeros que había elegido para su escolta socavarían cualquier

asalto, de eso estaba segura, pero el pavor repentino la azotó de todas formas. Se encontraba sola junto a Elliot; a medio bosque de distancia de la guardia, le parecía. De un momento a otro, echó en falta el abrigo de la formación a su alrededor.

— Última advertencia — decretó Richard, con dureza. —. Desmontad ahora o no habrá piedad.

Y casi sin atreverse a respirar, se tragó todos sus temores y escupió el poco coraje que le restaba. Alzó a su niño en brazos, y corrió en pos del Príncipe Heredero. Más le valía hacerlo. Los ojos irritados e hinchados de Alice ya no lloraban, rezumbaban desprecio a todo al que no reconociese. Y según veía, la noche y el bosque no hacían más que disfrazar con sombras la identidad de aquel hombre o mujer arrodillándose. Instantes más tarde, se rodeó de los espadachines platinados, que aún iban montados en sus corceles. Todos ellos, salvó ser James y Richard que yacían de pie y con espada en mano, sitiaban a los dos caballos que acompañaban al extraño.

— ¿En nombre de Su Majestad habéis dicho? — Por su voz, supo de inmediato que se trataba de un hombre. — ¿Quiénes sois todos vosotros? — Y por el fuego de la antorcha que se produjo con piedra y pedernal, supo que era casi un anciano.

— Os lo he preguntado primero. — apuntó ser James.

— Mirad su ropa, por Dios — *El Caballero Artesano* que era el único en tener su armadura personalizada con alas doradas en las sienes de su yelmo de halcón, se mostró tan asqueado como si estuviese observando a un cerdo revolcarse en suciedad. —. Blanco, verde y cota de malla. Un desertor de la Guardia de la Ciudad.

El sujeto aún no sabía con quienes estaba tratando, pues la luz le fastidiaba la vista.

— ¿Un desertor? Nada de eso. Haced lo que queráis conmigo, pero no me difaméis. Y es que hasta un crimen como el mío puede ser perdonado, si ha sido cometido con buena intención — Se volvió hacia los caballos, y señaló a quién se contorsionaba encima de la silla. Alice se percató finalmente del niño y de su vocecilla lastimosa.

— No permitiré que se exija una vez más. Quiero saber vuestros nombres e intenciones. Si no estáis con nosotros, estáis en contra. — Alice bien sabía que Richard no se dejaría conmover por aquello. Después de todo, era él quien pretendía asumir el mando.

« Jerome Callaghan. » Un nombre que por sí solo no decía más de lo que su sobreveste gastada lo hacía; un simple plebeyo. Pero Alice no se detuvo a estudiarlo con recelo solo a él. No, tenía la costumbre muy arraigada. También al niño y a los dos caballos que comenzaban a inquietarse. Uno de ellos, el de color crema, se trataba de un corcel muy fino y bello para un hombre de su baja alcurnia. El niño, todavía más humilde, se encontraba herido en una pierna por una saeta y moqueaba de la angustia. Este último extendió los brazos con gesto de suplicante, cuando ser Robert se acercó para verlo más de cerca. Alice le concedió un tanto de su compasión, antes de concentrase de nuevo en el elegante corcel y, esta vez, en el bulto atado sobre las ancas de este.

— Esas armaduras — Jerome dejó abierta la boca. —. Sois la Guardia del Rey. Y vos sois…

— Guardia de la Realeza, desde hace unos años — rectificó Richard. —. Y sí, si es lo que estáis pensando, soy el Príncipe Heredero.

Mientras el niño se quejaba con tan solo el caballero palpar su herida, el anciano soldado inclinaba la cabeza y la espalda con sumisión.

— Ruego que me perdonéis, Alteza, por mi falta de vista y de educación.

— Habláis debidamente, pero decidme de inmediato lo que pretendéis.

— Como deseéis… — Mientras decía esto, Alice se aventuraba a coger al caballo bayo por las riendas, seguida de cerca por dos de sus escoltas. —. ¿Cómo os lo explico? Mirad mi mano, Alteza. Me dejé la carne y la energía luchando por contener al enemigo, pero mi esfuerzo fue en vano. Nos superaban en número por veintenas a uno, por lo que pude ver, y no había entre nosotros más que desorientación. Cuando creí que el asunto no tenía remedio, cuando me creí al borde de la derrota, — Hincó ambas rodillas en el suelo. — abandoné mi puesto por salvar la vida de este niño y la de su hermano. Os juró que así fue. No vi otra manera, dada mi condición.

Tan nervioso que resoplaba mientras el suelo pisotease suavemente con sus patas inquietas, el corcel renegó del contacto con la Reina. Si no hubiera sido por el hombre tirado sobre él, habría osado con encabritarse. Y de pronto, hubo tres asuntos distintos a lo que prestar atención. Alice, casi siempre atenta a los detalles, así lo hizo. A ser Covan le recorrió un pasmo al percibir el talante del sujeto inconsciente sobre el caballo. El príncipe Richard le indicó al anciano que se pusiese en pie con un gesto de mano. Y…

— Debéis mirad esto, Alteza. — dijo ser Robert, con el niño en brazos, a Richard.

— ¿Conocéis a este hombre, ser? — Alice escudriñó el incidente que más la alarmaba.

Él le iluminó el rostro magullado con la antorcha.

— No recuerdo su nombre, pero no hay duda de que se trata de quien alguna vez fue el protegido de ser Vyler Maine. El de la Compañía Caballeresca de Escoltas, Alteza. Los he visto juntos en más de una ocasión. Al corcel también lo reconozco. Pertenece al caballero.

— ¿Protegido?

— Un plebeyo de hábitos nobles. Sus padres fallecieron bajo el mando del caballero, y este adoptó al niño que ahora veis como un hombre.

Poco conocía al hombre detrás de aquellas historias, salvo que, como su padre y abuelo, era un caballero de buen renombre entre la nobleza militar; no tan conocido como su hermano Konash, pero de más alta estima.

— ¿Qué tan seguro estáis de esa historia?

— El mismo ser Vyler me lo ha contado. — indicó ser Paul Wolkan, acercándose a ellos.

— También lo he oído de su hermano, *el Arrogante*. — finiquitó ser Covan.

— Bien, bajadlo de ahí — Con Elliot aferrado a una de sus piernas y habiendo saldado sus dudas, Alice se alejó. Pero una historia y dos testigos no harían que le otorgase su favor. —. Coged esa soga en su cintura, y atadlo con ella. No quiero ningún cabo suelto más.

Los caballeros reverenciaron su decisión con presteza.

— ¿Quién es él, madre? — preguntó Elliot apuntando al otro niño y escondiéndose detrás de las faldas de la Reina. Los chillidos que soltaba el harapiento le infundían temores.

— No es nadie. No te preocupes.

Ser Robert lo había depositado en el suelo e instado a que apoyase su peso en la pierna sana, la diestra. La izquierda, por otro lado, lloraba sangre a cuentagotas sobre la ropa remendada.

— ¿Es vuestro hijo? — preguntó al anciano.

— Jerome, me duele mucho. — dijo el niño de lastimosa cara, sorbiendo por la nariz.

— No, ser. No es mi hijo. Decidme, por favor, que es mejor de lo que se ve.

El caballero, que de lejos era el único en acercarse al chico, le rasgó la tela de lino del pantalón en torno a la saeta con una daga, dejando al descubierto la herida y la sangre. El niño se apoyó en el hombro de ser Robert, para mantenerse de pie.

— Es un horror — apuntó, viendo más de cerca. — ¿Oléis eso?

— Un dardo envenado — dictó ser Lancelot, que no se había aventurado siquiera a descabalgar. —. No sobrevivirá mucho tiempo.

— Puede que sí — siguió, pasando el dedo índice del guantelete por el asta del proyectil, con lo que el niño respondió con un quejido más. Lo olisqueó a la distancia. —. Puede que no. Conozco este olor y a alguien que recibió un par de flechazos con este mismo veneno. De los Especieros de la Horda de las Bestias.

Por impotencia, o pena quizás, Jerome Callaghan cerró el puño con dureza. Saltó a la vista como el latigazo de dolor bajo sus vendas ensangrentadas lo vapuleó al instante.

— Mi caballo también recibió uno. — terminó por decir.

— Es un pésimo veneno, a base de plantas, pero acaba por matar. A victimas pequeñas como al niño. El caballo está fuera de peligro.

— ¿Cómo sucedió esto, Jerome? — inquirió Richard.

— Antes y después de cruzar el rastrillo, nos dispararon un sinfín de veces desde el adarve.

¿Acaso importaba? El daño ya estaba hecho. Alice hizo oídos sordos de ahí en más. Dejó de mantenerse al margen de la situación para coger a su hijo mayor por el brazo, y apartarlo de todo ello.

— Titubeas — le susurró con una mano en su hombro. —, y no podemos permitirnos eso. Sabes tan bien como yo que no hay lugar aquí para él.

— Es un niño simplemente. Tiene la edad para ser mi hermano.

— Pero no es así. No es de nuestra sangre.

La mirada del Príncipe contaba que libraba una lucha interna.

— El veneno no se ha extendido al resto de su cuerpo. Si le cortamos la pierna…

— ¿Cortarle una pierna? Moriría de todas formas. No resistiría semejante tortura o se desangraría con el tiempo. Míralo como un acto de misericordia — A sus dieciséis

años, Richard tenía fama de indeciso. —. Por lo demás, nos retrasaría. Una boca más que ni siquiera podamos usar a nuestro favor, no nos conviene.

— ¿Qué se dirá de mí, si mando a asesinarlo? — preguntó, observando de soslayo a su hermano pequeño.

— ¿Qué se dirá de ti, si lo dejas sufrir? Si no das la orden, lo haré yo.

Una vez dicho todo y al cabo de mil y un reflexiones, Richard accedió a que fuese su madre, y no él, quién rompiese una lanza a favor de la comitiva. Lo cierto era que su falta de experiencia y los dilemas del buen corazón que heredase de su padre hacían que no estuviera cerca de mostrarse apto aún para llevar el nombre de Rey.

— Caballeros — habló Alice, poco después. —, no os daría una orden que os depusiera el pundonor. De manera que lo dejaré a vuestra elección. El que deseé complacerme y librar al chico de su sufrimiento, que descabalgue o dé un paso al frente.

Ser Robert echó raíz allí donde se encontraba, patitieso de la impresión; otros, no obstante, se adelantaron o bajaron de sus corceles para poseer tan dudoso honor. Ser Garrett y ser Darnell Lancaster, ambos de idéntico servilismo, un talante rubio en exceso velludo y carencia de lengua por obra de un ama de crianza desquiciada, desmontaron y reverenciaron a la Reina con una mano puesta en el pecho, en señal de que estaban a su disposición. *El Caballero Artesano* y ser James tomaron la palabra, pero Alice los rechazó tan pronto como abrieron la boca. Acabó por escoger a ser Darnell, puesto que, si alguna vez se arrepintiera de sus actos, no declararía nunca ante nadie lo que estaba a punto de hacer para ella.

— Lejos de este lugar, ser — le ordenó después de tapar los oídos de Elliot con sus manos. —. Dadle la bendición que es la muerte en estas circunstancias, pero no aquí ante mi pequeño Elliot.

En breves, el caballero silente lo cogió y lo cargó sobre un hombro, con una brusquedad tal que le hizo soltar al niño un lamento más.

— Bájame — chilló, pataleando con su pierna sana. —. Bájame. Me duele mucho.

— Su Alteza — No supo si se dirigía a ella o a su hijo, pero Jerome se arrodilló ante los dos. —, os lo ruego desde mi humildad, dejad que sea yo el que lo haga, si no hay más elección que esta.

— ¿Por qué querrías hacerlo? — preguntó Richard.

— Abel… Arriesgué la vida por ese niño. Él confía en mí. Yo lo tranquilizaría antes de… Bueno, ya sabéis. Qué sus últimos segundos no sean presa del pavor que le provoque un desconocido.

« Y así podrías intentar escapar, apartándote de los ojos puestos en ti. » Ella, cuya segunda y tercera naturaleza eran la desconfianza y una no tan sana paranoia, lo desdeñó por el instante en que lo volteó a ver.

— No será así, soldado.

— ¡Connor, Jerome! — gritaba el harapiento en vano y entre lágrimas un poco más alto cada vez, mientras se adentraba en las sombras y daba de golpes a la coraza de ser Darnell. — ¡Connor, ayúdame! ¡Ayúdame!

— Entonces, permitid que Connor se despida de él — Jerome refulgía de desesperación. Lo aquejaba el calor del momento encerrado entre tantos hombres fríos como el hielo. —. Es su hermano, Alteza. Es lo menos que os pido. Despertadlo y dejadlo despedirse.

— ¿Es Connor el nombre que buscabais, ser Covan? — quiso saber la Reina.

— Sí — aseveró, con una mano puesta bajo la barbilla en gesto pensativo. —. Creo recordar que así es. No olvido jamás un rostro, Alteza, pero a veces sus nombres. Aun así, este es el protegido de ser Vyler, os lo juro. No podría ser su hermano. Sus padres eran su única familia antes de que fuera adoptado.

— Bien, entonces no será nada relevante — Con un gesto solemne de cabeza, le indicó a ser Darnell que reanudara la encomienda. —. Ya hemos perdido demasiado tiempo — Se giró hacia ser Paul, que era el más cercano al cuerpo. —. Despertadlo, de todas formas. A golpes, si es menester.

En cuanto a Jerome, mostrándose con la boca entreabierta y la mirada pérdida, lucía como si no acabara de creérselo del todo.

Las dos caras de la vida fue lo que Alice presenció en medio una noche inimaginable. El príncipe Elliot, el nacido con suerte, se empecinaba en deshacerse de las manos de una madre que luchaba por protegerlo de los males del mundo, mientras que Abel, si así lo habían llamado, el desdichado sin hogar ni seres queridos que lo amparasen era llevado hasta el sitio de su muerte sin nada que pudiese hacer. Qué distintas eran sus realidades. El niño de la venda en los ojos y aquel que estaba a punto de vivir en carne propia como Dios les daba tanto a unos y a otros tan poco.

Pero no permitió que esto la conmoviera. Había otros asuntos que escocían más su curiosidad que aquella escena a sus escasas emociones. Sostenía entonces los albores de una corazonada.

— Soldado — espetó con dureza al hombre que aún seguía de rodillas. —, no creo en las coincidencias. Y teniendo en cuenta lo inmenso de estos bosques y todas las direcciones que pudisteis haber tomado para escapar de la ciudad que jurasteis salvaguardar, vuestras intenciones aquí resultan inciertas. ¿Hacia dónde os dirigíais? — Alzó la voz, desairándose con cada palabra. — ¿Cómo o por qué pareció que llegasteis a nosotros como por arte de magia?

Se coció un largo silencio interrumpido solo por el concierto del viento contra las hojas. Desde un principio, ser Paul había comenzado a desahuciar a Connor de su letargo con suaves puntapiés. Y entonces que, mientras Jerome separaba la comisura de los labios con ineptitud y sin emitir ningún sonido, las fuerzas del caballero se encaminaban a infligir daño.

— Mi Reina, yo… no… — vaciló.

Alice lo interrumpió, lapidando su coartada antes de que naciese.

— Haced los honores, ser. — le indicó a ser Robert, situado a su lado.

Cuando el caballero apoyó la hoja platinada sobre su hombro, el viejo soldado abrió los ojos como platos. Se le vio palidecer de súbito aun con la oscuridad reinante, y se apresuró a defenderse a punta de apelaciones.

— No ocurrió por arte de magia, Alteza. Aunque tampoco pretendí nunca cruzarme con vosotros. Ni imaginaba que os encontraría, mucho menos. No seguía un sendero en concreto, pero si a una persona, a una mujer. De ahí en más, solo me alejé lo más que pude de la Capital.

— ¿A una mujer?

— Supuse que lo era, Alteza. No conseguí darle alcance para verla bien, aun cuando estuve haciéndole voces y buscándola apenas me adentré en el bosque. Vi a su caballo, inerte, sobre su propio charco de sangre y acribillado por saetas parecidas a las que nos dispararon, y supe que había huido de la ciudad al igual que nosotros.

Incapaz de comprobar su traición, Alice le dio lugar a una pizca de inocencia.

« ¿Cómo saber si miente? ¿Debería decapitarlo solo para cerciorarme? — En aquel punto, volteó a ver a su hijo mayor cegado por la duda. — Tienes la edad. Puede que ahora seas un Rey incoronado de una nación en guerra. Te guste o no, ya es momento, Richard, de que comiences a tomar decisiones. »

— Ya escuchaste su versión de los hechos — le dijo. —. Ahora dicta sentencia, ¿una espada más o una cabeza menos?

Para bien, el Príncipe dio un paso al frente casi sin siquiera inmutarse, aunque la responsabilidad le hubiese caído de golpe. Tanto si cedía a la presión de las miradas, como si no, supo ocultarlo de maravilla.

— ¿Algo más para decir, Jerome?

— Entre los que me conocen, saben que no miento — Sonrió lánguidamente, e inclinó la cabeza. —. Nunca lo hago, y me he llevado más de una paliza por ello. He vivido sesenta años sin engañar a nadie. Qué ahora ese sea el motivo de mi muerte, bueno, es para reír por tan irreal que se insinúa. — Se relamió los labios secos por la resignación. — ¿Qué intenciones tendría en contra de vosotros, que gobernáis el reino, si he arriesgado mi vida en balde por salvar a un niño cuyo nombre es lo único que de él conozco?

El acero recubierto por platino se posó a pernoctar sobre su cuello desprotegido. Ser Robert Vasíliev se adelantaba a los acontecimientos, pero cumpliría a raja tabla cualquier precepto.

Todas las miradas se posaron de nuevo sobre aquel joven que pretendiese algún día convertirse en Rey con rostro emblemático y regio por encima de millones, pero lamentablemente Richard no mostraba ninguna expresión ajena a la contrariedad, atrapado en un aprieto más de su elevada moral. La canción del viento amainaba, y todo lo que se escuchó a partir de allí fue la respiración del chico que miraba al vacío sin pegar ojo.

« No estás listo. Aún después de todo lo que hemos trabajo. » Alice, desencantada, solo sentía ganas de sacudirlo para que se avivase, pero ya era demasiado tarde. Eligiera lo que eligiese, les había demostrado a sus hombres que flaqueaba como líder.

En un último momento, como si hubiese recuperado la consciencia con un simple pestañeo, Richard cogió aíre y avivó su solemnidad. De todos modos, tan solo Dios supo lo que Alice y el resto de los hombres no llegaron a escuchar.

Cuando hubo echado un vistazo por última vez, Connor yacía inconsciente sobre el suelo y el caballero lo apremiaba para despertarlo. Pero tal vez los ánimos de ser Paul fueron excesivos y sus reflejos incompetentes; o bien, Connor supo jugar sus cartas con un poco de fortuna, puesto que las tornas se habían intercambiado con irreal sorpresa. El caballero se llevó la mano al pomo de la espada, pero el muchacho detuvo sus intenciones de lleno, golpeando su guantelete de una patada, con lo que la hoja recién surgió a medias.

— Desgraciado — musitó ser Paul, pero en el bosque los sonidos anegaban los oídos con mayor estridencia. —. Quítate de encima. —. Ágil de mente, o puro instinto en realidad, con su otra mano luchó para hacer cumplir a la fuerza sus palabras.

Lo siguiente sucedió demasiado rápido a ojos poco entrenados como los de Alice.

Connor, ya de pie, se retiró de una zancada, y con presteza se hizo con un cuchillo de su cintura, que utilizó para desgarrar las cuerdas que ceñían sus muñecas. Y mientras ser Paul Wolkan recuperaba a tientas el orgullo, se hizo con una segunda cuchilla tan pequeña que, a menos que la lanzase, su alcance representaba una bagatela frente a una espada de más de un metro. De este modo, el plebeyo se halló dispuesto a defenderse manteniendo sus armas en ristre.

La Reina condenó su propia ineptitud para actuar, que simple y llanamente pudo interponer su cuerpo entre su hijo y el agresor. Mas la reacción de sus guardaespaldas aconteció de manera impecable; para cuando Alice hubo recordado sus presencias, estos ya se precipitaban a rodear a Connor, con intención de hacer cumplir sus votos. Gracias a Dios o al recio abolengo de los Marshall, su hijo mayor no era cobarde. Únicamente pecaba de indeciso, de modo que descolló su coraje para defender a su hermano pequeño y a la mujer que los había traído al mundo.

El desconcierto precedió el acto. Cada voz surgió de su garganta, y pareció haber millares hendiendo el aire, con la braveza incitada por la oposición. Pero Alice no alcanzó a atender nada que no fuesen frases incomprensibles.

Ser Bowen Threagold se precipitó con tanto fervor como el resto de sus hermanos juramentados. Muy a su pesar, una suerte más bien trágica siguió sus pasos. Desenfundó, esgrimió y emprendió la carrera antes que otros, aunque sus intenciones duraron menos que un suspiro. Cuando estuvo a punto de alcanzar a Connor, una sombra gris desdibujada a la pobre luz de la antorcha que sostenía ser Covan, se transformó en un caballo cuyo pelaje dorado robaba destellos a la poca claridad existente. El caballero salió despido sin remedio un par de metros más allá; su espada, en un giro desafortunado, llegó incluso más lejos.

— ¡Parad con esto! — exclamó ser Covan, que había quedado atrás, sin saber bien a quién dirigirse.

El acero platinado de ser James detuvo de una estocada al cuchillo fugaz que le fue lanzado, incluso en la penumbra de aquel bosque aparentemente muerto al que daban vida con su jolgorio. Y en un movimiento idéntico, ser Lancelot hizo lo propio.

El plebeyo Connor se encontró entonces, encarando a cinco caballeros de élite que lo encerraron en un círculo.

— ¿¡Quienes sois!? — les gritó con apuro, inspirando aires de desorientación. No dejaba de ir saltando entre cada uno de los rostros a los que enfrentaba. Lucía como si acabase de despertar de una pesadilla. — ¿¡Dónde estoy!?

— A vuestra orden, Alteza. — sugirió alguien. Nunca concebiría quién.

Alice se dispuso a responder sin tener mucha idea de qué. Separó los labios, pero su voz surgió diferente y, a la vez, muy familiar. Más tarde, se enteraría que no había sido la suya.

— Acabad con él. — había dicho su hijo mayor.

A manera de aferrarse a su propia supervivencia, Connor actuó antes de que los ecos de aquellas palabras se perdieran en los confines con la oscuridad. Se apoderó de la espada que había caído ante él, colocando el pie por debajo de una de sus cruces, impensable, y la dirigió hacia arriba con una acción magistral. Mientras cerraba los dedos de una mano en torno al mango, ser Paul fue al encuentro con un tajo lateral. Las dos armas entrechocaron sus cuerpos, se besaron y gimieron en un agudo restallido, aunque no hubiese más que enemistad entre sus portadores. Una de ellas lucía bifurcaciones en blanco sobre la hoja, como de un centenar de ramas de abedul; no podía tratarse de otra obra que la de un artesano como ser Paul.

Al caballo bayo esta vez se le sumó el alazán que había arribado junto a él. Según Alice veía, rondaban alrededor del plebeyo, estorbando el paso de los demás caballeros como si intentasen protegerlo. Ninguna embestida resultó en atropello, así como ninguna maldición de los hombres que las esquivaban acabó por aplacar a estos animales.

— Alteza, os lo ruego — dijo ser Covan a Richard. —. Podéis detener esto. Mirad a ese hombre, solo se defiende. Se le ve aturdido.

Alice creía que para aquel asunto ya no había vuelta atrás.

Con los ojos puestos en su cuello, ser Paul deseaba hincarle el diente en la carne blanda. Sus golpes cayeron veloces desde todas direcciones sobre un espadachín que no le hacía justicia al acero platinado que empuñaba, y con el que simplemente bloqueaba o retrocedía. Connor parecía entregarlo todo y de ese mismo esfuerzo nacía una habilidad decente, aunque nada comparada a la de su rival, que tras haber lazando cinco o seis estocadas, sin haber recibir respuesta, se preparó para dar el golpe de gracia; observó un minúsculo hueco en la defensa, y lo tomó sin piedad.

Se vio a Connor llevarse una mano hacia un lado y tirar, en algún gesto inútil e incomprensible por contener el ataque. Después, se escuchó un tenue rumor de fricción; las cuchillas, que otrora habían yacido inertes, se desplazaron a ras de suelo con tal prontitud, que no dio tiempo a distinguir su trayectoria, hasta que rasgaron la piel de los tobillos del caballero bajo la pequeñísima hendidura de la articulación. Ser Paul Wolkan no cayó, pero se tambaleó y su asalto acabó en una ridícula parodia. Las cuchillas siguieron su curso y habrían acariciado cruelmente los pies de Connor, si este no hubiera saltado y girado en el aire en una voltereta. Habría sido meramente gala de virtuosa agilidad, si no fuera porque su giro le dio un impulso descomunal para asestarle una patada al indefenso y desmejorado ser Paul entre ceja y ceja.

El espectáculo de destrezas cerró de forma aparatosa, indigno de aplausos u ovaciones. Un silencio sepulcral se mantuvo impertérrito durante… Alice no sabría decir cuánto. Todo honor u orgullo que irradiaba el vestir la armadura platinada impoluta, se desentendió del caballero, quien se había desmoronado de espaldas. Su caída levantó una nubecilla; no una de polvo, una de vergüenza. En cambio, Connor enterró la espada en el suelo casi sin ánimos de mantenerse erguido, se llevó una mano detrás de su cabeza, y se dejó caer sobre ambas rodillas. Con hematomas en su rostro y el manchón de sangre de su herida, que a luz de la luna era negra, lucía como si se debatiese entre estar vivo o muerto; despierto o inconsciente.

—Lo lamento, ser. No distinguí vuestra armadura hasta después de…

Ser James, ser Lancelot, ser Garrett y ser Robert se observaron unos con otros, perplejos del impensable final. Inclusive, los caballos, que se posaron a los flancos de Connor, no supieron cuál sería su papel en el siguiente acto.

Para cuando ser Darnell Lancaster retornaba a paso apresurado, la escena era ya indescifrable; muy distinta a como la había dejado. De poder hablar, habría pedido a gritos una explicación.

—Ya escuchasteis al Príncipe —les recordó el Paladín de la reducida guardia, ser James, ya habiendo recuperado el aliento. —. Acabemos con él.

Ser Covan Thompson se apresuró a cogerlo firmemente por un hombro e impedirle el paso. Entre los ocho caballeros, era el único en no haber desenfundado su arma en ningún momento.

—Esperad. Conozco a este hombre —Se volvió por un segundo hacia Richard. —. Si Vuestra Alteza me permite —Aguardó a que el Príncipe, quien se hallaba boquiabierto, le diera su beneplácito para continuar. Y así lo hizo, acercándose al plebeyo que había derrotado sin lógica ni decoro a un noble en combate. —. Connor Bressler, ¿así os llamáis?

Él asintió como único ademán. Se limpió la sangre de la mano con una pernera.

—¿Dónde estoy, ser? Me encontraba en las calles, peleando… ¿Dónde estoy ahora?

El recién llegado ser Darnell intentó ayudar a incorporarse al recién ultrajado ser Paul, quién rechazó su apoyo y se recuperó por cuenta propia, a pesar de las heridas en sus tobillos. En su semblante se cocía una irritación insípida venida a más por el moretón rojizo en su frente.

—En el bosque. Escapasteis de la ciudad, con ayuda de un guardia —Le cedió el dominio de la antorcha a ser Garrett, y fue en pos de Connor para tenderle la mano. —. Conozco a vuestro padre. Bueno, en realidad, a vuestro padre adoptivo.

—Ser Vyler —Connor se desencajó, recobrando las fuerzas de un instante a otro. —. Dejadme, ser. Debo ir a por él. A por su familia.

—No iréis a ningún lado —La voz de la Reina se hizo escuchar brusca y cargada de desprecio. —, después de semejante afrenta a la Corona. Ser Covan, apresadlo —Cumplió la orden, lo cogió por un brazo, aunque no ocupó demasiadas fuerzas en ello. —. También vos, ser James —De camino a Connor, le dedicó un segundo de su mirada

al *Caballero Artesano*. —. No más cabos sueltos, os he exigido. Y felicidades, Connor, habéis pagado el precio de vuestra propia ineptitud.

— ¿Quién sois vos? — le preguntó, impresionado, examinándola de pies a cabeza.

Alice de buena gana lo habría abofeteado allí mismo.

— Venís aquí, atacáis a mis hombres y, no contento con ello, también tenéis el descaro de no ofrecer el tratamiento adecuado a vuestra Reina — Le dedicó al caballero quien lo salvara los mismos ojos de aversión y desengañado. —. Ser, tened la caballerosidad de recordarme que tan unido sois a este ser Vyler Maine.

— Os aseguro y os prometo que lo conservo como un buen amigo. Luché junto a él en el fuerte del lago *Halfmoon*. Podría decirse que me salvó la vida en aquella ocasión.

— Una vergonzosa derrota de antaño — le recordó. — cuyas consecuencias nos han traído a este pandemónium.

La mirada de analítico desprecio que le dedicó a Connor fue incluso más ácida. Y de ese modo, mantuvo una gran dilación hasta que él se dignó a reverenciarla, inclinando la cabeza. Aunque en verdad, fue apenas un ligero movimiento.

— Su Alteza… Me disculpo por lo sucedido. Perdí la conciencia, la percepción y el juicio; caí en batalla, y después desperté aquí, creyendo que todo había sido cuestión de un pestañeo. No obstante, ¿cómo podría un hombre reconocer en medio del bosque a su Reina, la cual jamás ha visto?

Alice debía concedérselo, el plebeyo algo de razón llevaba, aunque aquello no hacía que el mal trago pasase más plácidamente. Cierto era que las veces en las que se había dejado ver por el populacho eran pocas y siempre de lejos, rodeada de sus guardias. Aun con todo, creyó atisbar en su réplica un latente tono de inmodestia que no gozaba de su agrado.

— Si es así como los Maine educan a sus hijos, por más que provengan de tan baja estirpe…

— No soy un Maine… Alteza — le hizo saber con prontitud. Jugaba todo el rato, le parecía a Alice, a balancearse entre lo que se consideraba cortesía y lo que no. —. No ostento el nombre de familia.

— ¿Y quién sois exactamente?

— Connor Bressler. De seguro no lo habéis oído antes, pues solo soy un jinete de exploración.

La Reina se sorprendió más de lo que le hubiese gustado dejar ver. ¿Era de fortuna o desdicha aquel golpe de improviso? « Sería de utilidad a mi causa, si supiera que dice la verdad, si me fuera leal... — Cosa que Alice ponía en serias dudas, a fin de cuentas. — Y si no estuviese muerto ya. »

— Descubriréis que soy piadosa — le anunció con una maliciosa sonrisa dibuja en sus labios. —. Otro monarca en mi situación os haría flagelar. Sin embargo, no hay aquí flagela, el tiempo para emplearla ni necesidad… Ser Paul — le hizo un gesto para que se acercase. —. Este hombre os ofendió de forma injustificada, desquitaos el agravio, si es de vuestro placer.

— Nada me complacería más — confesó el caballero tras una cortina de serenidad marcial en la que se podía entrever una ansiedad por desquitarse. —, pero me temo que no hay honor en golpear a alguien sujetado por los brazos.

— Entonces, soltadlo y alejaos. — ordenó Alice a sus hombres.

Connor Bressler tensó sus rasgos y se arqueó al recibir el primer puñetazo acerado por el guantelete en el estómago; el segundo, todavía más inclemente, lo hizo soltar un quejido de dolor y caer de rodillas al suelo. El caballero, por su parte, comprimió toda su dicha al ajustar cuentas a solo una somera sonrisa.

Por más que se hubiese entrenado en la caballería y tuviera aptitudes para el combate, Alice no podía darse el lujo de concederle una pizca de su confianza a aquel hombre. No confiaría en más hombres que en sus hijos, después de lo sufrido para ganarse el amor de un canalla y desgraciado quien la hubo apuñalado por la espalda. Su tesoro más invaluable era por mucho su devoción; tesoro que enterraría profundamente en donde nadie más que quién llevase su sangre lo pudiese encontrar.

— ¿Estáis conmigo o contra mí? — le preguntó, con un nudo en la garganta al plebeyo, aun después de haber decido su destino. Aquel hubiese sido un simple formalismo más, sino porque también eran las últimas palabras que le había dirigido a Edward, las cuales jamás se atrevió a responder. De la torpeza nacida del deseo, sintió cómo le escocían los ojos. Dio gracias en aquel momento de que la envolviese poca luz.

Connor no respondió de inmediato. En cambio, agarró un puñado de tierra entre sus dedos y lo oprimió sin esconder su sufrimiento.

— Allá en la ciudad — dijo casi sin respiración. Hincaba una rodilla, sí, pero no había en él el más mínimo gesto de haberse dado por vencido. — hay gente por la que casi morí luchando, hay gente por la que moriría. Dejadme volver, mientras aún haya oportunidad.

Aguardó a que sus sentimientos se templaran, puesto que, si permitía que su corazón divagase, podría echar a llorar allí mismo tanto de odio como de amor.

— He perdido mi castillo… Seguramente habré perdido a mi esposo y Rey muy pronto. No me ves lamentándome por ello, ya que no hay tiempo para estar de luto — « Ni tiempo para amores perdidos. » —. No hay lugar para sentimientos en una guerra.

— Madre, lo he decido — escuchó un instante antes de que le pidiese a ser Paul que llevase a cabo la ejecución. —. Dos espadas más en lugar de dos cabezas menos. Todo hombre fiel a mi causa será bienvenido.

« No — pensó la Reina con una ráfaga de espanto. “Acabad con él”, había dictaminado el Príncipe tiempo atrás. —. Es irreversible. Cuando se da una orden, no hay que renegar de ella segundos más tarde. A menos que quieras verte como un gobernante débil. » Se volvió hacía él con una impavidez que estaba lejos de sentir, solo para avistar como descansaba una mano sobre el hombro de Jerome, otro desconocido del cual estuvieron a nada de deshacerse.

— Mientras me rindas pleitesía, tendrás lugar entre mis filas. — siguió.

Su hijo mayor lucía como si hubiese finalmente disipado sus dudas… Para peor.

En aras de disuadirlo, Alice habría deseado que todos en el mundo fuesen sordos para gritarle sus razones a su incauto Richard; o por lo menos, ciegos, para poder acercase y susurrárselo al oído. Pero terminó por expresar sus intenciones con una mirada y un ceño fruncido no atendido.

« Si se retracta nuevamente, parecerá incluso más débil. Si lo enfrento y gano, parecerá incluso más débil. Si pierdo, nos distanciará. » Decepcionada, ¿así se sentían todas las madres, cuando sus hijos no lograban llegar a lo que ellas anhelaban que fuesen?

Por suerte, ser James, vivaz como de costumbre, se adelantó y dio justo en clavo.

— Perdonad mi atrevimiento, pero como Paladín de vuestra guardia debo deciros que no es la mejor de nuestras opciones. ¿Cómo podríamos confiar en estos hombres?

— Que presten juramento. — anunció Richard, con una certeza bastante particular.

— Para hombres sin honor — añadió ser Paul Wolkan, un tanto tosco. — los juramentos son solo palabras que se escupen.

Ser Bowen prestó también su voz en señal de apoyo a los otros dos caballeros. A los mellizos Lancaster no les quedó de otra que asentir duramente.

« Están dudando de sus decisiones — comprendió. —. Esto no sucedió nunca en presencia de su padre. »

El Príncipe o Rey, Alice no sabía bien como debía llamarlo, se posó junto a su madre y observó a Connor desde arriba con gesto ceremonial.

— Que, así como los caballeros de la Guardia de la Realeza, tomen votos sagrados ante los ojos de Dios. Que estos buenos cristianos me presten un juramento igual de solemne e inquebrantable. Y si llegasen a violarlo, que la vergüenza y las penurias caigan sobre ellos en esta y la próxima vida — Les dedicó un segundo a los ocho rostros de sus caballeros platinados. —. Es una carga justa a sus responsabilidades.

Bajo la luna menguante de octubre, en miras hacia el futuro, el heredero de Dranova actuó por primera vez como Rey. Tenía madera de líder, eso sí; estaba en cierta forma hecho para el cargo, pero la indeseable grieta que era su indecisión algún día conseguiría seccionar sus ideas y quebrarlo. Era lo que más temía, más allá de que le tendiese la mano a todo mundo con tanta facilidad.

¿Pudiera ser que Alice se estuviese dejando llevar por la paranoia? En cualquier caso, tanto si sus recelos la estuviesen consumiendo por dentro como si no, podía oler el hedor de la traición que se avecinaba y acabaría por echárseles encima.

En cuestión de nada, ambos plebeyos yacían con una rodilla en tierra sin quitar ojo a los monarcas, por más que las razones de Connor para haberse hincado hubieran sido las equivocadas.

— Jerome Callaghan *el Que Nunca Miente* y Connor Bressler — sonsacó Richard. —, en nombre de Dios, ¿juráis solemnemente servir a nuestra causa y proteger al reino y a mi Dinastía con justicia y devoción, para traer la paz a estas tierras acometiendo contra nuestros enemigos hasta el día de vuestra muerte?

— Mi Príncipe de Liongborth — anunciaron al unísono. —. Mi Reina de Liongborth, solemnemente lo juró en nombre de Dios.

Lo había estado pasado desapercibido, y por unos instantes, olvidado. Había un asunto más por solventarse y su innata pericia para imaginar siempre el peor de los escenarios se lo recordó.

— Jerome — le dijo ya estando él de pie. —. La mujer a la que seguíais, ¿en qué dirección le perdiste la pista? — El anciano, un poco sorprendido, le indicó con un dedo. —. Bien. Connor, vos mejor que nadie conocéis estos bosques, ¿verdad? Id al frente y haced todo lo posible por encontrarla antes del amanecer. Todos los demás salvo ser Robert, se dispersarán unos tantos metros en la misma dirección para mayores posibilidades. Puede que sea un enemigo más, o puede que no, no lo sabremos hasta conocer su paradero. No quiero a ojos desconocidos espiándonos entre la maleza.

De postura más rígida y obstinada que su hijo, para la Reina había poco espacio entre lo dicho y lo que tenía que estar hecho. Una sola orden bastó para consumar sus deseos, y una sola mirada bastó para advertirles lo que sería de aquellos que osaban conspirar en contra suya.

El jinete de exploración cabalgó en el corcel más hermoso que Alice había visto en vida, y se adelantó a la cabeza de la formación, sin dejar de lado un gesto montaraz que reverenciaba sin duda todas sus ansias de seguir luchando por los suyos y no por su Reina. Ser Lancelot, criado y curtido como caballero en una silla de montar, fue el designado para seguirlo de cerca; el decimosegundo era tan diestro con la espada como con las espuelas.

Durante la siguiente hora, contempló cómo el bosque conservaba su grandiosidad silente, a medida que el séquito se adelantaba a través de caminos inesperados de robles sumergidos en oscuridad inexplorada. El arco sujetado a la silla del caballo de Connor no hacía más que intranquilizarla cada vez que imaginaba que ella o alguno de sus hombres se tragaría una flecha. Pero nada de esto aconteció de manos de él, quien no asió su arma ni volteó siquiera a verla. De todos modos, el cuidado de sus sentidos se quedó con aquella evocación aún más pavorosa a media madrugada.

Más tarde, por encima de sus cabezas sobrevolaban pajarillos de todo tipo y tamaño, cantando desde copiosas direcciones con tanta euforia, como si fuera a amanecer en cualquier momento. Cuanto menos extraño.

Sin embargo, mucho antes de que saliese el sol y llevados por las riendas de una suerte irrealizable, el caballo bayo del jinete de exploración se alejó de súbito, saltando por encima de unos matorrales y cortándole el paso a una sombra que corría en la penumbra detrás de ellas.

Al conjuro de aquella portentosa imagen, la Reina aguantó la respiración, cuando observó unos cabellos dorados que le robaban destellos a la poca luz que había. La mujer sin vacilación alguna puso en ristre su espada y su escudo, tan pronto las monturas de los caballeros la rodearon y mostraron su acero.

— ¿Atenea? — inquirió Jerome, conservando la boca abierta, con tanta sorpresa como pavor.

# Vyler III

*Alea iacta est*

Resultaba impensable que el mundo pudiera acabarse en aquella noche de otoño tan hermosa. No había sitio en su cabeza para creerlo, pero todo apuntaba a que había sucedido tal cual lo recordaba. La Capital había caído, las calles habían sido saqueadas y el enemigo vencido con una comodidad casi irrealizable. Según sus ojos habían visto, la nobleza y la plebe adornaban de rojo el empedrado por millares; sin cabida a la discriminación para aquellos que se rendían, buscasen huir o aunaran todo su coraje en contra de la Horda. En cuanto a la Realeza, solo Dios sabía que había pasado con ellos. Y solo Él también sabía por qué Vyler seguía con vida, y no otros hombres con mejor juicio.

Habían creído que se trataba sino de un grupo de maleantes. Ninguno se habría imaginado la magnitud del error y la tragedia, fruto perverso de quienes rompieran con la ilusión de una ciudad impenetrable.

Fuera de la celda, se oían amortiguados los gritos nerviosos de los caballeros encerrados en las cámaras de la mazmorra. Sobre estos, escasos, aunque más claros, le llegaban los jolgorios de sus carceleros. Los bárbaros se paseaban de aquí para allá a lo largo de la estrecha red de pasillos entre celdas, con garrotes con los que golpear las portezuelas de acero. Les habían dejado a ser Vyler y a los suyos una antorcha encendida apostada en la columna central de la habitación pequeña e inmunda que rayaba su capacidad. De resto, se hallaban desprovistos de todo lo que no fuera angustia.

— Para que veamos nuestra vergüenza a los ojos. — No había hecho falta las palabras de ser Alfred Barmettler para aclararlo, pero nada lo detuvo de hacerlo. Después de esto, escupió al suelo. Todo el que rezongaba algo, la más mínima frase que no estuviese dirigida hacia sus familiares, escupía al suelo.

« Algunos tienen más para ver que otros. », pensó el caballero sin animarse a mirar de soslayo por segunda vez a uno de sus camaradas.

De ojos inyectados en sangre, encolerizados y cansados de ahogar lágrimas, ser Ronnie no quitaba la vista de su esposa de belleza modesta y carácter gentil. Le acariciaba los cabellos castaños y le hacía ondas con sus dedos, mientras se apretaba los dientes con furia al punto de astillárselos. Ella no volteaba a verlo a la cara, no podía ni el caballero pretendía que lo hiciese nunca más.

Ser Vyler, ungido sobre la ropa hecha jirones con su propia sangre y las de quienes hubo ajusticiado sin juicio ni el menor recato, se revolvió e intentó sin éxito destrozar los grilletes de sus muñecas, para así librarse de su ira y pesadez. Las retorció, rogando por tener fuerzas suficientes. Pero nada en el mundo sería capaz de cumplir con tal propósito aquella aciaga madrugada que solo trajese tiempos de mayor desolación.

Horas atrás, los quince caballeros que lo acompañaban en bancos de piedra habían defendido la Calle del Caudal junto a nobles sin título ni destreza ante todo animal

armado con hachas, espadas y garrotes que se acercaba a pillar sus pertenencias y asesinar a sus familias. Durante un cuarto de hora o puede incluso que más, resistieron el avance de los salvajes. Había reunido a varias decenas de sus miembros de la Compañía Caballeresca y los había dispuesto para que protegiesen el arrabal más pudiente de la ciudad. Desde sus monturas, arrollaron, pisotearon y sesgaron a unos tantos pelotones de la Horda de las Bestias, pero los números no tardaron demasiado en jugarles en contra y verse superados. Sin embargo, con valor y ahínco plantaron pie a las oleadas de contrarios, aún después de que muchos de los suyos, él incluido, cayeran al suelo y otros pocos se dejasen la vida en la contienda.

Para su deshonra y el lamento de incontables, la situación se torció y la pila de cadáveres que habían erigido a base de infinitos esfuerzos y templanza se fue directo al caño nada más caer el baluarte de Leonor II. Sí, finalmente se rindieron, pero no porque así lo hubiesen querido. No habrían huido de la muerte y el deber. Acabaron por tirar sus espadas a los pies del enemigo, no sin antes creer por un mísero segundo en palabras vacuas que atendían promesas que ni el más deleznable hombre incumpliría. En cualquier caso, habían tratado con salvajes y no con verdaderos hombres.

En principio, ser Vyler habría apostado a luchar hasta el último aliento, aunque todo estuviese en su contra, y confiaba en que cada uno de sus camaradas curtidos en la entereza de la caballería así lo desearan, pero no había manera digna de salir de aquellas circunstancias sin que algún inocente pagase por ello.

El recuerdo le acudía a la mente dando vueltas.

Aquellos bárbaros que habían combatido con furor diabólico asentaron las bases de una traición con vil astucia y sangre fría. Para cuando la defensa férrea de los caballeros comenzó a flaquear, los celtas los rodeaban casi sin atreverse a romper su formación. Cierto era que todo el que lo hacía era hombre muerto. Por lo que intentaron doblegarlos por otros medios.

Un sujeto aborrecible, que más temprano que tarde se enteró que respondía al nombre de «Conway», alcanzó a una pareja de niños desafortunados y amenazó con demostrar que tan bajos eran los escrúpulos del incivilizado y del hereje.

— ¡Depongan las armas o...! — Se echó a reír. — Bueno, degollarlos será solo el principio.

A semejante ultimátum le siguió que los contrarios se hicieran con la libertad de una doncella, una terna de ancianos que arrastraron desde sus hogares, y con lady Jessabelle; una mujer noble que todo caballero reconocía y elogiaba por su alegre e inocua naturaleza.

— ¡Dejadlos fuera de estos, si os hacéis llamar hombres! — ser Ronnie estalló en cólera en aquel momento. — ¡Tened al menos el valor!

— ¡La hombría entre las piernas, cobardes! — lo apoyó ser Vyler y otros tantos sumaron sus voces en una barahúnda sin control en la que se estrellaron ambos bandos.

— Algunos dirían que esto es cobardía — gritó Conway acompañado de una risotada. —, yo lo llamo la audacia de tomar ventaja. No hay nada que nos lo impida.

En cambio, un idiota caballero tiene que mirar y decidir entre lo que es correcto y lo que no… O eso es lo que cuentan. Así que decidan.

Todo el peso de los inocentes y de los caballeros honrados cayó sobre los hombros de ser Vyler con fuerza arrolladora, o así lo sintió en carne propia por un instante. Más allá de tener la última palabra, no le tocó lidiar con la responsabilidad.

— El baluarte y la ciudad han caído — le señaló ser Wendell, honesto, con una mano el corazón. —. El Rey debe estar muerto. Debemos ser lo último, ¿qué sentido tiene hacerles esto?

— Respondemos ante el reino, y el reino es su gente… — pensó ser Vyler en voz alta. — « Que no se siga derramando más sangre. » — consiguió paladear las palabras primero en su mente.

— Ya tomen una decisión, qué se me resbala la mano. — exigió otro salvaje de la Horda que había puesto un cuchillo delante del cuello de lady Jessabelle.

Llegar a una decisión no fue sencillo, y habría sido incluso más escabroso, si ser Ronnie no hubiera arrojado su espada al suelo sin mirar atrás y otros dos lo hubiesen seguido en su apuesta.

— Está bien, escoria, haced lo que queráis con nosotros. — Caminó hacia ellos, rechistando entre dientes. — ¡Soltadla a ella! ¡Y a todos los demás!

Cuando cada caballero hubo puesto primero la vida del pueblo antes que la suya, el novísimo eslabón de la cultura celta liberó a sus rehenes. Pero al final, Conway rio nuevamente y rodeó con un brazo a la mujer.

— Esperen un momento. No dije nada sobre que nadie moriría.

De esta forma, la cabeza cercenada de lady Jessabelle descansaba entonces sobre el regazo de ser Ronnie. Era lo único que de ella restaba. Y su marido, hundido en la más absoluta agonía silente, encaraba al mismísimo Infierno, puesto que el hombre que los hubo separado seguía allá afuera, caminado de ida y vuelta por los pasillos, cantando de forma rasposa y riendo.

— ¡Alimento para el Rey Bestia! — gritaba de vez en vez aquel condenado sujeto. — ¡*Vivat Bestias*! — agregó solo un par de veces en un mal entonado latín.

Y en aquellas ocasiones, otras voces tomaron la palabra.

— ¡*Vivat Rex Azus*!

Enterrados bajo decenas de metros de roca, en las entrañas de los calabozos del Baluarte del Rey, el aire era denso, tanto que resultaba opresivo. Ser Vyler juraba sentir que todo el castillo se le vendría encima en cualquier segundo. Lo mareaba el simple hecho de imaginar que sucedería. ¿O solo era el pesar producto de su error el que lo atormentaba?

« De cualquier manera, la habrían asesinado — Se decía, para aliviar un tanto su dolor y sin llegar a conseguirlo. —. Y de habernos alzado en armas, habría resultado fatídico para los demás ». Los niños, los ancianos y aquella otra mujercita habían salido airosos de la negociación; los habían echado a un lado y dejado vagar en libertad por las calles. Antes de que lo condujesen a su encierro, ser Vyler los había visto partir en soledad hasta perderse en la lejanía. Pero esto no era indicativo de que estarían seguros

en los días posteriores. En lo absoluto. Conservaba una idea lo bastante clara acerca de que nada terminaría bien.

— ¿Alimento? — ser Alfred se encontró a medio camino del horror. — Estos salvajes nos servirán para la cena.

Ser Vyler no albergaba demasiadas ansias de emitir palabra ni levantar su voz en vehemencia como el resto de los hombres de orgullo herido en la sala. Por suerte, el caballero se encontraba a su lado, con lo que los susurros fueron una alternativa de poca ingratitud.

— Practican el canibalismo, pero no creo que nos sirvan en vajilla.

— ¿¡Cómo que no!? Lo que las historias nos han contado ellos lo acaban de confirmar, ser.

— Nos han contado que no lo piensan dos veces para devorar al más débil. Cuando os hayáis en medio del bosque y la poca comida que conseguís cazar o robar no alcanza para todas las bocas, no hay mucho de donde elegir. Hoy darán inicio a un gran festín, pero no tomaremos parte en él. Ni tampoco los de allá fuera. Con tanta comida, no tienen por qué.

— ¿Entonces qué?

— El Rey Bestia, ¿no escucháis? Raymond Hailstone aún tiene cuentas pendientes con nosotros. Si no hubiese sido por algunos de estos hombres, probablemente no habría tenido que escapar al exilio en primer lugar.

Ser Wendell les mantenía una mirada fija y expectante a ambos desde la otra punta de la habitación, que eran cuatro metros a lo mucho.

— ¿Y qué sucederá con aquellos que no pintan nada en esa historia? — les preguntó cuándo los demás tuvieron la decencia, o la amarga sumisión, de cerrar la boca. — Yo no estuve aquella vez en el lago *Halfmoon*, ser. Para entonces aún era un paje en el castillo de un barón.

— No tengo todas las respuestas… — Se hallaba tan pesaroso que no quería tener que acrecentar el tono de voz. Sin embargo, se vio obligado. — Pero conociendo a la clase de sujeto con el que tratamos, puede que no haga ninguna distinción entre los que echaron por tierras sus planes hace dos décadas y los que no.

— Servimos a vuestra compañía con honor, y os hemos seguido por devoción. No por unas cuantas monedas de oro — A ser Ronnie no le fue necesario olvidar sus penurias para hacerse oír de manera honrosa —. Si tenemos que morir a vuestro servicio que así sea, pero os juro que me llevaré unas cuantas cabezas a la tumba antes de caer.

Ojalá ser Vyler hubiese sentido aquella ligera y pasajera brisa de entusiasmo que envolvió a todos los demás. Un nubarrón inclemente de melancolía se posó sobre él al pensar de nuevo en el pasado, aunque pareciera imposible, yaciendo tan adentrado bajo tierra.

A ser Vyken Maine no le bastaron los años para presenciar el nacimiento de su nieta Grace, pero sí para combatir al lado de su hijo en la modesta batalla del lago *Halfmoon* hacía veintidós otoños atrás. Batalla que creyeron haber ganado aquella vez,

pero cuyo triunfo fue en realidad inconcluso. La fuga del líder enemigo solo había servido para retrasar una catástrofe.

Una fracción de la Guardia del Rey, despojada de sus obligaciones por beneplácito de Darren IV, irrumpió en una pequeña fortaleza abandonada para dar caza a un caballero que había osado violar cada uno de sus votos; hombre despreciable que renunció a un cargo tan sagrado como el resguardo de la Familia Real sobre toda ambición, sobre toda necesidad, sobre su vida misma.

Ser Raymond Hailstone, por aquel entonces, hubo asesinado sin una pizca de vacilación a la esposa y al niño de pecho del cortesano lord Thomas. Y habría pasado por la espada al pobre hombre de haberlo encontrado, y liquidado a todo el que se interpusiese, por una acusación que más de un noble había intuido que podía volverse realidad. Su pecado había sido el de amar a una mujer, a una desprevenida doncella que quiso llevarse a la cama aun cuando sus juramentos se lo impedían. Y antes de que lo condenasen a enfrentar el mandoble de un verdugo y el posterior juicio del Señor, Raymond escapó, poseyendo con violencia a su perdición; a la plebeya por la que todo hubo dado inicio.

Ser Covan Thompson, quinto espadachín platinado y buen amigo, le contó algún que otro detalle, luego de que la comitiva a su mando y la compañía de escoltas de los Maine se topasen ante aquella fortaleza.

— La sigue a todos lados mientras tiene tiempo, Majestad — le había confesado lord Thomas al rey Darren IV. —. Al principio fue una mera casualidad haberlo encontrado en la calle, encubierto con prendas de plebe, pero desde entonces lo he estado siguiendo con cuidado. Ser Raymond vigila sin quitar ojo a esta mujer, la persigue a donde quiera que vaya. Y según lo que me ha contado un informante, después de tanto intentar y de tantas negativas recibir por parte de esta joven llamada Aloy, el caballero ha comenzado a utilizar la fuerza para conseguir su cometido.

— Mi lord, ¿me estáis diciendo que debería ajusticiar a uno de mis caballeros por un crimen que no ha cometido? De él cometer estos, sería un desacato absoluto a mis órdenes, pero… ¿Mi cabeza ha sufrido los daños de la vejez o insinuáis que debo destituir, como mínimo, a un hombre por estar enamorado? Por intentar llevar a cabo una de las razones por las que Dios lo ha mandado aquí en primer lugar.

— La belleza de Aloy terminará por semejar una marca de maldición, creedme. La obsesión de ser Raymond no puede ser natural.

Al cabo de unos días, Su Majestad mandó a dos caballeros platinados a que siguieran los pasos de ser Raymond de cerca una madrugada en la que lo vieron salir del castillo. Ambos hombres se presentaron en la casa en la que lo habían descubierto colándose cual rufián, al atender los gritos desesperados y el llanto de una mujer. El mismo ser Covan fue herido de gravedad, cuando intentó escudar a la doncella cuya desnudez se encontraba a la vista por sus ropas destrozadas, con señales de forcejeo en el cuerpo magullado y la virginidad en entredicho. Por desgracia, el caballero que lo acompañaba no vivió para contar su propia anécdota.

Raptó a Aloy, la doncella por la que lo había arriesgado todo y parecía dispuesto a perderlo innumerables veces. Y posterior a escapar indemne, aunque por poco, del que sería el menos vergonzoso de sus actos, Raymond fue destituido de su puesto en la Guardia del Rey, despojado de su título de caballero y declarado traidor a la Corona y perjuro. En aras de conservar su cabeza, desapareció de la faz de la tierra como si fuese alguna clase de fantasma. Y algún tiempo después, surgió del nido de ratas en el que se encontraba, para hacer pagar a lord Thomas el precio de su atrevimiento.

— Se supone que no deberían encontrarse aquí estos desgraciados. — comentó ser Alfred, de manera que disipó los dolientes aires de recuerdo de Vyler. — Ser Logan se dirigía a aniquilarlos a todos…. Esos hombres cayeron en una trampa.

— Creo que todos hemos caído en la misma, ser.

— Esos mensajes que dicen haber llegado de otras ciudades — lanzó con sumo coraje. —. De seguro son reportes falsos, ya os lo digo. Es inconcebible que nos engañaran a todos a la vez.

Le parecía que secuestrar unas cuantas aves mensajeras y falsificar firmas y un relato en común era una bagatela sin pies ni cabeza. No, debía de tratarse de algo más grande; algo que estuviera por encima de todo el que pudiera llegar a una conclusión sensata y que no alcanzaría a dilucidar ni con mil noches de conjeturas.

— No será algo tan simple como eso. Debemos estar ante la estratagema más elaborada de la historia.

Su camarada y amigo, de un rostro maltratado por un torrente interminable de conmociones, suspiró profundamente.

— Mi única consolación es que mi hijo Rodrick está allá afuera. Con la hueste.

Ser Vyler sonrió de gusto y dio gracias a Dios por ello.

— Valysar también. — Intentó en gesto instintivo llevarse ambas manos a la cruz que colgaba en su pecho, bajo el jubón. Sin embargo, no la alcanzó aun estirando los dedos. Los grilletes que le besaban con crueldad las muñecas se ceñían a una argolla de acero en el suelo mediante una cadena.

Recostó la cabeza a la pared y respiró aliviado por unos segundos. Incluso así, pronto se percató de que no podría dormir, aunque estuviese desfalleciendo del cansancio, pues todas las personas que amaba estaban allá afuera, en alguna parte, y no podía mover siquiera un dedo para salvarlas. Si bien Valysar se encontraba a días de distancia, rodeado de buenos soldados, el resto de su familia no corría con la misma suerte. Su amada esposa e hija se hallaban en casa, solas y sin ninguna protección más allá de aquellas paredes que ni por asomo habían sido construidas para resistir asedios. Sin importar lo mucho que con ahínco intentase mantener la mente cuerda y el rumbo de su imaginación en curso seguro, terminaba naufragando en mares de desesperanza.

No tenía que hacer nada más que mirar a un lado, donde se encontraba la desdicha de ser Ronnie en tiempos de dolor máximo, para irritarse de preocupación por Elizabeth y para morir llorando de la ira y del sufrimiento por su pequeña Grace, quien vería como visiones espantosas, peores que ninguna de sus pesadillas, se volvían realidad.

— Connor es mi hermano tanto como Valysar — Podía concebir a Grace, adorable, inocente, tan claramente vívida, si se aislaba de todo vestigio del exterior. —. El me protegerá, lo prometió. Me dijo que me amaba, pero yo se lo dije primero. Y a ti también, madre. Te ama y te protegerá.

Tanta dulzura lo conmovió de sobremanera, pero no se atrevió a derramar ni una lágrima de alegría, porque desde luego, todo resquicio de esperanza estaba dentro de su mente y de su corazón. Y justo por aquel motivo, como si llevase una venda de ilusiones puestas, no abrió los ojos a las verdaderas circunstancias por un buen rato. Solo deseaba que sobreviviesen sanas y salvas al caos de los próximos días y que el mayor de sus hijos no se dejase la vida tratando de hacerse el héroe para su hermana y su madre. En un mal día, Connor podía llegar a devenir más orgulloso que un caballero y tan valiente como un idiota.

Transcurrió una hora en la que los mantuvo a ellos cuatro entre sus pensamientos, dedicándoles minutos de recuerdos a cada uno. Sucedió así hasta que el aura de sosiego que había comenzado a dominarlo se desvaneció a causa de una algarabía naciente entre los carceleros, quienes sacudían las paredes a punta de voces desaforadas y un tamborileo de sus armas al entrechocar contra las puertas o escudos de madera.

— ¡Mira nada más! — gritó uno. — ¡El platillo principal!

Aparecieron risas, abucheos y silbidos por debajo de la salvaje barahúnda.

— ¡Venga ya! — exclamó una segunda voz. — ¿¡Y por qué no nos lo sirven en bandeja de platino!?

— Se hará, se hará. Tú tranquilo.

— Arrójalo aquí. — Ser Vyler no borraría jamás de entre sus memorias la voz y risa de Conway. Por cómo se dejaba oír, tan de cerca, intuía que se encontraba justo delante de la celda que compartían. — ¡Allí no, imbécil, que está lleno! ¡Aquí!

En breves, la portezuela de acero se abrió de sopetón como un ruido ahogado entre tanto bullicio, y dos sombras que sujetaban por los brazos a un hombre alto y maniatado se precipitaron hacia dentro. Algunos caballeros se levantaron como les fue posible dispuestos a dar pelea, entre ellos el envenenado en rencor de ser Ronnie en busca del rostro de Conway. Pero esta oportunidad había zarpado ya; todos se hallaban encadenados de idéntica forma que ser Vyler. Uno, dos pasos, y los carceleros arrojaron al prisionero a su celda con un par de empujones y una patada mal propinada. Y con la misma se retiraron, entre carcajadas ásperas.

— Válgame Dios — invocó ser Wendell, tan estupefacto como el resto. —. Ser Konash Maine.

Entretanto, su hermano mayor, el caballero de la arraigada melancolía y habituado al profundo pesar, habría querido sentirse endulzado por un temor menos. Sin embargo, lo poco que encontró fue vergüenza. Había un último ser querido del que, sin que fuera del todo consciente, había preferido no hacer memoria. Había escogido renegarlo al olvido cien años.

# Connor V

*Carpe diem*

Hacía de todo sentado sobre su corcel, menos aprovechar el día. Cabalgaban hacia el oeste sin rumbo fijo. La reina Alice solo había dejado en claro lo mucho que quería alejarse de la ciudad y de cualquier pueblucho o villa, pero Connor no había oído de ella nada respecto al destino. Si no fuera por los ocho hombres de armadura platinada que la resguardaban en formación a cuadro, no habría sabido decir si se trataba de su Reina. Así como un sinnúmero de otros plebeyos, jamás la había visto ni a ella ni a sus hijos.

Llegado el amanecer, se había hecho ya destrozos en la mandíbula tratando de contener sus gritos. Le dolía la cabeza, las costillas magulladas, las manos de tanto comprimirlas contra las riendas, pero nada dolía más que el alma. La carga de cumplir con una promesa era aún más pesada sobre hombros caídos y aporreados por la contienda. Debía protegerla, y falló horriblemente en su primer intento.

— La brecha entre vuestros cabellos, aseguraos de mantenerla limpia — le había dicho hacía horas ser Covan Thompson. —. Sois joven y resistente, la herida sanará por sí sola.

« ¿Y qué hay de las demás, ser? ¿Qué sucederá con las que llevo dentro? Intenté salvar a siete personas. Tres resultaron muertas, y hasta donde sé, lo más probable es que otras tres las acompañen a la tumba. » La noticia sobre la muerte de Abel le había llegado de manos de Jerome Callaghan, el hombre que hubo salvado su vida. « Fui débil. Me desmayé, cuando debí seguir luchando. » No conoció de él más que su nombre, pero la culpa persistía dentro.

El niño ya no sufriría. Pero ni esta realidad le ofrecía consuelo. A fin de cuentas, había formas más gratas de alejarse del dolor que abandonar la propia existencia a un pasado. Crecer hasta no sentir los golpes era apenas un ejemplo.

Atenea Pryce era otra fuente de inquietud. Las veces en las que había cruzado miradas con ella, lo poco que había mostrado era un deseo intenso de leer su mente.

« Sabe que fui yo, maldición. ¿Se preguntará por qué o cómo lo hice? » Había sido la última persona en ver con vida a Aloy. Al igual que su hija, tenía unos ojos inmensamente radiantes. Y de un segundo a otro, no hubo más que oscuridad en su mirada. Connor sostenía la idea de que aquel hombre que había sido seccionado por el espadón del *Ariete* se trataba del padre de Atenea. Tenía sus dudas, pero no deseaba entablar conversación con nadie más que no fuese su conciencia.

Hubo un instante en el que mientras la luz cenicienta del alba se asomaba entre la espesura, vio de soslayo como ella le mantenía la mirada. La yegua a la que Atenea y Jerome montaban yacía andando a su derecha. Le devolvió la mirada, y advirtió en ella un cúmulo de emociones de las cuales solo reconoció el desconsuelo, la desesperación y la impotencia. Mismas que él vestía bajo un débil velo de formalidad.

« Al menos logré salvarla — se dijo al volver la vista al frente. —. Está viva gracias a mí. Y yo estoy vivo gracias a Jerome. »

La terna de plebeyos permanecía fuera de la formación y muy bien vigilada por el remanente de la Guardia de la Realeza. De todos los presentes quizás, ser Covan y *el Caballero Artesano* eran los únicos que no hacían declaración abierta de su recelo. El primero de ellos había abogado por la lealtad de Connor, y él, a su vez, lo había hecho por Atenea, aunque no la conociese. Hacia el final, todo se reducía a una cadena de favores.

Se había pasado la mañana tan gris como el cielo sobre su cabeza, sin musitar una palabra en horas. No levantaba la vista sino para velar por la seguridad de la Realeza. Había jurado solemnemente proteger las vidas de los Liongborth y más aún la soberanía del reino. Se preguntó entonces, si en ello también fallaría.

Por si fuera poco, aunque viviera inmerso en un silencio interrumpido únicamente por el marchar de los caballos, las campanas de la ciudad seguían sonando entre sus oídos. Los relinchidos desesperados de *Wyke* lo llamaban para que se pusiese en pie. El recuerdo eterno de su vergonzosa derrota.

« ¿Qué estarás haciendo ahora? Quiero pensar que sigues viva, escondida en algún lugar junto a tu madre y padre. Todos a salvo. Nunca me ha gustado ese brillo de terror en tus ojos, pequeña Grace. Espero que no comparta lugar en tu mirada con la decepción que debes sentir. »

Por momentos como aquellos, por pesares y miedos inenarrables, las personas tenían dioses a los que conferir sus lamentos y buscar alivio. Connor no había tenido ningún otro dios después de renunciar de manera silenciosa al de los cristianos.

Naturalmente el recuerdo de los Maine lo condujo a Valysar.

« La hueste de ser Logan Guiscard. », la conmoción resultó tan violenta que *Wyke* se detuvo de lleno al percibirla. El caballo había estado andando con la cerviz caída, sintiendo toda su pena, pero tan pronto como a Connor se le aceleró el pulso, situó el cuello en alto, después resopló de contento y agitó las crines doradas. Había imaginado un millón de posibilidades durante la noche y ninguna era tan favorable como aquella tan absurdamente evidente. Despojado de todo malestar, las emociones cogieron el timón de su propia voz.

— Alteza — se escuchó decir. De inmediato, todas las cabezas se volvieron hacia él, aquellas recubiertas por yelmos de viseras alzadas y aquellas que no. —, ¿hacia dónde nos dirigimos?

La escolta se detuvo un par de pasos más allá. Ser James Aulsebrook fue el primero en dar vuelta a su montura y echar mano a la empuñadura de la espada.

— ¿Qué manera es esa de referíos a vuestra Reina? Poneos en marcha, Connor, si no queréis que os cortemos la lengua.

« ¿Tanta insolencia nacida de una simple pregunta, ser? » Nunca le había terminado de pasar la altivez que la nobleza predisponía ante los de su clase, y más aún los de gran renombre como él. En la práctica, los caballeros honrados escaseaban tanto como las buenas personas.

— Ya habéis oído, poneos en marcha. — le espetó la Reina con desdén enmielado. Su veneno lucía dulce con tanta belleza, pero seguía siendo veneno, al fin y al cabo.

— La hueste de ser Logan — Decidió desafiarlos con su lógica, la más afilada de sus armas. — emprendió la marcha hace solo unos días. Más de diez mil. Un número tan crecido de personas no podría moverse igual de rápido como un par en buenas monturas. Alteza, si enviáis…

El caballero desenfundó el platino, cuyo filo refulgió a la luz tenue de la mañana. Su agudo rumor ahogó cada palabra que osará escapar de la boca del plebeyo.

— Su Alteza os dio una orden.

¿Y si se rehusaba a obedecer? Si intentasen perseguirlo, tendrían que hacerlo a pie. Podía encargarse de las monturas con similar destreza con la que manejaba el arco compuesto a su espalda. « ¿Y después qué? » *El Ser* y todos sus oficiales tenían motivos de sobra para pensar que la Horda de las Bestias se hallaba al otro lado del país. No darían la vuelta solo porque un jinete de exploración les dijera lo contrario.

— Connor, por favor… — El rostro encanecido de Jerome se arrugó en una expresión suplicante.

Una palabra mal elegida y se las vería negras, así que asintió, desilusionado.

— Cómo ordenéis, Alteza. — « ¿Qué le sucede a esta mujer? ¿Qué gana con reinar una ciudad de muertos? »

Después de aquello, se vio obligado a avanzar sin más remedio. Un trote ligero donde cada pisada era una verdadera tortura. Tenía una obligación que cumplir. No con su condenada Reina, sino con la familia Maine. Y por extensión, con los cientos de miles de personas al otro lado de las murallas de la Capital. Estaba dispuesto a reñir batallas hasta desfallecer una vez más, pero no derramaría una sola lágrima por las miserables vidas de la muchedumbre.

« ¿Hasta qué punto se merecerán todo lo que les pasa? »

En tiempos de paz como de guerra, la malicia, la estupidez y la intolerancia se congregaban en tierra cristiana. No había transcurrido un solo día en el que Connor no pensara en la caterva de seres repugnantes que eran. La Santa Inquisición se había llevado a incontables hombres y mujeres entre gritos de desesperación. Y hubo una época, antes de su nacimiento, donde la caza de brujos se consideraba casi un deporte fastuoso al mismo grado de la cetrería. No eran más que Dádivas como él, brotados de una sangre antiquísima y de los secretos de un mundo desconocido, pero aquello no les impedía a los cristianos impartir su «justicia divina». A tal punto descollaba su crueldad propia de los bárbaros, que liquidaron a flechazos a cada gato negro en torneos de hacía décadas, simplemente porque se les creía fieles seguidores estos.

Los fieles de hoy en día tal vez no, pero sus antepasados habían demolido hasta sus cimientos a cada cultura que no aceptara a su dios como el verdadero, desde el primer instante en que la farsa cruzase el mar y asaltara las mentes de los más débiles y necesitados. Luego de haber arrasado con todo lo que se podía arrasar, los devotos de tiempos más recientes aún elogiaban las hazañas de sus predecesores y esta era su sentencia.

En ocasiones olvidaba que también los había como Elizabeth Maine, compasivos y bondadosos de corazón, pero aquellos fieles, parecían en realidad una ociosa minoría.

Se hacía ideas de lo que vendría a continuación para la ciudad. Una orgía de sangre, vísceras y cuerpos calcinados en cuyo dolor se podría reconocer el sello de los *Tuatha Dé Danann*. El furor desenfrenado de una civilización que había estado por siglos confinada al borde de la extinción. ¿Por qué debían ellos, así como Connor, tolerar a los intolerantes? Ponía en serias dudas que la Horda de las Bestias fuese la sombra de Satán cerniéndose sobre el reino del dios cristiano, como todos lo hacían ver.

¿Era toda implacable creencia la que concebía la discordia?

En cualquier caso, ahora que habían probado un bocado de la gloria, irían a por todo lo demás. Todo el que tuviera dos dedos de frente lo tendría claro. Después de adueñarse de cada Daga Sagrada en la ciudad, las utilizarían de la única forma posible. Era lo que daba el nombre a su horda, en resumidas cuentas.

« El Gran Brenno, lo llamaron — recordó con desánimo, dirigiendo la vista sobre la copa de los árboles. —. Brenno *el Azote de Dios*, también. Pero más a menudo, Brenno *la Bestia de Dos Cabezas*. Hace dos siglos que la Horda no ha tenido a un Demogorgón que los guíe en la batalla. Estarán ansiosos por recobrar aquellos tiempos. »

El resto del día transcurrió de la misma manera. La Realeza, su guardia e incluso la plebe no ocupaban más palabras que Connor, sin ánimos ni mucho menos motivos para sobrellevar una conversación. La reina Alice aguzaba los sentidos a cada detalle, recelándose incluso de ciertos caballeros que la resguardaban de todo peligro. El más pequeño de los príncipes se quejaba como el niño que era, mientras el heredero del reino hacía un patético uso de sus fuerzas para esconder que estaba a punto de derramar lágrimas de coraje. Y bien que Connor las conocía.

*Wyke*, a través del estrecho lazo que compartían, le hizo saber con sus emociones lo mucho que quería volver sobre sus pisadas y comerse una manzana en el establo de los Maine. ¿Y por qué no? Luego trotar por los jardines. Connor le acarició la cerviz, ignorando sus ruegos.

— ¿Los celtas tendrán Dádivas con ellos? — se dijo en voz baja. — ¿Y cuántos de estos cristianos estarán rogando por un Mesías que los salve?

Se detuvieron a pasar la noche, en minutos en los que la luz restante iba dando pie a un bosque sumido en creciente penumbra. Connor, Atenea y Jerome se vieron en la necesidad de buscar la mayor parte de su propia cena. La rubia nívea había ayudado al soldado a intentar atrapar algún animal pequeño cerca del campamento, pero no tuvieron éxito. Atenea tenía una habilidad más bien inexistente para coger por sorpresa a cualquier conejo, ardilla o pájaro carpintero, y Jerome se hallaba debilitado y con solo una mano para maniobrar, que además era la menos diestra de las suyas.

Connor se había ido por su cuenta a rebuscar algo entre las rocas y los troncos de los sauces. Al vivir de la tierra en sus expediciones y conocer aquellos bosques casi como la palma de su mano, no le resultó difícil toparse con un tesoro escondido entre los matorrales: una colina poblada por champiñones y hongos soporíferos. De manera que comieron junto al fuego champiñones asados.

Por otro lado, el reishimagno era uno de esos hongos que no se debía ingerir ni tener contacto con la piel, porque un ligero respiro o roce de sus esporas podía inducir

un sueño corto y plácido. Y con todo lo que Connor estaba disimulando no padecer, sabía que no habría otra forma de sentar cabeza durante la noche.

Cuando las nubes ocultaban ya la luna, las salchichas rellenas de queso tierno inundaron por fin sus paladares. Era un verdadero manjar salado que el príncipe heredero les había hecho llegar como muestra de amistad. O al menos esto fue lo que un caballero afirmó antes de arrojarles el saquito de ambrosía hecha carne. Los olores de los platillos de la realeza le llegaban con el viento. Y si bien era cierto que no podía tratarse de un lujoso banquete, los distintos aromas eran todos exquisitos.

« El asedio me encontró por sorpresa, como a todo mundo — caviló mientras fabricaba flechas con las puntas de acero y las plumas que conservaba. —. Salí dando tumbos, llevando únicamente lo que tenía preparado para mi misión. ¿Cómo es que a estos sujetos les dio tiempo de llenar la guarnición de dos caballos con provisiones? ».

Ya contaba con una docena de flechas preparadas, cuando se llevó una mano detrás de la cabeza para examinar su herida. Se había estado limpiando la brecha cada cinco minutos en lo que había durado el día, para impedir que alguien viese como las gotas de sangre se tornaban blancas con el aire. Si en algún lugar existía un número de Dádivas que hubieran sido condenados a causa del mismo vestigio de «brujería», nadie podría contar tan alto. Los hombres de la Reina ya lo tenían en baja estima; como lo tachasen de brujo estaría muerto.

Atenea se sentó a su lado con una mirada inquisitiva puesta en él.

— ¿Cómo pasó? ¿Fue durante o después?

No respondió. Se dedicó a vislumbrar los tentáculos de las llamas.

« Sabe que he sido yo. » Aunque ya se lo temía, la verdad le resultó desagradable.

— Me refiero a tu herida — siguió. —. Dime, ¿estás bien? ¿Necesitas que te eche vino caliente como a Jerome?

Se había colocado cerca, muy de cerca según creía, orientado el cuerpo hacia Connor como si fuesen buenos amigos. En aquel instante de revuelo interno, envidiaba la forma tan serena en la que Jerome había caído exhausto recostado a la base de un árbol cerca del fuego, debilitado por los años y la lesión de su mano.

Ella se le quedó viendo por un rato larguísimo.

— ¿Connor?

« No tiene caso, ¿verdad? Si supieras cómo lo hice, ya habrías cantado como un pajarito. » Le sostuvo la mirada, aunque por un par de segundos.

— Fue poco después de lo sucedido. — dijo finalmente en voz baja. Los sonidos viajaban lejos en un bosque somnoliento.

El tenue humo gris que emanaba de un fuego todavía más tenue ascendía a la noche oscura. Era apenas visible, y más cuando el techo de árboles sobre ellos engullía la mayor parte. En el campamento había dos fogatas. Una para la realeza y su escolta militar, dispuesta en una elevación atestada por robles que actuaba como fortaleza; otra para la plebe en la base de la colina. Connor hubiera preferido que no se encendiera ningún fuego, pero el soldado necesitaba del calor para sus heridas.

— ¿Quieres que la revise por ti? — Trató de inclinarse hacia él.

— No — respondió con una brusquedad que logró que Atenea quedará rígida a medio camino. Hizo después acopio de cordialidad. —. No, gracias. Estoy bien.

Mientras volvía a las labores recortando las plumas de flecha con uno de sus cuchillos, ella se abrazó las piernas contra el pecho en gesto acongojado. Guardó silencio bastante rato antes de decidirse a romperlo.

— De todos los presentes, además de Jerome, eres el único que quiere hacer algo al respecto. Sabes, tampoco quiero estar aquí. Mis padres están muertos, pero aún hay personas a las que amo en la ciudad. Y en lugar de pelear por ellos, estoy atorada con esta gente.

— No hables tan alto — le advirtió, aunque hubiera algo en su tono desdeñoso que le agradaba. —. En los oídos incorrectos esas palabras podrían costarte la lengua.

— Que lo intenten, si eso quieren, pero no me callaré — Y no lo hizo. Alcanzó una de las flechas en las que había estado trabajando, y la examinó de cerca. —. Los intentaste salvar tanto como yo, creo. Jamás te agradecí por lo que hiciste.

« Parlotea — supuso de inmediato. —. Está afligida y solo no desea escuchar al silencio. Ya he pasado por eso.» Por lo que se rindió a un ataque de empatía. Ya estaban lo suficientemente divididos como para intentar buscar divergencia entre los plebeyos.

— No hay mucho que agradecer. No pude salvarlos.

— Me salvaste a mí — Una ligera sonrisa pasó volando con el viento. —. De no haber tenido tu ayuda, no hubiera habido manera de escapar. Estoy agradecida.

Cuánta razón tenía. Y pese a esto, la satisfacción de verla con vida no le era suficiente. Nada había podido hacer por los Maine, ni si quiera por completos extraños y menos por un pobre niño sobre el que no se posaba ninguna culpa.

Fría cortesía, un asentimiento fue su réplica muda. No sentía ganas de hablar en lo absoluto.

— ¿Por qué llevabas la cara tapada? — inquirió, tiempo después.

— Para no ser reconocido por mis logros ni por mis errores — se le ocurrió decir, arrastrado por Atenea, quien llevaba las riendas de la habladuría. Hasta en aquella mentira se escondía una pizca de verdad. —. Pasar desapercibido es algo que pocos valoran.

A juzgar por lo que veía, sortear el filo de sus palabras era algo que Atenea le resultaba tan natural como defenderse de una espada. Se sacó un poco de sangre al pasar los dedos por la punta de la flecha. Y sin siquiera inmutarse, se llevó el dedo a la boca.

— Disparaste a quemarropa contra esos malnacidos muchas veces. Alcanzaste a todos, pero no mataste a nadie. Aun cuando peleabas cuerpo a cuerpo…

Connor se detuvo a devolverle la mirada, y halló que sus ojos eran tan claros que podía ver la imagen del fuego arder en su reflejo. No llevaba pintado más el *kohl*, aun así, por sí solos eran espléndidos, magnéticos.

— Los únicos seres a los que he matado han sido peces o insectos para sobrevivir aquí donde no hay humanos. Una vez le arrebaté la vida a un oso, pero fue por clemencia a su sufrimiento. En veintidós años no he dado muerte a una persona. No empezaré ahora.

— ¿Y si esas personas intentasen matarte a ti o a tus seres queridos?

— Ya sucedió, ¿no lo recuerdas? Allá en la ciudad tuve más ocasiones de las que hubiese querido y no tomé ninguna.

— Hubo más de una ocasión para mí — Hizo una mueca de pena —. En el asalto. No quería, pero tuve que hacerlo por ellos. Quería salvarlos.

— Aloy quería lo mismo para ti — Tenía toda la masa de extravagante cabello tirada hacia el lado de la cabeza que inclinaba. Al oír el nombre de su madre se enderezó con un gesto de horror que lentamente se convirtió en enfado. —. Tu madre habría dado todo por salvarte, de seguro. Tu causa fue justa.

— Nunca te dije cómo se llamaba.

— La conocí. Fui quién escuchó sus últimas palabras. La última persona a la que vio.

— Ah. — Fue un susurro tan mustio como su expresión.

— En fin, asesinar a alguien con intenciones de salvar a un tercero parece tan paradójico como buscar la paz por medio de la guerra. Y, aun así, tal vez hubiese hecho lo mismo con tal de salvar a los míos. No lo sé. Es nuestro sentimentalismo el que nos ciega a los humanos.

— Ser Vyler Maine — arrojó al aire. —. No he escuchado tanto de él como de su hermano. Creí que lucharía contra ser Konash en el torneo… También contra ser Covan, pero todas esas ilusiones se fueron a la basura.

Tuvo que admitirlo no sin antes haber necesitado de mucho ahínco: Vivido lo vivido, lo mejor era soltar el agobio que sentía tras sus silencios.

— Ser Covan, tal vez ganarías. Contra Konash…, ni soñándolo.

Ella se rio mostrando los dientes. Fue una risa efímera, pero auténtica.

— ¿Así como tu contra los hermanos Cadzow? Que derrota tan desafortunada. Qué tiro tan espantoso.

— ¿Qué? — Arqueó ambas cejas. Solo podía estarse refiriendo al torneo del otoño pasado.

— Te vimos aquel día. Mi padre y yo. Perdió mucho dinero a causa de tu error.

« Ya nos conocíamos antes de ayer — pensó con grata sorpresa. —. Las cosas que tiene la vida a veces. » No supo por qué, pero rio de la misma manera en que ella lo había hecho.

— Lo lamento. Era mi primera vez en las finales. Estaba nervioso.

— No lo lamentes, se lo merecía. Le encantaba apostar.

— ¿Cuál era su nombre?

Separó aquellos labios, pensando su respuesta. Tardó más de un segundo en volver a unirlos y de decir algo. Sonrió junto a su nombre.

— Marcus. Se llamaba Marcus.

Se sorprendió al dar rienda suelta a su interés. De allí en más, las preguntas las hizo él, mientras Atenea hablaba, con una expresión de gusto cincelado en el rostro, acerca de qué clase de madre tan sobreprotectora y amorosa había sido Aloy, de lo mucho que había aprendido de Marcus el del júbilo perpetuo, y de cómo había sido su vida y su

relación con ellos. Así como lo agridulce que habían sido sus días como moza de taberna. Después de todo aquello, Connor cayó en cuenta de que al menos ella había tenido sus momentos para sentirse feliz.

« Y lo vuelve a ser, cada que habla de ellos. Viven en su memoria cual tesoro. Envueltos en una dulce añoranza. » ¿Podrían juntos desvanecerse los aires de melancolía del otro? Supo con incomodidad que se estaba adelantando a las circunstancias en cuanto ella comenzó a hacer preguntas.

— Has sido huérfano desde niño... ¿Recuerdas algo de Aaron y Grace? — Lo siguiente aconteció como si fuese un espejo a través del tiempo. Los gestos de Connor fueron de un susto que se iba transformando en infinita desconfianza. — « No le he dicho sus nombres. No he hablado sobre ellos. Jamás lo hago. Con nadie. » —. Esos son sus nombres, ¿no?

Apuntaba con un dedo en dirección a su pecho. No había advertido que su collar se hallaba por encima de su jubón acolchado. Aquello no le hizo la menor gracia. Cerró los dedos en torno a las chapas de plata grabadas.

« ¿Por qué jamás hablo sobre ellos? — se preguntó, y acabó por rebatirse. — Más que suspicaz, quizás soy muy mío. Un libro cerrado escrito en otro idioma. »

— ¿Es lo único que tienes de tus padres? — siguió.

Guardó silencio cual sepulcro, sin ningún ademán en particular. Lo cierto era que no se trataba de un regalo suyo. Había sido ser Vyler quién se lo obsequiara, cuando lo amparó bajo su techo, el mismo hombre por quién murieron sus padres. Pero no tenía por qué decírselo. «Mantén vivo su legado en tus recuerdos y en tus acciones. Vive en su honor», le había dicho aquel primer día que lo conoció.

— ¿Qué ocurre? — Endulzó sus ojos de luna acompañados de una sonrisa de complacencia. — ¿Qué no piensas responderme?

« ¿Y cómo los mantienes vivos, si los matas cada día con tu mutismo? » Atenea pasaba por la misma situación que él hacía muchos años. Negarle su confianza, solo serviría para acentuar aún más su pena.

— Son los nombres que alguna vez tuvieron, sí.

— Es muy personal — le escuchó decir. —. Entiendo.

— Hace años ser Vyler decía que me parecía mucho a ella — confesó sin pensar. —. A Grace. Tanto en apariencia como en costumbres. Pero tenía la misma sensiblería de mi padre Aaron. — Se sonrió con tristeza. —. Aquello se lo había dicho mi madre en la última expedición. Como cualquiera hablaba de más, cuando estaba contenta. Le gastaba bromas a Aaron cada vez que podía. De todo tipo. Algunas algo crueles, pero terminaban por reír juntos. Siempre bromeaba acerca de los poemas y canciones que él escribía, pero se cautivaba de amor si iban dirigidos hacia ella. Ambos eran jinetes de exploración como yo ahora. Mi padre de una aldea en Rismont y mi madre nacida en la Capital. Se conocieron por accidente. Ambos se desviaron por error de los cursos de sus misiones y se encontraron en medio del bosque.

» Mi madre había perdido a su compañero, ambos caballos y toda herramienta de orientación en un derrumbamiento de ladera. Vagó por montañas, bosques y prados con

muy poco para comer y beber durante días, siguiendo las constelaciones. En el séptimo, contaba ella, comenzó a perder las esperanzas de salvación. Exhausta y hambrienta hasta la locura, se dejó caer a la sombra de un árbol y esperó allí hasta que su creador viniera por ella, al día décimo. No era mujer que se rindiera con facilidad, pero la desesperanza y el hambre acaban por mermar hasta la más dura de las mentes. Cerró sus ojos y se fue a dormir esperando no despertar. Cuando creyó haber muerto finalmente, sintió que la mano de Dios la elevaba al Cielo, pero no. Era mi padre, quien la subía a la silla de su caballo.

— Como si el Destino quisiera que estuviesen juntos. — indicó Atenea, suspendida en la historia, con la boca entreabierta.

— Le dio agua y comida mientras montaban. Vida. La llevó a la aldea donde regresaba después de una misión y allí cuidó de ella hasta que estuvo fuera de peligro. Para cuando regresaron a la Capital, ya se habían enamorado — « Es la primera vez que le cuento esto a alguien. », pensó al estudiar bien aquel rostro tan agraciado. Una mirada tan abstraída en él que le evocó todas aquellas horas que había dedicado a contarle historias a su hermanita. —. Es lo poco que sé, aparte de su muerte. Junto a Vyler no estuvieron demasiado tiempo y no tengo ningún recuerdo propio de ellos. Ya han pasado catorce años y el tiempo solo sirve para erosionar los recuerdos de la niñez.

Su padre había escrito a detalle todo en sus libros de viaje, pero las páginas de sus memorias se habían perdido para siempre. Lo poco que Connor conservaba había venido de la voz de ser Vyler y de los compañeros de la caballería de exploración que alguna vez sirvieron junto a ellos.

— Es hermosa esa historia.

— Su muerte no lo es tanto. — señaló con la voz ensombrecida, cosa que provocó que Atenea esbozará una sonrisa triste y se acercase.

— Cuéntame — Ella cerró los dedos en torno al mitón de su mano. En aquel momento, costaba creer que fuera la misma mujer austera del torneo que podía partirlo en dos con un tajo de la espada. —. Digo, si así lo deseas.

A decir verdad, Connor tampoco era entonces el hombre distante y de aspecto gélido que solía ser, por lo que accedió.

— Solo por esta vez — Hizo una larga pausa, ensimismado en el recuerdo. —. Ser Vyler es el tercer protagonista en esto. Y el causante de sus muertes, o eso supongo — Suspiró. —. Me lo confesó en toda su honorable sinceridad.

— ¿Y aun así lo amas como a tu propio padre?

— A mi manera. A mi extraña manera. Hoy en día, aún mantiene su compañía de escoltas. Yo mismo he estado en ella. Promete salvoconducto en cada viaje a los que pone bajo su resguardo. Grandes y pequeños señores, en general. Jamás ha fracasado en su cometido, salvo en la ocasión en la que Aaron y Grace fallecieron. Aquella ha sido su única mancha en tan lustrada armadura. Ellos no eran de noble cuna, pero estaban bajo orden directa de la Corona y la Iglesia, porque eran los mejores en lo que hacían. No tengo idea de donde me encontraba, mientras mis padres, otros seis jinetes de

exploración y la compañía de ser Vyler partían hacia la misión. No recuerdo haberme despedido siquiera.

» *Black Mountains* fue su destino. De haber sido enterrados, hubiese sido su sepulcro, pero los Escupe Fuego no dieron tiempo a ello.

— ¿Dragones? — Lucía como si no lo creyera del todo.

— Dragones corrientes. El frío y yermo *Black Mountains* está plagado de ellos. Y de otras criaturas. Un par de ellas incluso peores que los Escupe Fuego. Un lugar tan inclemente que nadie en su sano juicio se acercaría ni a echar un vistazo. Desolado, inabarcable e inexplorado, por eso es el escenario perfecto para albergar leyendas. Estas van desde el cáliz de Cristo hasta un palacio de zafiros, pasando por el vellocino de oro y la existencia de Dagas Sagradas. — Por alguna razón, Atenea se estremeció. Como si hubiese sido presa de un escalofrío. —. Esto último fue lo poco que resultó creíble a oídos de la Realeza. Para ellos, los que se sientan por encima de nosotros, las vidas de aquellos valientes no suponían mayor costo. Si retornaban con las manos vacías, como sucedió, nadie hablaría de un fracaso.

» Solo que las manos que volvieron a la ciudad fueron menos de las que habían partido. Mis padres y otros sujetos se calcinaron por el aliento de un puñado de Dragones. Los demás consiguieron librarse por un pelo.

— ¿Los tomaron desprevenidos? — inquirió Atenea.

— De cierto modo. Debían seguir un sendero, pero la escolta rehusó la marcha al ver de cerca las montañas altas, los abismos entre ellas y la delgadez de los caminos a las que se enfrentaban. Eran caballeros, tenían su valentía, pero también eran hombres con familia, y morir en aquel lugar no representaba ningún acto heroico para su legado. Ser Vyler era su comandante, recién nombrado y sin mucha experiencia, así que acabó cediendo al atisbar también duda en los jinetes de exploración. Dio la orden de marchar por un camino que saltaba a la vista que era más seguro, aunque fuese inexplorado. Aquel fue su primer error. Mi madre abiertamente los llamó cobardes, según sé. El segundo error fue fatal. Se cernieron sobre ellos desde un cielo en neblina y rompieron la formación. Años más tarde, cuando me hice mayor, él me describió aquella escena con detalle. Pero es algo que no te ayudará a dormir, estoy seguro.

— Lo siento mucho — Su tristeza se vio sincera. Aún se aferraba a los guantes sin dedos de su mano. —. Lamento que haya tenido que ser así.

— ¿Por qué lo dices? — Sonrió. —. Descansan en paz. En situaciones como esta es lo mejor para ellos.

— Sí, pero ¿y tú?

« Esto de verdad de ayudará, Atenea Pryce. »

— Siempre habrá desgracias. La vida tira una moneda cada vez que puede con nosotros. Si cae del lado que no querías, no te preocupes por pensar en lo que pudiste haber tenido con la otra cara, sino en lo que tienes con esta. El truco no está en evitar las malas vivencias, sino en sacar provecho de todo lo malo. Convierte cada penuria a tu favor y así jamás te arrepentirás de nada, porque de todo lo malo en el mundo puedes sacar algo bueno y viceversa… Siempre habrá luz en la oscuridad y oscuridad en la luz

— « Y un pequeño surco al que llamamos penumbra » — De cualquiera manera, haz algo que jamás hubieras podido hacer, de no encontrarte en esta desafortunada situación. Algo de lo que no te arrepientas.

« No tienes que saber que eso a mí no me ha funcionado con exactitud. » Creía fielmente en sus palabras, a pesar de que no siguiera su propio consejo. Por la razón que fuese, no había encontrado su camino para convertir todas sus desdichas a su favor.

Atenea bajó la vista, y pareció cavilar. Al final, asintió con firmeza.

— Solo una cosa más. ¿Qué fue lo último que dijo mi madre? — Cuando citó cada palabra, ella torció sus comisuras tenuemente hacia arriba. —. Gracias por esto, Connor.

« Vaya que es preciosa. Siendo honesto, la misma palabra no le hace justicia », pensó con la impavidez de un sin corazón.

Después de aquello, echaron tierra al fuego para extinguirlo, y se fueron a dormir. Apenas un trocito del reishimagno hizo de su completo insomnio una breve siesta. Los sueños vinieron por cuenta propia.

— Peleó valientemente — dijo la voz de ser Vyler en medio de una oscuridad insondable. —. En aquel entonces yo tenía que ir al frente del grupo, pero tu madre me rebasó. Decía que íbamos muy lento, y así era. Cuando intenté advertirle ya fue demasiado tarde. Rompimos filas, al verlos descender del cielo. Un cielo cuyas nubes se encontraban a unos veinte metros sobre nuestras cabezas. Debíamos retroceder y mantenernos juntos, como estaba previsto. En su lugar, los caballos entraron en pánico junto a sus jinetes, y se desperdigaron. Sucedió tan rápido que ni siquiera distinguí el aspecto de estos, salvo que aquellos Dragones no eran tan enormes como contaban las historias. Pero aun así doblaban en tamaño a los corceles. La quemaron viva, Connor. Lo siento. Murió gritando de dolor, de furia puede que también, porque le dio tiempo de rasgarle el vientre a uno de ellos antes de caer al suelo.

» Aaron perdió toda noción con la realidad al ver aquella escena. Olvidó que aún te tenía a ti, pero tienes que entender que amaba a tu madre con locura. Era un flechado sin remedio. El caballo no le obedeció, así que descabalgó, y corrió a terminar el trabajo que su esposa había empezado, aun cuando ser Ronnie le tiraba de las ropas. Clavó su espada en el corazón del animal herido. No le bastó con vengar su muerte, eso lo entiendo. Pero tampoco vio más opción que precipitarse hacia un segundo, que se debatía con sus congéneres los cuerpos de los que habían sido presa del ardor de *Black Mountains*. El mismo se dio la vuelta, y le escupió su fuego antes de que pudiera darle alcance. Lo cogió entre sus garras, y lo elevó a la neblina, mientras aún se debatía entre la vida y la muerte.

Con el pulular del aire frente a la chimenea, la imagen un caballero sumergido en la bebida y el dolor se mostró ante él, con los codos apoyados en la mesa. « Todavía recuerdo aquel momento. Cuando cumplí dieciséis, supiste que ya podía valerme por mí mismo y soportar incluso más que tú. »

— Fue en parte mi culpa. Lo siento mucho, hijo — siguió con la voz entrecortada. —. Apenas peleé. No hice más que mirar. Juré dar la vida, pero apenas peleé. Sentí miedo. No por mí, sino por Elizabeth y Valysar que esperaban que yo regresase sano y

salvo. Siempre me he preguntado qué tan diferente hubieran sido las cosas, de haber hecho algo. Lo que sea.

Connor se posó a su lado en la lucidez del sueño, para decirle todo lo que hubiese querido años atrás.

— Te odié — escupió. —. Te odié de la misma forma en la que odio a toda esa Iglesia. A toda religión. A todo dios. Pero me obligué a perdonarte, porque cuidaste de mí. O lo intentaste. Porque no fue tú culpa en lo absoluto. Nadie estaría preparado para vencer donde tu caíste.

Grace le cogió la mano con fuerza, y lo miró con ojos grandes, acuosos, negros y brillantes de miedo, desde muy abajo.

— Me lo prometiste, hermanito. ¿Dónde estás? Te necesito.

— ¿Cómo puedo culparte Vyler de dejar morir a mis padres, si yo no he podido protegerla?

Cerró los ojos ante la mirada horrorizada de la niña, solo para abrirlos un segundo después frente a la negrura de las lindes de un mar de árboles. Extendió la mano para alcanzar su arco y así sentirse más seguro, pero no lo encontró. Tanteó la casi perfecta oscuridad, y se llevó una decepción. Un sobresalto, más bien. No estaba por ningún lado.

Llamó entre susurros a Atenea, pero no oyó más que la respiración nasal de un Jerome aún confinado al cansancio. Los caballos se hallaban vigilados a medio sendero de la cima, de manera que no podría haber ido muy lejos.

Anduvo bordeando las flores silvestres en busca de una salida a la arbolada. Las copas de los sauces se extendieron como una cúpula que ocultaba la luz de los astros, pero no tardó en librarse de su cobertura. Una hora, como mucho, debía haber pasado, lo supo al que ver que la luna aún no se acercaba al cenit. La fuerza del viento se palpaba en el pequeño claro donde Atenea se erguía en la soledad de su concentración.

— No. ¡No! — le escuchó decir con tono airado.

Tan regia y sencilla a la vez. Usaba el arco tan mal que resultaba fácil pensar que nunca antes lo había hecho. Dos espadas, Connor intuyó que una era suya, hacían las veces de estacas en el suelo en las que se amarraban en sus empuñaduras un trozo de tela. El viento cambiaba de dirección y causaba que el blanco tremolara. Por lo visto, no había acertado ni una sola vez.

Connor se detuvo un momento para dejar que tensara, apuntase y fallase horriblemente de nueva cuenta. La primera flecha había surgido con mucha fuerza y se había perdido en la oscuridad; la segunda fue más lánguida, pero cayó al suelo un metro más allá del objetivo.

— Deberá ser más suave. — suspiró Atenea.

En el instante en que eligió una flecha y volvió a tensar el arco, Connor decidió que había sido suficiente para sus ojos. Dio un paso, mientras ella se llevaba las plumas hasta el mentón. Como no dijese algo, iría a parar sin remedio a White Kingdom.

— No me esmeré en ellas para que las desperdicies de ese modo.

Atenea volvió el rostro. Por suerte, no el arco, que se destensó con un restallido. El proyectil salió expulsado con tal impulso que permaneció invisible a sus ojos hasta estrellarse contra el acero de una de las espadas. La hoja quedó vibrando con un zumbido audible a kilómetros.

— Es lo más cerca que he estado. — confesó, echándose a reír. Una vocecita un tanto nerviosa, a decir verdad.

Pero Connor, muy receloso con sus cosas, no estaba para risas.

— ¿No te enseñaron a no hurtar lo que no te pertenece?

— No lo hurté — objetó. —. Lo tomé prestado.

— ¿Sin mi consentimiento? Eso es hurtar.

Atenea pareció reconocer en parte su error, y le tendió el arco con gesto apático.

— Si lo devuelves, es prestado.

De nuevo aquella sensación… Algo dentro de él le mostraba que, al final del día, mil veces mejor era cualquier cosa con la que matar el tiempo antes que mantenerse antipático e inmerso en su propio desamparo.

— Adelante — Se cruzó de brazos, sin intención de coger aquel otro obsequio de ser Vyler e irse por donde había venido. —. Prueba con otra.

Este último disparo fue vergonzoso. Atenea había cargado con la fuerza necesaria para atravesar el tronco de un árbol, pero posicionó la flecha de tal modo, que cuando salió del arma se desplomó al suelo apenas dos metros más allá de sus pies. Connor tuvo que taparse la boca para evitar soltar una carcajada que despertase a los Liongborth, cosa que no le provocó la menor sonrisa a ella. De hecho, la mueca desdeñosa que lanzó habría causado más daño a un enemigo que sus tiros.

« Osada y orgullosa hasta la saciedad », supo acerca de ella.

Atenea hizo ademán de una risa falsa, muy falsa, y le estampó con rudeza el arma contra el pecho.

— Ya te quiero ver a ti con la espada, Bressler.

— A diferencia de este espectáculo, lo mío sería algo más decente — La agarró por la muñeca cuando pasaba a su lado, y le colocó el arma de vuelta en las manos. —. Una última vez.

— ¿Para que puedas reírte de mí? — Aún vivía en ella aquella expresión de desprecio desmesurado.

— Te enseñaré a dar en el centro. — « Tal vez eso me salve la vida, alguna vez. »

Con su rápida respuesta, descubrió también que era mordaz.

— ¿En el centro? ¿Como tú en las finales del torneo?

Un golpe bajo… Se lo tenía merecido. Aquella vez junto los Cadzow, para su imborrable humillación, después de haber dado en el blanco decenas de veces la flecha que se suponía debía darle la victoria no hubo ni alcanzado la diana.

Hizo falta un buen rato para que Atenea finalmente diera su brazo a torcer y estuviera dispuesta a aceptar su ayuda. La noche los acarició con su brisa. Una brisa que le trajo a Connor el fresco y limpio olor a jazmín que ella desprendía. A su orden, Atenea tensó la cuerda del arco, llevándose las plumas grises al mentón.

— No hacia tu mentón — le corrigió. —. Hasta tu mejilla. Casi a la altura de los pómulos, así podrás apuntar mejor — Atenea obedeció. Y él, en resumen, señaló todos sus errores. Le acomodó los dedos que rozaban la punta de la flecha en la posición adecuada. —. Tus brazos están tan tensos como esta cuerda. Mantenlos firmes, pero no te excedas en fuerza. Separa un poco más tus piernas. Sube el codo. — Acto seguido, guardó silencio y retrocedió un paso. Quizás por ello Atenea pensó que ya estaba todo listo, y descargó.

— En el centro, dices. — soltó a desgana, cuando se hubo enterado de que había errado por dos dedos de altura y un palmo a la izquierda.

No supo si suspirar o resoplar de desilusión.

— Eres demasiado precipitada — Cogió una flecha del carcaj sobre la hierba, y se la tendió. —. Apunta, inhala, conserva la calma, disparas y, luego, respiras. Todo ello, mientras dejas al mínimo las pulsaciones de tu corazón. No es tan difícil.

— ¿No es tan difícil? Ha de ser por eso que eres bueno. — Acopló el proyectil.

— Inhala hasta el fondo — Se situó a su lado. —. Conserva la calma. — Le tocó los avambrazos para recordarle lo tensa que estaba, y de inmediato funcionó. — El viento comienza a cambiar — le avisó. —. Desde tu derecha.

Ella apuntó hacia un costado del blanco.

— ¿Cuánto más?

— Tómate tu tiempo, pero tensar durante mucho es perjudicial. Hará que tiembles y te volverá menos certera — Los mechones que ondeaban con la brisa le entorpecían la vista. Sacudió la cabeza, y volvió a las andadas. El murmullo arrancado de las hojas eran los únicos sonidos que parecían rodearlos. Connor dejó que siguiese sus instintos, y pronto no vio más remedio que quedársele viendo con el rostro de un idiota embelesado por tanta belleza. Su piel y los rasgos de su perfil eran impecables, casi serafines. — « Que apropiado, Aloy, haberle puesto el nombre de una antigua diosa. » La estudió de pies a cabeza, y se dio cuenta de lo encorvada que estaba. —. Tu espalda, recta como una fle… — Le había puesto una mano más arriba de la base de la espalda. En el momento en que sintió bajo su aljuba un bulto, se quedó con la palabra atravesada en la garganta.

Atenea se estremeció. No había necesidad de una reacción como aquella. Luego se volvió muy lentamente hasta que cruzaron miradas. La de ella era de un pavor auténtico que no tardó en corromperse en desconfianza. La flecha jamás llegó a verse disparada, pues bajó el arco, y destensó.

«Solo es un arma oculta», habría pensado si no fuera porque Atenea soltó el arco y preparó un puño para golpearlo. Connor dio un paso atrás, e interpuso sus manos. Y sin que fuera del todo dueño de sus actos se abalanzó sobre ella, cuando vio que no desistía. Ágil y de buenos reflejos, desvió el puñetazo siguiente, se hizo con su brazo, y lo llevó hasta la espalda de la chica. Hicieron falta coraje y mucho empeño para sujetarla. Y aún más para contenerla. Su otro brazo lo buscó con desesperación, pero Connor le contorsionó el primero antes de que se topase con su rostro. No tenía más opción, por lo visto.

— ¿Qué haces, Atenea? ¿Por qué tanto drama? — preguntó con la voz congestionada por el esfuerzo. — Yo también llevo cuchillos bajo la ropa.

Ella no respondió. Se limitó a lanzar gruñidos, mientras se retorcía para liberarse.

— No quisiera tener que herirte — siguió. Un centenar de escenarios pasaban por su cabeza con la velocidad de una estrella fugaz. El más pavoroso de los motivos se resumía a ella siendo el enemigo luchando por mantener la máscara. Una soga alrededor del cuello de la Reina y los príncipes, que habían logrado escapar airosos, tal vez. —¿Qué intentabas? ¿Qué llevas ahí oculto?

— Ya suéltame. — gimió, y dejó ver en conclusión que le dolían las coyunturas de los codos que estaban siendo torcidos.

Connor cedió a su dolor. La soltó, pero antes liberó una mano y sacó de la cintura de Atenea la raíz del problema. La empujó lejos de él con un hombro. Se retiró unos cuantos metros, mientras ella aún se recuperaba, apoyando una rodilla en el suelo. El alma, el corazón, todo su cuerpo, dio un vuelco con solo ver la empuñadura de metalapócrifo y la funda en diamante negro. Reculó dos o tres tambaleantes pasos, y sintió en las piernas aquella anemia de quién recibía pésimas noticias. Pero no había lugar ni tiempo para sentarse a digerirlo, porque Atenea lo observaba con mirada imperiosa teñida de hostilidad.

— Devuélvemela. No te pertenece. — musitó entre dientes comprimidos por no soltar un grito de ira.

— ¿Y a ti sí? Esto es una maldita Daga Sagrada.

Nada más fue dicho. Dedicaron los siguientes segundos a recelarse el uno del otro. Después de amagar reiteradas veces con avanzar en avasalladora indecisión, Atenea observó de reojo y por medio instante el lugar donde las espadas de ambos yacían clavadas juntas como la diana imbatible que aún eran. Las llaves del destino se encontraban a idéntica distancia tanto de Connor como de Atenea. El hilo de tensión entre ambos pareció eternizarse, pero lo destrozó junto a las esperanzas de ella, al Connor alcanzar el arco de un par de zancadas.

— ¡Hazlo! — exclamó, apuntándole con la flecha, cuando Atenea ambicionaba con dar los demás pasos en su carrera — Hazlo, y será lo último —. De manera, que se detuvo. —. Sabes tan bien como yo, que son escasas las veces en las que fallo.

— ¿Prometes, al menos, que irá directo al corazón? — quiso saber sin siquiera volverse.

— Irá a una pierna. La siguiente a otra. Y de vuelta a la primera, hasta que dejes de intentarlo — Atenea levantó las manos, y se giró. Veía la rabia relampagueando en aquellos ojos hermosos. —. Aléjate de allí. Eres imprudente y temperamental, ¿lo sabías? — No aguardó a la réplica. — Si no fuera por esas dos cosas, no habríamos llegado a esto.

— La conociste — Su voz se bañó de improviso en un atisbo de sollozo. —. La viste morir. Intentaste salvarla. Devuélvemela. Le pertenecía.

La perspectiva lo desconsoló. Había llegado arriesgar su vida y la de los que ansiaba salvar por una traidora. Inclusive su muerte le había pesado y colmado de culpa.

— ¿Aloy era parte de toda esta estratagema de la Horda?

— No, claro que no.

— Pruébalo. — ordenó tensado más el arco y siguiendo sus pasos laterales con la punta de su flecha.

Era probable que creyera ver en él unas intenciones que en verdad no poseía, pues cantó de nuevo como lo haría un pajarito.

— No hay nada que pueda decir que seas capaz de entender, porque yo tampoco lo entiendo. Eran mis padres. Crecí con ellos… Todos estos años. Y de un momento a otro, me enteré de que realmente no los conocía. Lo poco que tienes que saber es que, en su lecho de muerte, entretanto tú te dejabas la vida en tratar de darnos tiempo a despedirnos, me la entregó. Jamás la había visto en mi vida, pero los hombres a los que heriste la buscaban. ¡La Horda de las Bestias sabía que mis padres tenían esa Daga! — Casi echó a llorar con la misma facilidad con la que había amenazado con golpearlo. —. Tienes que creerme, Connor. — Dio un pasito perezoso hacia él.

Connor se distanció el mismo tramo.

— No te acerques.

— Por favor, es todo lo que tengo de mi madre. Y le prometí que la protegería.

— Esto no le pertenecía a ella — La divinizada empuñadura compartía el espacio entre sus dedos con las plumas de la flecha. —. Esto no debería pertenecerle a nadie.

— Lleva en mi familia casi veinte años. Es más mía que de nadie ahora.

— Solo hay cuatro en la Capital — indicó, frunciendo el ceño de vívida suspicacia. —. Dos para la Corona y dos para la Iglesia. Atenea, no te ves como una Liongborth y muy santa no creo que seas. Así que lo preguntaré una vez. ¿Cómo es posible que tuvieses esto todo este tiempo?

— Te he dicho todo lo que sé.

— Y lo que dices no es suficiente. — Cuando Atenea hubo vuelto a su lugar, lejos de él y de cualquier arma, le sostuvo el tiro entre ceja y ceja, y anduvo, a su vez, hacia las espadas.

— ¿Que harás?

« Alejarla de ti. ¿Esconderla? Destruirla, si pudiera. » Se enfrentaba a una incertidumbre. Sintió como el miedo le aprisionaba el pecho, aunque no hubiese sabido decir por qué. Estaba en mejor posición que Atenea, sin duda. Parecía tener todo bajo control y, aun así, se hallaba más nervioso que en toda su vida. Más tarde, supo que lo que fuera aquel cosquilleo de un millón de hormigas trepando por su brazo se desprendía de la Daga Sagrada.

Amenazadora, Atenea se adelantó un metro, con aquella presteza para cambiar de emociones de un momento a otro y reflejarlos con un sinfín de gestos.

— Dime lo que piensas hacer.

Siguió sin responder. Lo primero fue ceñirse el arco a la espalda; lo segundo, envainar su propio acero; y tercero, empuñar el de Atenea, con la santa reliquia en la otra mano.

— Si intentas escapar — advirtió Atenea. —, te juro por Dios que gritaré, y todos esos caballeros vendrán a por ti. ¿Qué crees que pensarán, cuando vean lo que llevas entre manos? Si la entregas de buena gana, se preguntarán cómo la conseguiste. ¿Qué piensas decirles?

Siguió con miedo en las entrañas incluso después de pensarlo. Todo lucía tan claro como el agua. Y aun con ello, fue incapaz de conservar la calma. Caminó hasta ella, señalándola con la punta del acero.

— Que estuve en el lugar y el momento indicado. — Esto primero era verdad. —. Que saliste a hurtadillas del campamento para entregársela a nuestros enemigos, y que frustré tu intento de traición. Eso les diré.

— Es una vil mentira. — escupió.

— ¿Y a quién van a creer? ¿Al hombre que entrega por su cuenta la Daga a su Reina o a la mujer que intentó escapar con ella? — Le colocó la punta de la espada sobre el peto de cuero. —. Será mejor que lo pienses, nadie sabe bien quién eres. Te hundirás bajo el peso de tu historia. En cambio, ser Covan me mantendrá a flote por sus juramentos.

Apartó la hoja con un golpe de revés en el plano, aparentando muy bien que no le había dolido el manotazo. Pero vaya que le dolía orgullo. Apretó los dientes, y se tragó la rabia junto a las palabras. Reconoció que de decirle algo a la reina Alice, iría directo al matadero.

— Bien, Atenea. Dame una sola razón, para no hacer que te vuelen la cabeza — La herida comenzaba a sangrarle por la ansiedad, y se llevó la mano de la Daga para limpiarse. El dolor en la cabeza le punzaba como una lanza. Ya venía siendo hora de que recuperase el aliento. Y, sin embargo, respirar costaba cada vez de más. —. Porque de alguna forma debiste haberla robado.

— Debe haber cinco — dijo, manteniendo la expresión de enfado. —. Quizás no los conocí del todo, pero me jugaría la vida al decir que mis padres no eran ningunos ladrones. — Él volvió a interponer el acero entre ambos. —. No te atrevas a llamarme mentirosa, cuando eres tú el que me extorsionar con artimañas. Cierto o no, si jugaras esa carta tuya, moriría. Aunque fuese por tu mano o no, Connor, estarías cobrándote tu primera víctima.

De vuelta al campamento, se recostó a una piedra con la espada descansando en su regazo. Había obligado a Atenea a sentarse al otro lado de las cenizas humeantes de la hoguera, donde la luz alcanzaba para distinguir débilmente su silueta de las sombras que los cobijaban. Estuvo comprimiendo la Daga Sagrada con la mente hecha un caos durante el primer cuarto de hora, hasta que entró en razón y la escondió lo mejor que pudo bajo su ropa. A partir de allí, aquella mano le tembló sin razón, como si tratase de aferrarse a una empuñadura fantasma. En todo momento, no quitó ojo alguno de Atenea. Ni ella de él.

Hacía horas habían compartido la cena e historias junto al fuego, incluso un par de sonrisas. El espacio que los separaba entonces era más grande que aquel puñado de

metros en el que no compartían otra cosa que una mutua y rebosante desconfianza. El arma lo había cambiado todo. Sentía unas ansias enormes de leer su mente.

« No me quedaré de brazos cruzados — se descubrió pensado. —. Mientras estoy aquí perdiendo el tiempo, ellos tres… ¿Qué diablos estarán haciendo? »

— Aquí entre nos — lo interrumpió Atenea. —. Tú eres el que mantiene la distancia. Pero deberás dormir uno de estos días.

Su voz no interesaba, sino lo que hiciera a continuación, de manera que hizo oídos sordos. Un peldaño por debajo de la anarquía, cayó en prontas ideas de rebelión. « Alice actúa con desengaño. Le importamos una mierda todos nosotros. Por lo que sé, nos echaría a los lobos antes de meter la mano en el fuego por la ciudad. » Furioso, cogió una roca, y la estrelló contra el suelo.

— Tendría que ir en busca de la hueste — susurró para sí —, pero no lo hará.

Guardó el resto de su nerviosa impotencia para sus pensamientos. Como de costumbre, no había hueco para el sueño entre sus pesares. Y al poco rato, una tenue luz se coló entre los árboles, bañando de colores cálidos a un mundo otrora ennegrecido. Se engañó por un segundo suponiendo que se trataba del amanecer, pero el día se encontraba tan lejos como él de la verdad. Lo supo al percibir las placas relucientes y los pasos metálicos de un andar pesado.

— Connor, ¿estáis despierto? — Ser Covan se asomó por encima de un helecho con un pequeño candil colgando de una mano; y las riendas de una yegua en la otra.

— Lo estoy, ser. — Se levantó rápidamente, secándose la sangre nívea del cabello con una manga. Ya tendría tiempo para desinfectarla y ponerse encima cataplasmas.

— ¿Ocurre algo? — inquirió Atenea.

— Nada de eso, mi lady. No os preocupéis — Ser Covan era el único que mantenía un porte cortés al hablar con ellos. Volteó a ver a Connor. —. Hemos estado organizando guardias. Cuestión de rutina. En esta, os toca conmigo. Venid.

No le apetecía la compañía de nadie, pero al menos se mantendría lejos de Atenea por todo lo que durara. Así que Connor lo siguió, llevándose con él la Daga.

— Aguarda — Los dientes tras aquella sonrisa amable le brillaban tanto como los ojos grises. Falsedad pura, como una actriz interpretando su papel. —. Si ya terminaste de amolar las espadas, te agradecería que me dejases la mía. No quisiera verme en apuros y desarmada.

Aunque de muy mala gana, se la tendió. ¿Qué podía hacer o decir que no fuese sospechoso? Había aprovechado la menor oportunidad. Qué poco había durado su ventaja. Tomó nota mental de su astucia, y se retiró manteniéndole una vez más una mirada fulminante, mientras ella quedaba sola y la oscuridad regresaba a sus dominios.

« Para cuando intentes algo, ya me habré deshecho de esto y nadie te creerá ni una palabra. »

— Serán un par de horas — informó el caballero. —. Luego, ser Lancelot y ser Bowen vendrán a relevarnos. Entonces tendremos tiempo para ir a dormir, pero ¿quién podría hacerlo? — Y a esto le siguió una incesante palabrería…

— ¿Cuántos somos los que montamos guardia, ser?

— Cuatro. Los otros se encuentran pasando la colina — Se detuvo en medio del paisaje agreste a apagar el candil de un largo soplido. —. Esta armadura no está hecha para el bosque, ¿no creéis? Hasta un anciano podría verme a cien metros. — Pero a leguas se veía que era de las personas que hablaban por hablar. —. Veréis, esto es simple. Tened presto vuestro arco y los ojos bien atentos entre los árboles. Rodearemos la base de esta colina una y otra vez, siguiendo los pasos de los demás. Ellos seguirán los nuestros. ¿Entendido?

— Entendido. — Lo había escuchado todo, pero su mente se hallaba en otra parte, muy alejada del razonamiento. — « Ninguna persona debería poseer lo que yo. Es demasiado. No puedo seguir con ella. No me queda de otra que ocultarla donde Atenea, ni Alice, ni la Horda de las Bestias puedan encontrarla. »

— Le gustan las caminatas nocturnas — afirmó ser Covan, acariciando el morro de la yegua alazana. —. Sois un jinete de exploración y además más suelto al no llevar armadura, Connor. Si se diera el caso, si viéramos algo a lo que no podemos enfrentarnos, montaras hasta el campamento de la Reina sin mirar atrás.

Reprodujo su anterior respuesta de manera idéntica.

« Lo prometiste — retumbó la voz de Grace en su cabeza —. Prometiste que me protegerías. »

Más tarde, completaban ya una media vuelta a la colina, cuando el caballero de la calva que brillaba a luz de la luna, interesado, renovó sus intentos por entablar una conversación decente. La otra pareja debía estar lejos.

— No sois muy locuaz, ¿no es así? Os veo nervioso, pero guardáis mucho silencio — Rio entre dientes. —. En circunstancias tan inciertas, en lo que a mí respecta, no dejo de parlotear. Os lo confieso, tengo más de una razón por la que estar intranquilo.

Connor echó raíces allí donde se había frenado, y siseó para pedir que se callase cuanto antes, dispuesto a hacer lo impensable: dejarse llevar por un arrebato de temeridad.

— ¿Escucháis eso? — susurró.

Ser Covan prestó todos sus sentidos a aquel rumor detrás del árbol a cinco metros de distancia. No respondió. En cambio, desenvainó la espada platinada tan lentamente que no produjo el más mínimo sonido. Connor hizo lo propio. El caballero se adelantó hacia un puñado de sauces que crecían muy juntos después de cederle el mando de su montura. Le indicó con un gesto de mano que resguardara su espalda, con lo que Connor se quedó atrás.

El resoplar exasperado del esfuerzo y el ruidito que sus garras producían al excavar la tierra eran sonidos que el Dádiva alcanzaba a escuchar de fondo, mientras repasaba en su mente, el juramento pronunciado de rodillas ante la Reina de Dranova. « No pienso seguir aquí de brazos cruzados y manos atadas. », se dijo al soltar las riendas de la yegua.

Ser Covan Thompson, dejó escapar aires de alivio al ver al huidizo animal retroceder, sin llegar a imaginarse que había picado el anzuelo. Precavido, echó un par de miradas a su alrededor antes de volverse.

— No es nada. Solo era un zorro buscando comida.

A conciencia y sin vacilación, Connor le exprimió el reishimagno, justo debajo de las fosas nasales. Las esporas le flanquearon los dedos, y le abarrotaron el rostro de inenarrable asombro al caballero. Al cabo de unos segundos, cayó presa de un profundo letargo. « Los juramentos en nombre de un ser imaginario valen menos que nada. » El peso de Ser Covan se había desplomado sobre sus hombros, junto a toda la carga que conllevaba su acto de alevosía. Había dado un único paso, pero ya no había vuelta atrás. Lo depositó en el suelo con cuidado, ateniéndose a las consecuencias.

— Lleva mi olor contigo — le dijo al zorro cuando este se hubo acercado, silencioso como una sombra. —, así *Wyke* y los demás caballos no se asustarán — El animal se restregó contra sus piernas y el brazo que le había tendido. —. Entrégale mi mensaje, rompe las cuerdas que lo atan, y tráelo.

En el instante en que el zorro salió despedido hacia la colina, Connor empezó a barajar una idea que hasta entonces no había concebido. En lugar de desaparecer el sacrosanto que llevaba, podría hacer algo distinto. Con más sentimientos y valor que sesos, había empezado a ejecutar un plan que ni a medias se encontraba. No le quedaba de otra que improvisar sobre la marcha. Enlazó a una rama baja las riendas del equino. Y sin muchas esperanzas de que funcionase, cruzó los dedos, deambulando con la sangre helada hasta que el zorro regresó con un único caballo pisándole los talones.

— Haz silencio. — le gruñó a *Wyke*, cuando relinchó de júbilo al ponerse a su lado. Y sin más, montó con eminencia y prontitud. Los restos del escuálido hongo lo conservó en la guarnición. Si aún subsistía algo de magia del letargo en él, lo necesitaría para conciliar el sueño.

Tan pronto como se encontró fuera del alcance de los oídos del campamento, renegó la cautela y avivó el paso con una chacaneada. En pocos momentos de apuro, una senda franqueada por arbustos de brezo señaló el curso de un viaje alejado de cualquier precepto y sensatez. Aunque se perdía en el horizonte bajo la lívida luz de la madrugada, el camino que había elegido yació en breves radiante en clarividencia al decidir lo que haría a en los próximos días.

Pasaron un par de minutos antes de que recibiese la presencia de aquel otro animal. La yegua alazana galopaba, siguiendo las pisadas de su caballo y dando soplidos de arresto. No advirtió la audacia de Atenea hasta que miró, consternado, sobre un hombro. Sus ojos no lo engañaban. Inclusive desde treinta metros de distancia, podía verse la determinación emanar de su mirada plateada. Montando torpemente a horcajadas, se mecía en la silla empuñando la espada que había logrado recobrar. Palabras que expresasen su propósito, por lo visto, estaban de más.

Aun cuando *Wyke* ganase la carrera, la persecución podría llevar horas, si Connor no intervenía. De tal modo que no titubeó. Haciéndose violentamente con la voluntad de un animal tan decidido solo serviría para infringir daño a ambas partes. En otras palabras, *Wyke* se frenó de súbito, y lo hizo girarse mientras cogía uno de sus cuchillos y se lo arrojaba a la chica.

Con escasa potencia. Tan débilmente que a la rubia nívea le dio tiempo a desviarlo en el aire de un espadazo.

El segundo y verdadero tiro vino después, cuando Connor hubo descabalgado de un salto y puesto la mano sobre la guarnición de su corcel. En aras de sus escrúpulos de nunca repartir muerte, le lanzó el hongo del sueño, o lo que quedaba de él, con idéntica dejadez. No fue sino hasta que Atenea lo hubo seccionado a la mitad y la nube de esporas le inundó el rostro, que la amenaza se había hecho inminente. Ella cabeceó, y fue desvaneciéndose hasta desplomarse de la silla. Sus reflejos y las sombras de la noche habían ejercido su labor.

Sagaz, aunque no demasiado rápido, Connor estuvo allí, aguardando a su caída, solo para lograr atraparla a medias. El encuentro que la parte trasera de su cabeza concertó con el suelo quizás solo terminó de enviarla a dormir de golpe.

De los árboles llovían lágrimas de otoño sobre el sendero aislado y azotado por el viento.

— Guardapromesas. Rompejuramentos — confesó, mientras se erguía con ella en brazos —. Pero tú… no haces más que estar en el lugar y momento menos indicado.

# Atenea IV

Todo había resultado en silencio y oscuridad durante no supo cuánto tiempo.

Una tenue y lejana voz despertó la primera sensación que le hizo darse cuenta de que estaba aún con vida. Poco después, un marcado olor a pasto y a madera se ganó su atención. Unas manos espantosamente firmes le aprensaban sus muñecas que ardían de incomodidad. Todos sus sentidos iban y venían en un bamboleo constante entre la inconciencia y una ligera lucidez.

Meneó la cabeza a un lado y un latigazo de dolor le azotó el cuello. No conseguía ver nada más a su alrededor que manchas borrosas sobre un lienzo bañado en penumbra. Mientras luchaba por encontrarse a sí misma en medio de tanta confusión, no oyó otro sonido que no fuera el ulular del viento y el crujido de las hojas. La pequeña silueta de una lechuza blanca descansado sobre una rama, observándola con sus ojos saltones, fue la primera imagen en dar la bienvenida a su vista azorada.

« ¿Qué es esto? ¿Qué es este lugar? » Sentía que la cabeza le palpitaba con dolor agudo. Intentó llevarse una mano al rostro, y descubrió una verdad que le erizó la piel. Yacía sentada a las faldas de un árbol, con ambas manos atadas a la espalda, y el rostro salpicado por gotas de agua que le agobiaban los ojos.

« La Daga de mi madre. ¿Dónde está? ». Se retorció angustiada entre quejidos para tratar de liberarse, pero todo intento resultó en vano. Un pellejo de agua descorchado se hallaba entre sus piernas como parte de una mala broma que se burlaba de la sed que hasta entonces no había percibido.

— Connor — El nombre se le resbaló entre los dientes como un gruñido al recordar todo lo que había sucedido. —. Connor, desgraciado hijo de... ¿Qué estás tratando de hacer?

Mirase adónde mirase, no veía más que árboles, oscuridad y más árboles. Quiso reclinarse, y al momento, las demás sogas que la ceñían al tronco se tensaron, y la detuvieron en seco. « Se ha ido — Un aire de desesperanza escapó de ella. —. Se ha largado y me ha dejado aquí a mi suerte. »

Salvo por la herida de la cabeza que la atormentase de dolor, se encontraba ilesa y con vida. Pero varada en medio de la nada… ¿Cuánto tiempo seguiría de esa manera? Echó un vistazo y de sus pertenencias solo conserva la ropa de hace… ¿de hace cuántos días? ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? La mera idea de imaginar el tiempo que había pasado atada e indefensa la aterró, más pronto se enfureció al saber que Connor se había llevado todo lo demás consigo. Todo lo que le restaba de sus padres: los avambrazos, pechera y rodela que habían sido obsequio del hombre cuyo cuerpo se pudría en las calles de la Capital, y más importante aún, el último deseo de su madre, el sacrosanto que había jurado proteger y que había perdido en cuestión de horas.

— Mentiste. Mentiste. ¡Me mentiste! ¡Solo fue una pizca! ¡Una pizca de mi confianza y te aprovechaste! — Se retorció incluso con más rabia. — ¡Malnacido, me mentiste!

Gritó, gritó y siguió gritando hasta que un rumor entre las sombras de la noche se deshizo de su voz iracunda.

— No te mentí. — escuchó decir muy quedamente.

— ¿Connor? — inquirió con espanto, tanto como si se trataba de él como si no. El sobresalto había hecho que abriera los ojos en demasía.

— Eres una piedra en el zapato en estos momentos. Un problema demasiado grande como para que encima precises en despertar a todo el bosque.

Aquello bastó para reconocer su voz prudente siempre damasquinada en serenidad. De inmediato, su furia no hizo más que ir de mal en peor y deformar su hermoso rostro en un gesto enardecido de violencia.

— Sal ahora. Sal de la oscuridad, y muéstrate.

El silencio que los precedió habló por él.

Respiró profundamente, intentando calmarse, pero la paciencia de Atenea naufragó apenas zarpar. No tardó en comprometer las ataduras, con su innata terquedad.

— ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? — Se inclinó lo más que pudo hacia delante, obligando a las sogas, que le cercaban la zona donde nacían sus pechos, a vibrar ante su esfuerzo por liberarse. — Nos traicionaste a todos. Juraste frente a la Reina que nos ayudarías. ¿Y para qué? ¿Qué ganas con todo esto?

— Ya detente. ¿No ves que te haces daño?

Y Connor no podía estar más en lo correcto. El ardor en sus ánimos comenzaba a provocarle quemaduras en la piel, pero las cuerdas parecían estar a punto de ceder.

— ¿Hacerme daño? No. Todo el daño lo has provocado tú, desgraciado explorador. Si es que en ello no mentiste también — dijo, ocultado toda molestia tras una carcajada triste. —… No siento dolor. No siento nada más que repugnancia hacia gente como tú.

Las cuerdas le presentaron batalla a su rencor desmesurado, y ganaron justamente, segundos después. La tensión de las sogas la arrojó de vuelta a la áspera corteza del árbol, de vuelta a atrás a la desesperanza, con un súbito golpe que le fastidió la espalda.

— Me salvaste, quizás — siguió Atenea, que había desconsolado su tono de voz. — Intentaste ayudarme a mí y mi familia, y aunque fallaste te quedaste hasta el último momento. Y ahora te muestras como alguien diferente — Sacudió la cabeza. —. No lo comprendo.

En un primer instante, no hubo más sonido que el de sus lamentos. Se preguntó si de verdad había escuchado aquella voz o todo era producto de su imaginación. No podía ver a Connor entre la penumbra del bosque.

— No tienes por qué hacerlo — le escuchó decir al fin. —. En el pasado hice lo que debía hacerse para evitar una calamidad, y ahora hago lo propio con un objetivo similar.

Zarandeó las manos en un intento final por desbaratar las ataduras.

— Mis cosas. ¿Qué hiciste con ellas? Mi espada, mi escudo, la Daga de mi madre. ¿Dónde están?

— Algo como esto jamás pudo pertenécele a Aloy.

« La lleva consigo — deliberó rápidamente. —. Lo que significa que no la ha tirado como dijo que lo haría. Aún puedo recuperarla. »

— ¿Y qué sabrás tú de mi madre?

— No menos que tú respecto al tema. Aunque dices que le perteneció y que te confirió a ti su resguardo, nunca la habías visto hasta hace de un día.

Atenea le mostró su irritación con un resoplido. Su necio orgullo no permitió que razonara, por más que las cosas estuviesen claras para ella. Que tanto Aloy como Marcus, dos cocineros de taberna con una vida de simples placeres, ocultaran en secreto una reliquia, un arma tan poderosa, resultaba un cuento poco creíble para cualquiera.

— Existen tantos cabos sueltos en tu historia — prosiguió Connor. —, que es difícil no volver los ojos hacia arriba al escucharla.

« La voz — Hizo oídos sordos a las palabras, no así al rumor que venía con ellas. — Parece provenir de… Está detrás del árbol. »

— ¿Quién eres en realidad?

— Eso ya lo sabes.

— Connor Bressler, jinete de exploración, un huérfano criado por un caballero… ¿Y cómo sé que lo que dices es verdad?

Rio quedamente y en voz baja. Con apenas un ligero susurro al desplazarse, Connor salió detrás del árbol, y se dejó ver a duras penas. Vestido con colores pardos y brunos, era casi una sombra encapuchada entre sombras más oscuras.

— No he llegado hasta aquí para tener esta conversación. Sencillamente, no tengo tiempo. — El búho de plumaje gris extendió las alas, y emprendió el vuelo con un chillido pasando sobre su cabeza.

— El caballero — Atenea no llegó a saber por qué lo recordó. —… Ser Covan Thompson, decía que tú eras como un hijo para aquel otro que todos parecían conocer: ser Vyler Maine. — « Tal vez dices ser quién eres. Si todos te conocen de esa forma, deberá significar algo. »

— Sirvió como mi protector en el pasado — Connor se acercó y dobló una rodilla para ponerse a su altura, mientras la observaba. —. Iré al punto de todo esto, Atenea. Entre los hombres de la Reina, hay más de uno que puede avalar lo que digo. He de suponer que he sido afortunado. Pero a diferencia de mí, nadie parece reconocerte. Es bastante sospechoso que tu nombre comenzará a resonar por las calles, pocos días antes del asalto, cuando anteriormente parecías una mujer como cualquier otra en la Capital.

— ¿Qué es esto? — cuestionó en tono poco cortés. — ¿Acaso hemos intercambiado los papeles?

— No solo eso — siguió Connor, meditabundo. —, también está este otro asunto… Te he visto combatir en varias ocasiones, y lo que he podido ver es inquietante. Aunque seas impulsiva y tosca a más no poder, casi manejas la espada con la destreza de un caballero. Y ni hablar de la fuerza con la que complementas tus habilidades. Con todo respeto, pero eres demasiado para ser solo una moza de taberna. Has recibido entrenamiento y no uno cualquiera.

Se mostró modesta y serena, aunque su sangre aún hirviese.

— Nadie me había halagado y denigrado antes en la misma oración. ¿Entrenamiento? Sí, justo así fue — Sin embargo, el recuerdo la ensombreció. —. Fue

mi padre el que me enseñó todo lo que sé. ¿Esperabas algo más? — « El verdadero. El hombre que sí fue un padre para mí. »

La luz de la luna iluminó durante un segundo su rostro. Connor entrecerró los ojos con recelo, y se retiró.

— Un cocinero de taberna entrenando a su propia hija para… ¿Qué? ¿Clavarle una espada con semejante destreza a todo borrachón que intentase toquetearla? — En su voz se notaba una irritación en ascenso.

— Marcus era un gran hombre — Sintió que Connor se burlaba de ella. Agraviada, se revolvió por última vez. —. Tú lo viste con tus propios ojos. Estuviste allí. ¿Lo olvidas? Peleaste junto él. Lo viste dar su vida para protegerme. ¿Qué más necesitas para saber quién era? Media docena de soldados hicieron falta para someterlo. Eso demuestra de lo que era capaz. — « Aunque ni yo misma hubiera podido decir que era el mismo hombre con el que había vivido. »

¿Se habría limitado todas las veces en las que entrenaban?

Connor se cruzó de brazos y estudió su rostro durante largo rato sin decir nada.

— Entre más lo pienso menos sentido tiene, pero si de algo estoy seguro es que Marcus Pryce no sería el primer chivo expiatorio en la historia de las conspiraciones.

« Piensa demasiado, más de lo debido probablemente, antes de actuar. ¿Será por ello que se mantiene en silencio gran parte del tiempo? ». Atenea enderezó las rodillas, y más tarde, logró erguirse casi por completo en un embarazoso esfuerzo. Descubrió que, por suerte, el tronco del árbol se achicaba un tanto a medida que ascendía

— ¿Sabes que creo? — expresó en su lugar. — Creo que eres un hombre trastornado. Alguien paranoico que desconfía de todos y de todo, aunque las cosas se vean claras. Hoy en día es complicado ganarse amigos de verdad. Sin embargo, Bressler, llevas el recelo al siguiente nivel.

— Está en mí ser desconfiado sobre muchísimas otras cualidades — Se acercó una vez más. Las sombras que lo envolvían no dejaban distinguir bien su silueta. —. Llegados a este punto, en casi cualquier otra situación, no mantendría una postura tan dura contra ti. — Se escuchó un siseo y el crujir de una rama. Connor reveló la Daga bajo un haz de luz menguante que se colaba oblicua entre las hojas de los árboles; visión en la que el fulgor divino del arma brillaba como un resquicio de llamas en las tinieblas. —. No obstante, esto lo cambia todo. Esta arma compra mi derecho a contrariarme y dudar de todo lo que puedas decir a tu favor. Vamos, confiésalo. ¿Cómo exactamente una reliquia como esta llegó a manos de tus padres?

Se dio cuenta de que la ignorancia sería su condena, la soga que la ceñiría esta vez del cuello, y Connor Bressler su ejecutor, en el caso de que no midiera sus palabras. La cohibía el apremio, que iba cada vez a más, del hombre que sostuviese ante ella un arma por la que muchos otros se habían vuelto locos; hombre al que había considerado un aliado solo por una noche. Se encontraba hundida bajo el peso de su propia historia. Era muy tarde para cambiar las palabras que había elegido en su primer encuentro.

— No lo sé — Lo repitió una y otra vez hasta que el susurro se convirtió en una voz áspera y encrespada. —. No puedo entenderlo, al igual que tú — Suspiró abismalmente

para alivio de su angustia —. Solo sé que no pudieron haberla robado. Eran mis padres, si hubiesen hecho algo como eso, lo sabría. Siempre fueron muy sinceros conmigo. Un par de libros abiertos que hasta el más analfabeto podría leer — Connor se había echado la capucha hacia atrás, y se encontró con los ojos críticos que se le habían negado hasta entonces. —. Ya para de verme de esa manera.

— Tan solo mira lo arreglada que estás. La cara empolvada, un aroma como de perfume y ese cabello... Exagerado, diría yo, para alguien que salió con tanta prisa de una ciudad bajo ataque.

Y aquel era otro punto más en contra, que la acercaba al precipicio y la hacía lucir culpable. Atenea lo sabía de sobra. Desde niña, al igual que le había sucedido a su madre, no había necesitado de refinar su belleza. Siempre había lucido un aspecto impecable, pese al vaivén del día a día. ¿Cómo explicarle que había nacido de esa manera? Sonaría estúpido, como otra excusa más sin fundamento.

Yacía impotente y a merced de la decisión de Connor.

— Dime, ¿qué sucederá ahora conmigo? — Un mechón níveo le cortaba el rostro a la mitad.

Enfundó la Daga en su cintura, y se acercó aún más a Atenea.

— No debería llevarte conmigo, serías una carga y un riesgo todavía mayor. Si te libero, existiría la posibilidad de que fueras tras de mí. O en su lugar, intentarías volver al campamento de la Reina. Sea cual sea el caso, yo pierdo.

Hubo un instante de silencio en el que pensó muy bien su respuesta. Preparada, tragó saliva, y eligió decirlas en un arresto de coraje.

— Existe una tercera opción, bien lo sabes. Podrías…

— Sea cual sea el caso, yo pierdo — repitió con severidad. —. Si te dejará aquí, atada a este árbol, morirías en cuestión de días.

— A tus ojos, yo soy el enemigo. Sé que lo piensas. Así que, ¿por qué te interesas en la vida de una moza de taberna cuando eres capaz de obtener lo que quieres?

— No sabes lo que quiero.

Se reclinó hacia delante de modo provocador, con ojos fríos de acero.

— ¿No? Entonces, dilo. ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué es lo que quieres, Bressler?

Como respuesta inmediata, se llevó la mano a la funda de la Daga, y su rostro impávido casi pareció entristecerse. Desvío por primera vez la mirada.

— Quiero que las cosas sean mejor de lo que jamás fueron — En esta ocasión desenvainó el arma con una lisura tal que no admitió ruido; la poca luz arrancaba destellos de la hoja con una facilidad espantosa. —. Haré lo que deba hacerse para darle fin a mi objetivo.

La Daga se posó sobre el de pecho de Atenea.

« Maldición, no ahora. No de esta manera », fue lo poco que llegó a concebir en su mente afligida tras la pérdida de aliento. Su corazón le presionaba con tal fuerza, que temió por un instante que saliera disparado. Solo entonces se aventuró a cerrar los ojos, y pensar en lo poco que había vivido tras su promesa. « Aún tengo cosas por hacer. »

— Pero, siempre de la manera correcta. — culminó Connor. Y con un leve y agudo murmullo, el filo milagroso se abrió paso. Un esfuerzo mínimo bastó para que el sacrosanto rasgara las cuerdas con la simplicidad con la que un dedo cortaba el agua.

Connor le colocó un brazo en el hombro. Y gracias a Dios porque así fue, pues Atenea se hubiera desplomado al suelo de lo contrario. Cuando las cuerdas cayeron a sus pies, quedó aturdida por tan palpable consuelo. Dejó abierto los ojos como platos junto con su boca, pero entendió que no era del todo libre; aún se encontraba maniatada. Parpadeó finalmente, y en gesto inconsciente, dedicó un momento a examinar a Connor: su cercanía, el arma que empuñaba sin cuidado, su mirada extraviada en sus pensamientos, y en especial, lo débil que era su defensa.

Situó ambos brazos al frente para protegerse, y jugó con la idea de una patada. Solo una, si lo hacía bien, podría ser suficiente para inclinar un poco la balanza a su favor. Sin embargo, algo la detuvo. Una brizna del corazón se compadeció de Connor, cuando él retiró su brazo, y retrocedió sin más gesto que un leve vistazo. ¿O quizá fue su desconcierto el que contuvo sus impulsos? El deseo de saber por qué. De alguna u otra forma, pareció despreocuparse por ella, y le dio la espalda mientras se alejaba.

— Atenea — dijo Connor con la voz desolada. —, no sé si existe el Destino. Y tal vez sea mejor no saberlo. Aun así, quisiera pensar que has llegado hasta aquí por alguna razón.

Cuando él se giró, Atenea abrió la boca, pero de ella no salieron palabras sino un suspiro abrumador. Lo observó sin perderlo de vista.

— Esto lo ha cambiado todo, ya te lo he dicho — Oprimió la empuñadura del arma. — Pero, te seré honesto: en ningún caso habría podido matarte. Hay algo en mi cabeza que me grita que esto es algo imprudente, incluso imposible. Por el bien de los que amo, decidiré ignorarla. Sin ti, esta Daga jamás hubiera podido llegar a mis manos. Sin ti, no existiría la más ínfima oportunidad de esperanza, y por ello, vendrás conmigo.

— Espera. ¿Piensas utilizarla? — Dio un paso al frente, y no aguardó a la respuesta. — Dime que no es lo que tengo en mente. Connor, entra en razón.

Connor alzó el arma, y tanteó la hoja con sumo cuidado. En sus ojos pardos resplandecía un brillo insólito de avidez, o al menos, eso llegó a juzgar.

— No ha existido jamás un objeto tan poderoso en la historia de la humanidad, pero solo tiene un único uso. Todos saben cuál es.

« Está sucediendo. La ha sostenido por demasiado tiempo ». Eran realmente escasas las cosas que se podían aprender tanto en los libros como en las callejuelas, tanto de la voz de la sabiduría como la de incultos, y una era la grandeza del poder que corrompía a todo aquel que las tuviera entre sus manos. Hasta la mente de mayor indulgencia o rectitud acababa sucumbiendo a la locura.

A lo largo de los siglos, en todo el continente y mucho más allá del mar, las Iglesias de cualquier Fe y las naciones habían librado batallas, guerras y traiciones a causa de Dagas Sagradas como esa. La llave a una potestad extraordinaria. Perseguidas con ahínco; conservadas con recelo, como si del mismísimo cáliz de Cristo se tratara. Desde el año mil, reinos e imperios enteros cayeron, hijos asesinaron a sus padres en el lecho,

amantes conspiraron entre sí y ciudades se redujeron a cenizas, por la codicia insaciable de algunos hombres.

Consagradas y maldecidas a partes iguales, muchos se aventuraban a pensar. Atenea misma no había podido mantenerse cerca de las pocas que había visto en su vida, sin sentir que un destello dentro de su ser brotaba y se esparcía veloz como la mala hierba, dispuesta a envenenar a todo lo demás.

— Piensa mejor lo que dices. ¿Cuánto tiempo has estado junto a esa Daga? Connor, te está consumiendo sin dar aviso. Suéltala antes de que sea tarde.

— Te equivocas — Y le dedicó una mueca bastante acerba. —. Esto es lo que la Horda siempre ha ambicionado. No van a quedarse en la ciudad para morir en un asedio. Irán a por una ellas.

Y sin darse cuenta de por qué lo hacía, comenzó a andar hacía él. Lentamente, y con mucho cuidado de dónde pisaba. Un paso en falso podría significar la muerte, si lidiaba con un hombre conquistado por la sed de poder.

— ¿Tú solo contra una Bestia? Es ridículo, ¿no lo ves? Ejércitos enteros lo han intentado y muy pocos lo han conseguido. Es una locura, morirás de cualquier modo.

— Sí, ya lo sé — Le dedicó una profunda mirada a la oscuridad. —. Sin embargo, ignoraré a esa voz de la razón. Haré lo que sea necesario para acabar con esto. O al menos lo intentaré, aunque me deje la vida en ello.

— ¿Por qué? — Su voz aturdida y gesto deslucido eran fiel testimonio de lo mucho que le costaba entenderlo.

Connor volvió la vista, y la observó con una mirada forjada en una determinación que se quedó grabada en Atenea. De entre los árboles surgió un viento cálido que levantó las hojas del suelo.

— Porque no hay nada peor que saber lo que es correcto y no hacerlo.

# Mary III

Era el cielo mismo. Toda una vida de sueños y ambiciones no habrían sido suficientes para prevenirla de aquella última noche de placer inolvidable. A una ristra de justicias y proezas le hubo precedido una siesta en sedas sobre plumas en una habitación plagada por buenos aromas y calidez. Había resultado una velada más sublime de lo que hubiera osado imaginar durante sus veintisiete años de vida. La única espina entre las rosas: su amado *Ramsey* no había estado allí para rodearla con sus brazos.

Saltó del garrafal lecho de la antigua Reina de Dranova, y abrió las puertas del balcón. Recibió la mañana desprovista de sus ropas, con los pechos pequeños, casi tan planos como los de una niña, y las mil y una cicatrices al aire. La frescura del viento y los olores del baluarte le azotaron el cuerpo joven pero maltratado por los resquicios del ayer. De sus heridas regodeándose y enseñándolas entonces que podía hacerlo sin preocupaciones. Hacía una mañana despejada. En el patio que colindaba con los jardines, los cuerpos de un centenar de hombres yacían cubiertos por mantas de cuervos. Mary se desperezó, respiró del aire con una gran sonrisa, y abrazó con gusto la perspectiva de un día glorioso.

— Nada como el olor a cristiano muerto por la mañana.

Sin embargo, encontrar un vestido de su talla fue una engorrosa aventura que terminó por sentarle mal. Por lo que vio en los roperos, Alice Liongborth debía ser una mujer alta y voluptuosa, porque absolutamente todas sus ropas le quedaban grandes y holgadas. Meterse dentro de ellas y lucirlas habría sido como si una vara venida a más intentase abultar lo que un obelisco. Así que no vio más opción que ataviarse con su vestidillo gastado muy habitual que le llegaba hasta las rodillas.

*Beelzebubu* le hizo olvidar el mal rato con su cariño, paseándose entre sus piernas ronroneando y restregándose contra ella. Pensaba que se habían vuelto buenos amigos en cuestión de nada.

Bajo la media luna de la madrugada, las paredes del castillo habían retumbado por los gritos de los hombres; bajo el sol de la mañana, las que gritaban eran las mujeres. Los hombres de la Horda de las Bestias envainaban dentro de ellas su virilidad, deshonrándolas incluso después de que algunas fallecieran; otras, las que corrieron con mejor suerte, se habían suicidado arrojándose por las troneras y los ventanales antes de entregar su honradez a monstruos con piel humana. Cada pasillo, recodo y muchas habitaciones eran una genuina bacanal, de un ambiente más bien fúnebre, que apestaba a sudor y lujuria.

A diferencia de los cristianos, los celtas de la nueva era alentaban el libertinaje y la promiscuidad, por lo que vio cómo se sucedían orgías de una decena de personas; sobre todo, entre los soldados y sus nuevas esclavas. A Mary tampoco le causó la más mínima impresión observar tantos actos de sodomía. Aunque estas costumbres de exponerse abiertos en sexualidad eran más toleradas que socialmente aprobadas.

No eran vistas para un inocente angelito, de manera que le cubrió los ojos al gato que llevaba en brazos.

« Cuando Asser vuelva con mi Orden Mendicante, me aseguraré de que vean todas y cada uno de estos sacrilegios. » Mientras tanto, otros se habían encargado de que el Arzobispo y sus más fervientes acólitos disfrutasen al vislumbrar el mismo espectáculo ante las celdas en las que se pudrían.

No se dirigía a ningún lugar en particular, solo paseaba por allí. Y en determinado momento, antes de que pudiese salir de la torre, una puerta doble se abrió delante con solemne estrépito, y se topó de bruces con Kairo.

— Te he estado buscando por una hora — le hizo saber su amigo con prontitud. Estaba sudando, y se detuvo un momento para tomar aire. —. El Rey demanda tu presencia. Ahora.

Por un instante en el que se consternó, pensó que se trataba de Leonor y no de Azus. Se encogió de hombros, y permitió que la condujera. Pero el hechicero tenía otros planes: la cogió por un brazo y la apremió.

En la Sala del Trono se libraba un panorama muy distinto al del resto del baluarte en semioscuridad. Los haces de luz dorada entraban por el juego oriental de ventanales altos. De lujosa y brillante excelsitud, lucía además inmensa para la veintena de oficiales que compartían junto a Azus las piernas de cerdo y el salmón con miel en bocanadas salvajes. Sentados, muchos de ellos, sobre barriles de bebida o baúles de tesoros volcados de lado. El sitial de ébano empedrado del Rey era enorme, pero había sido descendido de su plataforma para que brindase, hombro con hombro, junto a los perros bien amaestrados que eran sus súbditos.

Ocultos en los bosques, no se tenían derroches ni opulencias, por lo que disfrutaban del festín de la victoria con un despliegue de felicidad tan impropio de aquellos hombres que antes solían lucir caras largas todo el tiempo. Levantaban en alto los cuernos que cundían de vino rojo y entonaban la *Templanza Celta* rescrita de la antigua lengua, con las fauces aún repletas del banquete.

*Soy libre del yugo, como viento en el mar.*
*Resplandeciente, como lago en la llanura.*
*Soy el bramido de quién muestra su bravura,*
*Impetuoso con el filo a estos degollar.*

*Soy parte del ejército, como ola en el océano,*
*Una simple gota de rocío a la luz de la diosa sol.*
*Soy un halcón en lo alto del monte escabroso,*
*Presto a dar caza a un ratoncillo cristiano.*

*Soy la sed misma de tomar venganza,*
*Contra quienes destruyeron el antiguo pueblo.*
*Henos aquí y ahora, aguzando nuestras lanzas.*

*Soy y seré siempre un jabalí por el valor.*
*A la muerte no le temo ni le temeré jamás,*
*Porque del caldero reencarnaré por su calor.*

Como si fuese alguna clase de heraldo, Kairo anunció la llegada de los dos. Pero ningún rostro volteó a verlos más que el del Rey de la Horda de las Bestias y Dranova. Mary también se percató de que entre el grupo fue el único que no había unido su voz a la canción de conquista. Con la espada cruzada ante su cuerpo, se dedicaba simplemente a amolarla. El entusiasmo que entre los otros se removía, a él parecía haberlo abandonado como de costumbre.

En temporadas cuando la caza y el saqueo escaseaban por cualquier motivo, el hambre pululaba en los estómagos, y los más débiles, los que caían primero, saciaban las necesidades de los que yacieran aún de pie. En más de una ocasión, todos se habían visto en la necesidad de volverse caníbales, le gustase o no la idea, por lo que no había euforia más auténtica que la de los comensales de aquel festín.

— Haced silencio — exigió Rex Azus, casi sin animarse y con cara de pocos amigos. La calma no cundió de inmediato; cada uno siguió brindando y canturreando. — ¡Silencio! — rugió, levantándose de su asiento. Brynjar se encontraba ebrio, como era de esperarse, con una copa de oro en una mano. Fue el último en ahogar sus palabras y retomar la compostura, más allá de la impericia en sus sentidos embotados por el vino y la cerveza. — Es suficiente por hoy — les anunció, mientras le arrebataba la copa al vikingo. —. Ganar una batalla, aunque sea la más grande hasta ahora, no nos garantizará la victoria. Todos a los que no les dirigí la palabra al llegar, vuelvan a las andadas; el resto, quédese donde está.

Dicho y hecho, la mitad de los hombres dejaron sus bebidas en dónde mejor les pareció. Se dirigieron a la salida sin rechistar. Jinzo *Cuatro Dedos* ni la volteó a ver al pasar a su lado, pero Bile y Fergus se tomaron la molestia de dedicarle cierto desprecio con una mirada. Ella se las devolvió, con el doble de desdén. Y otros tantos se esfumaron sin que fuesen dignos de mención.

« Aún les escuece que Raymond me colocase por encima de ellos, por más que fuera una sola noche. » Todos los que permanecieron sentados ostentaban los brazaletes de plata en torno a sus brazos.

— Tú también, Kairo. — siguió, desechándolo con un gesto de mano.

— En seguida, Majestad. — reverenció.

El Rey caminaba hacia Mary con la copa de vino en la mano. Y Brynjar aprovechó este descuido para robar alguna que habían dejado los demás.

« ¿Qué querrá de nosotros esta vez? », se preguntó Belial.

Al gato no le agradaba nada su presencia, de modo que Mary tuvo que ponerlo en el suelo, para que se alejase. Azus le entregó la copa. En comparación con ella, lucía como una torre de hierro de negro y plata. Debajo de aquella impasibilidad y la media tristeza

oculta de sus ojos, conservaba unas bolsas grises que lo hacían ver de mayor edad. Ambos se mantuvieron la mirada por largo rato.

— ¿Por qué me mandaste a llamar…, Majestad? — dijo finalmente. Todos acostumbraban a venerarlo como si fuese una especie de semi-dios; se inclinaban ante él a la mínima, menos Mary. — « Cree que estoy loca. Bueno, sí estoy loca a veces, pero él piensa que no soy nada cuerda. Por eso no intenta intimidarme para que le bese los pies como a los otros. »

— Quería agradecerte en persona lo que hiciste — No lo había visto hasta aquel instante, llevaba ambas Dagas Sagradas enfundadas y ceñidas a un cinturón. Él se hizo con una de ellas. —. Cumpliste a rajatabla la encomienda y lo aprecio. Hubo algunos que murieron en el intento; otros, me fallaron, pero tu cumpliste.

Se hallaba débil, no físicamente al menos, eso lo supo con tan solo una ojeada. Su tono de voz era más calmado, aunque seguía siendo hosco. Hablaba casi en susurros. Cuando le puso una mano en el hombro de forma amistosa a Mary, lo extraño se tornó ridículo.

— De nada. — respondió ella, escondiendo su asombro.

— Una cosa más. — Lo ridículo se volvió impensable, al rodearla con un brazo y apartarla de los oídos de sus hombres. Era evidente que lo que oiría a continuación debía morir con ella. —. Quiero que respondas unas cuantas preguntas.

— Dispara. — dijo, bebiendo un sorbo. Un segundo después cayó en cuenta que Brynjar había bebido de allí, y devolvió un chorrito de vino a la copa.

— ¿Qué tantos Interfectos puedes crear ahora? Antes solo eran veinte, ¿cierto?

— Cierto — asintió. Y siguieron alejándose. —. Han pasado ya años y sigo perfeccionando mi don. No sé si tendré algún límite, pero hoy en día no puedo mantener a más de treinta. Es una guardia, no un ejército.

— No quiero un ejército de Interfectos. — Cuando Mary miró hacia arriba para verlo, descubrió una mirada que ella bien conocía; trataba a toda costa de ocultar cierto dolor. — ¿Cuánto es su vida útil? Si se puede considerar vida a eso.

— Depende mucho de la salud del cuerpo y su estado de conservación. Nadie se ha mantenido más allá de los cuatro meses. — Se detuvo, y se zafó de la mano con cierta brusquedad. — ¿Por qué me estás preguntando esto…? Majestad.

Él le dedicó una mirada despreciativa. A causa de su insolencia, tal vez.

— Deseo traer de vuelta a alguien.

— No puedo traer de vuelta a nadie — Quería preguntar a quién deseaba revivir, pero no le hizo falta Belial para saber que no debía. —. Ellos son mis súbditos, un cascarón casi vacío que solo piensan en cumplir mis órdenes. Quién haya sido esa persona, no volverá a causa de mi don de Dádiva o por la magia de sangre. Eso ya entra en el terreno de la necromancia, y francamente dudo que funcione como lo esperáis.

Azus asintió con severidad. Caviló al respecto unos instantes, pero nada pudo hacer o nada quiso para encubrir su descontento.

— No hagas honor a tu fama de boca suelta esta vez. ¿Entendido, Blood?

— Sabía que diríais algo como eso. Entendido, Majestad.

— Acompáñanos. — le ordenó después, extendiendo el brazo en dirección al grupo para que ella fuese primero.

« ¿Quién lo diría? — opinó Abadon graciosamente — El perro mayor y más rabioso de la piara tiene sentimientos. »

« ¿Qué tantos sentimientos? » A Mary le picó la curiosidad. Tenía entonces que llegar a la raíz de aquel asunto. Pero a su debido tiempo.

— Necesitamos a todos los que podamos — siguió él, con la voz potente reanimada, mientras admiraba a una de las Dagas envuelta en su vaina de diamante negro. —. Ya que están muertos, no serán una baja considerable. Quiero a tu guardia en las calles día y noche. Sé que puedes advertir ciertas sensaciones que ellos experimentan aun estando muy lejos, lo cual nos vendrá bien.

— Entendido, Majestad — repitió maquinalmente. Sin embargo, se sonrió. —. Hay que tener más ojos puestos en la ciudad. — « Y menos ojos puestos en el baluarte. Qué conveniente. Para ambos. »

Tuvo que reconocérselo a Azus. Puede que sí estuviese un tanto loca. Eso, o se estaba quedando ciega, por no haber reparado antes en Él entre los comensales sin mesa.

Restaban por lo pronto diez de ellos entre los que se encontraban también Raster, Kurt, ser Agnar y uno más que lucía muy arreglado con una casaca gris y barbita en forma de pica.

Demás rostros aparte, en labios de Mary, *Ramsey* era excesivamente bello. Tanto que sulfuraba de sobremanera a algunos guerreros, que tenían miedo de perder a sus mujeres. Pero él le guardaba fidelidad y predilección. Todos lo sabían. Tan pronto cruzaron miradas, su amantísimo le hizo un gesto para que se acercase. Las ocasiones en las que había estado a su lado eran incontables, como las hojas en un gran árbol, y, aun así, de puro sentimiento algo dentro de ella se revolvió, agitándose como mariposas en el vientre.

Lucían corazas de cuero y cota de malla, salvo por las placas de hierro del Rey y ser Agnar, las sedas del desconocido y el pecho al aire de *Ramsey*. Mary era la única que poseía las cuerdas entorchadas de bronce como brazaletes.

— Un brindis — El de los ojos de esmeralda le sonrió, y levantó la copa. —. Por la hermosa mujer que trajo hasta a nosotros la llave al nuevo mundo. Por Mary. — Todos alzaron la mano de la bebida de buena manera, obviando a Raster que lo hizo con disgusto. Y aparentemente, aquella mañana era día de los imposibles, porque *Ramsey* la cogió de la mano en público y la atrajo hacia Él, para que se sentara en su regazo. Después, le dio a beber de su cerveza.

Alguien tomó la palabra, Mary no llegó a hacer oídos, y aquella voz forjó un nuevo brindis. Nada más Raster permaneció sin unirse. El líder de oteadores era un sujeto sacado del peor rincón del Tártaro, muy para su desgracia. Tenía la cara casi tan redonda como una moneda y el cabello cortado en forma de cuenco; unas cuantas hebras castañas que le caían por la frente intentaban ocultar sus cejas por poco unidas por un puente de vello. Llevaba la ropa de cuero de montar, ligera y resistente, pues

pasaba todo el día cabalgando junto a sus hombres y avizorando los límites de cada campamento de la Horda.

— Estoy orgulloso de ti. ¿Ya te lo había dicho? — le murmuró su amado al oído antes de concederle sus labios. Y Mary finalmente lo entendió, solo quería marcar territorio y, ya de paso, hacer enojar al líder de oteadores. Mary y Raster tenían solo dos cosas en común; ambos eran Dádivas y ambos amaban a Mary con locura.

« Pobre hombre », pensaba a menudo con una astilla de dolor en el corazón. Luego, recordaba que era un cabrón indeseable como ningún otro, y se le pasaba.

El carraspeo del hombre de la barbita se convirtió pronto en una tos que intentó salvar con un poco de vino.

— ¿Y quién es este? — inquirió Mary para todo el que la escuchase.

— ¡El lord confabulador! — Brynjar se había tardado ya en soltar un grito. Borracho, sacudió al otro sujeto. Y mientras carcajeaba, entrechocó las copas con él.

Sin hacer mucho caso del vikingo, logró aclararse la garganta.

— Tengo el gusto de haber sido el consejero del antiguo Rey, mi lady, lord Edward Stanford.

Mary supo ubicarlo al instante. Ya había oído todo acerca de él. Abrió los ojos desmesuradamente de tamaña impresión.

— ¿Tú eres de quién Jensen nos habló?

— ¿Quién es Jensen?

— Una Dádiva más — zanjó el asunto el nuevo Rey. —. Una que creía conocer el destino del mundo.

— ¿Una más? ¿Cómo podéis decir eso? — Mary se consternó. Sin ella no habrían probado, y no estarían por probar una vez más, el dulce sabor de la venganza. — Nos dijo quiénes somos, quiénes fuimos y quiénes seríamos en el porvenir. Sin ella y sus profecías, no estaríamos aquí.

— Ya basta, Mary. Cierra la boca. — le advirtió Kurt.

— No, no basta. No me callaré. Ella nos dio un propósito. Somos lo que somos, gracias a que sus palabras nos trajeron aquí, para empezar. Somos los Jinetes del Apocalipsis de quienes habló, yo lo sé.

Lord Edward Stanford se llevó una mano al mentón y se le quedó viendo con curiosidad.

— Fantástica primera impresión, mi lady.

— Deja de decirme así, no soy una dama. — le anunció, despectiva. No sabía por qué, no tenía razones más bien, pero se enojó también con él.

— A ojos de un hombre cordial, toda mujer es una dama.

— Ah, ¿sí? Pues… — *Ramsey* le cubrió la boca con una mano fugaz. De todos modos, aquello fue agradecido, porque no habría sabido cómo responder. Lo siguiente que vio fue al Rey observándola con un desprecio asesino.

— Mide tus palabras, bocaza. — le indicó *Ramsey*, muy suave. Aun así, dejó la mano allí.

Edward se giró hacia el Rey.

— Debo preguntar, Majestad, ¿lo que os impulsó a aceptar mi propuesta fue una profecía conferida por un tercero?

— No es mi mayor orgullo — confesó Azus al cabo de un rato más de desdén hacia Mary. —, pero esto es lo que sé: no hay espía en el mundo que pudiera conocer de cualquier forma posible las cosas que esa mujer sabía sobre nosotros.

— Y todo lo que no nos llegó a decir… — pensó *Ramsey* en voz alta.

— Era una Dádiva — añadió Azus. —. Su sangre me lo dejó ver. Si su poder no consistía en conocer lo irreconocible, no tengo idea de que haya sido.

— ¿Y qué fue de ella? — preguntó Edward.

— Le clavé mi espada en el corazón.

De allí en más la conversación fue por rumbos banales y desesperados para reconciliar la confianza. Un poco de esto, un poco de lo otro, pero nada tan sostenido como lo anterior. Se habló de los rehenes nobles, de los sobrevivientes de la Guardia de la Realeza en los niveles más profundos de los calabozos, de los preparativos, del ejército de un tal ser Logan y del día en que de nuevo se les soltaran los amarres a las huestes de la Horda. Mary no dijo nada más, no se atrevía a jugar con fuego. Y lord Edward mucho menos, según parecía. El hombre se dedicaba a prestar atención en silencio, mientras cavilaba y tocía ligeramente.

En medio del funeral de un tópico, *Beelzebubu* reunió la suficiente valentía como para acercase y saltar a las piernas de la hechicera. Raster estaba maldito en cuanto a belleza, pero el don de Dádiva le hacía tener todos los sentidos agudizados hasta límites impensables para ella. Con la mera cercanía del gato, comenzó a estornudar por culpa de los pelillos que soltaba y del tufo de su orina que había rociado en las lindes.

— Llévate a eso de aquí — le exigió, cubriéndose la nariz. — Llévatelo lejos.

Tal desprecio a su adorable amigo hizo que se ganase su mayor inquina. Sentimiento incitado, dicho fuera de paso, por el rencor de innumerables riñas de otras épocas.

— Ponte un pañuelo, si quieres. O mejor búscate un bozal, aunque tú nunca muerdas, cachorrito.

Muchos no hicieron más que reírse, menos Raster que se tomó mal el comentario. No se levantó ni se llevó la mano a la espada, pero dejó en claro sus intenciones de hacerla pagar también por las constantes negativas hacia su amor de canalla.

— Y si no te parece bien, arreglemos esto afuera — Mary no estaba de humor y le salieron las palabras sin pensar. Le había estado hirviendo la sangre desde hacía tiempo.

Pero antes de que cualquiera saliese por la puerta o siquiera se alzara, Edward carraspeó muy fuerte, de manera que llamó la atención. Posó sus ojos sobre la hechicera, pálido como si acabase de ver a un fantasma.

— Mi lady, por favor, antes de que hagáis cualquier otra cosa… Decidme, ¿cómo era esta tal Jensen vuestra?

Se extrañó de aquello desde luego, razón por la cual observó a cada uno de los oficiales y hasta al mismísimo Rey antes de pensar en abrir la boca.

— Uh… No lo sé. Soy pésima para hacerme a la idea de rostros y describirlos.

— Algo debéis recordar, seguro.

A cuentagotas se fue fraguando una pequeña imagen en su mente. Bastante difusa.

— Hablaba nuestro idioma, sí. En ánglico — inició despacio. —, aunque tenía estos ojos… Como la gente de Akerudaichi o aquella otra nación cuyo nombre es más largo y complicado.

— ¿Oriental? ¿Con cabello oscuro, rostro curtido y ropas descocidas? — Ella asintió vigorosamente, mientras Edward hablaba con cierto temor en su voz. — ¿De sonrisa abierta y acento marcado? ¿Un hombre la acompañaba?

De alguna forma, había acertado en cada uno de sus rasgos.

— ¡Es ella! — señaló, emocionada. — Quiero decir, debe ser ella. Pero… ¿Cómo sabes todo eso?

Más de un cuello tronó al girar de golpe. Derrochadores de incredulidad y alarma, cada par de ojos apuntó a un objetivo en común: a un lord Edward Stanford encogido, que al vacío se hallaba mirando sin ver. Rex Azus le repitió la pregunta casi sin aliento.

— Hay mil preguntas ahora mismo. Y la vuestra no se acerca ni por asomo al podio — Respiró a fondo, haciendo acopió de valor, tal vez. —. Sabéis porqué motivo estáis aquí, todos vosotros, sabéis qué me ha llevado a esto. Sin embargo, a día de hoy aún no se os ha pasado por la cabeza el cómo sé lo que sé acerca de mi enfermedad. Esa ha sido la cuestión de la que nadie ha querido platicar.

— Entonces, platiquemos — soltó el Rey. —. Rápido, al punto, sin rodeos.

De todas maneras, se entabló un silencio cargado de tensión. Pero afortunadamente Edward se decidió un segundo antes de que la espera se tornase en impaciencia.

— Le pregunté su nombre, en varias ocasiones, aun así, nunca me lo dijo. No mostró interés en responder mis interrogantes, sino sencillamente en hablar sobre mí y lo que me depararía el futuro. Era tal cual lady Mary afirma que lucía esta «Jensen». Para persuadirme, también habló respecto a mi pasado y acertó por completo; incluso en vivencias que yo mismo había olvidado. Antes que todo lo demás, me confesó que aquel día marcaría mi vida con tinta imborrable hasta el día de mi muerte y que yo era apenas una pieza más en un gran juego, una contienda milenaria. Y me profetizó una cosa antes de partir al Oriente.

Mary no llevaba por costumbre parpadear con regularidad, y en momentos como aquel, que requerían poner empeño en todos los sentidos, menos lo haría.

— Te habló sobre nosotros, ¿verdad? — se apresuró a decir, abstraída en sus propias fantasías. — ¿Sobre los Jinetes? ¿Verdad?

Lord Edward volteó a verla solo para negar con la cabeza.

— En lo absoluto. En mí ya estaba el conocimiento de vuestras ambiciones a futuro y la identidad de Raym… De Azus como vuestro Rey. Ella simplemente habló sobre una enfermedad que me llevaría a la ruina y los síntomas que fungirían como heraldo de una decadencia inevitable. Ella dijo: «En algún punto, no habrá más vuelta de hoja. Aunque ya esté escrito por el Destino, haz lo que tengas que hacer para obtener un final memorable en tu historia. Mi trabajo aquí ya está hecho.» — Calló para que alguien más tomase la palabra. Medio minuto después, se vio obligado a continuar. —. Como podéis

ver, soy un hombre incrédulo a toda creencia. Elijo no creer. Sé lo que sé y punto. Y aquella vez, creí saber que no eran más que patrañas de una mujer loca. Pero cuando los síntomas de esta enfermedad arribaron de un día para otro, las palabras de esta Jensen sonaban en mi cabeza a cada hora.

— ¿Se fue al Oriente dijiste? — *Ramsey* se hallaba tan sombrío como cualquiera, y removió a Mary de encima de sus piernas para alzarse. — ¿Hace cuánto tiempo?

— Pronto serán dos años. ¿Por qué preguntáis?

Entonces, Rex Azus también se levantó con cierto pesar y un gesto caviloso.

— Porque creíamos que había venido desde el Occidente, cruzando el Mar del Ocaso en el que nadie sabe que hay más allá del horizonte.

— No, no, no — Mary no sabía bien que pensar al respecto. Un par de cortesanos le habían hecho saber acerca de un descubrimiento de un buque barmano. —. Pero si hay una isla enorme allá. Un continente, quizás. — De todas formas, nadie le prestó interés. Era tan corta de estatura a comparación, que tendría que saltar para hacerse ver entre los rostros que se miraban en suspenso entre ellos.

— Nos mintió en ello, pero ¿qué hay de lo demás? — arrojó Brynjar, otra gigante de casi dos metros.

— Buen punto — Kurt se sumó a la conspiración. — ¿Qué hay de las profecías? La de la Luna de la Sangre, la de La Lluvia de Fuego y la tercera que nadie entendió bien.

— La de los Jinetes del Apocalipsis. Esa. — le intentó recordar Mary.

Por lo menos, Edward Stanford no eran tal alto. Ocho palmos, más o menos.

— No, estáis viendo todo el panorama. Con todo lo que nos ha dicho, ¿por qué mentiría en algo como eso? Quizás no hemos sido los únicos a los que visitó.

— Hablemos esto en mayor confidencia. — cortó Rex Azus, observando a Mary de soslayo.

Y de ese modo se apresuraron a retirarse con caras largas y miradas sagaces de la gigantesca Sala del Trono. La hechicera cogió a su amado por la muñeca, y lo zarandeó para detenerlo.

— Pero *Ramsey*, espera.

— Luego, luego — Se zafó de ella rápidamente. —. Tú quédate.

Se encontraba emocionada porque la Horda, y no solo ella, comenzase a creer de pleno en lo que había augurado Jensen. Existía algo en toda la extraordinaria idea de que fuesen parte de una importante profecía que le resultaba exquisita y atrapante.

Por otro lado, no disfrutó ni un poco que fingiesen que no estaba allí.

— ¡Pero alguien que lo diga! — gritó a todo dios, mientras los hombres se iban yendo de un lugar en el que cada palabra surgía amplificada — ¿¡De esto ha salido algo bueno o mi bocaza lo arruinó otra vez!?

Nadie respondió. No pasó mucho tiempo hasta que las enormes puertas de cobre se cerraron con estrépito y solemne choque; sentencia que dictase que a nadie le importaba en lo más mínimo. Luego de que los ecos fuesen rebotando de aquí para allá y terminasen por morir, hubo un gran silencio cargado de vergüenza.

— Qué groseros — musitó. A manera de consolación, *Beelzebubu* se pasó entre sus piernas y maulló de manera tan gustosa que pareció casi un ronroneo. —. Tú sí que me das toda tu atención, gato. — Lo alzó en brazos con una sonrisa de oreja a oreja. Antes de partir, rozó su naricilla con la suya una y otra vez en un besito esquimal.

A medida que dejaba atrás la habitación desértica, un extraño hormigueo en el cuello la fue haciendo presa de sus dedos. Y en seguida, un escalofrío le recorrió toda la columna vertebral, sacudiéndola y dejándola aturdida un momento. Se quedó de piedra, y unos segundos más tarde el resonar de sus pasos se detuvo con ella. Juró con una mano en el corazón que había alguien detrás. Podía sentir como dos ojos que no paraban de observarla desde un lugar remoto, que, sin embargo, podían llegar hasta ella de un plumazo.

Pero cuando se giró, vio que no había nada más que un trono de ébano y unos cuantos cofres y toneles de vino.

— ¿Jensen? — preguntó.

El eco producto de su voz le respondió de vuelta.

« Creo que los vivos y los muertos se baten en duelo para ver a quién le importo menos. », se dijo con cierta gracia.

Naturalmente pudo haberse tratado de una simple y fugaz alucinación. Todo el mundo las tenía de vez en cuando.

« Algunos más que otros », arrojó Abadon, en tono punzante.

— ¿Qué insinúas?

« No sentí nada », confesó Belfegor, el de la eterna pereza.

— Tu nunca sientes, oyes ni ves nada.

« No sé si eso fue muy normal, chica », mencionó Belial.

« Normal que piensen que estás loca », apuntó Haborym, como intentado echar sal a una herida ya cerrada.

— Silencio

Todo el mundo tenía alucinaciones o delirios de vez en cuando. Inusual era que alguien no tuviese una historia sobre cómo había escuchado o visto algo que en realidad no estaba allí. Al menos una vez en vida.

A horas de la tarde pasaba a caballo sobre un monumento a la carnicería sin precedentes. La lluvia inmensurable de dolor que había caído durante la noche convertía a las calles en un sembradío de putrefacción en sangre y vísceras. Había desagües todavía atascados por restos mortales de un rojo tinto que iba tornándose en miasma y podredumbre negra. Algunos cadáveres se hallaban hinchados y otros tantos devorados por los cuervos. Los edificios de piedra se alzaban por encima de los montículos de madera quemada, pero en su interior aún ardían llamas comunes.

Las habilidades de equitación de Mary dejaban mucho que desear, de manera que Kairo, aunque tampoco muy capaz, conducía al equino en medio de la multitud de guerreros. A sus flancos, retaguardia y delantera, a donde fuera que mirase, un hombre o una mujer montaba a caballo o marchaba a pie, con arma presta en manos y una pieza musical bailándole en los labios; una sinfonía suicida acompañada por millares de voces

en coro y, a la vez, una encomia a la desesperanza para el pueblo al que a partir de entonces gobernarían.

Dos de cada tres celtas se encontraban pintados en verde o azul sobre tinte blanco, con diseños de espirales y nudos en torno al tronco superior. Los nudos representaban la conexión con la naturaleza, de la cual el humano era parte; mientras las espirales la vida eterna. Pero, al fin y al cabo, no lucían como otra cosa que no fueran demonios de la luz del día para el buen y temeroso cristiano.

La Plaza de la Expiación encontraba sus cimientos asediados por construcciones reducidas a escombros y una ciudad inerme despojada de toda su antigua gloria. La plataforma de madera que se mantenía todo el año elevada para ejecuciones había sido trabajada en abedul, cosa interesante, ya que los celtas pensaban que el abedul preparaba a los humanos para encarar el futuro con esperanza.

Los campesinos de las afueras habían sido los primeros cuyas vidas fuesen saqueadas de sus cuerpos, pero aquella masa de gente a la que se había violentado para congregarse allí se mostraba más zarrapastrosa y doliente como el más humilde.

— Hasta los muertos gritarían, si no estuviesen, ya sabes, muertos — señaló Brynjar una vez sobre el cadalso, tambaleándose de camino a la sobriedad.

— ¡Lo que veis es lo que somos, supervivientes! ¡Soy las ganas de vivir, pero también me he convertido en la frustración encarnada de quien alguna vez anheló y acabó por perderlo todo por culpa de otros! ¿¡Qué me ha dado esta ciudad que no sea rechazo y una vida de aislamiento!? ¡Bienaventurados seáis los que me habéis ayudado tomarla!

Raymond Hailstone no se iba nunca por las ramas. De mirada imperiosa y voz más potente aún, se hinchaba de ira y orgullo en pro de continuar clamando en un paraje a reventar por una población ya adoctrinada a guardar absoluto y denigrante silencio. Un rostro huraño que según el ángulo en que se mirase podría considerarse regular o poco agraciado, mostrando de alguna forma la faceta más hierática de un conquistador. El odio con el que se había educado, lo precedía.

— ¡La mayor parte de vosotros, inhábiles, imbéciles, deleznables y desvergonzados, habéis ido por allí actuando sin reparo con una venda puesta y los ojos ansiando solo ver falacias! ¡Los demonios a los que tanto temíais os sitiaron finalmente, como veis, desolando todo lo que su revivida voluntad alcanza! ¿¡Pero por qué los odiáis, si vosotros, vuestros antepasados y los ideales que todavía perseguís han cometido las mismas atrocidades durante siglos!? ¡Miraos los unos a los otros, hipócritas, y sentid vergüenza, cuando lloréis a los que han caído y a los que seguirán cayendo hasta que el sol alguna vez se apague! ¡Sentid vergüenza por haber lanzado la primera piedra! ¡Yo os lanzaré la última, con todo el peso de un puñado de culturas a las que devastasteis y los cientos de miles de vidas masacradas!

Mary desvió la mirada hacia arriba, justo a tiempo para presenciar como una estrella aparecía en el crepúsculo y recorría un tramo del cielo hasta desaparecer. Luego otra, y después otra, y así hasta sobrepasar una docena. Cada una dejaba una estela que sobrevivía un segundo luego de que la estrella se esfumara para siempre.

Pestañeó repetidas veces de semejante y grata sorpresa.

« Pidan un deseo — arrojó el Orgullo. — Lo que yo quiero ya se viene esta noche»

« Deseo brazaletes de oro », pidió la Codicia, con mucho anhelo.

« ¿Para que brazaletes? — chistó la Envidia. — Deseo una corona »

Los cinco restantes se hallaban demasiados ocupados en otros temas como para importales aquellas vistas tan raras y maravillosas.

Y a ella no podría importarle menos toda aquella obra teatral de Azus. Su anciano Maestro de Hechiceros y su amantísimo le habían pedido que asistiese. *Ramsey* se hallaba entre Kurt y Bile en la hilera de oficiales que se erigía a la derecha del cadalso; Laparc, en cambio, a un costado de ella, tan cerca que desgraciadamente su hedor rancio le llegaba sin dificultad.

El viejo se ataviaba con una bata de lino gris, cosa que lo hacía lucir aún más frágil e inofensivo. Al resto de los druidas se les había hecho un hueco también, Mary no se explicaba cómo, al lado de su mentor, en una fila de trece zopencos tallados a partir de la misma madera.

« Madera de carroña, madera podrida », pensó, inclinándose hacia delante y echando un ojo despreciativo a los tres que más tirria le provocaban: Rhiannon, Isen y Mebdh. Habían sido ellos los que sin mucha razón la odiaron desde su primer día en la Horda. Era sabido que Laparc había pretendido ser el nexo que por fin uniese en armonía a ambas facciones, la de los druidas y la de los hechiceros de sangre, pero su mayor ambición en vida no había cosechado grandes frutos.

El careto de Isen volteó a ver hacia donde se hallaba Mary, y este con el codo le advirtió a Rhiannon que los estaba observando de mala manera una vez más. Y como era de esperarse, la druidesa le devolvió la mirada, triplicada en menosprecio y desconfianza.

En tiempos en los que los celtas habitaban aldeas amuralladas, los druidas habían sido respetados con tal nivel de temor que podían frenar una batalla, si se paraban entre ejércitos de tribus rivales. Sin necesidad de alzar la voz. Su mera presencia había sido suficiente. Pero a sol de hoy, solo les restaba para mantenerse útiles algunos procedimientos judiciales, cierto grado de filosofía y una que otra nimiedad.

— Muerta la deseo — susurró, a la espera de que pudiera leer sus labios.

Rhiannon llevaba una torques tradicional a la altura del cuello. Era una especie de collar de cobre abierto en la parte delantera, como una herradura. Vestía collar como la perra que era. La muy puta. Maldita fuera.

Todos los demás debían levantar la cabeza hacia la plataforma, para observar como presidían el acto.

— ¡Sobre este cadalso, sobre el empedrado de esta vieja plaza y el suelo en el que estáis parados se ha derramado mucha más sangre y cenizas! ¡Cruces y clavos para los apóstatas! ¡Hogueras para los herejes y brujos! ¡Horcas para los que se levantasen en contra de vuestras prácticas! ¡Y pedradas por la menor falta cometida! Juzgando a diestra y siniestra, sin mirar a izquierda ni derecha, a quienes no piensan como vosotros. Hasta ahora. Ya no habrá más crimines impunes.

El Rey de la Horda de las Bestias y Dranova no faltaba a la verdad. Si lo que había llegado a sus oídos fue lo que Raymond en verdad escupió de su boca. Se encontraba inquieta, sudando a mares, por más que solo moviese sus manos en gesto nervioso. Su cabeza se iba convirtiendo de a poco en una tempestad de voces que revolvían sus propios pensamientos. Intentaba ahogar en la medida de lo posible los juicios de sus amigos, a fin de aparentar buena cordura. Sus expectativas en cuanto a la noche próxima a caer rozaban ya las nubes, y tanto Mary como sus más íntimos empezaban a impacientarse.

Hubo tiempos no muy distantes en el que no podía siquiera mantenerlos al margen.

El panorama era excepcional, sin importar que el sol poniente le estuviese fastidiando la vista. Los soldados rasos y otros tantos que alcanzaban a exhibir apenas un brazalete marchaban entre las centurias de ciudadanos que se habían dispuestos en toda la extensión de la calle y los escombros de incontables edificios. Debía haber, por lo menos, cien centurias hasta donde conseguía verse, y las custodiaban todas a punta de lanza y espada. Los Ossisquamas rondaban más tensos que la cuerda de un arco, gruñéndoles y babeando como enormes perros, a los pies del cadalso.

Encerrados como corderitos. Sin embargo, eran otros los corderitos que la hacían tiritar de la emoción y no los allí presentes.

— ¡Herejes, apóstatas y nacidos con el don de la hechicería, venid a mí, venid a nosotros! ¡Y aquellos mal llamados «brujos», que os denomináis en realidad Dádivas, y cuya sangre se torna blanca con el aire, ¡venid! ¡No le debéis nada a este pueblo malagradecido! ¡Escupidles de vuelta, como yo lo he sabido hacer! ¡Uníos a mí y barred a quienes os mitigaron desde el principio de los días!

De poco valía la legitimidad frente al poder.

Los celtas, y en cierta forma también Mary y Azus, yacían en aquella ciudad de mil delitos, para recuperar su libertad, sus tierras ancestrales y un futuro arrebatado generaciones atrás. Pero antes de que todo eso sucediese, antes de siquiera fundar ciudades, familias y una vida próspera, estaban obligados a quebrar la Cruz. Apisonarla, rebajarla a astillas y finalmente a polvo. De lo contrario, ningún celta estaría por completo seguro, siguiendo las tradiciones que eligiese, hablando una lengua diferente y creyendo en sus propios dioses.

Tan pronto el número de dranovenses audaces que renegaron su hogar para pedir favores a la Horda rebasó la quincena, se alzó una marejada de consternación, desembocando en poco más que tímidos abucheos e injurias que los soldados supieron evaporar a golpes. Durante la siguiente media hora, estuvieron reclutando herejes y apóstatas como moscas que arribasen por cuenta propia al festín de los grandes señores. No estuvo ni cerca de llevar la cuenta.

Pero ocho fueron los que se acercaron haciéndose llamar «Dádivas». De ellos no quitó ojo. A la hechicera de ojos de lapislázuli le sorprendió para bien que fuesen tantos; tres eran mujeres jóvenes; otros cuatro hombres ya adentrados un poco en la vejez; y el último era un muchacho con ciertos rasgos orientales, al igual que Jensen, que no conocía bien la lengua local y no tendría más edad que Iloura. A todos se les veía

fuertes para guerrear. Sin embargo, probablemente iban a formar a la vanguardia de cada batalla, con lo que irían muriendo sin que a nadie les importase. Los encaminaron hasta Laparc, y este derramó su sangre rasgándoles la palma con un cuchillo. Después, se enteró de que serían los druidas quienes oficiarían la iniciación de los reclutas.

— A nuestro lado, aprovecharás el don que Mathgen te ha otorgado — le decía el anciano a cada uno. Mathgen era una especie de diosa mágica para los celtas, que se decía, era el origen de cada Dádiva en el mundo. O algo así. No estaba muy enterada al respecto. —. Lo usarás con libertad, sin miedo a que te juzguen o quemen por ello.

La más deseada y grandiosa noticia vino, cuando notó que había dos muchachos, más niños que adultos en realidad, que tenían aptitudes para los hechizos rojos, por lo que en el futuro no serían nada más Kairo, Iloura y ella. Solo con verlos supieron cómo arrancarle una sonrisa a Mary y a los suyos.

Presenció además un innúmero de pequeñas riñas entre las centurias de cristianos. A medida que los Dádivas o simples apóstatas iban dando un paso al frente, abrazando la herejía por propia voluntad, había quienes a su alrededor les rogaban para que se quedasen. Así pues, fue testigo de mujeres que imploraban a gritos, de muchachos de sangre caliente que a los golpes pretendían hacerlos regresar y padres de familia, supuso Mary, que en igual proporción escupían maldiciones o se llevaban una mano al rostro de semejante pena.

Si le importase lo más mínimo aquellas personas, se habría mantenido atenta a sus palabras.

Raster, quién con ojo avizor había estado llevado cuenta de cada detalle, salió a paso apresurado en dirección a la columna que subía los peldaños de la plataforma para recibir una fría y hosca bienvenida. Y sin perder tiempo, derribó a un hombre alto y consumido que comenzaba a aproximarse a Azus en un momento de descuido. El Dádiva más cabrón que Mary había conocido se echó encima de él y le colocó una daga en el pescuezo. El escándalo que montó luego el dranovense, provocó que lo requisaran entre varios soldados.

Y un minuto más tarde, lo arrojaron a las fauces de las bestias de hueso, que recibieron la ofrenda con incontenible entusiasmo. A los ojos de la ciudad, lo revolvieron, lo elevaron por los aires, y finalmente lo dividieron en dos en medio de una contienda juguetona para hacerse con el trozo más grande. Enviando así, un mensaje claro y embotando el filo de cualquier venidera rebelión.

Como recompensa, Raster recibió con una sonrisa pícara el estilete que el desconocido había portado en una de sus botas.

— Olí su buen acero — alardeó. —, pero fue su miedo y sus intenciones las que se podían percibir a diez kilómetros. — Y absorbió por la nariz. —. Aquí hay otros que huelen de forma similar.

Mary no supo si condenar su diligencia. Si Raymond terminaba muriendo, *Ramsey* era el que más posibilidades tenía para convertirse en líder de la Horda. Por el contrario, un magnicidio ante los ojos de una ciudad recién capturada solo habría servido para encumbrar la moral y los deseos de insurrección. Y aún con ello, le sostuvo la mirada a

Raster, sin que buscase ocultar ni una brizna de resentimiento. Sin necesidad de acudir a otra cosa que no fuese al baúl de sus recuerdos. ¿Qué había peor que un acosador que te podía oler, escuchar y ver desde la otra punta del campamento a cada instante?

— Hay más Dádivas y hechiceros entre vosotros — señaló Azus al final, más calmado, a pesar de su vigorosa voz. — Y en especial, más quienes en silencio reniegan las ordenes de una catedral ahora hecha pedazos. Las puertas de mis dominios están abiertas. A mi lado hay un lugar seguro y en abundante riqueza. Tenéis hasta mañana para pensarlo.

Al caer la noche, se detuvo a jugar con el gato en los peldaños de la Antecámara a la Sala del Trono. Se sorprendía de que el tiempo transcurriese con tal lentitud, cuando lo que buscaba era distraerse y olvidar la espera. Mary agitaba una cuerda de cáñamo de un lado para otro, y *Beelzebubu* saltaba o correteaba para tirarle un zarpazo o mordisquearlo. Rodaba sobre sí mismo, una que otra vez, sobre la hermosa bola de grasa y pelos que era su vientre. Había estado aguardando por Asser Wellington durante tanto que hasta se tomó la libertad de confeccionarse una corona de rosas blancas. Los grandes pétalos de flor le iban a juego con su vestido inmaculado.

En un rincón, la servidumbre recién guillotinada y abierta de pies a cabeza de maneras inhumanas descansaba en eterno letargo sobre pilas de escombros y cadáveres ya incinerados para no apestar. Algunos incluso habían sido desollados y su sangre teñía el montículo con gotas que iban formando un charco de perezoso avance. El gato volteaba a ver a Mary, siempre que ojeaba aquel lugar, nervioso y alerta.

— Ay, *Beelzebubu*, no me mires así. No fui yo. No tenía nada contra ellos. ¿Conocías a alguno?

Por supuesto él no respondió. Continuó intentando atrapar la punta de la cuerda.

Una muy lenta y cruel sonrisa se dibujó en ella, cuando por fin vio a Asser pasar la puerta principal. El rostro enrojecido del acólito era una maraña de expresiones comprimidas por la magia de sangre que controlaba su endeble determinación. Al hombre no le quedó de otra que doblar una rodilla, y dejarse caer suavemente a los pies de Mary.

Azus tenía a sus perros. ¿Por qué tenía ella que ser menos capaz? ¿Por qué no podía tener a los suyos?

— Mi secuaz, mi compinche, mi perra mayor — le dijo, toda sonrisas, mientras le acariciaba la cabeza. —. Lo hiciste, calvo de mierda. Lo hiciste muy bien — Asser apretaba a horrores la mandíbula y gruñía con rabia inadmisible, pero por lo pronto no le era posible emitir ladrido alguno. —. Te has ganado un buen descanso. Ve a los calabozos y enciérrate allí. Dile a Conway que vienes de parte de mí. ¿Entiendes?

Él asintió rígidamente sin inmutar su gesto. La marca teñida en carmesí que le había trazado en la cara reaparecía cada vez que luchase en contra del hechizo como un tatuaje de tormento. Con total seguridad, Asser sentía que por dentro se quemaba con su estúpida intentona de recobrar el dominio de su cuerpo, pero esto parecía no detenerlo, aunque fuese en vano. El hombrecillo sería suyo, por lo que durara el hechizo.

« *Ja, ja…* Y cuando pase, lo someteré de nuevo. Luego, una y otra y otra vez. »

Dos de sus Interfectos dejaron caer el botín: cofrecillos, que desparramaron monedas de plata al estrellarse contra el suelo. Pero a juzgar por lo que sus ojos le contaban, el auténtico triunfo del pillaje se componía por una treintena de monigotes cubiertos con hábitos monásticos de color boñiga y capuchas amplias. Otros tantos no pertenecían a una Orden Mendicante, sino al antiguo clero de la reducida a ruinas catedral de Saint Agora; eran estos los más rezagados, quienes todavía cruzaban la entrada.

Mary se quedó quieta, meciéndose sobre los talones, derrochando regocijo en abundancia. Por una vez, sus voces guardaron silencio y se mantuvieron a la expectativa.

— ¡Hola! — les gritó alegremente a todos los corderitos — No conocen mi nombre, pero… ¿cómo decirlo? Ya haré que se les grabe.

Y nunca mejor dicho. De las ascuas de un brasero, cogió el fierro de marcar que el herrero en jefe le había dejado preparado. Vio, además, con desbordante gusto que había seis monjas tímidas y desgreñadas entre el rebaño.

— Pueden empezar. Dense el gusto con ellas. — ordenó a los soldados que los habían escoltado a todos hasta allí. Y afortunadamente, las doblaban en número.

— ¿Más? — Uno de ellos, Drauser, se llevó una mano a la cabeza para rascarse. — No sé, hechicera, me temo que restan varias horas para volver a estar en condiciones. Ya nos duele hasta caminar a nosotros, así que imagínate.

De los labios de los soldados, se enteraría después que cada una de las devotas mujeres había sido desvirgada una veintena de veces durante la tarde. Fuera posible esto o no, no le dio crédito a su fanfarronería.

« Nos hicieron esperar de más, Mary. Hazles pagar su insolencia », explotó Sekhmet en su cabeza.

— Claro que no, Sekhmet. No me interesa ahora — susurró, cubriéndose la boca, como si los demás no pudiesen hacer oídos. Se volvió hacia los soldados. —. Creo que es mejor así, no habría sido tampoco un espectáculo tan deleitable. Déjennos a solas — Al retirarse, le hizo gracia notar que más de uno caminaba lento, muy lento, y otros dos cojeaban. —. Drauser, un último favor, ¿sí? Ve a por el bardo leproso ese, me da igual su nombre. Lo necesito.

— Encantado, hechicera.

Pronto los únicos vivos que quedaron en la sala fueron ella y sus corderitos. El resto lo constituían un puñado de Interfectos, que harían las veces de cómplices.

Respiró profundamente. Levantó las manos, para examinarse bien los brazos. Y apreció a la vez el momento y las cicatrices que llevaba encima. El vestidillo blanco como de costumbre sin mangas, para que todos pudiesen verlas.

Dicho de la boca del prejuicioso y del inculto, la forma más rápida de identificar a las brujas era buscar «marcas del Maligno», como cicatrices o verrugas. Por tal motivo, después de la tortura recibida, Mary se había llenado con orgullo de cicatrices, declarándose bruja a ojos de todos. A partir de entonces, cualquier cristiano la podía reconocer sin necesidad de desvestirla.

O aquel fue al menos uno de sus motivos. Después de todo, ya la habían colmado de dolor y heridas desde antes.

Pasó rápido a la acción, sin mayor demora ni vacilaciones.

De no encontrarse encadenados por los tobillos y maniatados, el clero habría desaparecido como cucarachas en todas direcciones, cuando marcó a la primera presa del ganado con el fierro al rojo vivo.

— *Uff*, cómo lo siento.

Por su puesto, la presencia de los Interfectos, en especial aquellos que tenían la nariz y los pómulos consumidos, escurriendo un líquido negro al que llamaba miasma, componían un recordatorio de la propia muerte, que les helaba la sangre y les impedía moverse a muchos.

Se apresuró con el siguiente. Lo que tuvieron para espetarle, a Mary sencillamente no le interesó. Estaba demasiado ocupada haciendo gala de toda su victoria, canturreando con una sonrisa de oreja a oreja, saltando de aquí para allá y dando vueltas, mientras el clero no osaba defenderse. O no se atrevía. A decir verdad, de aspecto acobardado, solo se encogían, pataleaban y gritaban al recibir el beso del fuego en su piel. No eran más que un hatajo mentalmente débil, temeroso, justo lo que la Iglesia habría querido hacer de ellos.

«Amo a MB», les imprimía, donde «Amo» era en realidad el dibujo de un corazón. Pero no hizo esto con más de diez u once.

— A la mierda. Qué aburrido. — anunció, lanzando el fierro a algún lugar.

Más que complacida, se hallaba impaciente, esperando por *el Leproso*. La idea maravillosa del bardo y de los músicos había brotado sin previo aviso. Mientras tanto, debía contentarse con algo más. Cogió un cuchillo de tamaño y filo considerable. La crudeza del juego entre el acero, la carne y la calidez del sangrado fue una alternativa encantadora, apenas un aperitivo, como un preludio antes del verdadero concierto.

«Mary estuvo aquí», les tatuó a algunos hombres en zonas bastantes intimas, forcejando a tal punto que sus Interfectos tuvieron que implicarse para que se quedasen quietos. «Propiedad de Mary, no mancillar más», les garabateó a las monjas, que fueron más permisivas y al mismo tiempo más estridentes en sus súplicas.

El bardo celta arribó a la Antecámara no por la puerta principal, sino por la única galería balaustrada que se había conservado intacta. Irrumpió con su voz ahogada tras la máscara de metal y con las cuerdas de su lira acariciadas por dedos enguantados, mientras algunos rostros conocidos ingresaban de igual manera en la que los cristianos lo habían hecho.

— ¿Y estos quiénes son? — le preguntó al bardo. Por más que reconociese a la Corte Cebada del Rey, habría otras caras entre los cuarenta prisioneros que no había visto antes.

— Son el público. — Fue todo lo que le dijo *el Leproso*. Cosa extraña que nadie más que Mary le llamase así.

Al tiempo que afinaba sus instrumentos, tanto su finísima garganta como aquel otro que portaba en manos, se acomodaron en lo ancho de la galería arpistas y violinistas

profesionales que habían pertenecido la semana pasada al rey Leonor II. También surgieron hombres que eran celtas hechos y derechos, con flautas, tejoletas y darbukas, una especie de tambores al parecer.

Mary había tenido el honor de conocer a la Corte en la madrugada, con lo que sus rostros y nombres aún se conservaban frescos en su mente. Vio con agrado como el Canciller de Dranova y el Almirante hacían bulto entre los presentes. Lord Ashton Lyall, erguía la cabeza con orgullo, actuando de manera tal que ocultaba todas sus inquietudes, o casi todas. Sin lugar a duda, un hombre con un bigote tan poblado como el suyo, provocaba risas más que inspirar respeto. Lord Dorian Stockwell también le resultaba un tanto atractivo, pero el rostro muy cuadrado y el torso de barril no lo dejaban bien parado a ojos exigentes.

« Si al otro lo afeitara de cabo a rabo, hasta sería un placer echarle una mirada. »

« Solo una mirada », le advirtió Naamah que se acostumbraba lujuriosa nada más con *Ramsey*.

De igual forma advirtió al temeroso y encantador Leann «Shel…algo», un muchacho de pocas pecas con trece años a lo mucho. Se hallaba por alguna razón oprimiendo el llanto, pero la tembladera de sus labios y lo acuoso de sus ojos lo delataban. Mary le concedió su compasión y pena. Era un ser de luz, adorable y cándido, o al menos daba esa impresión, por lo que fue hasta él para consolarlo de algún modo.

Sin embargo, de camino se cruzó con un rostro que le resultó familiar, demasiado familiar. Aquellos ojos verdes azulados de grandes y perfectas cejas captaron su atención y le devolvieron la mirada, entre las pocas mojas que se atrevían a alzar el mentón. La muchacha retiró los ojos de inmediato.

— ¿Te conozco? — se detuvo a preguntarle con aires de incredulidad. Como respuesta, la mujer negó enérgicamente con la cabeza, muerta de miedo. Mary con suma facilidad olvidaba rostros, pero había algo en ella que la perturbaba y pensaba saber qué era. — Creo que sí te conozco. Te he visto antes, hace mucho tiempo.

— No, no. Le juro que no.

Su voz la delató. Ni en mil años recordaría su nombre, pero nunca iba a olvidar una de aquellas voces que se negaron a ayudarla mientras sufría el peor de los castigos de una Abadesa desquiciada y obediente hasta el enamoramiento a su Señor.

— Yo creo que sí — insistió, divertidísima, mostrándole los dientes en una sonrisa tan abierta como difícil de replicar —. Te vi unas cuantas veces en cierta villa. ¿Recuerdas aquel verano donde el calor se hizo insoportable por la noche? Tanto que los edificios comenzaron a arder — El trago amargo del recuerdo le cambió el gesto a uno más sombrío. —. Te hiciste llamar mi Hermana alguna vez.

— No — chilló, aflorando lágrimas. —. Yo no os conozco.

Mujeres como ella salían del convento únicamente para visitar a sus familias, recaudar fondos de gente pobre con el diezmo o viajar a la Corte del Rey para recaudar incluso más fondos. Por suerte, eso se había acabado.

Con uñas barnizadas en negro y una mano acerada con todo el odio acumulado por los años, Mary le cerró los dedos alrededor del cuello, mientras con la otra la rasgaba de hombro a hombro, dibujándole una línea curva sobre el pecho. Y antes de que alguien más se echara a llorar, bebió de ella propinándole un lametón al nacimiento de sus senos, donde la sangre discurría como una llovizna. La Dádiva se echó para atrás e inhaló del aire a fondo.

— En el convento no te enseñaban a hacer esto — añadió antes de abrirle la boca con un mano. Se echó sobre ella y con un profundo beso la obligó a tragarse su sentencia. El cuerpo convulso de la monja cayó de rodillas, luego su espalda se arqueó hacia atrás y sus ojos se pusieron en blanco, como si se tratara de uno de esos exorcismos que los cristianos se inventaban, cuando el humo rojinegro en lugar de convertirla le robaba la vida de manera lenta y atroz. —. Si es que hay otro lado, dile a la abadesa Elinor que aquí en la Tierra todo está de perlas. — Al final, cuando por fin paró de zarandearse como pescado fuera del agua, Mary entrecerró los ojos. — Mirándola mejor ahora… *Ay*, no lo sé. ¿Me confundí de persona?

Tuvo sus dudas al respecto, pero todo el asunto se le olvidó tan pronto le llegó el lloriqueo de Leann «Shel…algo». Yacía a gatas, como inhábil ante la desesperación. Fue rápidamente hacia él, y preocupada, se inclinó para ponerse a su altura.

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? — Mary lo sabía de sobra. Era el rostro de la muerte lo que veía en ella.

— No estoy llorando. — mintió, sorbiendo por la nariz.

— ¿Sabes por qué hice eso? — Se sintió avergonzada de golpe.

— No, mi lady.

«Se lo dejaré pasar». Sentía debilidad por el chico.

— No porque esté mal de la cabeza. — Aun así, carcajeó cruelmente. Pasando de lado a lado el cuchillo. — ¿Sabes que dicen de los pelirrojos? Qué nacimos de las llamas como el Ave Fénix y a que a las llamas volveremos para morir… Como el Ave Fénix. Este cabello es castaño cobrizo, pero da lo mismo. Es casi rojizo. ¿Te parece?

Por desgracia, Leann rompió en un mar de lágrimas que apagaría cualquier hoguera.

— No quiero morir así, mi lady. Por favor. No quiero.

— No, no, no — se apresuró a decir, asustadísima. — ¿Qué hablas, tonto? ¿Por qué piensas que voy a matarte?

— Ah, ¿no?

— Mierda no. — Y le cogió las manos, acercándose todavía más. — Vine a confortarte, Leann Cualseatuapellido. Y también a pedirte un favorcito.

— No intentes jugar conmigo. No es gracioso.

— No bromeo. Nos agradas. Pero no te emociones mucho, eh, solo como amigos.

— El favor… — prosiguió él con timidez.

— No quiero verte llorar, cuando esto de inicio, así que vete a llorar a otro lado. ¿Te gustaría hacerlo sobre una taza de sopa caliente y una tarta en las cocinas?

— Suena bien.

— Mejor que bien — Y lo ayudó a ponerse en pie. No estaba muy segura de lo que sucedía alrededor. Tenía sus sentidos concentrados en el chico. —. Pero tendrás que regresar a la celda al terminar. Lo siento. Dime, ¿te tratan bien? — Mientras tanto, uno de los Interfectos menos consumidos, y por tanto menos terroríficos, se deshacía de sus cadenas.

— Bueno…, lo mejor que se podría decir. Es una celda, mi lady. Pero, no lo entiendo. Eso no es un favor. Es un regalo.

— Ahí te equivocas, ruborcito. Quiero que te lleves a este gato de aquí — Señaló a *Beelzebubu*, que olisqueaba el humo y sangre que asomaba del rostro de la recién perecida. —, para asegurarme de que no vea… ¡No, gato! ¡No te comas eso! — Cuando se lo trajeron, lo depositó en los brazos de Leann, y despidió al muchacho con un beso en una mejilla. Ya se había limpiado la boca para entonces. — Qué no lo toque nadie más que tú, ¿comprendes? — le explicó mientras lo acompañaba a la puerta. — En especial, ese Brynjar tocapelotas. Dale de todo lo que comas y qué se cebe tanto como quiera. Cuando termines, entrégaselo al cocinero, ya debes conocerlo, él era parte de la servidumbre de Leonor. ¡Hasta luego! — les gritó, azotando las puertas de un golpe.

Una vez dicho todo, se giró con gesto bufonesco.

« Creen que estoy loca, pero no. Solo me divierto. »

En las paredes repuntaba su canturreo risueño y también el eco de los pasos en su camino de regreso, en instantes en los que su público y su banda musical aguardaba en silencio.

Y a su señal, la noche triste cobró vida con el sonoro tañido de la lira, el violín y los tambores, nacidos de una excepcional demostración de pericia. Después vinieron la melodía del arpa y la flauta para unirse a la alegre y movida tonada. Con el sentido de la vista obstruida por el abismo de sus parpados, inundó sus pulmones de aires de armonía; sus voces por fin aplacadas y complacidas por lo que estaba por suceder. Cuando *el Leproso* prestó su voz, Mary Blood se abrió camino entre los congregados como una danzarina, dejándose llevar por los vientos gloriosos de la composición, haciendo un uso fantástico de sus pies y repartiendo cortes y punzadas en consonancia con la música que anegaba sus oídos. Pronto, los alaridos de las víctimas se alzaron como un coro altisonante por encima de los instrumentos.

Los Aún-no-muertos participaban meramente para apresar al borrego más cercano o hacer que aquellos inquietos que buscasen escapar retrocedieran a punta de armas.

Todo su baile iba presidido por movimientos floridos conforme los cuchillos chispeaban a luz de las antorchas. A medida que saltaba y daba giros al son de la pieza improvisada, repartía dolor con cada caricia del acero. Los cuerpos de sus víctimas derramaban lágrimas de sangre. El rastro que iba dejando tras su paso donairoso convertía al suelo en un regadío sangriento de cien charcas y la estela vaporosa de gotas carmesí que la acompañaba allí donde fuera centellaba como si de gemas se tratasen. El primor de este rocío era solo comparable quizás con aquella llovizna majestuosa que un Hada engendraba con su mera presencia.

Pero la magia de sangre distaba mucho de conservar aquella pureza y bondad.

No habría podido aunar su voz, aun cuando dominase la letra y el idioma en la que la habían traído al mundo. Al poco aliento que le restaba, su alma le había encomendado que liberase una carcajada musical a los cuatro vientos. Su enorme y blando corazón, en lo que respectaba a él, centraba su empeño en que cada beso de los cuchillos lograse conquistar los mil deleites de una justicia digna de poemas y alabanzas. Sin embargo, el acto de escarmiento, aún con todo lo que representaba, resultó menos apasionante de lo que habría supuesto alguna vez; sino más bien pacífico.

Buscó un orgasmo, una explosión repentina de sensaciones, sin algún éxito. Le arrebató la vida al primer hombre, insertándole ambas hojas en el pecho y calando tan profundo, como si aspirase a que no le fuera posible retirarlas. Pero, de todas maneras, obtuvo la satisfacción que ansiaba por otros medios. Mary sentía que flotaba por los aires, como aquella vez que, por curiosidad, ingirió las setas alucinógenas de Brynjar.

Su corona de rosas y su vestido seguían a juego, pintorreadas de rojo carmesí. Manos, pies y rostro también se bañaban en sangre, una vez fue consciente de ello. Y sin dar tregua a sus ambiciones, con su don para la hechicería necesitó de nada más el vestigio de un pensamiento y un par de dedos, para que toda la sangre recorriese su cuerpo al roce con su piel, cual riachuelos que renegasen la naturaleza común de las cosas. El vestidillo pasó de mostrarse calado en rojo a quedar seco como un hueso, al igual que el resto de ella.

Toda la sangre se había acumulado en sus palmas. Lanzó el arma de su mano diestra al aire, para que esta quedara libre dos segundos en los que ejecutar el sello:

*Solidificación*

» Mary remató el hechizo dándole a la sangre forma de espadas cortas que recubrían sus cuchillos y haciendo que se condensaran, tanto o más fuertes que el cobre mismo.

Como estrellas fugaces, algunos sonidos más allá de la música pasaban volando en un santiamén sin conseguir atenderlos. Vociferó una risotada descomunal, abriendo las puertas al segundo acto. Las espadas de magia roja relampaguearon, veloces, cercenando algunos brazos y cabezas de aquellas pobres almas corrompidas. Las liberaba de su prisión carnal con una, dos o tres estocadas, enclaustrando el triunfo de todo lo que se supiera para ella fuese celestial.

Mandó a algún Infierno a cinco de ellos, con su proeza de fábula, antes de hundirse irremediablemente al abismo de su propia estupidez. En un momento dado, al tiempo que danzaba, se le cruzaron los pies, y cayó de bruces sobre el suelo. Ya se había encontrado mareada desde antes de tanto dar giros. Sin embargo, se dio la vuelta, y de espaldas al suelo, no le quedó de otra que reírse, como si fuese alguna clase de lunática. Rio, rio y rio, hasta que el estómago y los pulmones comenzaron a dolerle, mientras de fondo solo escuchaba el tañido de los instrumentos y la voz del bardo, tenues y ahogados.

Más tarde, una sensación muy familiar la atravesó como un rayo. Se levantó con dificultad, y entonces la barahúnda del público y el griterío de un hombre iracundo

reventaron su burbuja de felicidad. Un Interfecto sujetaba maquinalmente por un brazo al Canciller de Dranova, quién aún con las manos atadas, daba todo de sí para liberarse.

— ¡Para con esto de una buena vez, sucia bruja! ¡Ya basta de esta carnicería!

Mientras Mary se acercaba a él, con rencor y sangre hirviéndoles en las venas, un segundo Interfecto lo cogió por un hombro y lo sujetó bien.

— Lo arruinaste — le reprochó Mary a rabiar. —. Habrá que comenzar de nuevo todo el condenado espectáculo. — Y dio la orden para que lo golpeasen en el estómago. El hombre enarcó la espalda hacia delante.

— ¿Acaso no tienes…? — comenzó diciendo lentamente, sin apenas aliento. — No, como podría un monstruo como tu tener conciencia. No hace falta maldecirte, bruja, ya estás maldita desde el día en que naciste.

Se mantuvo en silencio sin cavilar, algo mareada todavía. Al cabo de un rato, volvió por completo en sí misma. Cuando Ashton le escupió a la cara, sus voces le susurraron qué hacer. Pero se limitó al limpiarse rápidamente con una mano.

— ¡Dios te castigará! — arrojó el Canciller de pronto, enrojecido por la cólera.

— ¿Dios?

— ¡Si no paráis con esto ahora, el suplicio que recibirás aún peor será!

Ella suspiró, decepcionada.

— Qué pena. Me llegaste a parecer a atractivo, sabes. Incluso con esa bola de pelos sobre el labio y los kilos de grasa de más. Ya que… ¡Perros míos! — Y les dictó los preceptos a sus súbditos con medio pie en la tumba. Dos de ellos lo mantuvieron quieto; otro llevó hasta ella una antorcha; y un cuarto le vació un tonel de ron al Canciller desde arriba.

Y sin más, y con el rostro inmutable, dejó caer la antorcha sobre él.

— ¿Hace calor aquí, Ashton, o eres solo tú? — quiso saber, cuando él gritaba y rodaba por el suelo, colmado de desesperación e irrefrenable dolor. Mismas sensaciones que cientos de miles como el Canciller, le habrían hecho sufrir a cientos como Mary.

El fuego se extinguió mucho después de que su vida lo hubiese hecho.

# Atenea V

Se le hizo un nudo en las entrañas al rememorar de nuevo la sangre, el gemido cortante del acero, y el huraño rostro del hombre al que llamaban *el Ariete* con su horrible hocico mellado. Su sonrisa demolida y demoledora, a partes iguales.

Desgraciado, cinco veces maldito fuera.

Apretó los puños hasta que estuvieron rígidos como las espadas que emplearon los celtas para arrebatárselos, y por enésima vez, deseó tener las fuerzas suficientes para destrozar la sujeción de las cuerdas. Hubiese preferido llevar unas esposas lisas de metal frío antes que las ásperas y abrasadoras sogas. La crueldad de las ataduras le estaba despellejando las muñecas.

Desde un comienzo la silla le había estado lacerando las nalgas. Y a pesar de que su captor le hubiera instruido en las posturas de montar, tenía las piernas en carne viva y la espalda le dolía como mil infiernos. En cuestión de horas había cabalgado más que en toda su vida, cosa que lamentaba. Jamás había visto necesario montar para dirigirse de un lugar a otro.

« Primero fue lo del arco — pensó, mientras Connor la ayudaba a acomodarse en la silla. —. Me enseñó a mejorar mis tiros. Y ahora esto ». Atenea no sabía qué pensar al respecto. Seguía cabalgando de una forma poco elegante, sin importar los consejos.

En cambio, él era otra historia. Lo hacía con la misma pericia de un caballero. Todo cuanto hiciera, de hecho, parecía tener un ápice de maestría impregnado, fuera esto las riendas, el arco, los cuchillos… Se preguntó entonces que tan bueno sería con la espada.

En más de una ocasión, Atenea cogió las riendas de su montura, y a regañadientes, trató de hacer que se frenará, pero por algún motivo, el animal jamás respondía a sus órdenes. Le espetó algún que otro precepto y hasta intentó ponerla en marcha en otra dirección, pero la yegua, terca como una anciana, se opuso. A la desesperada, Atenea no vio más opción que chacanear las espuelas para ver si entendía de golpes. Lo más que logró fue hacer que se enojara. Todo el rato, las quejas de Atenea habían ido acompañadas por los relinchidos del animal en un vaivén de irritación inagotable.

Tenía razones de sobra para enfurecerse. El ataque a la Capital, la muerte del hombre que había creído que era su padre y el abandono a su madre cuando ella más la necesitaba…

« Así lo quiso — Apretó la mandíbula con un esfuerzo visible, y evitó el florecimiento de una lágrima. No dejaría bajo ningún concepto que su captor la viera llorar. —. Pude haberla desobedecido como tantas otras veces, a fin de cuentas, siempre terminaba abrazándome y riendo. No recuerdo un día en que mamá no fuese feliz. Debí haberla levantado del suelo y buscado ayuda. El dolor le habría parecido insoportable, pero seguiría con vida. Juntas hubiéramos detenido el sangrado — Pero en el fondo, muy en el fondo, entendía que se estaba mintiendo. —. Tendría todas las respuestas que ahora necesito, y más importante aún la tendría a ella. »

Su cabeza era el mismísimo averno: oscuro, frío, tormentoso y plagado de dolor.

Y, sin embargo, ante sus ojos se extendía un paraíso emulado.

En *Hisserwood*, la vida del bosque bailaba y fluía entre las copas de los árboles. Los pajarillos volaban por encima de su cabeza o cantaban su orfeón melodioso desde sus nidos de ramitas. Las ardillas correteaban en libertad por delante de los equinos, y trepaban los troncos de hayas y fresnos con una velocidad impresionante. Un ciervo tímido se agazapó detrás de los matorrales de una pendiente, y se mantuvo allí, cabizbajo, hasta que se alejaron.

Maniatada, se vio obligada a levantar ambos brazos para deshacerse de un hilillo de sudor que brotaba de su frente. Llevaba encima su ropa, pero se sentía casi desnuda sin la armadura. Habría dado lo que fuera por al menos llevar su escudo a la espalda para protegerse. No había tenido muchas esperanzas de recuperarlo, cuando en una fugaz parada para atender a los caballos, le pidió a Connor que consintiese su capricho.

— Esto es un suplicio, Bressler — Dramatizó de más en el quejido que lanzó al aire. —. Y sin mencionar que estos bosques son peligrosos. Osos, lobos, serpientes, y demás… Con mi escudo a mi espalda me sentiré más segura.

— No.

— Es solo un escudo.

Y él la miró con una sonrisa taimada en su rostro.

— Quizá sea solo un escudo, pero he visto lo que haces con él. Me gustan mis dientes en su lugar.

« ¿Vio mi combate en el torneo? », inquirió, asombrada. Por lo que sabía, los rumores de la mujer que había derribado a un hombre de dos veces su peso habían estado en boca de todos. Y no tenía forma de saber si Connor había estado allí. Podía preguntárselo, sí, pero Connor era una tumba que cabalgaba. Junto a él no había más que silencio tras interrogantes.

Aquel día, habían recorrido unas cuatro leguas por cada hora que pasaban sobre sus monturas… Y llevaban una sarta de horas escuchando poco más que el repiqueteo de los cascos contra la tierra. Connor había impuesto un ritmo agotador desde antes de la primera luz del alba, y con cada zancada de los caballos se alejaban más de la Capital. Atenea pensaba constantemente en dar la vuelta y galopar hasta las altas murallas de la ciudad, pero llegado el momento, no sabía lo que hacer. Siendo lo más optimista, si llegara a deshacerse de Connor y recuperar sus armas, ¿qué ganaría con buscar la muerte dentro de la ciudad? Estaría sola en contra de los mismos hombres por los que habían muerto sus padres tratando de protegerla. Y, por último, estaba el asunto de la reliquia que era suya por herencia, o eso quería pensar.

« "No hay nada peor que saber lo que es correcto y no hacerlo". Me arrebatas lo que me ha sido dado, escupes sobre tus juramentos en nombre de Dios y la Reina y dejas inconsciente a uno de los hombres por el cual sigues respirando. ¿Qué te habrá llevado a pensar que lo que haces es lo correcto? ».

En tiempos acaecidos, según narraban los libros, Seamus Ridpell, que por aquel entonces era el octavo hijo de un tal lord Ridpell, marqués de Rismont, asesinó a toda su familia, y dilapidó con ello, a una acaudalada estirpe que se había mantenido en el poder

de sus tierras durante siglos. En aquellos días, se conservaba bajo protección señorial a, por lo menos, una Daga por cada gran ciudad del reino.

Jamás se llegó a comprobar cómo, pero Seamus tomó posesión de la Daga que resguardaba su familia. Y como hijo menor de una casa noble a quien no le correspondía otra cosa que las sobras que dejaran sus siete hermanos mayores, guardó con malsano recelo su tesoro hasta el día de su muerte.

Una gula de poder que fue ciñéndose a él como anillo al dedo acabó por quebrantar su mente y su propia vida, pues frecuente era su contacto con ella. Terminó por pensar que cualquiera de sus allegados quería arrebatarle la sagrada arma, al ver que todos en el castillo la buscaban con desesperación. Las ventanas, puertas y paredes parecían tener voz propia, porque dentro de su hogar no se hablaba de otra cosa que el sacrosanto que se había esfumado con el viento. La Daga lo transformó a tal punto, que ultimó con todo aquel promulgante de sospechas, para conservar lo poco que se había fraguado como herencia.

Y por lo que decían las malas lenguas, Seamus Ridpell había sido, antes y durante su decadencia, hombre de pocas palabras. Reservado e introvertido de tal manera que se relacionaba solo lo justo con sus familiares y criados, y pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en sus habitaciones, donde nadie lo escuchaba ni veía. Inclusive, se pensaba que la Daga solo había intensificado en él un lado que no había llegado a mostrar antes. O aquella fue la versión, en todo caso, de quienes llegaron a conocerlo de lejos y sobrevivido a su locura.

Connor y Seamus. Se le ponían los pelos de punta de solo compararlos.

Lo cierto era que había mucho en Connor, más de lo que podía contar con una mano, que le recordaba a aquella historia inmortalizada en obras. ¿Estaba él siendo consumido por una idea de potestad? Si no, ¿por qué robarla, delirando con la creencia de que la podría utilizar en contra de una Bestia? Connor no gastaba más saliva que para quejarse de sus preguntas o escupir alguna orden. Siempre en silencio, siempre sombrío e impasible bajo su capuz.

« “No hay nada peor que saber lo que es correcto y no hacerlo” », recordó una última vez. Un hombre capaz de cometer atrocidades, convencido de que su visión del mundo era la correcta, era una mayor amenaza que aquellos que sencillamente actuaban por concienzuda malicia. Cualquier loco como él, podía entremezclar dos conceptos diferentes hasta no distinguir el uno del otro, deslumbrado por la Daga.

Y en los tempos que corrían, ni Atenea misma estaba segura de diferenciar lo que parecía correcto de lo que no. Vengar a sus padres con el filo de la espada no se los devolvería. Ni mucho menos sería lo correcto asesinar por mero desquite, pero ¿quién dictaba las reglas? ¿Quién decidía entre lo que era bueno y lo que era malo? ¿Dios? Gracias a Dios que nunca había necesitado mucho de Él.

La sola idea de que allá afuera, en algún lugar, existiese un padre distinto con el que había crecido le provocaba náuseas. Hombre y escoria, capaz de cometer acto más ruin. Lo que había hecho con su madre no tenía nombre. Le daban ganas de matarlo, sin

importar cuanto pesase eso en su consciencia; aunque despojar de vida a quien se la hubo obsequiado fuese una atrocidad comparable a la de él.

Por si fuera poco, estaba el hecho de que la única persona que continuaba viva de su familia en realidad no compartía su sangre. Como hermana de Marcus, era seguro que Moira sabía la verdad acerca de Atenea. Y a pesar de ello, siempre la amó como a una sobrina, a una hermana, a una hija. La única razón para no desfallecer en la demencia era ella… Sí, ella y el cabezota y holgazán de Ross, último amigo que conservaba. No tenía más lugar a dónde ir que con ellos. De modo que no podía doblegarse ante las circunstancias, si lo que deseaba era salvarlos.

Solo advertía entonces un pequeño punto de claridad entre aguas tan difusas: debía ir tras ellos antes de que *el Ariete* o el resto de la Horda de las Bestias los encontraran. El primer paso era apartarse de Connor. Sin él estaría más segura. Solo debía esperar la oportunidad.

Con el paso de las horas, el tormento de cabalgar no se volvió más llevadero. Y teniendo en cuenta las mil y una quejas que no fueron escuchadas, se aferró a las riendas con ambas manos, y tiró de ellas con fuerza. En el acto, su quejumbrosa yegua levantó la tierra bajo sus pezuñas con un relinchido, deslizándose varios metros hasta detenerse de lleno. Connor interrumpió su marcha un trecho más allá, y la observó con cara de pocos amigos.

— Necesito hacer del baño — anunció Atenea a modo de excusa. Y él la estudió con ojos duros, bajo la sombra de una barba muy corta. —. Y lo necesito ahora. — Su tono no había dejado lugar a la discusión, así que saltó del animal con cierta premura, y Connor la imitó un segundo después.

— No te alejes demasiado. — le escuchó decir a sus espaldas.

En aras de recobrar un poco de su buen humor, que hasta entonces más bien había escaseado, Atenea se giró con una sonrisa hábil.

— ¿Por qué? ¿El jinete de exploración me quiere ver mear? Qué raro eres.

No llegó a ver su reacción, pero de todas formas el gusto le duró poco. Tenía calambres en los muslos que le impedía avanzar con normalidad, y las nalgas le dolían a tal punto que hubiese preferido tirarse allí mismo donde pisaba. Sin embargo, con ello no ganaría más que unos miserables segundos de plácido descanso. Indagó con la mirada los fresnos a su entorno, y se decidió por uno en particular de tronco hendido en un lateral, como rasgado por un rayo. Volvió la vista una última vez, y le sorprendió saber que Connor no le prestaba la más mínima atención, y encima, se había adelantado unos cuantos pasos para que los corceles abrevaran en un riachuelo.

« Tiene sentido que esté tan confiado, este es su medio. Si echara a correr ahora y me ocultara en la maleza o cualquier otro lugar, ¿serviría de algo? ».

Y en lugar de encontrar el gusto en vaciar su vejiga, lo halló dentro de su cabeza, cuando una idea brotó como una flor en la primavera. La base del fresno malherido se encontraba seccionada de tal modo que se asemejaba bastante a un colmillo de madera, y al tacto de sus dedos era dura y cortante. Perfecta para emplear como sierra. Un golpe de suerte que no terminaba de creerse. Tensó las sogas de sus manos cuanto como pudo.

Las cuerdas eran nervudas, como los dedos de un hombre grande. Y los nuevos nudos que Connor había practicado para aprisionarla con las manos por delante, se ceñían estrechamente a sus muñecas.

Se esforzó con vigor durante demasiado tiempo, tanto que su regreso tardío comenzaría a verse sospechoso en cualquier momento. Un ligero humillo trepó por la superficie del tronco hasta desaparecer, y se desató algún que otro cabo, pero sus intentos no llegaron a más. Los lazos eran impresionantes y los hilos de una fabricación inmejorable. Ya entre jadeos, descargó con ansiedad sus últimos impulsos hasta finalmente desistir. Dejó que su cabeza descansase sobre el árbol, e hizo todo lo posible por sofocar un grito desesperado entre sus dientes.

— No será hoy — admitió para sí misma. —, y no será de esta forma.

Y el colmillo de madera que jugase con sus ilusiones pagó el precio con una maldición, un manotazo impotente, y una nueva maldición. Cuando volvía sobre sus pasos, recordó que no podía seguir avanzando a lomos de la yegua, adónde fuera que lo estuviese haciendo. La falta de costumbre le estaba ocasionando horrores en el cuerpo que ni un borrego recibía. No consentiría la marcha.

— Estoy cansada — expuso a Connor, tratando de ocultar la huella que había dejado sus esfuerzos en la cuerda. Pero él ni siquiera la volteó a ver. En su lugar, apoyó un pie en el estribo, y cabalgó de un salto. *Wyke* dio un par de pasos hacia delante, y la yegua los siguió a ambos. — ¿Estás sordo, Bressler? Dije que estoy cansada. He tenido suficiente por hoy.

En pocos momentos, Connor hizo dar vuelta a su caballo, y le mostró el más petulante de sus gestos. La luz que se colaba entre los árboles los iluminaba a ambos como una masa corpulenta de color crema brillante bajo el mando de un jinete sombrío.

— Si no cabalgaras como de seguro te sientas al mear, tal vez no tendrías tantos problemas. — Y al momento, el corcel al que Atenea conocía por *Wyke* relinchó, y agitó las crines doradas, como estando de acuerdo con su jinete.

« Ambos son un dúo muy particular, cada uno tan engreído como el otro». Seguía pensando que era una conducta demasiada dispar para un caballo. A sus ojos lo era. Decidió no hacer caso de la provocación.

— ¿Hacia dónde vamos? — exigió saber por tercera vez en el día.

— ¿Ves esas sogas que rodean tus manos? — Las señaló. — Son el indicativo perfecto de que no estás en condiciones de demandar nada. De vuelta a la montura, aún faltan muchos kilómetros por recorrer, y no tenemos tiempo.

— ¿Cómo sabes exactamente hacia dónde está el lugar de tu muerte? — Atenea bien sabía que eso era lo que conseguiría estando seducido por el poder de la Daga. — No llevas brújula, y aún no he visto ningún mapa.

Él comenzó a impacientarse, haciendo uso de una mueca áspera.

— No necesito de brújulas. Conozco estos bosques mejor de lo que cualquier otro.

— Eres un ser más engreído que cualquier otro — No encontró agravio en su tez de gesto sentencioso, pero para su sorpresa, creyó ver el vestigio de un bostezo oprimido entre sus mandíbulas. Y de inmediato, se percató de las bolsas grises bajo sus ojos.

¿Cómo no las había visto antes? —. Tú también estás cansado. No has dormido mucho estos últimos días. Puede ver tus ojeras, aunque intentes ocultar el resto de señales.

— Engreído no es la palabra más acertada, pero se le acerca bastante.

Atenea sostuvo las riendas de su yegua, que vacilaba entre avanzar o estarse quieta.

— Estoy cansada y adolorida. Mi yegua también lo está, así que no avanzaremos en un buen rato.

— Aún es mediodía.

— ¿Y eso qué? — Se encogió de hombros. Y al cabo de un largo silencio, le dedicó la más retadora de sus tajantes miradas. —. Serán un par de horas, por lo menos. — De su boca debió salir un número mayor, pero más valía tener cuidado cuando se jugaba con el fuego.

Connor le sostuvo la mirada con esa costumbre suya para recelarse de todo lo que veía en ella. Echó un vistazo a la yegua, y suspiro abismalmente.

— ¿Algo más, Atenea? — Pareció haber dado su brazo a torcer.

— Sí… Cuando mueras, que tu locura no me arrastre a mí a la tumba.

Él atravesó el bosque de este a oeste con los ojos. Dibujó media sonrisa, una verdadera, más sincera de lo que Atenea hubiese osado imaginar, y descabalgó de nuevo con una elegancia envidiable.

— Una hora. Solo una hora de descanso, y con gusto te dejaré observar a distancia segura como la locura acaba con mi vida.

Aún no se lo creía del todo. ¿Connor era de esa clase de personas que solía bromear? No lo sabía, como muchas otras cosas respecto a él. Sin embargo, una hora era provecho suficiente. Anduvo hacia atrás un par de pasos, observándolo mientras se regodeaba de su primer triunfo, y después dio media vuelta hacia los árboles.

— Bien, porque necesito ir de nuevo al baño.

Llegado el momento, Atenea reanudó la partida con una visión distinta, aunque inquietante en cierto modo, del hombre que la había dejado inconsciente y arrastrado a la mitad de la nada, donde perfectamente podía estar perdida sin aún saberlo. Nada más regresar de su visita al árbol, lo descubrió recostado a un tejo mientras contemplaba de lo más tranquilo una de sus manos en la que yacía una docena de mariposas aferradas. Connor se les quedó viendo por largo rato, con una sonrisa cincelada entre sus labios. Tiempo después, abrió y cerró la mano con suavidad, y los bichos emprendieron el vuelo con delicadeza.

Cuando se hubo aburrido de ojear un pequeño libro, en cuya portada se leía *Crónica de Batalla Mangudai*, desapareció sin musitar palabra. Y no volvió a saber de él, hasta que reapareció con un ramillo de brezos, malvas y otras flores de colores llamativas, que según afirmaba, en pasta ayudarían a sanar las magulladuras de Atenea. Todo esto, al tiempo que ella continuaba atada, siendo su prisionera.

Por un instante, mientras se encontró sola junto a los caballos, fantaseó con la idea de huir. La oportunidad estaba allí solo tenía que tomarla. No obstante, sucedió de forma tan irreal que no quiso arriesgarse a caer en una trampa. Sobre la hora, y como si

no hubiese tenido ya suficiente, Connor dedicó unos cuantos minutos a corregir, una vez más, la manera tan espantosa que tenía para cabalgar.

Y por primera vez en días, el estrés y las ansias de venganza que no le dejaban sitio a la comida, dieron paso a un único pensamiento: ¿Qué diablos pretendía él?

— ¿Y ahora qué haces? — quiso saber, confundida, cuando lo vio hurgando en las patas de una paloma, que parecía mansa hasta rayar lo ridículo.

— No es de tu incumbencia — arrojó, soez, con su voz y también mirada. Luego suspiró, cerró los ojos, como intentado calmarse. —. Solo… pretendo enviar un mensaje a la hueste de ser Logan. No es que tenga muchas esperanzas, pero no pierdo nada con intentarlo. Quizá consiga que envíen un emisario o algo, si soy insistente.

Atenea lo miró con curiosidad. No era muy entendida en el tema, pero según creía, no bastaba con un ave cualquiera para que hiciera de paloma mensajera. Ni mucho menos valía mandarla a dondequiera.

— ¿Y para eso sí que usas un mapa? — le recriminó, al notar que le faltaba un cacho al que estaba enrollado en el suelo.

— ¿Tienes papel o pergamino suelto por ahí? — preguntó Connor, de pronto desenfadado. Pero lo oyó chasquear la lengua, tan rápido como Atenea se acercó un poco a curiosear entre sus cosas. — Ni te acerques a esa espada bastarda.

— Espada a mano y media. — le dijo, rechinando los dientes.

— ¿Qué?

— Se llama espada a mano y media. — repitió en tono más alto, aunque no menos irritado.

— Pues… Vale.

El resto de la tarde pareció transcurrir de manera tan familiar que hubiese jurado que ya lo había vivido antes. Mapaches, ranas, serpientes, zarigüeyas y conejos se sumaron al pueblito agreste que sus monturas atravesaban a marcha veloz, mientras el silencio entre ambos se hacía escuchar. Cuando salieron de la cobertura de los árboles, el horizonte se teñía ya de un intenso arrebol. Para su sorpresa, el dolor de las heridas se había esfumado, en gran parte gracias al empaste que Connor había improvisado. Le resultaba increíble pensar que con unos cuantos ajustes aquí y allá, su espalda y posaderas no sufriesen tanto. La noche estaba a punto de levantarse, cuando se preguntó si encima tendría que dormir sobre la incómoda silla.

— Está bien por hoy — Connor se detuvo ante un menudo escampado, y volvió por sobre las pisadas de su montura, de regreso al cobijo de árboles. —. Pasaremos la noche en el bosque.

Cuando las estrellas se habían posado sobre sus cabezas, de la penumbra surgió un silbido profundo. Lucía como si brotase de todas direcciones, como si un millar de pequeñas bocas demandaran silencio con incesantes siseos.

— Hissers — apuntó Atenea con el disgusto dibujado en su rostro. Trató de cubrirse los oídos, pero maniatada fue imposible. —. Perfecto, lo que faltaba.

— Pronto se callarán. — Connor se llevó a la boca un fruto seco.

Frutos secos era todo lo que tenían para la cena. Eso y la avena de la que también comían los caballos. A Atenea la tripa le rugía como nunca y no había mucho que pudiese hacer para aliviarse. Observó con ingratitud las nueces y las uvas secas que llenaban el cuenco a sus pies.

— ¿A cuántos animales vimos corretear a lo largo del día? ¿Cincuenta? Pudiste haber cazado alguno. Esto no es más que comida para ardillas.

— Luego hallaré qué comer — Le echó los dientes a otra. —, pero no cazaremos.

— Ya lo veré. No sobrevives meses en el bosque a base de estas cosas — No vio más remedio que ahogar su hambre con la comidilla. —. Qué asco.

Entre muecas y mordiscos, el tiempo pasó volando. Los Hissers no cesaron su ruidosa tonadilla hasta pasada una hora. Aquellas horrorosas aves se hinchaban como ampollas con cada luna y envolvían a todo el bosque con sus canciones. Una vez el silencio hubo regresado a su vida, Atenea intentó cerrar los ojos y dormitar, tragándose su amargura. Una cena decente le habría dado ánimos para continuar llegado el alba. El sueño era duro sin una fogata para calentarse, y desde luego, el pasto no era lugar para cobijarse de la intemperie. Y, como si no bastara, las ataduras le impidieron acomodarse como le hubiese gustado. No resultó una sorpresa descubrir que se estaba desvelando, enfurecida, preocupada y a la espera de una oportunidad que aprovechar.

Mientras aguardaba a que Connor cayera preso del cansancio, le vino a la memoria el torneo de arquería del otoño pasado, en el cual Marcus había conseguido perder más dinero que en toda su vida a causa de una flecha. No recordaba la cantidad con exactitud, pero jamás olvidaría el duro regaño que su madre le había procurado al regresar a casa. Nunca vio a Aloy más enojada que aquella vez. Le había gritado sin reservas, fuera de sus casillas, y se negó a recibirlo en casa durante dos días. Aunque al tercero, su ilimitada bondad lo perdonó y las sonrisas volvieron a la mesa. Ni antes ni después, llegaron a tener más dinero que el suficiente para mantenerse a flote, de manera que rara era la ocasión en que Aloy no se inquietaba por las apuestas que su padre solía perder.

Le resultó agradable recordar la manera tan apasionada con la que abrazaban su matrimonio. Sin embargo, el gusto le duró poco. Entendió con asombro que, incluso antes de conocerlo, Connor le había hecho pasar un mal rato.

A Marcus había parecido simpatizarle, si bien perdiese otra condenada apuesta.

— Es muy joven a comparación con los Cadzow — Hubo dejado en claro de camino a su hogar. —. Casi logró alcanzar a Jerome, y poco faltó para que también venciera a Dareon. Algo extraordinario. No tiene importancia, ya llegará su año. — terminó, con una sonrisa. Seguramente esperanzado por una futura apuesta, con la que ganar el doble de lo malgastado. ¿Habría llegado a saber Marcus que la misma flecha que le hizo perder casi una fortuna, intentó salvarle la vida un año más tarde?

A la altura de las botas, una soga le ataba los pies, de modo que no pudiera salir galopando y perderse entre la maleza. Seis veces malditas fueran. Debía cortarlas si quería tener alguna posibilidad. Connor no era ningún idiota, aquello lo tenía más que claro. Y cuando creyó que se encontraría ya entre sueños, se dio la vuelta para

asegurarse de verlo dormir y con la vaga expectativa de escapar de alguna manera. Él estaba recostado a un árbol con las piernas cruzadas y la espalda recta. Y al mínimo sonido, lo vio girar la cabeza en dirección hacia Atenea.

— Supongo que la conciencia no te deja dormir. — señaló ella, austera.

— Hay más de una razón por la que no concilio el sueño por las noches. El remordimiento no es una de ellas.

— Con todo lo que has hecho y piensas hacer… Hasta la mente más extraviada debe tener al menos una pizca de remordimiento en su interior.

Connor se levantó del suelo, y rondó por el lugar, mientras ojeaba su entorno con inquietud. En completo silencio como una sombra entre las sombras, le dio la espalda, volteando a ver hacia las estrellas.

— Dime, ¿qué tanto he hecho? Si a decir verdad no puedo dormir por lo poco que he logrado.

— ¿Qué que tanto has hecho? — La sola pregunta resultaba divertida y ofensiva a partes iguales de lo descarada que era. — Veamos, creo que podría empezar por todo el daño que me has provocado este último día, tratándome como tu borrego. Sin mencionar que robaste algo que es mío, y poco después me secuestraste para ocultar tus huellas. O tal vez, lo más conmovedor de todo sea el hecho de que perjuraste delante de tu Reina. ¿Cuántos delitos has cometido ya, Bressler? Tú palabra no es más que la de un traidor. Eres un hombre miserable sin hogar, sin lealtad, o el más mínimo aprecio.

Había descargado una vez más su ira contra él, pero su respuesta fue tan impasible como bien podía esperarse.

— Tres de cuatro, no está mal.

« El insomnio le ha aflojado la lengua. ».

Connor caminó de vuelta hacia ella, hasta que la débil luz del cuarto de luna que se colaba entre los árboles le iluminó el rostro mustio y seco.

— Tienes toda la razón… Soy un hombre miserable, con eso no conseguirás nada de mí. También soy un hombre sin hogar, porque realmente jamás conseguí uno, aunque lo busqué — Se acuclilló ante ella. —. Soy un hombre desleal, porque confiar es lo que más me cuesta. Sin embargo, no digas que soy incapaz de sentir afecto por alguien más, porque no es así.

— Si quisiste que me compadeciera de ti — negó con la cabeza, inconmovible. —, no lo lograste.

A Connor se le escapó una risa, pequeña y muy breve.

— Créeme, tu lastima es lo último que quiero —. Hizo una pausa antes de retirarse. —. Lamento hacerte sufrir, pero no lamento nada más. — Se sentó sobre una roca lisa y se dedicó a observarla hasta que el contacto visual se volvió incómodo. — ¿Qué hay respecto a ti? ¿Qué te mantiene despierta?

No confesó de inmediato. Todo el día había estado desafiándolo con la mirada y, cuando no, se dedicaba a hacerle preguntas. Pero presentía que aquel no era el mejor momento para demostrar de nuevo su coraje.

— No será el miedo, te lo aseguro. Ahora veo que la luna te hace más locuaz, o puede que estés comenzando a aburrirte.

— Cuando hablas poco, tienes demasiado tiempo para pensar.

Atenea suspiró, decidida a ocultar todo indicio de debilidad ante su captor, aunque una enorme presión en el pecho la ahogara por momentos.

— La imagen del hombre que asesinó a mis padres me atormenta. El filo de su mandoble, su asquerosa sonrisa y la forma en la que rio cuando la sangre de mi padre le salpicó el rostro. No descansaré hasta poner una daga en su corazón, para que así sienta lo que yo sentí cuando sus esbirros se llevaron también la vida de mi madre.

— La venganza te dará fuerzas para sobrevivir, pero te matará un poco más cada día, si solo por ella respiras. A diferencia de ti, yo aún peleo por los vivos.

— ¿Lo haces en verdad? — Todo estaba muy oscuro, pero su cercanía la hizo entrever que él asentía. — Entonces, tú que dices ser un hombre de afecto, ¿por quién peleas? — Connor no respondió. — Venga, dilo. ¿Qué es hacer lo correcto, según tú?

— Poner nuestras vidas en riesgo por aquellos a los que amamos, e incluso por aquellos a los que odiamos, siempre que puedas hacer algo al respecto. La razón como mediador y el bienestar de aquellos menos culpables como único fin.

— Hablas como si de verdad supieras de lo que estás hablando. ¿Por qué salvar la vida de alguien al que odias? — Aquella sabiduría ilusoria consiguió irritarla. —. Después de lo que ha hecho la Horda, no los perdonaré jamás. Y tú eres más tonto si piensas que…

Connor la interrumpió, con un tono de voz casi de indignación.

— ¿Fue todo lo que alcanzaste a escuchar? — suspiró, como repentinamente agotado. — No tiene importancia. Lo que había querido decir, en primer lugar, era… ¿La venganza es lo único que hay en tu vida ahora?

Con el rostro marchito por la pena, negó con la cabeza.

— Sus nombres son Moira y Ross — « Escapar a la primera es una entre muchas opciones, recuérdalo. No pierdo nada con intentar ganarme su confianza » —. Puede que sean lo único que me queda en este mundo.

— Lo único que realmente te importa. Puedo imaginármelo.

— Algo te preocupa — Supo por el tono de su voz. —. Estás hablando más de lo normal. No eres el mismo huraño y silencioso hombre que me ha estado atormentando este último día.

— Hasta el más intratable de los hombres, necesita ser tratado de vez en vez.

Se interesó por lo que Connor pudiera ocultar. Tuvo que luchar para sentarse sobre sus posaderas y estirar las piernas. « Existen más armas que las espadas. », se dijo para sí, animándose a sacar provecho de su único vestigio de debilidad hasta el momento.

— Te dije sus nombres. Ellos son lo último de mi familia, aunque no lleven mi sangre — No llegaría a creerse por completo la voz dulce que pondría a continuación. —. Connor, sé que comenzamos con el pie izquierdo y puede que todo lo que esté pasando entre nosotros no sea más que un malentendido. ¿No es mejor para ambos, incluso mejor para nuestros fines, que aprendamos a confiar el uno en el otro siquiera un

poco? Podríamos cabalgar hasta el fin del mundo, pero nada avanzará, si mantenemos este sinsentido.

Le prestó su tiempo para que respondiera. Sin embargo, él se mantuvo callado.

— ¿Qué puedes perder? — siguió Atenea, encogiéndose de hombros.

— Menos de lo que podría ganar. — reconoció, sin energías.

« Lo tengo donde quería. »

— No espero que me digas tus planes, sean cuales sean. Solo quiero saber si tus motivos son virtuosos — « Y así saber que tan demente estás. »

— Ellos también son lo último de mi familia, aunque no lleven mi sangre — Connor se irguió de nuevo. En su voz sentenciosa se percibía cierto deje de inquietud. —. Lady Elizabeth y ser Vyler Maine son lo más parecido a unos padres que logro recordar. Y al igual que los tuyos, están en mitad del infierno que la Horda de las Bestias desató. Creo que los quiero, en cierta forma, pero no hago esto por ellos; no tanto como tú lo haces por los tuyos, he de admitir.

— Entonces ¿por qué haces…? — Realmente se vio atraída a la idea.

— Fue llamada de la misma forma que la mujer que me trajo al mundo y cuyo rostro ya olvidé — Connor la interrumpió como si ella no existiera. —. Y pese a que no lo es, me gusta la idea de que ella sea mi hermana pequeña a la que debo proteger. Su nombre es Grace Maine.

— De seguro se encuentra bien. — dijo sin pensar. ¿Fue empatía lo que sintió? ¿Fue tristeza lo que descubrió en él?

— No vivo de falsas expectativas, Atenea Pryce.

Ni siquiera le importó que fuera desconsiderado. Algo en ella hizo que se encogiera de puro sentimiento.

— Háblame sobre ella.

— Tan amable, compasiva y risueña. Más inocente que ninguna. Ella es un ángel retenido en ese infierno, porque no fui lo bastante fuerte como para salvarla — Sus nudillos tronaron al cerrar su puño de robusto enfado — Cuando la miro a los ojos veo mi niñez reflejada. La lejana parte de mi vida a la que añoro y que muy en lo profundo de mi, desearía que no hubiese muerto a causa de… — Se cortó allí, y cogió aire. —. De estos tiempos repletos de caníbales. De fanáticos que no hacen más que destruirse los unos a los otros. Quiero protegerla de todo aquello que alguna vez me hizo daño, para que el día de mañana Grace no sea como el yo de ahora.

« Infeliz, ¿no es así? », estuvo a punto de preguntarle. Pero eso lo lastimaría aún más y ya no se encontraba tan segura de querer hacerlo. Nadie era capaz de mentir de aquella forma, mientras gruñía para estancar sollozos en el fondo de su garganta. Horas atrás habría jurado que aquel hueso duro de roer no era un más que un desalmado; entonces sentía algo de compasión por él.

Quizás, si el muy osado no se hubiera detenido a ayudar a Marcus y Aloy, habría conseguido llegar hasta sus seres queridos. Y en cuanto a Atenea, descansaría muerta en las calles de la ciudad. O algo incluso peor.

— Como verás — siguió. —, tengo tantas razones como tú para mantenerme despierto.

# Valysar II

— ¡Ehh, Valysar! — el bramido le llegó del pescuezo de Rodrick Barmettler, uno de los tantos escuderos en la hueste. — ¡Ven aquí! ¡Deja descansar a ese caballo tuyo!

El muchacho se había levantado de la pila de escombros y troncos caídos en las que se sentaban los de su grupo, y lo llamó agitando una jarra de cerveza en el aire.

Bajo el cielo que comenzaba a teñirse de estrellas, Valysar llegó cabalgando a paso lento junto al mismo grupo de escuderos liberados con el que se reunía para cenar todas las noches. Se detuvo a lazar su caballo a lo poco que restaba de un antiguo cerco, donde se anudaban una hilera de equinos agotados. y les estrechó la mano a los compañeros con los que posiblemente se jugaría la vida alguna vez. En el crepúsculo del quinto día de su agridulce ungimiento como *el Falso Caballero*, las espadas nobles del ejército se acomodaban en las estructuras ruinosas de lo que alguna vez hubo sido una villa de importante población, entonces en medio de la nada.

— Salieron de los bosques — le había contado el caballero al que escudaba. — y pasaron por la espada a quien se les cruzó por delante. Se llevaron el ganado, las cosechas, el dinero de muchos buenos hombres y, peor aún, las mujeres y niños de los más desafortunados. La mayor parte del poblado consiguió escapar, pero nunca volvieron por aquí para recuperar lo que quedaba. ¿Qué otra cosa los detendría de hacerlo que no fuera el miedo, chico? Pero ese miedo acabará pronto.

Los celtas habían asolado aquel sitio diez años atrás. Una más de sus tantas e infames incursiones. No era una casualidad que los dirigentes hubieran apuntado aquella villa en su hoja de ruta. Pretendían insuflar a sus tropas con inquina y un significado claro ante la causa, al ordenar que pasaran allí la noche.

Desde tiempos inmemorables, poco después de que nacieran las armas y los suficientes motivos para batirse en duelo, las huestes habían avanzado al campo de batalla en una extensa hilera de, como mucho, cinco o seis hombres de ancho. En cambio, el cuerpo de ejército de ser Logan Guiscard había pisoteado el terreno con sus corceles de guerra en una gigantesca formación de arco que les permitiera marchar con mayor premura. A algunos de los soldados les había tocado cabalgar por planicies de un mar de hierbas junto a los carros de suministros y las carretas de guerra, mientras otros tomaban la difícil tarea de perseguir sus ambiciones por florestas plagadas de ramas semienterradas y alguna que otra cuesta traicionera y pedregosa.

Los halcones iban y venían, volando por encima de Valysar, desde el alba hasta el sol poniente, llevando reportes de estado entre los capitanes de campaña. Si bien no llegó a ojear ninguna de las cartas, daba por hecho que estaban escritas a un puño y letra de manos temblorosas, puesto que nadie reducía la marcha en ningún momento.

Se encontraban en un llano tan desolado como las montañas que lo precedía. Todo animal de buenas narices huía del terreno antes de que semejante grupo de hombres lo barriera con los cascos de sus caballos. Y, en el sentido estricto de la palabra, no se podía referir a los campamentos como tales. Durante la noche, no se levantaba otra

tienda que no fuera el pabellón de ser Logan ni se encendían grandes fogatas. Los lanceros, arqueros y jinetes, compartían historias, acompañados de queso duro, pescado en salazón y extracto de flor de ámbar para reponer las fuerzas, y se tumbaban sobre capas de tela acurrucados a sus armas bajo el firmamento. Todo soldado, caballero, escudero o sirviente se había alistado voluntariamente en busca de justicia, gloria o venganza personal, de modo que las caras largas de inconformidad no eran comunes, y la deserción algo impensable. Y, a decir verdad, *el Ser* era uno de esos hombres a los que el resto seguía más por su fama de leyenda que por intimidación.

—Ven, ven —lo apremió el chico. —. Siéntate.

Valysar se disgustó por lo que vio en los cuencos de madera de los comensales sin mesa, aunque no dejó que su rostro lo delatara. Ya estaba cansado de desayunar, almorzar y cenar lo mismo todos los días.

—Pan, queso y salazón… Qué novedad.

—Es lo que hay. —Rodrick le tendió un plato. Llevaba sobre el labio una brizna de bigote castaño que nunca se afeitaba.

—Lo que daría yo por un venado frito. —Al escudero robusto al que llamaban Matt Devan se le aguó la boca de solo mencionarlo.

El fuego lucía como un pequeño punto agonizante en el centro del grupo. Más para entibiar la cerveza y distinguirse los unos a los otros, que para entrar en calor.

—Agradeced que tenéis algo para llevaros a la boca, al menos —escuchó decir a una voz férrea, cuyo rostro no percibió. De inmediato, los siete muchachos que se sentaban en círculo en torno a la minúscula fogata asintieron uno tras otro. —. No habéis venido a divertiros.

Un par de segundos fueron suficientes para encontrarlo. No fue difícil, ya que era el único caballero entre la junta.

—Ser Braxton. —dijo Valysar a modo de saludo, antes de tomar asiento.

—Maine. —Asintió el otro con fría cortesía.

Ser Braxton Wolfhard hacía impecable honor a su apellido; era un hombre duro, como un viejo lobo, de aspecto musculoso y cabello plateado que le caía sobre un hombro a modo de una trenza solitaria. Un caballero de reconocida habilidad y profundos conocimientos, quien era, además, el mentor de Rodrick.

—¿Cómo se encuentra vuestro padre?

—No le he visto desde hace meses, ser. La hueste salió de la Capital antes de que su barco llegase al puerto. Comandaba una escolta de un cortesano del Rey.

Su noble estirpe en realidad tenía un origen humilde, según el saber de su padre. Siglos atrás, cuando aún quedaban en pie feudos independientes en lo que hoy era Dranova, cierto señor feudal invistió a un simple plebeyo por sus valientes actos, luego de que defendiera una fortaleza de alto valor estratégico contra una de las primeras invasiones sarracenas hacia el norte del continente. El señor feudal resultó tan generoso como desvergonzado y socarrón, puesto que se tomó la libertad de nombrar por sí mismo a la casa de su nuevo caballero aludiendo a su porte y temperamento como los de

un lobo duro e intratable. Y ser Braxton, al parecer, había heredado cada ápice de su ancestro.

—¿Y vuestro tío? ¿Por qué no ha venido? —Levantó una de sus espesas cejas.

« Porque no quería perder de vista las alabanzas de los torneos y a las tontas damiselas que desvirga ». Si Konash no fuera de su familia, habría tirado la toalla con él desde hacía mucho. Valysar era un buen aspirante a caballero por cuenta de su padre. Más allá de los entrenamientos con armas, las cosas que había aprendido de su tío eran tan escasas como los días que en ser Konash no rompía sus votos.

— Tiene un deber para con la Corona, ser — explicó en su lugar. —. Hizo un juramento inquebrantable. No puede alejarse mucho de la Familia Real.

— No entiendo por qué un caballero que ha jurado servir de por vida a su Rey, posee, a su vez, la gran carga de educar a un escudero.

Valysar le echó un rápido vistazo a Rodrick, quién estaba limpiando afanosamente con un pañuelo el casco en forma de cráneo de lobo de su caballero. Poco a poco, dejó lo que estaba haciendo, para voltear a verlo con un aire confundido al escuchar que no era más que «una gran carga».

— Mi tío prestó juramento hace apenas tres años, ser. En un inicio, ser Konash no tenía tal ambición, pero no pudo negarse después de que la Reina se lo pidiese en persona. En aquel entonces, llevaba otros tres años ya como su escudero.

—¿Por qué no le fue permitido liberarse de tu educación?

— Ser Konash aceptó al honor. Sin embargo, ya había jurado con anterioridad hacerse cargo de mí. La reina Alice fue dadivosa y comprensible, de manera que permitió que yo sirviera como su escudero hasta cumplidos los diecinueve años. Y en cuanto eso sucediera, me nombrarían caballero y mi tío sería un espadachín platinado sin ninguna otra obligación que la Familia Real. Hasta el resto de sus días.

—Vaya cosa —apuntó Matt Devan.

— Ya lo habéis dicho. — Asintió el caballero con el cuerno de cerveza en alto. —. Pero la palabra de un caballero debe significar tanto como su vida.

Finalmente le tendieron una bebida caliente, y comenzó a comer.

Nunca llegó a mencionar que Konash se había estado jugando la cabeza con sus fechorías. Desde hacía tres años, había destinado la mitad de su tiempo libre a su propio beneficio, en lugar de instruir al escudero que estaba bajo su manto. En más de una noche, no tuvo más remedio que escucharlo revolcarse con dos o tres mujeres a la vez, mientras montaba guardia al otro lado de la puerta. En una oportunidad, lo convidó a perder la «doncellez», como solía decir para burlarse, con una de sus mujerzuelas más bellas; y en otra ocasión, Valysar se vio tentado a sucumbir ante aquellos placeres, pero hizo bien en resistirse a los encantos de una prostituta desconocida.

Al igual que su padre y que su padre antes que él, tenía que mantenerse honorable y casto hasta consumar un matrimonio ante los ojos de Dios, con una buena mujer de noble cuna.

— Jamás quise pertenecer a esa Guardia, Val — Le confesó su tío en una ocasión. —. Solo no podía negarme ante Alice Liongborth.

— ¿Y quién podría? — le repuso. Valysar no había llegado a condenar sus incontables ignominias tanto como Vyler lo hiciese.

— He escuchado del carácter de esa mujer, aunque he tenido la suerte de no verlo. No quiero ni pensar en que hubiese pasado si me niego. No fue una petición, fue una orden, pero antes de eso hubo todo tipo de elogios y artimañas. Nadie más que el Rey estuvo allí para verlo. No hay nada más peligroso que una mujer poderosa con coraje y frialdad a la que se le ha importunado.

— ¿Y cómo ha sido eso de servir a la Corona?

— ¿Te digo un secreto? — susurró. —. Más allá de que te fulmine con la mirada, cuando debo ser su guardaespaldas, cuando camino detrás de ella, a veces la entrepierna se me pone…

— Deja eso ya — Era un incorregible.

Y le había hecho ver en qué clase de hombre no quería convertirse.

A fin de cuentas, su padre una vez le confesó que había cedido su tutela a Konash sin mayor pretensión que evitar enviarlo lejos a servir a la Casa de algún señor. Ansiaba estar cerca de su hijo, cada vez que regresara de una expedición, y así ayudarlo personalmente en su formación como caballero.

« También pudo tratarse de otro de sus intentos para que Konash por fin compusiese su camino. En ese caso, graso e ingenuo error. »

— Ser, habíais venido a hablarnos de aquellos días — advirtió Rodrick a su caballero, luego de que este terminara de comer. —. Me pedisteis que os lo recordara.

— ¿Qué días? — se apresuró a preguntar un escudero al que Valysar conocía por su rostro cuadrado y no por nombre.

— Los días en que las olas del mar alcanzaron las cumbres de las montañas — sentenció ser Braxton con voz solemne. —. Los Días de Léviathan — Vació el cuerno de un largo trago, y con el dorso de la mano se limpió la barba plateada. —. Después de beber un poco, se me suelta la lengua para contar estas cosas.

— Ser — apuntó Matt Devan con cautela —, hemos escuchado esas historias, ¿cuántas?... ¿Cientos de veces?

O puede que incluso más. Cada hombre, mujer y niño de la costa este conocía la historia a fondo. Se crecía oyendo aquellas anécdotas que hablaban sobre la última Bestia que había amenazado con devastar la prosperidad del Reino. Veintiún años no era demasiado tiempo, de manera que todo aquel que llegó a verlo surgir del mar le gustaba dejárselo bien en claro a quién estuviese cerca.

— Sí, las habéis escuchado. De seguro de vuestros padres, abuelos y caballeros; de un bardo, de un herrero, de un pescador y hasta del caballo al que montáis. Sin embargo — Se le quedó viendo a Matt. —, ¿cuántas veces habéis escuchado la historia desde el punto de vista de un hombre que estuvo ante él cuando nació y estuvo también allí el día de su contención? Ehh, Matthew, ¿cuántas veces? ¿Lo habéis escuchado alguna vez de un hombre que fue como un hermano para la leyenda de ser Damon Kingsley?

El asombro e interés se hizo entre los rostros de los escuderos, quienes intercambiaron miradas y negaciones unos con otros.

« Así que eso era — pensó Valysar, con la misma expresión que los demás. —. Ya se me hacía raro que pasara tiempo entre escuderos, en lugar de platicar con sus semejantes ». Decenas de generaciones después, los miembros de la nobleza militar Wolfhard solían ser tratados más como ovejas negras que como lobos plateados, debido al modesto albor de su linaje. Había llegado a creer en un primer momento que a esto se debía su presencia entre hombres de mucho menor rango.

El caballero dedicó una rápida mirada inquisitiva a todos los presentes.

— Cuando se es joven y se tiene toda una vida por delante, solo se piensa en el porvenir. Cuando se está envejeciendo, te gusta recordar el pasado en busca de días mejores. — suspiró por la nariz, con gesto áspero. —. El orgullo de la mayoría de los caballeros les impulsa a que solo quieran contar sus propias anécdotas de guerra mientras hacen oídos sordos a las de los demás.

— ¿No es el orgullo parte de todo caballero, ser? — inquirió Conrad, medio confundido, medio temeroso y totalmente inseguro de lo que decía. — ¿No es parte de todos los hombres?

— Lo es. — agregó otro escudero, para empeorar el ceño fruncido de ser Braxton.

— Pese a lo que he logrado, mi orgullo no es mayor que el de un vendedor de panes o un mozo de cuadras. ¿Creéis que eso es lo que significa ser caballero? ¿Qué se te infle el pecho de arrogancia, cuando veas a la gente desde tu caballo con tu armadura puesta? Si estáis intentando volveros caballeros para que se canten canciones sobre vuestras hazañas, para haceros rico con el premio de un torneo, y para que las mujeres os miren con avidez, os tengo malas noticias. — Orgullo no, afirmaba él, pero ser Braxton hablaba con la arrogancia de un hombre mayor que creía haberlo visto todo y que nada más podía aprender, pues todo lo sabía. Aunque no era tan viejo, a decir verdad, su cabello gris plateado le daba un aspecto avejentado. — ¿Creéis que os valdrá de algo ese orgullo en el campo de batalla?

«¿Y de que iba a valer la humildad, en cambio?»

— Tal vez no sea importante en el campo de batalla — La voz de Valysar se coló en medio del silencio que se había formado. —, pero es algo inevitable, ser Braxton. No creo que venga con la armadura — Todos lo miraban con la estupefacción típica de quién veía a otro cuestionar lo que decía el Libro Sagrado, como si tuviera que quedarse callado por el simple hecho de que aquel hombre fuese de mayor rango y edad. No consentía aquellas costumbres. Cuestionar a los que estaban por encima de él no tendría que considerarse una falta de respeto. —. Hablo de orgullo, no de arrogancia. Creo que viene dentro de nosotros. Cada hombre y mujer tiene su balanza y cada uno su justa medida de orgullo. Pero no hay que irse nunca por los extremos.

Afortunadamente todo acabó allí. Ser Braxton Wolfhard asintió con gesto de fría cortesía como bien acostumbraba a hacer. Pareció satisfecho con la respuesta, aunque no perdonó con sus ojos color menta la pequeña contradicción. El tema cambió con brusquedad, y el caballero procedió a contar la historia entre sorbos de bebida.

— Comencemos por lo que todos sabéis — Carraspeó para aclararse la voz. —. No viene mal tenerlo en cuenta. Hace veintiún años ni siquiera habíais nacido, pero yo era

ya un caballero desde hacía tiempo. Todo lo que se conoció como los Días de Léviathan comenzó a mitad del verano, cuando los días más frescos se posaban sobre la costa. Por aquel entonces, traté de alejarme algunos meses de las batallas y los torneos, y me refugié del mundo de la caballería en un pueblito norteño llamado Illingtown. El caso es que un buen o mal día, según se vea, mientras cabalgaba a orillas del mar, la tranquilidad con la que vivía se desvaneció con la llegada de una tormenta. Una repentina. El cielo había estado despejado aquella tarde, pero unas nubes brotaron desde mi cenit y no tardaron en cubrirlo todo. Se presentó un vendaval que amenazó con destechar la cabaña en la que pasaba mis noches. La tempestad trajo consigo un único rayo. Uno tan negro como el carbón, que cayó al mar sin hacer ruido. ¿Podéis creerlo? Durante todo lo que duró aquel extraño suceso no hubo más sonido que el viento que se estampaba contra mí. Para cuando llegó el crepúsculo, las nubes habían desaparecido sin mayor teatro.

Se detuvo allí para pedir un poco más de cerveza a su escudero, quien lo había estado observando en silencio sepulcral, al igual que el resto. Según había leído y escuchado Valysar, no había nada nuevo en su relato hasta entonces.

— Fui a dormir con aquella pavorosa imagen del rayo de sombras — siguió. —. Jamás había sabido que tal cosa existiera, pero no fue motivo suficiente para quitarme el sueño. Sin embargo, lo que vino después de la medianoche no me permitió echar cabeza debidamente durante semanas enteras. — Adrede hizo un instante de dilación, mientras miraba a los ojos a cada uno de sus oyentes.

— ¿Y luego qué? — se impacientó Matt Devan, haciendo como si no lo supiera ya.

— Hoy en día hubiese deseado que esos perros del demonio no me despertasen con sus ladridos. Mi caballo también estaba como loco, así que salté de la cama, y salí de la cabaña medio desnudo con mi espada en mano, en busca de algún maleante. — No apartaba la vista de los remanentes de la fogata bajo sus pies, como si reviviera sus temores en las llamas. Su rostro se encontraba bañado por un tenue tono naranja, ensombrecido alrededor de sus ojos. —. Dios, ojalá hubiese sido un maleante. Fue lo más espantoso que he visto en mi vida. Medio firmamento parecía haber perdido sus constelaciones. Agucé la vista y traté de comprender lo que sucedía, pero no llegue a hacerlo hasta que sentí su aliento en mi rostro. Una brisa momentánea seguida de un sonido no articulado que ni siquiera puedo imitar. Un abismal ronroneo, casi un susurro sin palabras. Léviathan estaba justo delante de mí. Debía de estar a cien metros, no lo sé, allí donde nacía el mar. A pesar de eso, era tan inmenso que creí que estaba en aquel momento a pie de una montaña capaz de resollar. Solo podía ver su silueta tallada en el horizonte, inamovible, aterradora. No sé cuánto tiempo pasó hasta que comenzó a moverse. Se arrastraba, y parecía llevarse el mar junto con él. Acababa de presenciar el nacimiento de una Bestia sin saberlo.

» Más tarde me enteré de que Léviathan había ignorado por completo el pequeño pueblo a la ribera y se dirigía al sur. No sé quién me lo dijo, tampoco sé por qué decidí creerle. No era yo mismo. Estuve mudo de la impresión, así que no dije nada. Cogí mi caballo, y me dispuse a galopar situando el *Heron Sea* a mi izquierda. Desde Illingtown

se enviaron halcones, cuervos, lechuzas, toda ave que supiera entregar un mensaje, pero nunca llegué a saber con exactitud si alguien más había presenciado lo que yo. Así que seguí urgiendo a mi montura con la fusta. Aunque hubiera criado a ese pobre corcel, ni siquiera me interesé en él por haberle sacado sangre. Solo quería ver de nuevo lo que creí haber visto. Ansiaba que fuese real, pero a la vez no. El amanecer llegó a mí, y aun con ello no pude avistar como lucía. La Bestia marchaba por debajo del mar, provocando un gigantesco bulto, como si de una cresta de agua se tratase. Como una ola que, sin elevarse, sin caer ni romper contra la costa, avanzaba en cabotaje. Tuve una corazonada, pues pensé que se dirigía hacia la Capital, y estuve en lo cierto. Era la única gran ciudad en toda la costa este. Léviathan, de alguna forma, a conciencia estaba yendo a por el pez más gordo de toda la región.

» No estoy orgulloso de haber abandonado a mi caballo por otro más descansado. Tampoco estoy seguro de cuántas veces divisé al sol salir del océano y ser tragado por las montañas y los bosques, pero conseguí llegar a la Capital. Le saqué cierta ventaja a la Bestia, que, por lo que parecía, se tomaba las cosas con más calma. Por supuesto que, cuando las murallas brotaron en el horizonte, el anuncio ya había llegado a los oídos de todos. Al norte de la ciudad se aglutinaba una hueste aún mayor que la nuestra. Veinte mil hombres, si no me quedo corto en estimaciones.

Se tomó su tiempo para pasar unos cuantos tragos de bebida.

« Le reventará la tripa antes de embriagarse ». Ser Logan no era ningún idiota. Había accedido a que sus hombres se dieran el placer de acompañar las comidas con cerveza, aunque esta era tan suave que harían falta un cuarto de tonel para marear a un hombre.

Lo siguiente que ser Braxton comentó comprendía todo lo relacionado a planes de guerra y al estatus en la hueste de sus más allegados. Se explayó en ello demasiado, y poco a poco comenzó a perder el interés de los presentes. Valysar jugaba con la idea de abandonar al grupo e irse a dormir, cuando el relato dio un giro interesante.

— En cualquier caso, muchachos. Sé que todos habéis escuchado hablar de cómo ser Logan cogió el mando del ejército en mitad del campo en aquellas circunstancias… Sí, hubo algunos otros héroes más… Pero, dejadme deciros que la sombra que opacó todo el valor del hoy castellano y general de las huestes ser Logan, fue un hombre al que conocí muy bien. Ser Damon Kingsley, aunque haya partido, será siempre un hermano para mí. Crecimos juntos como escuderos al servicio de la misma Casa — A medida que hablaba, el ceño fruncido se le iba transformando en una sonrisa triste. —. Nunca fue excepcional con la espada, pero sabía cómo usarla al menos. Su verdadero punto fuerte estaba en la defensa. Nadie podía golpearlo debidamente, cuando llevaba el escudo en mano izquierda. Sus reflejos eran casi inhumanos. Perdió algún combate, pero no fui capaz de verlos. Resultaba victorioso en gran medida... Debo confesar que terminaba ganando más por resistencia que por mera habilidad. Ahh, eso también lo definía bastante bien: sus batallas cansaban la vista en ocasiones, porque se extendían por no teneis idea cuánto. Le gustaba cansar al rival; doblegarlo a punta de esquives y

bloqueos; hacerlo sudar, jadear y ponerse rojo hasta que sus movimientos repudiaran toda gracia y rapidez. Entonces, Kingsley atacaba.

A oídos de Valysar aquello sonaba demasiado extraño. ¿Un caballero que prefería que lo atacaran, en lugar de ir a la ofensiva? Toda Dranova conocía el nombre de ser Damon, y al mismo tiempo, todos parecían conocer de él nada más su último acto y no el resto de su vida.

— ¿Se dedicaba al desgaste de su adversario, aun llevando la armadura puesta?

Ser Braxton Wolfhard le clavó los duros ojos de menta.

— En especial con la armadura puesta. Le resultaba más desafiante. Sin embargo, no tenía la cabeza hueca y solo la hacía de lado en los entrenamientos. En duelos verdaderos usaba la mayor parte — Volvió la vista hacia las llamas agonizantes. —. A causa de su condición tan peculiar, no ganó torneos. Y las justas no llamaban mucho su atención. Desde luego que tomó lugar en batallas. Ganó todas y cada una. Pero, no se hizo con semejante nombradía hasta que empuñó una Daga Sagrada y cerró con un broche inigualable los Días de Léviathan. — Suspiró. —. Aquel día pasó a la posteridad en el instante en que perdió la vida, y se llevó consigo medio cuerpo de la Bestia. Aún era joven, apenas unos años mayor a vosotros.

» En lo que más invirtió sus veintidós años de vida fue en cantar, en escalar y en desesperarme mientras detenía todos mis intentos por vencerlo con su escudo *Muro de la Desesperanza*. Gracias a Dios por ser Damon.

Otros repitieron en voz alta sus últimas palabras, casi como si fuera una plegaria.

— En ningún momento me contasteis que supiera escalar, ser. — Rodrick se vio con la boca abierta por primera vez. Luego soltó una exhalación como vacilando una carcajada.

— Léviathan era un monstruo de más de cien metros cuando se erguía — explicó el caballero. —. Capaz de respirar bajo el agua y por encima de ella. Era escamoso como un lagarto y, al mismo tiempo, como un pez. También baboso como un pulpo, con todo y tentáculos. Las runas que resplandecen en cada Bestia, en él estaban en lo que pareció ser un hombro, donde nacía una extremidad atroz. Todo eso lo sabéis de sobra… ¿De qué otra manera habría llegado hasta allí para incrustarle la Daga y contenerlo? Ser Damon escaló por la cresta de su espalda, con el arma entre los dientes como ningún otro hombre lo hará jamás, mientras Léviathan arrasaba la costa aplastando a los soldados como si fuesen hormigas con sus tentáculos y elevando a voluntad el nivel del mar, que lo protegía de los arpones y flechas incendiarias. En el puerto lo vimos surgir del agua, y se mostró ante nosotros con aquellos… Tenía el cráneo como el de un Dragón, pero ni siquiera había ojos a los que temer. Cuando estás ante una Bestia, dejas de ser tú. No hay pensamientos, ni sensaciones. El simple hecho de respirar o contener el aliento se vuelve un reto por sí solo. Un solo error y se era comida para los peces.

Así como no pudo evitar imaginárselo, Valysar no pudo evadir el escalofrío que lo sacudió poco después. El solo pensamiento le quitó de un ramalazo la pesadez del sueño que venía arrastrando. Le costó bastante trabajo admitir, aunque se guardó para sí

mismo, que de haber estado en el lugar de ser Braxton, se habría hecho en los pantalones ante semejante monstruosidad.

— Nunca lo he sabido, ser — dijo una voz aguda del grupo, Conrad, cuyo rostro era más aniñado que cualquier otro de los escuderos. —. ¿Cómo hizo ser Damon para hacerse con una de las Dagas de la ciudad?

— Es verdad — confesó Matt Devan. —. Por lo que se dice, era un caballero de media monta, de una Casa sin ninguna Daga. Y encima, había otros a los que se les creía más capaces.

El caballero tardo en responder. De un instante a otro, su rostro se había tornado más cansado y marchito que antes. Dejó a un lado el cuerno de cerveza y bostezó.

— Los había mejores, pero ser Damon Kingsley fue afortunado. O quizás yo lo fui más aún. Verán, estuve junto a él cuando recibió la Daga en sus propias manos. Estuve junto él cuando retiró la vaina de diamante negro y el fulgor de aquella arma nos inspiró un valor que colmaba nuestros cuerpos, casi como si nos tentara a utilizarla. A partir de ese momento, no existió nada más en el mundo para nosotros que una terna forjada en la divinidad. No existía nada más allá de una Daga, un Contenedor y una Bestia. — Hizo una pausa, y se levantó. — ¿Recordáis que os dije que ambos fuimos escuderos de la misma Casa? Bien, no preguntasteis a quién servíamos.

— ¿A quién servíais? — preguntó más de uno al unísono, pero todos se irguieron un segundo después por temor a que se marchara sin acabar.

— Lord Baron Marshall, el señor padre de la Reina — Carcajeó, como quién miraba hacia el pasado con dulzura. —. Su segunda esposa fue la tía y única pariente de ser Damon con vida. Así que nos escogió como escuderos a los dos, ya que éramos inseparables. Era un hombre intrépido y testarudo, creo que aún lo sigue siendo. Le dijeron que valía más como marqués que como guerrero, para arriesgar su vida de aquella manera, pero no escuchó a nadie. La boda de su hija, con el todavía príncipe Leonor, se llevaría a cabo en pocas semanas, y aún con eso, tomó cartas en el asunto. Cuando se enteró de que ambos estábamos en la ciudad, nos exigió, como tantas veces en el pasado, que lo acompañásemos a la batalla. Y eso hicimos.

» La Caja de Pandora se cerró aquel día, pero antes nos arrojó todos los trucos que llevaba dentro. Entre los rugidos y el caos de astillas, las olas que se estrellaban contra el puerto, las rocas y los azotes del viento que provocaba la Bestia, lord Baron resultó herido en la espalda y cayó al suelo. Si hubiese estado más cerca de mi lord que ser Damon en el instante en que nos confió la Daga, probablemente él estaría aquí contando esta historia y yo habría muerto al contener a Léviathan. O eso me gusta pensar.

» Por último — Tragó saliva. —, solo os diré que esta tierra es generosa y despiadada a la par. Y su gente lo es aún más. Si caes muerto durante el acto de contención, serás considerado todo un héroe por las masas. Y si sobrevives al infierno de una Bestia en tu interior, esas mismas personas te llamarán «Demonio». En cualquier caso, para bien o para mal, todos conocerán tu nombre. Y yo doy gracias al Cielo, porque a mi amigo se le recuerda como a un héroe.

# Mar de Oasis y Tormenta

El anciano Maestro de Hechiceros olía incluso peor de lo que un vejestorio con medio pie en la tumba debía oler. Sus manos, además de arrugadas y con uñas largas y amarillentas, temblaban sostenidas en el aire hasta tal punto que no inspiraba en lo absoluto aquellas tan divinizadas facultades druídicas de las que tantas horas Edward había despilfarrado entre tomos. Aun así, hizo lo posible para fingir que no le desagrada tenerlo cerca, cuando Laparc le apoyó una palma sobre el pecho y otra sobre el abdomen por encima de las ropas de fino corte. Después, lo vio cerrar sus ojos y desvanecerse a los adentros de sus propios conjuros.

Conocía de lleno lo que vendría a continuación. En su juventud, Edward había sumergido sus narices dentro de algún que otro texto prohibido por la Iglesia, por lo que poseía ciertos conocimientos teóricos sobre la magia de sangre y sus aplicaciones. Sentía un hormigueo, una alegría casi palpable de saber que nunca llegaría a tan viejo como para acabar en aquel decadente estado. Maldición inminente de todo hombre sano que viviese; la tortuosa vejez.

— ¿Y bien? — inquirió Kurt al Maestro de Hechiceros en un tono fragante de descaro.

Pudiera ser que el Consejero del Rey sintiese una aversión exorbitante por la apariencia y el cuestionable aseo del anciano, sin mencionar que al menos tenía la decencia de ocultarlo, pero conservaba un profundo respeto por sus dones rojos que el resto de los hombres en la oscura habitación carecía a plenitud.

— Silencio — riñó Laparc, con una voz potente impropia de su aspecto frágil. Al cabo de un rato, se retiró un paso —. Le resta medio año, cuando mucho. — concluyó.

Dentro de la pequeñísima sala de torturas del castillo, mal augurio que lo llevasen allí en primer lugar, una decena de miradas sin expresión se intercambiaron entre unas y otras espadas de la Horda. Se encontraban allí, rodeándolo por todos lados, Raymond Hailstone, Kurt, Raster y otros tantos nombres que no aguardaron a que Edward muriese para caer en el olvido.

— ¿A causa de qué exactamente? — El autoproclamado nuevo Rey de Dranova no tenía sitio en su haber para más gesto que la austeridad.

Era evidente suponer que no sentían hacia él la menor preocupación por su salud. Tanto les daba igual cómo muriese o qué lo matase si al final vieran su vida esfumarse de un segundo a otro. Querían cerciorarse de que Edward no había estado ofreciéndoles humo a cambio de sus servicios.

« Razón por la cual me han traído a este lugar — los observaba a todos desde abajo, tumbado sobre un tablero en el que se había vertido la sangre de incontables víctimas de antaño. —, para adelantarse a los acontecimientos y arrancarme la verdad por cualquier medio ». Lidiaba con sujetos peligrosos, lo había sabido desde un comienzo. Sin embargo, lo que pudiesen hacer con él no le importaba.

« Nada realmente importa, cuando se está condenado. » Nada más que disfrutar los minutos que faltasen, maquinando actos que no se harían de otra forma.

— No hay un nombre para ello — aseguró Laparc. —. No hay muchos casos que se vean. Aunque si es cierto que es una muerte lenta. Más lenta, incluso, que la de un Demogorgón que no ha llevado a cabo el Ritual de Dominio.

— Pero no igual de dolorosa.

— En efecto, no hay punto de comparación — Bajó la vista lechosa hacia el enfermo. —. Masas de tejido anormal se aglomeran en varias partes de tu hígado y pulmones. Y en adición a ello, toda tu sangre está contaminada con esta funesta enfermedad. «Qué los Dioses se apiaden», te diría de no haber posibilidad de salvación para ti, Edward Stanford.

— Transferencia de Sangre — repasó Edward por enésima vez un nombre que bien conocía, como si en él se hallase la llave a su salvación. —. ¿Resistiré a tal hechizo?

— Es incierto. La cura es aún peor que la enfermedad misma, así que podrías morir en el proceso — Carecía también de unos cuantos dientes, por lo que a veces hablaba de forma balbuciente. —. Verás, se necesitaría toda la sangre compatible, de un cuerpo joven preferentemente, para enviarla a tu cuerpo. No obstante, primero tendríamos que drenar casi por completo la que en estos momentos corre por tus venas.

— Los Intelectuales llaman a los bultos en mis órganos «excrecencias internas» o «tumores», aunque desconocen a que se debe. — Nadie habría sido capaz de explicarle que padecía a ciencia cierta, pero se había formado varias ideas examinando cuerpos diseccionados en experimentos clandestinos de la universidad.

— Estos académicos y su ciencia. — Laparc arrugó la cara en gesto de asco.

Edward le sonrió como solo un hombre de jactancia nacida de la cultura lo haría.

— Puede que vuestra magia y todas las demás sean ciencia que aún no comprendemos. ¿No lo habéis pensado? Puede que también lo que llamamos Dioses no sean más que historias que brotaron de nuestra imaginación como entretenimiento, o bien, por ignorancia en tratar de explicar fenómenos que…

— Bueno, bueno, ya basta — Kurt lo interrumpió bruscamente. —. No te pongas pesado con tu cháchara.

— Lo sabré tan pronto esté muerto. — suspiró. A decir verdad, se lo había preguntado toda su vida, y sin temores ansiaba toparse con una contestación final.

— Por desgracia, aún queda mucho para ello, lord Edward. — le aseguró Raymond dándole unas palmaditas en la pierna y dejando entrever una sonrisa seca.

« ¿Una desgracia para vos o para mí? », habría querido preguntarle.

— Buscad al donador idóneo — ordenó Su Majestad al más rancio de sus siervos. —. Preparad todo lo necesario para el tratamiento de este hombre y lo que venga después. Lord Stanford nos ha dejado en bandeja de plata la llave al nuevo mundo, es lo menos que podemos hacer por él — Detrás, se alzó una perezosa barahúnda de quienes apoyaban la moción. —. Que no se diga que no recompenso debidamente a quienes me han servido bien. La Transferencia de Sangre y lo demás enseres serán inmediatos al Ritual de Dominio, cuando ya nos hallamos hecho con la Bestia.

Su tono no admitía discusión, y Laparc había estado asintiendo al compás de las palabras una y otra vez. Aquello, al menos, hasta que hubo oído…

— ¿Inmediatos a? De ninguna manera. — Raymond le lanzó una mirada de muerte inconmensurable, con lo que el anciano se estremeció. —. Rex Azus. Majestad. Es imperativo que se lleve a cabo el Ritual de Inmolación, mi Ritual de Inmolación, bajo la distinción única de la Luna de Sangre. Majestad, os lo suplico, por toda una vida de dedicación a la Horda.

— Si fuera ese el caso — respondió, amenazante, acercándose un paso. —, ¿quién efectuaría mi ritual? ¿Quién convalecería también a lord Edward?

— No quién, Majestad. — la voz le temblaba ya, casi tanto como las piernas. —. Quienes. Mis excelentes alumnos. Tanto hechiceros como druidas trabajarían en conjunto para vuestro beneficio. Rhiannon, o Mebdh si lo queréis, se haría cargo de vos y vuestra Bestia. En cuanto a los hechizos para lord Edward, Kairo seguro que no, pero Mary Blood por supuesto, sin lugar a duda.

— No confío por completo en esa hechicera. Además, tengo mejores planes para ella.

Y sin más, todo acabó allí mismo, como si se hubiese increpado a un simple niño. Laparc, en otros tiempos, habría sido un rival poderoso, tanto como un Maestro de Hechiceros podía serlo, pero sus días de gloria habían acabado. Mucha agua había corrido bajo el río, y el poder de su magia se había ido con los años, arrastrados por la anemia y el agotamiento.

De cualquier modo, Edward estaba decido a romper una lanza a su favor, aunque no pensó en mencionarlo. No habría rituales que valieran. Le incomodaba la idea de que su vida dependiese de alguien de las peculiaridades de Mary Blood.

Y no era para menos. «El Confabulador», como ella gustaba llamarlo, la había visto un día antes intentar sacarse un trozo de comida de entre los dientes con un cuchillo tan largo como su antebrazo. Todo habría acabado mal, de no haber sido por sus dones rojos que detuvieron el sangrado cuando se hubo abierto medio paladar. Y no contenta con este curioso espectáculo, dejó en pelotas al Arzobispo Headmund en media Sala del Trono, y se vistió con sus ropas, que le quedaban ridículamente holgadas, para viviseccionar a un monje.

— No suelo hacer esto en casa, créeme — le dijo ella que era toda sonrisas y sangre, cuando se encontraba a mitad del proceso. —. ¡Pero es que me siento tan feliz! Tan feliz por lo que nos has regalado. Gracias, Eddie.

Qué espécimen. Mary era, a lo sumo, siete palmos lamidos de locura y una ternura infantil sobreactuada.

Definitivamente no. Ni en mil años, si fuera posible. No dejaría que alguien como ella que se comportaba de manera tan impredecible, excéntrica y temeraria se hiciera cargo de su cuerpo. Solo con verla reír a carcajadas y hurgar dentro de aquel acólito mientras aún seguía vivo, se le revolvía el estómago. Y de pensar en la clase de cirugía que podría practicar en él, inmutaba el gesto en repugnancia. Ya tenía suficiente con

sobrellevar el tormento de su enfermedad invisible, como para irse de este mundo en medio de gritos y desesperación a causa de un error.

Casi podía adelantarse a las circunstancias e imaginar a Mary con las manos dentro de su torso abierto a la mitad como un jamón.

— *Ups*, me equivoque. Lo siento. Probemos con este otro pulmón. No te vayas morir aún. — Y con la suerte de miserable que Edward padecía, se volvería realidad.

Más tarde aquella noche, el Rey de la Horda de las Bestias y Dranova destrozó el silencio de sus aposentos e irrumpió en el lugar sin siquiera anunciarse. Edward paladeaba una copa de hidromiel, con la que disfrazaba el ácido sabor de los somníferos de hierbas de cada noche. Por fortuna, únicamente había dado un par de sorbos de Dulce Sueño, cuando Raymond acomodó una silla a su lado, frente a la crepitante chimenea.

— ¿*Vivat Rex Azus*? — comentó Edward por encima.

— La última batalla que habré perdido — le confesó mientras tomaba asiento. —. Han abandonado alguna que otra costumbre bárbara. A algunos se les ha enseñado a escribir y a leer. Los druidas han hecho lo posible por instruirlos sobre historia y política, lo básico, pero no enseñan todo lo que saben y mucho menos se animan a hacerlo con cualquiera. Al final, se llegó a un acuerdo para que solo fuera obligatorio enseñarles a mis comandantes. Aun así, es una realidad que no echaran de lado su idioma ni sus más arraigados hábitos.

Naturalmente ya estaba en su poder el conocimiento de sus enseñanzas tanto ánglico como en latín. Estos druidas no pretendían más que mantener el monopolio del conocimiento que era de transmisión oral.

— Es un idioma demasiado ilustre para los celtas —. Entre ambos se hallaba una mesita alta en la que Raymond colocó un jarrón con cerveza, y se sirvió. —. Instruirlos en el arte sería como si vistiésemos con seda a un jabalí: risible.

El muy insaciable buscaba iluminarlos con el latín, puesto que Azus siempre había jugado con la idea de crear una nación que rivalizara en gloria con el Imperio Inconquistado. Y según parecía, esta idea no ambicionó en convertirse en sueño hasta cierta época, cuando en pocos días coincidió la propuesta de un traidor, el descubrimiento de una Bestia y la llegada de un profeta.

— Solo conocen ciertas palabras, ciertas frases — Y vació su vaso de cobre de un largo trago. —. Lord Edward…

Él, casi siempre un par de pasos por delante sabía muy bien a dónde se dirigía todo.

— No habéis venido a hablar sobre letras, lo imaginaba — Le concedió al Rey el suficiente tiempo como para que diese el paso siguiente, sin embargo, no lo hizo. Quizá no sabía cómo. — ¿Sería prudente para mí pronunciar su nombre en voz alta?

— Solo si quieres que sea lo último que pronuncies en vida… Tuvo una hija. Lo sabías, ¿no es así?

« Y vos también la tuviste. Si tan solo lo supierais » Se llevó la copa a los labios para ocultar su sonrisa y no para beber.

— Por supuesto. — respondió en su lugar.

— Supongo que de habérmelo informado no habría cambiado mis ambiciones. — le dijo con pesadumbre, después de un largo rato de mutismo y otro vaso drenado hasta el fondo. — ¿Cómo es ella? ¿La visteis alguna vez?

— No, nunca. Pero mis informantes hablaban maravillas sobre ellas dos. Y con lo ocurrido con *el Ariete* en la arena de combate, se dice que Atenea es la furia y la belleza hecha carne. — Vio de reojo como Raymond lo observaba, estupefacto, incrédulo. — Ah, ¿no lo sabíais? Fue ella quién le deformó el rostro a vuestro soldado.

— ¿Qué tan bella es? — No parecía muy interesado en irse con cuidado ante las garras de la rubia nívea. Después de todo, la figura del *Ariete* y la del Rex Azus podían confundirse bajo cierta luz. Y de igual forma, podían caer de tan alto. El pobre diablo no era tan inteligente como quería hacerse creer.

— Es idéntica a su madre, casi como si fuesen hermanas gemelas, excepto claro, que Atenea es más joven.

Y de nuevo, se hizo el silencio interrumpido por el crepitar de los leños de la chimenea.

— Sin embargo — tuvo que seguir. —, ¿no es más propicio, imperativo incluso, que discutamos el hecho que la chica haya podido escapar de la ciudad? Con la Daga Sagrada que le fue conferida a su familia, he de recalcaros. — No pudo evitar pensar una vez más en los Birdwhistle. El recuerdo de aquel fracaso le agrió un poco la noche.

— Dos es mejor que nada — escupió Raymond, moviéndose intranquilo en su asiento. —. Dos Dagas es más de lo que necesito para capturar a una Bestia. Por lo demás, estoy libre de preocupaciones. Atenea es simplemente una plebeya sin ninguna importancia para nadie más que yo. Unos comerciantes o viajeros no le darán crédito a sus palabras y un ejército entero no dará la vuelta solo por ella.

« No por una plebeya, pero… ¿qué hay de una Reina? » A Edward lo hubo dominado un arrebato momentáneo aquella velada en la que amenazó de muerte a su amada para que escapase, echando por la borda un año de meticulosa conspiración. A fin de cuentas, preferiría desollarse a sí mismo antes que ser testigo de cómo un salvaje la violaba en vejatoria situación, para luego torturarla. Los ojos llorosos de angustia y desesperación. La piel roja de un rubor conferido solo por la ira. La boca abierta deformada en grito y llanto. Observándolo, a sabiendas de que Edward era el culpable, mientras todo lo que uno amaba del otro se corrompía. ¿No había provocado en ella el mismo daño con enviarla lejos y destruir su vida?

Y la misma debilidad que le había hecho consumar una locura, pasó volando esta vez como una ligera brisa, pues resultaba ardua la tarea para un hombre caer rendido a los pies de una mujer cuando esta no se encontraba delante, sonriente, cálida y hermosa.

Había cometido la estupidez de enamorarse. Y por más que le pesara, no se arrepentía.

La amaba, desde luego, pero más aún anhelaba sus propias ambiciones.

Por lo que auguraba, Alice podría caer encima de la ciudad en cualquier momento junto al enorme peso de la hueste de ser Logan. No obstante, en lugar de echar por tierra todo por lo que había trabajado, Edward seguiría adelante con sus planes. En última

instancia qué se librase una regia y ominosa guerra a las puertas de la ciudad era un premio de consolación bastante decente.

Cuando volvió a prestar atención a Su Majestad, este se hallaba de pie rondando de aquí para allá ahogando solo la mitad de sus penas con otro trago.

— En un reino con millones de mujeres en él, será difícil, casi imposible, encontrarla. — confesó Azus.

— Si conseguís vuestro cometido y os volvéis un Rey no solo de nombre, no resultará muy dificultoso hallarla sabiendo cómo es y teniendo poder y ojos en cada esquina.

— En un principio creí que estabais loco por querer venderme el trono, y aunque nadie comprenda por completo la extraña fascinación que sentís por destruirlo todo, siempre he pensado que sois un hombre sabio.

Edward optó por callar. Se sentía rebosante de contento.

Insólito, inesperado, atroz, todo ello y más resultaba que aquel hombre tildara de «extraña fascinación» su naturaleza, cuando él a otrora, con todo el descaro del mundo, había renegado sus votos, raptado a una mujer a la que decía amar violándola incontables veces en el proceso, pasado dos décadas en el exilio y retornado en compañía de una Horda. En parte, para recuperar el enfermizo amor que había hecho que mancillara el cuerpo de Aloy incluso después de que su corazón dejase de latir.

« Birdwhistle. No es un nombre de familia, sino un nombre clave. »

— ¿Qué os puedo decir? Cuando se está a punto de morir es cuando uno más vivo se siente.

Que un déspota y sanguinario como Raymond persiguiese con el delirio desenfrenado de un animal a su mismísima hija para desposarla y saciar todos sus bajos instintos, sonaba a oídos del Confabulador más abominable que ninguna otra cosa concebida por el hombre y, al mismo tiempo, tan jocosa como la mayor de las burlas de un malicioso bufón.

Pero su regocijo iba todavía a más. Notaba que el pecho le dolía a causa de aguantarse las ganas de romper en carcajadas. Con ojos chispeantes, dibujó en su rostro iluminado por las llamas una media sonrisa en la mejilla que el Rey no alcanzaba a ver.

— ¿Os habéis preguntado alguna vez, y esto es mera palabrería, del misterio detrás de rasgos tan magníficos y únicos? ¿No os escuece la curiosidad por saber de dónde habrán venido ellas dos? — Ambos intercambiaron y sostuvieron una mirada. — Quiero decir, su estirpe.

— ¿Qué decís, mi lord? ¿Si hubiera más como ellas?

Para alguien taimado y manipulador como Edward, esa sensación de ver, con apenas esfuerzo, más allá de lo que otros lograrían en toda su vida, era lo más cercano que sentiría jamás a un cielo repleto de himnos.

— Simplemente imagináoslo. De estar en vuestros zapatos, recorrería y haría cenizas el mundo con tal de averiguarlo. Pero, claro, solo hablo por hablar.

La conversación versó durante un rato acerca de los viejos días del monarca Darren IV en los que Raymond era un caballero inmaculado que vestía el platino y Edward un

simple cortesano más en una corte no tan vasta como la del hijo incompetente que nunca debió haber sido Rey de Dranova.

— Ahora henos aquí, triunfantes — anunció, grandilocuente, lord Stanford. —, veinticuatro años después de que ambos pisáramos este castillo por primera vez. En el albor de una nueva era.

Raymond pareció ensombrecerse de un segundo a otro. Frunció el ceño y los labios.

— Solo porque una extraña mujer colocó las piezas en su lugar. He manejado a conciencia a la Horda de las Bestias para mi ávido beneficio. Y vos a habéis hecho lo propio con Leonor y su séquito de lamebotas, pero Jensen, si acaso se llamó así alguna vez… Esto era justo lo que ella quería.

— Nada de eso — le corrigió. —. Nada pueden hacer los hombres o los dioses contra el Destino que se ha escrito para ellos. Estaba escrito que esto sucedería y ella no escapa de esa ley. Aunque se le fuese la vida en ello.

Su Majestad hizo ademán de una mueca exacerbada. La cicatriz serpenteante se agitaba con el mínimo gesto al igual que una serpiente de verdad que dejase ver que estaba a punto de atacarlo.

— ¿Un hombre tan sabio como vos hablando sobre el destino?

— Me declaro culpable — Se encogió de hombros. —. Tengo mis razones, mis hipótesis, pero no pienso aburriros con las reflexiones de una cabeza que no hace más que pensar. — Azus no era tan listo como para siquiera empezar a comprenderlo.

— Digas lo que digas — Si bien su tono de voz no lo demostrara, su semblante adusto comenzaba a verse abarrotado como el de todo hombre que ahogase sus penas en alcohol. —, ambos creímos durante años estar siempre por encima de todos. Estuvimos tan ocupados, zarandeando los hilos de nuestros títeres, que no vimos a quién o a qué teníamos detrás, observándonos, dándonos un impulso y marcando la pauta para hacer lo que surgiera de su voluntad. Esto es lo que Jensen quería. Pero ¿por qué?

— Lo una vez muerto, muerto siempre queda.

Las cabecillas de la Horda junto con Edward habían llegado rápidamente a la conclusión de que sería un despilfarro inútil de tiempo especular en todo lo que giraba alrededor de Jensen y lo que desconocían sobre ella, pero Raymond continuaba hundiendo el pie en el mismo hoyo.

Más tarde, continuaron hablando sobre estrategias de guerra y lo que pudiera salir mal en el transcurso de los próximos días. Raymond fue el único en adentrarse por senderos tortuosos del pasado y actos de redención muy costosos en el porvenir.

— No hay ser más imprudente que un hombre enamorado — le recordó lord Edward, aunque lo dijo más para sí que para él. —. Desearía, Majestad, tener vuestro rigor y templanza, pero mucho me temo que vivimos en orillas distintas de un mar de oasis y tormenta — El Rey se le quedó viendo con grandes aires de duda. —. Sí, un mar de oasis y tormenta en el que ya me he rendido ante la calma de la muerte y vos seguís peleando y sufriendo las batallas de la vida.

No era hombre al que le agradara aferrarse a un pequeño resquicio de esperanza. Dio rienda suelta a la bebida con Dulce Sueño, y se arrebujó en su asiento observando al

fuego crepitar. Su vida pasó ante sus ojos, fugaz y muy lúcida. Había crecido robando panes, para comer, y libros de una biblioteca, para vender a un académico que terminó por enseñarle a descifrar los mil y un secretos guardados entre páginas dejadas allí por hombres muy sabios. El legado plasmado en tinta y papel de estos gigantes de la cultura, le permitieron escalar alto y ver mucho más allá del mundillo que la mayoría de los cerebros conservaban como su realidad de ensueño.

Una sonrisa en él fue abriéndose camino, cuando hizo memoria y observó a la mujer más bella que había visto, con ojos que lloraban miel dulce de felicidad y una piel que al tacto de sus dedos era tan suave y tibia que la misma seda. Aunque su futuro juntos fuese más negro que la oscuridad entre los parpados, nadie le arrebataría los momentos que compartió con ella y solo con ella.

— Mi lord, estoy seguro de que el Maestro de Hechiceros hará un gran trabajo con vos. Todo por lo que valga la pena pelear llevaba consigo un precio a cambio. ¿Qué es más valioso para vos que vuestra propia vida?

— Morir en el punto álgido del éxtasis — Sus ojos negros chispeaban de admiración contra la chimenea. —. No querría seguir viviendo después de algo como ello, ¿sabéis? Elijo pasar mis últimos días sin dolor, sí, y vuestros siervos se encargarán, pero me gustaría ver cómo las llamas consumen todo lo que he construido antes de cerrar mis ojos para siempre. — Carcajeó ante aquella perspectiva tan maravillosa. El somnífero comenzaba a hacer efecto, aunque no conseguía aplacar las fuerzas que lo incitaban a arrojarse al abismo.

— Habéis perdido la cabeza.

— No, yo no. Mary Blood, en cambio, sí lo ha hecho. La guerra es un arte muy preciso, Majestad. Y si estuviese en vuestro lugar, haría de lado a alguien tan impredecible.

— No creáis que no lo sé. Ya lo he pensado antes. Lidiar con la magia de sangre es como jugar con fuego.

— ¿Y qué estáis esperando? ¿A qué Mary Blood se vuelva más poderosa?

— No es tan sencillo — reflexionó con austeridad. —. Ramskull nació y se forjó en la Horda, es de sangre celta y yo no. El antiguo pueblo me sigue por la autoridad y el temor que puedo llegar a inspirarles, pero más de uno lo admira a él. Hemos estado en paz hasta el sol de hoy, porque es un hombre leal y nunca ha mostrado intenciones de querer gobernar. Sin embargo, si me deshiciese de Mary, el amor que siente hacia ella fragmentaría al ejército en dos. No mientras la verdadera guerra sin cuartel esté por comenzar.

— Toda vida está ligada a una sentencia de muerte — Edward se levantó de su asiento en un esfuerzo desmesurado, con una pesadez y una somnolencia horribles. —. Y al igual que como os señalé ya una vez, estoy a unos cuantos pasos más allá.

El Rey se irguió en toda su altura, aún vivaz y cuerdo, y arrojó la cerveza que restaba en el jarrón para apagar el fuego. Sus resonantes pasos se dirigieron hacia la puerta.

— Doy por sentado que tenéis un plan que proponer, y cómo mi consejero es vuestra obligación aconsejarme.

— Raymond, por favor — le dijo alegremente en dirección a su cama. —, yo solo pretendo consumar un caos duradero. Uno en el que los sobrevivientes al desastre miren con añoranza hacia el pasado e imploren por los días en los que fui un confabulador.

# Alice IV

No había dormido en los últimos dos días. No después de haberse enterrado las uñas en la tierna piel de sus palmas a causa de la furia, del dolor y de la desesperación.

— ¿Ella también? — desconsolada, se dijo entre susurros. — ¿Ella también me traicionó? Mi propia sangre. Mi propia prima.

— No te preocupes, pequeño Príncipe — le había confesado Diane a Elliot aquella mañana en la que hubo partido. —. Tengo el presentimiento de que esta no será la última vez.

Diane Liongborth se había marchado fortuitamente un día antes de que el asedio a la ciudad diera inicio, aun cuando Alice le insistiera que se quedase por más tiempo. Y, por si fuera poco, con aquella sonrisa ladina, se había despedido de manera tan incierta de su supuesto sobrino.

La Duquesa era su prima y no su hermana, sí, pero había crecido junto a ella como solo una hermana lo haría. Desde la infancia, desde la tragedia que le hubo arrebato la vista, habían sido como uña y carne jugando y cotilleando por los corredores del castillo que las vio florecer a ambas. Habían sido separadas al cumplir la mayoría de edad solo por el deber de una mujer en un mundo regido por los hombres. Su prima había sido siempre tan predispuesta a la bondad, a entregar su amor y su ayuda a quién más lo necesitase. Sus más allegados la veían como una «perita en dulce» y el pueblo llano de allí donde fuera la elogiaba como a una santa en toda vivencia. Habría sido impensable, incluso grotesco para algunos, insinuar que alguien del perfil de Diane pudiera haber fortalecido la conspiración que se había estado cociendo a fuego lento a sus espaldas.

Pero las personas cambiaban con el tiempo, la Reina mejor que nadie lo sabía. Alice había sido una joven de risa fácil, un ser de luz que confiaba en todo aquel que le devolviese la sonrisa, antes de descubrir que no todos eran lo que aparentaban y que la vida consistía más en amarguras que en dulces sabores.

« Y Diane y yo no nos habíamos visto las caras desde hacía un decenio. »

Tiempo más tarde, le acudió a la mente una imagen enterrada bajo una pila de recuerdos. Una repentina bilis le subió por la garganta, bañada en una espesa ira que se vio obligada a tragar en la medida de lo posible.

— Sí, tal vez mi esposo debió haber sido el Rey. — hubo dicho un día antes de su despedida. Rememoró aquello con ojos de consternación.

No quería creerlo, pero eran demasiadas casualidades puestas juntas. El Duque de Lionshire no conservaba un especial aprecio por su hermano mayor, todos los sabían, pero era un hombre honrado y justo. En toda su vida no había mostrado señales de ansiar la corona que Leonor había heredado, ni Diane habría apoyado su reclamo, más allá de que acostumbrara a desbocarse de amor por su esposo. Alice a duras penas se vio tentada a creerlo.

Pero el gusto le duró más bien poco.

La voz de su prima retumbaba en su cabeza, dando vueltas y vueltas mientras coreaban las dos frases que no la dejaban conciliar el sueño. Cuando cerraba sus ojos, podía ver el rostro delicado de la Duquesa asomándose por encima del hombro de Edward Stanford. Sin embargo, por más que aguzase sus oídos, no le llegaban las palabras que se cruzaban.

Vivía en un mar de preocupaciones en la que surcaban un millar de velas enemigas, y dónde Alice se dejaba guiar por corrientes de dolor y desconsuelo que solo servirían para hundirla todavía más. Los traidores que se hacían pasar por sus súbditos no le daban respiro, por más que hubiese esperado la bofetada de alguno de ellos, como era el caso de Connor Bressler y su moza de taberna.

En el alba gris, luego de haber encontrado a ser Covan inmerso en un profundo sueño, los demás caballeros se habían dispersado rápidamente en sus monturas como hojas arrastradas por el viento, para intentar darles caza a los responsables.

Richard fue a su encuentro, mientras ella yacía de piernas cruzadas sobre las mantas que usasen de lecho para su tosco y humilde campamento.

— Ser Covan ya ha despertado — le dijo. Su rostro lucía rígido, como tallado en piedra. —. Aún está mareado, pero lo suficientemente consciente para hablar. Fue Connor quién lo hizo.

Alice ni siquiera volteó. Si se hubiera dirigido a él con el calor del momento, lo habría querido fulminar con la mirada. En cambio, escudriñó el horizonte con sumo desdén.

— Madre — siguió. —. Daremos con ellos, te lo aseguro.

— No, no lo harán — le indicó, sin emociones. —. Él es un jinete de exploración. Conoce estos bosques como la palma de su mano. Aun así, el muy imbécil debe haber regresado a la Capital junto a esa moza. Querrán salvar a sus familias, lo entiendo, pero morirán como los perros traicioneros que son.

— Creí que me serían fieles. Se arrodillaron y pronunciaron los juramentos.

Cuando Alice hubo aplacado todo su rencor, le dedicó un vistazo. Su hijo se encontraba más triste que enfurecido, mirando hacia el suelo, ensimismado en sus remordimientos.

— Para hombres sin honor los juramentos son solo palabras que se escupen — le recordó. —. Y las mujeres tampoco se salvan de esa cruda verdad.

— Pude ver que Connor era un indigno, un indómito, por la manera en la que respondió ante ser Paul. Pero me sorprende que haya osado romper sus votos, aún después de haberse arrodillado. — Suspiró. —. Y Atenea…

— Él no se arrodilló ante ti — Al respirar de su incipiente mediocridad, Alice se apoyó en una pierna para alzarse. —. Cayó al suelo después de que su descaro fuese pagado con la misma moneda. ¿Es que no estabas allí? — El enfado no le permitió aguardar a una respuesta. — Y en cuanto a Atenea, no te resultó nada difícil tomar una decisión, ¿verdad? Le pediste su lealtad y palabra incluso antes de conocer su historia. También se arrodilló, pero lo hizo porque no tenía otra opción. Todo el mundo te será agradecido, te besará los pies y dirá palabras bonitas en tu honor, si con ello conservan

su cabeza. Pero eso no significa que hayas obtenido su lealtad, sino su miedo. Y para personas tan indómitas el miedo no es más que algo pasajero.

Si su hijo indulgente no había soportado la idea de exigir la ejecución de dos hombres, lejos habría estado de pretender la cabeza de una mujer que de rostro era tan encantadora. Su bella figura, aun cuando vistiese como varón, había obstruido sus sentidos desde el primer momento. Y en el transcurso del día posterior a que la recibiese entre sus filas, Alice lo había sorprendido observando de soslayo a aquella vulgar moza de taberna más de una vez.

Y, si bien aquel indeseable par gozaba de fuego y osadía en el corazón, lo supo con solo conocerlos por una noche, era Connor el que pecaba de insolente. Que escapara y se saliese con la suya al final era algo cuanto menos engorroso para Alice, cual sal en sus heridas recién hechas. Por lo demás, podía dar por sentado que el muy cabrón no era un detractor más a los servicios de la Horda; puesto que, si hubiera sido el caso, se habría cobrado la vida de ser Covan en su huida.

Incluso así, habría preferido ver cómo era ajusticiado por la espada.

— No sé qué más decir que esto — Richard corrigió su postura. Se enderezó, recto como una flecha. —; no volverá a ocurrir.

— Así es, estoy bastante segura de eso. Porque desde ahora serás depuesto como líder. Déjame a mí manejar esto, ya que así debió ser desde un principio. No estás listo todavía, hijo, ahora lo sé.

Le hubiera complacido ver cómo a regañadientes se rehusaba, cómo se aferraba al poder con todo lo que tenía, en lugar de solo verlo reflexionar un segundo antes de asentir.

« ¿Has sido sabio al reconocer tus errores o simplemente dócil? » No sabría decir si lo uno o lo otro.

— Vamos hacia el noroeste, madre, pero ¿hacia dónde nos dirigimos exactamente?

Aún no lo había decidido. El Príncipe había metido la pata, pero en ella estaba echarse o no la soga al cuello con su elección.

— Aquellos que te siguen — se apresuró a señalarle, como un medio para disuadirlo de sus actitudes. — más temprano que tarde comenzarán a verte como han visto a tu padre por muchos años: endeble, voluble e indolente, de no…

— De no ordenar mis ideas y decidir — se le adelantó, zanjando allí el asunto. No era la primera vez que Alice se lo recordara. —. Con acciones, no solo con palabras.

La Reina lo dejó a solas con sus pensamientos, esperanzada de que terminase de aclarar sus dilemas algún día en un futuro cercano.

— Reza para que no volvamos a verlos en vida. — arrojó sin girarse.

— ¿Por qué?

— Porque si lo hacemos, deberás cortar sus cabezas tú mismo.

Más tarde aquel mismo día, para fortuna de su hijo, no se habían encontrado con las caras de los perjuros. Y mucho menos esperaba que lo hicieran a partir de entonces.

Alice Liongborth, con gesto solemne y la frente en alto, cabalgaba a horcajadas a la cabeza de la escolta. Miraba sin ver, con ojos de furia apagados, al horizonte del mundo,

hacia el porvenir. Elliot montaba a lomos del mismo palafrén castaño, con ambas piernas orientadas a un lado. Su pequeño mantenía todo el rato una ligera sonrisa en el rostro perfecto, maravillado de visitar un bosque otoñal tan hermoso. Antes de aquella ocasión, solo había salido de la ciudad dos o tres veces en las que no llegó a bajar del carruaje. Le había contado que todo era parte de una excursión, en aras de escudar su contento. Y él comenzaba, recién al segundo día, a hallar encanto en el exterior.

— ¡Es un jardín inmenso! — le confesó a Alice, con una expresión de asombro. — ¡Tan inmenso como el mar!

Ladeó la cabeza. Fue un placer para ella devolverle la sonrisa.

« Es feliz, porque aún es un cascarón medio vacío. Qué preciosos son — Alguna que otra vez, caía en la irremediable tentación de ser una niña nuevamente. —, él y su inocencia. » Elliot cumpliría once años en primavera, y aunque irradiaba la bella candidez de un chiquillo de la mitad de su edad, era tan listo y perspicaz como se esperaba de él. « En la ignorancia se haya una felicidad como ninguna otra. » ¿Cuánto faltaría para que ambas se le escaparan de las manos? Lo cierto era que nada duraba para siempre. Qué su tiempo de sonrisas sin ningún motivo durase lo que tuviese que durar.

El séquito trotaba fuera del camino allanado, por rumbos en los que probablemente el mayor de sus enemigos había pisoteado alguna vez para vilipendiar su castillo, su ciudad y su reino. Aquellos paganos que no respetaban más leyes que las suyas adoraban a dioses de la naturaleza. Algunos eran duendecillos o monstruos ciclópeos. Sin embargo, el panteón al que los celtas pedían favores se conformaba por deidades de la luna, del sol, de los ríos, de las montañas…y solo ellos sabrían de que más; los *Tuatha Dé Danann*. Le parecía a Alice una broma de mal gusto que salvajes de la caterva más despreciable tuvieran sus moradas y sus templos de plegarias en lugares tan hermosos.

Del naciente al poniente, se había dedicado a maquinar un destino al cual dirigirse. Los caballeros platinados la habían estado siguiendo sin cuestionarla ni poner peros de por medio, pues les había demostrado en el pasado ser una mujer autoritaria. Se morderían la lengua, a menos que les ordenara lo contrario. Y eligiese lo que eligiese, la escoltarían hasta el fin de los tiempos.

Veía enemigos por todas partes. Cada vez que cerraba los ojos la silueta de Diane surgía de la oscuridad con aquellos ojos cegados que parecían estudiarla a través del alma; siempre que los abría, recordaba a Edward, a Atenea y a Connor, quienes habían jurado servir a su Reina en nombre de Dios. Rememoró sin sorprenderse que lo poco que el plebeyo había hecho por ella, no había valido de gran cosa.

« Lo sugirió, como si nos tomase por idiotas. » Por supuesto que el regimiento al mando de ser Logan contaba con un número de hombres suficientes para mantener un asedio a la ciudad hasta que llegasen los refuerzos de grandes señores, pero… Toda idea llevaba a Edward, porque el muy desgraciado estaba en medio de todo. A aquellas alturas, Richard y los caballeros de su guardia, se habían enterado por sus labios acerca de la traición del consejero a la Corona y de cómo había conspirado a favor de la Horda

de las Bestias. Cabía la posibilidad de que su estratagema no hubiera acabado únicamente al enviar lejos a diez mil espadas que serían fieles a la causa de la Reina, quizás *el Ser* y algunos de sus oficiales no eran más que títeres de quién había estado moviendo los hilos aquí y allá en el reino durante años. Por más absurdo que pudiese sonar a oídos de ser Lancelot Slaugther y ser Garrett Lancaster, lo cierto era que bien Edward podría haberlos puesto en jaque desde un inicio. Al reformar buena parte de la administración, el traidor podría haber situado en cada casilla la pieza que más le conviniese.

De vez en cuando, Alice ponía en dudas si estaba siendo presa de la paranoia. Pero cuando sus conjeturas recibieron el visto bueno de algunos de sus hombres, incluido el mayor de sus hijos, no hubo necesidad de obsequiarle más tiempo a aquel mal hábito adquirido con los años.

En cuanto a Jerome, que se había convertido en una especie de rehén sin ataduras, opinaba todo lo contrario. Aunque él era un simple populachero sin voz ni voto.

Las teorías y las alianzas cuestionables no acababan allí. Devan Arnholt, el joven Barón, era otro quién cuyas acciones atraían la desconfianza. Cientos de soldados había puesto Edward a su orden para socavar una aparente incursión demoníaca de Lucifersons en la villa de Ilaryan; setecientos hombres que bien podrían estar rastreándole el paso, hasta dónde le alcanzaba el juicio. Tanto si hubiera marcado una diferencia como si no, cierto era que aquel gesto de solidaridad con Ilaryan había reducido a la ya de por sí mermada Guardia de la Ciudad.

No eran caballeros ni hombres de fiar, solo un gentío de monos entrenados que se venderían sin el más mínimo recato por unas cuantas monedas. Y encima, existía la posibilidad de que el traidor en persona los hubiera seleccionado, razón por la cual ir en su búsqueda era como lanzar una moneda más.

De repente y de nueva instancia, le sobrevino el recuerdo como caído del cielo por un rayo. Fue un latigazo de dolor y desprecio que le dejó el rostro hecho una mueca de rabia mal disimulada. No pudo evitar coger las riendas con una fuerza tal que le despedazaría las manos a cualquiera. No había derramado lágrimas por la ciudad ni por su esposo, pero sí por el único hombre con el que había osado encariñarse, aquel al que también tanto deseaba estrangular hasta la muerte. Reconoció con amargura que harían falta demasiadas lunas para que su amor por fin se desvaneciese, pero el dolor sería siempre una cicatriz en su memoria. Cargaba con un horrible llanto y un grito trabados en la garganta, cuando su pequeño príncipe la sustrajo de su angustia.

— Observa, madre — Señaló delante del camino, donde una tropa de abedules se enfilaba a los flancos. Un soplido del viento había arrastrado a un centenar de hojas amarillentas de otros árboles al encuentro con la comitiva. Elliot se estiró con una risita para alcanzar una, pero no lo consiguió a la primera, ni tampoco con los intentos que vinieron después, de modo que Alice cogió una para él con rapidez. Y Elliot se la quedó observando por un instante. —. Tiene forma de corazón, ¿ya la viste?

A decir verdad, así era. Frágil, más incluso que el papel, se había estropeado un poco en el proceso apasionado de Alice por intentar conseguirla. Tuvo el gesto de indicárselo a su hijo y disculparse.

— No importa — respondió, optimista. Le arrebató la hoja de las manos, y con sumo cuidado y paciencia redobló los pliegues. La embelleció al dejarla sin ningún rastro de heridas. — ¿Quedó bien?

— Así es.

— Entonces, ten. Es para ti — Y se la tendió. Alice no acabó de creerse del todo lo que sucedió a continuación: — Una más para la Reina de Corazones.

Se le escapó, aliviada, un trocito de todo ese dolor que le presionaba el pecho en forma de una exhalación de incredulidad.

« Así solía llamarme. » Si bien había sido su niño quién en toda su ocurrencia después de jugar a las cartas ideó el nombre, a Edward le hizo gracia y simplemente lo adoptó para sus escapadas de medianoche. El pequeño acabó por olvidarlo. O eso había creído Alice. Al ver a Elliot, se le reflejó en los ojos todo el afecto, toda la dulzura que les daba su color de miel. Le agradeció el regalo y que la alejase por un momento del calvario de sus remordimientos. Y con lo poco que restaba de su buen espíritu, a cambio le dio un profundo beso entre las cejas.

Aunque no se permitió que le quitase más tiempo de lo debido, muy en el fondo había ansiado y necesitado un instante de alegría. Demasiados ratos de angustias y desazón podían extraviar hasta la mente más austera.

— ¿Dónde está mi padre? — quiso saber. — ¿Por qué no ha venido?

— Tú padre es un Rey. Debe estar muy ocupado en sus asuntos. — Estaba decidida en ocultarle la verdad hasta que descubriese por cuenta propia que Leonor, a quién veía como un héroe, no había sido más que un hombre perezoso y un soberano únicamente de título.

— ¿Y hacia dónde vamos?

Había oído de los labios del Paladín ser James la misma interrogante tiempo atrás, antes de que partiesen. Cuando Alice se vio acorralada, sin saber bien que decir, ser Robert salió en su defensa sugiriendo que deberían encaminarse al sur y un tanto al oeste, hacia Namiera; a veintenas de leguas, sí, pero al fin y al cabo la ciudad más cercana que tenían a disposición.

— Murallas altas y resistentes, Alteza — trató de explicarle. —. Un castillo bien guarnecido en la cima de una montaña arbolada y tan empinada que aun disponiendo de un ejército de veinte mil hombres resultaría complicado tomarla por las armas. Me atrevería a asegurar, incluso, que más inexpugnable que vuestro hogar.

« Mi hogar se encuentra más al norte. Galmest es mi hogar, no la Capital. » Alice no había pedido su consejo, pero aceptó la sugerencia, hizo como si la sopesara y declinó cortésmente. Era lo que se esperaba de ella, en teoría.

— Mantendremos el rumbo que llevamos, caballeros — fue lo poco que les concedió. —. Tan pronto estemos todos reunidos nuevamente.

Pasó una hora de tortuosa espera antes de que sucediese. Ser Darnell había sido el primero en partir y el último en volver por sobre las pisadas de su caballo. Ser Bowen Threagold interpretó las señas de los gemelos sin voz, y anunció que, al igual que todos los demás, no habían visto gran cosa; nada más que árboles, rocas, hierba y animales.

Y lo que respectaba a ser Covan, el hombre se había puesto en pie, tambaleante, ante ella tan pronto la hubo divisado. No trató de esconder su demérito, todo lo contrario, fue en su búsqueda. Con las comisuras de los labios caídas y los ojos que irradiaban más vergüenza que cualquier otra emoción, se había inclinado ante su Reina.

— Como lo siento, Alteza. Confié en él y me cogió desprevenido. La palabra de un caballero debe valer más que todo el oro que pudiese recibir. Aseguré que respondería por Connor y así será, de manera que aceptaré toda represalia que impongáis.

Alice decidió no encararlo al instante. Pasó de largo con gesto hosco hacia su caballo, haciendo como si no existiese. Subió a su cabalgadura, y regresó hasta él. Se le quedó viendo con malos ojos, aunque de soslayo y desde arriba.

— ¿Todavía os parece que es el digno protegido de vuestro amigo ser Vyler? — le arrojó toscamente.

— En lo absoluto, Alteza. Ser Vyler Maine ha de tener una opinión muy elevada acerca de él. Todo lo que Connor nos dijo tan solo fue una sarta de viles mentiras.

— Eso tenéis en común casi todos los hombres, ¿no es así? — Y picó espuelas sin represalia alguna o advertencia, sin siquiera aguardar a que la custodiasen sus demás guardias. Los caballeros y su hijo mayor no vieron más opción que seguirla.

Al humor de la Reina le hubiese venido de perlas hacer mella en la añosa e inmaculada reputación de ser Covan Thompson, degradándolo unos cuantos puestos en la guardia de espadachines platinados para empezar, pero más le valía enterrar todo el asunto bajo una fachada de indulto. De todas maneras, si el caballero no se hubiera inmiscuido en el fugaz juicio a Connor, Alice ponía en serias dudas de que Richard hubiese tenido el coraje necesario para exigir la cabeza del plebeyo, o sin más hacerlo prisionero en aquellas circunstancias. El fracaso como resultado no era de pleno su culpa.

En la silla de montar su hijo pequeño le tiró del brazo una y otra vez.

— No viviremos en el bosque para siempre, ¿o sí? En todas las historias, siempre hay Hadas, fantasmas y demás bichos feos en el bosque.

— No te preocupes por eso, Elliot. No estaremos por mucho tiempo aquí.

— Entonces, ¿a dónde iremos? — insistió. — ¿De vuelta a casa?

Ningún pueblucho era una opción viable; pedir apoyo con ser Logan Guiscard era arriesgado cuanto menos, sin mencionar que no le agradaba la idea de fragmentar a su ya mermada escolta para probar suerte; y en los tiempos que corrían, alojar a su familia bajo el techo de un Gran Conde al que no conocía bien, como el de Namiera, lo consideraba un acto desesperado de locura.

Alice guardó silencio en un instante más de reflexión. Atisbó con el rabillo del ojo como algunos de los caballeros la voltearon a ver con curiosidad voraz por saber la respuesta. Volvió la vista hacia los caminos que habían dejado atrás. Las sombras que el

atardecer proyectaba de sus cuerpos eran luengas y los perseguían sin dar tregua. Uno de los pocos hombres que habría supuesto que aquello se trataba de los errores del pasado era su señor padre Baron Marshall. Observó, con los ojos puestos en el cielo, el lugar en el que el sol poniente acariciaba ya los árboles del horizonte, y se percató que en el fondo siempre había sabido a donde dirigirse. Hacia el noroeste, hacia el hogar ancestral de su Casa.

Y por fin, dejó de sentir miedo por la oscuridad que aguardaba más adelante. Y rompió el silencio de su indecisión.

—Iremos a Galmest, con mi padre y lady Lorraine. Visitaras a tus abuelos.

El crepúsculo se había tornado ya en oscuridad, cuando dieron inicio a los preparativos para levantar un campamento rudimentario a mitad de un claro que hallaron a las faldas de la montaña.

Ser James se aproximó a Alice con sumo garbo y disimulo.

—… Connor nos ha demostrado cual es la genuina naturaleza de cada uno de esos plebeyos — comenzó en voz baja al cabo de un tratamiento modesto. —, y en aras de velar por vuestra seguridad, mi Reina, creo que es el momento de ajusticiar al otro. Son propensos a la deslealtad y sus juramentos no valen ni para escupir. Malgastamos un par de ojos en vigilarlo, cuando a decir verdad deberíamos estar alerta a nuestro entorno.

Aquella noche, mientras la Guardia de la Realeza ya preparaba turnos para patrullar y los más afortunados dormían, se reunió con el soldado que yacía sentado junto a un pequeño fuego. En efecto, para andarse con cuidado, a Jerome se le había destinado un lugar a las lindes del asentamiento, retirado, en donde nadie se le acercaba y más de uno lo observaba a la distancia con cierto resquemor, como si fuese alguna clase de perro sarnoso. Qué desgraciado debía sentirse aquel hombre, aunque Alice se limitó a no dejarse ablandar el corazón por la menor lástima. Ser Robert, su preferido y de porte galante, la escoltó.

—¿Cómo se encuentra vuestra herida, soldado?

Jerome Callaghan se sobresaltó, atragantándose con una pata de conejo cocida.

— ¡Majestad! Es decir, Alteza. — Trató de levantase, pero incluso un movimiento tan básico costaba de más si se hacía con una sola mano y las piernas adoloridas.

—No es necesario, manteneos allí. ¿Vuestra mano?

— Temo que no demasiado bien — Entre las vendas comenzaba a formarse una secreción amarillenta. —. Al parecer el vino no ha funcionado como se esperaba.

—¿Ya probasteis con fuego? Quemad la herida.

Sin la capucha de cota de malla sobre la cabeza, la piel del rostro, en especial las mejillas, se le veía rosada a la luz de la fogata. Su cabello era tan blanco como la lluvia de nieve que le caía sobre la barba, y escaseaba un tanto por aquí y por allá. Se cubrió la mano atada por las tiras de sus ropas deshilachadas.

—De cualquier forma, no funcionará, Alteza. Estoy seguro.

Alice aguzó la vista con inquisición, sin decir nada en lo absoluto. La mano hábil de Jerome era su izquierda. Y según se decía, a un espadachín zurdo se le consideraba poco honorable.

— Veréis — siguió él. —, creo que el filo del arma que engendró esta herida debió haber estado muy oxidado. Sin mencionar que, ya han pasado varios días desde que caló profundo en mí.

— ¿Corrupción? — inquirió el caballero platinado. La Reina simplemente arqueó una ceja.

— No voy a perder esta mano. O el brazo. Sin nada más que saber hacer y sin dinero. ¡Dios, y a mi edad! No puedo permitírmelo.

Rememoró con interés que Richard lo había nombrado como «*el Que Nunca Miente*». Y si a su nombre hiciese honor, los próximos días de Jerome resolverían una de las tantas preocupaciones de Alice. El regalo de la misericordia sería de nuevo el pretexto perfecto para librarse de una alimaña más. Rezaría por ello, si era menester. No iba a tirar por tierra semejante ocasión. Pero, en todo caso, si prevalecía la remota posibilidad de que sobreviviese a la infección, al beso de la muerte de aquella espada olvidada, tenía preparado para él las horas de vigilia más largas, para que, con un poco de fortuna, no estuviera muy alerta durante las cabalgatas y simplemente cayese «por accidente». De resto, solo quedaba aguardar hasta atraparlo mientras entretejiese algún complot contra la Corona y que así no hubiese dudas de su culpabilidad.

Alice era aficionada a la creencia de que todo buen soberano, fuera este monarca, Emperador, o apenas un simple conde, debía inspirar más devoción que terror a su propio pueblo. Aquel que fuera amado por quienes lo seguían tenía en sus manos un escudo invaluable. Y aunque Alice no los amase de vuelta, se sentía siempre obligada a ocultar sus verdaderas intenciones por los medios que fuesen necesarios, hasta el punto de mentir e impartir sus propias ideas de justicia cuando nadie más estuviese viendo, con tal de mantener la fachada.

Aquel no era un camino nuevo para ella, pero sí uno en el que aún tenía mucho por descubrir.

# Connor VI

— ¿Por qué? — repitió entre sollozos. — ¿Por qué lo hicieron?

Lady Elizabeth había estado durante toda la tarde junto a su cama, cogiéndolo de la mano y tratando de consolar a un niño al que nadie podía consolar. Palabras suaves, unas cuantas caricias, hasta una cancioncilla… Pero, nada en lo absoluto había funcionado para aliviar el dolor de un corazón hundido en la desesperación.

— Ella era dulce como la miel — continuó, llorando a moco tendido. —, más inocente que cualquiera. ¿Qué hizo para merecerlo?

— No debiste verlo, mi niño. No debiste estar allí. — Elizabeth extendió las manos para abrazarlo, y él se apartó de súbito cubriéndose bajo las sábanas.

— Pero lo vi. Lo vi todo. — Connor se encontraba afligido más allá del consuelo.

— No sé qué más decir, salvo que aún hay muchas cosas que no entiendes.

— Lady Eliza, ¿y tú sí lo entiendes? ¿Por qué lo hicieron?

— Ella, sus padres y sus hermanos…

— ¿Qué? — se impacientó, cuando la escuchó callar.

Mantuvo la boca abierta, y se tragó sus primeras palabras con unos ojos añiles entristecidos. Connor supo entonces que devolvería otras muy distintas.

— Sé lo que sentías por ella. Y está bien que así sea, pero debes olvidarte ya de eso. Esa niña no era quién tú crees que era.

— Yo la quería. Naiara era mi amiga — La ansiedad comenzó a aflorar en su voz. No necesitaba de palabras bonitas, ni de abrazos. Necesitaba respuestas. —, ¿cómo puedes saber quién era mejor que yo?

— El Señor sabe lo que hizo — A fuerzas le cogió la mano. —. Y ha sido juzgada por ello. Ese cabello, esa mirada, ese rostro tan lindo del que te enamoraste, Connor, no era más que una fachada. Créeme, en su interior habitaba una maldición. Satanás le susurraba cosas, y ella actuaba en su nombre.

El rubor brotó por debajo de los cauces de lágrimas que eran sus mejillas.

— Yo no estoy enamorado de ella.

— No lo estuviste, si eso quieres decir — Le dedicó una sonrisa contrariada. —. Si es así, supongo que te resultará más fácil olvidarla. Llevas todo un día encerrado en tu habitación, ¿por qué no salimos un rato? A ambos nos vendría bien el aire fresco.

« Yo no la olvidaré jamás — pensó con un rencor que bien supo ocultar. —. Tampoco olvidaré lo que le hicieron. Jamás lo haré. »

— Dijiste algo acerca de una maldición. ¿Naiara estaba maldita? — Sacudió la cabeza con incredulidad. — Si un demonio se esconde tras de la máscara de un ángel, se seguirá viendo con facilidad la malicia en sus acciones… Y toda su familia siempre fue buena conmigo.

— Por cómo piensas — dijo ella, orgullosa —, a veces paso por alto que aún eres un niño.

Connor se deshizo de las lágrimas y del moquillo con la manga de su jubón.

— Fue algo que escuché del Arzobispo Headmund, el otro día.

— ¿Y que más has escuchado en las oraciones? — Elizabeth pareció interesarse. — ¿Qué más has escuchado del Santo Padre?

— Él la quemó — La voz se le cortó de puro dolor, de un momento a otro. Siempre lloraba cuando se entristecía, cuando reía demasiado, o cuando la rabia le recorría por las venas. Usualmente lloraba por todo. —. Estuvo allí. ¿Cuántas veces he escuchado sobre la misericordia del Señor y de cómo su gracia acoge el alma de los que se arrepienten? Pero… ¡Aun así la quemó viva! ¡Cuando las llamas la alcanzaron, las demás fogatas eran ya cenizas! ¡Ella fue la última, así que…! Sus padres, sus hermanos — Se encogió en posición fetal, y su madre en adopción se abalanzó sobre él, para evitar sin éxito que cayera aún más bajo en la desesperanza. — ¡Gritaba, lloraba, suplicaba piedad, y él no quiso ayudarla! ¡El Santo Padre no quiso ayudarla! ¡Dios no quiso ayudarla! ¡Ambos no hicieron más que mirar!

— No, no es así cómo dices. No lo entiendes.

« ¿Qué hay que entender? — quiso gritarle a la cara. —. ¿Qué debo entender de la clase de dios que se llama a sí mismo “misericordioso” y sin embargo asesina niños? »

Entre gritos, sollozos y el crepitar de las llamas, la estancia se fue oscureciendo, y Elizabeth se desvaneció como cenizas arrastradas por el viento. Connor se mantuvo allí, envuelto por la pena y devorado por el vacío de su tristeza, mientras farfullaba maldiciones al Santo Padre, a Dios y a todos los que creían que su piedad era innegable.

— Eres un llorón, Connor — La voz siempre en júbilo de Naiara le acarició el alma. —. Levántate y continúa con lo que empezaste.

Se estremeció, y de tal manera que palideció como la nieve. Alzó la vista: el cielo azul lo cubría todo. Entrecerró los ojos, cegado por la claridad del día, y vio como su cabello rojizo ondeaba al viento y brillaban con el sol. Ella se arrodilló ante él, y le tendió una mano.

— Te caíste del caballo, es todo. — siguió.

— Mi muñeca… Me duele. — Sus oídos atendieron sus propias palabras, pero no era él quien las ponía en su boca.

— ¿Te las has rato? Déjame ver — Cuando le tocó el dorso, el ramalazo de dolor lo hizo rechistar. —. No parece tan serio. No perderás la mano — Le dio una palmadita consoladora en el hombro y un beso en la mejilla. Connor juraba entre lamentos hallarse manirroto, pero cuando sintió sus labios, repentinamente dejó de sentir dolor.

« Otra vez este recuerdo », se enteró con la extrañeza propia de los sueños. ¿Cuánto había pasado desde la última vez? ¿Meses? ¿Años? Nunca conseguía la respuesta hasta despertar. Como por encanto, rememorar tan de cerca su inocente belleza aún viva era el perfecto y también único consuelo, tras sus gritos de agonía cada vez más lejanos en el tiempo.

Naiara lo ayudó levantarse del suelo, le sacudió la tierra de la ropa, y le acomodó el cabello. Los dos eran tan pequeños como los ponis que se agitaban a su entorno; animales con los que se imaginaban siendo adultos cabalgados hacia el horizonte de un mar de hierbas. Por último, lo cogió de la mano sana, y lo obligó a avanzar.

— ¿Por qué me miras con esa cara de atolondrado? Ven, sonríe — Se dio media vuelta justo después de echarse a reír con aquella voz suya tan gustosa. —. Tu sonrisa es única, no la pierdas.

Connor se mantuvo rígido, petrificado, de manera que la niña intentó tirar de su brazo, pero no consiguió moverlo un solo centímetro. Cuando sus miradas se encontraron nuevamente, él la observaba desde casi tres palmos más arriba. Ahora era un adulto; más alto, más sereno y con una voz mucho más grave.

— Demasiado tarde para mí, ¿no crees? La perdí hace muchos años — Le sostuvo el rostro con la punta de los dedos, mientras atesoraba cada detalle de su memoria — Y la tuya murió junto al fuego aquella tarde. Jamás lo olvidaré. — Cerró los ojos, y la silueta comenzó a desvanecerse con el viento de una llanura interminable.

— Pero encima has olvidado cómo ser feliz.

Todo el paraje se deshizo con una orden silenciosa, y trozo a trozo, no tardó en estar a solas en la inmensa oscuridad. A sus oídos llegó el piar de los pájaros, el discurrir alegre de un arroyo y el sonido del viento al rozar los árboles. Al despertar, el perfume de los matorrales lo inundó. El mundo yacía en paz y la luz clara de la mañana entraba entre las hojas de los robles torcidos. Permaneció tal y como estaba, echado sobre un manto de hierba, volviendo un poco más en sí mismo con cada segundo, antes de decidirse a luchar contra la somnolencia y despabilar sus ánimos.

Cada noche en la que conciliaba el sueño era una orquesta más de fantasías y pesadillas en donde realmente nunca descansaba, y cada mañana un círculo de reflexiones sobre todo lo imaginado. Soñando, incluso después de despertar.

Notó en sus huesos el rastro de una noche breve e inquieta, una vez se hubo enderezado. La misma dolencia inexplicable y habitual en él, después de un mal rato de sueño. Se tambaleó un poco, y se llevó una mano a la boca para ocular un bostezo. No había dormido bien en semanas y la última madrugada no había sido la excepción. Abrigaba la idea de que el mundo daba vueltas, y fueron estas las que lo llevaron a echar un vistazo a su alrededor. Y casi con un desaliento súbito, dejó de soñar despierto mientras el recuerdo lo invadía, surgido de la nada.

— Me quedé dormido… Atenea, no.

Si ella hubiese estado cerca, se habría reído del sonido tan patético que había dejado escapar. El asombro que le recorrió el cuerpo acabó por despedir toda la pereza a la que se había rendido. Recorrió todo el bosque con la mirada, y la buscó casi con desesperación. Pero no había señales de Atenea ni de ninguna de sus cosas.

— ¿Cómo pude haberla perdido tan rápido?

La rubia nívea también se había desvanecido con el viento, y con el viento se había llevado lo poco que Connor tenía para su viaje: la comida, los mapas, las armas… Inclusive, *Wyke* y la yegua parda no eran más que un recuerdo cercano.

Se enfureció de tal manera que se le cruzó la idea de gritarle al bosque y darle patadas a un árbol hasta que la madera o una de sus piernas cediese. No se tanteó el cinturón, ya sabía que la Daga no estaría allí. Atenea se había ido, y junto con ella las esperanzas que había albergado en salvar la vida de quienes más quería. Eran pocas, sí,

pero era lo mejor que había tenido. Sin embargo, en lugar de encogerse de pesadumbre o maldecir a los cuatro vientos a todo lo que valía la pena maldecir, escudriñó y dio vueltas por el espeso panorama de sauces y robles en un intento por encontrar un vestigio de su huida. Y en menos de lo que hubiese osado pensar, se dio cuenta de que resultaría inútil.

— ¡Atenea! — gritó por mero resentimiento. Colocó ambas manos en torno a la boca a modo de bocina — ¡*Wyke*! ¡*Wyke*! ¡*Wyyykeeeeeee!*

El piar lejano de los pajarillos fue la única respuesta a sus bramidos.

« No puede estar sucediéndome esto. No a mí. En este punto podrían estar a kilómetros de aquí » Se llevó las manos a la cabeza. El bosque seguía dando vueltas y de un momento a otro se sintió débil. Nunca había desfallecido ante la zozobra, pero entonces solo quería recostarse sobre una roca y limitarse a respirar con normalidad. Un instante antes de que el agobio nublara su mente, el chillido de un halcón sobre su cabeza se convirtió en música para sus oídos, la más maravillosa que había escuchado en mucho tiempo. El ave dibujaba círculos en el cielo como una pequeña mancha que discurriera lenta bajo las nubes, agitando las alas y dominándolo todo.

Connor mantuvo la calma, y cerró los ojos para llegar a hasta él.

— Muéstrame.

A causa de la altura, le costó trabajo hacerse con el animal, pero una vez junto a él, terminó por persuadirlo sin imponer mayor esfuerzo. Escuchó de nuevo su afilado canto, cuando hurgaba dentro de sus memorias. El ave recogió sus alas, y descendió en picado a una velocidad en la que el viento ahogaba su audición. Era, de alguna manera, el oído del halcón y el de Connor a la vez. La delgada línea entre sus propios sentidos y los de los animales resultaba difusa. Y en esencia, su humanidad quedó relegada a un segundo plano al volverse uno con el ave, mientras los recuerdos de esta se dilucidaban en la mente de Connor como propios. Una ojeada fue suficiente para conocer lo último que había vivido el halcón, y se exaltó del gusto al descubrir que el ave había visto andar a una enorme masa color crema tiempo atrás. Saber cuándo exactamente era más complicado que solo verlo.

A escasos metros de estamparse contra el suelo, el animal pasó silbando como una flecha a su lado, y recuperó el vuelo para después amenazar con desaparecer entre los árboles. Connor se precipitó a seguirlo como solo un cazador perseguiría a su presa: fluyendo con sus instintos y sin pensamiento alguno. Pronto se encontró luchando para abrirse paso entre los arbustos y los ramales de los sauces más bajos. Vislumbró, impresas en la tierra húmeda, huellas de cascos que descendían la colina. Era una pendiente poco pronunciada; la misma por la que habían subido la noche anterior. Más abajo, el bosque y su frondosidad le cerraban el camino, pero cuando estuvo a punto de detenerse, alcanzó a escuchar el fragor del halcón. Intrépido, apretó aún más el paso, y recortó por entre los matorrales. Después de haber pagado el precio con media docena de espinazos, el azul cerúleo del cielo apareció delante. Y a través de los ojos del halcón, percibió a los caballos pastando junto al río, mientras pasaba sobre sus crines y ascendía a las nubes con un último chillido.

— ¿*Wyke*, eres tú? — jadeó, incrédulo hasta la médula, con apenas una brizna de aliento.

— ¿Y quién más sería sino él? — La voz le recorrió el cuerpo a modo de un escalofrío. — No hay muchos caballos color crema por aquí.

Quiso, por un momento, volverse súbitamente hacia ella, pero dejarle ver su desasosiego no era algo que estuviese en discusión. Aunque por dentro se desencajó de tamaño asombro. Atenea le había robado todo lo que tuviese, el mismo arco que le había ensañado a usar incluido. Bajó la mirada, y trató de aplacar sus ánimos.

— Atenea.

— Bressler. — espetó ella.

— Si intentará girarme, ¿debería preocuparme del filo de una flecha o una espada?

No recibió respuesta.

— ¿Por qué no escapaste? — siguió Connor.

— ¿Acaso debí haberlo hecho?

Respiró profundo, después suspiró, y finalmente se dispuso a girarse.

— Quisiera pensar que no. — Cuando abrió los ojos a la realidad, de semejante confusión casi que hubiera preferido ver sobre sus manos cualquiera arma. Atenea, en cambio, yacía sentada varios metros más allá junto a una fogata, con un espetón de pescado a medio hacer sobre el fuego moribundo y otro entre sus manos.

— Has dormido más de lo que creí, haragán. Comenzaba a impacientarme.

De su abundante cabello caían gotas de agua. Sus altas botas de cuero se encontraban a un lado, de manera que llevaba desnudos los pies sobre la hierba. En el tronco superior, lucía abotonada hasta el cuello la túnica oscura de Connor. Y revueltas en torno al fuego, permanecían las cosas de ambos.

« ¿Impacientarte? »

— ¿Me estuviste esperando? — dijo en su lugar. — ¿Por cuánto tiempo?

— Unas cuantas horas, no lo sé. Tres a lo mucho — Clavó en la tierra la pesca ensartada en una rama, y lo observó a los ojos con una expresión de tranquilidad que poco había presenciado en ella. —. Como puedes ver, me tomé la libertad de… Pues… liberarme.

Discreto, Connor buscó de soslayo un arma o cualquier objeto que pudiera usarse en su contra en el montón de cosas que se explayaban sobre el suelo. Entre ellas estaban su arco, aljaba a rebosar de flechas, unos cuantos mapas desplegados que también le pertenecían, la espada de Atenea en su vaina y las cuerdas destrozadas que antes la apresaban. Pero no había ni rastro de la Daga Sagrada.

— Dormiste como un bebé, debo decir — siguió Atenea con una sonrisa. —. Parecía que no lo hubieras hecho en días — A decir verdad, cierta razón tenía. —. Hice suficiente ruido como para despertar a un muerto, pero tú apenas te moviste.

Aún no le daba total crédito a sus ojos. Estaba desconcertado. Se mantuvo de pie y en silencio, mientras intentaba razonar que sucedía. El juego había cambiado completamente de la noche a la mañana y él se encontraba ahora en mala posición.

— Ya deja esa cara de atolondrado, ven y siéntate.

—¿Cuál es el truco? —«¿Atolondrado?», era lo que Naiara siempre le decía.

—No hay ningún truco. Es el desayuno.

Vaciló más de una vez, pero acabó por sentarse junto a la fogata.

Atenea le tendió un espetón de pescado, y él la miró con gesto desconfiado por largo rato sin siquiera pensar en cogerlo. Ella puso los ojos en blanco en respuesta, y le dio un mordisco.

—¿Ya ves? Lo puedes comer.

Solo entonces lo aceptó, aunque no se lo llevó a la boca de inmediato. «Si me quisiera muerto o atado a un árbol, ya lo habría hecho.»

—¿Qué estás haciendo?

—Comiendo. —Y vaya que comía con ferocidad.

La suspicacia se endureció en su gesto. Según veía, a Atenea le había dado tiempo a bañarse en el río y lavar su ropa. La saya aún empapada colgaba de la rama de un árbol, razón por la que llevaba puesta su túnica para cubrirse. También lucía más despreocupada, como si la actitud del día anterior se la hubiese lavado con la corriente de agua. Connor hasta entonces no había escatimado en sus observaciones: Atenea había sido tosca, adusta y de temperamento difícil.

—Está bien —Ella cedió a la presión, dejando de lado su manjar. —. Si gustas, acéptalo como una prueba de buena voluntad. Cuando me liberé con uno de tus cuchillos, puedes imaginar que tenía solo dos opciones: escapar o escarmentarte. De tal manera que ideé una tercera.

Connor asintió, y le dio el primer bocado a su desayuno. «A causa de mi descuido, has cambiado todo a tu favor. Ahora soy yo el que está sediento de respuestas.»

—Seré directo contigo. ¿Qué te hizo no matarme mientras dormía?

Ella paró de comer. Por la forma en que lo hacía, o no había comido bien en días o sin más era una moza de pocos modales.

—No creo que hubiese podido hacerlo, aun cuando no te considero alguien de confianza —Se cubrió la boca con el dorso de la mano para poder hablar debidamente. —. Al igual que tú, nunca le he quitado la vida a una persona. No a una que no haya intentado matarme, al menos.

—¿Y por qué quedarte? Si hubiese estado en tus zapatos, habría huido.

—Iba hacerlo —Se limpió la grasa de los labios con los dedos. Sus ojos eran como dos enormes lunas que observaban el cielo. —. Pero había cambiado de parecer horas atrás. Si tú hubieses estado en mis zapatos, ¿no te habrías preguntado qué hubiera pasado si eliges quedarte?

—Solo en eso hubiese pensado.

—¿Y luego?

—Habría seguido cabalgando sin mirar atrás.

—Mírame a los ojos —Connor obedeció. Su mirada, plateada, antes reñidora se había vuelto amigable. —. Lo que intentas hacer es una locura, pero siempre perdemos la cabeza por las personas a las que amamos. Grace, acerca de ella… —Sacudió la

cabeza. —. No mentirías acerca de ella. No creo que sepas mentir así de bien. Por la forma en la que hablaste, me dejaste pensando. Te creía un muerto en vida.

Mantuvieron el silencio unos instantes, sin perder la vista el uno del otro, cosa que a Connor siempre le había incomodado con todo mundo.

— Tengo poco tiempo. Necesito saber qué sucederá ahora.

— Eso depende de ti — Se deshizo del último trozo de pescado, y se levantó del suelo. Caminó con pisadas cuidadosas entre el montón de objetos desperdigados sobre la hierba, para después recoger un mapa. —. Admiro tus intenciones, pero aún desconozco tu plan. ¿Quién sabe? Tal vez hasta podríamos hacer causa común.

— ¿Y si piensas que es demasiado descabellado?

— Entonces montaré a mi yegua, y me iré tan lejos de ti como pueda — Colocó el mapa en el suelo, a sus pies. —. Llevando conmigo todo lo que me pertenece.

« La Daga Sagrada incluida ». Una voz en su cabeza, su conciencia, le decía que ser delatado con la Reina y sus guardias, al menos, ya no era una posibilidad.

Connor se apresuró con su espetón de pescado. Cuando hubo terminado, se sentía listo para contar la verdad. Una verdad a medias. Al igual que solo debía depositar a medias su confianza y esperar lo mejor. Si por cosas de la vida su plan se viera comprometido en un futuro, ella solo podría contar una parte de él.

— Nos encontramos en este punto —. Aquello era cierto. El río ancho de aguas tranquilas que fluía a sus espaldas era justo el punto que señalaba en el mapa. —. La Horda de las Bestias solo podría mantener una ciudad grande por algunos días en el mejor de los casos, supongo que eso ya lo sabes.

— Sí.

— No son idiotas, saben que tarde o temprano los condados vecinos se darán cuenta de lo que sucede y puede que logren alertar al cuerpo de ejército que partió de la Capital. De manera que la Bestia a la que buscan estará en la costa este de Dranova. A una semana o dos, cuando mucho, de la ciudad.

Atenea hincó una rodilla ante el mapa. Suspiró.

— Por ello querían la Daga. Ya lo sabía. En este punto, es posible que hayan tomado posición de las que restan en la ciudad.

— Saber cuándo las usarán es incierto. — reconoció Connor.

— ¿Y en qué dirección podrían ir…?

— Al norte o noreste de Dranova.

— Pareces muy seguro de lo que hablas.

— ¿Cuántas Bestias habitan actualmente en el país?

Ella se encogió de hombros.

— Tres — siguió, sin quitar ojo del mapa. —. Una de ellas en el cautiverio de sus runas; otras dos libres con cientos de kilómetros entre la ciudad o poblado más cercano. Ninguna en la costa este. Ninguna cerca de la Capital. El sur y el corazón fueron terminados de explorar hace meses y no se encontró nada nuevo. En el norte la cosa cambia, la última vez que se sondeó por completo fue hace décadas. Hacia allí debía

dirigirme antes de que el asalto a la ciudad se nos viniera encima y hacia allí es a donde me dirijo ahora mismo.

Era bien sabido por todos que cada Bestia llegaba al mundo de manera distinta. Unas descendían de los cielos con el bajar de un rayo y surgían de las profundidades del mar como había sido el caso de Léviathan; algunas nacían del estallido de un volcán o del poderío de una tormenta. Aquellas eran las Bestias que vagaban por la tierra y acaban por toparse con los humanos. Algunas otras, sin embargo, yacían a la espera de su libertad, confinadas entre runas con luz propia que se extendían decenas de metros en todas direcciones y sobre cualquier superficie.

Connor continuó hablando, y señalando los puntos entre los bosques y montañas del norte a dónde podrían dirigirse, concentrado, mientras Atenea observaba sin mediar palabra. No tardó mucho antes de que diera a conocer cada posible blanco y la manera más rápida de llegar hasta él.

— Detente — dijo ella en algún punto. Se alzó sin perderlo de vista, y dio un paso atrás. —. Sabemos lo que harán, eso es indudable — Lo apuntó con un dedo. —. Y tú dices creer a donde irán. Pero llegado el momento, ¿qué piensas que haremos? Seremos dos contra un ejército.

— ¿Demasiado descabellado para ti? — dijo temiendo a la respuesta.

El rostro de Atenea era un hermoso horror de indignación.

— No puedo creer que haya puesto mis esperanzas en ti.

« Nuestra dicha — pensó mientras se levantaba. — fue un sentimiento pasajero ». La visión de tener que arrebatarle la Daga de sus manos otra vez era simplemente exasperante.

— ¿Cómo planeas detenerlos? — siguió la mujer de ojos como dos lunas.

— ¿Tú qué crees? Iba de camino a resolver ese insignificante problema.

— Esto es una misión suicida. Si de por sí ya es imposible que un hombre sobreviva al imperio de una Bestia… Ahora resulta que también quieres enfrentarte a un ejército.

— No tenemos por qué enfrentarnos a ninguno. Solo acecharlos, esperando una brecha, una ocasión para mermar su fuerza, y acabar con su mejor oportunidad.

Atenea observó a su alrededor con gesto torvo, como buscando una respuesta en el horizonte, o quizás una salida.

— Es suficiente, no quiero escuchar nada más. Moriremos en el intento.

— No, solo yo tendré que hacerlo — Las palabras le supieron amargas en la boca. Dio un paso al frente, y después otro. — ¿Lo recuerdas, Atenea? Cuando la locura me consuma, no te arrastraré a ti a la tumba. Sé que todo esto parece inverosímil, pero es la única forma para…

Su tregua pendía de un hilo, se mecía débilmente sobre un precipicio.

— ¿Serías capaz de dar tu vida en sacrificio por esa niña? ¿De verdad significa tanto para ti?

— Esto nunca fue solo acerca de Grace. La ciudad en la que vivimos se está desangrando, pero si la Horda se hace con el poder de alguna Bestia, medio país

sangrará antes de que puedan detenerlos. Estoy hablando de cientos de miles de personas masacradas, como ya se ha visto en el pasado. Y aunque existiera una pequeña posibilidad de evitarlo, la aprovecharía por más mínima que esta fuera. Daría mi vida de ser necesario por una causa como esa — Y como había dicho en su momento el primer Rey de Dranova poco antes de hallarse quemado en la hoguera: —. Francamente, ¿qué tanto pueden valer nuestras vidas ante la paz de todo un reino?

Recibió sus palabras con desengaño. No la veía segura de otra cosa que no fuera salir corriendo.

« La encontré demasiado rápido, luego de llamarla », supuso Connor, lamentándose en silencio. Esperaba que Atenea no se hubiera dado cuenta.

— Escucha — continuó, con cuidado de no sonar como el lunático que Atenea pensaba que era —, tengo el hábito de pensar en el peor de los escenarios posibles. Siempre. No veas esto como una locura. La mitad sobrevive a la contención… Quizás…

— Podríamos también no usarla — lo interrumpió de pronto, iluminada por la idea. —. Podríamos evitar que la Horda use las suyas. De algún modo.

— Ahora esto está funcionando. Esa es una opción más.

La rubia nívea atenuó de un momento a otro todo su repentino entusiasmo. Mantuvo la compostura y el mutismo, sopesando la situación con los ojos cerrados. Si acoger entre sus manos la llave a la salvación de incontables almas significaba algo para ella, no lo hacía ver. Más tarde, apartó el faldón de la túnica, dejando entrever la piel de su vientre desnudo, y retiró de su cinturón una empuñadura envuelta en sedas blancas.

« Necesito de la Daga, no de ella ». Connor habría dado casi cualquier cosa por saber lo que pensaba.

— ¿Tanto por algo que cabe en la palma de la mano? — inició Atenea, conmovida por lo que ello representaba. — Juramentos y promesas rotas, exterminios masivos, ciudades en llamas, hombres y mujeres convertidos en genocidas... Tantas muertes y todo por anhelar el poder de un dios. La violencia ha marcado el curso de la historia. ¿Cuántas guerras se habrán librado por estas cosas?

— No tantas de las que se pudieron haber evitado de estar en las manos correctas.

Desarmó el arreglo de telas, y dejó al descubierto la vaina de diamante negro. Todo ello sin atreverse a observarlo, absorta en el arma.

— ¿Y tú eres una de esas?

— Quiero pensar que somos mejores que la Horda.

Sus miradas se cruzaron, tras el suspiro de Atenea. Los suyos eran unos ojos derrotados, con dudas y de belleza desencantada por una tristeza sincera.

— ¿Qué no quieres como yo volver a la ciudad?

— Eventualmente, sí. Grace y Elizabeth van a estar bien. Quiero pensar. Durante unas semanas. Tienen los medios para esconderse bien. Y Vyler… Pues… Él tiene a su mando a un grupo de caballeros.

— Moira y Ross no tienen lugar donde esconderse ni caballeros que los resguarden. Siento que debería ir a por ellos. Sacarlos de allí de algún modo.

— ¿Vas a travesar las murallas y luego la ciudad con todos esos celtas allí?

— Sé que es una estupidez. Pero… ¿No tienes tú también esa sensación de correr hacia los tuyos? Mi madre me pidió que escapara. Que mantuviera lejos esta Daga de la ciudad.

— Sobre los tuyos… — Sintió el impulso de ir hacia ella, pero se contuvo. —¿Crees que van a estar bien sin nosotros?

— ¿Nosotros? — preguntó, despreciado su buena voluntad con un bufido.

— Atenea, necesitamos hacer que esto funcione. De lo contrario, acabaremos muertos o algo peor. Eso incluye a Grace, a Elizabeth, a Vyler, a Moira y a Ross.

— Dudo que puedan estar bien. Conmigo o sin mí.

Ella concedió un paso al frente, antes de titubear con dar el próximo. Así, hasta caminar hacia Connor a ritmo inseguro. Desenvainó la Santa Reliquia y el descomunal filo bebió de la luz de la mañana, reluciente, impoluto y magnífico.

— Sé que no puedes escucharme, pero lo siento — ¿Le estaba hablando a él? Atenea no lo vía, a decir verdad, no parecía estar viendo a nada en concreto. —. En serio lo siento, madre. Me he equivocado más de lo debido, solo quiero que esta vez sea diferente.

Sin mayor propósito que mantenerse al margen, Connor amenazó con apartarse en gesto súbito. Sin embargo, Atenea le dio vuelta al arma, y se la tendió con la empuñadura envuelta por delante. Cuando ella asintió, curvando los labios en una pequeña sonrisa, dejó de pensar, ver o escuchar nada que no fuera ella. Sus otros sentidos lo abandonaron. Cogió la Daga sin saber cómo era posible.

— ¿Así de sencillo?

— No, no será así de sencillo. — le advirtió, ahora en tono firme. —. Bajo el sol, bajo la luna, sin importar a donde, te seguiré como una sombra, en tanto yo decida que esto es lo más conveniente. — Hizo una pausa en la que no desvío su vista. —. Creo que no existe virtud más noble que dar la vida por un ser querido, salvo hacerlo por incontables nombres que nunca llegarás a conocer.

Connor sonrió, esta vez una sonrisa de verdad, y le ofreció una mano.

— Entonces, estaré a prueba.

— Grace, Vyler, Elizabeth, Ross, Moira y… los otros cientos de miles serán nuestra única razón para estar juntos — Ella echó al olvido su mano y fue a por su antebrazo. El sello de tan endeble alianza terminó con un saludo firme. —. Y esta Reliquia, nuestro nexo.

# Mary IV

*Ad extirpanda*

El amanecer los encontró en la tina de baño de la reina Alice envueltos por aguas perfumadas, medio centenar de velas aromáticas y una lascivia que aún no abandonaba sus cuerpos. Desde hacía horas se habían alejado ambos de todo lo que aconteciese fuera de la habitación, salvo por el arpista que tocaba en los pasillos, y cuyo tañido lento y armonioso se colaba entre las paredes.

— Mary Ann, eres más preciada para mí que agua en el desierto. — dijo Él en céltico entre susurros de su encantadora sonrisa.

— Lo sé. — respondió en ánglico.

Ramskull, nacido y criado entre los celtas de la nueva era. No existía otro nombre en labios ajenos para referirse a él. *Ramsey* era un mote de cariño reservado solo para Mary.

En su decimotercer onomástico, cada niño y niña que hubiera sobrevivido a las adversidades de la tribu y a sus pruebas se ganaba el derecho de considerársele un adulto y portar cualquier nombre que eligiera. Antes de esto, simplemente se les reconocía por algo, lo que fuera, que destacase de su apariencia o aptitudes.

En el caso de ella, había llegado al mundo bajo el nombre de Mary Ann. Y *Ramsey* solo podía llamarla de esta forma en la intimidad, cuando ningún otro oído escuchaba, cuando Él se sentía realmente feliz de estar a su lado. O al menos, cuando lo exteriorizaba.

Ensanchó más su sonrisa y soltó una risita gustosa, al percibir cómo la besaba por encima de la frente, en la raíz de sus cabellos. Mary le había apostado un tazón de frambuesas sobre el pecho, con lo que se llevaba una frutilla a la boca de vez en vez. Él la rodeaba con un brazo, aguardando a hallarse listo para el tercer acto de la noche, si bien los rayos del sol atravesaban ya las hendiduras en los refuerzos de la ventana.

— Mary Blood, Ramskull, Rex Azus… Laparc. Continúan sonando tan ridículos como en mi primer día.

— Recuerdo bien ese día. Estuvimos ideando el saqueo a la villa durante semanas. Tomamos mil y una precauciones, estudiando las idas y venidas de los lugareños, identificando los puntos ciegos de la vigía y los puntos débiles en las murallas… Inclusive, me adentré al poblado bajo la lona de un carromato, para echar un vistazo de cerca — Suspiró poco antes de sonreírse. —. En fin, todo para nada, porque apenas salté el muro, tuve que informar a todo el que me seguía que la villa había sido pasada por la espada. Fue difícil sacar el oro del convento después de que lo incendiaste. Escuché tu voz. Una sola frase seguida de una risa estrepitosa. ¿Qué fue lo que dijiste? Ah, sí…

— La única Iglesia que ilumina es la que arde. — citaron ambos, entre carcajadas de amor que demoraron en morir.

De ahí en más la conversación versó acerca de lo acontecido aquella dichosa madrugada cada vez más distante, de cómo Ramskull y sus hombres habían tenido que

lidiar con los Interfectos de Mary y con el amargo viaje de regreso al campamento de la Horda, puesto que se habían atragantado con un buen botín sin cazar una sola presa. La primera mirada que compartieran los dos había sido una de enfado y desconfianza que dejase ver lo cerca que hubieran estado de matarse el uno al otro de haber tenido oportunidad. Y aunque fuesen pocos los momentos, a *Ramsey* le gustaba a hablar, cuando se encontraba de júbilo. En especial hablar sobre sí mismo.

La invasión a la ciudad y su posterior encierro, la preparación de los rituales, el desarme del pueblo dranovense y armamento de la Horda… El plan fluía como la más fina seda, por lo que todos se hallaba tan esperanzados como satisfechos. Excepto los cristianos, esos sí que morían chillando, bajo techo o al aire libre.

Esta vez, y para variar, Mary no había tenido necesidad de robar a hurtadillas el cráneo de carnero, sabiendo que *Ramsey* iría en su búsqueda. Su amantísimo había ido hasta ella por cuenta propia, con una sonrisa de oreja a oreja y los bajos instintos de un hombre muy prestos. Aun así, Él no se había olvidado de llevar consigo el yelmo a la velada. Este yacía dispuesto sobre una mesilla al lado de la tina.

« Venga, venga, pregúntaselo ya — interrumpió Balaam. »

Su propia voz la traicionó sin mucho esfuerzo.

— ¿Por qué lo llevas a todos lados? — Se acomodó, montando sobre Él a horcajadas, y le obsequió una mirada admirativa a su perfecta figura. —. Está relacionado con tu nombre, eso lo sé. Pero ¿por qué?

*Ramsey* chasqueó la lengua, y desvió la vista con gesto airado. Su rostro se había deformado de un instante a otro, con su ceño fruncido. Negó con el cabeza, incrédulo, de que lo estuviese interrogando una vez más.

— Por favor, hazlo por mí — Mary, inclinándose hacia él, hizo ademán de un puchero bastante risible. —. Solo una vez.

De más estaba imaginar que aquello no funcionaría. Él siguió moviendo de lado a lado su cabeza, para entonces frunciendo además los labios, como si le asquearan sus ruegos. Habría seguido enojado durante una hora, si Mary no le hubiese sujetado el mentón con una mano y obligado a observarla fijamente.

— Mírame, *Ramsey* — Cuando los ojos de esmeralda y los de lapislázuli al fin se encontraron, se animó a seguir. —. Soy yo. Puedes decirme lo que sea.

— Ni lo pienses. Tienes una…

— ¿Una bocaza? — terminó ella con celeridad. — ¿Una horrible memoria? Eso también. Quizás se me olvide para mañana. Pero guardaré el secreto por lo que dure. Lo juro.

Vista gorda, oídos sordos. *Ramsey* se recostó a la tina, clavó los ojos verdes en el techo, y guardó el más completo de los silencios.

Cuando Mary le prodigaba la amistad de sus muslos, decía él, no era dueño de sus actos. Conociendo esto, y a manera de persuasión, tarareó una cancioncilla tonta y pretendió incitarlo con sus encantos más íntimos, pero su empeño no llegó demasiado lejos. A medio camino, él firmemente la contuvo con sus manos.

— Si no puedes confiar en mí, ¿en quién esperas hacerlo? — le dejó saber, inclinándose y apoyando su frente contra la de él. — Hay algo mal en mi cabeza, es sabido. Y pese a eso, jamás podría hacer algo que te hiriese. Ni en mis peores delirios — Solo la razón de Belial y la lujuria de Naamah seguían retumbando entre sus oídos, cada que estaba junto a Él. El orgullo de Abadon se desvanecía. El resto amainaba su griterío.

A luz de las velas sus ojos como esmeraldas reflejaron que en *Ramsey* aún perduraban dudas. Le apartó los cabellos empapados a Mary, desvelando la delgadez de su rostro y las mejillas hundidas. Y sin más, sin decir nada en lo absoluto, se estiró para alcanzar su yelmo de hueso.

— ¿Ves esta pequeña hendidura aquí? — inquirió, señalando entre ambas cuencas vacías del carnero. Era apenas perceptible. Una cavidad poco profunda del ancho de un diente de leche. — Me salvó la vida a los doce. ¿Quieres saber la historia?

Mary asintió repetidas veces, entusiasmada.

— No te perdonaré nunca que cuentes esto a alguien más, ¿entendido? Nunca.

— ¿Por qué?

— Porque es mi mayor vergüenza — Tragó saliva de sobremanera. —. Fui un niño débil y enfermizo. Eso en nuestra tribu es inaceptable. Fue un golpe de suerte no haber sido dado en sacrificio a Dagda o a Brigit, cuando nací. Aun no entiendo cómo fue posible. Pero sobreviví. Estuve a un paso de la muerte durante años. Superé cada prueba impuesta por los druidas agonizando. Siempre en último lugar. Siempre a un paso de que me sacrificaran por mi falta de habilidad en todo lo que pudieras imaginarte — Mary lo observaba sin parpadear, con los ojos bien abiertos, como si temiese perderse cualquier detalle. —. Un día, mi padre me llevó lejos, muy lejos del campamento, y me dijo que el último desafío a vencer para convertirme en un adulto sería matar a un animal que doblara o triplicara mi tamaño.

» No era cierto. No existía tal prueba, pero yo aún no lo sabía. Así que, ya en las montañas, me dio un arco, flechas y dos espadas cortas de bronce y señaló en la ladera a mi objetivo — Pasó los dedos por los cuernos retorcidos y amarillentos del yelmo. —. « Lucha o muere. Si huyes, no te molestes en volver a la Horda. Para los dioses, no serás más que un paria », me espetó. Estoy aquí, por lo que ya sabes qué sucedió. Pero al igual que siempre, sobreviví por un pelo. Corté la cabeza del carnero mastodonte y volví con mi padre. Cuando vio que aún seguía con vida, débil, con mil heridas y las piernas temblorosas, en lugar de decir algo, me atacó. Esta hendidura en el yelmo es una flecha suya. No pude esquivarla, por lo que coloqué mi trofeo justo ante mi cara. Otro golpe de suerte, quizás.

» Mi padre siempre me repudió. En la tribu no solemos ser muy paternales, pero él me trataba más como escoria que como sangre de su sangre. Porque mi debilidad era una degradación para toda su progenie. Los Dioses y los hombres lo habrían exiliado de sus favores por haber matado a uno de sus hijos, así que me envió a morir con una mentira vendándome los ojos. Solo cuando no vio más alternativa, decidió tomar finalmente el asunto en sus propias manos.

*Ramsey* se había confesado sin la mínima pizca de tristeza o añoranza, de modo que no hubo sentimiento que encogiera el corazón tan voluble de Mary.

— Estabas débil y eras casi un niño, tú mismo lo dijiste. ¿Cómo fue posible que pudieras asesinar a tu padre?

— Me odió, me engañó y trató de matarme. Si los druidas habían concluido que no era apto como sacrificio, significaba entonces que debía vivir. Aun así, contradijo el deseo de los dioses, y ellos lo maldijeron. A mí, en cambio, el dios guerrero Lugh, para hacerlo pagar por todas sus faltas me concedió la destreza y la fuerza. Y todo mi rencor no hizo más que intensificarlas. — Se pasó una mano sobre la sombra rubia que era su cabeza. —. Cuando era pequeño me llamaron *Finehair*, ya te imaginarás por qué. Pero el apodo murió en compañía del niño en las montañas. Al regresar a la Horda, me deshice de las trenzas doradas y me rapé. Usé este yelmo queriendo ocultar mi rostro durante muchos años, hasta que todos olvidaran quién había sido en el pasado. Y así fue.

— Yo no lo olvidaré — prometió, rodeándole el cuello con ambos brazos. —. Y para mí, no sería nunca motivo de vergüenza. Salías herido, mas no derrotado — « Yo, por otro lado, sí que he salido derrotada. » — Y aunque así hubiese sido…

Él siseó, y apresuró a cubrirle los labios con la palma de la mano, pidiendo su silencio.

— Aún hay más de donde vino eso, bocazas — El hecho de que se le estuviese endureciendo el miembro delataba que sus deseos estaban yendo por fin a más. —. Con la ayuda de ese malnacido que me quiso muerto desde el día que me vieron nacer, me hice una promesa que le escupí en sus últimos respiros… A partir de aquel instante en que su vida se desvaneció entre mis manos. Una veintena, una treintena… No importaba el número, pero tendría un montón y medio de hijos que conquistarían y poblarían la tierra para el recuerdo de su padre. Y que diferencia de él, me agradecerían todo lo que luché por ellos. Los amaría como a ningún otro padre que conozco ama a sus hijos, pero también más implacable que cualquiera. Así no solo sobrevivirían. Ellos gobernarían este mundo por encima de la mirada de todos los demás mortales.

» Débiles o fuertes, sanos o enfermizos, los entrenaría a todos y los convertiría en hijos e hijas dignos de respeto — De un segundo a otro, dominado por las ansias se apresuró a sentarla sobre su regazo —. Jamás me rendiría con ellos, costara lo que me costara. Esa es mi promesa y ese es mi sueño. Los dioses saben que me concederán esto. Ahora eres la única en este mundo que me conoce realmente.

El tazón de frambuesas salió despedido fuera de la tina de un manotazo conjunto de los dos, para apartarlo del camino de sus cuerpos. *Ramsey* aventuró una mano hacia su miembro y otra entre las piernas de Mary para acomodarla y hacer que se humedeciera. Y ella montó a horcajadas sobre Él, rodeándole el cuello con sus brazos.

*Ramsey* le hundió la nariz y los labios en el cuello y su hombría incluso más profunda en el vientre. Mary oprimió unos labios que no fueron capaces de impedir que se escuchasen sus gemidos. Carcajeó de un infinito gusto otra vez al recibirlo dentro, tan caluroso, tan enérgico y tan enorme.

Por la forma en la que se abrazaba a ella, parecía pretender que no se separasen ni un instante de aquel sofoco agradable que compartían. Un ardor entre sus cuerpos que cegaba al fuego de velas a su alrededor. Como entusiasmo en las entrañas que los hacía sudar. Su carne y su calor lo atesoraba dentro, a la impaciente espera que *Ramsey* la llenase con algo más.

Un segundo gemido no tardó en rasgar el aire, sostenido y alto, regocijándose en el placer que recibía, mientras él le revolvía cada rincón de sus adentros.

— Me gusta cuando me hablas. — confesó *Ramsey*, ora riendo, ora resoplando.

Mary no dijo nada. Colocó una mano sobre el pecho amplio de su amado para apoyarse. Y sintió como el corazón embravecido le presionaba el pecho a *Ramsey* y a la vez palpitaba dentro de ella.

En pocos momentos, el hormigueo que comenzó brotando en su vientre se fue extendiendo un poco más con cada embestida. Piernas, brazos, pecho, hasta que todo su cuerpo se agitaba con temblor incontenible y sudores.

— Mary — dijo con una carcajada de gusto, cuando todo su empuje comenzaba ya a moderarse.

Ella le cerró la boca con sus labios. Le dio de beber de su aliento. Ardores que luego a *Ramsey* se le escapaban en forma de suspiros. Y se mantuvo sin decir palabra por primera vez desde hacía incontable tiempo.

Una de sus manos bajó por la espalda de ella como una caricia inocente. Cuando el roce llegó hasta sus nalgas y uno de los dedos de su amado se aventuró a ir más adentro de lo que debía, ella le lanzó un manotazo leve pero firme. *Ramsey* rio. No era la primera vez y de seguro no la última que lo intentase.

Él se inclinó, con la boca entreabierta y hecha agua, restregando su rostro contra los pechos de Mary. Las adoraba, decía él, aunque no fueran tan grandes como las de otras mujeres. Pasó también sus manos por ellas y vio en sus ojos que jugaba con la tonta idea de pellizcárselas. En su lugar, se contentó con besarla y pasar la lengua sobre sus pezones. Y de ahí en adelante, se detuvo, para que Mary retozara sobre él tanto como quisiese.

Sus caderas las adoraba por igual, decía él, incluso si no fueran anchas como las de otras. Posó sus manos sobre ellas para pedirle que se moviese como a él más le gustaba.

— Mejor que cualquier otro día. — jadeó con apenas un hilo de aliento.

Todo en ella decía adorar, aun cuando Mary no se sintiera cada día cómoda ni hermosa con su propio cuerpo.

Hizo caso de lo que le pedía, y comenzó a menearse como haciendo círculos con su pelvis. Él la acariciaba más abajo del pubis, buscando humedecerla en abundancia y que sus aguas fueran resbalando entre sus piernas y sobre las de él. Entre resuellos, Mary continuó así, con la vista y la mente más nublada con cada movimiento de sus caderas.

— Quiero hacer esto mil veces — lo escuchó a él decir, recostado sobre un hombro de Mary. —. Quiero tenerte mil veces.

— Cállate. — respondió sin más, a medio gimoteo.

Tardaron unos minutos para que todo el deleite de los dos fuera apaciguándose, para que fuera además volviéndose monótono y demasiado lento. De tal manera que, Mary estiró los brazos en toda su extensión, para apartarlo y hacer que se reclinara en la tina.

Descansó un segundo en el que se le quedó viendo, recobrando por fin la cordura. De pies a cabeza *Ramsey* era hermoso, y hermosos podrían verse sus hijos, si solo Mary fuera capaz de dárselos. Sin embargo, no permitió que este pensamiento fuera más allá, y lo alejó de pronto con dureza y los ánimos a rabiar.

— No tan rápido — *Ramsey* inclinó la cabeza hacia atrás. Abrió la boca y dejó escapar un quejido de gusto por primera vez. —. No me culpes si...

— Cállate. — repitió, pero él no atendía a razones. Murmuraba algo en voz baja.

Lo montaba con frenesí y brusquedad, de arriba abajo en movimientos convulsos, con la intención de mantenerse de esta manera, mientras mayor fuera el placer que le ofreciera *Ramsey* que el dolor, la culpa o cualquier otra cosa. Dio por centésima vez un brinco, usando su arrebato de ira para impulsarse. No pudo resistirlo. Mary acabó por arañarle la espalda y el tatuaje que llevaba grabado en ella, viciada a Él y a lo ávida que la hacía sentir al encontrarse sobre Él y que simplemente se rindiese a ella.

Más tarde, sus manos de nuevo inquietas intentaron hacerla cambiar de posición, pero Mary le cogió una mano, y se metió el pulgar de *Ramsey* en la boca, para mirarlo a los ojos mientras lo chupaba, para distraer sus deseos de moverla a una postura menos placentera para ambos.

— Como quieras... Haz conmigo lo que quieras.

Y eso hizo, pero tanto daba lo mismo si la follaba mil veces o si lo rompiera a Él a base de sentarse en su cintura. Y sin importarle esto, siguió adelante, seducida por la fantasía en un momento de credulidad y desenfrenado de sus ansias. Se encontró de pronto cerca, a escasos intentos, con el cabello empapado de sudor sobre la frente, exhausta y con la piel enrojecida. No aplacó su ímpetu, ni siquiera cuando su sexo escurría aguas a raudales. No fue hasta entonces que se dio cuenta de que gemía a voces y de manera entrecortada, divirtiéndose de lo mucho que clamaba a Dios como en los viejos tiempos.

— Eres hermosa. — Su voz fue apenas un susurro. Y de su bello rostro perlado de cansancio solo alcanzó a rescatar un ojo abierto y una sonrisa encantadora en los labios.

Mientras con palpitaciones su miembro la colmaba, Mary se vio obligada a cerrar los ojos, con el cuerpo entero hirviéndole y vibrándole con picor a causa del orgasmo. Se quedó sin aliento e incapaz de tomar aire unos segundos en los que pensó que se desvanecería inconsciente. Enarcó la espalda hacia atrás y extendió los brazos, como quien se desperezaba y poco a poco iba despertando, abriendo los ojos a la realidad.

Y el resto de sus sentidos retornó a ella.

Sintió cómo *Ramsey* le pasaba los dedos por su desgraciado vientre.

— Y más hermosa incluso te verás embarazada de mi... Tantas veces como sea posible.

«¿Por qué? — le cruzó la mente como una flecha que destrozase el hechizo que su cuerpo había creado. —¿Por qué yo? »

— ¿Por qué? ¡Cállate! — escuchó a su voz proferir en gritos. — ¡Para ya! ¡Para!

Jamás podría tener a sus hijos. Ni el mejor de sus intentos cambiarían lo que era ella. En lo que la habían convertido. Una mujer rota por dentro.

Un par de manos recias la atenazaron, y de inmediato la azotó un escalofrío que nubló su mente y la transportó a un lugar lleno de dolor y pesadillas. Habrían sido nada más parte de una alucinación, si alguna vez estos fantasmas del pasado no hubiesen existido.

— ¿Por qué sencillamente no me matas? — le había suplicado entre lágrimas miles de veces.

La abadesa Elinor había objetado en todo momento con una cortada y las palabras que despedía perversas con desprecio singular.

— ¿Por qué tendría qué? Si mueres ahora, irás al Infierno. Y allí, bruja, danzarías con los demonios de mil y un maneras. Es tu naturaleza, la sola razón de tu existencia. Alguien con una sangre tan maldita como la tuya es el mayor deleite para Lucifer. Si murieras en tu estado, engendrarías al próximo anticristo.

— Y pensar que hemos comido de la misma mesa todos estos años, Mary Ann — Añadía de vez en cuando una de las monjas que asistían en el manejo de los instrumentos de tortura. —. Qué Dios nos perdone por haber compartido el pan con tan vil criatura.

« Mis amigas. Mis hermanas. Las primeras en traicionarme », repitió palabras que nunca olvidaría.

Las oraciones que había recitado durante sus años en el convento, desde que tuviera uso de razón, el coro de monjas las entonaba una y otra y otra y otra vez hasta que lograsen retumbar en sus oídos. Bajo las capas de piedra del calabozo, era esta su única forma de discernir el día de la noche, pues en semanas no consiguió verse con la luz del sol o luna.

— ¡Suéltenme, por favor! ¡Yo no he hecho nada! — rogaba a gritos a todo el que veía durante las primeras secciones. — Dios, sabes que así es — comenzó a decir tiempo después. —. Te he servido, te he amado, te he dedicado mi vida. ¿Por qué me haces esto? No soy una bruja.

Una noche todo llegó a su fin, cuando Elinor, cansada y avergonzada por sus propias atrocidades, decidió arrebatarle lo que la hacía a Mary ser una mujer. Le desgarró el vientre desde fuera con una cuchilla serrada.

— Sin esto — escuchó que le decía antes de sucumbir agonizante al inconmensurable dolor. Entrecerró los ojos, pero no consiguió reconocer el amasijo rojo que la abadesa sostenía entre sus manos. La vista se le iba oscureciendo con cada exhalación. —. Sin esto no podrás, jamás de los jamases concebir a tu demonio. Esto es algo que Dios te otorgó mientras fuiste buena, y ahora a su mismísima orden tuve que quitarte.

— ¡Para! — chilló. — ¡Para! ¡Para ya!

Sin darse cuenta descubrió que estaba derramando lágrimas y dando de sopapos a su amado *Ramsey*. Uno, dos, tres… Los frágiles golpes siguieron cayendo sin control al rostro y al pecho. Y habrían seguido así, si él no le hubiese sujetado firmemente las muñecas con sus manos. Mary continuó forcejeando, aun después de enterarse que había estado soñando despierta. Pero no había mucho que hacer contra la fuerza de *Ramsey*.

— Mary, ey — masculló preocupado de sobremanera. — ¿Qué te ocurre?

— Suéltame — dijo, más calmada y con miedo de mirarlo a la cara. Él obedeció. Y sin más, Mary se derrumbó. El nudo en la garganta se deshizo, y se echó a llorar sobre su hombro. —. Perdóname. Perdóname por esto.

— ¿Qué estás diciendo? — dijo, con una sonrisa de complacencia. — Joder, ¿otra vez tus visiones? No pasa nada. Estás conmigo. — terminó, al poco tiempo.

Con el cuerpo cicatrizado por todos lados, se hizo un ovillo en torno a *Ramsey*.

— Soy terreno yermo. Nada crecerá dentro de mí. No hay nada que podamos hacer para cambiarlo. — Intercalaba entre el llanto y las palabras. —. No puedo tener hijos.

— Eso no lo sabes — se empecinó. Y le dio un tirón de orejas burlesco, ajeno a todo lo que había sucedido. —. Aunque fueses infértil como piensas… Sé que los dioses nos darán su favor con este próximo sacrificio.

— Elinor — musitó tan leve como un sollozo. Era el tono más alto al que llegaría su confesión.

— ¿Quién?

— No puedo por culpa de ella.

— Vamos, Mary Ann — dijo divertido, como intentado quitarle peso a lo que sucedía. —, me creen un semental. Y ahora qué sabes lo que quiero, lo lograremos juntos. — No solo tenía fama de semental, sino también de obstinado.

No era la primera vez. Con Mary llevaba un año probando suerte, lo sabía.

Lo compartían todo. Ideas, gustos, pasiones y a partir de entonces también el pasado que tanta agonía les causaba. Mary no había tenido oportunidad ni la valentía para contarle al completo su historia. La vida celta era cruel con las mujeres que no fueran prolíferas de vientre. Se las apartaba, puesto que no valían tanto como otras que sí atendiesen las necesidades de engrosar los números de la Horda. Incluso más crueles podían mostrarse con aquellos que hubieran nacidos con alguna discapacidad o caído enfermos. Quien fuera una carga para el pueblo que luchase por sobrevivir debía verse desterrado.

Mary se aferró a sus brazos, a su olor y a la tibieza de su aliento.

— Te amo muchísimo, *Ramsey*. De verdad. En serio.

— Lo sé — dijo, apartándole con una caricia los mechones sudados del rostro. —. Yo también, Mary Ann.

Cuando las velas se consumieron y los rayos del sol se deslizaron por las ventanas cerradas, siguió aferrada a él temblando y sufriendo por los suplicios del pasado.

A horas del mediodía, las nubes grises aún ensombrecían el cielo tras su paso. Se sentía como a la deriva con el agua al cuello en un mar de pesadumbre. *Beelzebubu*

descansando de su almuerzo sobre una manta relumbraba como el único resquicio de felicidad en tan largo día. Mary le rascaba con vigor la parte anterior de las orejas, y el gato gordo se retorcía de gusto. Pero donde antes Mary había tenido el corazón entonces solo anidaba un gran vacío.

Lydia, la mujer rubia a la que habían tomado como esclava y doncella después de haber sido violada, le atusaba el pelo castaño cobrizo con un peine.

— ¿Eras virgen antes de eso? — le preguntó Mary.

El rostro de Lydia era pálido e inexpresivo a raíz del miedo a que la enviasen de nuevo al agujero nauseabundo de dónde la habían sacado.

— Soy… — Se mordió la lengua. —. Era la doncella de la reina Alice, así que, sí. Debía de mantenerme virgen, mi lady.

— No me llames así. No soy ninguna dama. Tengo lo de noble lo que tú tienes de casta ahora.

— Disculpadme.

— ¿Quiénes lo hicieron? Habla con total libertad. Pero no me llames «mi lady».

— No lo sé, ni deseo saberlo. Era un caos aquel sitio… ¿Puedo preguntar por qué os interesa?

— Porque si tienes un niño, sea quien sea el que lo haya hecho, haré que responda por él o ella.

Lydia calló. Bajó el peine y la mirada. Hizo todo esto sin dejar de lado la expresión neutra.

— ¿Qué harías si tienes un niño fruto de una violación, Lydia? — siguió Mary, con tosquedad.

El gato bostezó dejando ver sus colmillos. Después, se enroscó, y se desvaneció al sueño profundo.

— No lo querría ni ver, aunque me costase el Paraíso — se dispuso a decir al final, entristeciéndose y reanudando sus labores. —. Sería un constante recuerdo de ese sufrimiento. No podría vivir con eso.

— Sí que existe el Paraíso, pero solo en tu cabeza. Cuando sufras de verdad, descubrirás el significado tras esas palabras.

Y la atosigó sin sorprenderla otro pinchazo acompañado por frío entumecimiento. Aquel dolor molesto e incomprensible en una parte de ella que ya no existía.

Cinco años atrás, por lo que contaban algunos, diez buenos soldados habían caído para contener a una mujer desconocida. Pero a cambio la Horda había terminado ganándose un valioso aliado.

« Una trastornada y cruenta Dádiva-hechicera, con el rencor más profundo hacia la cristiandad », mencionó *Ramsey* a su favor la mañana siguiente como un primer paso a que la aceptaran en sus filas.

Aquella incursión hubo concluido sin siquiera surgir. Pronto la encontraron desnuda en la fuente de la plaza, lavándose la sangre de sus enemigos, mientras canturreaba el Ave María torpemente. Aun moribunda, había danzado dando vueltas en el agua, llorado a ratos por el dolor de las heridas y desternillándose sin razón al cabo de

unas cuantas lágrimas. Balaam, Abadon, Haborym, Sekhmet, Gula, Naamah, Belfegor y Belial, las ocho voces en su cabeza le gritaban preceptos a la vez. Cada una contradecía a la anterior y luchaba por hacer callar a las demás. Los sesos le habían hervido como gambas que estuviesen dentro de una olla a rebosar. Y desde aquella madrugada, hacía mucho tiempo, fueron ellos lo último en escuchar todas las noches y lo primero cada mañana.

La abadesa Elinor, las monjas con las que había servido en el convento y los hombres y mujeres a los que había conocido mientras crecía en la villa, se hallaban inermes en el suelo como simples cadáveres, o bien, estaban de pie siendo parte de su primera Guardia de Interfectos. El recuerdo era divertido y el regusto de la venganza aún permanecía dulce a su paladar. Sin embargo, lo sucedido durante las semanas previas a aquella madrugada de liberación eran vivencias horrorosas que levantaban escalofríos con cada recuerdo.

Los instrumentos de tortura se habían apilado en bandejas y, a cuentagotas, su sangre hubo rebosado baldes. Sus hermanas de profesión, las que se atrevían y guardaban un estómago de acero, se turnaban para atormentarla. Las demás se limitaban a escuchar sus alaridos durante el día y curaban sus heridas llegada la noche.

La abadesa Elinor, diez mil veces maldita fuera, la había tildado de bruja al sorprenderla practicando magia con su sangre blanquecina por primera vez. Veintidós años había tardado en descubrir que era una Dádiva y una hechicera de sangre, pues había mantenido un miedo irracional a cualquier tipo de lesión. Veintidós años para provocarse por error la primera herida que recordara. Antes de que la antigua Mary muriese en la sala de torturas, se estremecía y le entraban arcadas a la menor gota escarlata que atisba en otros.

Se había quedado absorta y petrificada, cuando la sangre caliente comenzó a bajar por su nariz sin el menor aviso. Torpe en toda su inocencia, Mary se había llevado un susto agónico, ignorando que sangre como aquella vería correr con desesperación a cántaros los próximos días de su martirio.

Elinor… A menudo Mary fantaseaba con la existencia del Infierno, para que una vez se reencontrasen contemplar como aquella escoria malnacida era empalada, ahogada y quemada durante mil años por los mismos demonios que decía repudiar, pero a los que realmente pertenecía. Había sido ella quien recibiese a Mary, cuando de bebé fuera dejada a su suerte a las puertas del convento. Había sido ella quien le otorgó su nombre. Había sido ella su principal criadora y después tutora.

« Tuve que huir de todo el tormento. Amarrada de brazos y piernas a una cruz, el único lugar al que podía ir estaba dentro. Así fue como comencé a escuchar a estas voces en mi cabeza. »

— ¿Y si vos hubieseis estado en mi lugar? — escuchó de Lydia, mientras volvía a la realidad. — ¿Qué haríais?

Hacía un día nublado bajo los Jardines Reales. El suelo en el que se sentaba yacía cubierto de sedas y terciopelo. En los rincones del picnic había cojines color bermellón, en uno de los cuales Iloura se repantigaba con toda comodidad. Su mejor amiga, sino la

única que atesoraba en la Horda, jugaba a unos trucos baratos de magia con una niña celta que Mary no conocía. La sangre levitaba en torno a sus dedos y bailaban con cada movimiento de estos. La risueña chiquilla aplaudía, mientras Iloura se regocijaba de su emoción.

Mary llevó una de sus manos hasta el vientre, y se sonrió.

—Lo amaría. Lo conservaría a mi lado. Sería una parte de mí, pese a todo.

Se vio tentada a imaginar en aquel momento algo que habría creído impensable. Pero sacudió la cabeza de inmediato, pretendiendo desvanecer sus pensamientos.

La Sala del Trono era por mucho el recinto más grandioso y solemne del baluarte, de forma que era de esperar que fuese el lugar idóneo para los sagrados ritos funerarios de los celtas. Los cuerpos incinerados de aquellos caídos en batalla descasaban en pequeñas urnas individuales situadas de tal modo que el conjunto de los más de doscientos recipientes daba origen a un grandísimo trisquel que ocupaba el corazón de toda la ceremonia. Trísqueles además colgaban del altísimo techo y las paredes como pendones insignia de la Horda de las Bestias. Mismo símbolo que en épocas pasadas era utilizado únicamente por los druidas.

Que poco les angustiaba alcanzar el sacrificio de gran parte de su pueblo, si con ello conseguían por fin su ansiada venganza.

Y si bien Mary tenía el poder, en cierta forma, de reanimar a los muertos, para algunos celtas esta práctica estaba mal vista, ya que sus resurrecciones les parecían impuras. El individuo regresaba a la vida de manera parcial y por poco tiempo, no como en el supuesto Caldero de Dagda, donde sus espíritus eran limpiados antes de entregársele otro cuerpo que habitar. En manos de Mary regresaban solo en cuerpo y con un trozo de alma, pero no así en mente. No se les veía como seres conscientes ni llegaban a actuar por sí mismos. Tenía estrictamente prohibido resucitar a celtas, y solo podía hacerlo con enemigos caídos o animales. Se pensaba que sus actos ocasionarían problemas en el Ciclo de Reencarnaciones.

Los rayos del sol se pintaban de incontables colores al cruzar por los ventanales altos en forma de arco. Cualquiera que fuese un druida, un prosélito o que llevase al menos un brazalete ceñido al antebrazo entonaba un cántico solemne en un idioma que Mary jamás se había molestado en aprender. Todos, con excepción del rey Azus sentado derecho y silente sobre su trono y Mary Blood tumbada perezosa sobre lo poco que restaba de una grada a un costado del salón.

Lo que llevase lugar allí o lo que creyeran los celtas no podría importarle menos. No tenía ganas fingir que le interesaba. No tenía ganas de jugar ni de gastarle bromas a nadie. No tenía ganas de nada, solo de que la tierra se la tragase.

Las personas creían fielmente que enterrando junto a las cenizas del guerrero armas preciosamente trabajadas, vasijas rebosantes de cerveza y tajadas de carne para saciar sus necesidades, los ayudarían en su largo viaje hacia la vida de ultratumba. Cosa que ella más bien ponía en duda. También se contaba que podía verse al espíritu abandonar el cuerpo de un celta en forma de una mariposa o un pájaro que revoloteaba cerca del moribundo.

Tanto druida como hechicero de sangre, Laparc presidía su última honra fúnebre. Con la espalda encorvada llevaba a cabo los actos de la ceremonia como le era posible. Y su débil lentitud no era algo de buen ver. El perro más viejo de Azus, ataviado con capas blancas hasta los tobillos y el rostro pintado, era el frágil puente entre los hombres y mujeres que se apostaban a sus flancos. A la derecha, Rhiannon, Isen y Mebdh eran los más cercanos, entre la decena de druidas vestidos de manera idéntica. A la izquierda, Kairo e Iloura. Cada uno llevando el cráneo cercenado y bien conservado de un enemigo caído en batalla hasta los pies del trono, donde serían venerados como trofeos de guerra.

Hasta cierto punto, las cabezas mutiladas simbolizaban la religión celta como la cruz lo hacía para los cristianos.

Brynjar Berzerk, por su parte, bien sabía hasta donde llegar cuando se trataba de su propia fe, pues el vikingo se hallaba ausente a conciencia. Al igual que Edward Stanford, al cual no se le había permitido la entrada, siendo él todavía un cristiano sin excomulgar. Su ritual de iniciación vendría después, acompañado de la inmolación del ganado más grande que se hubiese visto hasta la fecha.

*Ramsey*, recto como un pilar y de pie junto al Rey, de un momento a otro, reparó en que Mary lo estaba observando, y a cambio le regaló una pequeña sonrisa. Ella se encontraba inconsolable hasta tal punto que aquel gesto no evitó que se encogiera y desviase la mirada a otras personas.

Los druidas y los hechiceros se mantenían quietos sobre los peldaños de la escalera al trono cargando también con brazadas de laureles. Desde tan lejos Mary pudo percibir el desprecio mutuo que rezumaban al encontrarse cara a cara. No había ocasión en la que el rencor añejo entre ambas facciones buscase el cielo sin alcanzar límites. Laparc los había mantenido al margen por decenios, pero nunca había sido capaz de socavar un odio tan enterrado entre sus corazones. Con su muerte, Mary sabía que cundiría la enemistad, aunque el anciano en su inocencia casi senil se aventuraba a opinar lo contrario.

Pero ¿qué daño podrían hacer esos pobres diablos?

Sí, Mary, Iloura y Kairo serían solo tres contra trece de ellos, pero la magia de sangre era un poder que cualquiera con dos dedos de frente temería. Los druidas en cambio, con nada más el cuerpo deformado por las heridas rituales, eran una autoridad en decadencia. Nunca habían logrado recuperarse por completo de los porrazos del pasado que representó la caza de la herejía. Después de aquello, terminaron reducidos en números. Y por más que hubiesen perpetuado y transmitido el conocimiento del antiguo pueblo a las futuras generaciones, sus habilidades no iban más allá de pertrechar rituales, servir de sacerdotes a unos cuantos y ser los desdichados protagonistas de un opacado misticismo. A día de hoy, ya el Rey no tenía por qué siquiera cavilar sus opiniones.

« No del todo cierto — apuntó Belial. —. Han transmitido las descripciones de las batallas que la Horda ha librado contra las Bestias. Es conocimiento muy valioso. »

« ¿Y quién te preguntó, eh? », rebatió Abadon.

Ser Agnar, Raster, Kurt, Fergus y muchos otros no hicieron más que mirar como los rituales fúnebres se desarrollaban como de costumbre. Cuando finalmente concluyó, una hora más tarde, la sala comenzó a vaciarse. Los encargados de enterrar las cenizas y las pertenencias de los muertos salieron al patio trasero en dirección a los Jardines Reales; el resto, volvió a sus mil y un asuntos.

La contención de la ciudad, donde no debía salir ni un alma y todo hombre cristiano capaz de levantar una revuelta permanecer encadenado era la prioridad. Todo método utilizable era válido si callaba bocas, ataba de manos y sofocaba las esperanzas.

Hasta los niños que no se les permitía aún portar un nombre consagraban algo de respecto al acto con su atenta mirada. En cambio, Mary guardaba un vacío tan grande que la consumía como ponzoña a la carne y le empantanaba reunir el suficiente ánimo para ponerse en pie o siquiera moverse de la grada a medio derruir.

« ¿Un buen hechicero jamás revela sus mejores trucos? ¿Aunque sea un maestro? » Laparc había sido un hechicero extraordinario en su juventud ya tan distante. Las fuerzas pudiera que no, pero aún conservaba los conocimientos y una cierta aura de leyenda. ¿Podía él conocer el hechizo correcto para dar a luz a un niño? Nunca lo sabría, puesto que a aquellas alturas ya se estaban preparando sus ritos de inmolación.

En los días en el que el vejestorio no estaba plagado de manchas y posiblemente la entrepierna le servía para algo más que mear, pululaban la magia de sangre entre los bosques de Dranova. Así como los druidas, los hechiceros décadas atrás se contaban por puñados. Y mucho antes incluso por veintenas, en tiempos en los que la riqueza de un hombre se contabilizaba por el tamaño de su ganado. Y al igual que los druidas, los muy imbéciles se habían negado a perpetuar sus hechizos en papel. Todo lo que entonces se conocía sobre la Horda, sobre los celtas de antaño y sobre los hechiceros rojos, se había transmitido de boca en boca.

Se encontraba en un callejón sin salida, pero apartó los ojos de aquel pensamiento una segunda vez.

Se pasó la tarde matando el tiempo con ideas vagas. En un momento dado, se cansó, y no le hizo falta levantarse para encontrar con qué entretenerse. Cogió un largo cuchillo y una mano mutilada con la piel oscura oriunda de ultramar. Había pertenecido a un comerciante, según le dijo el mismo hombre antes de cortárselas.

— Me quiere — El dedo pulgar salió volando con un beso de la hoja finamente grabada. —. No me quiere — Un dedo más. Esta vez el índice. —. Me quiere. No me quiere. Me quiere. — Lanzó la mano ensangrentada por encima de un hombro, y recogió la segunda. —. No me quiere. Me quiere… — Sin prisa se hicieron cinco más y el último dedillo arrojó un horrible resultado. —. No me quiere.

Dejó caer con desilusión la extremidad que simulase el cuerpo cercenado de una flor, y se echó de espaldas en el banco. Un segundo más tarde resonó en sus sienes que ella misma poseía un par de manos. Una voz le dijo que lo hiciera. Otra vociferaba que no. No importaba quienes, así que se llevó el arma hasta la primera falange de su meñique, y lo meditó. Era la mano pocha, la mano izquierda que no le servía para conjurar hechizos.

« ¿Me querrá después de esto? ». Cogió impulsó para cortarlo de un tajo.

— ¡Mary! — le gritó, mientras subía los escalones. La exclamación ahuyentó su locura, más no su tristeza. Iloura se acercó.

Permitió que le arrebatara el chuchillo, casi sin oposición.

— Estás peor de lo que pensé — siguió. —. Mira que cortarte de esa manera.

Nada más verla el pensamiento amargo retornó. No supo decir si se trataba de un ataque de estupidez o la mejor idea desde la invención de la rueda. Aún con absoluto divorcio entre sus voces, le contó todo lo que estaba pasando. Y se lamentó a su lado durante lo que vivió el ocaso. Iloura trató de consolarla de ahí en adelante. Pero no era su pena lo que quería de ella.

Para bien o para mal, a cierta hora se encaminó al encuentro de cada noche, aunque la Razón le gritase lo contrario. Estiró una mano temblorosa, y giró la perilla de la puerta conteniendo el aliento y las ganas de salir corriendo. Dentro reinaba la media luz. Si no hubiese sido por dos velas débiles y una ventana de cortinas recogidas, la habitación habría estado a oscuras.

— Llegas tarde — le dijo *Ramsey*, echándose a reír apostado sobre el alfeizar. —. Estaba a punto de empezar sin ti. — Los haces de luz lunar no bastaban para iluminarlo por completo.

Mary se quedó allí, petrificada como una roca al verlo. No se atrevió a mover un solo dedo, por más que él le indicó que se acercase. No tenía la voluntad para hacerlo, como si caminar en cualquier dirección supusiera un grandísimo error. Qué sensación tan espantosa la que no le permitía respirar. En un momento dado, *Ramsey* tuvo que tomar la iniciativa, bajando del alfeizar y recorriendo toda la sala para llegar junto a ella. Se ataviaba tan solo con un pantalón de lino.

— ¿Qué sucede ahora, hermosa Mary Ann? — Le posó una mano en la cintura y otra sobre un pecho. Fue en busca de sus labios, pero ella lo rechazó apartándose del camino.

— Hoy no. No estoy de humor para eso.

Por lo que veía, *Ramsey* sí lo estaba. Impaciente, además, porque no se dio por vencido al primer ni segundo intento de besarla.

— ¿Acaso estás en esos días donde eres más… alterable que de costumbre? Está bien, pero eso no significa que no podamos intentarlo de todas formas.

— Ya dime de una vez, ¿cuál es el punto? — quiso saber con la voz tan desolada como el corazón. Para aquel entonces, había esquivado ya un tercer esfuerzo de su amado y conseguido que le quitase las manos de encima con la ayuda de uno que otro manotazo. — ¿Por qué eres tan persistente con todo esto? ¿Cómo aún no lo comprendes?

Él no dijo nada. Se dedicó a observarla con desconcierto.

— No importa cuánto lo intentes — siguió, rompiendo en llanto. —. Estoy rota. Ella me despedazó hace años. No puedo hacerlo, entiéndelo. No puedo tener hijos. — Con la vista casi eclipsada por las lágrimas, extendió ambos brazos para hacerse

espacio. Resultó en vano conservar el poco orgullo que le quedaba, puesto que *Ramsey* la cogió en brazos, oprimiéndola contra él a modo de consuelo.

— Debe haber alguna forma. Tal vez, al igual que tus voces, esté todo en tu cabeza. Pero si es así como dices, algún hechizo habrá para solucionar esto.

— Es más complicado que eso. Ninguno de nosotros conoce tal hechizo. Ni si resultase bien. En el mejor de los casos, podría dar a luz a una aberración peor de lo que puedes llegar a imaginar.

Él se apartó un tanto, y le alzó el mentón con un movimiento de mano grácil para que lo viese justo a los ojos. Mary no recordaba día o noche en que lo viese tan desesperado.

— Si creyeras y honraras a los dioses… Airmid, Diancecht, Brigit, alguno de ellos podría sanarte. He visto a mujeres parir hijos como si fuesen camadas y a otras tantas que se creían infértiles, después de hacer un sacrificio.

Mary no les dio cabida a tales ideas entre sus esperanzas. De nada valdría ofrecerles diez, cincuenta o cien vírgenes a los dioses celtas, inmolar bueyes, jabalíes… o lo que los druidas considerasen propicio para provocar su gracia. Todas sus creencias no eran más que un cargamento ingente de pura mierda.

— Lo siento con toda el alma. De verdad. Nunca te daré eso que con tanto afán intentas. No es posible. Al menos, no conmigo, *Ramsey*.

— ¿Qué? ¿No contigo? — Se asqueó. — Si no es contigo, lo haré con cualquiera. ¿Eso quieres decirme?

— No con cualquiera — Se secó las lágrimas, y respiró profundamente antes de continuar, dirigiendo la voz hacia la puerta entreabierta. —. Ya, ven aquí.

Iloura se mostró casi de inmediato. Cuando cruzó el umbral, se debatía entre la picardía y la timidez, sonriendo y mirándose los pies.

— La Horda… — siguió Mary, atragantándose con el sollozo. — Los demás…

— Yo no soy como los demás — soltó *Ramsey*, soberbio. —. No tomaré a una mujer solo porque pueda hacerlo — A continuación, remarcó cada palabra rodeándole el rostro con ambas manos. —. No tomaré a otra que nos seas tú.

Aquello la habría hecho llorar del sentimiento en cualquier otra situación.

— ¿Incluso si yo te lo pidiera?

— Estás más loca de lo que pensaba — Por su tono, aún no se lo creía. —. Mary, me estás matando.

— Entonces resiste. Es absurdo, ¿no te parece? Te jactas de ser un semental, pero a tu edad no has concebido ni un solo hijo. Aun cuando lo has estado esperando.

Él le quitó los ojos de encima por un instante, y observó a Iloura de cabo a rabo con contrariedad.

— ¿Estás segura de esto?

« No. — comentó Belial en sus adentros. »

« Claro que no. — dijo Abadon. »

« Absolutamente no. — Haborym unió también su voz.»

— Sí, estoy segura de esto. Quisiera que nuestros hijos fuesen como yo. Y ella es la única mujer en toda la Horda, además de mí, capaz de conjurar hechizos.

— ¿Nuestros hijos?

— Yo los alimentaré. Los criaré y protegeré junto a ti. Les enseñaré todo lo que sé acerca de la magia. Podré ser una madre para ellos en todos los sentidos, salvo en uno. En este.

De improviso la habitación cayó en una penumbra más espesa. Iloura se acercó a ambos junto al aroma de una vela recién apagada y con un poco más de confianza en sí misma.

— De lo demás me encargaré yo. O ambos. Si gustas de mí.

— Es joven — dijo, dedicándole también una mirada contrariada a la hechicera. —. Ya más de uno de esos perros con los que tienes que rodearte han intentado deshonrarla y han tenido que salir corriendo con el rabo entre las piernas.

— Y alguno sin rabo que esconder — comentó Iloura entre risitas, a manera de destensar el momento con una broma. —. Me las ingenié para que reventasen con un hechizo. Pero tranquilo. Antes quemada viva que hacerlo con uno de esos de los que más se hablan.

— Así que fiereza no les faltará a nuestros hijos.

*Ramsey* estaba en las últimas, lo veía brillando en sus preciosos ojos verdes.

— ¿Qué clase de mujer alienta a su pareja a que se acueste con otra?

— Aquella que no lo puede hacer realmente feliz cumpliendo sus sueños.

« Aquella que lo que más teme es la traición... Y que la dejen sola nuevamente », confesó a las voces de su cabeza.

Más valía temprano y a sabiendas que tarde y a expensas. De ese modo, era mejor, más tolerante incluso, que su amantísimo comprobase la fertilidad mientras aún la amase, que dejarse la juventud y la lujuria tratando de que el olmo le diese manzanas. Porque algún día se cansaría de ella e iba a dejar de intentarlo, Mary lo sabía mejor que Él mismo.

Él dudó. Se debatió en completo silencio, y abrió la boca unos segundos después.

Medio día había estado esperando el golpe y todo en vano. Iloura ya no pudo más, y se adelantó robándole un beso y las palabras. *Ramsey* no la detuvo. No al instante.

— ¿Es esto lo que quieres? Tienes tiempo para reconsiderarlo.

« No es lo que quiera. Es lo que tengo que hacer — habría dicho si pudiera. —. Solo no te olvides de mí, por favor. » Acabó por nada más asentir débilmente.

Cuando él la rodeó y respondió a sus labios con mayor ardor e Iloura metió una mano bajo sus pantalones, Mary dejó escapar un trocito de su alma con una patética exhalación. Se había apuñalado así misma por la espalda. Ojalá sostuviese las fuerzas para hacer con Iloura lo que sus voces más feroces tanto le ordenaban.

« Estoy rota. Si lo amo de verdad, ¿qué más puedo hacer? » Se tapó la boca con una mano para que no la escuchasen lloriquear. No supo por qué, pero no se dio la vuelta de inmediato. En cambio, caminó de espaldas hacia la puerta, hacia algún lugar, el que fuese, donde no la escuchasen gritar y maldecir a la abadesa Elinor. La mujer le había

vendido el futuro en un mes lleno de torturas, pero ninguna de sus heridas de antaño había dolido tanto. Lo último que vio fue a *Ramsey* cogiendo las faldas del vestido de Iloura y quitándoselo por la cabeza con un único movimiento, dejando ver su completa y bella desnudez. Tersa, sin ninguna cicatriz sobre su piel.

— ¿A dónde vas, Mary Ann? — oyó ya junto a la puerta.

— No pienso quedarme aquí a verlos — dijo con la voz entrecortada. —. No puedo.

— ¿Y por qué te limitarías nada más a ver?

Se volvió con aires de confusión, pero con el temor de verlos juntos nuevamente.

— Dos es compañía — siguió, envolviendo a Iloura con un brazo que cubría sus pechos. —. Tres no es multitud.

# Vyler IV

Llevaban cuenta de los días transcurridos gracias a los platos de comida fría que les traían por la mañana. Si a aquella gacha desabrida y seca podía llamársele comida.

Enterrados metros y más metros bajo las entrañas del castillo, no había rayo de sol que trasluciese a través de las paredes, pero el caballero tenía vagas nociones de cuando era de día, pues Nora, la achatada sirvienta de mediana edad, decía traerles el desayuno.

— Vuestras armaduras las robaron — le hubo susurrado a ser Ronnie la primera mañana en cautiverio. —. Escuché que las vestirán luego. No sé para qué.

Nadie al margen de Vyler tuvo plena certeza de que la tal Nora fuese una practicante de la Fe cristiana, más allá de que exhibiese en las muñecas las quemaduras donde los grilletes la habían besado y mortificado. Muchos la creían una celta. Junto a ella siempre asomaban desde la puerta dos matronas provistas con cuchillos y armaduras de cuero. Nora se mostraba vestida como se suponía debía lucir la servidumbre, y también les daba de beber caldos con una cuchara de madera que cuidadosamente les tendía. Las otras mujeres, en cambio, les lanzaban panes al pecho para que los tuviesen que comer del suelo cuando se hubiesen caído; sus miradas hoscas, sus gruñidos y sus amenazas eran más abundantes que los bocados. Solo el desayuno les ofrecían.

Las sospechas en contra de Nora se hicieron menos densas a la mañana siguiente.

— El antiguo Rey fue quién nos traicionó. — se atrevió a decirle a ser Vyler en un instante de distracción de las vigías.

— ¿Qué estáis diciendo? ¿Leonor? — La sola insinuación sonaba ridícula.

— No, no Leonor. El verdadero Rey. — alcanzó a musitar antes de que una de las matronas se acercase a zancadas y le obsequiara una bofetada recia.

Mucho después, durante la próxima comida, ser Wendell, que con apenas veinte años era el más joven de la compañía de escoltas, entre sorbo y sorbo aprovechó para sacarle más información.

— ¿Qué ha sucedido con el pueblo? — preguntó tan bajo que Vyler no fue capaz de oírlo bien pese a que el silencio inundaba la celda. — Contesta.

Hizo falta un par de ruegos para que reaccionase.

— Encadenados en centros de concentración. La mayoría. No creeréis la de cadenas que se han forjado. Hay ojos por todas partes.

Las dudas se desvanecieron cuando al salir de la habitación los gritos de Nora se hicieron oír. No volvieron a verla. Y quién bajó acompañada de las matronas al cuarto día fue otra mujer celta igual de aguerrida. Sin embargo, aquella noche, Conway, el carcelero, hubo entrado todo campante, para llevarse a ser Wendell y devolverlo magullado y con el rostro hinchado al cabo de unas horas.

— ¡*Aj*! — soltó, llevándose una mano a la nariz en gesto de asco, cuando atrapó el espantoso olor de la muerte. — Aquí comienza a apestar ya. — Y para sorpresa de todos, ser Ronnie se limitó a fusilarlo con la mirada, mientras el carcelero hacía dar

vueltas a la cabeza de su esposa a punta de patadas. El celta cambió las antorchas otra vez, y se retiró. — No vales como rehén ni como sacrificio, ser. — Fue lo poco que le dedicó a ser Ronnie.

Eso sí, el caballero se sacó sangre de tanto luchar contra las cadenas, sin permitirse traslucir emoción que no fuera la del odio mismo que no le cabía en el cuerpo. Había llorado tanto a su Jessabelle que se había quedado seco de lágrimas.

« ¿Por qué nos mantienen aquí, si no es para otra cosa que matarnos lentamente? ». Estaba seguro, y se atormentaba día y noche con ello. Aunque esta fuera la menor de sus preocupaciones.

— Vyler, ellas están bien — dijo su hermano. Para su desgracia, lo habían sentado frente suyo al otro lado de la habitación. Seis o siete pasos los separaban. —. Eres un melancólico empedernido cautivo de lo negativo. Sabes perfectamente donde se hallan escondidas. A salvo de toda esta mierda.

No faltaba a la verdad con su discurso, aun sabiendo que eran palabras vanas provenientes de un infatuado empedernido. Qué Dios lo perdonase, pero pudiera ser que solo estuviese actuando cínicamente galante para verse bien ante desconocidos. Si no fuera por sus hombres, a quienes respeto inspiraba ser Vyler, lo habría ahogado con un torrente de palabras. De manera que, asintió y ocupó su mente en otra cosa. Se fue a dormir. ¿Qué otra cosa podía hacer sino?

— Lo voy a matar. Lo voy a matar. — escuchó decir de alguien sin darle apenas importancia, mientras se veía envuelto por la embriaguez del sueño.

En algún momento de la aparente eternidad, Vyler flotaba sumisamente por corrientes de imaginación. Nada obedecía a la paz y quietud, incluso en sueños.

— Lo lamento tanto, no estaba preparado — le confesó a la pequeña, con la voz cargada de dolencias. Rara vez se embuchaba con litros de licor, pero Grace le llenó de nuevo una frasca o algo parecido. No reconocía cómo había llegado hasta allí, y mucho menos le importaba. —. Creí en un principio que trataríamos con simples revoltosos.

Grace lo observó medio llorando, medio riendo, sentada a su lado en el suelo junto a la chimenea, que bañaba a la estancia acogedora de una luz naranja perezosa.

— No te preocupes, padre, de verdad estamos bien. Pero, dime, ¿tú lo estarás?

El caballero no tuvo la fuerza necesaria para responderle con la verdad ni para mentirle. La envolvió con un brazo, y la acomodó a ella para que sollozara en su hombro. Su cabello y su vestido estaban empapados por la tormenta que afuera castigaba a la ciudad. La abrazó, sosteniéndola con ahínco, y ahogó sus penas con la dulzura que expelía el afecto de su hija.

Pero las visiones que hablaban de calidez se desvanecieron, y el poco consuelo que había conseguido a su lado se fue a pique. A las afueras de la ciudad, cargaba una tropa de caballería hacia los rastrillos de entrada, dispuestos a recobrar la Capital y a dejarse la vida en el intento. A Valysar y a miles de otros hombres las flechas les pasaban silbando e hileras incontables de piqueros los esperaban prestos a pie de las murallas.

« Morirá al igual que su abuelo — pensó, sin emociones, estudiando todo el panorama desde el cielo. —. Es tan arrojado en la batalla y ansioso de gloria que morirá

al igual que Vyken. Ese afán desmesurado por decirse a sí mismos que son valerosos es el terrible mal que persigue a los Maine.»

Tan incomprensibles podían ser los azares del pensamiento, que conforme tenía lugar la colisión de la caballería, gracias a un recoveco en su memoria le acudió la remota remembranza de un encuentro que sin duda tuviera lugar alguna vez. Ajeno a su propia voluntad, de pronto se encontró de nuevo ante las lindes del fuerte del lago *Halfmoon*, donde entre caballeros de la Guardia de la Realeza y hombres de la Compañía Caballeresca, ser Marcus Brandfort era el único que ocultaba segundas intenciones.

Los recuerdos del ayer procedieron en toda vivencia, mostrándole fragmentos de fuego, sangre y acero entremezclados por el miedo y exaltación que había sentido. Había tenido entonces la edad de Connor, cuando ser Vyken, de buena fe hubo jurado prestar su espada y la de los caballeros de su compañía que de todo corazón deseasen acompañarlo, para urdir que se hiciese justicia. Nadie le había dicho que se arriesgase, pero así de audaz había sido él.

— ¡Ser Raymond! ¡Salid y dad la cara, infeliz! — evocó de la voz casi sin aliento de ser Covan Thompson, a quien el Rey había puesto al mando en aquel entonces.

« Lo salvé — se recordó en un instante de deliberación. —. Salvé a ese buen hombre de caer sin remedio por un precipicio. — El derrumbamiento había tenido lugar en el adarve de la fortaleza que daba hacia el lago. Una porción de la muralla se desprendió por el accionar de una explosión que buscaba enterrarlos vivos mientras todavía ascendían por las escaleras. De alguna manera que escapaba a su comprensión, fue tan rápido como para sujetar al caballero antes de que se desplomase al vacío. — Ayudé a rescatar a una doncella desamparada, pero tomé la vida de cinco sujetos en el camino. Y ni siquiera fui capaz de acabar con el condenado Raymond Hailstone. »

De la noche a la mañana, el renegado había comprado esbirros a base de falsas promesas y del oro restante de su familia. Después de escapar de la ciudad, se refugió en un antiguo y en desuso asentamiento de un Hailstone caído en desgracia un siglo atrás. Sin embargo, alguien había hablado, alguien de quién Vyler jamás oyó su nombre hubo delatado su paradero. Y lo hallaron escondiéndose en toda su ignominia tras muros altos y una guarnición de varias decenas de mercenarios de poca monta.

— ¡Lo quiero vivo! — Su amigo de la infancia lo miraba envuelto en hierro platinado. Lo volteó a ver a él, a su padre y a todos los demás, con ojos encendidos y la rabia corriéndole por las venas. No recordaría alguna vez haber visto a ser Marcus la mitad de enojado. — ¡Desmembrado, si os apetece, pero vivo y consciente, para que pague el precio de la monstruosidad que ha cometido!

No hubo conseguido comprender la raíz de toda su cólera hasta cierto tiempo después.

Al final del día, ser Raymond había escapado por una puerta trasera mientras la última tropa de mercenarios le brindaba fuego de cobertura con sus ballestas. Pero no sin antes mandar a la tumba a dos más de sus congéneres de la Guardia de la Realeza y deshacerse de tres jóvenes con los que Vyler había crecido entrenándose.

Enamorarse de aquella hermosa y desafortunada mujer había sido como jugar con fuego o con un fruto prohibido, tanto que dejase una marca sumamente profunda en dos amigos y compañeros. Uno conquistaría la buena fortuna manteniéndose a su lado, mientras que el otro no encontraría más que su amarga perdición.

Más adelante, darían por perdido al traidor, dando así pie al fracaso y a la inmensa vergüenza que se les había venido encima. Para los espadachines platinados del Rey, para la Compañía Caballeresca de Escoltas, para todos fue un duro golpe, salvo por un hombre y una mujer cuya felicidad no cabía en ellos. La imagen de ser Marcus llevando en brazos hasta su montura a la dama que en años posteriores se convertiría en su esposa, le erizaba la piel aún en sueños. Aloy, quién había iniciado sin quererlo el descenso a la locura de un caballero, se aferraba, recia, a su salvador, hecha un mar de lágrimas y sin ver a izquierda o a derecha.

Pese a todo, el actuar de Dios en ocasiones resultaba confuso y hasta despiadado para más de uno, y más sabiendo que Raymond habría seguramente violado tantas veces a la mujer de sus delirios como vientos surcaban los cielos. Aquel desgraciado perjuro le había puesto una hija bastarda en las entrañas, pero Él bien sabía por qué hacía las cosas en primer lugar.

La mañana del bautizo de Atenea, Vyler entendió que la niña no podía ser menos que una bendición. Las manos del Arzobispo sumergieron a la pequeña en el agua cristalina de aquel estanque y sus cabellos se quedaron flotando en la superficie mientras reflejaban la luz del sol con un cándido fulgor dorado. Su Excelencia la había elevado sobre su cabeza, nombrándola ante todos como «Atenea Pryce».

Pero antes incluso, ser Marcus había sido despojado de todos sus votos y obligaciones gracias a un indulto real y la bendición de la Iglesia en una ceremonia que se había celebrado con notable secretismo. Fuera de los ojos de la ciudad y del Baluarte del Rey, se había adentrado en el agua como un caballero de la Guardia de la Realeza, levantándose luego como un hombre rebautizado con una nueva vida por delante.

Ser Vyler había acudido junto a su padre como únicos representantes permitidos de la Compañía Caballeresca. Aunque nunca fue del todo consciente de lo que hubo sucedido detrás de las apariencias del trono para que de manera extraordinaria a ser Marcus se le concediese la venia para tomar una esposa y colgar la espada.

— ¡Vyler! — gritó una voz amortiguada a lo lejos. Al girarse se dio cuenta que ser Marcus Brandfort lo llamaba. No, era Marcus Pryce quien lo hacía.

No había sido su mejor amigo con exactitud, pero sí uno muy bueno.

— Casi perdisteis la cabeza — recordaba haberle dicho. —, pero creo que la vida os sonrió finalmente.

— Podéis apostar a que sí.

— ¿Seguís con eso de las apuestas? — Ser Marcus había sido entrenado por su padre, quién fuera miembro de la compañía de ser Vyken. Medio pie había tenido dentro de la Compañía Caballeresca antes de que el rey Darren IV lo pusiese bajo su manto. Habían crecido entrenándose juntos en el cuartel. — Si hago memoria, os derroté una docena de veces.

— Las primeras ocasiones, sí — dijo Marcus riendo. — Yo luego os derroté otra docena. Y una docena de veces, tuvisteis que cumplir mis penitencias. Qué cosas hacíamos entonces, cuando éramos más jóvenes.

— ¡Ser! ¡Ser Vyler! — Aquel molesto alarido se volvió a levantar. Esta vez, acompañado por otras voces inentendibles que se debatían entre sí.

— Habrá que quitarnos ese amargo empate de encima. Algún día.

— ¡Vaya que sí!

Fueron una de las últimas palabras que cruzó con su amigo de la infancia, antes de congratularlo y desearle lo mejor.

— ¡Despertad! — le gritaron.

Se preguntó que habría sido de él.

A medida que dejaba atrás el sueño y la pronta pesadez, los sonidos que no atendían razones cobraron vida y se engrandecieron en un griterío.

— ¡Suéltala! — clamó la voz grave de una de las matronas. — ¡Ahora!

— ¡Qué se muera la maldita! — Ser Lance sostenía las cadenas de sus grilletes en torno al cuello de una mujer celta, cuyo rostro morado y estreñido se abría en una inmensa boca en el incapaz intento por rescatar un poco de aire.

— ¡Qué se muera! — repitió uno de los prisioneros.

Al otro lado de la habitación, su hermano sostenía a una matrona en una posición similar, presionándola a la altura de los pechos con la cadena y paralizándole los brazos. Con un rápido movimiento, ser Konash la despojó del cuchillo que llevaba en la cintura, y se lo pasó por el cuello desnudo.

— ¡Suelta! — insistió ella, pero el filo le robó las palabras, mientras las lágrimas rojas salían a chorros. — Sin dar tiempo a otra cosa, ser Konash le robó también la llave, en busca de su propia libertad, cuando la mujer todavía se desplomaba al suelo, dejando atrás sus últimos atisbos de vida.

El resto sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Todo caballero yacía de pie, presto e impaciente a que lo desencadenasen para tirársele al cuello al enemigo, con la excepción de ser Vyler, quién todavía se debatía por entender la situación. Ser Alfred lo animaba a que se levantase. Ser Lance Crowley le arrancó la vida a su víctima. Y ser Konash, le tendió a ser Louis, le pareció, la llave para que se liberase por sí mismo. En medio de todo, estaba Nora, la sirvienta, chillando sin palabras, con un hoyo negro dentro de la boca, como si dejase al descubierto que le habían arrancado la lengua.

Pronto su hermano se halló fuera de su encierro, armado con un cuchillo largo en mal estado, y apoyando el peso de su cuerpo sobre la pierna sana.

— Venga, a mí. — ser Wendell le mostró las cadenas a ser Louis, quien era apenas un año mayor que él, y las agitó con desesperación, pero la mayoría de los hombres pedía verse desasido en primer lugar.

— A tu comandante. — le exigió ser Konash, señalando a su hermano mayor.

El caballero no titubeó, y corrió al encuentro con Vyler, en vez de liberar a quien tuviera a su lado. Cuando los eslabones de acero cayeron al suelo junto a los grilletes,

aún no se lo creía del todo. Sentía las manos tan livianas, como si tuviese en ellas solo un par de muñones. En breves, tuvo la misma sensación irreal en los pies.

Una voz le susurraba al oído que no morirían en cautiverio como animales.

Y mientras su mano diestra se estiraba hacia el arma corta del segundo cadáver con el mero impulso de un reflejo instintivo, ser Louis se adelantaba ya a soltar a alguien más. Para aquel entonces, Nora, hacía mucho desde que saliese gritando despavorida fuera de la celda.

« Conway. Conway », no dejaba de pensar en el carcelero y en sus hombres, escrutando la portezuela abierta de la mazmorra y temiendo que algún rostro se asomara demasiado pronto, en tiempos en los que cundía el vigor y la esperanza entre los camaradas de Vyler.

Y así fue como, muy a su pesar, el destino se tardó pocos instantes en ser de nuevo infame y miserable. Como una mala jugarreta maquinada por la vida, Conway apareció en escena pertrechándose con peto de cuero y una espada en manos. Su semblanza era un hervidero indigesto de crueldad. Detrás de este brotaron otras cabezas y armas, que se les quedaron viendo, tan atónitos como ser Vyler. Puso un pie dentro de la habitación, y en gesto de dicha, les dirigió a todos una sonrisa sombría. Tras su paso, los bárbaros fueron irrumpiendo a raudales, cada uno más tosco y feroz que el anterior. No tuvo tiempo de contarlos. Unas cuantas piezas aquí y allá, unos cuantos movimientos, y a cal y canto los celtas los habían puesto en jaque.

De todos modos, ser Konash no era hombre que se dejase intimidar, así como tampoco uno de grandes ideas. Apoyado en una pierna, casi con equilibrio espléndido, rehuyó la derrota lanzando un fugaz golpe que acertó a un soldado en el pecho. Otros enemigos se le abalanzaron, pero sus tajos siguieron cayendo desde todas direcciones, haciendo gala magistral de su destreza hasta que la hoja corta se encontró con la espada larga de Conway, quien la detuvo en seco.

Un rostro que no esperaba ver allí se cruzó con su mirada. Lord Nathan Hengist descollaba con su cota de malla plateada entre los salvajes. Con el asta de una lanza, le aporreó desde una prudente distancia la rodilla al espadachín platinado, y ser Konash se tambaleó antes de caer sin remedio al suelo.

De no haber escuchado los rumores de traición, a ser Vyler le habría hecho falta el aire en los pulmones.

En el segundo que advirtió que Conway se tiraba encima de su hermano con la espada en ristre, quiso correr y desgarrarlo, pero comprendía bien que todo paso sería en falso ante diez o más contendientes. Tal vez fuese mejor que no hubiese vuelta de hoja para Konash al que poco le importaba su propia vida…

En seguida, una sombra pasó corriendo a su lado, rápida y decidida.

— ¡Ser! ¡Cuidado!

… O la de alguien más.

Ser Louis alcanzó la espada de Conway antes de que se encontrase con Konash. Pero estando desarmado todo acabó sin gloria para él. La muerte le llegó con la segunda estocada, después de poco haber forcejeado y evitado el primer tajo que iba en dirección

al suelo, dejándose una mano en el camino. El joven caballero cayó muerto de rodillas, abatido por un canalla, para salvar a otro que valía tanto o menos. Ser Louis había conservado en un pedestal demasiado alto a su hermano durante lo que duró el respiro de su corta vida, y que al igual que Connor, apenas rozaba los veintidós años.

— «Dejad con vida a cuánto caballero podáis», ¡os ordenó vuestro Rey! — Lord Hengist cogió por el hombro a Conway, y lo sacudió.

— ¡También es tu Rey ahora, cristiano! — El carcelero se volvió, y se apartó la mano con un guantazo. — Uno más, uno menos. No notará la diferencia.

No hacían falta muchos sesos para reconocer que se las verían negras.

— ¡Te voy a destripar, canalla! — Ser Ronnie explotó de ira en medio de un instantáneo silencio de sepulcro. — ¡Conway! — Con los ojos fuera de sus órbitas y una muñeca ensangrentada, el caballero tiraba frenéticamente del único grillete que todavía lo mantenía sujeto a la pared. Ser Louis, que en paz descansase, se había quedado a medias de su liberación.

En los tiempos de paz de los Liongborth, la Justicia del Rey los habrían ejecutado justo allí sobre la piedra que pisaban, para mandar un mensaje claro a todo prisionero que quisiera pasarse de atrevido. En vez de esto, los celtas y un traidor que se hacía llamar conde de los territorios de la Capital, los cogieron por la fuerza y los llevaron a punta de espada hacia los pasillos a él y a su hermano; a ser Ronnie lo pusieron a dormir con unos cuantos golpes, y luego, le concedieron el grillete que había perdido. A lo que ser Louis respectaba, abandonaron su cadáver para que se pudriese a la vista de los demás caballeros.

« ¿Para qué nos querrá Raymond? — repasó en su mente. — ¿Qué gana con mantenernos con vida? » Conforme los guiaban por pasillos estrechos y penumbrosos, formuló las mismas preguntas en voz alta, pero no obtuvo más respuesta que gruñidos y empujones. A ambos lados, se levantaban puerta de hierro de las que en ocasiones le llegaban quejas, maldiciones y lamentos desde detrás. Debía haber muchos más rehenes allí abajo.

— Silencio y camina. — apuntó, sucinto, el cabrón con bigotes de morsa. Cuando sus ojos se posaron en él, Nathan Hengist le devolvió una mirada hosca.

Durante el trayecto, cada vez que aquel sujeto despertaba en él sentimientos no propios de su naturaleza, pensaba primero en su hija y en su esposa, para no ceder completamente al rencor. No era la primera vez que lo hacía. Las conocía mejor de lo que ellas se conocían. Grace y Elizabeth no iban a soportar que no se encontrase más entre los vivos. Sus dos hijos varones, en cambio, eran historia aparte.

No fue hasta que un súbdito de Conway apremió a Konash con insultos que recordó que su hermano estaba junto a él, apretando los dientes para no caer rendido ante el dolor de su rodilla. Le habían proporcionado un báculo de madera para que se apoyase al caminar, pero aún ello no aliviaba su calvario.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras con esos ojos? — le dijo de pronto su hermano al salvaje que se le había quedado viendo, malhumorado, con sus ojos bizcos. Se había girado mientras seguía dando saltos con una pierna. — ¿Era tu pareja la mujer a la que

le corté el cuello allá? — Ora reía entre dientes; ora dejaba escapar descontento mientras caminaba, infatuado. — Ahh, no lo creo. Eres más feo que la mierda pisoteada.

— Ya basta. — le advirtió Vyler en un susurro mascullado.

Pero *el Arrogante* no detuvo sus palabras, sino sus pasos. Y se giró para encarar al enemigo, alzando la cabeza con desmedido orgullo.

— También derramé la sangre de algunos hombres. Un par eran más grotesco que tú. A lo mejor te arrebaté a quien te calentaba la entrepierna por las noches, ¿es eso? — Hizo ademán de amagar un escupitajo, pero el gesto que vino después fue genuino asco. —. Claro, he visto a una mujer celta por cada cuatro hombres. Sé que estáis necesitados, pero aun así... No te engañes, también me gusta entrechocar espadas, sí, pero de acero.

Con el ceño y la boca fruncida, el bizco apuntó con un ojo al carcelero en jefe; y con otro, al comandante de la Guardia de la Ciudad. Sabría Dios a cuál de ellos le dedicó una súplica muda para desenvainar el arma.

— Venga, intenta golpearme. — lo apremió, desafiante, ser Konash. —. Inténtalo, y este báculo te entrará por donde nunca te ha dado el sol… Ah, será mejor que no, se me olvidaba. Que eso te complacería.

Konash era capaz de decir cualquier cosa, con tal de fastidiar a otro. Aunque esto fuera vender sus propias palabras al Diablo.

A kilómetros se veía que Conway comenzaba a perder los estribos que Vyler había echado al olvido tiempo atrás. El celta se acercó a su hermano con la punta del cuchillo en dirección a su mentón.

— Camina. No lo ordenaré una segunda vez.

— De querer matarnos ya lo habríais hecho en cien oportunidades. — Por lo menos era un imbécil vanidoso y no un mentecato sin cerebro. — Nadie en su sano juicio negociaría con calaña como vosotros. Tampoco haréis de nuestros cuerpos un sacrificio, he oído cosas. ¿Para qué nos quiere Su Bastardísima Majestad?

— Carne de cañón. — señaló a secas el hombre de los ojos en continuo conflicto.

— Vyler, ahora supongo que — Fue su única contestación, a la vez que asentía. — no ves con tan malos ojos que tu hijo esté fuera del alcance de esta pardilla de cerdos, ¿verdad?

Nathan Hengist inició, raudo, un movimiento con la porra, pero fue ser Vyler el que le asestó un golpe intempestivo a su hermano, estrellándose contra él con un hombro. Una insensatez exasperada lo había tomado por sorpresa, y de pronto se encontró con sus manos encadenadas en torno al cuello y rostro de Konash.

Sus captores respondieron con mera conmoción. Sin tener mucha idea, se movieron agitados.

Konash no pudo hacer más que dejar caer el báculo y llevarse las manos a la cara. Y en un arranque tan precipitado como demencial, Vyler lo arrojó a la pared y allí lo golpeó otra vez, extendiendo el brazo en toda su longitud. El imbécil sin remedio de su hermano vio llegar el segundo puñetazo antes de que iniciase, pero ello no evitó que lo descargara sobre él con rabia en la sangre.

— Cállate de una buena vez — le salieron las palabras sin pensar. —. Lo único que vas a conseguir es que nos maten — Con aquella horrible sensación en el pecho, dicho fuera, tiró por tierra todo el perdón de Dios, y continuó golpeándolo como pudo, con una imprudencia y un furor que rayaba el desquicio. Apenas presentó batalla, hasta el punto en que el verdadero enemigo se vio obligado a separarlos. —. Deja de regodearte en tus miserias y malos actos. Deja de pensar que la vida es un puto chiste del que te puedes descojonar siempre que quieras. ¡Un buen hombre murió por ti hoy!

Los llevaron a una habitación, la última al fondo de las mazmorras, y en ella se toparon con una serie de celdas de metal que más bien parecían jaulas de buen tamaño excavadas en un nicho en la pared. Se trataba de un espacio infernal compuesto de pies a cabeza por láminas de acero. Las portezuelas dejaban entrar aire por una pequeña hendidura con barrotes, pero no había volumen suficiente como para estirar las piernas, mucho menos para dormir más o menos cómodo.

Había media docena de aquellas jaulas, por lo que logró avistar, pero tuvo la mala suerte de que a Konash lo echaron de bruces en la más cercana. El único consuelo que le quedaba era que había una pared gruesa de acero que detuviese los siguientes golpes entre ellos dos.

Los dejaron a solas con sus desgracias. Por un instante, a Vyler le pareció que se maquinaba una dilación silente, ruin e injuriosa, la cual no le resultó tarea ardua a su hermano quebrantar con una risa que se convirtió pronto en carcajada.

— Nada más mirad a esta jauría de caballeros reducidos a escoria mediocre y derrotista… Algunos más venidos a menos que otros. — Incluso antes de que los ecos de su voz se perdiesen, volvió a cargar con tono soberbio. — ¿Tanto así deseas la muerte de tu propia sangre?

Al caballero no se le cruzó ni por un instante la idea dar respuesta a algo como aquello.

— Vyler — continuó ser Konash desde la otra celda. —. Te quedaste allí parado, observando. A la expectativa de… ¿De qué?

— De que obtuvieses finalmente lo que tanto has estado buscando.

— ¿Y eso es?

— Tu libertad. Tu último respiro. Tu muerte, o llámalo como quieras.

— Entonces es verdad — suspiró él, dejando componer en su voz un tono más abatido. —. Llegamos a un punto sin retorno… Pero esa no era una forma bonita de irse. Ibas a permitir que me mataran cual perro mugriento.

« Hazme una lista, Konash, y me la apunto. ».

— ¿Desde cuándo te ha atormentado el cómo y el cuándo de tu propia muerte?

Dejó una larga pausa de por medio, y, aun así, no llegó a confesarlo.

— Me desilusiona pensar que no llorarías mí — dijo de repente a modo de guasa. —. Me desilusiona e ingratamente me sorprende que haya sido una cría de caballero que ni conozco el que dio su vida por mí en lugar del beato y honorable de mi hermano —. Luego hizo como si se asqueara de algo. —. Por favor, que enfrentamiento de mierda y más indigno. En mi defensa, han sido días duros.

— Se llamaba ser Louis Greathouse — «Se enlistó con doce años en las filas de la compañía, deseoso de servir, deseoso de obtener gloria algún día » —, te admiraba. Como muchos, solo conocía la armadura reluciente y las habilidades, y no lo podrido que estás por dentro. Fue un buen muchacho.

— Greathouse, ¿eh? Persuade a un celta de estos de que nos traiga vino o cerveza, y brindaré en su nombre.

— Siempre has sido de tener más cara que espalda. — habló sin emoción, con el espíritu cayéndosele a pedazos.

— Pobre de mí. Vuestras palabras resultan más hirientes que vuestras acciones, ser. Calan más hondo que cualquier arma, que pudierais o… no… blandir.

Momentos después, dio su brazo a torcer para que sus palabras dijesen por fin lo que su cabeza tanto había estado dándole vueltas.

— Konash, se acabó. Lo he estado pensado y que Dios me perdone, pero a partir de ahora renegaré de ti como hermano. Aun cuando no moriste allá afuera, te has ido para mí y para mi familia.

Se encontraban presos en celdas contiguas, pero muy dentro de él sintió como se había distanciado de Konash y volado lejos. Echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Dormitó por no supo cuánto; tal vez fueron solo unos segundos o incluso horas. Los sueños intranquilos no consiguieron esta vez despertarlo, pero sí la voz del hombre al otro lado del muro de metal.

— Cinco minutos más y habría muerto de verdad — anunció Konash, lánguido, melancólico, como si hablase para sí. —. Cinco minutos más antes del asedio a la ciudad y habría ido a pedir audiencia inmediata con el Rey. Habría reunido a toda la Corte, a mis dizques hermanos juramentados, a los veinte tres, y me habría quitado la vida ante la mirada despavorida del público, sin importarme absolutamente nada más que a mí mismo.

Ser Vyler no hizo más que escuchar. No tenía manera de saber si hablaba en serio.

— La salida fácil — dijo el otro. —. Te confieso mis pecados, Vyler. Espero y me juzgues en silencio. — Tosió para aclararse la voz que salía despiadada de una boca seca y agrietada. —. Cuando era apenas un bicho feo, uno de eso a lo que la gente acostumbra a llamar «niño», tú ya eras un caballero recién nombrado. Y, además, eras el favorito de nuestro padre. ¿Qué puedo decir? Tenía que hacerme notar, así que comencé a ser cada día un poco del hombre que soy hoy… Aunque ya no sea de mi agrado. No del todo. La vanagloria, los aplausos, las miradas era lo poco que me caía como anillo al dedo.

» Siempre me he querido follar a la reina Alice. Creo incluso que ella lo sabe. Creo que se divierte insinuándoseme con discreción y luego reculando tan galantemente. Tiene un culo y unas caderas que quitan el aliento, que te hacen llorar, como si vieras en ellas el mismísimo rostro de Dios. Pero al mismo tiempo, espero que ya esté muerta la muy puta. Fue Alice la que a bases de artimañas me metió en todo este asunto de la Guardia de la Realeza.

Se escuchó el golpazo de una puerta que se cerraba a la distancia. El sonido llegó hasta ellos, los hizo inmutarse y acalló a Konash por un momento. «No puedo retractarme de lo que dije — pensó. —. Así como no se puede borrar un recuerdo, así como lo que está muerto no vuelve a la vida. »

— Valysar tiene más valores y escrúpulos que yo, lo reconozco — continuó Konash. — Felicidades, pero de él he aprendido más de lo que él ha podido aprender mí, ¿sabes? Vyler, lo siento, pero ya concebí tres bastardos — Aquello lo asustó más que el portazo reciente. De haber tenido algo en el estómago, lo habría vomitado de seguro. —. Te adelanto que fueron niñas todas ellas. A la primera la intenté nombrar como nuestra madre, Melissa. No tengo idea de por qué, pero aquella mujer se negó. Solo la vi un par de veces; las otras dos desgraciadamente fallecieron a los pocos días de nacer, antes de que incluso alguien pensara en un nombre para ellas.

Sufrió un ramalazo de curiosidad y ternura, y por un instante se animó a preguntar sobre la niña, sangre de su sangre a la que no conocía. Pero se mordió la lengua, firme en su convicción de reniego.

— Solo me importan las cosas a las que me puedo follar, con las que puedo combatir o las que me hacen reír — Hablaba ya con entonación neutra. —. Fornico, batallo y me regocijo sin mirar a quien. Soy un cabrón, ¿crees que no lo sé? A veces me lamento por ello, Vyler. Y otras veces no. De corazón, no me afecta lo que hayas dicho o lo que puedas decir. Solo miro siempre por mi propio interés.

« No sé qué haya de verdad en todo eso », caviló al oírse morir su confesión. Y se tragó sus dudas, sus emociones, sus palabras y remordimientos lo mejor que pudo.

Y cuando todo el enorme despliegue de Konash hubo tocado a su fin, se dejó dominar por el sueño. Hubo tiempos en los que caer rendido requería para él de un lecho de plumas, ropas limpias y una alcoba entibiada, pero aquellas opulencias habían quedado atrás. Aún con la incomodidad que generaba el reducido espacio y la pésima posición que le era impuesta, lograba desvanecerse a ratos. El calor se volvía sofocante incluso estando quieto y lo despertaba sediento y empapado de sudor. Pero por momentos las ensoñaciones traían consigo cosas que le eran preciadas.

Una vez, hacía años, a ruegos quejumbrosos del vástago más pequeño de la Casa Maine, Vyler había conseguido llevar casi a rastras a Connor y Valysar a los adentros del Baluarte del Rey, sin otra cosa en mente para Grace que no fuese pasar tiempo de calidad en familia y, ya de paso, merodear por los pasillos repletos de soberbias pinturas.

Pronto, Dante y su *Doncella de Bronce* se encontraron ante sus ojos. Tan vastas eran sus siluetas encerradas entre marcos de plata que nada más un pequeño fragmento de su vista no estaba zambullido en el océano de colores que eran sus retratos.

— ¿No les parece que son maravillosas? — inquirió su niña sentada e inquieta sobre los hombros del caballero a todo el que pudiese oírla, mientras daba brinquitos de emoción.

— Sí que lo son, Grace. — «Es decir, lo fueron. Durante las primeras cincuenta mil veces en las que vinimos.»

De cualquier modo y con casi total seguridad, habría cientos de miles de visitas más al castillo, si solo con ello conseguía avistar un pequeño atisbo de felicidad en el rostro de su reluciente hija. No podía ser menos que el velador de sus sonrisas.

— Mira las sombras — continuó diciendo. —. La paleta de colores. El trazado de cada pincelada. Lucen tan reales. Hay incluso detalles hasta en los más mínimos detalles.

Valysar le colocó una mano en un hombro.

— ¿Que estos no eran brujos que…, ya sabes — dijo con sumo cuidado entre susurros —, que fueron condenados a morir en la hoguera? ¿Por qué los exhiben aquí, como si estuviesen glorificando su recuerdo?

Vyler no tuvo de otra que encogerse de hombros.

— Todo Rey tiene sus excentricidades. Y más importante, todo Rey al final del día hace lo que le venga en gana. La Corona solo está por debajo de la mano de Dios, y a esta última poco o nada le van a interesar un par de pinturas.

— Creo que mi hermana aún no sabe lo que ocurrió con ellos.

— Y no tiene por qué descubrirlo. — « Si tiene la vida que pretendo para ella, no tendrá tampoco que descubrir lo horrible que puede llegar a ser el mundo y cuántas criaturas viles como estos brujos alberga » — ¿Para qué susurras, hijo? Solo mírala, no te escucharía, aunque le gritases al oído.

Entretanto, Grace había seguido platicando consigo misma en voz alta.

—… Esas vibras místicas que emana. No me puedo creer que tenga cientos de años y siga perfecta. Dios, por favor, quisiera pronto la maestría para crear algo como esta obra de arte. — Verse testigo de inocentadas como aquella resultaba en un espectáculo que le llenaba el pecho de alegría.

En breves se fijó en su alguna vez protegido, muchacho convertido ya en hombre, quien no quitaba los ojos de encima de la pintura de Su Alteza de antaño ni para parpadear. Ojos en lo que pudo distinguir un raro brillo acuoso. Aquella había sido la primera vez que se le presentaba la oportunidad de deleitarse de ella.

— Connor. — lo llamó, pero él no lo volteó a ver. Con la boca entreabierta, lucía como un niño embelesado por algo nuevo que lo pasmaba. — ¿Te encuentras bien?

Y durante todo el rato en el que estuvo observando a Connor, fascinado en la *Doncella de Bronce* y sus animales, su hija no paró de hablar sola. Su voz era como ruido inentendible de fondo al que ya estaba acostumbrado. Al menos así fue hasta que Valysar tiró la de la muñeca de su hermana para que volviese en sí misma.

— Y a todo esto, Grace, ¿quién las pintó? — le preguntó luego.

— Y yo que voy a saber.

Por lo general, retomaba las fantasías estando despierto.

Se despabiló el sueño al oír la cerradura moverse y la puerta de su celda abrir. Creyó entonces que le traían misericordia sobre un plato en forma de comida, pero lo que consiguió fue un balde de agua sobre el rostro. No opuso demasiada resistencia cuando dos hombretones lo sacaron de aquel agujero cogiéndolo por los hombros. Si fuera posible, no se habría resistido ni aun teniendo la tripa llena.

— Desvístete. — le dijo uno, tomando distancias y poniendo su arma entre ambos.

Le propinaron un baño arrojándole otros dos cubos de agua fría encima. Le dejaron un tercero para que se lavara como era propicio, y le tiraron unas prendas simples, similares a las que llevaba, pero limpias. A causa de días enteros sin bañarse, conservaba un olor acerbo y sobre él una ingente cantidad de mugre con ropajes viejos que no le pertenecían.

— Vístete. — ordenó el segundo, casi entre amenazas.

En el reflejo difuso de la plancha de metal de la celda consiguió ver que la barba entrecana le cubría las mejillas y el mentón, bajo la cara más marcada por las preocupaciones que pudiese imaginar. Todo esto, a pesar del poco brillo que expelía el hierro. No era de extrañar que se sintiese dos décadas más viejo.

Mientras se arropaba con la camisa gris, atestiguó como a Konash se lo llevaban fuera de la habitación. Cuando le preguntó a la mujer que ayudaba a cargarlo bajo un brazo qué harían con él, sorprendentemente consiguió una aclaratoria. Tratarían su herida antes de que empeorase más, según le dijeron, lo cual no hacía mucho sentido. Y en seguida, lo encaminaron a un sitio dos pisos por encima de las mazmorras. Las piernas le ardían como mil fuegos, una vez se encontró subiendo por las escaleras, pero Vyler siguió encerrado en sus pensamientos, comiéndose la cabeza con ellos. La cortina de humo que se había alzado sobre él con la llegada de la Horda de las Bestias se desvaneció al final del camino.

A la puerta cerrar, sus ojos se posaron en el rostro fino y campante del cerebro maquinador detrás de todo el caos que recaía sobre el reino.

— Vos — soltó a secas con sumo desprecio. —. Traidor.

Y en un gesto genuino de júbilo, lord Edward Stanford lo recibió con los brazos abiertos y una sonrisa taimada.

— Me declaro culpable.

— Ya habían llegado a mis oídos los rumores. — Fue empujado por un guardia y obligado a entrar en la habitación. « Maldito de mí que me negué a creerlos. » — Pero ¿por qué?

— ¿Y por qué no? — La puerta se cerró de golpe tras su paso. Mientras una mujer cuarentona le desempolvaba el elegante atuendo al Confabulador, otra incluso con más edad se encargaba de poner la mesa; celtas de rostro duro, saltaba a la vista, que portaban espadas cortas en la cintura. — Se trata de una gloriosa historia, si me es permitida tal vanidad. No obstante, temo que peca de ser demasiado larga. Haceros un favor y tomad asiento. La cena ya está por servirse, y hay pocas cosas en estos días que extrañe más que una plática con un ser civilizado.

— Estoy famélico, pero veros el rostro y cómo osáis divertiros con el Infierno que desatasteis me hace un nudo en el estómago.

— Os aconsejo que comáis hasta el hartazgo mientras podáis, porque esta será, si la aceptáis, la última de vuestras comidas que valgan la pena. Luego de esta humilde tertulia, iréis de vuelta al hoyo donde estabais confinado. Allí os mantendremos a la expectativa.

— ¿A la expectativa de…?

— De que es lo que los celtas harán con vos y con vuestra caterva de honrados caballeros. — Lord Edward hizo ademán de sentarse, y una vez arrellanado le indicó con la mano a la mujer que fuese ayudar con el trasiego de los alimentos. — ¿Sabíais que, de no ser por vuestro padre y compañía, quizás ser Raymond habría tenido éxito en su cometido dos décadas atrás?

— Lo tengo muy presente. Inclusive se podría decir que me enorgullezco de ello.

A pesar de que delgada había sido la línea aquella vez entre encarnar una compañía de escoltas y convertirse en unos mercenarios a sueldo de un Rey.

— Qué el motivo de la muerte de un caballero sea aquello que tanto orgullo le otorga, no es otra cosa menos que… elegíaco. — afirmó, revolviendo la copa de vino.

La espalda y las rodillas le dolían a horrores a causa de las malas posturas del cautiverio, con lo que habría hecho bien con sentarse de inmediato, pero la animadversión que le profesaba a aquel hombre no le permitía ceder.

— Mi padre hizo lo que debía cuando decidió prestar su ayuda a la Corona. E igualmente hicimos lo correcto al salvar a Aloy de las garras de la barbarie de Raymond Hailstone.

— Más os valdría no pronunciar esos dos nombres en presencia de vuestro Rey.

— Mi Rey ha caído, traicionado por el mierdecilla insidioso que se regodea en esta mesa mientras los cadáveres se cuentan por millares y los lamentos se vuelven incontables.

— Azus desconoce que los caballeros que ayudaron a frustrar sus más trastornados deseos luchaban bajo el estandarte de una compañía de escoltas, cuyos restos ahora se encuentran a su merced — Su tono de voz era el de un hombre ebrio; ebrio de placidez y delicia. —. No puedo hablar en nombre de Su Majestad, pero creo que veré rodar con extrema furia un gran número de cabezas. En concreto, un centenar de ellas. ¿Os imagináis a un semi-dios batallando contra cien simples mortales? Sería un espectáculo digno de canciones, para el deleite de las masas.

« De modo que es cierto » Había oído sobre las fantasías que la Horda se había imaginado de labios de Conway y sus esbirros. No había tenido otro remedio que prestar atención, aunque no diera crédito a lo que decían.

— No sabe siquiera que estáis aquí — continuó él, entre sorbo y sorbo. —, ser Vyler, ni que seguís vivo. Tras haber regresado de nuestra primera campaña, me gustaría estar allí para contemplar su furia irremediable.

— Y entonces, serán ciento una las cabezas que rodarán, cuando descubra que se lo habéis estado ocultando para vuestro propio deleite.

— Improbable. Y ya soy hombre muerto, de todos modos. — Se encogió de hombros. — Dejadme que os lo cuente todo. — Y durante el cuarto de hora que aconteció, Edward Stanford habló hasta por los codos sobre su vida, su enfermedad; sobre una tal Jensen que le hubo confesado lo que le deparaba para el futuro y el porqué de su traición.

A ser Vyler el hambre lo hizo engullir platillo tras platillo, tragándose la rabia lo mejor que podía acompañada por trozos de comida y hartazgos de cerveza tibia. El caballero no era hombre que se encolerizase fácilmente, pero sí uno que se llevase un indigesto rencor hasta la tumba.

— Vendisteis el bienestar de un reino próspero — lo interrumpió a él en uno de sus derroches de verbosidad. —. ¿Y a cambio de qué? Tirasteis por tierra el trabajo y vida de incontables con tal de ver cómo todo se consume por las llamas mientras os…

— Mientras disfruto cómo el mundo se va a la mierda en mi descenso a la ruina, en mi decadencia — se adelantó Edward. —. Con mi ingenio he ayudado a construir esta nación, y en mi derecho estoy para con mi ingenio destruirla. Siendo breve e impreciso. Son las personas que hacen del mundo un lugar peor las que más se les recuerda. Las que nunca caen en el olvido y tampoco las que mueren con el paso de los siglos. Nombres hay a raudales.

Solo necesitó de tiempo para que la rabia le comenzase a revolver el estómago. En un momento de descuido para Edward, ser Vyler cerró los dedos en torno a un cuchillo, y miró a su comensal al otro lado de la mesa con ojos que, inyectados en sangre, lo aborrecían. Su paciencia acababa de tocar techo. A tan corta distancia, tan solo bastaría con saltarle al cuello. Sería más rápido que las dos mujeres que también hacían las veces de coperas.

— Vuestra señora esposa — dijo el Confabulador, tajante para las intenciones del caballero. Luego se sonrió de forma serena y lo observó de soslayo. — Elizabeth. ¿Aún hacíais vida en la Calle del Caudal? ¿En esa mansión que os fue dada en herencia? No tuve nunca el placer de conocerla en persona. El único consuelo que me queda es la imagen de su retoño yendo de aquí para allá en las galerías de arte del castillo. Qué niña más carialegre y bonachona.

Llegado el momento, se preguntó si debía temer, si alguien además de aquel ingrato sabría dar con ellas. Su ira se desmoronó a pedazos y se llevó con ella sus intenciones. Aflojó los dedos del cuchillo, y los alejó tanto como le fue naturalmente posible.

— Veréis, caballero, no tengo por costumbre ir a la guerra, sin antes planear con recelo cada movimiento del enemigo — Se había levantado de su asiento, para rodear la mesa y colocarse del mismo lado que ser Vyler. Cogió unas uvas de un cuenco, y se las llevó a la boca mientras miraba pensativo la pared a escasos pasos del arma. —. Ser padre en estos tiempos debe sentirse como un camino realmente tortuoso.

Y con un tono no exento de repudio, el caballero se hizo oír.

— Y pensar que estuve lidiando todos estos años con un ateo sin escrúpulos, honor o al menos una pizca de conciencia.

— Vuestras creencias son como un muro inquebrantable que no os deja ver lo que hay más allá del pequeño mundo en que os encerrasteis — Se sentó sobre la mesa, todavía absorto en el descuido. —. Tantos hombres y mujeres que me precedieron… Me valí de ellos para escalar. De pie sobre sus hombros de tantos gigantes, sé lo que hay más allá. Por lo menos hasta donde el horizonte me deja ver. Y el panorama es

fascinante. Sin embargo — dijo para dar paso a su retiro de la sala. —, no gastaría mayor saliva con vos. Sería como hablar con ese mismísimo muro.

Observó una vez más el arma sobre la mesa, y por consiguiente con sobrada mesura miró de soslayo a las guardianas del «Señor del Caos». De cualquier forma, si su muerte fuera en vano no tomaría el riesgo.

— Solo os diré una única cosa: los tiempos que preceden al amanecer son los más oscuros.

— Ser, por favor, creer en algo no lo convierte en realidad.

# Atenea VI

Alrededor del mediodía se tomaron un momento para descansar de la cabalgata. Bajó de la montura, con molestias en los tobillos después de tanto chacanear. No quería ni imaginar el cansancio de su yegua, que hacía el resto del trabajo. Se sentó sobre una roca junto al río a despejar la mente del pesado viaje. Se habían detenido por fin, al cabo de varias horas de trayecto, y en un momento de calma, un mal recuerdo le dio alcance nuevamente.

— Protege a tu madre. — le recordó el fantasma de Marcus Pryce. Hubo muerto con una súplica entre los labios, que Atenea no pudo cumplir.

Las aguas del río discurrían suaves, al igual que la sangre de su padre cuando hubo sido rebanado por la mitad. No podía sacarse la imagen de la cabeza. Ninguna persona en el mundo debía de morir de manera tan cruel. Nadie en el mundo, salvo un solo desgraciado.

— Debiste prestarle tu escudo, rubiecita. — mencionó *el Ariete*, con su maldita risa, con su asqueroso rostro sonriente.

Fue la rabia y no su tristeza la que consiguió humedecerle los ojos. ¿Por qué? ¿Qué había ganado él con arrebatárselos?

«Yo iba a ganar ese torneo. Quería que utilizásemos ese oro para viajar, para que viésemos el mundo, todos juntos» Se dio cuenta de que tal vez, si le hubiera hecho caso a su madre, y no participaba del torneo, ella seguiría con vida. O si no se hubiera levantado de aquel golpe en la sien, *el Ariete* se habría ido satisfecho a casa. O tal vez no, quiso pensar, si con ello conseguía liberarse de parte de la culpa.

Un segundo más tarde, su ira se apartó de ella y no dejó atrás nada que no fuese desesperación. Sin importar cuanto se esforzase por recuperar su hogar, no los haría volver a su lado ni un solo día.

— Atenea — advirtió, con espanto, la voz de Connor.

De inmediato se quitó las lágrimas con el dorso de la mano, intentado disimular que se le había metido algo en el ojo. Sorbió por la nariz, y se aclaró la garganta antes de atreverse a hablar y mirarlo de soslayo.

— ¿Qué ocurre?

— ¿Estás bien? — quiso saber, con genuino interés.

— Sí, ¿qué ocurre?

Lo vio allí de pie, en silencio, como sin saber qué hacer.

— Come algo antes de que tengamos que partir. — dijo al final, tendiéndole un saquito de lino.

Atenea lo cogió sin girarse, sin mirarlo a la cara. Aquellos ojos enrojecidos la delatarían.

— Gracias.

— Por cierto — agregó él a último momento, volviendo un paso atrás. —, no te sientas mal. Tuviste años para complacerte de su compañía. Hay personas que no tienen la suerte de… — Y se encogió de hombres — siquiera recordarlos.

— Connor, por favor, no…

Y él la interrumpió con un gesto de mano, para después acercarse y posarle esa misma mano sobre el hombro.

— Todo llega a su final en algún momento. Tarde o temprano. Tan solo valora que lo tuviste por un tiempo. Valora lo que sea que te reste ahora.

Atenea no vio más opción que mirarlo a los ojos y asentir. La había atrapado en un momento de debilidad. No tenía caso ocultarlo más tiempo. Le sonrió a Connor, para que se marchara a gusto y la dejara a solas.

— Eres mi mayor regalo y orgullo — recordó que le había dicho su madre, de improvisto, como una brisa fresca cuando más lo necesitaba. —. Lo más maravilloso que he logrado soñar y que se ha vuelto realidad.

«Estuvo allí aquella noche.», pensó, todavía incrédula, incluso divertida, de no tener a nadie más cerca para consolarla. Su intento de salvador.

Cuando la yegua se acercó a olisquear la comida, logró distraerla con unas cuantas palmaditas al cuello, pero el animal, por algún motivo, se puso juguetón, tratando de mordisquear su mano. Atenea se sorprendió de que la risa le saliera de pronto con tanta naturalidad. Comprendió con agrado que Connor tenía algo que ver en todo ello. De manera que, por una vez se tragó su orgullo y aceptó su gentileza.

Más tarde, se acercó a Connor sin ninguna aprensión, mientras él atendía a su caballo.

— ¿Puedo preguntarte acerca de tus padres? — comenzó, diciéndole con cautela.

Él la miró, confundido. Luego se rio, negando con la cabeza.

— Mejor que no.

— Connor. — La súplica le dejó un regusto amargo.

— Es algo personal.

— ¿Cómo lidiaste con la muerte de tus padres? — insistió, caminando hacia él para evitar que escapara. La cabeza gacha, los brazos cruzados y la voz vacilante.

— No me preguntes eso. — Pero lo dijo con un extraño deje de regocijo, como si no acabara de creérselo.

— Bien, entonces, ¿cómo hiciste para superar la perdida? Sé que eras apenas un niño, pero de todas formas lo sentías.

— Nunca lo hice — aclaró por fin al cabo de un rato, borrando de sus palabras todo rastro de emoción. —. Fue injusto que murieran de esa manera. Fue injusto haberme quedado solo, siendo tan pequeño, pero este mundo suele ser así de injusto.

Tras esto, Connor se quedó en silencio. Atenea arqueó las cejas y se inclinó hacia delante, a la espera a que dijese algo más.

— Atenea. — se quejó él, con una mueca de cansancio.

La mirada se le desvió hacia sus pies por un momento.

— Por favor.

— No siempre es injusto con nosotros — accedió a decir, dejado lo que hacía, para centrarse en ella. —. Cuando Vyler volvió para darme la noticia, junto a él vino alguien: Lady Elizabeth. Ella me salvó de quedarme completamente solo. Fue una madre maravillosa, aunque yo no lo sintiera así en aquellos días. Nunca encajé del todo entre los Maine. Sin embargo, el día en que Grace nació, el día en que Elizabeth me dijo que su hija llevaría el nombre de mi primera madre, me di cuenta de que recuperaría un poco de eso que había perdido — La mirada se le iluminó, como emocionado por una tristeza de antaño —. Puedes lidiar con pérdidas como esa, pero nunca superarlas. Incluso un lobo solitario sabe que algún día necesitará de otros. No se trata de superación, sino de aceptación.

Atenea sonrió al verlo así de conmovido.

— Esperaba otra cosa. Espera algo más sencillo. Alguna filosofía exotérica sacada de uno de tus libros.

— La otra opción es confinarte hasta que pase lo peor — Se encogió de hombros. —. No vas a vivir lo suficiente encerrado en una habitación, pero puedes sobrevivir encerrándote aquí en el bosque de vez en cuando.

— ¿Y tú sigues encerrándote aquí? — tuvo que preguntar, mordaz, mordiéndose un labio para aguantar la risa. — ¿Después de tantos años?

Connor se le quedó mirando durante un rato, y luego pareció desechar la idea.

— No es así de sencillo contártelo… Pero tranquilízate, no vas a acabar así de mal como yo: Amargado e intratable — agregó luego, con media sonrisa.

— Dios, ojalá que no — le hizo saber alegremente. La mano de Atenea buscó su hombro en gesto de gratitud. —. Gracias, por… intentarlo.

— Oye, no he terminado — confesó, cogiéndola de la muñeca, cuando ya se iba. —. Sé que al principio lo parece, pero no estás sola. Todo el mundo pasará por esto. Al menos una vez. Tu…, yo, todo el mundo. Es una mierda, pero es inevitable. Es natural. Ha ocurrido desde siempre y continuará ocurriendo hasta el fin de los días. Eso me ha ayudado. No estás sola. Todavía no. Allá en la ciudad hay dos personas que se preguntan dónde estás.

Resolvió cruzarse de brazos una vez más, como un medio para que dejara de sujetarla. Ahora parecía ser él quien no quería dejarla escapar.

— Debería ir tras ellos. Pero la ciudad es enorme. Iría a sus casas… Sé que no estarán allí. No sabría que hacer a continuación.

— Confía en mi plan.

— No sé si confiar en tu plan. Pero al menos puedo confiar en ti — Y desvió la vista hacia sus pies por un momento. —. Solo un poco. Supongo que sería peor no tener nada.

Connor se acercó a ella, como pudiendo oler el rastro de tristeza detrás de sus palabras.

— Atenea, hicimos todo lo que pudimos para salvarlos. Lo diste todo. No te culpes.

— Te equivocas, pude haber sido mejor. Pero la siguiente vez…No voy a fallar en salvar lo que me queda.

Se encontraban tan adentrados en las entrañas del bosque, que ninguno de los dos se molestaba en montar guardia por las noches. Si estaba en lo seguro, eran los únicos en kilómetros a la redonda. Pero la visita de cualquier otro humano no era lo que Atenea tenía en mente, cuando se iba a dormir a la intemperie, entre sueños inquietos.

En cierta ocasión, encontró huellas recientes de osos grabadas en un barrizal. Y poco después tuvo que irse a dormir con la inquietante canción de cuna de una jauría de lobos en las altas colinas a los flancos de la luna. Con lo receloso que Connor podía llegar a ser, le sorprendía que no hiciese más que meditar. Y últimamente lo había estado haciendo en demasía. Cada vez que descansaban de una larga cabalgata, e incluso después de la cena, dedicaba bastante tiempo a sentarse con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, y limitarse a solo respirar. Resultaba algo extraño de ver, sí, pero Atenea tenía la vaga idea que aquello era una técnica de relajación común en algunas regiones del Continente del Alba.

Y no era para menos, los dos no habían dejado de estar bajo un estrés constante.

El suelo bajo sus pies era una alfombra de hojas muertas, negras bajo el amparo de la noche. Al cabo de un sinnúmero de pisadas que crujían, el cielo hacia el este se hizo de un intenso arrebol. Los colores del otoño regresaban al mundo con la aurora del amanecer. Llevaba la espada envainada a la cintura, y en las manos una modesta lanza con punta de madera de reciente fabricación. Estaba hastiada de comer de los árboles y arbustos. Tenía hambre de algo que no fuesen frutillas, avena o el extracto de flor de ámbar de gusto agrio. El pescado de hacía dos días había sido la última comida decente y antes de ello había habido poco más que nueces.

El muy obstinado de Connor se hacía el tonto y bonachón cuando quería. El día anterior, una liebre de buen tamaño se apareció junto a la fogata. Connor la atrapó antes de que Atenea supiese cómo. Y en lugar de pasarle el cuchillo rápidamente, posó al animal sobre el suelo y se dedicó a curarle la herida que tenía en una oreja.

— Ya estás. Vete — le dijo con suavidad, pinchándolo con un dedo, para que la liebre se despertara y se pusiera sobre las cuatro patas. —. Vete ya. — Insistió, pronto. Y le dio un empujoncito en un costado, con lo cual el animal rodó una vez antes de ponerse derecho y alejarse dando brincos.

— ¿Qué hiciste? — espetó Atenea, alzándose de golpe. Hasta entonces había creído que el animal estaba dormido o noqueado. — Pudo haber sido nuestra cena.

— No cazaremos a ningún animal. — le había dejado en claro en su momento.

— Necesitamos comida — dijo, más desilusionada. —. Comida de verdad. Algo que nos de energía. Algo más que granos, hongos y frutos.

— Para eso tenemos la flor de ámbar. Además, he vivido durante meses comiendo solo eso. Vas a estar bien.

— Con ello no basta.

— Mientras haya opción, no mataré a ningún animal.

Y Atenea no volvió a dedicarle una palabra hasta que la cena estuvo servida. La insulsa y frugal cena.

— ¿Por cuánto tiempo has sido jinete de exploración?

— Seis años. La mitad del tiempo lo he pasado en estos bosques.

— Nunca creí que diría esto, pero extraño la taberna. Al menos allí teníamos comida. Comida de verdad.

— ¿Cuánto tiempo has sido moza de taberna? — preguntó, pareciendo interesado.

— Doce años sirviendo. Y al menos once de odiándolo — El trago amargo la hizo suspirar. —. Ahora solo me gustaría volver a esos días.

Con tantos años como jinete de exploración, se le daba muy bien sobrevivir en tierras agrestes. Conocía casi todo lo que se podía conocer al respecto. Grosellas, pasas, guindas, higos, nectarinas… Encontraba comida o agua hasta debajo de las rocas, pero aquello no era algo a lo que Atenea estuviese acostumbrada. En lugar de bayas, nueces y hojas dulzonas, no había nada como una jugosa carne de conejo asada; o más pescado, si se veía en apuros. Si el ataque a la Capital hubiese ocurrido un día después, Connor se habría guarnecido bien con los suministros de su división y ella no habría tenido que estar cazando a hurtadillas en aquel paraje de aspecto virgen.

Para sus estándares, era pésima para cazar, y pésima aún más con la lanza. Más tarde se descubrió pensando en lo bien que lo hubiese venido tener a Ross como compañero en su travesía. Quizás pecara de ser un poco tardo y casi todo lo que hiciese le salía mal, pero era muy bueno con la lanza, además de un amigo fiel como ningún otro.

No le costó mucho trabajo darse cuenta de que sus esfuerzos serían en vano. La cacería iba de mal en peor. Desde la salida del sol, había divisado a unos cuantos arbustos revolverse y el murmullo de unas patitas rápidas sobre el suelo. Mas cuando intentaba acercarse, lo que sea que hubiese estado escondiéndose se ponía en fuga en un santiamén. Solo había tenido una ocasión en la que arrojar la lanza para hacer de blanco a una ardilla, pero había fallado por poco. El arco de Connor, sin duda, le habría sido mucho más útil, y se sentiría más segura con él. Aquellos bosques también eran habitados por ciervos y jabalís, estaba segura, había visto a más de uno recorrer los senderos cuando montaban a caballo.

Atravesó el mismo tramo unas tres veces, rodeando colinas escarpadas sin aventurarse a ir más lejos. Siempre andando sobre el perímetro para no perderse. Se deshacía del musgo de las rocas para marcar el trayecto por el que ya había pisado. Cuando subió por una cuesta y se encontró en un pequeño claro dominado por un único roble de gruesas raíces, la frustración de no hallar presa ya comenzaba a aflorar. Eran vistas resplandecientes, de colores vivos, y la luz dorada del sol solamente lo embellecía aún más. Sin embargo, había algo en el ambiente que le puso los pelos de punta al notarlo. Prestos al pie del árbol yacían amontonadas un cúmulo de ramitas que no daban señales de haber caído allí por casualidad.

« Habrá sido Connor — quiso pensar. Él mismo le había asegurado que eran los únicos allí. —. ¿Para qué hacerlo? Partiremos en nada. »

— ¡Bressler! — llamó.

Pero el susurro del viento otoñal respondió por él. En el aquel punto, Atenea se encontraba a menos de doscientos pasos del campamento, de manera que debió haberla

escuchado. Aguardó a oír su voz un instante, antes de bajar por la cuesta usando la lanza como punto de apoyo para no resbalar. Mientras lo hacía, sus pies liberaron un derrumbe de hojas marchitas que descendieron junto a ella hasta el final de la ladera. Cuando se acercó a echar un vistazo, se percató del cordón de ropa que las envolvía a todas, y creaba con ello, un fardo de ramas que hasta un niño podría cargar. Se inclinó para tantear la carga y, ya de paso, llevársela consigo. Otro grupo de ramas comenzaba a alzarse junto al primero; más pequeño y sin enlazar.

— ¿Para qué serán? — inquirió. Para entonces ya estaba harta del aro de misterio que siempre parecía envolver a su nuevo compañero. —. ¿Una próxima fogata? Qué pérdida de tiempo.

El aire de la mañana era fresco, pero de repente se tornó más húmedo y floral sin necesidad de un soplo de viento. Hasta sus oídos llegó el ruido de hojas quebrándose bajo pisadas ajenas, seguida de una silueta que se mantuvo estática, cuando la percibió con el rabillo del ojo. Y mientras en su cabeza formulaba ya la pregunta, volteó a ver a Connor. Sin embargo, nunca llegó a saber que tan gustoso habría sido encontrarse con sus ojos pardos. En su lugar, se topó con aquellas enormes cuencas negras como el pedernal e irises de jade, que se quedaron abiertas como platos durante todo el rato que reparó en ellas. Atenea se quedó sin respiración, al tiempo que un escalofrío le recorría la espalda. Fue su instinto, y no su voz, el que habló por ella al desnudar la hoja de su espada. Y durante un momento que pareció eternizarse, no atendió a nada más que aquella mirada indescifrable que parecía escudriñar lo más profundo de su alma.

— No — le escuchó decir quedamente a lo que fuera aquello. —. No. No.

De inmediato, la criatura se sobresaltó, dejando caer la brazada de ramas que llevaba. Lucía como un animal, en parte sí y en parte no. Su piel era de un azul grisáceo; pulida como el cristal. Sin más vello que la espesa melena oscura terminada en color arena, y sobre su cabeza, un par de pequeños cuernos que caían hacia atrás. Llevaba un vestidillo de hojas variopintas que le llegaba hasta las rodillas.

Los nudillos de Atenea se tensaron en torno a la empuñadura. En la diestra mostraba el acero y en la izquierda se protegía con la lanza. Flexionó las piernas, lista para recibir una embestida que jamás llegó. Si la visión de aquel extraño ser causaba en ella más impacto que la aprensión, no tenía forma de saberlo. Era uno de esos instantes, cuando esgrimía un arma para defenderse, donde se sentía osada, su mente se nublaba y sus instintos tomaban el control. Plantó cara. Se precipitó hacia delante, y la criatura retrocedió con una expresión de temor desesperado.

— Humano — gimió casi como una plegaria. Sus rasgos eran ambiguos, aunque no habría sabido decir lo que era. —. No. Por favor. — Abrió la boca como queriendo gritar, pero de ella no salió sonido alguno. Retrocedió un paso, y luego otro, al borde de las lágrimas, hasta tropezar con una de las raíces sobresalientes del enorme árbol. Cayó de espaldas, y solo se escuchó el golpe de su cráneo contra el suelo, seguido de un chillido como el de un animal herido: agudo, sostenido y desalentador.

— ¿¡Qué eres!? — gritó Atenea, con una pasividad más bien inexistente. Se acercó un trecho sin dejar de lado sus armas. — ¡Dilo! ¡Dime qué eres!

Pero no hubo precepto que despojara a la criatura de su dolor… Y de su llanto. Un segundo después de que empezara a reflexionar acerca del animal del que pudiera tratarse, se escuchó un rumor entre los arbustos altos de alrededor. Algo se acercaba a grandísima velocidad. Vio a la maleza sacudirse con violencia y a una sombra saltar súbitamente como solo lo haría un lobo entre las gallinas. Atenea pestañeó, y lo siguiente que advirtió fue a una manaza estamparse contra la cruz de su espada, maltratando su muñeca en el intento de separarla del arma. Pero Atenea fue ágil, y se alejó saltando y rodando por el suelo antes de recibir el segundo, tercer y cuarto manotazo. Cuando se levantó del suelo, casi con la urgencia de hacer una voltereta, se percató de que había perdido la lanza. Alzó la vista y el segundo de ellos se presentó, más alto y de piernas largas y esbeltas. Y al igual el anterior, mostraba una complexión humana, con rasgos delicados y nervudos a la vez.

— ¡Humano! — Los colmillos felinos aparecieron un instante después de sus demás dientes. La masa de cabello agitado le ocultaba parte del rostro, pero no sus ojos de furia de un verde ensombrecido. — ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

« ¿Me habré quedado dormida? — El sobresalto le dio la bienvenida al primer pensamiento y emoción. — Esto lo deberé estar soñando ». Pero no había imaginación que concibiera tales vistas.

El más grande de ellos, pasó de encorvarse como un gato a estar erguido. Pese a la distancia, era casi seguro que medía un palmo más que Atenea. Bufaba, desvistiendo su hilera de dientes y engarfiaba las manos como si de garras se tratase. Parecía ser de la misma especie que el primero, que todavía lloraba, solo que más grande y feroz. La criatura y Atenea intercambiaron más de una mirada, cada una tan devastadora como la anterior, luego aquello fijó la vista en el arma que yacía en el suelo. Y de inmediato, supo lo que ocurriría sin usar palabras. Se hizo realidad. De un par de zancadas aquel ente alcanzó la lanza y la esgrimió mucho antes de que Atenea pudiera llegar a ella. Entonces, se vio en la necesidad de retroceder.

— ¡La atacaste! — le espetó tomando el palo con ambas manos azul grisáceo.

El pensamiento de cómo era posible que pudiera hablar su idioma pasó fugaz por su cabeza. Cuando la amenaza dio un paso al frente, ella dio dos, y en menos de lo que hubiese creído ya se enzarzaban en combate. Su rival blandía el arma con torpeza y lentitud, pero el alcance que tenía con sus largos brazos era superior, de modo que Atenea se movía cautelosamente.

Aunque de forma más fiera, aquello gruñía al igual que ella con cada estocada que intentaba acertar. Y por momentos, Atenea perdía la partida, viéndose obligada a esquivar o bloquear con habilidad, pero pronto todo dio un vuelco cuando de un único tajo, la lanza de madera se quebró con un chasquido y desató una lluvia de astillas que hizo encoger a ambos contrincantes. Cuando Atenea hubo devuelto la vista, después de protegerse con el antebrazo, la criatura se encontraba con un pequeño fragmento de lanza en cada mano y una expresión de desmayo en su incierto semblante.

Un grito desesperado rasgó el aire y una distinta voz se le sumó.

Atenea blandió su filo, soltando un bramido de cólera, y la hoja resplandeció en las alturas. Se impulsó para darle fin a todo y… Sin un ápice de ligereza, un tercero se le abalanzó encima. El porrazo fue repentino, doloroso y desequilibrante, tanto que la postró al suelo a un metro de distancia más allá, y la hizo caer de bruces. ¿O había sido de espaldas? No lo sabía a ciencia cierta; se encontraba desorientada. Sin reparar en el peso que yacía sobre ella, se revolvió bruscamente para levantarse. Pero todo fue en balde. Y más que alegrase, la sangre se le heló a notar la respiración acelerada de Connor tan cerca de su rostro. Su mirada estaba teñida de pura desesperación. No le dio tiempo a hablar, escupir o sonrojarse. Él se alzó, recogiendo la espada, y se giró hacia la criatura.

Lo siguiente que sus ojos vieron ocurrió en cámara ridículamente lenta. Connor Bressler empuñó el arma a modo de mandoble, mientras aquello aún voceaba y preparaba un ataque con los puños. Extravió la palabra, esperando la sangre y el lamento de la bestia. Sin embargo, Connor en un instante, hincó la rodilla, hundió la hoja en la tierra y prestó su rendición. Y lo que sea que fuese con lo que estuviesen luchando, detuvo la ofensiva a medio camino. El silencio se hizo con las riendas del enfrentamiento. Entretanto ninguno de los tres se movió un centímetro. Su compañero jadeaba y conservaba los ojos cerrados, casi como si estuviese orando. La criatura sostuvo la mano en el aire, petrificada como una estatua anormal.

Y en cuanto a Atenea, no podía siquiera imaginar qué estaba sucediendo.

Al cabo de no supo cuánto, Connor la volteó a ver con un rostro congestionado entre el desdén y el desconcierto. Los colmillos que sobresalían de la boca de su enemigo se retrajeron, y dieron paso a un rostro más semejante a una persona de lo que antes había sido. Bajó la guardia, y comenzó a recular sin desviar la atención de ellos.

— ¿Qué intentabas hacer? — preguntó Connor remarcando cada palabra con aspereza gélida.

— Yo estaba… — « Intentando cazar ». — ¿Qué está sucediendo?

Connor se enderezó, ahogado entre suspiros, y arrojó la espada a un lado, muy lejos.

— Quisiera también saberlo.

Nada pareció tener pies ni cabeza durante los momentos que vinieron después. Tendida sobre la hierba, observó como… Ni siquiera tenía idea de por dónde comenzar para darles un nombre. Nunca había concebido tales particularidades en un ser vivo. Sí, había oído historias como todo mundo sobre animales extraordinarios, fantásticos, pero no había visto nada que se le pareciera. Aquello tenía escote como los de una mujer, más que ella incluso, brazos casi tan robustos como los de un leñador y piel tan tersa a la vista como la de un bebé.

Comparaciones era todo lo que tenía para definirlos.

Observó como aquello se arrodilló ante el más pequeño, el primero que la había asustado, y lo rodeaba con los brazos, contemplándolo con devoción, al tiempo que lo mecía. Mas cuando volteó a ver a Atenea, le lanzó una mirada de resentimiento inefable… Sus ojos eran unas cuencas que bebían de la belleza y el espanto.

— Ella la hirió, Dádiva — espetó. —. Tú amiga hirió a mi hija.

« ¿Hija? »

Connor también se tomó su tiempo para digerir el hecho de que Aquello hablaba la misma lengua que ambos, y además de forma muy bien lograda.

— ¿Eso hiciste?

— No… Yo no… — Casi parecía que le hubiesen robado el habla. —. No lo hice.

— ¡Lo hiciste! — Aquello no la volteó a ver una segunda vez. En seguida, le susurró unas extrañas palabras a su hija que no llegó a entender.

A causa de la caída, los rizos de Atenea se habían vuelto casi una maraña dorada nívea revuelta con hojas. Mientras intentaba arreglárselos con apuro, Connor la cogió del brazo, y la levantó del suelo. Sus miradas se cruzaron con el mismo gesto de ansiedad cincelado.

— ¿Estás bien? — le preguntó.

Ella solo asintió con la boca abierta.

— ¿Qué hacías aquí? — siguió. La voz fue apenas un murmullo.

— Buscaba comida. Estaba cazando, cuando me encontré con eso.

De vez en vez, ambos habían estado volteando a ver que sucedía a píe del gran árbol, por suspicacia o simple desconcierto. Las circunstancias no habían cambiado de sobremanera.

— ¿Cazando? — Connor se estremeció. La cogió por el brazo casi como si la estuviese reprendiendo, cosa que no le hizo gracia. — ¿Intentaste darle caza?

Atenea se sacudió la sujeción con un manotazo.

— ¡No! No hice nada más que desenvainar la espada, cuando… Cuando eso cayó al suelo por miedo y comenzó a gritar.

— Ella — corrigió Aquello. —. Es «Ella». No «Eso».

Connor se acercó a paso lánguido al árbol. A Atenea no le quedó más remedio que seguirlo, aunque se tomó su tiempo.

— ¿Y ella tiene algún nombre?

— Lo tiene. Pero no creo que puedas pronunciarlo, Dádiva.

Poco hizo falta para descubrir que en cada ocasión en la que miraba a Connor, se refería a él como «Dádiva». Cuando echaba un ligero vistazo hacia ella, solo había un silencioso odio.

— Ya no se acerquen. — siguió.

— Solo quiero ayudarla. — anunció Connor al hincar una rodilla para ver a Ella más de cerca.

En cambio, Atenea se detuvo allí donde se encontraba. Hizo oídos sordos y se concentró de nuevo en la apariencia de aquellos seres. La pequeña tenía copiosas lágrimas que aún chorreaban de sus ojos de jade y ónice. Tanto Ella como Aquello no llevaban calzado alguno, y en sus pies y manos azul gris se mostraban uñas de tono violáceo. También observó que parecían llevar tatuajes más claros que se confundían un poco con su piel en torno al cuello, hombros y sienes.

— Eres su madre, ¿verdad?

— Sí.

En pocos momentos, Ella se recuperó del golpe, y confirmó tímidamente la versión que Atenea había dado sobre lo ocurrido. La caída no había provocado más que un cruel moretón en la parte trasera de su cabeza. Los sollozos cesaron al tiempo, pero no quiso volver a mirar a Atenea al rostro. Cuando se apoyó en su madre para erguirse, descubrieron que la pequeña en realidad le llegaba a la altura del pecho a Aquello, de manera que era casi tan alta como Connor o Atenea.

— Mi pequeña solo tiene ocho años — apuntó la madre, que se le notó un tanto más amable habiendo pasado el susto. —. Vivimos tanto como vosotros, Humanos. Pero crecemos más rápido.

— ¿Qué son exactamente? — se interesó Connor. —. Lo lamento, pero dudo que haya otra forma de decirlo.

— Lo mejor será que nos vayamos. — le cogió la mano a su hija, y tiró de ella.

« Sigue tensa, aún después de que todo se haya puesto en paz. »

— Esperen — se descubrió diciendo. —. ¿No creen que hay cosas por aclarar aún?

— Hay mucho que decir, pero poco que podemos — le mantuvo a Connor unos ojos de interés. Hizo ademán de un gesto de reverencia a medias. —. Gracias por lo que has hecho, Dádiva. Mucho me temo que la situación se habría complicado, si no hubieras estado aquí. Y lamento no poder decir nada más, pero esto ha sido un error.

« De nuevo esa palabra. ¿Qué significa? ». Lo cierto era que a él le prestaba mucha más atención cuando Atenea era de quién se había resentido y amenazado desde un principio. De un instante a otro, las circunstancias se habían visto más suavizadas, como si Atenea se hubiera perdido buena parte de la conversación.

Connor pareció hacer un esfuerzo desmesurado para morderse la lengua y ahogar otra pregunta.

— No darán nombres ni nada más. Entiendo, quieren permanecer al margen — Suspiró. —. Esto jamás ha ocurrido. Y jamás se hablará de esto con nadie.

Una vez dicho todo, la madre se despidió con presteza, mientras apremiaba a su no tan pequeño retoño y se hacía con el bulto de ramas al hombro.

— Nuestro próximo hogar está muy lejos y hay mucho por recorrer. Lamento lo ocurrido, Hu…

— Atenea — se apresuró a corregir. —. Mi nombre es Atenea.

— Lamentó lo ocurrido, Atenea.

Para entonces la culpa la carcomía viva, así que dio un paso al frente, bajando la mirada por un momento. Se sonrió con ironía.

— Esto no tiene sentido alguno, pero… Entiendo lo que es tener a una madre protectora. — Observó a la pequeña hasta que ella le devolvió la mirada. —. Yo la tuve y la perdí. Y hoy casi hago que pierdas a la tuya. Si te hiciste daño, fue mi error; no debí haberte asustado. Lo siento. ¿Entiendes una palabra de lo que digo?

Antes, los ojos de la pequeña habían brillado con miedo desalentador.

Ahora, las lágrimas de su exótica y lustrosa mirada surgieron, gracias a una emoción muy distinta. Ella asintió con una ligera sonrisa, y sin más, se arrojó hacia Atenea para abrazarla.

« ¿Qué está ocurriendo? », pensó al recibirla. El cariño repentino fue más de lo que esperaba, y la rareza del momento encontró el camino para grabarse en su rostro en forma de una sonrisa dentada.

Cinco minutos atrás, había vacilado con la idea de atravesarla o no con su lanza, pero en aquel instante casi se alegraba de apreciar el olor a flores de su cabello, como si fuera la hermanita con cuernos que jamás hubo tenido, por extraño que le pareciese. Por lo que veía en sus rostros, Connor y Aquello estaban igual de sorprendidos de que el abrazo hubiese sido correspondido.

Un rato más tarde, la pequeña se despegó de su cuerpo, y la cogió de las manos para hacer de ellas un cuenco.

— ¿Y ahora qué haces?

— Yo también lo lamento — dejó saber con un tono no tan bien logrado. Colocó sus manos por encima de las suyas. —. Te asusté, y por eso sacaste tu espalda.

— Tu espada. — corrigió la madre, cuya voz también se había dulcificado.

— Espada. — Se rio.

Aún con su chocante apariencia, diabólica incluso para algunos creyentes, daba la impresión de que era tan inocente y buena como cualquier niña normal. Apenada se sintió, pues casi toda persona a la que Atenea conocía se habría dado el gusto de arrojar a aquellos dos seres a la hoguera y recitar alguna plegaria en nombre del Señor. Su propia madre y padre, temía pensar. ¿Pero Ross y Moira también lo harían?

Un ligero hormigueó le besó las palmas. Estuvo prestas a retirarlas, pero resolvió no hacerlo. Y al final, un peso surgió y descansó sobre ellas con una tibieza alentadora. Cuando descubrió lo que tenía entre manos, se inmutó de puro asombro. De la nada había emergido una piedrecita cristalina tres veces más grande que su pulgar: un crisoberilo que relucía al sol con un aura de cien colores. Y en su centro, cuando se la miraba muy de cerca, parecía albergar sus propias estrellas.

— Es un regalo. Dará suerte.

Cuando madre e hija volvieron la vista atrás una última vez antes de perderse en la arbolada, Atenea encontró en su espíritu una sensación de serenidad como no había sentido en días. Atesoraría el regalo entre sus pertenencias, aun sabiendo que había sido producto de la magia de un ser al que no conocía, y que probablemente jamás vería otra vez. Sonrió con la impresión irreal propia de un sueño, como si no acabara de creérselo. Y ya que se encontraba de humor, le propinó un empujoncito con el codo a Connor.

— ¿Qué? ¿No dirás nada?

Connor miraba hacia el horizonte de árboles, con rostro semiceñudo. Ya había estado lo suficiente junto a él como para saber que era el aspecto que tenía cuando cavilaba. Porque lo hacía todo el tiempo.

— Conozco estos bosques. Sé de todas las especies de gran tamaño que viven aquí… Solo puede haber una razón para no saber lo que son, o porque no quisieron decirlo. Esas criaturas se suponían extintas.

— Y ahora viven queriendo que eso pensemos. — « Pero hay más; ¿Cómo es que saben nuestra lengua? ».

Varias horas más tarde, respiró angustiada del aire del crepúsculo, como si el resto de su día se hubiese reducido a vagos pensamientos de lo que podría estar ocurriendo en la ciudad, mientras cabalgaban entre un mar de árboles que parecía no tener fin. Era incapaz de centrar sus ideas en el objetivo. Tan profundo se tornó su quebradero de cabeza, que no volvió a saber de Connor, pese a que lo había estado siguiendo desde la mañana, hasta que él alzo la voz en primer lugar.

— Me disculpo por lo que hice una vez más.

Lo observó con extrañeza, sin saber a qué se refería. Y de inmediato, se percató de que ella se estaba frotando la parte interna de las muñecas, allí donde las sogas le habían provocado una dolorosa irritación. Aceptó las disculpas con un gesto de asentimiento que Connor no llegó a ver, pues se giró al momento.

El terreno que pisaban los caballos se había vuelto pedregoso y apretado, de manera que no hacían menos que trotar. Connor, a lomos de *Wyke*, se detuvo poco a poco y comenzó a andar en círculos cerrados, alerta a su entorno. Atenea, supuso lo peor, así que dio media vuelta a su yegua, y se llevó la mano al pomo de la espada.

— ¿Viste algo?

Hizo ademán de frotarse la barba incipiente que llevaba. Se lamentó de pronto, dejando saber que algo dentro de él dolía, y suspiró.

— Sígueme.

Y eso hizo, aunque a regañadientes, como con cada orden. Se vieron cabalgando entre los matorrales y sus asperezas. Su yegua resopló de melindrosa, como tenía por costumbre, pero la guio hasta donde Connor había descabalgado. Y tan pronto como se acercó al lugar, un berrido lastimero llamó su atención; era un sonido leve y agonizante. Supo que era una cría de ciervo en cuanto lo vio. El pobre animal se arrastraba débil y luchaba por ponerse sobre las cuatro patas, pero dos de ella, las traseras, no le obedecían. Atenea observó que sus astas recién salían de su cabeza, comenzaba a ser un adulto. Pero por desgracia no llegaría a conseguirlo. Sus negros ojos estaban bañados en dolor, y los pardos de Connor en un sentimiento similar.

— No vivirá mucho. — apuntó él.

Cuánta razón tenía. El animalito conservaba a duras penas la piel de ambas patas y en ellas se percibía una podredumbre oscura trepar. La herida se le había infectado, de manera que debía llevar así un par de días.

— Fue un oso, un lobo — especuló Atenea cuando desmontó. —. O quizás se cayó de un lugar alto. — Advirtió también que los huesillos se le veían entre la carne.

— ¿Qué importancia tiene ahora?

« Le duele — supo al instante acerca de Connor. —. Le duele mucho, más de lo que demuestra. Y demuestra demasiado. » Mentiría ella si dijera que no se le hacía un nudo en el corazón al ver el sufrimiento del animal.

— Ninguna, supongo.

Connor hincó una rodilla en el suelo, y el ciervo gimiendo intentó acercársele como pudo, pero lo alzó en brazos antes de que pudiera arrastrar de nuevo las patitas. Se sentó allí mismo, y lo depositó en su regazo muy cuidadosamente, como una madre lo haría con su bebé. El ciervo no paró de chillar hasta que Connor le tapó los ojos con una mano, se concentró en esa zona, y entonces el animal guardó un silencio indoloro. Tras esto, intentó consolarlo con voz suave.

— Pobre, ¿cuánto tiempo llevarás así? Sufriendo… Te han dejado solo y tú sigues como puedes. — Discreto, se hizo con uno de sus cuchillos y lo acercó al animal. — Eres un luchador, pero ya has tenido suficiente de este mundo.

— Deja al menos que le dé un último sorbo de agua — pidió Atenea. Cuando él lo consintió, se apresuró para hacerse con el pellejo. Durante sus últimos momentos, el ciervo lengüeteó sus manos alegremente en busca de más. Lucía como si ya no sintiera nada más que dicha. « "Mientras haya opción, no mataré a un animal de estos bosques" —, rememoró en el instante en que Connor le cortó el cuello. Él se mantuvo en silencio con la vista baja, mientras Atenea lo observaba absorta a un palmo de distancia. —. Su corazón es noble, ahora lo sé » Creyó ver en su mirada asomarse un indicio vidrioso de tristeza.

— Felicidades, Atenea — Mas su tono resentido de voz decía todo lo contrario. Hizo una mueca agraviada. —. Al final del día, conseguiste lo que querías. Conseguiste tu cena.

Juntos habían sentido lastima por el desdichado ciervo, pero necesitaban comida más que cualquier otra cosa. Atenea se había visto tan sumida en sus pensamientos, que poco lugar había dejado para el hambre que hasta entonces sentía. Sin embargo, no disfrutó tanto de la carne como hubiese pensado al inicio del día. Y ni hablar de Connor, quién comió con disgusto, aunque sin ninguna palabra al respecto, mientras no paraba de observar al fuego con ojos inquietos.

Cuando los aullidos se escucharon nuevamente al salir la luna, dejaron lo que quedaba para los lobos, y cabalgaron hasta encontrarse lejos del lugar.

A media noche, o puede que antes, Connor la despertó de sus breves sueños y la apremió para que se levantara con voz en alza.

— ¡Apresúrate, tienes que ver esto! — exclamó a la distancia.

« ¿Qué sucede ahora? », habría preguntado si no hubiese notado primero que el mundo estaba sumergido en una penumbra más intensa de lo que debería. Un manto escarlata ennegrecido cubría todo el bosque, que había cobrado vida con el rumor de los animales. El aullido de los lobos era diferente, melancólico incluso, y lo dominaba todo. Cuando salió de la cobertura, la vio suspendida en el firmamento como un gigantesco charco de sangre sobre un campo de sable: regia, impecable y atroz.

— Un eclipse. — La jauría ahogó sus palabras. Aunque hermoso a su macabra manera, ello no era lo que más le sorprendía.

Cuando Connor Bressler la volteó a ver, inmóvil sobre una cumbre rocosa, la luna de sangre se situaba justo sobre su cabeza. Y a cuentagotas, todo comenzó a tener sentido a base de un vago presentimiento… Las cosas que él había hecho, cómo había luchado en sintonía junto una piara de caballos en la Capital, cómo había puesto en paz a aquel extraño ser sin decir palabra y cómo era que se veía tan confiado con poder lograr su cometido.

— Hay algo de lobo en él, algo de lobo solitario. Puede que tenga buen corazón, pero es… es un brujo. — Se llevó una mano al bolsillo, y sostuvo el crisoberilo. Y del mismo modo en el que no se podía acusar a un asesino teniendo las manos manchadas, Atenea no podía culparlo de su naturaleza teniendo ella magia entre sus dedos.

# La Capital de los Infiernos

— Admirable, mirífico, sorprendente por decir lo menos — dijo la duodécima Sombra. —, observar como la discordia entre dos pueblos tan distintos siembra la semilla del caos, para el deleite de unos pocos.

— Ahh no, pero si no son tan distintos — rebatió la sexagésima primera Sombra. —. No hay que raspar demasiado la superficie para encontrarse con la verdad oculta tras una piel curtida y acostumbrada a los golpes. En el fondo son lo mismo: temerosos, endebles, simples.

Según se contaba, los druidas de antaño habían dado origen a una doctrina basada en la inmortalidad. Para todo aquel que se llamase celta, la vida no era más que un tramo de una larga travesía donde el alma se viera encerrada en una prisión a la que denominan carne, sangre y hueso. El Inframundo era el destino último de cada hombre, de cada mujer, de cada animal por más despreciable que este fuese. Sin embargo, el mundo de los muertos era apenas un instante que se repetiría en un ciclo de eternidad. Algún día estos volverían a la vida, renaciendo en un cuerpo nuevo, tal vez en jabalí, en halcón, en lobo, en un humano otra vez, si había suerte, o sencillamente en una hormiga. Algún día regresarían al Caldero de la Muerte y sus almas se fraguarían con la Llama Eterna.

Su Cosmos se dividía en el espacio creado para los mortales, el pensado para los héroes y el guarnecido solo para los dioses.

Una trinidad no tan dispar les aguardaba a los cristianos, o aquello imaginaban. Cielo, Tierra e Infierno, era bien sabido por todos qué eran. Pero a diferencia del Inframundo celta, el fuego perenne del Infierno había nacido para castigar a los condenados, para atormentarlos con dolor desesperante hasta el fin de los tiempos, y no para forjar una nueva vida.

La voz de una extranjera grabada a fuego en el recuerdo hacía mirar al cielo al alto mando de la Horda de las Bestias con rasgos de estupor inmutable. A una hora de haber caído el sol, la enorme luna surgía entre las estrellas manchada como una sombra castaño-rojiza; similar al cabello de la mujer que aquella noche se convertiría en la Maestro de Hechiceros.

— ¿Quién es la loca ahora? — les arrojo Mary a unos pocos. — Cuando la luna se torne carmesí, como un único ojo entre las estrellas, observará como el agua de los ríos será sangre corriendo por todo el reino hasta sus océanos, mientras en la tierra, los gritos se volverán canción.

La segunda profecía de Jensen se hallaba a tiro de flecha.

— Mira eso — Iloura no bajaba la vista del cielo, donde nubes hacían espacio para la Luna de Sangre. —. La extranjera tuvo razón.

— Llegó una noche y acertó a la primera. Ya ha hecho más que los druidas en una década. — agregó Kairo.

Rhiannon bajó la mirada del cielo para dirigirla con discreción hacia Mary, quien le daba la espalda desde el otro lado de la plaza.

— Jensen tenía razón, aunque fuera una sucia Dádiva como ella. Pero esa no puede ser la razón de que acertase, ¿o sí?

Si la primera estaba relacionada a la Luna, era natural que la segunda al Sol. Y la tercera profecía a la Tierra. O al menos eso especulaban los druidas que tan entusiastas eran en el intento de presagiar el futuro.

— Cuando tengáis que dividiros — recitó Mary en voz alta —, el Destino os sonreirá con una lluvia como ninguna otra, una abrasadora, de fuego que barrera con todos vuestros miedos de desgracias.

— La Bestia estará hecha de fuego. Por tanto, también nuestro futuro Demogorgón — le aseguró Kurt a uno de sus amigos. —. A eso se refiere con barrer nuestros miedos de desgracias.

Ramskull hizo una mueca de reproche al escuchar a este último.

— La lluvia es el amanecer celta. Unas llamas del Beltaine más grandes que nunca. — Para cuando llegara la primavera, habrían ganado. Y tendrían que dividirse para gobernar el reino. Solo debían rogar a los dioses y ellos brindarían su ayuda.

Se encontraban finalmente en noviembre primero, día del Samhain.

Ramskull se quitó el yelmo y se lo presionó junto al pecho con una gran sonrisa.

Habían retomado la tradición. Eran fiestas que desde hacía siglos no podían celebrarse, solo hablar de ellas, ya que estaban obligados a yacer ocultos entre cuevas y bosques. El Samhain era en esencia una fiesta para los muertos, donde se honraban a los antepasados guardándoles un lugar en la mesa. Se encendían hogueras que ayudasen a frenar la decadencia y la oscuridad, y se sacrificaba al ganado, para solicitar la protección de los dioses. El Samhain marcaba el comienzo del invierno y al mismo tiempo el período de apertura donde la frontera entre los mundos se diluía, permitiendo que los *Aes Sidhe* pudieran entrar con mayor facilidad en el mundo de los mortales.

Desde el adarve del Baluarte del Rey hasta el techo de la Antecámara a la Sala del Trono pendían en el aire devotos irreconocibles con sus tripas envueltas en torno al cuello; sus cuerpos yacían bien adentrados en la podredumbre. En las plazas principales los ciudadanos eran flagelados porque sí, para el vigoroso regocijo de sus captores. De vez en vez, un soldado raso, un prosélito o cualquier otro que caminase libre bajo la luz de los dioses celtas, tomaba sin discriminación a un cristiano y lo liberaba de sus cadenas, para hacerlo arrastrarse mostrando al viento sus miserias. En cadenas día y noche ante las ruinas de lo que había sido un hogar, un mercado, una taberna o un establo, cada ciudadano encontraba, más allá de los límites del dolor, una razón para querer desfallecer y reunirse con quien los hubiera creado. Llevados de la mano por el miedo, todo el pueblo llano padecía las de Caín; algunos, incluso, sucumbían en el camino con las rodillas enterradas entre el reguero de una orgía de sangre y vísceras.

La rebelión de unos pocos no se hizo esperar desde el primer día, pero se libraron tan fugaces y endebles que ahogarlas en la resignación que cundía en aquellos con los que se juntaban no fue trabajo arduo. Algunos moribundos aquí y allá se debatían de

desasosiego para ahuyentar a la muerte de alas negras y graznidos que sobrevolaba sus cabezas, a la paciente espera de que se quedasen sin fuerzas con la que evitar que les sacasen los ojos y les desgarrasen la piel a picotazos. La poca moral que restaba entre a quienes se les trataba como ganado cayó en desgracia, cuando sus más profundos temores se vieron socavados.

Ramskull se colocó de nuevo el yelmo sobre la cabeza. Y el Carnero observó como la sangre de los corderos era derramada en abundancia. Sus oídos se colmaban y se complacían del griterío incesante que diera vida a la ciudad durante el festival celta.

En los albores rojizos de la Luna de Sangre, los celtas comenzaron a llevar pinturas macabras en escarlata y negro sobre el rostro; los cascos de enorme cornamenta los asemejaba terriblemente a los demonios que querían personificar en aquella madrugada de expiación. Con ello, la templanza de los más fuertes se hizo añicos. A la luz de luna atroz y mortecina que teñía el mundo con el tinte del Infierno, el pueblo cristiano fue presa del horror. Paralizados, tanto daba igual si llevasen grilletes o no, en la debacle de sus esperanzas. Del naciente al poniente habían estado lanzando plegarias, observando el cielo con ojos ansiosos, pese al sol que deslumbraba y la insolación de su martirio, pero nada ni nadie había acudido en su ayuda. No se había visto a alguien que no derramase lágrimas ante la tortura corpórea y espiritual.

La Diosa Danu, de cuyo vientre divino brotase la legendaria casta de los *Tuatha Dé Danann*, y de estos, a su vez, la Humanidad, misericordiosa y justa como una madre ante hijos descarriados, les había ordenado a los corazones druídicos que difundieran el mensaje.

— Qué no se culpe a un hijo por los crimines de sus mayores. — Así había declarado el druida Isen ante Su Majestad. Y los prosélitos se habían mostrado a su favor por centenares.

Pero fue Mebdh quién había sabido dar en el clavo para disipar las dudas de las masas.

— Sí, qué no se les culpe. Seamos generosos y no pensemos con un arma en la mano para variar, gente. A los que estén sanos, a los fuertes de espíritu y aún manipulables, démosles una oportunidad, como hemos hecho en el pasado con aquellos que raptamos y destetamos del pecho de sus madres. Vos no nacisteis entre nosotros, Majestad, pero os dimos acogida. ¡Qué así se vuelva a hacer, y que nuestros números den para equipararse al pueblo que antes fuimos!

De ese modo, a aquellos niños que no hubiesen vivido más de una década se les había apelotonado en pocilgas con paredes de piedra. Sin agua, sin comida ni cobijas, estaba claro, pero al menos lejos del pandemónium que se cernía en las afueras. Se les podía sacar provecho, sostenían los celtas, mientras aún no pensasen por ellos mismos. Llevaban los ojos vendados y las manos atadas, hecho así para que incluso el más curioso se mantuviese ignorante. Sin embargo, nada se podía hacer para que no aguzasen los oídos al inmundo coro de mil gritos. El corazón de cada uno latía como si les fuese a estallar y los labios de algunos chorreaban de tanto mordisquearse en un intento por aguantar el llanto.

En algún lugar de la Calle de las Secuoyas, un riachuelo discurría lánguido y cristalino, con árboles del mismo nombre a medio deshojar custodiándole el paso. El silencio y la paz reinaban por escasos momentos, ajeno a lo que sucedía al otro lado de la ciudad. Pese a esto, las aguas se sacudieron y formaron ondas, cuando un par de piernas se adentraron en ellas.

— Nos estamos alejando — le indicó él en un susurro, sin ánimos de adentrarse también en la fría agua. —. Vayamos a las murallas, salgamos de la ciudad.

— ¿Viste a todos esos vigías en las murallas? ¿Viste sus antorchas rondar por ahí? Ni hablar. No creo que haya salida. Ni siquiera por mar.

— ¿Entonces qué? — inquirió él.

— Continuemos.

Atravesaron juntos el pequeño río, chapoteando a cada paso, manteniendo la distancia de las calles que calzaban a ambos lados, ladera arriba.

Un Ánima Sola clamaba voces de auxilio debajo de unos escombros, pero en última instancia ignoraban a casi todo el que escuchaban. A las malas habían aprendido a hacerlo. La mayoría era un peligro. Ya no había amigos. Poner a los cristianos unos en contra de otros a causa de la necesidad era para los celtas una buena manera de mantener el control.

Más temprano que tarde se encontraron cansados y cruzando bajo un puente de ladrillo. Y sin debatirlo antes, el hombre se echó a descansar sobre la orilla.

— Ross — le reprochó la mujer en un murmullo. Conservaba el cabello castaño y perfilado, muy corto para una dama.

Sofocado e inquieto, se llevó una mano al pecho con la boca abierta.

— Dame un respiro.

— Ey.

— Si los ayudamos, estamos muertos. Si no lo hacemos, igual estamos muertos... ¿Qué nos queda más que respirar? Todo lo hemos perdido.

Moira se acercó más calmada. Salió del agua para ponerle una mano en el hombro.

— ¿Tan rápido perdiste la esperanza?

— Lo ahorcaron, maldita sea. Puse mis esperanzas en ese cabrón de un solo ojo. Y lo ahorcaron.

— Era solo un hombre. Birdwhistle es más grande que un único hombre.

— ¿Tan rápido te convencieron?

— ¿Convencida? — chistó con cierta gracia. — Si no podemos escapar, ¿qué nos queda que no sea ir con quien esté al mando ahora?

— Vale, pero dame un respiro. — terminó diciendo, exhalando aires de resignación.

— Continúan teniendo armas. Y todavía hay gente con ellos — Se sentó a su lado, dispuesta a esperar unos minutos. Y cual mal presagio, un cuerpo hinchado pasaba flotando lentamente y en silencio por el río. —. Estaremos más seguros que por nuestra cuenta.

— Y tendrán comida — Soltó una sonrisa que vivió por un dulce instante. —. Extraño la taberna.

— Ross, tenemos que buscarlos de algún modo — dijo Moira en voz baja, con los dientes castañeteando y frotándose los brazos para generar calor. —. Necesito saber si siguen con vida.

El pelirrojo también tiritaba. Colocó en el suelo su lanza de latón, para abrazarse a sí mismo.

— ¿Crees que yo no? Les debo mucho a ese par. Y a Atenea, claro que sí, aunque no me preocuparía mucho por ella. Pero estaremos muertos, si nos acercamos, ¿sabes? Ya se nos ocurrirá algo.

— Vayamos con esa Ladybird. Escuchemos lo que tiene para decir, por favor. Ella podría ayudarnos.

— Mira, primero llevemos el mensaje. Nos relajamos un rato y luego decidimos si seguir con ellos.

En su punto máximo de gloria, el plenilunio carmesí deslucía a todo astro en el cielo nocturno. Imponente y regia, la luna se alzaba como un ojo brumoso sobre una cúpula en tinieblas, donde las estrellas habían estado desapareciendo una a una. El manto que tendía sobre la ciudad de medio millón de almas era de luz taciturna.

La magia de sangre se regocijaba de un brío poderoso en las entrañas.

Iloura, Kairo y Mary Blood dieron vida una vez más a las llamas del Fatuo. Con un juego de manos, el hechizo nació trazando las runas correspondientes en el aire y lanzándolas sobre el Mejunje de las Mil y Una Sustancias esparcido por la Plaza de la Expiación. Más allá, gran parte del pueblo yacía sobre sus rodillas, expectante. Y en breves, el fuego más grande que cualquier humano hubiese conocido se extendió por todos lados sin forma definida. En algunos lugares, los dedos ardorosos rozaban los cinco metros de altura, como mismísimas paredes de fuego. La plaza, la ciudad, el mundo entero había degenerado rápidamente en el más tórrido y radiante de los Infiernos.

— Rojo. — Aseguró a modo de una carcajada, Iloura, la piroamante.

— El matiz del miedo. — según contaba Kairo y la sangre de los esclavos sacrificados.

La menor de los hechiceros suspiró, satisfecha por el fuego que habían creado. Uno cuya fuerza no debía extinguirse hasta haber ganado la guerra.

A través de la visión de algunos Interfectos que en vigilia marchaban por la ciudad, Mary se enteró de las pequeñas rebeliones que se habían estado sofocando, donde liberaban a dranovenses de su cautiverio y a otros se les guarnecía con armas y pecheras. Apenas había conseguido alcanzar a oír rumores de insurrección entre los esclavos y los silbidos con los que se comunicaban aquellos que organizaban una presunta resistencia.

Como cadáveres andantes sus sentidos no eran los más agudos y su memoria algo difusa. Sin dejar de mencionar que Mary solo podía vincularse con ellos cuando yacían a menos de cien metros.

Laparc había pasado de verse como una ruina encorvada a dos patas a ser un hombre vivaracho y un tanto corpulento. Se ataviaba con unos calzoncillos blancos. Todo lo demás era piel joven, que ya no colgaba de sus brazos y pellejo como otrora. El hechizo denominado *Régimen de Vitalidad Temporal* le había compuesto el rostro decaído y deshecho las manchas y la fragilidad de la vejez, aunque fuese por unas cuantas horas. El Maestro de Hechiceros marchaba en soledad a su encuentro con la muerte entre una miríada de bárbaros con vestimentas de la índole más ruin.

Erguía la cabeza con orgullo. Una decena de druidas le rindieron tributo, y otros tantos guerreros lo alentaron con gritos a la distancia. Se había abierto un trecho para él. Y a pesar de que el ritual de fuego girara alrededor de la diosa Brigit, nadie en su sano juicio se atrevía a hacer sonar instrumento musical alguno, danzar o siquiera repiquetear el suelo con sus pies; lo tenían prohibido aquella madrugada.

Rex Azus y sus oficiales se mantenían atentos a que se hiciese honor al estricto cumplimiento de sus órdenes. Los celtas debían lucir en aquella ocasión como bestias con piel de demonio, en lugar de los últimos eslabones de una rica cultura.

— ¿Qué os había dicho antes? — Laparc sonrió a la terna de hechiceros, cuando hubo subido al cadalso de la plaza principal. Lucía casi irreconocible. El cabello le había vuelto a crecer castaño y llenaba los hoyos de calvicie del pasado. — ¿Lo recordáis, mis discípulos?

Los tres intercambiaron una mirada de extrañeza. Al lado de su maestro lucían más pequeños que nunca, en especial Mary. Laparc había ganado medio palmo de altura tras enderezársele la columna. No dijeron nada.

— Aquella vez — siguió. —. Sí, en el anterior Ritual de Inmolación. «Estos tres son la lluvia de fuego que la tierra quemará», os anuncié. Pero claro, no me refería a algo como esto. Aún tienen trabajo por hacer. Muchísimo trabajo y décadas por delante, espero.

A Iloura fue la primera en hacerla llamar para que se acercase.

— Maestro — le dijo ella. —. Qué galante. Luces como si tuvieses encima apenas medio siglo.

— Te cuesta aprender. Más que a ellos. Pero lo haces, al fin y al cabo. Has pasado media vida bajo mi protección y tutela, desde que eras una chiquilla estúpida. Ahora viene siendo hora de que alguien más te enseñe lo que no tuvimos oportunidad, para que salga a relucir todo tu potencial. — Le propinó un beso en la frente.

De haberla tocado con sus labios quebradizos de anciano y aliento a podrido, Iloura se habría muerto del asco, pero entonces no estaba segura de que pensar. Incluso el olor añejo de su maestro había desaparecido.

— Ese hechizo hace maravillas.

— Ya tendrás tiempo de aprenderlo, Iloura. Ya tendrán tiempo todos de descubrir mejores que este.

Kairo fue el siguiente.

— El más disciplinado. El más fiel a sus dioses. El que por sus venas discurre la sangre celta de mayor pureza — A través de los siglos, el antiguo pueblo no había

evitado mezclarse con otras culturas como los dranovenses, los barmanos o la gente de Rheinosten. No solo porque raptasen niños de pecho que crecían en la Horda sin conocer su herencia verdadera, también se abrían de brazos a extranjeros que compartiesen sus ideologías. Más de una vez, incluso, un esclavo se había convertido en un amigo, un amante o un hermano después de muchos años. La ascendencia de Kairo era una de las pocas que jamás se habían cruzado. La razón de que su piel fuese más cobriza que la de otros era porque le encantaba sentir el calor del sol y no porque sus ancestros hubiesen procreados con gente de otras etnias. —. No me corresponderá a mí ungirte Maestro de Hechiceros. Aún te hacen falta algunos años. Aunque tienes el conocimiento y la fuerza, careces de agilidad mental e imaginación para tus hechizos. No me canso de decirlo.

— Solo restamos tres. ¿En unos años quién me ungirá? Solo un Maestro o Archimaestro puede nombrar a sus iguales. — Semejante pregunta ociosa. Él lo sabía, y por ello volteó a ver a Mary.

« Seré yo la que haga que seas polvo en la tierra, viejo. Y después… — pensó ella, conteniendo la emoción —. Todo está saliendo a pedir de boca. » Mas al cabo de un instante una idea distinta surgió, una venida por las primeras palabras de su Maestro. «Estos tres son la lluvia de fuego que la tierra quemará», repasó con asombro. Todo parecía encajar maravillosamente con las profecías de Jensen, ¿no? « La Luna de Sangre está sobre nuestras cabezas »

« Y hemos sido todos nosotros los que tomamos las riendas del Apocalipsis. », le indicó Abadon a Mary.

« Y vosotros tres sois la lluvia de fuego. », rio con estrépito Balaam entre sus sienes, codicioso como de costumbre.

Después de otorgarle su pagana bendición a Kairo, Laparc se adelantó unos pasos para coger a Mary por los hombros y observarla con aprobación.

— Llegaste a nuestras líneas convertida en mujer adulta. Rápido te acostumbraste a nuestro estilo de vida y rápido has aprendido todo lo que tuve para enseñarte. Tengo mis dudas al respecto, aunque no me sorprendería que llegases a convertirte en algo más que una Maestro de Hechiceros. Eres la de mayor edad, Mary. La de mayor potestad, también. Además, deben de existir pocos especímenes cómo tú.

— ¿A qué te refieres exactamen…?

— Tu sangre — le cortó la palabra, con voz firme. —. No eres solo magia roja y poderes dádivicos. No… He visto algo más en ti.

Mary quiso retirarse un tanto, pero Laparc la tenía bien sujeta. Con gesto de repulsión y las arcadas asomándose ya por la garganta, quiso apartar el rostro y mirar hacia otro lado.

— Espera, viejo. ¿No será que de mi te has enamo…?

— Silencio — Suspiró él, para recuperar la compostura. —. Cuando te convertiste en novicia llevabas toda una vida con magia en las venas. Pero no supiste sacarle provecho hasta que me decidí a ser tu mentor. Y de la misma forma, has pasado veintitantos años ignorando tu don para la Nigromancia.

Aquello no la tomó desprevenida. Seguía teniendo mil preguntas, pero mantuvo la boca cerrada por extraño que fuese.

— No puedo enseñarte lo que desconozco — reconoció, pesaroso, el anciano rejuvenecido. —. En un principio, pensé que tu magia estaba corrompida, pero estuve equivocado. Recuerdo que un hermano que nos abandonó hace mucho, cuando yo apenas tenía la edad de Iloura, conservaba esa misma esencia. Sin embargo, la tuya es todavía débil. Debes encontrar cómo fortalecerla.

— Vale. Vale. — dijo Mary, no muy convencida y creyendo que el viejoven comenzaba ya a adentrarse en delirios seniles. Observó con ojos inquietos a sus compañeros y se echó un tanto para atrás, cuando su maestro se inclinó para besarle la frente.

— Debes ser tú mi sucesora.

— Vale.

— Los tuyos son los mejores hombros en los que puedo dejar mi herencia, a pesar de todo lo que conllevas. Pese a ser demasiado boca abierta. Pese a tus arranques de histeria y que eres muy volátil. Y pese a… Bueno, ehh… ¿Qué te dicen tus voces ahora mismo?

— Qué ya no me caes tan bien ahora.

— Eres inteligente y disciplinada, cuando te lo propones — le dijo al final —. Y una líder bastante razonable, cuando prestas atención a Belial. Tienes los dones y una pericia magnífica. No permitas que todos mis conocimientos mueran contigo — Y le sonrió por primera vez en años. —. Lo que sucedió con Ergo fue mera culpa mía y de la terquedad de ese muchacho. No tuya.

Agachó la cabeza para no cruzar miradas con nadie. Libre de la culpa, no así del mal recuerdo que casi la separa de su hogar y sus amigos.

— Gracias, maestro.

— Quemen el mundo entero con el Fuego Fatuo, de ser menester — aquello iba dirigido a los tres. —, si con ello consiguen que nos recuerden a los celtas.

De la mano de su mentor Mary Blood fue proclamada como único Maestro de Hechiceros de la Horda de las Bestias. Le fueron otorgados a su elección dos de los tres accesorios ceremoniales de su predecesor, al igual que Laparc lo había hecho en su día. La esencia de lo antiguo, era bien sabido, debía fusionarse con lo nuevo. La Maestro de Hechiceros escogió portar los avambrazos de piel humana endurecida y el collar de cráneos de Dragón bebé, permitiendo así que Laparc fuese enterrado junto con el penacho de plumas de cuervo. Ya tendría tiempo Mary para escoger un tercer artículo con el que ataviarse en cada ritual, uno que fuese parte de ella.

Y sin mayores menudencias que unas cuantas palabras y runas descritas con la sangre del rejuvenecido viejo en brazos, pecho y cabeza, concluyeron la ceremonia para Mary. No había tiempo que perder, el eclipse duraba menos que una alborada y los demás sacrificados emprendían ya la marcha hacia el cadalso.

— Potestad, coraje e inteligencia. — Fue lo último que de él se oyó al escribirlas.

Enseguida dieron inicio al rito sacro de inmolación; ceremonia que valiese para pagar tributo a los dioses con sangre de fieles dispuestos a morir por el bienestar de la tribu y sus generaciones más nuevas.

Dos druidas, Rhiannon e Isen, subieron velozmente los peldaños y cogieron firmes a Laparc por los brazos. Lo hicieron arrodillarse sobre el tablero, y Mary le clavó un cuchillo en toda la médula espinal, allí donde conservaba el tatuaje, como cada hombre y mujer en la Horda. Descendió con toda la fuerza que albergaba hasta llegar a la parte baja de la espalda, donde la marca ficticia del Demogorgón desaparecía. Le había desgarrado la carne y el hueso. Su espinazo lloraba sangre, pero de él no se oyó más que un tenue quejido. Tampoco se le vio contorsionarse de dolor, tan solo apretó la boca y aguantó la respiración hasta desfallecer de la forma más honorable. Antes de cerrar los ojos e irse al Inframundo, su vista se fue desvaneciendo mientras observaba sin perder detalle al enorme ojo rojo que había presidido su ritual.

No había existido posibilidad de que el acto hubiese sido menos prolijo y cruel, al igual que el sacrificio que él mismo practicase a su madre alguna vez. Pero a cualquier celta en edad le bastaría con terminar su vida observando la majestuosa belleza de una diosa lunar vestida de carmesí.

Cuando retiraron el cuerpo del tablero, cesaron los respetos hacia el anciano. En un momento, con el orgasmo incontenible de las emociones, se fraguó un griterío grueso y sostenido de los demonios encarnados de la Horda que rodeaban por millares a la Plaza de la Expiación, pues en aquella madrugada se le haría honor a su nombre nuevamente. Aunque no como se tenía por costumbre. El maremoto de voces se alzó, engullendo a un Rey reducido a un despojo humano, con el rostro mugriento y cubierto con harapos, y a un arzobispo gordo, cuya sangre se le helaba en las venas; misma sangre que estaría a nada de arder. Detrás de estos dos, los acompañaban algunos de los borregos más fieles quienes los habían lisonjeado a ciegas desde tiempo de la coronación de Leonor.

— Un Rey debería morir con más dignidad — le había declarado *el Señor del Caos* a Azus, tiempo atrás. —, pero…

— Él nunca fue un verdadero Rey. — repuso este.

— Me quitasteis las palabras de la boca. — El Ritual de Iniciación para lord Edward fue un acto honorífico, puesto que poco le restaba de vida. Aun así, se le insistió para que adoptase un nuevo nombre a oídos de la Horda de las Bestias y que se le grabara a tinta la marca del Demogorgón en su espalda; el apodo vino por parte de alguien más.

A las puertas de la muerte, cada paso pesaba más que el anterior. Y no era para menos. Las vistas encogían el alma y arrugaban el corazón. Los habían cebado a ellos, quienes serían sacrificados a los dioses, para después ser repartidos como cerdos para el banquete de conquista, o eso ansiaba Raymond. Cuando Leonor y Alexander en compañía de otros cortesanos y clérigos descubrieron lo que les depararía su suerte, se doblegaron y cayeron de rodillas sobre el reguero de sangre del anciano Maestro de Hechiceros. La evocación de las cruces de madera tendidas sobre el suelo, prestas para verse elevadas a toda su altura fue avasalladora y embotó el poco filo de sus hombrías.

Los devotos que habían actuado alguna vez bajo el nombre del arzobispo en aquella plaza lo acompañaban vestidos como su dios los había traído al mundo.

Gracias a Mary, Asser Wellington no era uno de ellos.

Rex Azus se le quedó viendo a la Maestro de Hechiceros por largo rato hasta que esta le devolvió la mirada.

— Vuestra jauría de perros se cuenta por centenas — le había rogado de buena manera. —, Majestad. Dejadme a mí, al menos, conservar a uno de los míos. Por favor.

Él asintió. Luego rugió una orden, con lo que Mary se dispuso a tender el manto de la *Bruma de Sangre*, mientras sonreía con aquellas mejillas hundidas. Extendió las manos, para dibujar las runas con el tinte cruento de un pellejo en su cintura, y tiñó deprisa a un aire que exhibía ya un dejo carmesí. Con dedos hábiles daba vida, dirigía y moldeaba un nubarrón de minúsculas gotas de sangre que envolvían toda la plaza y la colina alta donde se asentaba esta.

— Un decorado más — le susurró Kairo a Iloura, en un momento más en el que se suponía debían hacer silencio. —. Para un plagio bastante pasable del Infierno.

Con el aire denso y hechizado, las llamas inigualables del Fuego Fatuo, el himno de muerte y la Luna de Sangre dominándolo todo, la ensañada distopía se presentaba monstruosa desde una colina, para pulverizar de manera irrevocable los ánimos de un pueblo que veía a su ciudad alejada de los favores de Dios.

— Crímenes pasados no justifican crímenes actuales — consiguió decir Leonor, hundido en la resignación, con la espalda encorvada y el rostro mugriento y ojeroso.

Le resultó una delicia a Azus poder verlo en aquel estado. Gente como él no se merecía menos.

— ¿Que no había esclavitud en la cristiandad, Leonor? La hay, incluso en el Cielo.

— Maldito seas. Ten por seguro que te harán pagar por esto. — Fue lo último que de él escuchó, cuando los guardias lo empujaron ante las vigas gruesas de madera.

— La lluvia de fuego — se dijo en voz baja. « ¿Significará incendiar esta ciudad de ser necesario?. »

Crucificados serían al igual que las costumbres del Imperio Inconquistado en épocas previas al cristianismo. Y del mismo modo, triple muerte recibirían como la tradición celta decretaba, donde el condenado era herido, quemado y después ahogado. Para así no solo matarlos, sino para que los cuerpos de los criminales fuesen también deshonrados.

Iloura avanzó lo bastante lejos como para no quemarse entre las hogueras rituales que imitaban la luz del sol. Estas, se narraba, servían para quemar las influencias nocivas que aquejaban el alma. Aguardó con entusiasmo la orden de su Rey.

— ¿Cuántos apóstatas habrán muerto crucificados por vosotros? — comenzó Raymond, con una alegría inmensa que supo desbaratar su ceño antes fruncido, al tiempo que los clavos se encontraban con el martillo del ejecutor y la carne tierna de los sentenciados. — ¿Cuántos dizques herejes habrán sido quemados en la hoguera por vuestra orden o mano? Ojo por ojo. Diente por diente…Y así, una vez más la historia se repite. ¡El pueblo antes perseguido se convierte ahora en el perseguidor!

Sin la menor gota de humanidad, pues la de los celtas había sido drenada a fuerza por la interminable guerra con los cristianos y su ideología, elevaron por los aires a aquel monumento a la Capital de los Infiernos, con la salvedad de que sus caídos saborearían también la venganza después de haber renacido del caldero de Dagda.

— ¡A este tercio lo meteré en el fuego — vociferó entre carcajadas Rex Azus, señalando a las tres cruces invertidas del frente. —, lo fundiré como se funde la plata, lo probaré como se prueba el oro! ¡Él invocará mi nombre, y yo lo oiré! Yo diré: «Pueblo mío». Él dirá: «Azus es mi Dios».

— ¡Pongan toda la carne al asador! — se escuchó decir a Raster. Si habían practicado el canibalismo más de una vez, y algunos acostumbrado a ello, era porque no les habían dejado de otra.

El odio pudiente de hombres y mujeres había sido desenterrado, sacando a relucir su verdadera naturaleza.

Mientras el eclipse lunar tocaba a su fin, la noche se avivó con gritos sórdidos, semejantes a berridos bajo la misma luz. El Fuego Fatuo había hecho encender las piras apostadas en la base de cada cruz de proporciones gigantescas. Eran nueve los hombres convertidos en antorchas vivientes, pues el demonio rojo los devoraba a placer. Eran sus almas y no sus cuerpos los que hervían de dolor, condenados a sufrir la sed y el calor espantoso de las llamas.

— ¿Cuánta belleza podrá albergar esta ironía? — lanzó Raymond, con risa estrepitosa que ni Mary Blood alcanzaría a igualar. — Pero la gloria de un Imperio no se construye sin antes derribar a su paso.

Las notas disonantes de tormento cesaron. Se habían ido a otro lugar mientras morían gritando.

# Grace III

La torrecilla de libros sobre la mesa escalaba ya bastante alto, pero también se encaminaba al desastre, pues Grace había apilado los últimos ejemplares sin cuidado. Y no era para menos. Su aburrimiento y disgusto comenzaban a alcanzar niveles que ni aquella otra Torre de Babel conseguía igualar.

— ¿Qué día es hoy? ¿El cuarto? ¿El quinto? — arrojó Giselle en susurros, a media lectura de Grace acerca de *Viviana del Lago*, una icónica historia que se tambaleaba ente la fantasía y la realidad.

En unos relatos, Viviana era teorizada como un Hada; en otros, como una Ninfa del Agua; y en aquellos que su madre le permitía leer, era una mujer igual de hermosa que sus otras versiones, pero sus poderes con los que aliviaba el dolor del necesitado eran concedidos por Dios y no por la magia. Connor le había contado alguna vez sobre que iban las otras lecturas, y se llevó una decepción enorme al enterarse que todo era igual, salvo el origen de sus dones. Resultaba que, Dranova había tomado prestado la idea del folklore celta sin molestarse lo más mínimo en que los apuntasen con el dedo por plagiadores y desvergonzados.

— Creo que te ha faltado un par — rebatió Elaine. —. A lo mucho siete.

Su madre también apartó la vista de las páginas de un libro.

— Sí, debe de haber pasado una semana.

Aquel libro era de cuerpo mucho más grueso, que a diferencia del que Grace leía, no tenía más interpretaciones que una, y que según todo mundo le decía, relataba una historia real sucedida hacía una barbaridad de siglos. Nunca se lo había dicho a Elizabeth, ni se lo diría, pero había en él ciertas cosas que no le parecían.

« Allí la gente pelea y muere de formas horribles por casi cualquier cosa, qué locura — había llegado a pensar. —. Además, sí, aún soy una niña, pero algún día seré una mujer. Y creo que quién lo escribió desprecia a las mujeres. Eso no está bien » Quizás fuera aquella una de las razones por las que su madre leía y releía casi siempre las mismas partes.

« Qué gran locura. Se salta cientos de cosas. Es como empezar a leer cualquier historia e ir directamente al final, porque te aburres o no te gusta.»

A Elaine a menudo le afectaba demasiado el calor del encierro, con lo que se ventilaba con la tapa de otro libro y los cabellos entrecanos le tremolaban como un pendón.

— Ay Dios santo. ¿Qué estará sucediendo afuera?

— Ya lo he dicho mil veces. Salgamos a husmear un poco. Tan solo un poco — Giselle se hallaba tanto o más impaciente que Grace; en cambio, ella no tenía nada más allá para distraerse que algún que otro cotilleo y pequeños ratos de juego. —. Si mi señora lo permite, claro está.

— No, no. De ninguna manera — Parecía que era la enésima vez que lo decía. —. ¿Después de lo que sucedió la última vez? Nada de eso. Qué no hayas salido antes junto

a nosotras, no significa que ahora tengas el derecho de salir a ver por tus propios ojos — A la muerte de la oscuridad, llegado el amanecer del primer día, su madre y Elaine subieron las escalares del sótano y atravesaron la puerta reforzada para volver a la carrera casi enseguida con los ojos como platos. Ninguna de las dos quiso contarle a Grace lo ocurrido. — Créenos, linda, cuando te decimos que no quieres ver lo poco que se alcanza más allá de las ventanas. — dijo esto último en un tono muchísimo más bajo, pero aun así Grace, haciendo fuerzas, consiguió escucharla.

Unos días atrás, habían hecho acopio de valor para salir de nueva cuenta a echar ojo. Aquella vez tardaron más en volver. Trajeron consigo unas cuantas velas, unos recipientes de agua con los que lavarse, y otras tantas cosas que ya de por sí sobraban en entre las reservas del minúsculo fuerte que se había construido bajo la casa. Pero una vez más ninguna trajo consigo palabras para Grace. O para Giselle, quién calmaba sus miedos con abrazos, cuando su madre se incursionaba a lo que fuera que estuviese sucediendo allá arriba.

Grace no rogaba por respuestas, pues a fin de cuentas sabía que no las conseguiría.

« Debería hacer una rabieta. Una muy grande. Llorar, patalear y gritar, y puede que también decir alguna mala palabra, para que así entiendan mi frustración — se le ocurrió de pronto. —. No, no. Eso sería una soberana estupidez. »

Sin sol ni luna que hiciera las veces de guía era difícil saber cuánto tiempo, pero calculaba que tres días habían transcurrido desde que empezaran a sonar pasos sobre sus cabezas, a oír golpeteos, extraños gruñidos y objetos cayéndose al suelo en los pisos superiores, como si alguien los estuviese arrojando a propósito. Desde el inicio de aquel suceso espantoso, que encima se prolongó durante horas, tanto Elizabeth como Elaine se negaron rotundamente a volver a subir las escaleras. Y al mismo tiempo, Giselle se había empecinado en salir tan pronto como fuese posible, liberada, al menos en apariencias, de todos los miedos que habían avasallado a Grace, la más pequeña y menos enterada, como de costumbre.

En el sótano había comida y agua de sobra, provisiones en las estanterías de madera para un mes, por lo que había escuchado de su madre. Sin embargo, todas ellas tenían un grandísimo inconveniente entre manos. Uno muy oloroso.

— Qué genio — le había recriminado con opulento sarcasmo. —. Pero qué sujeto más atento quién diseñó esto bajo la casa. Mira que no pensar en un lugar en donde ir al baño.

Elaine se cubrió la nariz, con el dorso de la mano, más disgustada que sorprendida.

— Mi señora, vuestra hija tiene un buen punto. Bendita seguridad la de aquí, pero ¿y a dónde se hace del baño como gente decente?

Elizabeth hizo ademán de imitar el movimiento de la criada.

— Si os hace sentir mejor, Benjamin, el maestro de obras perdió un par de dedos a las pocas semanas. Un martillo le cayó desde muy alto.

— Haberle caído en la cabeza, en lugar de una mano. — protestó Giselle.

Grace levantó la mirada, y después una ceja, con aires de confusión. El enfado y resquemor de Giselle era caprichoso, por decir lo menos, teniendo en cuenta que era ella quien más veces iba a la esquina para hacer sus necesidades.

Había que darle gracias a Dios, ya que como mínimo, se había construido aquel fortín con un tamaño suficiente, para que la tenaz pestilencia no la sofocara, ni las paredes le hicieran sentir aquella otra sensación, igual de horrible, cuando uno se creía atrapado en un lugar pequeño y con miedo a que el techo y todo lo demás se le viniese encima; a Grace no le venía a la mente la palabra correcta.

Durante la siguiente hora, dedicaron piadosos murmullos en torno a la bendita luz de una vela de cera. Se cogieron de las manos, y cabizbajas, cerraron los ojos, para rezar a Dios. A aquellas alturas, a Grace se le habían acabado los cuentos cortos ilustrados y los libros sobre historia, con lo que no vio más remedio que unirse a las oraciones. Se habló al Señor acerca de mil peticiones distintas de protección hacia sus seres queridos, pero nadie más que Grace se acordó de aquellos a los que conocía solo de rostro, aquellos a los que veía por la calle como el panadero, el herrero de un par de manzanas más arriba, a los niños a los que veía jugar cuando iba de paseo, a los caballeros amigos de su padre. Inclusive guardó un poco de su buena fe para el tres mil veces tonto maestro de obras, que ahora sabía se llamaba Benjamin.

No obstante, que suplicasen por protección solo podía significar que la necesitaban con prisas, lo cual preocupó a Grace de sobremanera. Sintió agujas que le atravesaron la garganta.

« El condenado llanto traicionero.» Y que la mayor de las criadas comenzase a llorar a lágrima viva mientras hablaba no ayudó en lo absoluto. En otros tiempos, aquello le habría dado carta blanca a Grace, para dejarse las mejillas arrebolar y húmedas, sin preocuparse por las miradas de los demás. Pese a esto, no se dejó vencer por su sensiblería y miedos infundados en esta ocasión. Apretó los labios, aguantó la respiración y puso cara de estreñida, con tal de guardarse sus inquietudes para sí misma. Su padre, el caballero, nunca lloraba. Ni tampoco sus hermanos.

De un momento a otro, su madre tomó la iniciativa de entonar algunos salmos, en voz baja por supuesto, hasta que se detuvo a la mitad de un verso sin razón aparente. Y se quedó mirando la pared con la boca abierta y una expresión de consternación atroz.

— ¿Qué sucede, mi señora? — inquirió Elaine, con la vista aún velada. — Seguid, por favor.

Su hija pudo verla, gracias a que siempre mantenía un ojillo abierto, cuando se suponía que no debía.

— Discúlpame. Es que… — Lucía como si aún no se lo creyera. —. Es que me he olvidado de cómo seguía.

— Pero si esta es la vez número cien mil que la cantas, madre.

— Lo sé, lo sé. — Y se soltó de la mano de la criada, para llevarse los dedos a la sien. — Pero es que me está comenzado a doler ya la cabeza.

Advirtió rápidamente que no era la primera vez que sucedía. Ya había visto aquel mismo inexplicable desconcierto en su rostro en un par de ocasiones. Una vez, estaba

segura, que había escuchado que la llamaba a voces desde el jardín, pero cuando Grace acudió a su encuentro, la halló como pensativa, buscando a su alrededor las respuestas a las preguntas talladas en su faz. Al final, le hubo dicho que no la había llamado, pero Grace estaba convencidísima de que había oído su voz.

— No se ha dormido como Dios manda desde que estamos aquí, mi señora.

— Sí — reconoció, con voz cansada. —. A lo mejor deberíamos tratar de descansar un poco. Ya llevamos varias horas en esto.

Pero ella no tenía ganas de irse a dormir. No, todavía le restaban muchas energías. Y para colmo, encerradas allí dentro entre cuatro paredes, no se podía hacer gran cosa para solucionarlo.

Su madre y las criadas se fueron a reposar sobre un colchón de plumas sin cobijas, por lo que Grace se quedó sola junto a una vela y sus cuentos de Hadas de bien acabar revoleteando todavía entre sus ideas.

« *Ay*, pero que tonta que eres, Grace ». Aún en el silencio de su soledad, respiró aliviada por una preocupación menos, aunque fuese una única mala hierba removida entre una floresta de inquietudes. En un principio, su imaginación había volado con la estúpida y pavorosa creencia de que un fantasma vagaba errante por su casa. No había tenido entonces otra manera de explicar la voz que había escuchado aquella tarde, pero lo más seguro era que había sido su madre quien a voces la llamó. Con la aparición de los extraños sonidos en los pisos de arriba, había tenido el corazón colmado en dudas al respecto. Había llegado a pensar que se trata de algo proveniente de otro mundo.

Terminó por recurrir a la lectura nuevamente, pero no tardó demasiado en hastiarse cuando llegó el turno de las obras de literatura más avanzada, que eran de su padre, aunque nunca las leyese. En estos se utilizaban ciertas palabras que no comprendía y tanto mar de letras, de párrafos interminables sin ninguna imagen, hacía que perdiera el hilo con facilidad y se le cansase la vista. Así que los dejó, y permaneció con la mirada fija en la vela que se consumía, presta para cambiarla por otra más antes de que el fuego se extinguiese.

A los libros de texto con las que la educaban no los tocaría ni con un palo. Aunque que le pagaran por hacerlo. No le agradaban nada. Lo que sí le agradaba, en cambio, era el hombre con pintas de sabio y arrugas de abuelo al que visitaba junto a otros niños una vez por mes. Se llamaba Edward Sagam, pero todos, grandes y pequeños, le decían Edd, y les hablaba durante horas de cosas interesantísima sobre la vida, el cielo y el mundo que los rodeaba. El hombre mayor tenía intenciones de fundar una especie de universidad en la que instruir a las personas desde edad temprana. Lo único malo, eso sí, era que Grace estaría obligada a asistir casi todos los días.

Más adelante, a través de los conductos de aire comenzaron a llegarle sonidos tanto o más extraños que aquellos que habían escuchado antes. Se oían como murmullos tenues, o más bien un silbido débil e interrumpido. A Grace se les pusieron los pelos de punta. Luego de unos minutos, el sonido persistía, pero al menos ya no estaba tan segura de que se tratara de un fantasma. El ruido le llegaba mortecino, pero con cierto

ritmo, como si en las calles se estuviera tocando algún instrumento, cosa que le recordó que Giselle había conseguido bajarle un caramillo antes de que se encerrasen.

Tenía aptitudes para la música, aunque no practicara demasiado. Pero imaginarse tocando en aquellas circunstancias era pedir imposibles, pues tenían que hallarse casi siempre en un terrible silencio.

Y haciéndose con papel y carboncillo, acabó por distraerse de aquel ruido que le era todavía desconocido. Para cuando estuvo a nada de terminar el diseño esbozado en negro sobre blanco, alguien le tocó el hombro, y la arrancó bruscamente de su actividad.

— ¿Y ahora qué es lo que pintas, Grace? — Se había abstraído a tal punto, que no advirtió que su madre se hubiera despertado de su siesta.

— No es pintar. No hay pinturas, ¿ves? Es solo un dibujo.

Elizabeth cogió la hoja con una mano, y con su otro brazo envolvió a Grace.

— Es hermoso. — le dijo con voz suave, antes de darle un beso a un costado de la cabeza.

— Es uno simple. No me tomó mucho.

— Es hermoso — le repitió, y la abrazó con más fuerza. —. Está bien que llores.

Pese a su acerado empeño, pese a lo mucho que se lo repitiese, sus sentimientos la habían traicionado, con los lamentos que le recorrían las mejillas y las hacían brillar. Para su desgracia, había roto a llorar sin darse cuenta, mientras grababa sus deseos en papel. Elizabeth inclinó su cabeza, hasta que ambas frentes se apoyaron mutuamente. No echaron en falta las palabras para demostrarse la una a la otra cuánto los extrañaban y de qué manera se ahogan en un mar de preocupaciones por ellos.

— Necesito decirte algo — siguió su madre, sorbiendo por la nariz. —. Ya es hora de que dejes eso, ¿sí? Nos resta solo esta vela, linda, y pudiéramos necesitarla más adelante, quién sabe.

— No — El corazón se le detuvo del susto un latido después de que se le cortara la respiración. —. Madre, no. Por favor.

— Lo lamento, Grace — respondió con voz lastimera. —. Entiende que no estarás sola entre las sombras. Estoy contigo.

— Pero… — se le aferró al brazo, haciendo un esfuerzo descomunal para no parecer aterrada. — Déjala brillar. Te lo ruego. Unos minutos más.

Sin embargo, de poco o nada le sirvió. El minúsculo fragmento de su ser que todavía no era presa del pánico lo sabía. Restaba apenas un dedo y medio de vela, por lo que aquella ofrenda santa de luz estaba a punto de desvanecerse de cualquier manera.

— En serio lo lamento.

Observaron juntas, con ojos amenazados por las lágrimas, un retrato casi vivido de su familia. Connor y Valysar brindaban juntos entre risas, como si fuesen verdaderos hermanos, cosa que nunca les había visto hacer; su madre yacía sentada con Grace apostada en el regazo, tal cual ocurría en la realidad; y Vyler ocupaba un puesto entre los cuatro, donde estiraba los brazos para obligar a su hija a que forjase una sonrisa imposible, hundiéndole los dedos en los mofletes. Lo último que vio fue el rostro del mayor de sus hermanos, un segundo antes de que las sombras las rodeasen.

Cuando no fue capaz de ver más allá de su propia nariz, echó al olvido todos sus juramentos de valentía.

— Él me lo prometió. Me dijo que estaría aquí para nosotras. Para Papá y Val también. ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Por qué sigue sin venir?

Se secó las lágrimas con un violento movimiento de mano. Bendita fuera la presencia de su madre, quién trataba de adormecerla con arrullos. En seguida, intentó acumular todo el valor que en ella luchaba por nacer, y lo depositó en sus esperanzas de que ningún fantasma la acecharía ni la conseguiría tocar en aquella completa oscuridad.

« Idiota. Idiota. Si al menos hubieres aceptado que apagasen una vela al irte a dormir », y se hundió en el pecho de su madre. La abrazó con todas sus fuerzas, con el fin de ocultar que en realidad se encontraba tiritando.

— Estamos seguras aquí bajo, te lo aseguro. — le murmuró Elizabeth. Su voz era lo más gustoso que se podía probar en una vida, pero aun así no era suficiente para hacerla pasar los malos tragos.

— Él me prometió que estaría a salvo, pero me sentiría más segura si todos estuviesen aquí.

# Alice V

Había estado advirtiendo la desagradable sensación de su mirada sobre ella desde la mañana, y finalmente a horas del mediodía lo vio poner a su corcel al paso y situarse a un costado de la Reina, mientras las monturas caminaban. Incluso cuando su condenada armadura reflejaba cada rayo del sol, lo que más descollaba de él era su irradiado disgusto.

— Alteza — comenzó ser Lancelot. Era el disgusto engendrado por el deber de confesar aquello que tenía que decirse, aunque no gustara, Alice lo sabía. —. Con el debido respeto…, creo que la más juiciosa decisión sería comunicar estas circunstancias con ser Logan y su hueste. Con todo el ejército a su espalda, vamos. No disponemos de aves de mensajería, claro, pero aquí tenéis a la orden caballos rápidos y hombres más que capaces. Sé lo que nos dijisteis a todos, pero aun así…

— Aun así, osas cuestionarme, ¿no? — El gusto de la Reina nunca había estado revuelto en tanta acidez y picor. Se le quedó observando con los ojos y el espíritu irritados por no poder siquiera dormitar durante las noches largas que padecía. — Ya os lo he dicho, ser. Es tirar una moneda al aire.

— Así es, mi Reina — Ser Covan Thompson había picado espuelas, para marchar unos cuantos pasos delante de su compañero. —. Es arriesgado, por decir lo menos. Considerando el historial del mayor de nuestros enemigos, cada decisión y movimiento lo es. Pero más vale hacer una apuesta arriesgada que perderlo todo de buenas a primeras. Hemos estado cavilando sobre ello.

Su Alteza tiró de las riendas de su yegua castaña, y el animal se detuvo de lleno. Su escolta la imitó poco después.

— ¿Y a qué conclusión han llegado vuestras cabezas? ¿Eh? — les señaló con una soberbia que no cabía en ella. Pasó a ejecutarlos con la mirada a ambos.

— No hablaré en representación de estos caballeros, sino por mí — El mayor de sus hijos tomó la palabra, quien venía al trote junto a ser Paul Wolkan. —. Madre, en todo este tiempo que hemos estado dirigiéndonos hacia ningún lugar, hubiéramos podido acudir a *el Ser*, o en su defecto, a Namiera. En cualquier caso, al sol de hoy, habríamos estado a esto — hizo el gesto con dos dedos poco separados. — de difundir a toda la nación el asalto de la Horda de las Bestias a la Capital. Y sobre la posible captura de mi padre.

Alice albergaba ciertas dudas en su corazón respecto a su plan, pero ya no había tiempo ni lugar para la vacilación. Pensó en abofetearlos a todos en aquel momento para que cerrasen la boca. Ganas no le faltaban.

La Guardia de la Realeza, según dictaba algún edicto, estaba en todo su derecho y libertad de prestar consejo en tiempo de guerra a quién estuviese al mando, fuera este el Rey o no. Motivo por el cual, aún en toda su extraordinaria desazón, Alice no podía echárseles al cuello. No tuvo más opción que quedarse allí a atender las palabras de dos cojones de mierda que no reunían siquiera una idea aceptable y a un hijo que hacía de

nuevo honor a su herencia de Liongborth. Las voces le llegaban como un sonido chirriante, molesto, taladrador y punzante para una cabeza que no había hecho más que pasar las de Caín. Ningún otro tuvo intención de unírseles, cosa que agradeció.

En breves continuaron dando patadas de ahogado. Ella no daba su brazo a torcer. Y una vez hubo tenido suficiente y sus parpados comenzaron a pesarle, Alice los dejó con la palabra en los labios, y zanjó la discusión de golpe picando espuelas hacia al castillo de su padre, el único hombre en el que todavía podía confiar.

— Qué no se hable más de esto. — les espeto antes de partir.

Para bien o para mal, era probable que Alice hubiese ya enviudado.

O tal vez no, pues no había mejor rehén en cualquier guerra que un Rey. Pero una parte de ella le decía que lo más seguro era que sí. Su matrimonio con Leonor no había sido otra cosa que una relación por conveniencia entre lord Baron Marshall y la difunta Majestad Darren IV, qué sus huesos se pudrieran en dónde estuviese enterrado. Haberla vendido y tirado a los brazos de un hombre que solo amaba holgazanear había sido apenas uno de los tres fallos que su padre consumara para ella en vida.

No fue hasta media hora más tarde que necesitó de hacer un gran esfuerzo para que los ojos no se le cerraran por sí solos. Sacudió la cabeza un par de veces para espantar el sueño, e incluso su hijo pequeño la intentó hacer reír, pero se hallaba demasiado irritada como para prestarle atención. En un momento de despiste y debilidad, sobrevinieron las primeras cabezadas sobre la silla.

Aquel día se dejó seducir por las ideas de salvación de ser Logan. Lo imaginó, esbelto, poderoso, arribando a las puertas de la ciudad como un héroe de las leyendas con treinta mil hombres a su espalda. En sus ensoñaciones, el *Ser* se había hecho con una cuantiosa flota de navíos de guerra, y mandado a bloquear los puertos de la ciudad. El asedio había concluido con las llamas que emanaban de la Capital siendo consumida por la furia impotente y el último recurso del bando perdedor. Cuando Alice llegó a caballo ante las murallas, el griterío del populacho resonaba y se entremezclaba con el crepitar del fuego.

— Madre — sentía como Elliot la zarandeaba con un brazo. —. Madre. Despierta.

No recordaba haberse quedado dormida mientras cabalgaba. Se enderezó como un relámpago, una vez sintió que se caía de la montura. El sobresalto le cayó encima como un azote que espantase todo su cansancio por un momento, uno que duraría menos que un atardecer. Con sumo desconcierto observó a un par de rostros ansiosos que le devolvían la mirada. Al tercero no consiguió verlo, puesto que su vista se fue tornando gris y después negra.

— Suficiente por ahora, caballeros — la voz del príncipe Richard la escuchó amortiguada y distante. —. Dejad que descanse un poco. No ha dormido bien en días.

Lo siguiente que supo era que se había echado en brazos de ser Robert Vasíliev, quién la ayudó a descabalgar y la encaminó hasta un lugar donde todo era paz y quietud. La tendió gentilmente sobre una manta y dejó que su cabeza reposase en un cojín, como si ella fuese apenas una niña.

— Dormid cuánto queráis, mi Reina. Yo os cuido. A una mujer como vos que ha sufrido tanto es lo menos que la vida le debe.

No habría sabido decir si aquello último lo había soñado. Se quedó dormida, desvaneciéndose casi enseguida, con el arrullo sedante de un riachuelo y el sonido lejano de las abejas zumbando. Ya en sueños fue poco lo que recordó, encontrándose con imágenes, sonidos y olores oníricos que no obedecían a algo que pudiese conectar.

Cuando despertó, aún era de día. El ocaso temprano se derramaba por las rocas y las copas de los árboles. Los destellos de luz que iluminaban a una pequeña catarata y al riachuelo bajo su paso la arrancaron de la somnolencia; después estos bellos atributos del bosque la harían acercarse a la orilla. Se lavó el rostro con el agua dulce, y al distinguir su reflejo en el río no pudo evitar darse cuenta de que parecía haber envejecido cinco años en cuestión de poco más de una semana.

« Al paso que vas, Alice, conseguirás que afloren canas en menos de lo que hubieses imaginado », pensó con angustia mientras se palpaba la tez. Por suerte no había señales de patas de gallos que apareciesen junto a sus ojos ni ninguna otra arruga. Sin embargo, las bolsas y surcos grises que había ganado no desaparecerían en vano. Había acumulado tan solo unas pocas horas de sueño, pues durante las noches no hacía más que mantenerse despierta sin pegar ojo, imaginando, reflexionando, lamentándose y odiando hasta llegado el alba.

Poco después, alguien carraspeó detrás. Al volverse, se enteró que era Richard y no ser Robert, quién la observaba con gesto acongojado y los brazos cruzados. Solo con ver aquello…

— ¿Qué sucede?

— Hay que hablar — Se percató que hasta aquel segundo su hijo no le había dirigido la palabra o siquiera la mirada más que para dejar en claro su descontento surgido a cuentagotas. Al levantarse y sacudirse las faldas, él se animó a seguir. —. Mientras dormías, ordené a ser Covan y ser Lancelot que cabalgaran lo más veloz que pudieran en dirección al cuerpo de ejército más cercano.

Sintió que pronto desfallecería de tanto padecer.

— ¿Te das cuenta de lo que has hecho, Richard? — Le salieron las palabras sin pensar, pero se tragó la rabieta lo mejor que pudo. — ¿Acaso te detuviste un momento a sopesarlo en cuanto lo hacías? Me traicionaste.

— No es así, yo…

— ¡Lo hiciste! — le escupió de súbito. — « Por Dios, ¿tú también? ».

— ¡No te he traicionado! ¡Eres la mujer que me trajo al mundo! — El mismo arrebato colérico que había provocado en Leonor alguna que otra vez, se veía por completo reflejado en su hijo. — ¡Y mi padre era el Rey! ¡Si él está muerto ahora, yo tengo que sucederlo! — Su fuego interno se redujo a brasas rápidamente. Apenado, se pasó una mano por el cabello. — Yo tengo que vengarlo. Yo soy quién debería tomar las decisiones aquí.

Ella dejó de lado la consternación para mover la cabeza con cierto pesar.

— No eres del todo consciente de… — Se mordió allí la lengua. « De lo inteligente que es el hombre que amé en lugar de tu padre, de lo bien que maquinó todo esto, de a cuántos peligros estamos expuestos. » — ¿Por qué has cambiado de opinión al respecto? ¿Por qué ahora y no aquella mañana cuando te dije que tomaría el mando? — Sollozó como si el llanto hubiese estado a flor de piel, pero gracias a Dios las lágrimas jamás osaron salir de sus cuencas.

Richard se acercó a ella, y la besó en ambas mejillas. Luego, le sostuvo el rostro.

— Lamento haberte gritado, madre, pero no lamento lo que hice. Tienes que saberlo.

— No fue eso lo que pregunté. Quiero saber tus razones. — « Tus razones para traicionarme. No amagué con llorar, hijo, porque me hayas gritado », le habría encantado decirle. No podía permitir que su anhelado camino hacia el poder la apartara de él. Alice también había hecho cosas que no debía, pero sus traiciones se las llevaría a la tumba.

— Estuve torturándome con mis pensamientos cada minuto, y la idea simplemente maduró en base a todo lo que me has enseñado. Antes de que los hombres que nos siguen comenzaran a poner en duda lo que digo, ordené mis ideas y decidí... Asediaron y conquistaron la ciudad. Jerome no tenía motivos para mentirnos.

— Ya habíamos establecido un plan de acción. Lo estábamos siguiendo. — La herida, en donde fuera que estuviese, le escocía más con cada palabra, pues no hacía otra cosa que echarle sal en ella.

— Sí, lo teníamos — reconoció. — Uno muy lento, que acabaría bien solo para nosotros. Cada minuto más que retrasaba el mío alguien debía morir por mi ineptitud e indecisión. Pienso que condené a más de uno. ¿Qué clase de monarca crees que puedo llegar a ser, si permito que masacren a los que me sirven?

Su ser era una extraña amalgama de orgullo y desilusión. Comenzaba a actuar por fin con autoridad aplastante, pero sus primeros pasos eran los erróneos.

— Mejor ellos que nosotros. Mejor un niño al que nadie conocía que tu propio hermano. Mejor una Reina que un soldado al que nadie extrañará, una moza de taberna o maldito jinete de exploración. Mejor todos ellos que nosotros.

— ¿Qué ha ocurrido contigo, madre? — inquirió, desconcertado. — ¿Qué hay de lo que siempre has dicho acerca de hacer pagar a los paganos con justicia por lo que le han hecho a nuestro reino? ¿A dónde fue todo eso? Quiero pensar que has traicionado tus principios en tiempos de necesidad y no que… — Si de algo pecaba Richard Liongborth, además de indeciso, era que a pesar de que cerrase el pico a tiempo, sus labios continuaban diciendo lo que su voz callaba tal cual hiciera su padre desde siempre.

«…Que simplemente has sabido ser hipócrita. », creyó leer su madre de los movimientos de su boca.

Alice se armó de abundante paciencia para no darle un sopapo que lo rompiese uno de los labios que acabara de besarla. En vez de ello, respiró hondo, ahogando un arranque más que terminase por distanciarlos a los dos. Recordó también su reflejo en el

agua y que el pesado estrés que se había estado echando al hombro degeneraría en una muerte lenta de su atractivo y juventud.

De vuelta a la formación de la comitiva, Alice estudió los rostros de los caballeros que evitaban a toda costa mirarla a los ojos. Eran nada más seis, siete si decidía contar al viejo Jerome Callaghan. El soldado la volteó a ver por un segundo, después se puso la capucha de mallas sobre la cabeza y se giró hacia otro lado en su montura. Se echaban en falta dos caballeros y sus corceles, pero sus pesadas corazas de platino las habían dejado atrás y entonces colgaban de los costados de las monturas restantes junto a los yelmos que los caballeros solo portaban para combatir.

Cuando Richard subió a lomos de su cabalgadura, Alice continuaba examinando a quienes seguían a su lado. Hizo efectivas las sospechas que había conjeturado en el camino. *El Caballero Artesano* hacía gala de su porte impecable habitual, pero ni bien la Reina se cruzó con él, se le descompuso el rostro apuesto.

— ¿En qué estado se encuentran vuestras heridas, ser? — La sonrisa le salió con naturalidad a Alice, aunque no supo decir bien por qué. Todavía no le entraba en la cabeza cómo un simple jinete de exploración había alcanzado una habilidad tal con los cuchillos digna de un asesino profesional.

— ¿Las de mis talones, Alteza? — Soltó un soplido altanero a la par que alegre. — Esas no son heridas, sino rasguños. Ya no me molestan, pero de haber tenido que chacanear cada dos por tres se habrían abierto como heridas de verdad.

— Ya veo — Se le quedó viendo en aserción muda de que había reconocido lo que estuviese haciendo el caballero. —. Es una pena que no hayáis podido viajar vos en lugar del buen ser Lancelot.

« ¿Quién rayos se piensa que es? » Frunció el labio en cuanto se dio la vuelta para reanudar la partida. Se había disgustado con creces al descubrir que su hijo no hubiera sido completo dueño de sus actos. Ser Paul no se había mantenido cerca de él durante los días anteriores porque nada más le preocupase su seguridad.

Incluso así, optó por depositar solo un poco de sus esperanzas en su decisión.

— Sabemos que al castellano nunca le agradó en demasía el traidor — le había explicado Richard. —. De hecho, creo recordar que más de un cortesano rumoreaba que solía evitarlo siempre que podía.

— ¿Esa caterva de zalameros? Demasiadas eran las cosas que rumoreaban.

Según Alice tenía entendido, aquellos dos discrepaban en casi todo. El castellano era hosco y si algo no le parecía lo manifestaba sin pelos en la lengua, muy distinto a los lameculos vejestorios de telas finas que los rodeaban.

En aquel punto se preguntó si no había estado basando sus juicios en sus emociones, sin mantener la cabeza fría.

Ser Robert, quién se dio cuenta de su mueca y verdadera cara tras el asunto hizo como si no la hubiese visto. ¿Por qué no todos podían comportarse igual que él? El caballero más cercano a ella siempre sabía perfectamente cuándo sonreírle, cuando mantenerse lejos, cuando no decir nada y solo servir, como si leyese sus estados de

humor tan bien como un libro. Alice conocía su historia, al igual que dominaba la de todos los que le servían. Casi todas ellas eran más gloriosas que extensas.

Ser Robert, en pocas palabras, era el más joven y galante de los ocho. Apenas ostentaba unos treinta años. Se le había pedido que prestase servicio a la Corona a la edad de veinte, después de haber mostrado su lealtad a Leonor, derribando en un atropello con su cabalgadura a un mentecato de baja alcurnia que osó levantar un estilete en contra de su Rey en pleno recorrido por la ciudad. Antes de ello, se había hecho con gran nombradía en torneos de justas, descabalgando a grandes caballeros cuyos nombres Alice nunca se interesó en conocer.

Ser Bowen Threagold, en caso contrario, conservaba mucha más edad, aunque aún le sobraba gallardía. Su mayor logró en vida había sido osadamente comandar la carga de cientos de toneladas de brea y alquitrán en barcas que usarían para herir a *Léviathan* en el puerto de la Capital. También se había hecho con una balista modificada por ingenieros con la que consiguió descargar un puñado de arpones al cráneo de la Bestia para entorpecerla. Y cuando su mejor arma se vio destruida, se dedicó a salvaguardar la vida de quién se encontrase, sacándolos fuera del rango de la Bestia. Uno de aquellos a los que salvó fue el mismísimo padre de Alice, el cual se hallaba herido cerca de la Fortaleza del Vigía. Ser Bowen fue nombrado caballero platinado por petición propia después de haber sido condecorado como un héroe en la batalla. Sin embargo, su gloria no había comenzado aquel funesto día de verano.

Ser Paul Wolkan había abandonado a su familia ilustre, y con ello toda su herencia, a temprana edad, para perseguir las pasiones que su señor padre le prohibía como profesión. Un buen día, hacía dieciséis años, un Christopher Liongborth más falto de cerebro que el actual, lo había encontrado elaborando una espada de magnífica labor en lo que habían llamado «Herrería Artesanal de Alto Arte.» El hermano del Rey se empecinó en comprarle el arma, pero Paul se negó rotundamente, ya que había sido forjada como un regalo para alguien preciado. Al final del día, Christopher lo convenció de llevarlo engañado a la corte, haciéndole creer que exhibiría sus trabajos a todo el que quisiese ver, pero sus intenciones iban destinadas a fastidiarlo y humillarlo hasta tal punto de que perdiese los estribos. Lo cual ocurrió, y no llevó demasiado tiempo. Con esto y una metida de pata del *Caballero Artesano* al escupirlo a la cara, el hermano del Rey consiguió retarlo a un combate por semejante afrenta ante la corte.

Demás estaba decir que, por más instruido que Christopher se hallaba con la espada, Paul Wolkan de familia noble y padre autoritario lo estaba aún más. No obstante, en lugar de cobrarse la vida de Christopher con todo derecho, terminó por perdonarlo y de paso disculparse por lanzarle su saliva y todo su rencor. La espada estaba destinada a obsequiarla a su padre. Y de esa forma, antes de que transcurriese un mes de que a Darren IV se lo llevase una enfermedad lenta y demoledora, ser Paul había sido consagrado como miembro de la Guardia de la Realeza, después de pasar por el debido ritual de caballeros con ayunos, rezos y baños de óleo sagrado y la recepción de los sacramentos. Alice no recordaba exactamente quién había iniciado la petición, pero ciertamente la Duquesa Diane había tomado parte en ello luego.

Y en lo que respectaba a ser James Aulsebrook… Un escalofrío le recorrió la espalda al recordarlo. Alice era incapaz de pasar por alto el incidente de hacía dos días atrás. Los ojos de la Reina habían reflejado asombro, cuando le llegó la advertencia de ser James de que se detuvieran. Luego solo se escuchó el relinchido de su caballo que consiguió suavizar el clamor de la espada al cortar la carne. Y poco tiempo después, el caballero le hubo traído la cabeza del hombre al que había decapitado.

Incluso si nunca había visto a un sujeto como aquel, sabía que distaba mucho de siquiera encajar entre los celtas salvajes. Llevaba extraños símbolos dibujados con cuchillo sobre la piel curtida por la tierra. Se habría preocupado de estudiar su rostro, si no hubiese desviado la mirada del cráneo cercenado que goteaba una sangre más negra que roja.

— ¿Era simpatizante de la Horda de las Bestias? — ser Bowen interpretó las señas de uno de los gemelos Lancaster.

— Un Luciferino, tal vez — anunció ser James, quién sostenía lo que quedaba del hombre por los cabellos sucios. Lo tiró al suelo, y la cabeza cayó rodando. — Se encontraba solo, de eso sí que estoy seguro. Intentó correr, pero como veis no llegó lejos.

Resultó cierto que el indeseable se había hallado completamente solo, puesto que no se encontraron con ningún otro aun cuando rebuscaron por la zona. En aquella oportunidad, la Reina había agradecido esto, así como también agradeció que el caballero hubiese tenido el detalle de indicarle que le tapara los ojos a Elliot si así lo deseaba.

— ¿Seguro que lo acabáis de matar, ser? — le había preguntado Alice con una mano sobre la nariz. — Apesta cómo si llevase semanas pudriéndose. — En cualquier momento, el rastro sanguinolento que había dejado comenzaría a atraer moscas.

— Magia de sangre. — apuntó ser Paul con gesto de asco.

¿Era posible? No lo parecía. Aquella magia era poderosa, portadora tanto de grandeza como de desgracias, enfermedad y muerte.

— Puede que no, ser. Quizás artes más oscuras. Necromancia, por ejemplo — le sorprendió en abundancia que Richard supiese aquello. El muchacho se persignó como si fuese muy devoto. —. Nada más mirad como el trato con el Diablo lo ha corrompido.

— Precisamente por ello pienso que era un Luciferino. — concluyó ser James.

De vuelta a una realidad fuera de los recuerdos, Alice se le quedó viendo al Príncipe Heredero con gesto dubitativo, mientras los demás parecían haber echado al olvido aquel suceso. Con ocho espadas nobles a su bando había podido dormir por ratos con un ojo abierto, pero entonces conservaba menos caballeros para resguardarla a ella y a los suyos. Pero Richard era como cualquier otro joven al final del día, siempre creyéndose que era inmortal.

Los historiadores referían que los Luciferinos eran una secta de dranovenses practicantes de herejía que se amontonaban por cientos en el bosque para perpetrar sacrificios, rezos y rituales satánicos en nombre de Lucifer. Desertores de toda norma establecida, los había proscritos en sitios remotos del país y también quienes

aparentaban hacer vida común entre el vulgo de las ciudades. Era todo lo que sabía al respecto, y aquello era más que suficiente. Sin embargo, antes se habría animado a pensar que solo rondaban cerca de *Wickedforest*, donde moraban los Lucifersons. Lo más seguro era que estos engendros e incivilizados no les llegasen ni a los talones al riesgo que siempre habían representado los celtas, diez veces malditos fueran, pero eran una plaga más que no estaba dispuesta a tolerar.

En los tiempos que corrían, ser Rey o Reina era cómo jugar con fuego, con tantos paganos de malos tratos y costumbres yendo de aquí para allá, haciendo caso omiso de las leyes de la Corona. « Celtas, vikingos y Luciferinos por igual — Anhelaba con visitar el lugar de descanso eterno de Leonor, de Darren IV, y de cada condenado Rey que hubiese venido antes que ellos, para nada más escupir sobre sus tumbas por haber hecho poco o nada por deshacerse de aquella peste que cercaba su reino. —. Son bestias tras un velo de humanidad a las que se les ha suprimido todo raciocinio.»

De la aversión que le generaban, juró para sus adentros que desvanecería de la faz de la tierra a cada salvaje tan pronto acabase aquella guerra y tan pronto iniciase la siguiente. En posición de Reina Madre, lo conseguiría. De su hijo era la Potestad Real de ahora en adelante. Con suerte, Raymond ya le habría quitado al estorbo que era su padre del camino.

No le desagradan por no compartir su religión, de esto Alice estaba segura. Aquel sentimiento básico y simplista se reservaba para hombres y mujeres de menor envergadura como el arzobispo Headmund y toda su junta de acólitos endebles.

Sus deseos por un techo seguro tan extensos eran como el cielo azul que se posaba sobre su cabeza. Lo que daría Alice a cambio por llegar antes del siguiente día... Todo el oro y joyas con los que no cargaba. Casi de rebote su pensamiento fue a caer sobre las historias que versasen sobre personas, en especial celtas, que guardaban cierta afinidad con otros mundos y las criaturas que habitaban en ellos.

De este modo, se pensaba que existían maneras para que un grupo pequeño de viajeros se moviese con rapidez de un extremo a otro del país. Era posible cubrir grandes distancias en una fracción del tiempo, eludiendo los desvíos que pudieran provocar bosques, ríos y montañas.

No conocía del todo los detalles ni los procedimientos para abrir a sus pies estos atajos. Pero aun teniendo los conocimientos en su haber, Alice no se atrevería a jugar con fuerzas de lo oculto. Y mucho menos los hombres que la acompañaban.

Esta vez montaron el campamento y dejaron descansar a sus monturas una hora de oscuridad más allá de la puesta de sol. Luego de la frugal cena, ser Robert se le acercó con una exótica petición: el viejo Jerome Callaghan solicitaba audiencia con ella. No se encontraba ni de cerca del mejor humor, puesto que sabía de antemano que aquella noche tampoco pegaría ojo. Y, por si fuera poco, minutos antes había sorprendido al paladín y a ser Paul en plena conversación en la que cierto hombre hubo sido mencionado.

— Caballeros — les escupió, irritada, a lo que ser Paul interrumpió a ser James cambiando de tema. Pero ya era tarde, Alice había salido disparada de entre los

matorrales al escuchar el inicio de la conversación. —. No quiero que se pronuncie ese infame nombre a menos que sea para darme la noticia de que el traidor ha muerto.

« De seguro vendrá a quejarse », pensó. Sentía cómo la cabeza le punzaba a horrores, producto de su malestar y la falta de descanso. Se llevó las manos a las sienes para darse un masaje. En aquel momento, codiciaba nada más un trocito de aquel hongo con el que Connor Bressler había mandado a volar en sueños a ser Covan. Su hijo había salido en su búsqueda en compañía de uno de los Lancaster, pero Alice no se hacía ilusiones al respecto.

— Traedlo. Qué sea rápido.

Y así fue. En cosa de nada se encontró ante ella, al otro lado de la fogata, escoltado por el caballero; su favorito.

— Alteza. — saludó el soldado.

— Qué sea rápido. ¿Qué queríais de mí?

— ¿Os encontráis bien? — inquirió en un tono inocente cuanto menos molesto.

Le preocupaba con creces que su salud y aspecto se avinagrara de tantas inquietudes aguantar.

— ¿Os parece? — Alice levantó la vista, solo para descubrir que el aspecto de Jerome lucía en peores condiciones. Su tez, en lugar de rosada como siempre, yacía amarillenta. Tenía la frente bañada en sudores, incluso sin llevar puesta la capucha en aquella noche fresca. — Si me hartase de vino, tal vez conciliaría el sueño. Sin embargo, vos y vuestra herida se lo acabaron casi todo, soldado.

— Me apena saber que haya sido desperdiciado, Alteza. Cómo lo lamento.

Se había encogido de una pena aparentemente genuina, pero Alice no les prestó su compasión. Por el contrario, echó un vistazo a su pequeño Príncipe, dormitando envuelto en una manta bajo la tienda. Y aunque dio gracias al Cielo, porque al menos él pudiese descansar sin preocupaciones, habría deseado estar en su posición.

— ¿Qué queríais? — le repitió, conservando la poca paciencia que le restaba.

— Confesaros algo — dijo, apenado. —. Algo que vi y no os conté de inmediato. Porque no estaba seguro. Y claro, también vengo a rogar vuestro perdón.

— Entonces tomad asiento — Al instante siguiente lo recordó. Ella ya no era quién para indultarlo. —. Esperad, si una audiencia es lo que queréis, ¿por qué no aguardáis a que regrese mi hijo? Es el Príncipe el que está al mando.

— ¿De verdad? — Pareció sorprendido. — Aun así…

« Lo desconocía », se enteró. Por supuesto, con tantas guardias nocturnas iba medio dormido durante el día y también lo apartaban lo máximo posible sin necesidad de perderle el rastro. Además, su padecimiento lo estaba consumiendo lento pero seguro.

— ¿Os molestaría…? — siguió, con lo que Alice le indicó de nuevo que se sentara junto al fuego. — Quise decir, Alteza, ¿os molestaría a solas?

« Qué más da. Ni lleva armas. Dudo que, de tenerlas, tuviese las fuerzas. » Por lo que le hizo un gesto a ser Robert para que se retirase.

— Como gustéis. Siempre estoy cerca, mi Reina. — le dedicó una mirada al soldado antes de marcharse.

Antes de ir al asunto principal, le habló acerca de otra menudencia. Una que con razón versaba acerca de la tirria que le profesasen algunos caballeros y la corazonada a la que había llegado en sus noches de vigía sobre una maquinación que se había montado para deshacerse de él. Alice por mera cortesía esporádica y barata apaciguó sus ánimos.

— No me atrevo a inculpar ni a señalar a nadie, pero… — continuó diciendo.

— Basta de eso, Jerome. Por favor — La sonrisa afloró gracias al engaño y no por otra cosa. El muy imbécil parecía confiar en ella. —. Alucináis al respecto, pienso. Decidme a lo que verdaderamente habéis venido. ¿Cuál fue el secreto que guardasteis?

«*El Que Nunca Miente*», lo había nombrado su hijo, pero en realidad solamente él le llamaba de esa forma.

— Bueno, Alteza… — Suspiró, nada apaciguado. — Connor Bressler.

Alice pestañó repetidas veces de incredulidad. Fue todo oídos y mente para él.

— Soltadlo. — le increpó al cabo de un rato.

No obstante, no se confesó de inmediato. Primero, se llevó la mano sana a la cintura, y después sacó un trozo de tela blanca arrugada y destejida de su bolsillo. No sabía en qué estado se encontraba su otra mano bajo los vendajes ni le importaba.

— Como bien sabe Vuestra Alteza, rescaté de la ciudad a un niño y a un adulto — Su rostro de vergüenza era inadmisible, tanto que no se atrevía a mirar a los ojos a su Reina. —. Uno estaba herido en la cabeza y el otro desgraciadamente recibió una flecha en la pierna mientras escapábamos… Alteza, esto no es más que una especulación, pero… Bueno, no veo otra forma de explicarlo.

A la luz trémula de la fogata a Jerome se le notaba incluso más tembloroso. Una malla de dudas le abarrotaba los rasgos debilitados. De forma que Alice se puso en pie, y rodeó el fuego para encararlo desde arriba. La Reina era una mujer alta, pero no se sentía como gigante hasta que presionaba a un hombre para intimidarlo. Aquello le producía un placer irreprimible. Lástima que el soldado se levantara prontamente, pero aún con ello, Alice le sacaba un dedo de altura.

— Miradlo con vuestros propios ojos — Y le tendió el trozo de tela. De cerca pudo observar que también estaba manchado, de manera que no lo tocó. —. Estaba perdiendo mucha sangre, sangre roja al principio, por lo que el niño se había encargado de hacerle presión detrás de la cabeza para que no se desangrara… De un momento a otro, el sangrado paró. Justo a tiempo, porque Abel estaba demasiado ocupado preocupándose de su propia pierna. Pero la sangre roja de aquí desapareció y se tornó blanca.

El comentario le heló la sangre. Se hizo con el trapo por fin, pero no consiguió decir nada al respecto.

— Las sombras de la noche no me permitieron apreciarlo en aquel momento — siguió, cuando la mano quedó desnuda. —. Lo guardé, y no me percaté de él hasta que ese... — Lucía como si no diese con la palabra adecuada. — Hasta que Connor se hubo marchado con Atenea.

Habría seguido sin habla, si la austeridad no le hubiese ganado la partida al sobresalto que había nacido primero.

— ¿Y por qué lo mantuviste oculto hasta ahora? — le increpó con la rabia derramándose en cada palabra. — Pudiste haberlo dicho en cualquier mísero segundo. — Jerome pareció no tener respuesta. Quizá el viejo simplemente estaba asustado. — Dios Santo, claro que el desgraciado era un brujo. — Rio ligeramente por no llorar, rozando la histeria. « ¿De qué otra forma habría conseguido salir ileso de un combate contra un caballero y dejar inconsciente como si nada a otro? Y Atenea… La encontró en el bosque tan hábilmente en unos minutos » Pero su sonrisa nerviosa murió cuando se encontró con la voz del viejo soldado.

— No me lo cría, Alteza. Era impensable y tampoco estuve muy seguro hasta que me comí la cabeza de tanto pensarlo. También es que… me sentí agraviado conmigo mismo — Plantó una rodilla en tierra en muestra enfática de arrepentimiento. —. Admito que estuve tan orgulloso de por lo menos haberlo salvado a él, que al principio no pude con la idea de que era en verdad un desagradable brujo y no un hombre de dios, uno de los nuestros. Cometí un gravísimo error y ruego que me perdonéis.

Era un brujo. La Horda estaba repleta de ellos. ¿Connor pudo haberse ido para informar de su posición? Su historia corroboraba que no era un celta. Pero eso no significaba que no simpatizase con la causa de ellos. ¿O había algo que no estaba viendo?

Y la insana paranoia se apoderó de Alice Liongborth una vez más. En el fondo, en su lado más cuerdo, sabía que era la ocasión perfecta.

— Ser Robert ¡Ser Robert! — llamó.

— Connor ya se había ido lejos y vos teníais un plan — prosiguió a la desesperada, levantándose, mientras el caballero se aproximaba a ellos a la carrera. — ¿Cuál era el punto de informároslo de inmediato, Majestad? Alteza.

— Ser, vuestra espada — exigió Alice, con lo que no dudó dos veces en desenfundar y apuntar al viejo consumido por la desilusión. —. Este hombre nos ha mentido a todos. Ha incurrido en traición, encubriendo el crimen de alguien más.

— Aguardad, yo no os he mentido — musitó al borde de las lágrimas. —. No me matéis, por favor. Os he servido.

— ¿Mataros? ¿Así de rápido? Claro que no. Vuestro crimen ha sido horroroso a ojos de Dios, y merece ser castigado de la misma forma. Ser Robert, sacadlo de mi vista y del campamento. Tratad de no asesinarlo en el intento, el hombre ya está condenado a morir por su herida. Quiero que vague por el bosque en sus últimos días, y muera en soledad, sufriendo y pensando en lo que hizo.

— No os mentí, quería ganarme vuestra confianza — lo escuchó decir mientras el caballero lo hacía retroceder a punta de espada. —. Vuestro perdón, porque de verdad le soy leal a los Liongborth.

Alice se volvió con media sonrisa dibujada en los labios, y arrojó el cacho de tela manchada al fuego mientras pensaba si algún día tendría la oportunidad de usar esa pieza a su favor. «Soy una Liongborth de nombre y poco más, soldado. Nací siendo Alice Marshall. »

# Vyler V

La puerta se abrió, chirriante, desde dentro. La mano de uno de los Caballeros Platinados lo empujó hacia delante. Vyler no supo cuál de todos los traidores al Reino lo había escoltado hasta la entrada de la torre. Desde el intento de escape de Konash y los hombres de su compañía, a sus captores se le aflojaba la mano al menor gesto, y puesto que a Vyler se le translucía todo su desprecio en el rostro, había concluido no mirar al enemigo a los ojos. Se limitaba a verlos a la altura del peto, pero sin nunca llegar a bajar la mirada del todo.

— Maine.

En cambio, tuvo que levantar la vista rápidamente al oír su voz. Fue más un gesto instintivo que uno de estupor. Sabía que aquel hombre recorría el castillo como un lobo en busca de su presa. Hacía veintidós años que lo viera por última vez, pero su aspecto no había cambiado demasiado. Aún seguía teniendo toda la pinta de mala persona estampada en su faz. El tiempo no le había traído justicia. Tan solo le había regalado unas arrugas y un par de cicatrices. En presencia de otros, no tendría que llamarlo Raymond. Tampoco se referiría a él como Majestad, y mucho menos como ser Raymond. No se merecía ninguno de sus títulos.

— Ser Vyler, hijo de ser Vyken, de la Compañía de Escoltas Maine — dijo riéndose con una amarga risotada — ¿Dónde está tu padre ahora?

— Muerto.

— Veo que el tiempo se me adelantó. — Y una mueca de disgusto le borró la sonrisa.

— Murió feliz — añadió Vyler, como intentado remover el cuchillo entre sus entrañas. —, satisfecho de todo lo conseguido en vida.

El traidor torció de nuevo la boca, sopesando el comentario, antes de echar a reírse, mientras se acercaba. La suya era una risa muy profunda, ahogada en la garganta, casi como el gruñido de un animal a punto de atacar. Como si deseara arrojársele encima en cualquier segundo.

— No tengo nada en contra de tu hijo o de tu hermano, pero si presenciar sus muertes consigue herirte, los mataré con gusto. ¿Dónde está el crío?

Vyler estaba libre de sus cadenas, pero incluso las cadenas habrían podido servirle como armas en aquel momento.

— Doy gracias a Dios porque esté fuera.

— Se fue con Logan, entonces… Tienes una esposa y una hija — Y giró su cabeza hacia el sujeto que había abierto la puerta. —. ¿Las encontraste ya?

— La casa está vacía.

La base de la torre estaba bien amueblada e iluminada por candelabros y fungía como una especie de antesala para el resto del fortín. Un lugar cuanto menos peculiar había elegido Raymond para matarlo, o por lo menos torturarlo.

— Y vaya casa de seguro que es, Maine — continuó diciendo, intentado ocultar la amargura tras un diáfano velo de tranquilidad. —. Viviendo de las ganancias de tu compañía de escoltas.

— He dedicado la vida a causas tan justas como generosas. A diferencia de otros.

— Continuad buscando a la familia — ordenó, sin hacer apenas caso de lo que Vyler le decía. —. A la niña solo la mataré. Por otro lado, a la madre le haré primero sufrir ante tus ojos.

«No las encontrareis. — le hubiera gustado añadir en voz alta. — No a mi Grace y Elizabeth.»

— Déjamelo un par de horas. Le sacaré todo lo que sabe. — mencionó con astucia, el súbdito de Raymond. Celta, pudiera ser, aunque vistiera como un hombre civilizado.

— No, no haré que lo torturen — apuntó Raymond calmadamente. Giró una silla y se sentó a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo, y le indicó a Vyler que tomara asiento. —. Te necesito, Vyler, en plena forma. Una vez me convierta en Demogorgón, destrozaré solo con mis manos a toda tu compañía, a todos los hombres que te han seguido, incluso a todo aquel que se haga llamar «ser» que consigamos. Cien hombres armados, cien caballeros, contra un único semi-dios. Tu hermano no tuvo nada que ver en lo que ocurrió aquel día, pero dicen que es el mejor espadachín de este reino y puede que de este lado del mundo. También lo destriparé en el campo de batalla.

Raymond o Rex Azus, como también gustaba que lo llamaran, se le mantuvo viendo. Quizás aguardando una réplica o, simple y llanamente, disfrutaba de cada segundo de su venganza. Después de dos décadas rogándole a Dios para que le quitara la vida y lo arrojara a los Infiernos, lo tenía delante, más vivo y fuerte que nunca, cara a cara, a pesar de todas las atrocidades que había cometido.

— Dile a tus hombres que revisen de nuevo la residencia. De pies a cabeza. El ático y el sótano también. Y todas las casas de alrededor — Cuando el súbdito salió de la torre, Raymond puso de nuevo sus ojos negros sobre él. —. No te haces a la idea de cuantas ganas tengo de desmembrarte aun estando vivo. Pero he esperado esto durante mucho tiempo. No me importa esperar una semana más.

— ¿Eso es lo quieres? ¿Convertirte en un demonio en cuerpo y alma? Vas a morir contra la Bestia. — El desprecio que su boca conseguía oprimir se le escapaba por los ojos. Y por más que Vyler intentara fusilarlo con la mirada, Raymond no parecía reaccionar con la misma agresividad de sus hombres.

— Poco probable. Aunque toda acción que cometes trae consigo un riesgo. Y aquí estoy. Todavía en pie de lucha. ¿Crees que me importa si me muero en el intento? Me quitasteis todo lo que tenía. Mi libertad, mis posesiones, todos mis deseos, hace más de veinte putos años, y ahora a la mujer a la que amo.

— ¿Está muerta? ¿Aloy? — El golpe que le asestó el pecho fue frío y contundente, pero dejó atrás una extraña sensación de alivio. — Que Dios la tenga en su gloria. Mejor en el Cielo que al lado de alguien como tú.

Por fin, el rostro de serenidad del traidor se inmutó. Se echó hacia delante en la silla.

— ¿Sabes qué? Voy a desmembrarte, brazos y piernas. Tengo a un hechicero de sangre que podrá mantenerte con vida, mientras te torturo. Verás todo lo que voy a hacerle a esta nación de mierda, y sabrás que has tenido parte de la culpa. — Iba diciendo, como deleitándose de alegría con cada palabra. — Voy a masacrar a la Casa Real de los Liongborth. Voy a borrar la estirpe de los Maine. Eso será lo más sencillo, lo más rápido. Luego, me dedicaré a arrasar con la Iglesia Cristiana, no solo en Dranova; en todo el continente. Puede que incluso haga desaparecer todo linaje y toda costumbre de esa isla de la que formaba parte tu pueblo. Solo por diversión. — Hizo una pausa, removiéndose como entusiasmado sobre el asiento. — ¿Qué haré después? La vida de un Demogorgón es longeva. Dedicaré la mitad de todo ese tiempo en encontrar a Atenea Pryce.

«Atenea, niña, eres muy joven todavía para morir. Espero que estés con vida. Segura. Lejos de aquí». Le vino a la mente la imagen de la pequeña durante su bautizo. Y pensar que no la había vuelto a ver hasta unos pocos días atrás.

— ¿La conoces? — inquirió Raymond, arqueando las cejas. No aguardó respuesta. — El Infierno ha caído sobre la tierra, Maine. Voy a encontrarla. Y esta vez no habrá Iglesia, no habrá Maine, no habrá Corona que me lo impida. Tendré todo de vuelta. Mi libertad, mis riquezas, más tierra y poder que lo que mi Casa alguna vez tuvo. Tendré de vuelta a la mujer a la que amo, o al menos lo que queda de ella.

Se concentró en el peso de la cruz de plata que llevaba escondida bajo la ropa, sobre su pecho, a modo de llenar aquel vacío. Si Aloy realmente estaba muerta, Marcus se habría ido junto con ella. Era una apuesta casi segura, y Vyler lamentaba que su pesimismo tuviera las de ganar. Su buen amigo de la juventud. Si resultaba que era verdad, Atenea estaba sola en el mundo. Una espada y un escudo era todo lo que la chica tenía para apoyarse. Ojalá Dios también le otorgase gran habilidad y fuerza.

— Sigues viviendo del pasado. Necio, insensato, sin honor. — le reprochó Vyler, moviendo la cabeza con pesar. — Todos estos años no te han servido para admitir tus propios errores. Traicionaste tus votos y mataste gente para escapar.

— El único error que cometí fue el de ser demasiado joven, demasiado estúpido, cuando pronuncié esos votos. Me endulzaron el oído con palabrería, con mentiras. Me dieron falsas esperanzas. Y no encontré más que desilusión. Solo pretendía renunciar a mi antigua vida, y vosotros no lo quisisteis así.

Aquel autoproclamado Rey que tenía delante había cambiado su espada platinada por un arma símbolo de los celtas, pero seguía siendo el mismo hombre. El mismo desgraciado sin corazón.

— Un buen hombre, un caballero de verdad, no haría nunca lo que hiciste — dijo derramando repugnancia sobre cada palabra. — Te llevaste a una mujer a la fuerza como rehén. Era inocente, estaba indefensa. Lo que le hicisteis pasar…

— Mentiras — gruñó entre dientes, incorporándose de la silla. — Mentiras proferidas por un Rey, para difamarme — Raymond se dio la vuelta, y desechó la idea con un gesto de mano. Vyler creyó entonces que el traidor iría a por la espada apoyada en la mesa, de manera que se levantó lentamente y recorrió la habitación con la mirada

en busca de un arma, pero en su lugar no encontró más que confusión. Raymond ignoró la espada, y se quedó observando con melancolía el mechón de pelo rubio sobre la mesa. — Una mujer así de hermosa, desprotegida… ¿Sabes lo mal que lo pasó antes de que yo llegara? Hice todo lo que pude para velar por su seguridad durante medio año. Cuando decidí irme, la llevé conmigo. No iba a dejarla sola ni tampoco que volviera a servir en mesas de otros nobles. Iba a darle una buena vida, con todas las riquezas de la Casa Hailstone. Riquezas que me pertenecían.

— La violaste.

Vio su cuello hincharse de la ira, cuando se dio la vuelta. Apretó la mandíbula.

— No lo hice.

— Hablo en palabras de ella. La mantuviste cautiva. La torturaste, no físicamente, no querías estropear su cuerpo, sino su mente. Ella se rehusó…

Oprimió los dientes, como intentado tragarse el grito que estaba por surgir. La cicatriz de debajo de la oreja le llegaba hasta su mentón, y parecía deslizarse mientras rezongaba. Aquella marca era el recuerdo grabado en su piel de la salvación, de su suerte en el combate, y el eterno remordimiento de ser Vyler como caballero. Si el filo de su espada hubiera calado unos centímetros más, o si tan solo Raymond no hubiera ladeado la cabeza en aquella pelea, ninguno de los males que azotaba la ciudad habría ocurrido. Raymond habría muerto antes de siquiera unirse a los celtas, y Marcus y él habrían vivido en paz el resto de sus días.

«Fallé. Y porque poco». Marcus había sido tan buen espadachín como Vyler. Sin embargo, Raymond siempre se había desempeñado mejor que todos los demás. Había hecho falta que ambos lo arrinconaran aquel día en el lago *Halfmoon* en un duelo dos contra uno, e incluso así no consiguieron detenerlo.

— Claro que se rehusó — comenzó diciendo Raymond al cabo de un rato. —. Solo al principio. Porque tuve que matar a un par de hombres ante sus ojos. Dos caballeros platinados que me perseguían. Entró en pánico. Creyó que estaba loco, aunque lo hiciese por los dos. Y no la culpo. Era demasiado buena persona, pero eso me gustaba de ella. No teníamos tiempo, así que me la lleve a la fuerza. Le tomó días aceptarme de buena gana, aunque nunca me volvió a mirar de la misma forma.

El traidor se quedó observando a la nada, con un rostro de pronto cansado. Se hizo un silencio de muerte hasta el instante en el que se escuchó la puerta abrir. Era el guardia de antes, quién había regresado.

— Raymond… — dijo Vyler con cautela. —. No vas a conseguir todo lo que te propones. No necesito recurrir a Dios para saberlo. Ningún hombre consigue todo lo que se propone.

— Ya perdí la paciencia contigo. Después de veinte años en el exilio, esta es una de las primeras veces en las que puedo intentar defenderme de las acusaciones. Debería sentir ira, al menos decepción, de que gente como tu deseche mis testimonios con tantísima facilidad, salvo que no es así. Siento alivio de por fin poder defenderme. Mis pecados no son ni la mitad de lo que me acusáis vosotros, ni mucho menos la mitad de atroces. Sin embargo, vivirás lo suficiente como para ver todos los demás pecados que

estoy dispuesto a cometer ahora. No era tan malo como pensáis, pero puedo llegar a serlo, incluso más de lo que imagináis, Dranova. — Y le hizo una seña al guardia para que se acercara.

— Espera — añadió, cuando Raymond estaba por irse. — ¿Quieres hacer frente a cien soldados a la vez? Todo caballero al que quieras desafiar, y eso incluye a mis hombres, necesitarán más agua y comida, con los que llegar fuertes al día del enfrentamiento. Si estás tan confiado, puedes darnos eso.

— Bien.

— Estar sentados y encadenados no le hacen bien al cuerpo. Déjanos recuperar forma, aunque sea a través de trabajos forzados.

La suya fue una corta y profunda risa, casi gutural, antes de dedicarle una última mirada.

— No hay honor ni orgullo que valga en la esclavitud, ser Vyler. Pero… ¿Cómo ibas a saberlo? Nunca has puesto tu vida entera al servicio de alguien más.

Raymond salió por la puerta, mientras uno de sus súbditos lo cogía del brazo y lo instaba a que subiera los escalones que llevaban hacia solo Dios sabría dónde. Dejaron atrás el vestíbulo.

«Mi padre, el Rey Leonor y su padre, ser Arthur, Aloy y mi buen amigo Marcus… Somos pocos los de la antigua generación que aún continuamos aquí».

A través de una escalera enroscada, subió conducido por el guardia hacia el primer piso de la torre. La habitación que apareció delante lucía como una especie de limbo perdido en el tiempo. Era una estancia amplia, de color gris, en forma circular. Los sirvientes de la Corona, ahora convertidos en siervos de la Horda, desempolvaban el mobiliario bajo luces mortecinas. No había soldados entre ellos, y aun así estos buenos hombres y mujeres obedecían al silencio y a la tranquilidad de su labor. Vyler recibió con un suspiro de alivio la mirada de un rostro conocido. Nora, su antigua criada, seguía con vida.

El celta lo empujó con una mano para que siguiera su camino al segundo piso.

Los sonidos que rebotaban en los muros precedieron a las mil y una perversiones que se cocían en aquel lugar. La sala era un despilfarro de inmoralidades, donde hombres y mujeres se habían abandonado a la más absoluta depravación de sus carnes, donde los gemidos de dolor y chillidos de placer se hacían escuchar a partes iguales. Era como estar en el averno, que para monstruos como aquellos era un lugar al que llamaban costumbre. Mirase hacia donde mirase, tenía lugar una desgracia. Vio como dos mujeres eran obligadas a darse amor usando sus manos ante la amenaza del hacha de lascivos soldados. Vio a tres hombres arrinconar a un muchacho al fondo de la sala y levantarlo en brazos para practicar con él la sodomía y la humillación; a otro, ser bañado en fluidos, en contra su voluntad. Vio también allí a mujeres demasiado jóvenes como para entender lo que estaban haciendo con sus cuerpos; y otras, que eran incluso demasiado mayores como para volver nunca a ser madres. Y los había, además, desvergonzados quienes cuyo umbral del placer solo se alcanzaba violentado a látigos a sus víctimas.

Paganos, impíos, aquella era la manera que tenían de honrar a sus demonios; la única forma que los salvajes concebían para comportarse. Hubo tiempos, no muy lejanos, en los que la Capital era considerada por muchos un pequeño paraíso en la tierra.

«Y estos malditos la han convertido en la Capital de los Infiernos.»

Su lado más piadoso lo hizo volver el rostro con asco, en busca de alivio en su mente hasta recordar que había conocido martirios mucho peores, como las escaramuzas de una batalla, cuando la mitad de los combatientes yacían en el suelo muertos o moribundos, pisoteados por los que aún quedaban en pie.

Esta vez, el celta que lo acompañaba no lo apremió de inmediato para que continuara subiendo. En cuanto al tercer piso, había quienes aún celebraban su victoria, ocurrida hacía ya más de una semana, surtiéndose con todo el exceso de comida y bebida que se había producido durante las cosechas. Sus enemigos comían de grandes manjares, como una manada de cerdos y jabalíes cebándose con las carnes de otros animales más nobles que cualquiera de ellos. El olor de la comida lo hizo darse cuenta de lo hambriento que estaba. Y rumió con tristeza el hecho de que la ciudad había caído durante el Festival del Otoño. Para aquel entonces ya estaban entrando en el invierno, y las fiestas tradicionales no habían llegado a tener un cierre digno.

«El bendito festival… Solían ser los días más felices de la ciudad. Los de mayor abundancia. Solíamos dar gracias al Cielo, en lugar de pedirle ayuda.»

En el cuarto piso, tres hombres separaban las monedas de plata de las de oro, y las arrojaban a sus respectivos cofres, mientras otros dos sujetos no se ponían de acuerdo en las cantidades que debían repartirse aquel pequeño trozo del saqueo. Antes de perderlos de vista, advirtió a una chica llevarse una mano rápida a la cintura, cuando pasaba por la mesa. Alguien la pilló y la señaló con una mano para que todos la vieran. El guardia que iba con Vyler rio.

Y la pelea por las monedas que no alcanzó a ver, se hizo presente en el piso de arriba, donde un puñado de bárbaros discutían acaloradamente. No llegó a saber el motivo. El celta era un idioma que a sus oídos era extraño y, a la vez, desagradable.

El sexto círculo de la torre encontró a Vyler preparado para lo que fuera. De entrada, parecía tranquilo, casi vacío, salvo por un grupo sentado a una mesa. El guardia saludó a una tal Iloura y una chica levantó la mano en respuesta. Vyler había conocido sus aficiones, aunque no su nombre. Era una mujer joven, con un extraño gusto por el fuego. Una bruja. Una hereje, al igual que su amigo sentado a su derecha. Hilillos de sangre habían salido de sus dedos la primera vez que la vio, trazando en el aire un hechizo de los que traían muerte y peste destructora. Si no estuviera con la boca tan seca, Vyler habría escupido al suelo.

Un momento más tarde, en el piso siguiente, estalló una pelea entre un hombre y una mujer. Ninguno llevaba armas a la vista. Se batían a duelo a puño limpio, propinándose una patada alguna que otra vez. Los celtas de alrededor no intervenían; al contrario, celebraban la violencia con gritos de aliento y una mano al aire. ¿Qué otra cosa se podía esperar de los salvajes? Según tenía entendido, entre los de su calaña las

mujeres, e incluso los niños, no constituían una excepción. Importaba poco quienes fueran. Tenían la imposición de dar palizas o en cambio las recibirían. Desde pequeños se les criaba como iguales y se acostumbraban a vivir de la misma cruda y brutal forma.

Para cuando se hallaron en el penúltimo piso de la torre era tarde para sentirse atormentado o mínimamente sorprendido. Reconoció al *Ariete* por su pelea contra la hija de Marcus Pryce, pero el rostro que más llamó su atención fue el de otro malnacido igual o peor que este. La escalera enroscada había llegado a su fin, de manera que el guardia lo apuró a que se adentrara en la sala presidida por una docena de soldados jugando a las cartas. Vyler se concentró en el hombrecillo encorvado sentado a la derecha del *Ariete*. No iba a olvidar su faz, aún después de medio año de aquella jugarreta: con una pelusa de cabello en la cabeza y otra pelusa sobre el labio y ojos inquietos.

— Me pregunto si eres un celta o simplemente un puto traidor — le soltó sin pensar, con la sangre hirviéndole en las venas. —. Da igual. En cualquiera caso, no dejas de ser un mierdecilla tramposo, un sinvergüenza.

Lo había timado con cincuenta monedas en una apuesta jugando a los dados. Estaba seguro de que había hecho trampas. ¿Si era un celta como los demás, cuanto tiempo llevarían planeando el ataque? ¿Cuánto tiempo llevarían infiltrados?

— ¿Oíste eso? — preguntó un soldado dando un codazo a alguien más.

— Rowan. — dijo *el Ariete* como protestado.

— Haz que se entere. — agregó el primero de ellos a un Rowan confundido, que miraba a todos lados como en busca de una explicación. Quizás no se acordaba en específico de Vyler, con tanta gente que habría defraudado con el mismo truco.

— Sí, qué se entere. — resolvió decir de un momento para otro, con su voz afilada. Dio un manotazo en la mesa y saltó para lanzarle un puñetazo en el rostro a Vyler.

No tuvo tiempo de reaccionar y esquivar el golpe, aún debilitado por el cautiverio, pero al menos al que llamaban Rowan tampoco la fuerza necesaria para aturdirlo. Los soldados rieron en un principio, luego su carcajada se transformó al unísono en una protesta, una vez Vyler se arrojó sobre Rowan. Sin embargo, lo detuvieron antes de que pudiera devolverle el golpe.

— Se acabó. No me des más problemas, maldita sea — protestó su escolta, mientras ponía su cuerpo en medio de él y los amigos de Rowan. Lo empujó lejos de ellos. —. Sube, joder.

Había sido imprudente, había sido estúpido, y no había logrado más que hacer que le sangrara la nariz. Pero la impotencia, la vergüenza de estar encerrado por sus enemigos y con todo lo visto abajo… Le habían calentado los ánimos. Era demasiadas las atrocidades que cometían a sus anchas sin pagar por ello.

En breves, ascendieron por unos escalos de piedra que daban al último piso.

— Venga. No te acobardes — escuchó decir de una mujer al otro lado de la puerta. — Ya te he dicho que el riesgo es mínimo.

Junto a la puerta de madera había una ventana sin postigos que daba hacia la oscuridad profunda de la noche. A Vyler le recorrió una sensación de extrañeza en todo

el cuerpo al ver a un jilguero posado en el alfeizar. Cantó una vez y después echó a volar, asustado por el rechinido de la puerta.

Fue un suceso raro. ¿Cantos del amanecer en plena noche? Mal augurio.

— ¿Y a vos qué más os da si vivo o muero, lady Blood? — Aquella voz.

«Edward», pensó con animosidad.

— El viejo nos enseñó que si podemos curar a alguien es nuestro deber hacerlo — iba diciendo la chica. —. En tanto no sea, claro está, un enemigo. Y tú, Eddie, eres un aliado. Nada de esto hubiera sido posible sin ti.

— Mi lady es muy considerada, pero la respuesta sigue siendo un rotundo no.

— Por favor. — rogó juntado sus manos, como si rezara.

— No.

— Por favor.

— No.

— Dame una oportunidad.

— No insistas más, hechicera.

— Maestro de Hechiceros desde ahora — se quejó ella. —. Y no podría ser Maestro de Hechiceros sin ser buena en lo que hago. ¿Tienes ganas de morirte, Edward? La vida está llena de posibilidades.

«¿Hechicera?», se guardó para sí. La observó con ojos concienzudos. Parecía una mujercita indefensa. No muy alta. Ni abultaba gran cosa. Y encima, se vestía de una forma en la que una niña como Grace lo haría.

— Por enésima vez, Mary…

¿Mary? ¿Aquella bruja? Sonaba como una broma de mal gusto.

— Ya, ya… Eres un cobarde y no entiendo por qué. Vas a morirte de todas formas. En mitad del experimento o en la última etapa de tu enfermedad.

Y por fin, el mayor de los traidores reparó en la presencia de Vyler.

— Déjanos. — le anunció a la chica.

Mary se dio la vuelta con un suspiro, y caminó hacia la puerta, estudiando al caballero de pies a cabeza. Sin embargo, en lugar de retirarse, se detuvo ante Vyler mientras lo olisqueaba. Sintió un escalofrío cuando la bruja puso aquellos ojos fríos como hielo sobre él. Los agujeros de la nariz se le abrían y cerraban, mientras aspiraba. Y de un momento a otro, resolvió estirar una mano hacia la cara de Vyler. Tanta era la diferencia de altura que la chica tuvo que ponerse de puntillas para alcanzarle la nariz, y limpiarle la sangre que le caía sobre el labio con un dedo.

Había sentido el impulso irrevocable de apartarle la mano de un manotazo, y empujarla lejos de él. Lo más lejos posible. Pero se resistió. Esa no era la manera de tratar a una mujer. Fuera o no una bruja como ella. ¿Cierto?

—. Eddie, esta sangre es compatible con la tuya — advirtió Mary, divertida al olerla. —. Podríamos sacarte esa sangre pocha que te enferma, y transferirte esta.

Edward Stanford se quedó de piedra, sin expresión ni miramiento, al igual que Vyler.

— ¿La sangre de este hombre?

Por algún motivo que se le escapaba, la tal Mary lo cogió de la mano y se apegó a él.

— Tienes un tipo de sangre muy rara, amigo mío. Qué casualidad que el donante que necesitamos aparezca justo en este preciso momento. — Edward levantó una ceja — No estoy jugando contigo, Eddie. Esto debe significar algo. El Destino, o lo que sea, te quiere vivo.

Edward se sacudió el asombro con un movimiento de cabeza antes de resoplar una risotada.

— Prefiero morir desangrándome gota a gota, antes que cargar con la de este hombre el resto de mis días.

Pese a todo, el caballero hizo acopio de suficiente mesura como para desligarse de la mano de aquella bruja, con gentiliza y disimulo.

— ¿Qué dices? No hay nadie entre los celtas con esta sangre — insistió Mary. —. Y a saber si podré conseguir a otro donante a tiempo entre los ciudadanos.

Vyler se limpió la nariz con el dorso de la mano, permitiéndose disfrutar por un momento.

— ¿Cómo explicas esta casualidad, Edward? ¿Una señal del Destino o lo que sea? ¿Cómo puedes encontrarle una explicación a esto, maldito ateo, si no crees en nada?

Mary observó a Vyler desde abajo. Luego volteó el rostro, asqueada, como si de pronto hubiera captado un mal olor. Estuvo a punto de decir algo, pero…

— Ya me oíste, Mary. No lo haré. — se apresuró a hablar Edward.

La bruja se limpió la mano que lo había tocado, con las faldas del vestido, y retrocedió, con mala cara.

— Al final va a ser que estás enfermo de la cabeza y no de la sangre. Eres un cobarde. — le dijo a Edward antes de salir por la puerta.

— Hay que ser valientes para aceptar la muerte — respondió el mayor de los traidores, girándose en la silla para continuar tocando su instrumento. — O incluso más, para adelantar las cosas por cuenta propia.

Cobarde. Fue también uno de los insultos que Vyler eligió en su mente. No obstante, cobarde era el más leve de ellos, e insuficiente para describir cada una de sus acciones.

Se quedó en silencio por largo rato, receloso. Cuando miró atrás, la bruja se había ido y el guardia quedado tras la puerta. Los habían dejado a solas. A un diestro caballero y a un hombrecillo al que nunca se le había conocido por su destreza en combate. Otro más que daba sin cuidado la espalda a un prisionero. ¿Se podía ser más arrogante en la victoria?

«¿Sois tan incautos cómo para pensar que ya lo habéis conseguido?», pensó mientras dejaba fluir el suave y lento tañido de las cuerdas.

Edward yacía sentado en el balcón, junto a una mesita en la que apoyaba el arpa; una enorme pieza de madera de cedro pulida y tallada con inscripciones de los celtas. Aquel hijo de puta se regocijaba de la belleza de su propia música, al tiempo que el aura

roja de las llamas se alzaba sobre el cielo. Habían prendido fuego a otra sección de la ciudad.

Vyler recurrió a la imagen de su hija y de su talento musical, a manera de conservar la calma.

— Así que… no mentías. ¿Es tu sangre? — mencionó Vyler, sin obtener respuesta.

Se sintió satisfecho durante un segundo. Su enfermedad era el castigo apropiado por sus miserables actos. Por abrirle las puertas a los celtas, por rodearse de brujos, por negar a Dios y por ser el culpable de la muerte y el sufrimiento de miles de personas. La ciudad era un caos, le habían dicho; las calles y los edificios ardían. Vyler no quería acercarse para comprobar las vistas.

— Desechaste el trabajo de una vida entera. — le recriminó subiendo la voz.

Tras esto, Edward abandonó la melodía. Dejó descansar el arpa sobre la mesa, y se giró.

— Todo lo que he hecho no ha servido para nada. No alcanzaré a ver concluida mi obra y hace mucho que perdí el entusiasmo por continuarla. Años atrás, intentaba cambiar esta nación. Me daba pena morir y que el mundo siguiese igual que antes. Inmutable en aspecto e imparable en sus actividades, como si nunca hubiese existido — Hablaba en tono neutro, sin emoción. —. Me llevaré todo por delante. El mundo no se detenía antes para un muerto. Pero ahora lo hará.

Se decía que, era una tarea más sencilla que un hombre trascendiera a la historia por sus malas acciones que por sus bondades.

— ¿Todo esto es el delirio de un hombre que teme ser olvidado?

— No. ¿Qué sentido tiene que me recuerden? Todo acaba cayendo al olvido en algún momento — Se levantó casi sin energías, con el rostro apagado. —. Tenía planes para Dranova. Prósperos. Pero la vida siempre se ha empeñado en demostrarme lo insignificante de mis actos. Del poco sentido que conllevan. De lo efímero que todo intento, incluso toda victoria, resulta. Tarde o temprano, todo acaba. Todo se muere. ¿Por qué no dejarlo morir ahora y presenciarlo, mientras cierro mis ojos por última vez?

«Alguien como tú no mereces seguir viviendo. No es digno de perdón o el mínimo reconocimiento», quería escupirle, pero no tenía ganas de comenzar una batalla que seguramente no le llevaría a ningún lado.

— Estoy muriendo — siguió Edward. —, y esto es de lo poco que me hace sentir vivo. Si no fuera por esto, no tendría nada.

Vyler bajó la mirada, cavilando su siguiente pregunta. Sus ojos se encontraron con los restos de una comida para al menos una docena de personas servida en la mesa. Aún quedaba pan, manzana y rebanadas de cordero intactos. La vajilla estaba salpicada por salsa y trozos de hueso muy grandes. Y la cubertería a medio usar y colocada afinadamente en su sitio. Algo que salvajes no acostumbrarían. Sobre la servilleta más cercana a él, había cucharas, tenedores y un cuchillo para carnes.

— ¿Que pasa por la mente de un hombre que no cree en nada cuando está a punto de morir?

El traidor carcajeó, cubriéndose la boca con el dorso de la mano.

— Todo cuanto hacéis, ser Vyler, es para complacer alguien más. Para ganaros un Cielo que pensáis que existe. Cuando alguien como vos yace a las puertas de la muerte, piensa en sus seres queridos, piensa que los volverá a ver en el futuro y los esperará en un lugar mejor. Vivir es más sencillo, cuando crees que hay un segundo lugar. Pero una vez has llegado allí, ¿qué es lo que sigue? ¿Vivir por toda la eternidad? ¿Cuál es el propósito siguiente? ¿Continuar viviendo para qué? — Caminó por la sala, dándole de nuevo la espalda a ser Vyler — ¿Para seguir con tu propia existencia? Carece de sentido.

El caballero cogió el cuchillo de la mesa, lenta y descaradamente. Fuera, la ciudad gritaba de odio y dolor. Los sonidos parecían llegarle como murmullos.

— Para servir a Dios. Para ser recompensado por Él. Para vivir entre paz, amor y justicia en aquel segundo lugar, una vez ya has probado que eres digno.

— ¿Malgastar tu tiempo de vida en servirle, para que ese dios te permita continuar sirviéndole y continuar malgastando tu tiempo? — pregonó, de pronto divertido, como si hablara para un público. — Vivir para servir. Y servir para vivir. Y todo eso sin haberlo pedido.

Escuchó el rumor de unos pasos a su derecha. Vyler se giró, tenso, con el cuchillo todavía en la mano. Para su sorpresa, quien le devolvió la mirada fue un niño. No tendría más de ocho o nueve años. El chiquillo quedó paralizado, salvo por sus ojos que huyeron rápidamente hacia la mano de Vyler. ¿Era un sirviente? Se preguntó. ¿Un cautivo o un celta? Estaba limpio y no veía en él señales de tortura.

«No todas las torturas son físicas», se recordó. Era apenas un niño que no abultaría más que Grace. Tenía un rostro pecoso y una maraña de cabellos castaños. Vyler frunció la boca, apenado, al verlo reunir fuerzas para acercarse.

— Daría gracias, ser Vyler — iba diciendo Edward. —. A lo que fuera. O incluso a la nada misma. Daría gracias, porque esta existencia tuviese un fin.

Se guardó el cuchillo para después. De todos modos, estaba condenado.

— Cuando mueras, ¿qué piensas que sucederá? — preguntó al traidor, al tiempo que el niño pasaba delante de él para recoger la mesa.

— Que importa lo que crea. Lo que tenga que suceder pasará de cualquier manera.

Trató de no mirar de nuevo al chico. En cambio, dirigió toda inquina hacia el antiguo Consejero del Rey.

— Un hombre que no cree en nada es un hombre muerto, incluso en vida.

Aquello le hizo gracia a Edward, quien finalmente lo volteó a ver.

— *Digo que no creo en nada y que todo carece de sentido, pero no puedo dudar de mis palabras, y tengo que creer al menos en mi protesta* — Le hizo un gesto al niño para que no retirara su plato. —. Quiero creer en ciertas cosas. Quiero creer en mis propias ambiciones. Algunas ya se han cumplido, y quiero creer que las que me faltan también lo harán.

— Perdiste el camino, la cordura y cualquier oportunidad de redención. Esa enfermedad que tienes…, ¿crees que es casualidad? Es el pago por todas las atrocidades que sabemos has cometido y todas las que aún no han visto la luz. Vas a morir. Muy

lentamente. Y luego de eso, conocerás lo que es el sufrimiento. Te regodeas observando la destrucción de la ciudad, maldito hombre, pero el verdadero Infierno no se comparará al pequeño pandemónium que has creado allí afuera. Y pronto lo sabrás.

Si sus palabras habían causado mella en él, no lo dejó saber. Edward se sonrió. Y se sentó a comer.

— ¿Eres de corazón una buena persona, Vyler? ¿O todo lo que haces es por llegar al Cielo? ¿Qué imaginas que sucedería con todos esos buenos valores que defiendes, que te hacen ser quién eres, si de un día para otro dejarás de creer? — Se llevó un trozo de cordero a la boca y esbozó un rostro de auténtica felicidad — Quizás nunca pararás de creer por miedo a enfrentarte a esa catarsis del vacío. Siento envidia y pena a la vez. Incluso con mentiras, encuentras un propósito. Todas las personas buscan un motivo por el cual seguir, pero no llegarás nunca a buenas ideas por medio de sentimientos.

Habían pasado demasiadas noches desde la última vez que se llevase a la boca algo mínimamente parecido a los platillos que restaban en la mesa. Edward se regocijaba de su estado famélico, o al menos era lo que parecía. A pesar de todo, aquel intento de tortura no era nada comparado a la condena que estaban atravesando otros.

— ¿Por qué me mandaste a buscar?

— Algunas de ellas encuentran ese motivo en la búsqueda de salvación. En las palabras bonitas proferidas por ese sentimiento que los une a otros y los hace sentir seguros.

— ¿Por qué me mandaste a buscar? — repitió, enfadado.

— No solo para entretenerte con mi impía verborrea, eso seguro. Tengo curiosidad. Sois un hombre inteligente y respetado. Conocido por muchos, y a muchos conocéis. Además, erais amigo íntimo de Marcus Brandfort. Veréis, Darren IV confió las cuatro Dagas Sagradas de la ciudad a otras personas. Era un hombre piadoso, así que dos de ellas fueron entregadas a la Iglesia. Supieron como resguardarlas de manos ajenas, pero fueron incautos al mostrarlas a ojos de todos. Fue evidente que las tenían. Una tarea mucho más ardua fue encontrar a quienes se le habían entregado la tercera. A los Brandfort, renombrados como los Pryce. El padre de Leonor fingió la muerte de su hombre más leal, y le permitió renunciar a su puesto, aunque nunca dejó de estar a las órdenes de la Corona. No obstante, hallar a quienes les fue entregada la cuarta reliquia ha sido una tarea tan ardua como imposible.

Hizo una pausa para beber del vino, como alargando la situación más de lo necesario.

— Dime lo que sepas. Y convenceré a Azus de que no vaya en busca de tu familia. Dime algo que me sea realmente de ayuda, y mandaré a tu esposa e hija en barco lejos de todo peligro. — Aquello lo sorprendió. Vyler esperaba no haberlo dejado ver. — Sus padres fueron ultimados y no se encontró rastro de la Daga. Es casi seguro que Atenea escapó con ella. Tu conociste a esa niña. ¿A dónde habrá ido?

«Moira — No pudo evitar pensar —. Marcus tenía una hermana llamada Moira. Sé dónde solía vivir» Lo que fuera para poner a salvo a su familia.

— No lo sé. Solo la vi un par de veces. — dijo en su lugar.

No sabía nada acerca de ninguna Daga que pudiera tener Marcus en su poder. Pero, a decir verdad, el relato de Edward aclarecía algunas cosas para Vyler. Se había preguntado desde siempre cómo Marcus consiguiera deshacerse de sus votos.

«Amigo mío, era tu deber. Haberlo sabido. Por eso te alejaste de todos.»

— ¿Qué hay de la cuarta Daga? — inquirió el traidor, sin darle tregua. — ¿Quién la tiene? Dame algún nombre. Algún indicio.

— No me fío de ti. ¿Cómo puedo estar seguro de que cumplirás tu palabra? Mi familia a salvo.

— A diferencia de Azus, no tengo ningún rencor personal contra ti.

Colocó una mano en la mesa para apoyarse sin mucho éxito. Tuvo que dejarse caer en la silla.

— Si los hombres de Azus encuentran a mi familia, ¿qué va a pasar?

— Saldrán ilesas de todo mal. — declaró, impasible.

— Casa Hansbury.

— ¿Qué? — dijo Edward tosiendo y atragantándose con la comida.

Lo que fuera por Grace y Elizabeth.

— Edmond Hansbury — dijo tratando de sonar convincente. —. Llevará muerto casi quince años. Esposo durante poco tiempo de la hermana menor de Marcus, Moira Brandfort. No pudo darle herederos, así que Hansbury alejó a Moira de su Casa. La chica no podía recuperar el nombre Brandfort, y al igual que su hermano fingió su muerte, para convertirse en Moira Pryce. Un suicidio luego de una perdida suena como algo bastante creíble. Ya deberías saber que buena era la relación de los Hansbury con el antiguo Rey. Tanto Edmond como Moira estuvieron allí el día en que Atenea fue bautizada. Los recuerdo bien. — Se encogió de hombros. —. El asunto es… ¿Sigue estando en manos de los Hansbury?

Un jilguero; símbolo de los Hansbury. Vyler mentía, solo a medias. Por lo menos, su historia sobre ellos era real. Edward podría confirmarlo por sus propios medios. Una argucia sencilla, sutil, que podría comprar la seguridad de su familia en caso de que las encontraran.

Edward soltó los cubiertos y se quedó pensativo, como intentado atar cabos.

— Eran buenos amigos de los Liongborth. Practicaban la cetrería con los hijos de Darren IV — Edward lo miró, incrédulo, alzando una ceja. — No le mentirías a tu prójimo, ¿o sí?

— Es todo lo que sé de ellos.

La seguridad de su familia a cambio de la de otros… Qué vergüenza. Si bien era cierto que tenía una trena personal con los Hansbury, no era motivo para inculparlos. De todos modos, Vyler se reservó cualquier gesto de culpa para sí mismo. Los Hansbury no estaban en la ciudad. Había declinado la propuesta de escoltarlos durante su viaje de medio año antes de partir a Barmania. No hallarían nada. Vyler podría apostar todas sus esperanzas a que el enemigo mantendría la duda acerca de que se hubieran llevado consigo la supuesta Daga.

— No pierdo nada con intentarlo — concluyó Edward. Chasqueó los dedos repetidas veces —. Niño, ve a buscar a uno de los guardias. Que venga aquí.

Vyler apretó el puño por debajo de la mesa. Arrojarlo por el balcón, o como mínimo partirle la cara, serviría para saciar su rabia, pero lo pondría en una peor posición de la que se encontraba entonces. Lo miró con desprecio. Al parecer no había podido sacarle información alguna al Rey que jurase servir. El carcelero les había dicho que lo torturaron antes de crucificarlo de cabeza.

— Edward, deja ir a estas personas — dijo inclinándose hacia él. — A los inocentes. ¿Qué culpa pueden tener un niño como él o los sirvientes de Liongborth? No son la clase de rehenes que necesitáis aquí.

Edward no le hizo caso.

— Hace tiempo que perdí la ilusión por continuar creando. No sentía nada más que rechazo, pesadez y ahogo por construir. Como si cada ladrillo se sostuviera sobre mis hombros, como si estuvieran a punto de caerme encima. Estaba exhausto y carente de entusiasmo, al ser consciente de cuantos años más harían falta. El país con el que soñaba no sucederá — Y fue apagando con los dedos las velas de los candelabros sobre la mesa. —. Nadie continuará mi obra, si soy incapaz de concluirla. Que caiga destruida antes que manchada por las manos de alguien más. He tenido que mantener a raya esta fijación mía por devastar y quemarlo todo, para poder llevar una vida común. Aunque no encontraba felicidad en ello, sabía que siendo libre tenía más posibilidades que un hombre muerto. Ojalá hubiera sabido que, al no dejarme llevar por mis pasiones, como el resto de vosotros, habría terminado por morir lentamente cada día un poco más.

Vyler asestó un puñetazo a la mesa, y se levantó de golpe, alejándose tanto como podía de aquel mísero hombre. Apostó por la sinceridad esta vez para desahogarse.

— Abriste las puertas para los celtas. Ahora son ellos los que dirigen la ciudad. Asesinarte ahora no cambiaría nada. De cualquier manera, tu fin está cerca.

— ¿Y qué importancia tiene? No habrá nadie allí para juzgarme.

Su insolencia. Su sonrisa ladina. Su constante regodeo… Maldito fuera. Si no hubiera sido por los guardias que entraron en aquel preciso instante, se habría llevado la mano al cuchillo.

— Todo tiene su tiempo, Edward — Se limitó a decirle. —. Dios juzgará al justo y al malvado. Y ya he hecho las paces con Él. Hay una razón por la que este desastre fue permitido. Él no causa el mal, pero lo permite, para que puedan existir esas bondades que sin el mal no serían posibles. No habría perdón en un mundo donde nadie hiciera nada malo. Sabes lo que la compasión es, pues has conocido el sufrimiento. De cada mal particular, se concentra en sacar todo el bien posible. Y créeme, Edward, que vamos a sacar algo bueno de todo este desastre. Rezaré para que amanezca pronto.

— Destino, determinismo, o simplemente El Plan de Dios…. Si todo ya está escrito, ¿cuál es el sentido? ¿Para qué rezas? Hagas lo que hagas, no podrás parar lo que algún día será o dejará de ser.

Respiró para sus adentros. Y asintió, convencido de sus palabras.

— Trajiste a la Horda a este lugar, pero Dios enviará a alguien para desterrarlos.

Edward suspiró, antes de levantarse con rostro importunado.

— Siempre es la misma discusión con los de vuestra clase. Siempre los mismos argumentos. Las mismas consecuencias que os llevan a arrojaros de cabeza hacia la Fe. Miedo, una búsqueda vacía de propósito y la salvedad de que al final seréis felices. Estoy cansado de los de vuestra clase. No quiero oír hablar más. — Y le hizo una seña al guardia para que se lo llevara. — Tu dios no ha muerto. Realmente nunca existió. Al igual que todos los demás.

Muerto o encerrado en una celda. No se merecía menos un traidor.

Cuando se acabaron las conversaciones, un hombre lo sacó forcejeando fuera de la habitación.

— A tu celda — le indicó, con un gesto de cabeza. — Ya conoces el camino.

Vyler se le quedó viendo desconcertado. Su escolta le dio la espalda, y comenzó a hablar en céltico con uno de los suyos.

— Que te vayas a tu celda, maldito perro. — bufó el segundo de ellos, mientras sonreía, como regocijándose de tenerlo atado hasta tal punto que no hubiera más opción o lugar a donde ir.

Estaban seguros de que no escaparía. Edward lo conocía demasiado bien. Aunque lo dejaran libre, no intentaría huir, si eso significaba dejar atrás a sus compañeros. Además, un hombre como él no suponía muchos problemas mientras permaneciera desarmado.

Buscó descender por la escalera exterior de la torre, a manera de sortear todas las perversiones que se cocían en cada nivel del edificio. Salió a la noche, con el corazón encogido. El aire fresco supuso una sorpresa agradable, y el panorama de una ciudad medio dormida le sentó como amapola para su intranquilidad. Respiró, entonces, aliviado, pues en los calabozos corría el rumor de que la luna se había llenado de sangre, de que la ciudad había ardido con llamas negras y rojas y que los celtas habían traído a sus demonios a la Capital. No sabía si dar crédito a las historias de sus captores. El fuego ardía, como salpicaduras en uno de los lienzos de su hija, aquí y allá. No eran llamas normales, eso sí; eran completamente rojas.

En una plaza resplandecía una corona de fuego de profusa elevación, pero su brillantez y la vista desgastada por los años le dificultaban reconocer la estructura que se abrasaba dentro.

No obstante, nada que estuviera a la altura del horror que aseguraban algunos.

« Estrategia básica de la guerra. Hacer que la moral de vuestros enemigos flaqueé, por cualquier medio posible. Aún inventado esas historias. »

Camino abajo, advirtió el movimiento de un pajarillo que cruzaba el patio y se dirigía hacia la muralla exterior en silencioso vuelo. Creyó ver, pese a la distancia y a la semioscuridad, que se trataba del mismo jilguero de antes. Cosa mala, el surco de un ave a plena noche. Apretó los dedos en torno a la cruz de plata de su colgante para darse fuerzas.

« Espero no haya sido un error. Haberlos inmiscuido en esto ». Aun cuando estuvieran lejos de la ciudad, había puesto una diana sobre la cabeza de los Hansbury. Y

ni hablar de Moira Brandfort. Pobre chica. Simplemente nombrarla en una mentira lo estaba ahogando de la vergüenza. Nunca llegó a conocerla bien, pero Marcus había sido un gran amigo, un gran hombre y caballero.

« Ya era un objetivo para ellos desde el principio, ¿no? Una Brandfort », se dijo tratando de convencerse de que no era para tanto. Las posibilidades de que la encontraran eran escasas y a cambio distraería la atención de Edward de su familia durante un tiempo. Esperaba de corazón no arrepentirse algún día.

Continuó bajando, con cierta torpeza en su andar, por cuanto tenía ya las piernas entumecidas del trayecto. Encima, se sentía incompleto sin la armadura. Menos confiado y audaz. Lo atravesaban dudas que antes solían rebotarle. Y no se sentía precisamente también más ligero. Cargaba con más peso que nunca.

Ansiaba haber podido hacer más por la ciudad. Ante todo, no haber confiado en la palabra de un salvaje como Conway. También aguantado más; salvado más vidas; ayudado escapar a otras y haber reducido más el número de sus enemigos. La Compañía de Escoltas había conseguido salvar a un puñado de personas y derrotado a una docena de celtas durante el asalto, antes de que sus enemigos pidieran la redición del grupo usando rehenes.

Sentía que no había sido suficiente.

A la larga nunca era suficiente para Vyler. Podía haber hecho más, para evitar que la ciudad cayese.

«Lady Jessabelle, te fallé. A ti también Ronnie, amigo mío. Cúlpame, si eso te quita un peso de encima.» ¿Y a cuántos otros había fallado durante el ataque? No sabía sus nombres.

— En momentos como este, que no hubierais tenido hijos fue algo bueno para vosotros. De lo contrario, Ronnie, estarías no solo herido, sino también muerto de la preocupación como lo estoy ahora.

Valysar se encontraba bien. Tenía que estarlo. Cualquier sitio era mejor que la ciudad. Su esposa y su hija allá afuera… A salvo, esperaba, escondidas bajo la mansión. Konash estaba con vida en algún lugar del castillo. Todos ellos todavía en este mundo que había probado ser tan cruel. Y, sin embargo, tenía razones para conservar la Fe y esperanza puestas en Dios.

« Aunque no creas en Él, Connor. Eres tú quién más canas me provoca » Su hijo mayor era un malhumorado, incluso a veces un maleducado. Connor siempre estaba descontento por algún motivo que prefería guardarse para sí, pero continuaba siendo un buen muchacho. Como de costumbre, desconocía su paradero, lo que estaba haciendo o cómo se encontraba.

Quizás, después de tantos años, finalmente había aceptado a Vyler como padre. O tal vez nunca lo haría. Cuando se trataba de él, nunca se podía estar seguro.

— Él está bien. Se las apaña bien. Cabalga como caballero, piensa como un erudito de esos… Tiene recursos para pelar y una suerte en el combate que ya quisiera yo. Será suerte, o Dios lo ha iluminado de algún modo.

La vergüenza eran azotes que se decidía a recibir en silencio o cuando no había nadie cerca que oyera sus quejidos. No había habido instante en estos últimos catorce años en los que lo mirase a los ojos sin desear haber podido salvar a sus padres de la muerte.

«Cúlpame, si eso te quita un poco de ese enojo, hijo mío. Se suponía que tenía que haber estado más atento. Fue en gran parte mi culpa. Pero no culpes ni descargues tu rabia contra Dios. Todo pasa por una razón.» Para evitar un mal aún peor, se animó a creer.

—Incluso un desastre como el que estamos viviendo.

Aunque nada más podía haber hecho, aunque las circunstancias escaparan a su poder, deseaba haberse esforzado el doble. Aun cuando en miles de cosas hubiera acertado y cien golpes de suerte recibido, no podía parar de pensar en las pocas cosas que salieron mal alguna vez. Había sido una vida llena de remordimientos.

Culpable de haber tratado de manera tan fría a su hermano, mientras crecían.

« Solo intentaba imitar a nuestro padre, pero ahora hubiera preferido ser más atento, comprensivo, amable ».

Culpable de que los Belmont murieran por el fuego. Parecían buenas personas, si bien practicaran la brujería. No merecían un final como el que tuvieron.

Culpable, pues pudo haberle dado muerte a Raymond en batalla hacía veinte años, pero falló. Culpable, en cierta forma, de todas las cosas que estaban ocurriendo.

No podía cambiar el pasado, y sin importar cuantas veces se lo repitiese, lo lamentaba con el mismo pesar. Llegaba a reprocharse cosas que ni siquiera eran su culpa, le decía Elizabeth cada vez que lo veía llevarse las manos a la cabeza. Y no dejaba de pensar en ellas, pese a los años transcurridos.

Había sido una vida llena de arrepentimientos.

Y muchas más de las que se lamentaría de no salir con vida de aquella situación. Le había enseñado a caminar, pero nunca a montar a caballo. De todos sus seres queridos, quién más necesitaba de él era su pequeña, Grace. Tenía que estar allí para ella.

Bajaba los últimos escalones hacia el patio interior, cuando notó a la distancia unas siluetas moverse en la penumbra. Más tarde, una de las antorchas de la plazoleta las alumbraría. Se trataba de dos mujeres y un niño alejándose a paso vivo. Tras esto, dos celtas salieron de la torre asestando un portazo y protestando en voz baja. Vyler, por mero instinto, se echó hacia el muro y se ocultó. Cuando aquellos celtas señalaron hacia la plazoleta y echaron a correr, las mujeres y el niño estaban ya a una buena distancia, y se giraron solo para percatarse de que los habían pillado en el acto.

El cuerpo se le movió hacia delante por propia voluntad. Su deber dejó atrás el cansancio de sus piernas. Para cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, corría detrás de aquellos dos celtas. Los siguió por el patio, moviéndose tan rápido como era posible sin delatar su presencia. Sus pasos urgidos lo llevaron a una entrada menor del castillo. Al cruzar la puerta, vislumbró durante un segundo a una mujer girar en un recodo de manera atropellada, y a los dos soldados atravesar el pasillo, a unos treinta metros de donde Vyler se encontraba. Cogió aire, lamentando y no por primera vez, la

falta de ejercicio. Una mano invisible comenzaba a oprimirle el pecho, pero aun así les recortó camino. Los dos hombres se encontraban tan ocupados lanzándose maldiciones el uno al otro, que no alcanzaban a oír los ecos de las pisadas que resonaban detrás. Las voces de la discusión le indicaban el camino, cuando los perdía de vista. Una, dos, hasta tres veces le señalaron el trayecto a través de pasillos estrechos que se dividían.

— Suéltame, malnacido — chilló una de las mujeres en la sala al final del pasadizo — ¡Suéltame!

— Tú, ayúdame aquí. ¿Qué no ves?

— ¿Por qué pensáis que sois mejores que yo? Lo vuestro ha destruido tanto como lo mío. — Al termino de estas palabras, Vyler irrumpió en la sala, para verla forcejear con uno de los celtas. El otro hombre, en cambio, estaba parado frente a ellos, como sin saber qué hacer. No vio llegar al caballero.

Vyler lo atacó por la espalda y sin anunciarse, con un duro puñetazo detrás de la cabeza. No sintió el contacto en la mano, pero aquel el hombre se tambaleó hacia la pared, aturdido por el golpe. Ser Vyler, con las fuerzas de pronto revividas, lo cogió por la cabeza y empujó su cráneo contra la pared. No alcanzó a oír su voz, o siquiera el crujido del hueso contra la piedra, sino el suspiro de asombro de una mujer horrorizada. El celta cayó de bruces sobre el suelo, desvanecido, mientras el segundo hombre se arrojaba encima del caballero.

Le estaba pasando un brazo por detrás de la cabeza, intentado reducirlo, cuando Vyler sacó el cuchillo y se lo clavó en una pierna. El segundo de los celtas gruñó, y se perdió, distraído, durante un segundo en el dolor.

Lo siguiente que intentó fue rasgarle la pierna hasta la ingle, pero el mango se desprendió a medio camino. Después, le asestó un codazo en el estómago y otro más en la mandíbula, con lo que consiguió deshacerse de las manos que lo atenazaban. Vyler lo empujó rápidamente hacia un lado, y cayeron dando tumbos sobre una librería pequeña. De una manera u otra, el caballero resultó ileso, mientras el celta había terminado sobre los escombros de madera y las astillas del tamaño de un dedo. El hombre alzó ambas manos hacia la cara de Vyler, debatiéndose, rehusándose a perder, como intentado sacarle los ojos. Sin embargo, sucumbió ante el último de los golpes que el caballero le asestó en la cara.

Se incorporó, digno, aunque muerto de cansancio.

— ¿Estáis bien? — les preguntó con apenas un hilo de aliento.

— Ser — resopló una de ellas con un suspiro de sorpresa.

« Vaya, si se trataba de vos », rescató entre sus pensamientos con admiración. Nora se acercó un paso, con las manos recogidas sobre el pecho y el rostro iluminado y rejuvenecido por una sonrisa. Y sin saber por qué, la mujer que iba con ella, la cogió del brazo, para detenerla. Con su mano diestra apuntaba un trozo de vidrio hacia él.

— Soltadlo. No hay necesidad. — dijo despacio para tranquilizarla.

— ¿Conoces a este hombre? — le preguntó a Nora desesperadamente, como un animal acorralado, retrocediendo unos pasos.

— Vyler. Es un caballero

— Hoy en día eso no es garantía de nada.

— Serví a su padre muchos años. Es un Maine. Un caballero honrado.

La mujer lo escudriñó con la mirada, con cristal todavía empuñado. Vyler hizo lo propio, mostrándole las manos vacías. Tenía el cabello rojizo, ensortijado y despeinado. Era esbelta, de rostro tan fino como severo, con la edad para ser madre del niño que iba con ella.

El niño... Era el mismo pecosillo que se había encontrado sirviendo a las órdenes de Edward.

— Aunque no lo parezca, por mi aspecto. — admitió.

— Vistes como un prisionero — Y bajó su arma improvisada. —. Vale, no eres uno de ellos.

— Os he seguido un buen trecho. Vi que iban a por vosotros.

— Gracias, Vyler. Nos salvaste la vida. — dijo Nora, con una voz como si estuviera a punto de echársele a llorar.

— ¿Salvaros la vida? Pensaba que os maltratarían. Como a todos.

— Íbamos a escapar. Venid con nosotros, ser Vyler.

— ¡Nora! — le recriminó la mujer, con austeridad. — Íbamos a escapar — admitió luego. Sacudió la cabeza, cogiendo al niño de la mano. —. Lo haremos. Vamos a escapar.

— Ya veo — agregó Vyler. Miró por la ventana y comenzó a escrutar el lugar con cierto apuro, tan pronto se dio cuenta de la situación. —. Las puertas se abrirán en cualquier momento. Una tropa saldrá pronto a hacer una expedición. Deberán salir en carros. Podéis aprovechar el alboroto y...

— Lo sabemos.

— Bueno. Si vais a salir en los carromatos, podéis ocultaros en…

— Lo sabemos. — repitió con aridez. — No creíais que íbamos a bajar por las murallas hacia el pozo, ¿o sí?

— Hemos estado esperando la oportunidad, ser. — mencionó Nora, entusiasmada.

— Ocultaros bien. La partida irá al norte. Hacia la propiedad de la Casa Hansbury. Salid una vez hayan parado. — Era uno bueno, un plan sencillo, fácil. Quiso convencerse de ello.

— Venid con nosotros, ser, por favor. Ayudadnos.

— No, no puedo. No voy a dejar a mis compañeros atrás — Le colocó las manos sobre los hombros para intentar calmarla. —. Siendo tres ya llamáis demasiado la atención. Os será más sencillo ocultaros sin mí.

El niño jaló del brazo a su madre.

— No podemos irnos. Él dijo que vendría por nosotros.

— Ya no hay tiempo. — le aseguró la mujer. Con impaciencia, y porque quizás no fuera la primera vez, se soltó del niño, y se alejó cojeando hacia el otro extremo de la sala.

— No podemos irnos — insistió, intranquilo. Sus palabras se oían trastocadas por el miedo. Vyler conocía bien ese miedo. — ¿Y si viene y no estamos?

Se arrodilló para ponerse a su altura. Lo cogió de la mano, como siempre había hecho para Grace, y para Connor cuando era pequeño. Con Valysar, sin embargo, nunca fue necesario.

—Calma, chico, esto acabará pronto.

— No lo compredéis, ser. Mi padre envió un pájaro diciendo que vendría. Va a sacarnos de aquí.

— Estoy seguro de que se alegrara de que salgas. No importa la manera. Tienes una oportunidad para reunirte con él ahora mismo. — El niño pareció aceptarlo. Le echó una mirada a la mujer, quien todavía rebuscaba algo entre las librerías, los cajones y las estanterías. — Bien, os acompaño hasta al patio. Tenéis que iros ya. — continuó diciendo, como un recurso para darles aliento.

— No será necesario. Conozco un atajo — La mujer sacó la mano del cajón. Y de inmediato se escuchó algo detrás de la pared; un sonido metálico, articulado, como el accionar de una cerradura. Fue hacia la pared, y una sección entera de ella se abrió como una puerta escondida en el muro. La descubrió apretando los labios, aguantándose la sonrisa. —. Nos atraparon en el último par de metros y vos nos salvasteis en el último segundo. Ser Vyler, gracias. No hay más forma de pagar una vida que salvando otra. Manteneos atento, por si escucháis un silbido. Birdwhistle os está en deuda.

En pocos momentos, la puerta del pasadizo se selló ante sus ojos, y el mecanismo se cerró desde el otro lado. Nora, la mujer de rojo y el niño habían desaparecido. La sección de la pared no dejó indicio alguno de haberse separado del resto. De repente, se encontró solo, despreocupado y satisfecho de sus actos. Cerró cada uno de los cajones y puso de nuevos libros en su lugar, preguntándose el truco, y a la espera de que nadie lo accionara de nuevo para seguirlos.

Antes de irse, observó a los hombres a los que había abatido en la pelea. Ambos estaban heridos, pero no había riesgo de muerte en sus lesiones. No habría corrido para ayudarlos, de cualquier manera. Tampoco iban armados. Ni siquiera con un simple puñal.

Más adelante, se topó con una salida al patio principal, donde los carros se reunían y se prepararan para salir. Una brisa fresca le acarició el rostro. Libertad luego de semanas de cautiverio. Tenía a su alcance la salida, pero no podía escapar. No iba a dejar a sus hombres y a su hermano atrás. Esperaría otra oportunidad. Regresó a su celda sin aquel desánimo que lo había estado acompañando, sin ningún arrepentimiento más sobre la espalda.

La puerta se cerró, chirriante, tras su paso. Y el sonido frío, seco, metálico de la cerradura lo acompañó el resto de la noche.

# Connor VII

Bajo la calidez del mediodía, resguardaba su piel de los rayos del sol con una capucha y una túnica de tela negra que le llegaba hasta las rodillas. Era una costumbre que lo había protegido desde que se hiciera con el cargo de jinete de exploración.

Se había habituado también a guardar silencio durante horas, ya que se inclinaba por misiones que le permitían estar solo y lejos de la Capital, sin compañeros con los cuales conversar durante largas cabalgatas. Por consiguiente, se sentía extrañado y fatigado de viajar con alguien que no fuese la proyección de su sombra y obligarse a hablarle a cada rato.

Se habían despertado a primera luz del alba un día más, desayunando ligero y espantando el sueño en las sillas de sus monturas al retomar la marcha. Forzaban el trote durante un buen tramo, después bajaban el ritmo hasta casi avanzar al paso de un hombre, y recuperaban la premura al poco rato. Así, una y otra vez, para que los caballos no sufriesen demasiado los rigores de su travesía.

El Camino de los Peregrinos surcaba el reino de norte a sur y era quizás la ruta más corta a su destino. Pero no estaba en Connor lanzar los dados a la suerte. Se decantaba por los senderos más seguro. Siempre el más alejado de cualquier poblado. Nunca en la vida había sobresalido por confiar en los extraños y mucho menos comenzaría aquel día, dadas las circunstancias. Sus expediciones en casi todo bosque de Dranova eran la experiencia perfecta para trazar la ruta sobre el terreno menos insufrible.

Llevaba días durmiendo poco y usando sus habilidades a toda hora y a tal escala que el estrés le estaba ocasionando atrocidades en la mente. Notaba como un ejército de pequeñas manos le presionaban la cabeza. Le costaba ordenar ideas que tiempo atrás nacerían sin mayor esfuerzo. Pero de todos modos cerró sus ojos para concentrarse nuevamente. Llegado a aquel punto, no veía la hora de hacer su movimiento y librar sus hombros de tanta carga.

*Wyke* y la yegua de Atenea anduvieron por debajo de pinos altos de un terreno escarpado, se salpicaron de agua por delgados riachuelos y apretaron el paso en el sendero rocoso que se formaba entre dos montañas aplastadas. Sus cascos no dejaban de repiquetear, o al menos así ocurrió hasta que la testarudez del caballo crema hizo acto de presencia finalmente. A las cinco o seis horas de trayecto, *Wyke* se agitó y comenzó a renegar la marcha.

« Se está cansando — comprendió. —. Le he estado exigiendo menos que cualquier jinete, pero no deja de ser un arduo recorrido. »

Más adelante, la yegua se unió a la rebelión, con resoplidos de disgusto. Connor percibía lo hastiada y, sobre todo, lo hambrienta que estaba, pero no había podido hacer que comiera de las bayas que recolectaban de los sotos en los que pasaban la noche, y los granos que llevaba consigo no eran suficientes para todos. Podía haberla obligado a comer cualquier otra cosa: higos, hoja dulce, algún hongo, pero no llegaría hasta aquel

punto con ella. Connor se encontraba ya al límite de sus capacidades. Si se imponía sobre la yegua con su don de Dádiva, posiblemente sería la gota que lo rebosara todo.

Ambas monturas fueron aminorando el paso. Desde luego, habría querido continuar, pero se vio pronto enfrentado a la indecisión. Volvió la vista a atrás, y observó cómo Atenea picaba espuelas, con aquel gesto amargado que los unía en un vínculo de mutuas y eternas discusiones. Aun con todo, la yegua hizo caso omiso de sus órdenes.

« La actitud terca de *Wyke* es contagiosa ».

Y en pocos momentos, la rubia nívea se rindió.

— Está…

— Cansada, ya lo sé. — Le había parecido que su compañera se encontraba especialmente callada aquella tarde. Demasiado tiempo sin espetar alguna maldición, quejarse por la silla o formular una pregunta vaga. Su silencio le era ajeno y se había vuelto casi tan chocante como que abriera la boca cada veinte segundos.

Desmontó de un salto, y le obsequió a su caballo un tanto de avena junto a unas caricias en el carrillo. Todo ello mientras vigilaba de soslayo a su silenciosa compañía. *Wyke* devoraba casi todo lo que le pusieran en frente con ansias.

« ¿En que estará pensado? — quiso saber, si bien se había cuestionado lo mismo desde el principio. — ¿En escapar? ¿En atacarme cuando baje la guardia? No tendría por qué, pero… Ya hice mi jugada hace horas. Ella debería haber hecho ya la suya. Aún nos siguen, y de momento otros se les suman. ¿Cuándo perderá la paciencia? ». Y por lo que descubrió en su mirada plateada tan cortante como el acero, no faltaba mucho.

Atenea descabalgó con poca gracia, y le tanteó las crines pardas a su alazana. Recorría con la vista y gesto receloso el paraje desolado en el que se habían detenido. Connor imaginó que también lo estaría vigilando a él. La yegua resopló quejumbrosamente a su lado.

— No le agradas — Tuvo que ser el primero en abrir la boca una vez más. —. Coges con mucha fuerza las riendas. Y las correas le molestan.

— Que vas a saber. ¿Acaso te lo dijo? — espetó con amargura sin desviar la mirada.

— Tampoco le gusta que le toques las crines — Se apartó de su caballo, y este fue a abrevar en un arroyo junto al camino. —. La pone nerviosa.

Y el silencio mutuo se hizo nuevamente. La yegua se apartó con brusquedad, cuando la mano se acercó a su cabeza. Con un respingo altanero, fue hacia el arroyo sin hacer caso de Atenea.

Ante sus pies se extendía un sendero embellecido por una colina a un costado, dominada por una tropa de árboles con pinceladas vistosas de los colores del otoño. En el cielo azul no había ni una sola nube de algodón. Era sin duda el lugar con menos cobertura en el que hubieran tomado un respiro. Quizá esta era la razón por la que Atenea se mostraba tan inquieta.

Connor sonrió descaradamente. El ardor en el rostro al afeitarse con el filo de sus flechas era un viejo amigo al que había echado de menos. No le quedaba de otra más que romper el hielo por su cuenta. Lo necesitaba.

— Aquí no hay nadie más que nosotros cuatro — Ella se volteó lentamente mientras Connor hablaba. —. Nadie vive cerca de estos bosques. Lo sé, ya he estado en este lugar más veces de las que puedo contar con una mano.

— ¿Por qué?

— Porque es mi trabajo.

— No… — Lo miró con gesto incierto. —. No preguntaba eso. ¿Por qué de un momento a otro estás escupiendo más palabras que en los últimos días? ¿Qué sucede? — La agitación comenzó a ensombrecerle el rostro. — ¿Por qué has estado actuado de manera tan extraña desde… desde el eclipse?

« Eso, comienza a hacer preguntas. Ya viene siendo hora. » A lo largo del día anterior había concebido a Atenea explotando de curiosidad, ansiosa de conocer por fin cómo pretendía él cumplir con su propósito. Con todo lo que había sucedido, le resultaba insólito que siguiera detrás de él, casi de buena gana. Incluso durante la luna de sangre y el himno de los lobos, no vio en ella vestigio de querer marcharse junto a la Daga Sagrada. Sospechaba algo, estaba seguro. Pero ¿qué creía saber exactamente?

— Has estado tan callada... ¿Por qué de un momento a otro estás haciendo tantas preguntas?

Había sido ágil en su respuesta, no así con su espada. Al darse media vuelta y descuidar su retaguardia, Atenea dio un paso al frente y desenvainó. Sin embargo, Connor se quedó quieto, con el rostro impávido. Ni siquiera llegó a pestañear, al igual que los caballos que se refrescaban a la vera. Se encontraba todavía embelesado y algo mareado por los restos de su previo estado meditativo.

Sabía que en algún punto se cuestionaría sus métodos, negándose a seguir.

« Hablar de más, eso era. Por los dioses… Si tan solo hubiese sabido lo fácil que sería, lo habría hecho hace horas. »

— ¿Y bien? — repuso ella.

Connor se giró. Estudió su rostro durante largo rato sin decir nada.

— Tres días… — dijo al final. — ¿Tanto has tardado en perder la paciencia?

El acero recién forjado se extendía entre ambos, inmóvil, casi como una lanza.

— No solo la paciencia. Estoy cansada de seguirte a ciegas. Hace falta más que simpatizar con tu causa y con los tuyos para olvidarme de lo estúpido que parece esto. Tú plan no es vagar por el reino hasta toparte por casualidad con una maldita Bestia y después probar suerte, ¿verdad?

— Sé que no ves con buenos ojos nada de esto, aunque en el fondo eres consciente de que no tienes otro lugar a dónde ir.

— Justo eso era a lo que iba. ¿Hacia dónde estamos yendo, Bressler?

Llevaba el arco compuesto ceñido a cuestas; sus cuchillos y la espada a la cintura. No obstante, se mantuvo quieto y frío como el hielo, a pesar de la amenaza del filo tan real. Sabía mejor que nadie que lo siguiente podría condenarlo.

— A *Black Mountains*. — El tiempo pareció estirarse como un hilo. Aguardó en silencio hasta que se rompiera por la tensión, atento al próximo movimiento de Atenea.

Ni bien las palabras llegaron a sus oídos, su hermoso rostro se desfiguró en una parodia de horror, para fundirse después en una absurda amalgama de expresiones: decepción, ira, desconcierto, miedo. Todo ello y más. Atenea se llevó a su cabeza la mano que no sostenía la espada. Saltaba a la vista lo mucho que odiaba la perspectiva que encerraba aquella idea.

— Debí saberlo — Su tono, abatido; su mirada, desengañada —. Debí saber que estabas loco desde un primer momento. Todo este tiempo… Pude hacer algo por los míos, pero lo he desperdiciado.

« ¿Conseguirás pasar esta prueba y yo conservar mi cabeza?» Ella se lo había tomado peor de lo que imaginase. Dio un paso al frente, queriendo consolarla.

— Atenea, yo…

— ¡Detente! — gritó con una voz tan iracunda que fue casi un rugido. Lo amenazó de nuevo con la espada. — ¡Pude haberte matado! ¡Pude haber huido! ¡Pero decidí darte una oportunidad en gratitud a lo que hiciste por mi familia! Aun cuando insistes en adueñarte del último deseo de mi madre. — Sus ojos de luna relampagueaban de furia, pero la mano de la espada tiritaba.

Se enfrentaron, observándose mutuamente. Los gestos que Connor revelaba eran tranquilos e inexpresivos. Por dentro, estaba más nervioso que en toda su vida. Había llegado la hora y ningún resultado le favorecía, vivo o muerto. Se echó la capucha hacia atrás con una mano, y al tiempo desenvainó la espada con la otra. Un respiro más tarde arrojó el arma al suelo en el espacio que existía entre ambos.

— Admito el dolor que te he provocado, pero antes deberías escuchar mis razones. Hazlo si así lo deseas.

— ¿De que serviría? Morirás de todas formas en *Black Mountains*. Morirás como lo hicieron tus padres: incinerado por fuego de Dragón. Si es que en eso no mentiste.

— No te mentí. Aaron, Grace y muchos otros han muerto en el lugar hacia dónde vamos, lo sé. Sin embargo, ninguno de ellos ha sido como yo — Suspiró, sacudiendo la cabeza. Para entonces creyó ver algo de duda reflejado en su compañera. —. Lo siento, por hacerte creer que todo estaba perdido. Pero llevarte hasta este punto era la única forma para que esto funcionase para ambos.

— Lo que hice por ti… No he tenido mayor declaración de confianza. Estoy harta de que seas así, un maldito libro cerrado. Contesta a todas mis preguntas y no me hagas perder más mi tiempo o de lo contrario no seguiré con esta farsa.

Connor asintió. Había ganado una ronda sin usar la fuerza, pero no se sentía vencedor. La hoja de acero de Atenea se mantuvo por largo rato entre los dos. A lo último, si bien la rabia de sus gestos persistió, bajó la guardia.

— A todas. ¿Me escuchaste? — siguió.

— A todas — repitió. *Wyke* regresó resonando los cascos, y se detuvo a su lado. —. A todas ellas en tanto tú solo respondas una — No aguardó a la respuesta. —. Sé que piensas que hay algo raro en mí, algo que no puedes explicar sin recurrir a vaguedades

de tu religión. No eres idiota, sabes que es así. A día de hoy, supongo, ya te habrás hecho a una idea. Entonces dime, ¿qué crees que soy?

Muy por encima de ellos, un águila dorada dibujaba círculos en el cielo. El animal presto su voz al mundo poco antes de que Atenea también lo hiciera sin tapujos.

— Eres un brujo.

Por la razón que fuese, la palabra fue más un beso de dulces labios que una bofetada para Connor, que rio entre dientes. De pronto lo dominó una osadía y plena certidumbre propias de un demente, y se entregó al resultado de una de las tantas situaciones que había previsto y ensayado con antelación. Cualquiera que esta fuese.

— Respuesta equivocada, Ojos de Luna — Se giró hacia su caballo y cogió de la guarnición la Daga Sagrada envuelta en sedas. —. En todo caso, nunca dejo las cosas a la suerte del azar. Ni mucho menos vivo de falsas expectativas, como ya te había dicho — Sin aviso o el menor escrúpulo, lanzó la reliquia hacia Atenea, quién dejó caer la espada para atraparla con ambas manos. A juzgar por lo que vio, no cabía en ella la idea de tal desinterés. —. Dos preguntas, dos respuestas. Al tercer deseo concedido la dama podrá escoger si abandona o sigue junto a este genio.

— ¿Y si decido irme?

Connor hizo una mueca petulante. Una imitación bastante decente de los gestos de ser Konash que le había tocado ver.

— Nunca dejo las cosas a la suerte del azar — repitió. —. Ni mucho menos vivo de falsas expectativas. Al igual que yo, tienes demasiado en riesgo con este convenio. — « Si eres la mujer devota que pienso que eres, tu siguiente pregunta debería ser… ».

Pero hubo más de una.

— ¿Cómo piensas encontrar a la Bestia? O mejor aún, ¿por qué crees que podrás hacerle frente? — Más que sentir miedo o desprecio por lo que creía que era Connor, en sus ojos y boca se advertía un sentimiento madurado de curiosidad. — Y ya que estamos, ¿qué hay en *Black Mountains* que sea de tu interés?

Sentía que la cabeza le daba vueltas y que sus órganos tomaban turno para revolverse en su interior. Y a la vez, se descubrió encantado, en cierto modo, por el interés que Atenea desvelaba acerca de los fines de su misión y no en el hecho de que se llevarían a cabo con «brujería». Se preguntó hasta qué grado sus creencias provocarían que lo juzgase mal.

— Lo que tus oídos temen escuchar. Un Dragón, aunque no uno cualquiera. Quiero al fuego que se ha convertido en metal — El leve tacto de una mariposa le acarició el cuello y un azulejo se posó en su hombro mientras piaba. En el cielo, el águila dorada planeaba en dirección a él. Y de momento, Atenea parecía no hacer oídos a los lobos que se acercaban a su espalda. —. Por tal motivo pienso tener posibilidad ante la Bestia que la Horda persigue — Carcajeó con levedad, elevando los brazos con las palmas hacia arriba antes de recular, borracho de grandeza. —. En cuanto a cómo podré encontrarla… Bueno, eso es algo que no puedo expresar con palabras. — Se alejó más.

Conmovida, aunque no atónita, Atenea pareció albergar la idea de ir tras él. Pero echó raíces en el suelo con la primera zancada, cuando la jauría de lobos pasó trotando a su lado.

Eran una docena un tanto dispar; de pelajes castaños, grises y blancos.

Se quedó con el rostro desencajado y los ojos saltones mientras dedicaba una mirada rápida a cada uno. Y como acto de reflejo, apretó los dedos en torno a la espada que había recuperado tiempo atrás. Pese a esto, no era miedo lo que Connor olía a través de las narices de los lobos.

— Toma una decisión, Atenea. Y no me maldigas por ser un Dádiva. Recuerda todo lo que está en juego para nosotros.

No retrasaría más lo inevitable. Y aunque su plan lo estuviese arrastrando más allá de sus límites, tampoco podía dar vuelta atrás.

Y repentina como un soplo de viento, la carga se tornó insoportable en su cabeza. Por la gracia de su don, poseyó de golpe un millar de ojos en todas partes, un millar de voces e innumerables sensaciones. Mientras caminaba sin rumbo, un gran peso lo hizo tambalear; el águila dorada se había posado sobre su hombro, desplegando sus regías alas que arrancaban destellos del sol. Y bajo la influencia de Connor, la manada inició un canto solemne que lo envolvió en un círculo de reverencias. A sus voces se les sumó una multitud de osos, conejos, zorros, venados, jabalíes y una ristra de otros animales que asomaron desde la colina, prestos a su orden.

Estaba muriendo a causa de un esfuerzo atroz, pero se sentía más vivo y decidido que nunca. Con un propósito claro.

Sin pausa ni vacilación y con observancia impropia de su naturaleza, se hicieron centenares las criaturas que iban irrumpiendo en aquel paraje, descendiendo la ladera para acercase a la formación en derredor al Dádiva.

Si la majestad de aquella perspectiva horrorizó a Atenea, no llegó a saberlo. No podía darse el gusto de observarla todavía. A pesar de que en el fondo continuara siendo Connor Bressler, era a la vez todos y cada uno de los animales con los que forjase un vínculo. Por fin la labor de varios días de concentración estaba dando sus frutos, si bien estos eran como un trago ponzoñoso para sus entrañas.

« Aunque te esté matando. Termina con lo que empezaste »

Se oyó la voz de una mujer. Fue un ruido incompresible en realidad. El aliento de lo salvaje ahogaba sus palabras. Connor se apresuró a cumplir con su cometido, abandonándose a la esperanza de que Atenea no escapara o lo matase por lo que hacía.

El tiempo se disolvió al igual que sus pensamientos. Apretó los dientes para soportar el dolor. En sus labios se degustaba el sabor férreo de la sangre al caer de su nariz, pero hacía ya tiempo que le anegaba la boca. Su mundo se encontraba abarrotado por la voluntad y los corazones de su hueste.

El humano colocó sus brazos lentamente en alza. Las aves a sus hombros hicieron lo propio. Y al unísono, los seres cuadrúpedos a su disposición elevaron sus morros en pausada coreografía y cerraron sus párpados con plena tranquilidad, pues no existía daño en actuar con devoción al Dádiva.

El cielo se transformó en una sombra cambiante, cuando una bandada de cien aves se precipitó para formar un torbellino de alas y graznidos a su entorno. Su humanidad se fundió junto a la naturaleza para respirar como nunca de la algarabía de su talento como Dádiva. Y en un instante de potestad, toda su existencia se tornó silenciosa y colmada por un intelecto superior. Ya no era dueño de sus propias decisiones, pues era una tropa y no un individuo. Pero gracias al hombre juicioso que antes hubo sido y a las ideas que implantase en ellos, todas sus almas alojaban un único deseo.

Salivaba hilillos de sangre por las comisuras de su parte humana.

— Encontrad a la Bestia. — dijo maquinalmente, con un chasquido de sus dedos.

Y todos atendieron el susurro, dado que aquel enjambre compartía aún una sola mente. El mar de aves: cuervos, águilas, halcones, ruiseñores y búhos, levantó el vuelo en desbandada y cubrió todo el aire con sus plumas. Y del mismo precepto, aquellos animales cuyas patas jamás abandonaban la tierra salieron despedidos de súbito en todas direcciones. Con esto, la entidad que hubieron sido juntos se rompió en pedazos.

Connor se desvaneció mientras caía al suelo, deseando creer que ella vendría en su ayuda.

# Mary V

Histerismo se levantó de su asiento, y asestó un golpe a la mesa, hecha una furia avivada por las llamas de Sekhmet.

— ¿¡Cien!? — le escupió a Edward, quien la miraba tan tranquilo desde el otro lado del tablero. — No, mi lord. ¡Quiero a doscientos veinte!

— Tendréis solo cien, mi lady.

— Doscientos veinte — repitió.

— Cien, y ni uno más.

— Doscientos… Ni pa ti ni pa mí.

— Cien.

— ¡Dos…cientos!

El Confabulador se llevó una mano a la barbita, caviló por un momento y sonrió.

— Ciento veintidós.

— ¡Hecho! — Atizó otro manotazo a la mesa, dándose por satisfecha. En breves, se dio cuenta de su error. — No, espera… — Le había sonado a un número mayor.

Lo siguiente que escuchó fue a un montón de hombres romper en carcajadas y propinarles golpes de jolgorio a la mesa. Como de costumbre, la risotada áspera del vikingo opacó las del resto. Mary hizo sumas antes de dejarse caer sobre la silla, mustia y derrotada. Conservaba una destreza prodigiosa para la magia y aprendía con exquisita rapidez, pero los números no eran lo suyo.

— Soy más alguien de letras.

Comúnmente también olvidaba con facilidad lo que le constaran. Por un oído entraba y por otro salía casi al instante, aunque recordara a la perfección todo su repertorio de conocimientos en la hechicería.

A Edward la jugarreta lo hizo sonreír de manera campante. Mojó la pluma en tinta, y fue directo hacia el papel.

— Serán ciento veintidós espadas las que os acompañen a vos, mi lady, y a Brynjar Berzerk, quien fungirá como castellano en la ausencia del Rey.

No importaba lo que Mary hiciese o cuanto amenazase a Edward Stanford, no paraba de llamarla «mi lady» a la mínima. A aquellas alturas, ya se estaba acostumbrado a simplemente dar su brazo a torcer.

Nathan Hengist, sentado a la derecha del Confabulador, le pasaba pliegues de cartas para que su amo las leyera, las discutiese y las firmase. El comandante de la Guardia de la Ciudad las sellaba al terminar. Mary se sorprendió, sin guardarse expresión ninguna, al percatarse que era el único de los once en el consejo de guerra que no portaba brazaletes. Los tres de Edward eran plateados, mientras que los de Mary eran todos de color bronce, pero el hombre de bigotes poblados no llevaba siquiera uno.

No tardó en señalarlo.

— Mi lord — Se dirigía al Confabulador. —, este hombre no debería estar aquí. No tiene ningún brazalete. Yo soy la de menor rango y tengo tres de bronce. Y

aparentemente se me es permitido el acceso solo porque soy la Maestro de Hechiceros. De cualquier otro modo...

El comandante de la Guardia de la Ciudad, quien era además el conde de la Capital y las tierras colindantes, enarcó una ceja y lo tomó como un insulto. Pero fue Edward Stanford quién salió en su defensa.

— Resulta, mi lady, que este hombre de aquí, como lo mal llamáis, es mi mano derecha. Lord Nathan me es de gran ayuda en mis preparativos. Lo ha sido desde un principio. De todos los presentes aquí, es él en quien más confío. Y, asimismo, …

Qué descaro. La gente llamaba «bocazas» a Mary gracias a nunca haber conocido a un sujeto de labia tan extensa como la de Edward Stanford. Era inaudito y cansino a partes iguales como podía parlotear y parlotear sobre cualquier vaguedad.

Mary alzó un dedo y lo detuvo en seco.

— Oh, vuestra... mano derecha. Ya entiendo, mi lord. ¿Así lo llamáis aquí? Qué discreto y qué bonito. Vuestra mano. — Nadie pareció entenderla. — Vuestra mano. — dijo más suave, cerrando un poco la mano y agitándola lentamente de arriba a abajo.

« Podrá ser un charlatán — señaló Belial en sus adentros. —, pero al menos piensa lo que dice. Tú, no, zopenca. »

El conde Nathan casi que se alza de su asiento de la indignación. Pero el agravio que su rostro no alcanzó a mostrar, su voz acabó por desprenderlo.

— He escuchado mucho sobre vos, Mary Blood. No voy a entrar a vuestro juego de insolencias. Sin embargo, tengo algo para decir y es que una joven sin formación ni experiencia que no abulta ni la mitad de mi edad no es capaz de poner en duda mi tan notable puesto.

— Sí, sí. — replicó ella con una vocecilla.

— No necesito de vuestra venia — se empecinó él, comenzando a alterarse. —. Soy Nathan Hengist. Sin mí no habrías entrado todos con tanta desenvoltura. Me debéis mucho más respeto de lo que pensáis, porque de no haber aceptado las concesiones de lord Edward no habríais tomado esta ciudad.

— Sí, sí.

El hombre con el orgullo y la paciencia irritados empujó la silla hacia atrás y se levantó.

— ¡A ver, niñata! ¡De no haber mandado lejos a mis mejores hombres y desorganizar a los que no eran leales a mi causa, yaceríais todos allá afuera como cadáveres! Alimento para los cuervos.

Pobre lord Nathan, estuvo a nada de que se le aflora el estómago cuando Brynjar, Kurt, Raster y los demás presentes se pusieron a su altura lenta pero firmemente. Más de uno echó mano al arma que llevaba a la cintura y Raster respondió algo entre dientes con un gruñido por voz. En cambio, el conde se le quedó viendo a cada uno. Tragó saliva, petrificado como una roca.

— Tampoco hacía falta ponerse tan a la defensiva, Nathan. Yo no juzgo.

— Basta de esto, Mary. — rezongó Brynjar.

— El tiempo es oro, y no sobra exactamente — indicó Edward, inmutable. —. Sentaos.

La Maestro de Hechiceros simplemente se encogió de hombros hacia el final de la pequeña riña.

— Solo digo que no hay nada de malo con que te sodomicen un poco.

Más adelante, en la Sala del Consejo se decidió cuales oficiales permanecerían en la ciudad y los números con los que contasen para impedir un levantamiento del pueblo llano, los cuales continuaban en su mayoría encadenados en las calles.

— Estaré yo a la cabeza de los celtas y guardias que se quedaran atrás para velar por el retorno del grueso de nuestras fuerzas — concluyó el vikingo, quien tenía la última palabra en ausencia de los dos peldaños más altos de la Horda de las Bestias. Cuando Brynjar yacía sobrio, se dio cuenta Mary, parlamentaba como todo un hombre sensato y sin vociferar palabrotas cada dos por tres. —. Kurt me asistirá en materia de… — Sin embargo, no siempre daba con las palabras. — Pues eso, me ayudará. Segundo al mando.

Todos se mostraron de acuerdo, excepto Mary quien se apresuró a tomar la palabra. Con más sosiego esta vez.

— ¿Serán suficientes? ¿Dos mil quinientos sujetos para retener a casi medio millón de personas? — La simple idea la hacía sentirse vulnerable, desnuda.

— Medio millón contando mujeres, niños y ancianos — apuntó el conde de la Capital. —. Contando a hombres que no poseen armas ni saben utilizarlas. Y por supuesto, quienes sí tienen habilidad no se alzarán con los grilletes puestos, las manos vacías y la moral muy baja.

— ¿No lo sabíais, mi lady? — le preguntó Edward, casi entre risas. — Después de vuestro espectáculo del fin del mundo, los rituales y la luna de sangre, los ciudadanos piensan, en su infinita ignorancia, que están en un Infierno en la tierra. Os aseguro que nadie se alzará en armas mientras crean estar bajo una maldición.

« Qué gente más supersticiosa », rumió Abadon.

En los últimos días no había tenido oportunidad de encontrarse cerca de aquel grupo de Interfectos que yacía fuera, para saciarse así de sus más recientes vivencias. La retención de armas se decía todo un éxito, pero Mary no estaba aún al tanto de si los intentos de insurrección continuaban.

— Es una cloaca moral en estos momentos. — Aquella voz provino de un hombre en una esquina de la mesa con un brazalete de plata y dos de bronce en torno al brazo. De ojos claros, cabello rubio batido desaliñado y nariz respingona. Su rostro a Mary no le recordaba a nadie en lo absoluto, pero a decir verdad no conocía ni a la mitad de los oficiales.

— Rebeliones no, pero ¿qué hay del aislamiento por tierra, mar y aire de la ciudad? — comentó otra voz cuyo semblante tampoco le decía nada.

Vaya cosa. Brotó un pensamiento no nacido por el susurro de uno de sus fieles amigos. « No los conozco a todos. Debería preocuparme, si alguna vez quiero estar por

encima de ellos. O si alguna vez *Ramsey* se convierte en Rey de la Horda. Eso me haría a mí su Reina, ¿no? »

Francamente aquellos hombres hacían planes para enfrentarse y capturar a una Bestia, por lo que muchísimos no volverían a poner pie en la ciudad, incluidos Rex Azus o *Ramsey*. En el mejor de los casos, en el más maravilloso de todos, Raymond podría morir y *Ramsey* regresar con todo el ejército a su espalda, listo para llevar a cabo el Ritual de Dominio. Soñar no costaba nada, y ello lo convertiría en un Rey indiscutible. Y, por si fuera poco, en un Demogorgón poderosísimo.

A Nathan Hengist se le infló el pecho de orgullo. O al menos, eso pareció.

— Los animales de mensajería están todos muertos. ¿Y el puerto? Cerrado. Galeones vigilan la costa y ordenan retroceder a todo mercante que se aproxima. No lo quería mencionar, pero me di la libertad de comunicarles una buena cuartada para no dar sospechas.

— ¿Y por tierra? ¿Qué sucederá si algún entrometido llega a nuestras puertas? O peor aún, ¿y si se percata de que los campesinos han desaparecido y las granjas están todas desocupadas?

Raster tomó la palabra y en el mismo segundo empezó a hurgarse la nariz.

— Algunos de mis hombres ocupan estas granjas para otear las cercanías. Los que se han acercado demasiado han sido pasados por la espada — Consiguió sacarse lo que sea que buscaba allí, y lo arrojó al suelo con un capirotazo. —. Ja, ja. Nadie ha escapado con vida de la Capital. Todo el reino desconoce lo que está ocurriendo, inclusive la hueste de ser Logan Guiscard.

Antes de oírlo todo, Mary observó casi por casualidad que Edward se tensaba como un arco, recto como una flecha. Pero no le prestó mayor atención. En aquellas circunstancias de tanta palabrería, comenzaba ya a perder el interés.

— Necesitaremos más caballos — Kurt cambió de tema con brusquedad. —. Además de la caballería y las carretas de guerra para los soldados de a pie, contaremos con algunas balistas de gran calibre y una que otra catapulta. Las desempolvaremos de los talleres de maquinaria de asedio.

— ¿Cuántos caballos? — El Confabulador cogió la pluma. — ¿Para tirar de cuantas catapultas y balistas para ser exactos? Dadme números. Sin aproximaciones.

— No tengo idea. Unas cuantas.

— ¿Has pensado en las implicaciones que esto tiene para nuestros planes? — dijo perdiendo un tanto la calma. — ¿Cómo altera las posiciones de toda la hueste?

De ahí en más, Mary hizo oídos sordos. De pronto, todo le parecía tan aburrido que se concentró en comerse las uñas y navegar libremente por corrientes de vagos pensamientos. Tiempo después, cuando Brynjar la hubo despojado de su mundillo con una sacudida de hombro, la mitad de los hombres se hallaban ya encaminándose a una esquina de la habitación donde descansaba un enorme mapa en un tablón sobre caballetes.

— Estrategia y reconocimiento del campo de batalla — le hizo saber con cierta cortesía. —. Eso y un par de cosas más. Nada de tu incumbencia, ¿o sí? Puedes irte.

— Gracias a los Dioses — se alegró. Al levantarse, se desperezó con una sonrisa en los labios, como una yegua que corriese por el campo después de semanas de cautiverio. —. Eres un hombre muy distinto cuando no estás ebrio. Me agrada.

— No completamente ebrio. — corrigió con una tenue y corta carcajada.

Feliz como una perdiz, salió por la puerta doble de manera triunfante, apenas olvidando por un segundo que el supuesto Rey de la Horda de las Bestias no se había presentado al consejo de guerra. Corrían unas cuantas horas antes de la partida del ejército hacia la batalla más crucial en la vida de un hombre que se había pasado décadas guerreando y plantando cara a la muerte. Su ausencia parecía cuanto menos curiosa. ¿Dónde podría haberse metido?

Encontró a ser Agnar Ramsey montando guardia junto a la puerta, aunque con cierta desatención, recostado a la pared. No dudó en preguntárselo.

— El Rey tenía asuntos más apremiantes — le dijo, devolviéndole la mirada. —. Unos que no podía dejar pasar.

— Con dos cojones. Qué irresponsable es. Un pajarito muy parlanchín me dijo que el antiguo Rey solía hacer esa clase de cosas. Y por eso fue destronado — La idea no resultaba tan desagradable, a fin de cuentas. — ¿Qué puede ser más importante que lo que sucede allí adentro ahora mismo?

— Una venganza por la que ha esperado muchos años.

— Ahhhh — Mary sabía perfectamente a lo que se refería. —. Ahora caigo.

Ser Agnar era un sujeto muy atractivo y esbelto; joven a simple vista, aunque afirmase tener más de cincuenta años. Algunos se aventuraban a pensar que era debido a un elixir legendario que le otorgaba tales virtudes; otros iban más allá y especulaban que el caballero en realidad era en parte un elfo, y por ello tal apostura y longevidad sin necesidad de tener las orejas puntiagudas. Mary no lo sabía y, por lo pronto, no le interesaba mucho.

Cierto era que la magia de sangre tenía sus propias maneras de otorgar vitalidad y fuerza.

Ser Agnar no decía nada al respecto. Lo mantenía todo en un tajante secretismo, como si estuviese ocultando el paradero de la mismísima Fuente de la Juventud.

« A lo mejor eso es », pensó Mary ante la revelación.

« O a lo mejor nada más es un jovenzuelo arrogante y charlatán », supuso Abadon.

De cualquier modo, lo que se robó la atención de Mary no fue su apariencia ni su historia, sino el apellido que conservaba. «Ramsey», ni más ni menos que el mote de cariño que la había puesto al amor de su vida. Un espeso revoltijo de tristeza se cocía a fuego lento en su interior, pero puso todo su empeño en tratar de sacárselo de la cabeza. De más estaba decir que no lo logró a la primera.

Había tomado distancia de él desde hacía un día, pero ya lo extrañaba con implacable locura. Era una idiota enamorada sin remedio. Y sin importar que hubiese vendido su propia felicidad para comprar la de *Ramsey* junto a sus sueños, no miraría atrás. Aun así, gritarle al mundo que le dolía a horrores la puñalada que ella misma se había propinado en el corazón no haría de aquella calamidad una justicia.

Podía esforzarse con empeño, ilusión e incluso con mentiras, para mantenerlo a su lado cuanto quisiese, que nada en el mundo devolvería el don que otras mujeres poseían. Nada en el mundo conocido la haría merecedora de por fin tener una familia y engendrar hijos que solo fueran de los dos.

Quizá en algún futuro cercano las cosas irían a mejor… Soñar no costaba nada, sí, pero vaya que las fantasías salían muy caras cuando no se volvían realidad.

En una pequeña habitación contigua a los aposentos de la Reina descansaban los cadáveres reanimados de su Guardia de Interfectos en reserva; un puñado bastante disparejo conformado por antiguos guardias de la ciudad, celtas caídos en batalla y un mastín de gran tamaño que había pertenecido a un cazador. Los mantenía en secreto. El resto de sus súbditos se encontraban patrullando las calles, tal y como el Rey se lo había pedido. Despertó de su letargo a cada despojo con una orden silente apenas hubo cruzado la puerta, y estos se irguieron veloces, colocados en fila y forzados a cumplir cada precepto que les diese un motivo en vida después de muerto.

Si se detenía a divagar, a no hacer nada, el ocio la llevaría a pensar en su dolor. Y de esta manera y como distracción, dio rienda suelta a la poca voluntad que restaba en sus obedientes soldados.

Al poco rato, sus Interfectos derramaron su marcado aroma de azufre y amoniaco por los pasillos del ala este del baluarte, donde Mary sospechaba que debía encontrarse Raymond Hailstone. Sin embargo, fue el siniestro perro con tres patas, una oreja y sin cola quien halló el olor del Rey entre las habitaciones.

Se sorprendió con creces de lo sencillo que resultó todo. El enlace que preservaba con sus marchitos súbditos actuaba solo si se hallaban cerca, pero por fortuna el mastín la había encontrado a ella a medio trayecto y la encaminó hasta el lugar dando saltitos.

— Lo bueno de que estés muerto ya — le explicó entres susurros al canino de impasible semblante. — es que no tengo porque recompensarte. Aun así, buen chico — Y le rascó enérgicamente tras la única oreja que le restaba. Mary se manchó los dedos con el negruzco miasma que desprendía las heridas sin curar del animal. —. Ay, pobrecito, te queda poco tiempo a mi lado.

Puesto que iban perdiendo la integridad en pocas semanas, a medida que la rigidez se acrecentaba y la putrefacción dejase paso al hueso limpio, hasta que por desgracia el cuerpo se les fuera desmoronando a grandes trozos. Y en efecto, hacían falta ingentes cantidades de sangre y preparativos que llamaban demasiado la atención para que recobrasen parte de su integridad.

El Rey de la Horda de las Bestias y Dranova se ocultaba tras aquella puerta sin tallar en el corredor más penumbroso y desolado que había visto en todo el castillo. No se oía ni un alma, ni una voz, salvo por la que pensaba era la de Raymond, que le llegaba muy tenue. A continuación, apoyó una oreja en la madera, y luego, trató de entrever algo a través de la rendija.

« Demonios — se quejó. —, no consigo ver nada. »

« Tocar la puerta sería — le advirtió Belial — una soberana estupidez, Mary. »

— Shhhh. Cállate, geniecito, eso ya lo sé.

« Puede que solo esté durmiendo. Vayamos a hacer lo mismo, ¿sí? », Belfegor sugirió su actividad favorita casi como un imploro somnoliento.

« ¡Maldito perro! — Sekhmet, podía llegar a enfurecerse con un simple roce. — ¡Nos engañó! ¡El muy cabrón no está aquí! ¡Mátalo! »

« Pero si ya está muerto… », replicó quién siempre tenía la razón.

— Silencio.

Cuando sus voces usaban su cabeza como campo de interminables batallas, sofocaban su atención, y la mayoría de los sonidos de su entorno pasaban a segundo plano. Aún con todo ello, Mary escuchó el golpazo que vino con gran estrépito detrás de la puerta; un mazazo seco, sonoro, como aquel que se daba contra la carne blanda. El corazón se le desencajó de súbito en el pecho, pero enseguida hubo un segundo estruendo todavía más fuerte y un rugido de cólera que la hizo dar un paso atrás al imaginar que el siguiente vendría contra la puerta. Pero la realidad resultó muy distinta.

— ¿Cuántos años han pasado? — Más tarde caería en cuenta que era la voz de Azus — ¿Cuántas noches en vela pensado en ellos? — Y de nuevo, se oyó un gran golpe. Esta vez de lleno contra la pared. — ¡Contesta!

« Una venganza por la que ha esperado muchísimos años », recordó que le había dicho ser Agnar.

Fue entonces cuando le llegó la otra voz, lastimera y débil.

— Todas… — tosió. — Todas las noches desde hace años… — A partir de allí, por más que aguzó los oídos, las palabras no fueron más que un murmullo lejano e incomprensible.

Mary rechistó y chasqueó la lengua de fastidio. Se preguntaba con insistencia qué ocultaba Raymond. ¿Cuál era la historia que arrastraba con lord *Tiquis Miquis* desde hacía un millón de años? Habría formado una rabieta en sus adentros, si una repentina astucia no la hubiese atacado. La tortura muchas veces traía consigo la sangre, y esta sangre atraía a su vez a la magia más poderosa conocida.

Se precipitó de puntillas lejos de la puerta, rodeando toda la habitación hasta otro pasillo, donde no podrían atraparla con tanta facilidad.

« Uno no toma venganza por que sí, ¿verdad? — Y todas las voces en su cabeza, curtidas en el tema, le dieron la razón. — No es nada justo. La Horda me obligó a contar mi pasado antes de dejarlo atrás, pero tú, Raymond, mataste a los pocos que sabían toda la verdad sobre ti. Aquellos que te aceptaron. »

Aprisa se acomodó con las piernas cruzadas entre una mesilla y una estatua, e hizo valer las habilidades que hasta un simple aprendiz podría emplear. Cerró sus ojos para concentrarse. Para lo siguiente no hacía falta la menor runa. Y al momento se despertó y fue desperezándose para ella un sentido más. Del *Sentimiento Compartido* surgieron sensaciones del espacio por medio de las vibraciones del sonido y la luz que interactuaba con la sangre. Si era cierto que, de algún modo un ciego podía ver con sus oídos, debía parecer algo muy cercano a aquello.

La vida de lord Thomas se desparramaba a cuentagotas bajo sus pies y por sobre sus ropas. No había colores, únicamente siluetas oscuras y un medio en todas las paletas

del gris. La presencia de Azus era imponente sin importar que se comparase o no con el aspecto delicado del cortesano, que tenía fama, además, de ser un sujeto amanerado.

— Ni siquiera en tu estado. Ni siquiera ante la perspectiva de continuar con vida — escuchó decir a Raymond. —. No me esperaba eso de ti.

— No sé nada sobre ellos.

— Que así sea. Lamento ahora no tener a tu esposa e hijo aquí conmigo para amenazarte. Es lo único que lamento. No conseguiré sacarte nada, ruinseñor, sobre los Birdwhistle — habló presionándole el pecho con un dedo en gesto acusador. —. Ellos están muertos gracias a ti. No me dejaste otra opción.

— Vos tampoco. Yo os lo advertí — El anciano gemía de vez en vez. Sin embargo, inaudito era que consiguiese hablar con tanta claridad pesa a las heridas. —. Cometí la osadía al decíroslo a vos primero antes que al Rey Darren. Os pedí, os rogué, que os alejarais de esa mujer, que mantuvierais intacto vuestro voto de obediencia y castidad.

A Mary le llegaron las visiones de la aguja que sostenía Raymond entre el índice y el pulgar. Un momento más tarde, vino la sangre y el dolor bajo las uñas del cortesano.

— Vaya acto de bondad y honor os marcasteis. ¿Qué tan orgulloso de vuestra rectitud os sentisteis cuando quedasteis sin nadie que os amara? Os separé de ellos, así como vos me separasteis de Aloy. Ojo por ojo, diente por diente.

Lord *Tiquis Miquis* yacía ceñido a la pared con ayuda del arnés y correas de un instrumento de tortura. ¿De dónde sacaba las fuerzas para seguir consciente?

— Ojo por ojo — repitió. Hablaba ya casi sin vida. —. Si así funcionasen las cosas, el mundo estaría morado únicamente por ciegos. Sí, ciegos, como vos. No sabéis de lo que habláis. Mi esposa y mi hijo me amaban. En cambio, vos violasteis a Aloy. Fue raptada, cuando se rehusó a estar con vos. A punta de golpes, quisisteis ganarte su aprecio, pero fue su miedo y desprecio lo que obtuvisteis.

— No. — Aquello sacó de quicio al Rey, que se precipitó con la fuerza de un toro y le asestó un golpe en la costilla. — ¡Ella me amaba, lo sé, podía verlo! — Y después, se llevó una mano a la cabeza y por poco rompe en alaridos. —. Me lo hacía saber con cada mirada, con cada sonrisa. ¡Vos ni nadie estuvo allí para verlo! ¡Me incriminaron! ¡Me atacaron por la espalda por romper un maldito juramento!

« Qué patético espectáculo, Raymond » De la mano un hombre venido a menos que por fuera aparentaba ser nada más seco, áspero y malhumorado. La Dádiva no recordaba haberlo visto quebrarse ni desesperarse a tal magnitud por ninguna cosa. Lo más sorprendente le resultaba que sufriese por una mujer de una manera tan histérica.

Era sabido que, no cedía a los encantos del sexo contrario sin importar que fuesen madres, doncellas o esclavas. Y cuando los hombres se reunían a hablar de ellas, él no mostraba el mínimo interés. « Y qué decepción ». La misma Mary había hecho correr el rumor de que a Azus le gustaba en realidad tragar espadas y que lo envainasen con ellas en secreto.

Aunque lord Thomas Worthington había demostrado ser un cobarde hasta la médula, soportaba bien los puñetazos y las cortadas. El ímpetu brutal del Rey le había estampado el cráneo contra la pared y le había abierto una brecha.

— ¿¡Por qué!? — le gritó en la cara. — ¿¡Por qué no te quedaste fuera de esto!? Si no fuera por ti, no me habrían exiliado. Nunca nos habrían separado.

— Porque no podía dejar que cayeras en un pozo sin fondo, negro y sin futuro, sobrino — Le tomó mucho contar aquello debido a las toses de sangre y a los estertores incipientes y débiles que anunciaba su fin. —. Porque ella estaba orgullosa de ti. Aprecié tanto a tu santa madre que no soporté la idea de que el dolor de ver al monstruo tras la máscara que era su único hijo le arrebatase la vida estando en cama, tan delicada. Y pese a todo, le mentí en su último día. Murió creyendo que su hijo aún era un caballero de brillante armadura.

Raymond Hailstone se dio la vuelta y fue hasta la repisa donde descansaba la *Espada Infalible*.

— Monstruo — saboreo con amargura. —. Monstruos, salvajes, demonios… Así nos hacen llamar, porque en ello nos hemos convertido. Soy el monstruo que ven a causa de sus creencias. ¿Por qué? ¿Por qué mató a sangre fría? ¿Por qué lucho por lo que creo y quiero? ¿Por qué hago a un lado a quién se interponga? — Pasó un pañuelo por la hoja del arma antes de encarar a su víctima. — Con tantos cadáveres a la espalda de la Iglesia y de aquellos que construyeron este reino, ¿yo soy el monstruo? Mientras culturas caían en desgracia, otros se lavaban las manos manchadas de sangre con oro y con las páginas corruptibles de un libro repleto de mentiras.

» Desde antes ya os tenía en baja estima a vosotros, pero fue después de pronunciar esas palabras cuando me inicié en este viaje en picada de irreverencias. No hice más que desear estar con una doncella, pero me tildaron de traidor, de perjuro y desleal, porque un imbécil al que llaman Patriarca dictaminó hace siglos que así sería. ¿Qué más daba unos malditos juramentos? ¿No podíais dejarnos en paz solo por unas cuantas palabras pronunciadas cuando era más joven?

» Señaláis a la Horda sin daros cuenta de que vosotros sois la misma clase de carroña. Los celtas son unos monstruos ahora, porque no les disteis más opción que crecer en sufrimiento. Soy el monstruo que creéis, porque me hicisteis así, forjado en el dolor a vuestra imagen y semejanza.

El viejo estaba ya en las últimas. Tenía el rostro salpicado por un río de sangre que discurría por todo su desdichado cuerpo y desembocaba en un lago espeso bajo sus pies.

— Si os arrepentís de corazón, sé que el Señor os perdonará por vuestros pecados. Por todos — Obstinado como solo ellos podían serlo, hacía oídos sordos. —. Podréis tomar venganza contra nosotros, pero eso no la traerá de vuelta. Ella murió y vos fallasteis. Gracias a Dios no estuvo allí para que la maltrataseis otra vez.

Su risa áspera fue casi el ronroneo de un gran león. Raymond le colocó una mano detrás de la cerviz a su moribundo tío y le presionó sin agujerar la punta de la espada contra el pellejo. Los rostros de la desgracia y la dicha intercambiaron una mirada más.

— Fue algo maravilloso, ¿no lo sabías? Sin importar que su cuerpo se endureciera y se pusiese tan pálida como la luna, seguía siendo la más hermosa mujer que alguien verá. Cuando el calor escapó de debajo de su piel, le di el mío en consecuencia. Y aún

sin aliento y sin vida, podía ver en sus ojos grises que me amaba. Perdí la razón y las veces en las que imaginé que gritaba de placer.

« ¡*Puaj*! ¿En serio? », fue lo poco que tamaño golpe de asco le permitió pensar.

— No fallé, viejo Thomas. Creí hacerlo — siguió. —. Cuando viole la santidad del cuerpo de su hija, la tendré a ella de vuelta. Atenea me amará tanto o más que Aloy. El poder es solo el medio con el que quemaré bosques, secaré mares y derribaré montañas con tal de encontrarla. ¿Quién me perdonará después de eso?

— No lo harás — anunció entre lágrimas con voz vaporosa. —. No te dejarán hacerlo. Ay, diste un mal paso y te desviaste todo un trecho inimaginable. Pobre hombre resentido. Pero aún hay tiempo para que te perdones a ti mismo por lo que has hecho. Y a pesar de todo, yo te perdono, sobrino.

No se oyó nada más que un rugido de cólera y el silbido cortante de la espada que le seccionase la vida. Raymond Hailstone, en toda una tempestad de furia, le había clavado la espada en el pecho y tirado hacia arriba, rasgando todo lo que había para rasgar. Tras esto, una lluvia roja bañó el semblante contrariado de un hombre que ni muerto descasaría en paz.

Y Mary Blood sació finalmente el morbo de su curiosidad.

Una vez puso fin a sus visiones de sangre, se quedó allí inmóvil, ensimismada en vagos pensamientos que nada debían envidiarle a una mente vacía, con ojos cerrados y abrazándose las piernas junto al pecho. En la oscuridad de sus adentros, un hedor vaporoso pero fétido tocó a la puerta de sus sentidos, y un instante después, una voz afilada lo acompañó.

— ¿Qué piensas que haces? — alguien le dijo.

Cuando abrió los ojos como platos y aquel rostro, a apenas cinco o seis dedos de distancia, anegó su vista, se llevó un susto de muerte. Un sobresalto tal como si el corazón le hubiese dado un tirón. Se estremeció, pataleó, y se cubrió la boca con ambas manos para evitar que un grito escapase, pues Azus seguía detrás, a la vuelta de la esquina.

— ¿Me tienes miedo, hechicera? — siguió la druidesa acuclillada ante ella, rebosante de malicia. Los rasgos de Rhiannon eran toscos y grotescos; sus cicatrices faciales se asemejaban demasiado a pequeños gusanitos abultados que se estremecían con cada expresión, y no hacían más que horrorizar a una sonrisa de dientes picados. — Haces bien.

Tan pronto como Mary la reconoció, todo el despliegue de pánico que pudo llegar a sentir abrió paso a la ira y luego a un rencor renovado. Se llevó una mano al pecho, como intentando encajar en su sitio a su corazón que había dado un vuelco.

— ¿Y cómo no hacerlo, hija de…? — Hizo una pausa para recuperar el aliento. —. Si ni la mierda que caga un muerto es tan fea como tú.

Rhiannon se irguió en toda su altura, como una gigante a ojos de Mary. De pronto, ya no se hallaba tan risueña. Cambió su gesto a una mirada imperiosa de desprecio mal disimulado.

— ¿Qué haces aquí completamente sola? No me hagas preguntarlo una tercera vez.

« Tienes sueño — La de Belfegor fue una mentira ágil. Era lo más ágil que un demonio perezoso podía aspirar. —. Mucho, mucho sueño. » Y Mary acabó por bostezar de verdad.

— Quería dormir un poco donde no hubiera tanta bulla — declaró mientras se desperezaba como un gatito, estirando brazos y piernas trémulas. —. En los últimos días son pocos los que concilian el sueño por aquí.

— Mientes — espetó rápidamente. —. Tú habitación en la Torre de Aguamiel es la más aislada del castillo. Espiabas a nuestro Rey en sus asuntos. ¿Y con qué derecho? ¿Con qué motivos?

« Haber si piensas algo mejor la próxima — le dijo Mary a Belfegor. —, descerebrado. » Puso los ojos en blanco.

— Si ya sabias lo que hacía, ¿pa qué preguntas?

Rhiannon hubiera enarcado las cejas de tener alguna. En cambio, entrecerró los ojos.

— Ten mucho cuidado de meterte en donde no te llaman, Blood. Te faltan sesos y te sobrara la cabeza, si piensas en traicionarnos.

— ¿Quién ha dicho algo sobre traiciones, druidesa? — Se enfrentó a ella, acercándose un paso, aunque tuviera que alzar la vista para verla a la cara. Había tiempo para bromas y otro para sacar las uñas. — Solo tú. Espera un momento, ¿cómo diste conmigo? ¿Me espiabas desde la penumbra? ¿Con qué derecho? ¿Con qué motivos?

— Eso, saca las garras — Con una prenda plomiza que recordaba bastante a una capucha monástica y un talante espiritual, la druidesa hacía gala de un misticismo que no poseía, y que en realidad sus antepasados nunca tuvieron. —. Tu coraje es muy grande para ser tan pequeña. Un banco en el que subirte te vendría bien ahora.

Mary solo dejó pasar el comentario, aun cuando ella se le hubo reído en la cara.

— ¿Espiabas a nuestro Rey o me espiabas a mí? — Le borró la grotesca sonrisa, sosteniéndole una mirada gélida de ojos azules. — Sea como sea, eso es alta traición, ¿no? O media. O baja traición. No lo sé, pero es traición y punto.

Rhiannon frunció la boca y el ceño a la vez.

— Él viejo ya se ha ido — susurró. —. Siempre fue más de vosotros, hechiceros, que de nosotros. Me enfermaba tener que oírlo hablar sobre su magia de sangre. La Horda insistía que era el puente que nos conectaba, pero a decir verdad solo nos mantenía al margen los unos de los otros.

— Nos odian. A Kairo, a Iloura y a mí. A eso se resume todo.

— En especial a ti, que ensucias mi pueblo con tu magia — El odio y el hedor de su boca le llegaba pútrido con cada sílaba. —. En especial a ti, que naciste bajo el manto de un falso dios y te rehúsas a creer en los nuestros, Mary Ann. Asquerosa monja.

La Maestro de Hechiceros no dijo, no pensó nada en absoluto. Simplemente aguardaba el momento.

— No los necesitamos en el pasado — siguió. —, cuando la Horda Dorada de Brenno marchaba sobre sangre y cenizas, así como no los necesitaremos pronto, cuando la historia se repita con nuestro gran Rex Azus como Bestia.

— Habrá que esperar. No me cabe en el cuerpo las ganas de ver lo que sucederá después. — Mary le sonrió con cínico candor, juntado las palmas de las manos y ladeando la cabeza. —. Porque soy demasiado pequeña, ¿no? — Antes de ensanchar la sonrisa de oreja a oreja, cerró los ojos.

— Mediocre hechicera — escuchó de ella como un deleznable hálito de desprecio máximo. —, a otro perro con ese hueso.

Con la vista aún cegada, el roce de la ropa le hizo escuchar como la druidesa introducía lentamente una mano bajo una manga de la túnica.

— Hazlo — le dijo sin ver. —, pero a menos que tengas otros veinte más escondidos debajo de esa bata de anciana, no pasará nada. — Borró su gesto pueril y le dedicó una mirada solo para curiosear el tamaño del cuchillo y disfrutar, además, de cómo Rhiannon se atragantaba con su propio espanto. — Una herida para mí no es gran cosa. Soy una hechicera de sangre, ¿lo recuerdas?

La druidesa sostenía el arma de un palmo en hoja punzante y bien afilada con el brazo extendido hacia el suelo. La misma mano le temblaba a causa de la rabia y la impotencia que dejaba ver a kilómetros.

— Pero no solo eso — se apresuró a seguir Mary, quien anunciaba con severidad intimidante, aunque se sintiese contenta como pez en el agua. —, también soy de la sangre de lo que ya casi no hay en el mundo; soy un Dádiva. Maestro de Hechiceros y cabecilla de mi propia guardia.

Hacía tiempo que el mastín de tres patas había regresado, dando cómicos saltitos, de llamar a los Interfectos que estaban lejos del alcance de Mary Blood. Se había posado detrás de Rhiannon sin hacer apenas ruido y los demás muertos andantes daban la vuelta al recodo para encontrarse frente a ellas dos.

— Haré que él te monte hasta que uno de los dos se rompa — le advirtió, señalando hacia al final del pasillo donde los Interfectos marchaban marcialmente codo con codo. —. Luego, si te quedas con ganas, les seguirán mis otros perros de cola más larga.

Según se veía, la druidesa aún no era del todo consciente de que tenía más opción que morir. Con la poca estima que le conservaban a Mary, le cortarían la cabeza, si se enterasen de las ideas perversas que le venían a la mente en aquel momento donde la potestad le subía los humos. Tantas eran las formas que se le ocurrían para jugar con ella y todas dejaban en ridículo a los métodos de tortura de Rex Azus.

— Vete de aquí, Rhiannon, antes de que me arrepienta.

El color volvió a su rostro, cuando los Interfectos se detuvieron a medio camino. Tragó saliva antes de dar el primer paso lejos de la muerte andante.

— Qué mis palabras resuenen en tu cabeza más fuerte que las de esos amigos imaginarios tuyos. Todas y cada una de mis palabras.

Se giró, cargando en brazos con el poco orgullo que aún guardaba, pero Mary no había terminado de cincelarle el alma tan podrida que tenía. La cogió con fuerza por la muñeca.

— Si le haces algo a mis amigos, a mis discípulos, lloverá sangre y magia sobre la cabeza de los druidas y todo el que se interponga.

No hubo réplica alguna. Encima la druidesa hizo como si no la hubiese escuchado. La siguió sin pestañar mientras Rhiannon se alejaba hasta desaparecer en un recodo.

En tiempos de Brenno *el Azote de Dios* y la Horda Dorada, a los druidas se les había reverenciado con fervor y llegado a temer incluso. Se les había dado un lugar en cada asunto político, espiritual o militar del Antiguo Pueblo. Aún mantenían vivas algunas de las leyendas y falsas hazañas sobre su gente, pero ya no eran ni una pizca de lo que solían. No después de demostrar en siglos posteriores que no eran más que hombres y mujeres empequeñecidos por un mundo donde moraban Bestias, Dragones, Dádivas, Hadas, fomorianos, semi-dioses y tres tipos distintos de genuina magia.

Ni siquiera se les era permitido ingresar en el consejo de guerra.

En otro pasillo se oyó el azote de una puerta al cerrar y Mary supo que debía salir huyendo de allí. « Vaya, Raymond se folló a una muerta. Me pregunto, ¿qué gracia le harían mis Interfectos si… No, no, olvida eso, qué horror. »

Aquel día, cuando el sol se había ocultado ya, el grueso de las fuerzas de la Horda se preparaba para salir a dar caza a una Bestia en el algún lugar del noreste de Dranova.

Mary recordaba claramente la mañana de hacía un año y medio en la que los oteadores habían encontrado a una Bestia contenida en la prisión de sus runas. Aquellas marcas luminosas y vibrantes que se abrían paso por el suelo, sobre las aguas de un río y la pendiente de una ladera le dejaron una sensación desagradable. Le entraron picores en la piel, sus huesos le dolieron y se sintió fría durante un par de días, como si fuera una advertencia lanzada a gritos de su instinto para que se mantuviera lejos. Sin embargo, no compartió esto con nadie y ninguno de sus más cercanos dejó ver indicio alguno de preocupación. Aquella mañana distante, la Horda había celebrado un ritual repleto de esperanzas, pero entonces tenían en sus manos la llave a las puertas del Infierno.

La noche, aunque llena de grandeza y del encanto antes de la guerra para todos los soldados que marchaban a las afueras del baluarte, era fría y pálida para una desolada Mary. No había tenido tiempo para sanar el corazón roto, fruto infecto de lo que alguna vez fuese tan maravilloso vínculo. Si había buscado un dolor insufrible, lo había conseguido.

Iloura lucía hermosa para la ocasión, con su vestido de brocado sinople de corte elegante y cabello castaño que le caía en una sola trenza empedrada sobre un hombro. Quería verse bien para el padre del niño que llevaba en las entrañas, por lo que había dejado en claro. Y resultaba que, a fin de cuentas, Ramskull y ella habían copulado hasta al amanecer hacía dos noches, probado suerte un par de veces al día siguiente, y después, en tres o cuatro ocasiones a solas aquel día. De manera que, bastante probable era que estuviese encinta. Solo el tiempo lo diría.

En cuanto a Mary, se ataviaba simple y llanamente con una réplica recién elaborada de su vestidillo blanco. Sus pies descalzos, como llevaba por costumbre, y el cabello perfumado suelto y aún húmedo de la tina. Aunque las esclavas las hubiesen bañado y aderezado a ambas a la vez, Mary se había negado firmemente a llevar el atuendo que Lydia le hubo presentado. Atuendo que pretendía competir con el de su amiga, pero

Mary no estaba de humor para tales sandeces que nada más iban destinadas a descubrir quién impresionaba más a Ramskull. No quería, o tal vez no podía, competir contra alguien como ella. Iloura era de caderas más anchas, lo que le vendría bien al momento del parto; de talante más robusto y sinuoso, también; su busto, más prominente, para dar de mamar a muchos hijos.

Su piel era casi perfecta, suave y sin mácula. Mary, en cambio, estaba repleta de cicatrices del cuello hasta los pies.

Y encima, la muy perra era más alta.

Muy a su pesar, sí, pero había elegido a Iloura para que se encargase de lo que ella jamás podría; darle finalmente el heredero que su amantísimo tanto deseaba. Y justo por todo ello comenzaba a desdeñarla con afán.

La chica llevaba corriendo por sus venas el don de la magia de sangre, y con un poco de suerte, Lugh llegaría a un mundo de libertades y abundancia entre las virtudes de la hechicería y la destreza guerrera de su padre que nadie más en la Horda habría conciliado.

Ramskull e Iloura tardaron unos minutos en concluir su despedida, mientras Mary no podía hacer más que encogerse de la pena en una esquina, abrazar el cráneo de carnero contra su pecho y morderse un labio con angustia. En su cabeza, Sekhmet jugaba con ideas de venganza y Belial la consolaba sin éxito. Cuando su amantísimo le dio un beso en cada mejilla, Belfegor la alentó a que fuese a la cama a pasar el mal trago o que, al menos, se tirase por un precipicio. Lo que viniese primero. Se sacó sangre del labio inferior de tanto mordérselo. Bajó la mirada, agachó la cabeza, y se dio media vuelta en un largo suspiro, dejando al yelmo de su amado atrás, abandonado junto a la pared. Se alejó de los recuerdos tanto como pudo y de cada ojo del patio que la estuviese observando.

En breves, se encontró sentada a la orilla de un gran estanque haciendo círculos y ondas en el agua con el dedo gordo del pie.

— Ha sido tu culpa — le espetó a su reflejo. — Tú y tu estupidez, Mary. Tú y tu bocota. ¿Por qué lo hiciste?

« Porque querías hacerlo feliz, ¿recuerdas?» Era muy rara la oportunidad en la que hablase la Naamah del corazón y no la de la lujuria. Podría ver, incluso estando ciega, que ella tampoco soportaba el agujero sin fondo que crecía hora tras hora en su pecho. El ahogo empeoraba cuando rompía en llanto y debía esforzarse una barbaridad para respirar, por ello trataba a capa y espada de aguantarse cada una de las lágrimas.

« ¿Y eso de que nos sirve? — inquirió Haborym — Lo perdiste para siempre. »

— No lo perdí, yo… — arrugó la cara, al borde del abismo del llanto. — Tienes razón, sí lo perdí.

« ¡Maldita sea esa mujerzuela! », Sekhmet, siempre enérgica y volátil, la colmó del odio más puro hacia Iloura. Mary se levantó del borde del estanque, y se giró como un rayo con la intención de coger a su amiga por las greñas, pero la avidez de sus celos llegó hasta allí, cuando se encontró de bruces con *Ramsey*. Él y sus ojos de esmeralda,

con una sonrisa a medio camino de la tristeza, supieron desarmarla en lo que duraba un jadeo. Mary se quedó en silencio con la boca abierta y los labios que le temblaban.

Él no dijo nada hasta que el silencio fue demasiado para ambos.

— ¿No pensabas despedirte de mí?

Intentó por todos los medios responderle de inmediato, pero las palabras se le quedaron trabadas en el paladar con mal sabor. Con solo mirarlo, se hallaba incluso más nerviosa que la noche en la que le entregó su doncellez.

— Aquella persona que se va es la que debe despedirse, no la que se queda.

— Y por eso he venido — Llevaba el torso cubierto por una armadura hermosa de cota de mallas revestida con algunas piezas de cuero superpuestas. No recordaba la última vez que lo viera vestido de cintura para arriba. En la mano menos hábil sujetaba su yelmo amarillento de hueso. — ¿Qué te ocurre?

— Nada en especial. — dijo con voz queda. Se cruzó de brazos, haciendo de cuenta de que estaba enojada con Él.

— Fue tu idea. — dijo, y con una mano le cogió las mejillas hundidas a Mary y la obligó a hacer un puchero.

« Esa es la peor parte. Yo sola me arrojé a este abismo. »

— Eres más encantadora que cualquier otra mujer cuando sonríes — siguió, centrado solamente en ella. —. Tan adorable como un cachorrito al estar triste. Y si enloqueces por alguna razón, te conviertes en la más hermosa al fruncir el ceño. Entonces, Mary Ann, dime, ¿de qué manera debo verte ahora?

— Adorable y hermosa — le confesó. —, una imagen distinta con cada ojo... Hice esto pensando en ti, pero aun así me duele. Tanto que me cuesta soportarlo. No es nada agradable cuando te dejan de lado.

— Creí que bromeabas aquella vez. Me tomaste por sorpresa.

— ¿Eso es todo lo que dirás? — le preguntó al cabo de un rato de silencio incomodo, con la vaga esperanza de lograr algo que le levantase el ánimo. Un abrazo, un beso en la mejilla; el mínimo gesto de cariño, si era que todavía sentía algo por ella.

— Ahora solo piensas en ti.

Al atisbar un destello de pena en las joyas verdes de su amado, bajó la vista, llena de vergüenza. « Se acabó, Mary — le hizo saber Belial con voz calmada. —. No cometas una locura. No estás sola. Te ayudaremos. » Le escocían los ojos de tanto que los había oprimido para no romper en llanto. Su garganta se volvió un nudo enorme que no la dejaba siquiera tragar saliva.

— Tu mayor virtud y, a la vez, el más grande de tus defectos es que eso no dura demasiado. — Y le levantó el mentón gentilmente para que compartiesen una mirada, como había hecho incontables veces en un pasado ya lejano. —. Nadie, ni tú misma, conocen en realidad lo que sucede en este vendaval de pensamientos — Le apuntó a la cabeza con el índice, y luego bajó el dedo hasta su pecho. —. Pero sé muy bien lo que ocurre aquí dentro. Me amas y darías todo por mí, incluso tu propia felicidad para que yo lograse la mía.

Mary derramó una lágrima sin saberlo, pasando del llanto a la sonrisa a conciencia.

— Todo. Incluso mi propia vida, *Ramsey*. Ya te había dicho que estaba loca por ti.

— Lo has demostrado no solo con palabras. Y eso no tiene precio para mí, de modo que he de obsequiarte algo invaluable para que entiendas lo agradecido estoy.

De pronto, la noche dejó de ser tan fría a su lado. Una calidez absurda seducía al nuevo invierno que estaba a punto de nacer, arrastrada por la suave brisa que acariciaba sus cuerpos. Se olía un aroma fresco a rosas y lavanda, aunque las flores de primavera que envejecían junto al estanque no fuesen ni por asomo parecidas.

*Ramsey* depositó su cráneo de carnero mastodonte, el amuleto que lo acompañaba a todos lados, en la corona de piedra de la fuente y lo hizo a un lado para centrarse en ella y sola en ella. Mary no llegaría a saber de dónde había sacado el envoltorio blanco que entonces llevaba en manos, pues no había querido perder de vista su rostro y la riqueza que brotaba de sus gestos en ningún momento.

No había luces que brillaran más que Él bajo la luz de luna llena, bajo el manto de una diosa lunar que lo había glorificado con tal extravagante belleza más allá de la imaginación humana. A parte del zumbido de las abejas y el lloviznar del agua sobre el estanque, reinaba el silencio. Un silencio donde solo la naturaleza hablaba y le hacía pensar a Mary que ambos eran los únicos en el mundo.

Del envoltorio sacó un collar reluciente con un gran círculo de plata decorado con algún emblema celta. La piedra engastada en el centro no era una perla verde como le había parecido al principio, sino una esmeralda a la que se le había dado la perfecta figura de una esfera. Mary inclinó la cabeza, cuando vio que Él alzaba los brazos para ceñírsela al cuello.

— ¿Y esto? ¿Qué es? — preguntó, examinando más de cerca la joya que le quedaba a la altura del corazón.

— Encantadora y bella despistada de mierda — le anunció dulcemente en forma de una carcajada. Ensanchó su sonrisa, para darle un capirotazo más en la frente. —, tantos años a nuestro lado y aún no lo sabes.

— ¡*Augh*! Muy bonito, pero sabes que no me gustan esta clase de lujos — Un instante después, se condenó por nunca pensar lo que decía. Se mordió la lengua. —. Quiero decir, gracias. Muchas gracias. — declaró con una risa nerviosa.

Le cogió el rostro a dos manos como si estuviera a punto de besarla.

— Los celtas no tenemos anillos para intercambiar. Tenemos esto.

— Espera, ¿qué? ¿Anillos? — Se le desencajó el rostro de la impresión.

— Tengo uno idéntico bajo la armadura. Esto, hermosa Mary Ann, es un nudo perenne. Un nudo que nunca se deshace y simboliza la unión eterna entre dos enamorados a través del tiempo y del espacio.

« ¿Qué? », inquirió Belial.

« ¿Qué? », repitió Naamah.

« ¿¡Qué diablos… », agregó Sekhmet.

«… está…», musitó Belfegor.

«… pasando aquí!? », gritaron con estridencia todos a la vez.

Mientras tanto, Mary flotaba a la deriva en un mar de voces sin deliberar nada en concreto. Se mantuvo con la boca abierta todo el rato con gesto aturdido.

— He caído en la trampa — siguió *Ramsey*, al ver que ella no daba con las palabras. — y no hay nada en este mundo que me salve. No me resta más que dejarme llevar por este curso, mientras estoy unido a ti para siempre. No habido mejor ocasión para que un hombre le diga a una mujer que la ama.

— No comprendo bien. — Algo dentro de Mary había sumado dos más dos. Lo entendía perfectamente, pero no quería gritar por temor a despertarse de un sueño.

— Quiero que seas mi prometida. Te tomaré como esposa sobre los escombros del reino agonizante que nos hizo sufrir a ambos… Si así lo deseas, claro.

Aguantó la respiración antes de pellizcarse un brazo. El pánico monstruoso por despertar de la ilusión le aceleró las pulsaciones. Pero acabó por descubrir que todo había estado sucediendo en el mundo real y no en sueños.

— Esto no… No… — Negó con la cabeza, todavía helada, y retrocedió un paso.

Su amantísimo se apresuró a cogerla por un brazo, pues Mary había estado a punto de caer al agua sin quererlo. Lo vio a Él por un instante, muriendo del horror.

— Esto no… ¡Esto no puede ser! — siguió ella, gritando a los cuatro vientos en una explosión de alegría incontenible.

*Ramsey* respiró aliviado por fin, cuando Mary se le lanzó en brazos, riendo y llorando a mares, ora lo uno, ora lo otro. Pronto se descubrió abrazándola con ella atenazada en torno a su cuello y colgado con las piernas yendo de aquí para allá.

— ¿¡Lo dices en serio!? — se oyó preguntado. — No te juegues con estas cosas.

— Lo juro, Mary Ann — prometió, alzándola en brazos y situando el beso a pedir de boca. —. Pero necesitó escuchártelo decir.

— Sí, sí, sí y sí.

A mitad del largo instante en que sus labios se fundían con regocijo y el ardor nacido del delirio que sintiesen el uno por el otro, la burbuja, el escudo perfecto que habían creado para ellos se rasgó. En el acto, respiraron de aires de guerra con el rugir estridente de los cuernos que se iban sobreponiendo cada uno al estruendo del anterior. La caballería ligera debía estar atravesando ya las puertas del Baluarte del Rey y la infantería y la maquinaria se encontrarían apisonando las calles de los muertos.

— Te amo muchísimo, *Ramsey*. De verdad. En serio.

— Yo aún más, hermosa Mary Ann.

— ¿Y ahora es cuando debo dejarte ir? — Había perdido el contacto con la realidad, haciéndose a la idea de que todo fluiría siempre dulce como la seda, pero los sonidos de la ofensiva de las legiones contra una auténtica Bestia le infundieron miedos otrora inexistentes después de un momento tan hermoso.

— Aún no — La dejó caer al suelo con la suavidad que descendía una pluma. —. Unos minutos más, unos menos, no verán la diferencia.

— ¿Y si algo sale mal, *Ramsey*? ¿Y si no vuelves? Tengo que ir contigo.

— Nada saldrá mal, ya te lo digo — Tuvo que rodearla para hacerse con el cráneo de carnero. —. Estaremos juntos otra vez. ¿Conoces el plan de contingencia?

— Sí, pero si dices que todo saldrá bien, ¿por qué preguntas?

— Porque tengo que irme sabiendo que tú también estarás a salvo aquí.

« ¿Hablamos de una sublevación del pueblo o de esos druidas? », preguntó su voz de la razón, pero Mary no alcanzó a escucharlo, perdida en sus propios asuntos, tanteando el nudo perenne en su pecho.

— Debo suponer que le has dado uno como este a Iloura, ¿verdad?

Leyó en el rostro de su amantísimo el desentendimiento más puro. *Ramsey* se le quedó viendo por un segundo, y luego le propinó otro capirotazo en la frente; esta vez, uno más fuerte.

— ¡*Ay*! ¡Ya para con eso! — le exigió ella, llevándose una mano a la frente.

— Acabo de pedirte matrimonio. Esto de aquí — Apuntaba al nudo perenne. — es algo único, algo que solo le puedes entregar a… ¿Qué te hace pensar que…? Mary — Chasqueó la lengua, exasperado, aunque no tardó demasiado en acercase y hacer como si quisiera besarla otra vez. —. No lo pierdas jamás, ¿comprendes? Este corazón solo tiene dos partes y la mitad que nos complementa es difícil de conseguir.

— ¿Qué hay de las costumbres celtas? Iloura será la madre de tus hijos.

Las viejas costumbres dictaban que hombre quién pretendiera tomar una segunda mujer y procrear con ella debía desposarla con el beneplácito de su primera esposa. Y por supuesto, el mismo caso sucedía para acoger a una simple concubina.

— A la mierda con ellas. Nuestros hijos vendrán a un mundo, en donde tú y yo seremos hacedores de reglas. Los únicos regentes de todo — Y le dio un beso allí donde le había dejado una roncha con su golpecito. —. Junto a Iloura cumplo nada más con mi deber y con nuestro sueño. Ella bien lo sabe.

— Guardaré en mi corazón — Cuando cerró los dedos en torno al collar, unas cuantas lágrimas le cayeron sobre el dorso de la mano y se enteró de que seguía llorando. — cada una de esas palabras, pero no sé qué decir para que guardes en el tuyo. No soy buena para esto.

Vio la dicha más pura reflejada en sus ojos de esmeralda.

— Qué los dioses te salven Mary, llena eres de gracia. Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito sea el fruto de — dijo esto último mientras apuntaba hacia atrás, al lugar donde se encontraría Iloura. — su vientre, Lugh. Santa Mary, Madre de Dioses, vela por nosotros, pecadores.

No hicieron más que sonreírse mientras atesoraban para el recuerdo cada detalle del semblante del otro. Los segundos de silencio se estiraron hasta prologarse de manera irreal y cundir entre suspiros de amor. Una felicidad radiante de esperanza, una buena e inmaculada, no como cualquiera que hubiera sentido antes, brotó entonces que sabía que la amaba con locura y que todo su mundo giraba en torno a ella y solo ella.

— Ya va siendo hora — anunció *Ramsey* al oír los ecos moribundos de la última llamada del cuerno. Le tendió a Mary su cráneo de carnero. —. Cuídalo para mí, y no lo pierdas.

— Pero es tu yelmo. Que tienes que llevarlo contigo.

— Es de hueso. ¿Cuánto podría servir contra una bestia gigantesca?

— Es tu amuleto — le recordó a la desesperada. —. No puedes dejarlo.

— No, Mary Ann, ahora veo que solo es un casco al que le tengo cariño. Mi verdadero amuleto de la suerte eres tú y no te llevaré conmigo. Así que piensa en mí todo lo que puedas, para darme suerte.

— No lo perderé, lo juro.

— Más te vale, porque lo haré añicos el día de nuestra boda — Y se alejó caminando envuelto en el aura solemne de una promesa. —. Ya es tiempo de que vea hacia el futuro. Pero hasta entonces, serás mi prometida.

Ella se precipitó en no dejarlo ir tan fácilmente y cogerlo de la mano.

— ¿Podría, *Ramsey*, al menos acompañarte hasta las puertas de la ciudad?

— Creí que nunca me lo pedirías.

# Atenea VII

Sentir el calor de las llamas por una noche era una sensación reconfortante. Al igual que reconfortante era echar cabeza en un lugar cerrado entre paredes de piedra. El calor le había hecho darse cuenta hasta qué punto estaba exhausta por el viaje. Y el nicho excavado en la pared de roca hacía del refugio casi una madriguera acogedora.

— Lo que hiciste con el ciervo el día de ayer… Lució como si hubiese dejado de sentir dolor en el momento en que lo cogiste en brazos.

— En parte fue lo que sucedió.

— ¿Cómo exactamente? — Connor le había prometido que respondería sin pelos en la lengua a cada una de sus preguntas.

— Es difícil de explicar aún después de tantos años. Diría que le arrebaté casi todo lo que podía llegar a sentir para librarlo de su dolor. Me adueñé de su sufrimiento para que viviera en paz sus últimos instantes.

— ¿Y eso no sería para ti algo tortuoso?

— Fue duro al principio, cuando era niño. No tanto ahora que tengo más experiencia. Lo que le pasó al pequeño ciervo fue desagradable. Para ambos. Fue cruel, fue triste, fue doloroso, pero así suele ser el bosque la mitad del tiempo. Solo los niños pensarían que todo en la naturaleza es alegre y hermoso. No es así. ¿Recuerdas a todos esos animales que conseguí enlazar? Si no fuera por mí, se despedazarían entre ellos, se matarían los unos a los otros. Y lo harán, una vez pase el tiempo y hayan perdido el vínculo que juntos hilamos. No hay mucho que puedas hacer para cambiar sus instintos.

Aquella tarde, cuando Connor hubo caído al suelo inconsciente, Atenea corrió en pro de él, por alguna razón, obviando el hecho de que había estado yendo en dirección contraria segundos atrás. Fuera quién fuese él, no podía haberlo dejado tirado después de llevarse a tal extremo por la causa que ambos compartían. ¿Impresionada o fuera de sí misma? No había sabido que pensar en aquel irreal momento, salvo que, Connor Bressler no podía ser alguien tan vil como había creído la noche en que perdió el conocimiento por su culpa.

¿Qué habría hecho otra persona en su lugar? Condenarlo, seguramente, por lo que hacía, echando al olvido todas sus buenas intenciones.

«No tanto ahora que tengo más experiencia.», había admitido en tono seco, inexorable, como no dándole importancia. Pero había algo en sus ojos que narraba una historia muy distinta. A todo ese sufrimiento acumulado con los años, de los animales en transitoria angustia a los que se enlazaba, decía haberse habituado. Fuera cierto o no, incluso en la costumbre más aceptada podían hallarse desdichas que hicieran sentir a alguien un completo desgraciado, hasta que sus propias lágrimas carecieran de sabor.

Atenea se rodeó las rodillas con los brazos, casi con la timidez de una niña por hacer la siguiente pregunta. La más insoportable de todas.

— Vamos, ya dilo — Él la apremió al ver que no se animaba.

— No quiero pensar lo duro que ha sido para ti vivir con ese poder. Fingiendo ser alguien que no eres por tantas personas que te colgarían o te quemarían en la hoguera por…

— Basta de eso, Atenea — interrumpió con una sonrisa plagada de complicidad. —. No soy un brujo.

De inmediato se percató de las palabras tan atrevidas que había elegido. El estrés y el cansancio de los últimos días le socavaban la mente como ninguna otra cosa. Lo observó, apenada, aguardando a que siguiera.

— Dádivas, nos llamaban los antiguos. Antes de que Dranova siquiera existiera. En tiempos mucho más simples, cuando la cultura celta regía estas tierras y el cristianismo no era más que una fruslería de ultramar.

— ¿Dádivas? — repitió parar ayudarse a tragar la pena. —. De la misma manera se refirió a ti esa criatura que nos encontramos.

— En aquel momento creí que era un animal, así que me mostré ante ella como lo hago con el resto… Solo que no esperaba que pudiese hablar al igual que nosotros.

— Debe haber más personas allá afuera como tú — especuló con entusiasmo. —. Personas capaces de controlar a los animales viviendo en estos bosques. De seguro te habrás topado con más de uno.

Sin embargo, él se mantuvo impasible frente a la posibilidad.

— Controlar a los animales no es lo que hago. En cuanto a haberlas… Podría asegurar que no. He escuchado de otros Dádivas, pero nunca conocido a ninguno.

— Entonces, si no los controlas, ¿qué es lo que haces?

Connor no respondió al momento. Vaciló, y contempló el fuego.

— Creí haberte dicho lo complicado que era de explicar — Hizo ademán de una mueca, pero al ver el interés de Atenea se dejó llevar. —. Comparto con ellos sensaciones, pensamientos, vivencias… Y de esa manera consigo persuadirlos para que hagan las cosas que deseo. Es como si estuviera conectado con la naturaleza y con todas sus formas, algunas más que con otras. Entre más arraigado esté un animal a sus instintos, me es más fácil hacerme con parte de su voluntad, sembrar una idea en su cabeza y modificar su comportamiento. Puedo llegar a forzar ciertas actitudes en ellos, pero no nos resulta nada agradable a ninguno. No son marionetas que pueda manejar a placer.

— Si al ver y escuchar a través de ellos, «creas un vínculo», como dices… ¿Podrías percibir, si algún otro Dádiva ha hecho lo mismo con esos animales?

— No todos los Dádivas somos iguales, Atenea, aunque jamás haya conocido a ningún otro. Solo he leído sobre ellos. Y lo poco que hay lo habré estudiado cientos de veces de diferentes autores — Cada palabra parecía dolerle, más por confesarlo que por cualquier otra cosa. —. Los cristianos nos hacen llamar «brujos» cada vez que pueden, pero no son hechizos ni nada que se le acerque. Por lo que sé, es un don que ciertos individuos poseen, y no me refiero solo a los humanos. La Santa Inquisición nos ha cazado uno por uno, porque a todo lo que se sale un poco de sus cánones lo llaman herejía, pecado o maldición — Volvió a escrutarla con la mirada. —. Y los pocos que

restan, si es que aún los hay, se ocultan entre las mentiras para sobrevivir a un mundo que los aborrece.

En esta ocasión, fue Atenea quién evitó cruzar miradas. De pronto, abochornada por las costumbres con las que estaba tan familiarizada, ella y todos a los que conocía. La Inquisición no era nada nuevo en Dranova. Había quienes disfrutaban de ver a los obispos purificar herejes sobre el cadalso de una plaza, mientras los gritos consumidos por las llamas acompañaban a un par de jarrones de cerveza. Los había quienes se giraban con asco y otros quienes opinaban que era una excesiva sentencia, por supuesto, pero a nadie parecía quitarle el sueño que una voz sucumbiera de dolor hasta retornar al polvo ante las puertas de sus casas.

Abrió la boca solo para evitar la incomodidad del silencio y espantar la idea de que Connor la estaba juzgando en tácita protesta por ser una creyente. Como de seguro él había sentido que Atenea lo juzgaba días atrás.

— Bestias y Dagas Sagradas — suspiró. —. Aún recuerdo cuando esas dos eran los únicos estandartes de un mundo ajeno a mi vida. Ahora resulta que hay criaturas que se suponían extintas merodeando por los bosques, lunas de sangre y Dádivas. Todo esto se ha vuelto cada vez más extraño.

Connor lanzó un trozo más de madera al fuego, con lo que las llamas crepitantes se avivaron. Las chapas plateadas de su collar destellaron sobre su jubón de cuero.

— ¿Tus padres también eran Dádivas? — siguió.

Estaba observándolo, cuando Connor cerró los dedos en torno al colgante, y con cierta pereza lo guardó bajo su ropa. Había entendido por fin que no le gustaba que nadie lo viera. Era suyo. Era su pasado. Era parte de su historia. Y él era muy reservado. Todo lo que ello alberga eran malos recuerdos, pero no podía deshacerse de él.

— Murieron cuando aún era muy joven…

« Sí, y ahora te diriges al lugar de su muerte — pensó por no atreverse a decirlo. — en busca de las mismas criaturas que pusieron fin a sus vidas. »

—… Si lo fueron, jamás lo sabré — dijo, mientras colocaba una mano contra el fuego y se examinaba la palma y el dorso. —. No tengo idea si es hereditario o si simplemente naces de esta manera por casualidades de la vida. Al menos tengo la certeza de que no cambaría esto por nada en el mundo.

— ¿Ni siquiera por volver al lado de los tuyos?

— No, si con esto pudiera salvarlos. Los Maine no saben de mi condición. Nadie, además de ti, sabe de esto.

Más adelante, Atenea se descubrió imaginado cómo habría sido una vida ocultando tales habilidades, por tener la suficiente consideración de no preguntarlo. Por lo que podía ver en Connor y la indecisión que lo rodeaba, tuvo más de una ocasión para confirmar sus sospechas; estaba inquieto por lo que pudiera suceder si ambos regresaban a la Capital sanos y salvos. Palideció hasta los huesos sabiendo el destino que le depararía, si y solo si, contaba a la persona equivocada aquella confesión.

Lo siguiente que Connor declaró, mientras ella se deshacía del peto y avambrazos, para ir a descansar, versaba sobre que entre aquellos que había leído poseían el don sus

poderes conservaban poca o ninguna afinidad. Le contó como algunos hombres y mujeres de leyenda de épocas lejanas fueron considerados brujos en lugar de Dádivas, por la gente de Dranova: Astoret, una especie de lobo que andaba a dos patas, y que con cada luna llena manifestaba dos enormes alas a su espalda y la ira incontrolable de un perro rabioso; Dagon Mondragón *el Intocable*, un caballero barmano al cual las espadas le atravesaban sin provocar daño; Ausdruck, un tal otro cuyos huesos eran más resistentes que cualquier metal conocido; y, por supuesto, Equidna. A *la Doncella de Bronce* fue a quién le dedicó más tiempo y detalle de su inusual habladuría.

« La admira — se percató por su sonrisa. —. ¿Quién no ha oído historias sobre *la Reina Bruja*? Era una belleza exótica de piel marrón y ojos dorados, todos lo saben. Connor y ella no podrían ser más distintos en apariencia, pero lo que él es capaz de hacer… Su don de Dádiva. Es el mismo. Es como si en el fondo, fueran un reflejo el uno del otro. »

Al final de su íntima velada, se dio por satisfecha y se echó a dormir con tranquilidad entre cortas fantasías sobre mitos y leyendas, y preguntándose cuanto faltaría para que los animales hallaran a la Bestia que necesitaban. En algún punto de la noche, sin embargo, tuvo la sensación de haberse despertado unos segundos. Y con la mente empantanada por el sueño, entrevió a Connor recostado a la pared, observando el fuego sin pegar ojo. No era la primera vez.

A la mañana siguiente, el olor suspendido en el aire se mostró como un indeseable heraldo de lluvia. Las nubes de tormentas se agitaban en el horizonte como una amenaza venidera.

Antes de partir, se tomó la molestia de atender a los caballos. *Wyke* era un devorador de comida andante, poco más que un pozo sin fondo, que lanzaba dentelladas a todo lo que pensaba podía comer. Mientras lo cepillaba, lo descubrió mordisqueando su cabello. Y los rizos suaves que le caían sobre los hombros a Atenea sufrieron unos cuantos mordiscos antes de que pudiera darle de comer de avena. En cambio, la yegua era una caja de quejidos con cuatro patas, que de vez en cuando se dejaba hacer algún cariño antes de girar el cuello hacia otro lado con un respingo.

Y finalmente dejaron atrás al condenado bosque que durante días había parecido interminable, al cabo de varias horas de viaje. Las legiones de árboles quedaron reducidas a pequeñas migajas sobre un campo de hierba alta que se extendía, azotada por el viento, hasta los confines de la vista. Cuando la lluvia los alcanzó, Connor se acercó con su montura para tenderle su capuz en gesto cordial, cosa que Atenea agradeció.

Y a pesar de que Connor no fuese ya el hueso duro de roer que antes había sido, la cabalgata no les daba tiempo a cruzar palabras. Atenea continuaba intrigada por el velo de misterio que aún lo envolvía. Connor había pasado buena parte de su vida adulta fuera de la Capital, explorando todo el reino y, en ocasiones, fuera de sus fronteras, mientras Atenea se había visto obligada a dejar pasar sus días encerrada en la cotidianidad de la taberna y poco más.

¿Cuántas cosas había llegado a ver del mundo que ella todavía no? Continuaba seducida por lo que tuviera para contar, aunque pecara a veces de tener una opinión bastante elevada de sí mismo.

Se había prometido que lo seguiría como una sombra hasta el final.

*Black Mountains*, aquel espantoso lugar digno de ningún elogio se encontraba a pocos días a caballo. Con tantas historias y canciones de valientes e imbéciles que se adentraban a sus fauces y que nunca más se volvía a saber de ellos, tendría que sentir un poco más de miedo. Pero no era momento para dar marcha atrás. La buena compañía y el rocío que caía del cielo y dotaba de mayor encanto a la pradera, la habían hecho olvidar su labor.

El recuerdo alzó la voz de repente y ella lo atendió: el deseo de venganza la atormentaba cada día un poco más. Aquel era el sendero que había elegido para saldar cuentas con la muerte, con todo aquel que le hubiera hecho daño a ella y a los suyos. Solo que le habría gustado reunir la suficiente fe para convencerse de que no se había equivocado.

Transcurrieron horas antes de que la lluvia se volviera torrencial y el viento comenzara a fustigarles la cara con vigor. Cuando el repiqueteo de las gotas ahogó el sonido de los cascos y se encontraron cabalgando sobre charcas, ambos decidieron que habían tenido suficiente. No podían seguir de aquella manera. De lo contrario, uno de los caballos resbalaría y se rompería una pata, o algo peor.

Les tomó tiempo hallar un sitio para pasar la noche. Divisaron una cueva al pie de un cerro que señalaba el final de las planicies. Y entre la pobreza del follaje, reunir madera seca en suficiente cantidad resultó una odisea mayor que haber llegado hasta allí. Connor se dejó caer junto a las llamas nacientes de la fogata que habían armado para entrar en calor. Estaba empapado, de pies a cabeza, con las manos arrugadas como las de un anciano. Su rostro, semiceñudo, no quería desaprovechar un minuto más de viaje.

— Está lluvia nos ha estropeado el día. Mañana saldremos un par de horas más temprano para recuperar algo de tiempo.

— Descansemos ahora — propuso Atenea, que había hecho de una piedra un banco en el que sentarse. Bastante más seca en comparación. — y salgamos de nuevo cuando la tormenta amaine sin importar la hora.

Él no pudo mostrarse más de acuerdo.

Aunque, a decir verdad, habían recorrido tantos kilómetros como en días anteriores. A medida que se acercaban al pozo de muerte que era *Black Mountains*, a Connor se le notaba más y más impaciente por llegar, pues según había dejado saber, el ejército que había partido de la Capital hacía caso omiso de sus mensajes de auxilio. No habían dado la vuelta o, como mínimo, enviado algunos hombres a la ciudad.

— Veo que ya no meditas.

Al cansancio no presentarse mientras caía la noche, Atenea se descubrió haciendo uso de una plática banal solo para escuchar el eco de su voz chocarse con las paredes. Se trenzaba el cabello después de haber empleado sus manos a modo de peine.

— Meditaba para enfocar mis fuerzas y enlazarme con tantos animales como pudiese — Connor observaba contemplativo el techo de la cueva. Había estado intentado conciliar el sueño. Sin embargo, no paraba de removerse, intranquilo. —. Ya está hecho. ¿Cuál sería el punto?

— Habías estado tan tenso desde… Bueno, desde siempre. Pensé que era una forma de relajación.

La caverna amortiguaba el estruendo de los relámpagos. En la entrada, se formaba una caída que chorreaba como con hilos de agua y le daba el aspecto de la solapa de una tienda.

— Ya no funciona. Estar tranquilo es algo que ya me es imposible — exhaló, airado. —. Estamos varados aquí, cuando podríamos seguir con nuestro camino. Cada segundo es…

—… valioso, lo sé — concluyó ella. —. Ni lo menciones. También siento una enorme impotencia y un apuro aún mayor.

— ¿Y cómo es que te ves tan tranquila? ¿Cómo logras dormir por las noches sabiendo lo que está en riesgo?

Atenea se encogió de hombros. Lo que estaba por decir no se lo creía del todo.

— A veces es mejor tener un poco de Fe en que todo saldrá bien, supongo.

— ¿Fe? — chistó con una risa corta, pero aun así áspera y cruel. — La fe se escribe en la misma línea que la suerte. No es más que un espejismo. Un reflejo de las mentiras que se dicen para…

— No estoy hablando de eso. — le espetó.

— Pero yo sí, Atenea — Se levantó del suelo de pronto, y se le quedó viendo con gesto acusador. —. Tú, todos vosotros, cristianos, y su... fe. Se levantan cada mañana pensando en que les espera algo mejor al girar la esquina, porque su dios tiene un maldito plan para todos nosotros. Dime, ¿qué ha hecho esa misma fe, cualquier fe, por este mundo miserable más que cegarlo y hacerlo sangrar?

Sus palabras fueron un puñal, pero no para ella, sino para sus padres, o al menos para Aloy, quién con tanto ahínco había tratado de inculcarle esos valores. Los ojos colmados de desprecio de Connor la obligaron a encogerse de la pena y mirar hacia otro lado. Se mordió un labio para evitar que el desánimo se le formara en su semblante.

— Lo siento — siguió Connor, avergonzado un tanto. —. Estoy muy estresado. He dormido poco.

— Siento compasión por ti, Connor, ¿lo sabías? Por todo lo que de seguro has tenido que pasar al ser un Dádiva.

Él no respondió, pero sus labios se encontraban separados como si estuviera a punto de decir algo.

— Tal vez piensas que no debería — siguió. —. Si eres como yo, la pena ajena no haría más que alimentar tu ira, pero lo que siento por ti es compasión y no lástima. Ahora entiendo porque desde un principio fuiste tan evasivo y frío conmigo, y porque lo sigues siendo a día de hoy. Siempre has temido que los demás descubran lo que eres en realidad. Y ahora te inquieta que yo lo sepa… Una razón más para no poder dormir.

¿Crees que te incriminaré con la Iglesia, si llegamos a tener éxito? — No le llegó la respuesta. Connor jadeaba como si necesitase cada vez una bocana más grande de aire. — Vivas o mueras, tu secreto permanecerá a salvo conmigo.

No se escuchó más que su aliento y el sisear del fuego. Al cabo de un rato, Connor cogió sus botas, su arco, el carcaj con las flechas, y se dirigió a la noche sin decir palabra, desprotegido para lo que era una feroz tormenta.

— ¿A dónde vas? — inquirió Atenea —. Está diluviando allá afuera.

— La lluvia no es problema. — Al instante, le llegó un recuerdo de aquella misma tarde: cabalgado en las llanuras bajo la lluvia, lo vio mirar al cielo y sonreír abiertamente por primera vez. Supo, entonces, que era cierto lo que decía.

Se quedó sola, junto al fuego y los caballos, tratando de no sentirse culpable por las atrocidades que los más fanáticos de su religión habían sido capaces de cometer.

Con cada estruendo caído del cielo, los animales se estremecían de espanto al no tenerlo cerca. Pasó media hora, y no lo vio regresar. Atenea no consiguió cerrar los ojos, a sabiendas de que estaba allá afuera tragándose su ira y su dolor en soledad. Había conocido a Connor en las peores circunstancias. El recuerdo de la pérdida le hacía entender su dolor. Había querido estar alejada de todos en las horas posteriores a la muerte de sus padres.

Atenea se había llenado en odio, pero el de Connor quizás desbordara.

Pretendió al inicio darle su tiempo para que estuviese en contacto con nada más que sus pensamientos, pero Connor ya había estado solo más de lo necesario.

No tenía palabras que decirle. Y su mayor miedo era que no aceptase ayuda que viniera de la mano de una creyente, aunque Atenea no tuviese por costumbre rezar. Las acciones valían más que las palabras, eso lo había tenido claro desde niña. Y fue esto último lo que le dio una idea. Así que se salió de la cueva, llevándose consigo algo que siempre lograba evadirla de la realidad, y que probablemente haría lo mismo por él. En el transcurso de los próximos días necesitarían más que Fe y suerte; algo más que odio que los impulsara. Necesitaban confiar el uno al otro, si pretendían que sus esfuerzos no fueran en vano.

La lluvia se había atemperado desde que encontraran refugio, pero el cielo continuaba siendo una cúpula negra que trazaba rayos en la oscuridad. El mundo se reducía a tonos oscuros de grises que se iluminaban cada tanto por destellos de relámpagos. Al sur, las praderas eran un mar de sombras donde el horizonte perfectamente podría haber estado a cien pasos de distancia. De pronto, todo se alumbró por un instante con un restallido, y a sus ojos llegó el brillo de una flecha que rasgaba el aire. Mientras la vista se le acostumbraba a la penumbra, la silueta negra de Connor tensó el arco y se mantuvo allí, quieto, apuntando. El objetivo estaba tan lejos y la noche era tan sombría que Atenea no consiguió verlo, pese al esfuerzo.

Su amuleto de la suerte era el crisoberilo que llevaba a todos lados. Lo tanteaba de vez en cuando para sentirse segura. Él no creía en la suerte, pero Atenea sí y con eso le bastaba. Se acercó a Connor, llevándose las manos hacia atrás, ocultando la espada. Lo

vio disparar: la flecha se perdió en la noche entre la oscuridad y la lluvia. Y antes de que se dispusiera a tensar de nuevo el arco Atenea ya estaba ante él.

— Mi lord — inició con una reverencia y un sarcástico tono de noble. —, ¿es esto lo que hacéis cuando no podéis dormir?

Connor, sin hacer caso de la chanza, arqueó una ceja. El cielo se había iluminado en el aquel preciso instante.

— Sí.

— ¿Sabíais que cuando no puedo dormir, cuando tengo demasiadas energías, e incluso cuando quiero liberar estrés, me gusta bailar para despejar la mente?

— ¿Bailar?

— Sí, mi lord. Bailar — Hizo ademán de mostrarle la espada que le pertenecía a él, todavía en su vaina. Atenea cargaba con la suya a la cintura. Le sonrió con calidez, esperando que pudiera verla en la pobre luz. —. Si me permitierais esta pieza, sería todo un honor.

Hicieron falta unos cuantos momentos para que se decidiera a coger el arma. Las sombras no dejaban distinguir sus expresiones. ¿Enfadado? ¿Decaído? No tenía idea hasta que creyó entrever una ligera sonrisa.

— Mi lady… — comenzó.

« Está hecho. »

—…, debo advertiros que estoy algo oxidado. Me temo que ha pasado tiempo desde la última vez.

— No os preocupéis — Dio un par de pasos hacia atrás y desenvainó el arma —, yo os guío.

Y así sucedió.

En los momentos en los que Connor cedía terreno, Atenea llevaba el compás de la tonada de sus espadas. Danzaban con pisadas rápidas sobre el lodazal que se había formado en torno a ellos. Y, como si adrede hubiese estado yendo de menos a más, no hubo pasado demasiado rato hasta que él comenzó a sacar partido de sus destrezas más ocultas. Sí, pudiera ser que fuese más diestro con el arco que con la espada, pero el filo de su acero hacía brotar chispas cada vez que sus armas chocaban, cada vez que respondía. Connor era gallardo en sus movimientos, como un caballero que hubiese aprendido a luchar con elegancia. En cuanto a Atenea, los suyos eran más toscos, deliberados en excesiva fuerza, pero igual de efectivos.

Elegante y honorable… como todo un caballero, creía que de esa manera combatía Connor hasta que demostró todo lo contrario. De un segundo a otro, se acercó tanto que las armas se volvieron inútiles. Y en lo que quizás fueron verdaderos pasos de baile, aunque demasiados rudos, colocó una mano sobre el hombro de Atenea, y describió una media luna con uno de sus pies hasta posarlo detrás de las piernas de ella. Todo su mundo dio un vuelco, cuando la empujó al suelo. Cayó de espaldas, inerme. Pero antes de que pudiera maldecirlo, Connor bajó su espada, y le tendió una mano, inclinándose hacia ella.

— Usualmente no le haría esto a una dama — le hizo saber. —, pero conozco vuestro estilo. Además, podríais romperme el brazo si quisierais. No sería…

Le había ofrecido la mano, y Atenea lo cogió del brazo. Se apresuró a impulsarse hacia arriba, pero en el último instante, le dio un tirón tal que lo hizo caer de bruces contra el fango. Ahora era él quién había caía rendido a sus pies.

—… justo, si os tratara con delicadeza. — terminó, al quitarse el barro de una mejilla con el dorso de la mano.

La lluvia se encargó de borrar el resto de sus dolencias tanto como duró el combate.

— No exigiría menos — Atenea había aguardado a que recuperara la compostura, para reanudar la pieza. —. Veréis, no soy una dama cualquiera.

No hubo palabras al respecto, pero ella bien sabía que todo iba a terminar como si se tratara de un torneo. De modo que fue en busca de su cuello. Un simple toque con la espada bastaría. Y al cabo de incontables esfuerzos, le resultó imposible conseguirlo. Uno al otro, se robaban minutos de su tiempo y toda su atención, tratando de llegar hasta el pellejo de su oponente. Le desconcertaba que alguien que se estuviese tan tranquilo la mayor parte del tiempo se desenvolviese de la forma tan rápida y suelta en la que Connor lo hacía. En más de una ocasión, sus tajos estuvieron muy cerca de acariciar la piel sin vello de Atenea, pero pronto él se vio obligado a desviar uno de sus contraataques con la espada. Salió airoso de un segundo asalto, esquivando hacia un lado, y finalmente, al borde de la extenuación, no hubo nada que pudiera hacer frente al tercero.

— Se terminó el juego, Connor Bressler — Esbozó la más grande de sus sonrisas, pese al jadeo incontrolable, extasiada por lo que había sido el mejor combate que recordaba en mucho tiempo. —. Perdiste.

El acero reposaba sobre su hombro y le besaba el cuello con su filo. Connor bajó su mentón y la mirada lentamente, hasta encontrarse con los ojos de Atenea. Su rostro humedecido y plagado de lunares se mantuvo impávido, pero sus ojos reflejaban cierta pedantería que se negaba a reconocer el resultado.

— ¿Qué tan segura estás?

— Tan segura como que amanece una vez al día.

Y él se le quedó observando, analizándola, como tenía por costumbre. En cuestión de un pestañeo, arqueó una ceja, mientras una sonrisa se le asomaba en los labios. Atenea sintió un roce en su garganta: ligero, apenas perceptible.

« ¿Qué tan segura estás? ».

Al instante, un destello cegador cayó del cielo solo para ellos. Y cuando la penumbra retornó a sus dominios, la luz se desvaneció junto a su certeza. Siguió el contorno del brazo de su compañero con la vista hasta que su alegría se tornó en desengaño. Connor empuñaba con su mano menos diestra uno de sus muchos cuchillos, apuntando al cuello de Atenea. No había logrado apreciarlo hasta demasiado tarde.

La tempestad que se cernía sobre sus cabezas fue como un balde de agua fría para su orgullo, cuando se retractó de la victoria apresurada. No llegó a saber con exactitud la expresión que su rostro adoptó al retroceder y bajar la espada, pero estuvo segura que

debió haberse deformado en un gesto conmovedor, jocoso y patético a partes iguales, puesto que Connor lanzó una enorme risotada que por poco enmudeció a la tormenta. Rebuscó una explicación en su cabeza y a su alrededor, aunque la respuesta estuviese justo frente a ella. Avergonzada, se ruborizó, mientras él, con el dorso de la mano sobre su gran sonrisa, se esforzaba por no reír más. Y de esta manera, muy poco le duró el bochorno a Atenea.

— Basta ya. — le espetó con disgusto al propinarle un no tan suave empujón.

Connor se hizo para atrás. Bajó la cabeza, pero no paró de carcajear entre dientes con una risa grave y placentera.

— Oh vaya, debiste haber visto tu cara. — creyó haberle escuchado decir.

No recordaba día en el que hubiera empatado o perdido en combate singular. Ni siquiera *el Ariete* había estado tan cerca de ganarle. El hombre al que observaba aturdida ya no lucía como aquel extraño al que intentaba conocer. De alguna u otra forma aquella encantadora sonrisa con hoyuelos no podía ser la de Connor. Brotaba de sus labios con tanta reciedumbre que ni el más jovial de los recuerdos de su padre se le comparaba. Fue una tontería tan encantadora en aquel momento insólito, que de golpe supo allanar toda su burlesca impertinencia.

— Yo… — se dispuso a seguir Connor, aún ebrio de gusto. —. Disculpadme, mi lady. Por mis modales.

« Todos tenemos un lado que no mostramos fácilmente a los que nos rodean — pensó ella. —. El mío es el afecto. Ahora veo cual es el tuyo »

— No, está bien — dijo en su lugar, vacilando una sonrisa. La estridente tonadilla de la tormenta renegaba el silencio con la lluvia y los relámpagos que también iluminaban de pronto los cielos. —. ¿Qué clase de jinete de exploración eres?

Él cerró los ojos y se encogió de hombros, en una mueca muy simpática de su rostro.

— Uno muy bueno.

De inmediato, su sonrisa se le contagió a Atenea. Rieron juntos… Y ojalá su momento de éxtasis no hubiera sido tan breve. Cuando se llevó una mano al rostro para remover un mechón de su mal trenzado cabello, reparó en la sangre que manchaba sus dedos. Lo siguiente que supo fue que de su mano caían gotas rojizas que se deshacían con el agua de lluvia. ¿En qué momento se había cortado? No sentía dolor alguno.

« Lo empujé — comprendió rápidamente. —. Lo toqué al empujarlo ». Dio un paso adelante, y después otro, hasta arrojarse sin reserva sobre él. Escudriñó su ropa, y vio el desgarro sobre su torso, en la zona entre el hombro y el pecho. De la herida aún afloraba sangre cuando intentó hacerle presión.

— Como lo siento. De verdad — dijo con una voz a medio camino entre el nerviosismo y la vergüenza. —. Estás sangrando. Te herí. Como lo siento.

— Es superficial — afirmó, mientras colocaba una mano sobre las de ella para tranquilizarla. — Perderé algo de sangre, pero estaré bien.

— No, no te vas a poner bien.

— Estaré bien — insistió. —. Creo que estás exagerando.

¿Lo hacía? No pudo evitar sentirse como su madre. Al igual que Aloy en aquellos días que parecían ahora tan lejanos, se estaba alarmando por un poco de sangre como si estuviera a punto de perder la vida. Con ambas palmas apoyadas sobre su pecho, se le quedó viendo, petrificada, incapaz de retroceder. Regia, abstraída y hermosa, o eso creía. O, al menos, eso quería que Connor descubriese en ella. De rasgos delicados como un pétalo y mirada que cortaba el aliento como el acero gris más amolado.

Connor permaneció inerte en su mirada haciendo uso de ese silencio contemplativo por el que tanto se inclinaba.

Sobre el campo vapuleado por la lluvia, un rugido espantoso, atronador, casi infernal, brotó con un estampido sónico. Y luego, otro relámpago rompió el aire en la forma de un árbol de luz de un millar de ramales que treparon por los cielos hasta el infinito. El mundo entero se bañó de un blanco resplandeciente, pero ninguno de ellos se inmutó.

En aquella noche turbia la luna había sido empobrecida por las nubes negras de tormenta, pero pareció brillar llena en aquellos enormes ojos grises con fulgor incomparable. Connor se lo había hecho saber, maravillado de su belleza.

Había llegado la hora de usar las palabras.

— Dádiva, brujo o lo que sea, para mí no tiene importancia. Si vivo lo suficiente para regresar a la Capital, prometo que jamás diré nada acerca de lo que sé sobre ti. Jamás — Ahora sabía quién era y lo que sabía le lastimaba el corazón. Intentó que sus brazos subieran hasta su cuello para abrazarlo, pero se detuvieron a poca distancia, como si intuyesen que el roce sería mal recibido. —. Connor, quisiera que confiaras en mí.

Connor Bressler separó los labios, mientras titubeaba. Finalmente, después de un buen rato meditabundo la miró a los ojos. Cogió una de las manos de Atenea, y le besó el dorso con delicadeza.

— Os lo juro, mi lady, os confiaré la vida desde ahora en adelante.

# Valysar III

Un ejército avanzaba al ritmo de su comandante. Y por más que hubiesen marchado desde el alba hasta entrada ya la oscuridad, y sin apenas armadura en sus monturas para ir más aprisa, ser Logan Guiscard se había demorado más de la cuenta aquel día en reanudar la partida. Por lo que había podido escuchar, la impaciencia comenzaba a aflorar en algunos, mientras que en otros ya hacía estragos en su conducta. De camino al lugar de reposo de su caballero había presenciado dos riñas entre las filas de soldados de a pie, entre aquellos seguidores menos curtidos en el respeto y la norma.

Daba tristeza ver como las pisadas de los hombres y los juegos de cascos de los caballos mancillaban la vida de un suelo que había sido de un esmeralda brillante el día anterior. El asentamiento abarcaba el lago de hierbas hasta sus confines con las montañas, con un innúmero de comensales sin techo ni mesa, bien dispuestos ante un puñado de tiendas reservadas para los más poderosos.

El espadachín de rostro afligido que bendecía sin falta su arma de justicia todos los días a la misma hora dibujaba una cruz en el aire siguiendo la forma de su mandoble. Gracias a él, Valysar supo que era mediodía sin necesidad de recurrir al cielo.

— Qué Dios os bendiga y os proteja, joven escudero. — le había dicho en cada ocasión que se lo cruzaba.

Valysar lo reverenciaba con un gesto de cabeza y repetía sus palabras todo el tiempo. Y aquella vez no fue la excepción.

« Desperdiciamos horas de luz. ¿A que estará esperando *el Ser*? »

Llevó por las riendas al corcel de su caballero por treinta pasos más allá. Después fueron cuarenta, cincuenta, y así hasta que, una voz desagradable y conocida le hizo girar la cabeza.

— ¡Dios santísimo, apiádate de mí, y hazme caer en esa tentación! — Se persignó, boquiabierto. — Madre de Dios. — Imran *el Dispar* se pavoneaba, con el pecho inflado y las manos metidas en el cinto de la espada. Se detuvo muy cerca de una mujer alta y de largo vestido, y se cubrió la boca con una mano. — Mujer, no puedo dejar de verte. Tan exquisita te ves y qué hambre la mía por comerte toda.

— ¿Y tú de qué escondrijo saliste? — La muchacha se hubo girado con un rostro deformado por la rabia. Cuando Imran carcajeó y estiró una mano para engancharla en torno a la cintura, ella se la apartó de un manotazo. — ¡Fuera de aquí, imbécil!

Aquellos hombres que habían sido llamados por el escándalo no hacían más que presenciar el maltrato con una sonrisa en sus rostros.

Valysar observó con aversión tan detestable acto y desfachatez. Habría seguido de largo con el mismo desdén, de no haber sido porque Imran se dispuso a acercase todavía más. Aborrecible a más no poder era aquel sujeto. Mientras ella intentaba crear espacio entre ambos, el soldado recortaba distancia con mayor rapidez. La estudiaba de pies a cabeza, babeando, como si se tratase de un filete jugoso, y se oprimía el bulto de la entrepierna.

El escudero le cortó el paso al animal, apartándolo con una mano. Colocó la otra sobre la empuñadura de la espada. Recordó de inmediato que solo portaba el peto de hierro, pero era más de lo que Imran llevaba encima.

— Creo que mi lady fue lo bastante clara — Y desenfundó un cuarto de la hoja acerada como advertencia. —. Fuera de aquí.

*El Dispar* no movió un dedo ni se inmutó. En cambio, se le quedó viendo con ambos ojos de distinto color entrecerrados.

— Esta damisela no está en apuros, *Falso Caballero* — Le mostró los dientes con una sonrisa. Por absurdo que pareciera, tenía los dientes blancos y perfectos, a diferencia del rostro desgraciado. —. Le quiero dar amor, no angustias.

— Con tu presencia ya tengo suficientes angustias. — le dijo la mujer, ceñuda.

— Ya la escuchaste, Imran.

Aun así, él se mantuvo firme en su lugar con su sonrisa descarada. Era por lo menos cinco dedos más bajo que Valysar.

— Mi lady, dices — rio y volteó a ver a su alrededor. — Míranos, niño. Aquí no todos somos señores, caballeros y damas que danzan entre terciopelo y normas de conducta. Si me la cepillo, no pasará nada. A su edad, debió haber recibo ya el bautismo de unos veinte, con eso que nos sale a los hombres por donde ya sabes.

— Dile a tus amigos que no se metan en esto. — Con un brazo, hizo para atrás a la mujer y cogió distancia por si algún golpe a mano limpia amenazaba. « Deberíamos todos tener la mente fija en el verdadero objetivo. »

— Imran no tiene amigos, solo compañeros de copa y enemigos, dizque caballero — Un segundo después, levantó las palmas hacia arriba y se encogió de hombros. —. Ah, y también esposas de una noche. — Hizo una seña a los presentes para que se dispersaran.

— Detesto a la gentuza como tú — dijo, todavía con la mano en la empuñadura. —. La próxima vez no dudaré en desenfundar la espada.

Y por fin Imran comenzó a caminar hacia atrás, pero antes se mostró extrañamente satisfecho con aquellos ademanes tan exagerados que le disfrazaban el rostro y lo hacían parecer un bufón. También, se reía de igual forma que un bufón baboso.

— «La próxima vez no dudaré en desenfundar», vaya, vaya. A ver, ojitos azules, dicen que en guerra todo hueco es trinchera, pero no me van esas cosas. Por más que hayan pasado tantos días — Y desbarató la sonrisa en un gesto de preocupación, llevándose la mano de nuevo a la entrepierna. —. Joder, en serio han pasado muchos días.

El desenlace concluyó sin pena ni gloria. Cuando lo hubo perdido de vista entre la multitud de soldados que iban y venían, se volvió hacia la mujer, y le dedicó una mirada galante. Tenía un rostro ovalado bastante común, pero agraciado en cierta medida, con los ojos color castaño claro y un cabello oscuro recogido en una coleta.

— ¿Os encontráis bien?

— Estoy bien. — le hizo saber tajantemente. Y regresó en seguida a la tarea que antes hacía. Valysar pudo ver a simple vista que se trataba de una sirvienta, pues atendía

a las aves de mensajería encerradas en jaulas sobre cajas de provisiones. La mujer cogió un trocito de pan mojado en miel, y se lo tendió a un halcón blanquecino. No tendría ni cinco años más que él.

— Mi lady, ¿podría...?

— No. No me digas así. Nadie lo hace, y tampoco me agrada. Ya escuchaste lo que dijo el otro, el que intentó pasarse de listo conmigo. — Ni siquiera volteó a verlo. Le prestaba tan poca importancia que hacía como si hablase con el ave. —. No te necesitaba.

— Lo lamento, nada más quería ser cortés. Es lo que debe hacer un caballero.

— Pero si no eres un caballero. — Abrió la rejilla de otra jaula, e hizo lo propio con un segundo halcón.

— Cierto, pero lo seré pronto. Bueno, espero serlo, si Dios así lo quiere.

Acto seguido, la mujer cerró la pequeña celda con tal fuerza que la sacudió y el ave se estremeció dentro. Miró a los ojos a Valysar por primera vez. Por extraño que pareciera en primera instancia, lucía más agraciada vista frente a frente, puesto que no se le notaban las orejas inclinadas un tanto hacia delante. Sin embargo, en su ceño fruncido no había nada que resultase mínimamente bello.

— ¿No deberías estar haciendo cosas de escuderos? Como limpiarle el orto a tu caballero, cuando termine de hacer del baño.

Las palabras le cayeron, crudas, como un balde de agua fría.

— Entiendo. Lamento haberos molestado. — Mientras se retiraba de la batalla con todavía un poco de orgullo fragante, ella lo atrapó suavemente por un codo y lo hizo volverse.

— Te lo agradezco. Caray, y también lo siento. Valysar — Se sorprendió con creces de que supiera su nombre. —. Es que no me agrada nada este lugar. Vine aquí por qué me obligaron.

« La mente de una mujer alberga misterios que ni ellas conocen. »

— Mires a donde mires, encontrarás que todos han venido por gusto o en busca de algo más. Nadie te obligó a partir con nosotros.

— No lo entenderías. Tampoco interesa mucho — Sacudió la cabeza. —. Supongo que me molesté, porque aquel que vino a mi rescate, aunque no lo necesitara, fuese un caballero. O un intento de caballero, al menos. No me gustan los de tu clase.

— ¿Por qué no? — El corcel de ser Andrew se estaba impacientado. Resoplaba y hundía los cascos delanteros en la tierra. Cogió las riendas con mayor firmeza.

— Se te hace tarde, Valysar. Olvídalo y vete.

— ¿Por qué no? — repitió con voz calmada y mirada clemente.

— Fue un caballero quién me obligó a venir aquí en primer lugar — le confesó al cabo de un gran suspiro. —. Fue él quién mató a mi padre y a mi hermano mayor. No diré cómo ni por qué. Después, nos hizo jurarle lealtad y sumisión a mí y a todos los que conocía, mientras los cuerpos de mi familia se encontraban desparramando sangre. En el pueblo hemos estado a su merced desde entonces, porque la mitad lo alaba y otros le temen. — Su impasibilidad y lo duro de sus palabras ponían en evidencia las infinitas

veces que había contado aquella historia en voz alta. Eso, o mentía. —. Como verás, no todos los caballeros son tan honorables, misericordiosos y todo eso que se recitan en leyendas y canciones. Son como los demás hombres. Si tienen poder, lo usan a su favor sin mirar a izquierda o derecha; son como todos nosotros que llevamos una bestia escondida dentro, y la dejamos ver cada tanto.

— ¿Quién es? ¿Cabalga con nosotros? Puedes decírmelo.

— No te preocupes por él — Y por primera vez le mostró su sonrisa, fue un regalo cálido. Sus dientes algo grandes más que empobrecer su rostro, la embellecían con vestigios de inocencia —, un amigo ya me juró que lo mataría pronto.

— Aun así, quisiera saberlo — Se mostró insistente por un tiempo, pero ella se negó a decírselo sin recurrir a su difunta tosquedad. —. Entonces, mi más sentido pésame. — No tuvo más opción que dar su brazo a torcer, si bien no pretendía rendirse.

— Llegas años tarde para eso. Y llegarás tarde también con tu caballero, ya te lo digo. Olvida mi historia y vete. — Uno, dos pasos hacia atrás y se giró para atender a una paloma esta vez.

— Aguarda, ¿cómo supiste mi nombre? — Al verla sonreír con la boca cerrada por largo rato, supuso que no obtendría nada de ello. — ¿Puedo saber el tuyo, siquiera?

— Soul.

Se le aflojó una risita, no supo bien decir por qué.

— Soul, te juro por mi madre, que no todos somos como crees.

— Pero si tú solo eres un *Falso Caballero*.

Cuando entregó a ser Andrew las riendas de su corcel grisáceo, no recordaría haber andado el resto del camino. El cuerpo se le había movido por sí solo, pues su mente se ofuscaba en imaginar ideas acerca de Imran *el Dispar* y del caballero traicionero del que hablaba Soul. Caviló sobre todo acerca del primero, de quién debía cuidarse las espaldas de ahora en adelante.

« No, zoquete, no solo tú debes cuidarte de él », repasó, mientras su caballero le ordenaba otra encomienda.

— Ve y amolala con la piedra — Le entregó su espada sin dar gracias por lo anterior. En realidad, nunca daba las gracias por nada, por más que fuese un hombre educado. — hasta que su filo quede inmaculado como el de una Daga Sagrada.

Se hizo entonces con el arma y la encomienda. Guardó cada palabra del caballero, aun cuando su atención se hallase en otro lugar, muy lejos.

« No desistirá en ir tras Soul. Tengo que velar por ambos. Pero ¿cómo? » Minutos después, no le resultó difícil hacerse con una solución. De camino a su destino, entre centenares de soldados y algún que otro caballo tirador de carretas, se encontró con ser Braxton tendido en el suelo durmiendo plácidamente sobre una capa, pese al escándalo del campamento, y a su escudero, Rodrick Barmettler, sentado sobre un par de cajas de provisiones sin mucho por hacer.

— Amigo mío, eres cruel, por decir lo menos — le confesó a Valysar, cuando este hubo terminado de contarle sus planes para él. —. Ni pensarlo. Qué se cuide ella sola. ¿A mí qué? Es una sirvienta nada más.

Pero conservaba una carta ganadora escondida bajo la manga.

— «Te debo una, Valysar. Una muy grande», te escuché decir, si mal no recuerdo. — Una vez su amigo había extraviado, en apenas el segundo día, el corcel que su caballero le diese como obsequio. Valysar lo había presenciado de cerca todo; Rodrick se cayó del lomo como si fuese un paje insignificante y se golpeó la cabeza contra el suelo. Mientras yacía al borde de la inconciencia, el animal escapó. —. Te eché agua encima para que te desperezaras y te dieras cuenta de que te habías abierto la cabeza, aquella vez detrás de las gradas de justas. Después te ayudé a encontrar a tu caballo. Venga, nunca te he pedido nada.

Con claras dudas acabó aceptado, después de que Valysar amenazará con contárselo todo a su tutor. Puso en sus manos, la responsabilidad de mantener la honradez de Soul. Aunque hizo bien en no contarle sus sospechas sobre la existencia de cierto caballero desleal.

Dedicó la siguiente hora a amolar la espada de ser Andrew, en compañía de otros escuderos.

— ¿Qué tanto nos van a hacer esperar? — lanzó al aire Matt Devan, entretanto frotaba con esmero las grebas esmaltadas y con incrustaciones de madreperla de su caballero. — Ya se nos fue la mayor parte del día.

— Veo que alguien tiene prisa por morir pronto. No te sulfures, ya te llegará la hora. — dijo Garret, un boca suelta mal hablado con la cabeza cuadrada y mentón más cuadrado todavía.

Conrad era el único que no hacía más que mirar, ocioso, hacia los lados. Llevaba todo el rato sin musitar una sola palabra.

— *En época de paz los hijos entierran a sus padres, en época de guerra los padres entierran a sus hijos.* — Aquel comentario y su voz sombría estuvieron tan fuera de lugar, que los demás intercambiaron una mirada. Al final, decidieron pasarlo por alto.

— ¿A cuántos de esos desgraciados creen que matarán antes de caer del caballo? — siguió Garret. Le echó un vistazo admirativo al cuchillo que había afilado con rueda y pedal. Y apuntó a Valysar con él. — ¿A cuántos, Maine?

Reflexionó antes de responder.

— Uno, dos o más… ¿Qué importancia tiene? Lo que vale es a quién matas, no a cuántos. Acabas con los cabecillas, y todo ejército enemigo se desmorona.

— En este caso, creo que es más valioso el número que la jerarquía. — rebatió Matt Devan. — ¿Cómo saber quiénes están al mando, si no conoces al enemigo?

A Garret se le ensanchó el pecho y la sonrisa al mismo tiempo.

— Ahí es donde tengo la ventaja. — Y fue objeto de todas las miradas. — ¿Ya les conté que he visto de cerca a ser Raymond el traidor? — Después, solo fue objeto de risas. Se sabía por experiencia, que tenía más de charlatán que de guerrero. — Joder, qué es cierto. Lo vi, hace años. Era un niño, entonces, pero sé que era él.

— ¿Cómo sabes que era él? Desertó de la Guardia de la Realeza, cuando todavía no habíamos nacido.

— Por las historias que se cuentan — aseguró Garret. — Se dice que el anterior Rey de la Horda perdió la vida en combate a manos de él, pero casi lo vence en dos ocasiones. Le dejó una cicatriz horrible que le cruza toda la cara. Lo vi muy adentrado en el bosque. Llevaba una armadura oscura como la noche. Cabalgaba solo, aunque después desmontó y sin razón alguna comenzó a asestar golpes con una espada roma a todo lo que veía. Hasta que consiguió destrozarla contra un árbol.

« Asumiría que una espada cualquiera. » Y no la Espada de Nuada, que cada líder de la Horda heredaba como símbolo de su poder.

Según contaban los druidas, aquel acero había estado alguna vez imbuido con hechizos que lo convertían en un arma mortífera, infalible. Su filo era devastador y sus heridas incurables. Y por si esto fuera poco, era capaz de asistir a su poseedor en la batalla, para que no fallase su ofensiva. Pero aquella magia había caído en desgracia junto al poder de la Horda, siglos atrás.

— Lo escuché maldecir y lamentarse por un tiempo — continuaba diciendo su amigo —, y en un abrir y cerrar de ojos se golpeaba la cabeza como si estuviese loco, poseído o hechizado. También gritaba y hasta creo que lo escuché susurrar el nombre de una mujer.

— ¿Qué mujer? — inquirió Valysar, aunque fuese para dejarlo en evidencia con más detalles.

El charlatán se encogió de hombros.

— Oí por ahí que violó a una mujer hermosa antes de desertar. También conozco a esa mujer y dónde vive. La he visto, y se les derretiría la boca, si la mirasen a la cara y ella les devolviese la mirada tan solo un segundo. Dios, maldita sea, su belleza no es humana.

— Ya, muy bien. ¿Y qué hacías tan adentrado en el bosque tú solo? — quiso saber Matt Devan.

— No estaba solo. Cazaba junto a mi padre, pero él no tuvo oportunidad de verlo.

— Claro, entonces eres el único que sabe en realidad lo que pudiste haber visto. Que conveniente. — le recriminó Valysar.

— Se los juro, vi a ser Raymond.

— Claro, así como juraste haber visto también a un árbol caminar hace un año.

— A ese también lo vi. Qué gente tan incrédula.

— Ah, y cómo olvidar al supuesto Ogro en Galmest. — apuntó Matt con una risotada.

— Bueno, está bien — Se llevó una mano a la cabeza. —. Eso sí que lo inventé. — Y el grupo rompió en carcajadas nuevamente, todos excepto uno, Conrad, quién yacía con el labio fruncido y mirando para otro lado. —. Venga, Conrad, pelmazo, ríete un poco. ¿Por qué esa cara tan mierdorra?

Conrad se levantó del suelo, y se les quedó viendo un buen rato. El ataque de histeria pareció surgir de la nada.

— ¿No se dan cuenta? No son los únicos que hablan de matar y ajusticiar a cada miembro de la Horda. A todo escudero que escucho, suelta la misma mierda por la boca.

¿Venganza? ¿Qué nos han hecho a nosotros cuatro o alguno de los que amamos? Nada. Esta no era nuestra guerra.

Garret era el mayor, y Valysar le seguía de cerca por un año. Pero de entre el grupo, con apenas catorce, era Conrad el que más lejos estaba de ser considerado un hombre. Y su voz aniñada no favorecía mucho a disuadir la idea de que aún había algo de niño nerviosete dentro de él.

— ¡Quita esa mano! — Y la apartó de un manotazo, cuando Valysar intentó calmarlo. — No deberíamos estar aquí. Nuestro pueblo los cazó desde un principio, ¿y por qué? ¿Acaso se lo han preguntado? Ahora nos mandan a nosotros a terminar el trabajo sucio. O a morir en vano.

— Gobiérnate — le recriminó él. —, no es para tanto.

— ¿No lo es? ¡No te hagas el tonto, Valysar! Tú bien sabes lo que vi — Y antes de salir despedido lejos de allí, se cubrió los ojos con un brazo como tratando de que no lo vieran llorar.

— Solo lo que quisiste contarme. — « Aún es un niño que recién dejó de ser un paje. Sensible e imaginativo como mi pequeña hermana. Y al igual que ella, no había salido antes de la ciudad », se animó a pensar esto, hasta que cayó en cuenta que era, a lo mucho, cuatro años mayor que él.

Días atrás, había cabalgado a metros de Conrad mientras la hueste avanzaba como una columna hermanada a través del terreno plano de un valle. El suelo en que se afianzaban los cascos de los caballos aún estaba blando y húmedo por las lluvias recientes. A mitad del camino, Conrad le advirtió a su caballero que había visto algo muy en lo alto, cuesta arriba. Señaló el punto, pero el tutor de Conrad hizo la vista gorda. Y desde entonces, se había estado comiendo la cabeza con aquel asunto.

— Ha de ser una cabra montañera. — hubo intuido Valysar aquella vez, pues tuvo la oportunidad de atestiguar el desprendimiento de unas rocas no mayores a un puño caer desde la cima.

— Sí, creo que tenía cuernos, pero ninguna cabra anda a dos patas de esa manera.

*El Corredor de las Montañas* lo llaman, porque en solitario era el único punto de acceso por el cual atravesar una cordillera de pequeñas montañas que se desplegaba por un cuarto del reino, seccionándolo de norte a sur. De no haber escogido aquel sendero magnífico, se habrían retrasado días enteros de viaje.

— Qué va, ¿pueden creerlo? — Garret se mostró indignado y con creces. — No debería haber lugar aquí para estos críos.

— Si así fuera, ninguno estaría aquí.

Aún restaba una hora de luz a lo mucho, cuando ser Andrew Broadbent lo llamó para que lo escoltase hasta una no tan pequeña tienda de campaña que se había levantado con presteza. Pronto percibió al entrar que ninguna de las noches a la oscura intemperie hubo sido tan áspera como la cortesía que encontró allí. Por lo que su caballero le hubo confesado y después pudo confirmar por otros, *el Ser* había mandado a convocar sin previo aviso a capitanes, oficiales y caballeros del más alto rango junto a sus leales escuderos.

Fueron de los primeros en acudir, con lo que el sitio se hallaba casi vacío. Pero, aun así, a Valysar le llegaba la fragante tensión que desprendían los expectantes congregados. Rápidamente, detrás de ellos, guerreros nobles fueron haciendo acto de presencia, hasta casi atestar un paraje destinado para no más de sesenta hombres y mujeres. Los observaba según iban apareciendo, sentado en el asiento contiguo al de su tutor. Solo pudo reconocer al rubio de la barba trenzada y pelirroja: ser Ludwing Kessler, más por la franja de oro cruzada y estampada en su peto glauco que por el aspecto de su característico rostro. El caballero intercambiaba sus inquietudes con otro hombre de aspecto más común.

Si los caballeros errantes sirviesen a un rey, estos servirían al más icónico de los suyos: ser Ludwing *el Bogatyr*. De él se contaban muchas historias, entre las cuales se aseguraba que había recorrido el continente de cabo a rabo, desde los mares de arena más sureños de Barmania hasta el pico nevado más alto de White Kingdom al norte.

— Ser, no ha sido así — le hacía saber algún que otro caballero, la mayoría para sulfurarlo. —. No lo lograsteis. No fuisteis al verdadero norte, pues no llegasteis a la Hiperbórea.

— ¡Qué va! — respondía siempre, fuera de sus cabales ante el agravio del demerito. — Subí a la cima del mundo a pie, el punto más alto y más al norte que se pueda imaginar, y desde allí no vi más que océano y nubes. No había nada más en el horizonte que el borde donde acaba el mundo. — Lo cierto era que, la leyenda del inexplorado país de hielo se inclinaba más hacia el lado de los sueños que al de la realidad. Sin embargo, dando crédito a sus historias, el caballero había traído consigo jarrones de vidrio desde los confines de un infierno helado con la sangre azul del Yeti con el que se enfrentase. Había cargado durante años con la gigantesca cabeza de pelo blanco del monstruo a donde quiera que fuese, hasta que un mal día un ladronzuelo hizo de las suyas con su trofeo.

Aún con ello, poco o nada tenía para envidiar la más antigua de sus crónicas. La canción que con más de treinta versos entonados en la lengua madre de White Kingdom narraba las proezas casi milagrosas con las que a pulso se hubo ganado el nombre de *el Bogatyr*.

El siguiente con el que se topó su vista fue un noble no tan loado por sus hazañas, pero sí más viejo y curtido en el arte de la guerra. De largo caballo negro aderezado y peinado hacia atrás y un rostro mal acomodado por un ceño donde resaltaba la enorme hendidura de su barbilla. Lo que más le sorprendió del hermano menor del Gran Conde de Rismont y capitán de compañía, Walter Arkwright, fue su heredera Joanna, único vástago del lord, quien además hacía bien las veces de hijo y de hija, según dictase la ocasión.

Había escuchado hablar de ella, quién a los dieciséis casi perdiese la cabeza por la espada de su tío a consecuencia de haber faltado a su palabra e insultado a su propia alcurnia. Aun cuando se le hubo prohibido, Joanna decidió alistarse en secreto e ir a la batalla vestida como alabardero de la milicia contra una caterva de bandidos que habían salido huyendo de los dominios de Rhinosten. Al final del día, los sobrevivientes del

bando vencedor de aquella carnicería alabaron a un soldado raso que hubo ejecutado a una docena de enemigos con el beso de su arma y le arrebató la vida al líder enemigo sumergiéndolo en el lago. Después salió a nado aún bajo el peso de media armadura.

Pero aquel día, en el cenáculo de ser Logan, Joanna Arkwright vestía un jubón de piel endurecida con la capa ceñida a dos broches, y no con un peto de hierro, sobre los pechos hinchados por el reciente parto de su segundo hijo. Por lo que Valysar intuía, se encontraba allí, la única mujer que no fuese sirvienta, como recurso de inteligencia militar. Cuando ella se acomodó la trenza castaña de un lado para otro, dejó ver la cicatriz que su tío le había grabado en el cuello al detener su espada en el último instante en un arrebato de reserva.

« Maldición, Valysar — Mientras les dedicaba instantes de admiración, ora a Joanna, ora a ser Ludwing, la voz de ser Konash surgió como si viniese desde detrás de su oreja. —. Vives pensado en las historias de mejores hombres que tú. » Después recordó que el caballero platinado al que creía la mejor espada de Dranova había hecho con ambos lo que quiso en algún torneo. Había jugado con ellos haciéndolos danzar y trastabillar para su deleite y presunción.

Pese a todo, aquella voz tenía razón. Nada menos que el día anterior había soñado que alguna vez conociera a ser Damon Kingsley presenciando su más grande hazaña, gracias a ser Braxton y a sus anécdotas de tertulia.

Pero en el instante en que su orgullo salió a relucir y de buenas a primeras decidió parar de construirles un monumento en su cabeza, ser Andrew le tuvo preparado un platillo distinto. El caballero hacía tiempo que estirase una mano para hacerse con el cuero de un mapa. Sonrió luego de desdoblarlo y observar su contenido.

— ¿Sabíais, joven escudero — le dijo, girándose hacia él. —, por qué el sitio al que vamos fue bautizado por los antiguos como el rio Eris?

« Cómo no, si mi padre me contó la historia — Pero antes de responder examinó su rostro de gesto afable a medio encanecer. —. A los viejos no solo les gusta hablar sobre el pasado. Mayor es su contento si creen que les dan una lección a los más jóvenes. » Ser Andrew se inclinó hacia delante, arqueando una ceja en el camino. Y en aras de que se encontraba de mejor humor que otros quienes, impacientes, demandaban respuestas y la presencia de ser Logan, no vio más opción que tragarse las memorias de otras dos personas que, aún impías, fueron mucho mejores que Valysar.

— Nada más conozco que en el pasado separó a la Dranova occidental de otros dos pueblos. — señaló, para no parecer idiota.

— Sí, eso fue antes del nuevo milenio. En tiempos cuando los brujos y algunas criaturas del demonio regían por encima de los hombres de Fe — Se rascó la barba salpicada por canas, con visibles dudas al respecto. —. Qué ironías más grotescas se guardan para algunos… El Rey que nos unificó como nación fue quemado en la hoguera por crímenes de magia negra a la orden del mismo pueblo al que liberó. Dante los unió en dos ocasiones: una en contra de sus enemigos y la última en contra de él mismo y de su esposa, *la Reina Bruja*. Por los mismos poderes que convirtieron la tierra en las que se posaban en sitiales magníficos de piedra. La hexarquía de épocas remotas había sido

reducida a tres reinos como fruto del sueño e intrepidez de un hombre extraordinario y una mujer sin precedentes.

» Para no irme por las ramas, muchacho, Dante y *la Doncella de Bronce* congregaron a un ejército, multiplicando sus números más rápidos que conejos en celo. Uno a causa de su espada de mil terrores, *Espectro*, maldecida por fuerzas de lo oscuro, según dicen; y la otra por el pacto que había hecho con el mismísimo Diablo con tal de someter a engendros de la índole de centauros, un Dragón y hasta un Ave Fénix.

De un momento a otro, Valysar advirtió que a las mesas se servía una frugal cena a base de platillos pequeños. Aunque serían una bendición para el paladar después del pescado en salazón que llevaba más de una semana atorándosele en la garganta.

— Un día en mitad de la campaña — continuó ser Andrew. —, cuando los últimos opositores eran dos reinos rebeldes bautizados con los nombres de las familias a las que servían — Y le echó una mirada cuidadosa a Joanna y a su padre Walter, sentados a cinco o seis puestos, —, Arkwright y Ridpell…, Equidna cayó enferma de fiebre y el avance de la campaña del futuro Rey se detuvo de súbito durante meses. Se detuvo aquí, en realidad — Dibujó con el dedo toda la línea sinuosa que sesgaba a Dranova a la mitad. —. El rio Eris. La discordia entre tres naciones.

Mentiría al decir que el caballero no le había enseñado un par de cosas desde que estuviese bajo su manto, pero estas eran poco más que menudencias. Aun así, Valysar había estado asintiendo todo el tiempo, como si escuchase con especial atención su relato. Cuando a ser Andrew le fue servida su comida, hizo el favor de enmudecer. Por un minuto. Después, sus palabras se tornaron una voz más de fondo.

— Cabe acotar que… — empezó diciendo, mientras comía. Y a secas oyó fragmentos de cómo la *Doncella de Bronce* se había recuperado, y ella y Dante habían logrado la conquista de manera diplomática.

Nada más verla, por alguna razón, echó por tierra cualquier enseñanza. Esta vez llevaba el cabello suelto sobre los hombros, y un mal humor tan plasmado en el rostro mientras servía en las mesas que saltaba a la vista lo poco que le agradaba aquella actividad. No recordaría habérsele quedado viendo a Soul, con una diminuta sonrisa bailándole en los labios, pero cuando ella lo atrapó admirándola cayó en cuenta de lo que hacía. La muchacha se recogió un mechón de cabello ondulado de su semblante dotado por una extraña belleza, y se echó a reír.

Se complacía ella de un rostro peculiar. Tenía dientes grandes, sí, pero también una sonrisa hermosa, brillante, de perlas blancas y boca sonrosada. Cejas un tanto pobladas, y debajo unos grandes ojos marrones de largas pestañas.

Cruzaron un par de miradas, y cuando de reojo advirtió que otra sirvienta le tendía un plato con una especie pato al horno, Soul se acercó y rodeó toda la mesa larga para llegar hasta él con un jarrón de bebida en cada mano.

— Sin embargo, aquello fue algo que tardó casi dos años en concretarse — iba terminando de narrar ser Andrew. Su voz fue un restallido que abordó su mundo de sopetón, como un pinchazo de realidad. —. Por generaciones este rio fue una frontera

de desigualdades no resueltas y una zona de tensión sin tregua para el entonces recién nacido reino de Dranova.

— ¿Agua o hidromiel, ser? — preguntó Soul. Por un instante pensó que no se refería a él.

— ¿Ahora resulta que sí soy un caballero? — respondió con aplomo y regocijo.

Ella no le contestó. En cambio, oprimió los labios para encubrir el gesto de dicha, y se inclinó para llenarle una copa de madera.

— ¿No estabas encarga de las jaulas de aves?

— Tengo más obligaciones de las que puedes pensar. Ser.

Y con la misma se retiró a servirle a alguien más. Creyó haber olido de ella la estela de dulzor que su aroma dejó junto a él. Después entendió que era solo la bebida. Se llevó una desilusión, pero…

« Da igual. El rostro se le ha endulzado ». Y la siguió con la mirada mientras iba de aquí para allá con mayor soltura y gallardía que antes. Al llevarse la copa a los labios descubrió que no podía siquiera beber por estarse riendo tontamente en silencio.

Su interés por ella había estado muy mal disimulado. La cara sin reparo que se le quedó a ser Andrew fue de una noble condolencia.

— También sé lo que se siente ser joven y enérgico, pero tened cuidado por donde pisáis. Si no, os hundiréis.

— ¿Disculpadme? — Se quedó de piedra.

— No es para vos, Maine — Y le colocó una mano en el hombro. —. Lo lamento, pero es una sirvienta. ¿Qué se diría de vos, si caéis tan bajo? No es asunto mío, pero os lo advierto.

Al darse cuenta de ello, sintió un nudo en el estómago y un escalofrío que le recorrió el cuerpo como un rayo. No recordaba haber sentido algo como aquello. Apenas tuvo voz para hacerse oír.

— No es lo pensáis, ser — se le ocurrió de pronto. —. Fui caballeroso al sacarla de un apuro esta mañana. Nada más eso.

— Amén por eso — Entrechocaron las copas en un brindis. —. De vos no se espera que seáis menos que vuestro padre. Lo más seguro es que heredéis su compañía de escoltas y la ensanchéis con más honor y gloria.

No tuvo tiempo a lamentarse, a echar la vista atrás, o mínimamente maldecir a su suerte por haber caído hasta el fondo de una trampa.

En un instante, el General al mando de las huestes surgió de una abertura trasera de la tienda. No fue de extrañar que aquellos quienes hasta entonces se habían mostrado impacientes por la demora de la partida, enmudecieran al verlo allí erguido y con el rostro inmutable como tenía por costumbre.

Los que se levantaron para darle la bienvenida fueron los mismos que no habían tocado sus comidas, la mayoría de los presentes.

— Ser, nos habéis tenido todo el día anclados a esta llanura sin dar razones, cuando deberíamos estar de camino al rio Eris. — Joanna Arkwright se había puesto de pie

lentamente y tomado la palabra antes que todos los hombres, con un tono no excepto de acritud.

— Así se habla. — asintió un caballero con la Flor de Lis pintada en sable sobre el abdomen de la armadura lustrada. Y una tímida barahúnda se hizo escuchar entre el medio centenar.

— Fui en vuestra búsqueda al mediodía y la escolta no me permitió el paso. — confesó Walter Arkwright, dedicando una mirada desdeñosa a Dareon y Jerome, la pareja de hermanos que siempre andaban bajo la sombra del castellano.

— ¿Por qué, ser? — preguntó alguien en voz baja, sin muchos ánimos de exigir.

Nadie más allá de los Arkwright, en realidad, demandaba respuestas ávidamente; se guardaban la austeridad para sí mismos en presencia de ser Logan.

— Tomad asiento — les espetó en seco a todos. —. Tomad asiento y no me agotéis la paciencia. Bien, si así lo queréis, qué sea rápido — Él, que no era demasiado dado a dilaciones, de entre las láminas en oro negro de su armadura provisional retiró un trozo de papel, y lo mostró. —. Esta mañana estuvimos a punto de partir. Os encontrabais a la orden, pero esto me llegó un minuto antes. Y he estado cavilando desde entonces. Esto amerita una decisión que no se debe tomar a la ligera — Se acercó a una de las mesas, y el elegido fue *el Bogatyr*, quien recibió el papel con extrañeza. —. Está codificada. Ya la habré leído doscientas veces. Pasadla al siguiente, ser. Y antes de que preguntéis, procede del puño y letra del Gran Conde Jason de Novus Horizon, quién se adelantó sin saberlo a las circunstancias. Resulta que un grupillo de avanzada fue más allá de donde debía. Su comandante fue osado y desobedeció órdenes, sí, pero creo que se lo sabré agradecer. El hijastro descerebrado del Gran Conde quería ganarse unas cuantas palmaditas, supongo.

En un segundo irreal de dilación, Valysar mantenía los ojos puestos en aquellos caballeros y señores que se pasaban uno a uno el mensaje.

— No queda ni un alma en el corazón de Dranova. La Horda desmontó su campamento, y se fue de allí. — siguió, y después calló para que la oleada de consternación ahogase su silencio. Incontables fueron las maldiciones que se alzaron e irreconocibles las palabras que se mantuvieran atadas a la reflexión. — ¿¡Ya os escuchasteis!? ¡Callad, por Dios! ¡Parecéis niños! ¡Gobernaos!

Valysar no hizo más que palidecer en sepulcral silencio. Pero su caballero fue más allá. Ser Andrew se puso en pie, sereno.

— ¿Qué tan confiable es esta información, mío ser? ¿Cómo podemos estar seguros de que no es una estratagema disuasoria?

No por mera casualidad su mente acudió a Soul y al cuento del caballero ruin. El mensaje de ser Andrew había sido claro. ¿Pudiera ser que hubiese gato encerrado tras las sombras de aquel asunto? Esto dio lugar a que con su vista fuera buscando a la muchacha en cada rincón dentro de la carpa, pero fue inútil. Ya no se encontraba allí. De hecho, ninguna de las sirvientas se había quedado.

— Ya os dije que estaba en código, ¿no? ¿Y a puño y letra de lord Jason? — anunció a medio camino del desprecio. — El código marcial de las cartas cambia de

reglas cada poco tiempo para mayor seguridad. Nada más mis capitanes de compañía, los líderes de las demás huestes y yo conocemos dicha codificación — Suspiró. —. No os mandé a llamar para que cuestionarais la veracidad de estas palabras, sino para que valoréis el peso de nuestra decisión. ¿Entendéis? Si no están allí donde nos decían, ¿dónde mierda podrían estar? Un gran perímetro fue oteado, y no se encontró ni rastro.

« Compartir la culpa es más liberador que compartir la gloria. », lo entendió.

— Un ejército de esos números no se esfuma de la noche a la mañana. — Un escudero ya entrado en edad pensó en voz alta, y de inmediato fue el objeto de las miradas.

— Ahh sí, los escuderos — saboreó con agrado *el Ser.* —, de ellos me olvidaba. Tengo algo para vosotros. Levantaos. — Aquello no solo tomó por sorpresa a Valysar, también a la otra docena de jóvenes. — Iros. Corred y anunciad al campamento que aquí tendrá lugar una pequeña y pasajera democracia. ¿Avanzaremos y reorganizaremos nuestras filas, todas ellas, en el rio Eris? ¿O qué cada hueste vuelva la marcha hacia su hogar? En el último caso, os aseguro que a la siguiente atacaremos con mayor agresividad y número. Lo que sea que ocurra, pero no nos quedaremos ni un minuto más. Como veis, no tendréis voto, pero si una voz. Así que, salid de mi vista.

Y salieron disparados cual saetas, cada uno por su lado. Valysar lo hizo por un costado de la tienda de campaña. De no ser porque lo vieron surgir de la carpa con desasosiego, el primer grupillo de caballeros con el que se encontró no lo habría tomado en serio. Le explicó que debían prepararse de inmediato para la partida, aunque hizo bien en no dar demasiados detalles.

— Vale, vale, escudero, ya comprendimos. — anunció uno de ellos.

— Me encargaré de correr la voz, *Falso Caballero*. — le aseguró uno de otro grupo.

« Imran, maldito seas.»

Para su sorpresa, al próximo que divisó fue a su amigo Rodrick, apenas a unos cinco pasos. El caballero del pelo blanco lo saludó de buena manera esta vez, pero Valysar desplazó la cortesía con la noticia sobre una partida apresurada. Y les concedió el dato del entonces furtivo paradero de la Horda.

— Rodrick, ve a por los caballos. — fue todo lo que ser Braxton dijo antes de marcharse a zancadas a algún lugar.

Pero Valysar detuvo al escudero con un jalón de brazo, y lo hizo quedarse. De repente, abrazó al miedo de sus inquietudes.

— Espera, se supone que debías estar vigilando a Soul.

— No puedo darme el lujo de estar de aquí para allá todo el día detrás de una cualquiera. Tengo obligaciones, al igual que tú.

— ¿Una cualquiera? — se le acercó, con una furia insólita a nada de desbordarle. — Rodrick, ¿dónde rayos está ahora?

— ¿Yo qué sé? La vi salir de la tienda en aquella dirección — Se giró para ver a donde señalaba, pero al volverse de regreso apreció en él un rastro de vergüenza. —. Valysar, ehh… También vi a ese tal Imran ir para allá.

— ¡Idiota! — lo empujó, pues una locura hasta entonces desconocida en él lo imperaba. — ¿¡Por qué no fuiste tras ella!? — No se quedó allí para oír su respuesta.

No consiguió odiarlo por más que quiso, aunque lo hubiese condenado en un comienzo. No se le daba bien odiar a alguien, por lo que fuera que hiciese. Y en lo que respectaba a Imran, esperaba el favor de Dios para que no pusiese a prueba su buena Fe. En seguida, el calor del momento fraguó un ímpetu en él de tal magnitud que no recordaría por cuánto hubo corrido y cuánto deseó que el siguiente vistazo al algún lugar diese con el rostro contento de la sirvienta.

En determinado punto, los encontró a ambos forcejeando. El bullicio de una mujer chillona lo llevó hasta ellos, abajo, al pie de una enorme depresión del terreno. Un sitio un tanto retirado dónde se encontraban además caballos, arcas vacías y un hombre que se tambaleaba, con una mano en el estómago y derramando sangre. Valysar al instante notó que era un guardia. La hierba alta lo engullía, mientras se alejaba.

Supuso lo peor.

A primera vista, advirtió que Imran llevaba un cuchillo ensangrentado en la mano y su espada en el cinto; Soul se encontraba ilesa, intentado poner distancia con un palo acabado en punta; la otra mujer, que a gritos suplicaba piedad, yacía detrás de Soul, en el suelo e intentando protegerse con los brazos. Al verla aún decorosa, aferrada a su integridad, no pudo más que dar gracias al Cielo. Sin embargo, no respiró aliviado. Claro que no, en cambio, desenfundó su espada que refulgió en el aire con uno de los últimos minutos de vida del sol. Sin el más mínimo aviso o vacilación, lo atacó por un costado. Pero se reservó el deshonor de enviarlo a la otra vida de un tajo.

Imran se giró antes de recibir el golpe, aunque nada pudo hacer para evitar caerse dando tumbos al suelo. La inercia de la embestida y el espanto lo hicieron rodar, y clavarse el cuchillo en la pierna por error.

— ¿Esto es lo que querías, Imran? — escupió el escudero con sumo desprecio. Se acercó a él con la espada en manos. Por más que los instintos de la caballería le gritaran que lo asesinase, buscaba mantener la mente fría. — ¿Hacer de mujeres indefensas tus esposas de una noche?

El soldado de inmediato se apoyó en la rodilla de su pierna buena, y retiró la espada de su vaina. Sin embargo, a Valysar le bastó con poner un poco de su empeño en desármalo, arrojándole una estocada. El filo de su espada le besó la punta de los dedos, y los hizo llorar sangre. El acero y los trocitos de uña y carne del enemigo salieron volando.

— ¡No, por favor! — escuchó de una súplica entre llantos. No se trataba de Soul, podía apostarlo. — ¡Déjalo! Por favor.

— Acaba con ese tipejo ahora, Valysar. — Aquella sí qué era su bendita voz.

— Eres un perrocostra y arrastrado. Coño, ya déjame en paz — le dedicó Imran con una risa agotada, como a punto de echarse a llorar —. Me cago en tu… Joder, como duele. Qué niñato barbudo me ha tocado y qué pesado eres. ¡Solo me quería desahogar con ella! ¿Qué nunca has tenido esa necesidad de sacar todo lo que llevas dentro? — Y se echó al suelo de espaldas, como resignado.

No se había percatado hasta aquel momento. Imran podía llegar a tener más aspecto de bufón que de soldado. En su rostro y expresiones se dibujaba una cómica tragedia, mostrándose más dispuesto a quejarse que a luchar. Aun así, nadie estaba para risas. Valysar se acercó, y lo apuntó con el arma.

— La única necesidad que siento es la de cumplir con lo que se me enseñó. A los que roban sin necesidad se les cortan las manos. ¿Qué crees que se hace con los violadores? — Y le pinchó con suavidad el bulto de la entrepierna desaforada.

— ¡No lo hagáis! — escuchó de la mujer chillona. Cuando giró el cuello, se llevó una terrible sorpresa. Soul la agarraba por los pelos con una mano. — ¡Ser, por favor! ¡Piedad! — La mantenía bien sujeta, o al menos así fue hasta que la mujer se zarandeó como pez fuera del agua. Después, se precipitó a morderle a Soul la mano que llevaba suelta. La empujó con todo el peso de su cuerpo, mientras se alzaba, provocando que Soul tropezara y cayese al piso. Ni bien consiguió liberarse, corrió hasta Valysar, y lo hizo retroceder de puro asombro. — ¡Os lo ruego! ¡Si pensáis en asesinarlo, tendréis que empezar conmigo!

Se había abalanzado sobre Imran para interponerse entre ambos. Llevaba ella un rostro dócil que parecía anunciarle que le besaría los pies de buena gana a cambio de sus vidas. Con la nariz chata, la frente amplia, y las cejas gruesas, no era una mujer precisamente bella.

— Pero ¿esto que es?

— Imran, te lo dije — le recriminó en un mar de lágrimas. —. Te dije, amor mío, que no lo hiciéramos. No la necesitas a ella también, me tienes a mí. Si no te complací, déjame hacerlo otra vez. Saciaré todas tus necesidades, ya verás.

— ¿Qué rayos? — Valysar la cruda realidad aún no la digería.

— Si no vas a arrancarles la cabeza, deja que yo lo haga. ¡Me enferman! — anunció Soul, posicionándose a su lado, desdeñosa. Y con infinita razón.

— ¿Todas mis necesidades? — Por más absurdo que fuese, el bufón hacía como si nada hubiese realmente ocurrido. Se apretó los minúsculos muñones de los dedos, y gimió de dolor. — ¿Tienes hermanas? ¿Alguna prima?

— Sí, las tengo.

— ¿Alguna que sea bonita? Noo, solo estoy bromeando.

Sintió lástima por ella, quien sería uno de esos amores de una noche. Puso la espada de vuelta en su vaina, pues Imran *el Dispar* no le había dado suficientes razones para matarlo u odiarlo, más allá del guardia al que hiriese en el afán incontrolable de saciar su apetito. Alguien se encargaría de ajusticiarlo por aquella fechoría.

— Sois tal para cual — le espetó con cierto asco. —. Iros antes de que me arrepienta. Pero no creas, Imran, que esto no lo haré llegar al general. Casi matas a un hombre. Esta vez, desenfundé. La próxima no tendré piedad contigo.

— No fui yo, imbécil, quien lo hizo.

En pocos segundos, se libró una lucha nada gloriosa en la que el despreciable soldado se retiró cojeando y apoyándose en el hombro de aquella pobre mujer enamorada hasta la locura.

Cuando se volvió hacia Soul, rescató un asombro nada incipiente en su rostro.

— ¿Te hicieron algún daño? — Valysar le tendió una mano para ayudarla, pero ella lo rechazó y se levantó por sus propios medios.

— Yo… Yo habría podido con él, con los dos, si hubieses tardado un minuto más — Luego, sacudió la cabeza, y el laberinto de emociones que era su ceño se desbarató. —. Pero, no. No, estoy bien.

Y finalmente pudo respirar tranquilo.

— Al parecer ahora estás en deuda conmigo. — le dijo con una sonrisa.

Ella le sonrió de vuelta, pero no dijo nada. A Valysar le costaba admitir lo débil que lo hacía sentirse, cuando se le quedaba observando con aquel gesto y sin decir palabra.

— Soul, tienes que decirme todo lo que sepas sobre ese caballero. Si lo que dices es cierto, un hombre como él nos viene mejor con grilletes en las manos en lugar de una espada.

— ¿Sigues con eso? Él no está aquí. — Sus palabras le sentaron como una patada en el estómago. Había creído desde un primer momento que, si lo atrapaba, obtendría el crédito, como un caballero desmontado a otro en una justa obteniendo un trocito de gloria. — ¿No te lo dije ya? Lo importante es que cuando vuelva a casa, veré su cabeza clavada en una lanza.

— Comprendo, debiste empezar por ahí. — Se retiró un paso, cabizbajo, pero Soul lo cogió por un codo, y lo obligó a quedarse. Rescató de ella el mismo gesto de desilusión que había creído era solo suyo.

— ¿Por eso viniste? ¿Por qué querías atrapar a ese hombre del que nada sabes? ¿Por eso también le pediste a tu amigo nada discreto que me siguiera?

— Quería velar por tu seguridad — Al entender que ella no diría nada, prosiguió. — ¿Qué acto más atroz que el que Imran tenía pensado? Gracias a Dios no consiguió siquiera tocarte. Gracias a Dios, porque de lo contrario tendría que haberlo matado y después atenerme a las consecuencias.

— Ah, ¿sí? ¿Lo juras? — Pese a la poca luz, los ojos castaño claro destellaron.

— Todo lo que digo es cierto — dijo, como si en verdad lo jurara. —. Siempre.

— Con el tiempo me he convencido de que — inició mientras se apegaba a él y lentamente lo envolvía a la altura del torso con sus brazos. — la mitad de los hombres son unos cerdos que practican malos tratos para obtener lo único en lo que piensan; y la otra mitad solo es gentil, como medio para llevarlas a la cama — A dos dedos o menos de distancia, estaba tan cerca de él como para respirar de su aliento y que lo encerrase su aroma. Los ojos de ella quedaban a la altura de los labios de Valysar; y lucía como si no le bastara con nada más verlos. —. Y todo lo que digo es también cierto, ¿no es así?

En esta ocasión, fue él quien se ahogó en su propio silencio. El temor de enfrentarse algo para lo que no estaba preparado le aceleró el pulso rápidamente. Cuando Soul se inclinó y le presionó la boca con sus labios, se dejó llevar, pero a sabiendas de que su honor sería la verdadera víctima de sus tratos. Los encantos de aquella mujer le obstruyeron la razón, y cedió bajo la presión del beso. Y el juego al que solo jugaban los amantes lo sedujo por más tiempo del que hubiese pensado. O querido.

Solo Dios supo cuánto tiempo transcurrió hasta que surgiese el primer pensamiento, concebido por una caricia de ella que se deslizaba por debajo de su abdomen. Lo siguiente que Valysar notó fue que la muchacha batallaba por desanudarle el lazo. El intento fue torpe, casi desesperado, así que aprisa decidió introducirle una mano en el pantalón, mientras aún mantenía su boca húmeda fundida a la suya con el ardor de sus cuerpos.

— No, espera — consiguió gemir en el efímero instante en que se despegó de ella, pero al siguiente tuvo la boca ocupada nuevamente por su pasión desenfrenada. — Soul. — La empujó con fuerza hacia atrás. Sentía el corazón atorado en la garganta. — ¡Basta, Soul! No.

La mujer trastabilló, tanto que casi cae sin remedio a la hierba. Al final se sostuvo de pie, aunque ya era tarde para conservar de paso también el orgullo.

— ¿¡Qué eres, Valysar, idiota o impotente? — le rugió como una leona, limpiándose la saliva con el dorso de la mano.

« No, un hombre de Dios. También alguien que cumple su palabra », pensó, aunque con la vergüenza evidente de quién había cometido el pecado. Sin embargo, no se ruborizó, ya estaba demasiado curtido en la batalla como para ello. Anudándose el pantalón, trató de hacer como que nada había ocurrido. Pero estaba en un error. No podía mentirse a sí mismo. Por unos segundos había ansiado yacer junto a ella y dentro de ella, al igual que dos amentes.

— Idiota. — sentenció Soul con un amargado murmullo.

— Es demasiado, no puedo hacerlo. — « No me lo permito. »

— ¿Es que acaso nunca has estado con una mujer? — De repente, lo observó de pies a cabeza con una mirada que narraba náuseas — ¿O te van más las pollas?

— No, no.

— ¿No qué?

— Ninguna de las dos. — Ya era tarde para recuperar la compostura. Para él. Pues Soul se acomodó los cabellos revueltos, y se echó a reír.

— *Ay*, cariño, qué dulce resultaste. Olvidé que eras solo un escudero, apenas un hombre que acaba de madurar. — Sus carcajadas de júbilo tardaban demasiado en morir.

— No veo lo gracioso.

— Ni yo — Se pasó una mano por los ojos para lavarse las lágrimas. —. Al contrario, me da gusto que te aterres de esa manera tan… — Y reanudó la marcha hacia él. — tan inaceptable — Valysar, indeciso a ratos, pues el demonio aún lo tentaba con sus artimañas, permitió que llegara hasta él. Soul le quitó de la barba los rastros de su saliva. —. Seré unos cuántos años mayor, pero tengo muucho que enseñarte.

— Soul, no sé si deba. No puedo. Bueno, es que no debo.

— Veo que impotente no eres — le dijo deliciosamente al oído, al rozarle con la rodilla su entrepierna endureciéndose. —. Te deseo, es lo que sé, y veo que tú también me deseas. Déjate llevar, por esto, que vale más que cualquier otra cosa.

— ¿Aunque no nos amemos? — Cerró los ojos, y dio un salto de Fe.

— ¿Qué? ¿Qué tiene que ver el amor en esto?

— ¿Aunque sea un caballero y tú una sirvienta?

— Sí, sí y sí. Creo que serás de esos caballeros de los que cuentan las leyendas. No eres como él, nunca lo serás. Serás mi caballero, mi protector, mi amante.

— Pero no tú esposo. — le confesó con un suspiro de desilusión que supo desvanecer a cabalidad su antojo traicionero —. Soy un hombre de Dios, Soul. Entiéndelo. Debo mantenerme casto hasta el día en que contraiga nupcias con una mujer. Una mujer noble.

« No hay nada más peligroso que una mujer fría y con coraje a la que se le ha importunado », le hizo saber una voz en su mente. Después, cuando prestó atención a la ira que se acumulaba en aquellos ojos castaños, se enteró que era la voz de su tío.

Ella lo observó con maniático disgusto que velozmente degeneró en odio.

— Desgraciado infeliz. — Y le arrojó un trozo de leña que cogió del suelo. Al enterarse de que había fallado, como una fierecilla se le echó al cuello a punta de manotazos y patadas. Lo intentó por todos los medios, por izquierda, por derecha, por debajo, pero solo consiguió asestarle dos bofetadas a Valysar, quién se protegía extendiendo los brazos entre ellos. Aunque, a decir verdad, la sarta de insultos sí le llovían con mayores aciertos. Y antes de lograr contenerla, se llevó un nada despreciable puntapié en la cara externa de la pierna. Tomó aquel último golpe como una victoria, puesto que había conseguido desviar el ataque que iba dirigido a sus gónadas.

Al cabo de un rato y sin importarle que todo dios la escuchase en el campamento, su ira, fruto amargo del despecho, rozaba las estrellas sobre sus cabezas.

— ¡Espero que la Horda de las Bestias haga que te pudras bajo tierra! ¡Tú y todos los putos caballeros de Dranova!

Los sonidos de un ejército despertando su aliento a cuentagotas le llegaron junto al viento y una brizna de horror.

— ¡Por Dios, haz silencio! Todos te escucharán.

Y casi de inmediato se dio cuenta de su error y del peso de sus palabras. Palideció, tan blanca como el vestido de lana que la cubría. La historia de rencor que contaban sus facciones se fue deteriorando con el tiempo y con las voces extrañas que se iban sumando, para dejar pasado a un miedo infantil, uno que Valysar no se explicaba.

— ¿¡Qué significa esto!? — consiguió rescatar de aquella marea turbia de frases que chocaban unas contra otras como olas.

Sin embargo, no había nadie más alrededor, lo cual fue a la vez fuente de alivio y de perplejidad.

— ¿¡Y estos quienes son!? — gritó alguien con una voz parecida a la de ser Braxton. Posiblemente fuera él.

— ¡Dejadlos pasar! ¡Qué los dejéis pasar, coño!

Ambos comprendieron al unísono que aquellos clamores desesperados provenían todos de la parte occidental del campamento y que nada tenían que ver con ellos.

— Sigo teniendo la razón acerca de todos los hombres, porque tú no eres un hombre, Valysar. — Fue lo último que escuchó en labios de Soul antes de que desapareciera bajo las sombras de la noche, corriendo en dirección contraria a las voces.

En un instante de debilidad, se permitió suspirar por ella, su dama de baja alcurnia, quién de alguna forma había sabido calar profundo dentro de él. Pero en contraste a este suplicio, no podía sentirse menos que satisfecho y en salvedad con sus creencias y a todo lo que le habían enseñado. Continuaba con rectitud.

Una vez hubo vuelto en sí mismo, advirtió el apenas perceptible calor húmedo que emanaba su mano de la espada y de la mancha de sangre entre sus dedos.

« Habrá sido Imran. », pensó.

El último rayo de sol se extinguió mientras corría hacia la tienda de campaña. Mayor fue su sorpresa al alzar la vista, pues insólito era lo que sucedía por encima de la tierra convulsa. Tres cometas empezaban a asomar en el cielo, deslizándose con lentitud a través de la bóveda celeste, y sus estelas largas parecían abrir heridas a su paso. Hasta entonces de ellos no había escuchado o visto nada semejante. Y a pesar de la extrañeza y grandiosidad de aquel suceso que se confundiese con un milagro, no tuvo tiempo ni caprichos de detenerse.

Para cuando arribó al sitio, se encontró con que una multitud de soldados se fundía en los alrededores. Unos pocos correteaban agitados, al igual que él, cuando gran parte del ejército se mostraba presto para una escaramuza y no para una puesta en marcha. Se abrió camino entre los congregados y la semioscuridad, pues nadie se había preocupado en encender una maldita antorcha.

— ¿Qué demonios está sucediendo? — le arrojó a Rodrick, quien no hizo más que encogerse de hombros con el semblante congelado en una expresión de perplejidad. Misma que compartía con los soldados que allí se encontraban y aquellos que seguían llegando.

No comprendía por qué nadie actuaba, y supuso lo peor al percibir que la parte delantera del pabellón se hallaba resquebrajada y los trozos de tela tremolaban al viento. Así que cerró los dedos en torno a la empuñadura de su espada e irrumpió en la tienda con determinación. E incluso así, todo lo que habría podido decir o hacer murió en el acto. Los Cadzows no habían tensado sus cuerdas todavía, pero se hallaban con una flecha en el arco, prevenidos para dispararla dada la orden.

— Vosotros dos, ¿¡qué significa esto!? — se oyó vociferar al General con iracundo vozarrón. Ambos individuos a lomos de trotones descabalgaron de un salto. Llevaban ropajes y rostros teñidos por la intemperie y la extenuación. Valysar los dio por campesinos, pero ostentaban un porte saludable y en muy buena forma. — Aguardad, ¿acaso sois…?

— Ser — se adelantó uno de ellos —, dejamos nuestras armaduras que juramos nunca quitar en servicio, porque así lo demandaban las circunstancias.

El segundo no se quedó atrás, y dio unos cuantos pasos en medio de jadeos.

— Nuestros corceles los cambiamos por otros que encontramos, cuando ya no pudieron más — Dobló una rodilla y desenfundó la espada. Después se habría dejado

ver que en realidad había caído al suelo, presa del agotamiento. Reconoció al caballero por la hoja brillante del arma que portase, cuando la hundió en la tierra. —. Pero nos tenéis a nosotros como prueba inequívoca, ser Logan.

Cada par de ojos se encontró a la expectativa. Aun cuando más de uno no conociese sus rostros, desde luego los reconocían por el fulgor de sus espadas platinadas. Y Valysar Maine con espanto echó al abismo del olvido a Soul, al caballero perverso y a toda idea acerca del rio Eris.

— No ha sido Raymond Hailstone el mayor traidor — sentenció ser Lancelot —, sino el Consejero del Rey. Os ha vendido humo. Regresad a la Capital, todos, ahora.

# Mary VI

El amor del único hombre al que había amado era correspondido, y, por si fuera poco, la prefería a ella por sobre todas las demás. Tanto como para pedirle que se casase con ella, con lo cual Mary se encontraba de maravilla; ligera como una hoja y más alegre que un tonto con una pluma. Más allá de su venganza y la conquista digna de poemas de toda una ciudad, solo había espacio para *Ramsey* entre sus pensamientos. Aquello no era muy placentero, a sabiendas de que él no volvería en tantos días. Los había quienes aseguraban, incluso, que tal vez no lo volviese a ver.

— ¿Quién sabe, mujercita? — le dijo Bile *el Prosélito Guerrero.* — Solo los dioses. Muchos hombres no regresaran de esta cacería. Puede que Ramskull esté entre ellos. Una Bestia no es cualquier cosa.

Para su inmensa sorpresa, alguien más salió en su defensa. Alguien inesperado, Jinzo *Cuatro Dedos*.

— Es Ramskull de quién hablamos; el segundo eslabón más fuerte en esta cadena. Si él no sobrevive, todo el ejército a su espalda tendrá que caer primero. Hemos planeado este golpe a la perfección por muchísimos meses. Él regresará, Mary.

No era un perro tan gruñón cuando no recibía órdenes. En ocasiones, llegaba a ser un tanto amable. Pero sin mucho esfuerzo la bocaza de Mary arruinó la oportunidad de adiestrarlo a su favor, dejándose llevar por la broma incauta de una de sus voces.

— Eso. Eso es. Gracias — Con la inocencia de una niña y una sonrisa, levantó una mano hacia *Cuatro Dedos*. —. Dame esos cinco. — Aquello no le hizo la menor gracia al pobre hombre.

Cuando se aburría, la mente de Mary volaba con el viento a lugares imprevistos, alentada por voces incansables que susurraban cada una su propia corriente de pensamientos. No pasó mucho hasta que la pequeñísima posibilidad de que su prometido no regresase empezó a consumir el resto de sus ideas y derribar su fantástico humor, como si fuera una malévola termita. No iba a darle oportunidad a esta mala sensación, de manera que se lanzó audaz a distraerse con lo primero que le cruzara por delante.

Y tal como lo haría un obispo, se colgó del cuello sobre el vestido blanco la estola que le había arrebatado al pobre idiota de Asser. Recorrió los pasillos entre dulces canturreos y pasos de un sosegado andar en dirección al calabozo. O al menos así lo hizo antes de que un tumulto arribase hasta ella de improviso.

— Suéltame — Venía gritando una chica. — ¡Que me sueltes ya! Estoy de vuestro lado. Ahora soy parte de la Horda.

Y aquella otra mujer celta se giró con el rostro abarrotado por la rabia.

— No eres parte de nada, doble traidora. — Su segunda mano la cogió también por la muñeca y le propinó otro jalón antes de que sus ojos desesperados mirasen al frente. — ¡Brynjar! ¡Brynjar!

De curiosidad, Mary se vio obligada a detenerse.

— ¿Qué significa esto? — protestó Kurt, surgiendo a prisas en el pasillo.

El vikingo se mostró a su lado unos segundos después. Y se quedó allí de pie a las puertas de la armería de colección, con un hacha de oro al hombro y una sonrisa que se desvaneció tan pronto como su atención se desvío del arma.

— Brynjar — La mujer celta atajó camino hasta frenarse ante los cabecillas. — Esta sucia dranovense es una traidora. Ha estado conspirando con los enemigos.

— La atrapamos intercambiando mensajes con el exterior. — arrojó Drauser, quien venía siguiendo los pasos de ellas.

La chica de aspecto frágil con agitación continuó lanzándole manotazos a su captora. Endebles al igual que la poca valentía que mostraba.

— ¿Que pruebas tenéis? ¿¡Qué pruebas tenéis!? Ninguna. Es una mentira.

— Los mensajes que has estado escribiendo, idiota. — Con la diestra Drausar le descargó un golpe con la mano abierta y con la izquierda alzó un trozo de papel.

— ¡Demandamos la cabeza de esta dranovense! — rugió la celta.

Y la belleza de su rostro se desfiguró en una boca enorme y una expresión de horror. Se fue arqueando hacia delante y cayendo, como perdiendo las fuerzas, como derritiéndose de espanto ante un hombre gigantesco y la presencia de su hacha.

— ¿Qué? ¡Nooo!

Brynjar quedó en silencio.

Un segundo hizo falta para que Kurt cogiese el papel y unos cuantos más para que terminase de leerlo con gesto de enfado.

— De aquel quien sean estas palabras a puño y letra ha de ser ajusticiado.

El vikingo no quitaba ojo de la muchacha mientras esta continuaba llorando sin consuelo.

— ¿Son las de ella? — Mary apenas pudo oír la voz queda de quien tanto acostumbraba a hablar a gritos.

— Será fácil averiguarlo — Kurt sonrió con el ceño todavía fruncido, y se inclinó hacia la dranovense. —. Escupiste sobre ella. Se te obsequió una oportunidad de oro.

« ¿Y de oro el arma que te hará pagar? », se preguntó Mary.

Y tal como imaginaba que sucedería, Brynjar bajó el hacha con la cabeza apuntando verticalmente al suelo. Apartó el rostro antes de ponerse blanco.

— Llévala a una celda.

— ¿A una celda? — inquirió la mujer celta. — ¡Córtale la cabeza!

— Baja la voz — le advirtió Kurt, antes de girarse hacia su primer al mando. — Brynjar, ¿estás seguro?

— Que la encierren, si tanto es menester.

— No hay más que muerte para la traición. — apuntó Drauser, notablemente ofendido.

El escándalo fue llamando a más personas cada vez, quienes se acercaban como una oleada de voces, al tiempo que entre los líderes se suspendía un silencio vacilante y la acritud en sus miradas. Y rápidamente aquel pasillo ancho se tornó en un hervidero de hombres y mujeres en espesa confusión.

— Yo le corto la cabeza — se ofreció Bile de golpe.

— Por favor, nooo. — imploró la chica dranovense de rodillas sobre un reguero de lágrimas.

En un momento dado, Mary pensó que la celta le asestaría una patada a la joven, cuando se le quedó viendo con elevada furia. No sucedió así. En cambio, volteó a ver a Brynjar.

— ¡Es su responsabilidad! ¡Es la Ley!

— ¿Quién lo dice? — Sosegado, por inusual que fuera, Brynjar sostenía el hacha por el asta de ébano. La cabeza descansaba imperturbable sobre el suelo.

— Es tu responsabilidad, maldito vikingo.

— Que lo haga otro. Azus, si así lo quiere.

La mujer boqueó con labios tiritando, aturdida de incredulidad.

— A la puta celda — siguió él. —. Luego veremos qué hacer. Fin de la discusión.

— Malditos extranjeros — masculló mientras Brynjar le daba la espalda. Luego levantó el rostro, roja y sin conocer cómo entregarse a la calma. —. Malditos. Nos estamos llenando de infieles. De impuros como tú, maldito.

— ¿Que cojones has dicho? — se interpuso Bile, remarcando cada palabra con enfado. Se cruzó en el camino entre ella y Brynjar. Pero este último se giró sin el menor disgusto.

— Un vikingo y un antiguo noble dranovense dirigiéndonos. Si mis ancestros me vieran, me escupirían por bajar la cabeza ante estos infieles — Y de entre todos los reunidos a quien giró a ver a continuación fue a Mary. —. Esa de allí que pertenecía al clero ahora es nuestra Maestro de Hechiceros. ¿¡Qué no los veis!?

No hubo voz que se uniera en aprobación. O al menos, Mary no llegó a oírlas. Y, sin embargo, se sintió de pronto incómoda, observada por cien ojos, de modo que tiró suavemente de un extremo de la estola y se la quitó con disimulo.

« ¿Cómo se atreve?», rechistó Abadón.

« ¿Y si la ajusticiamos a ella en su lugar? », mencionó Sekhmet.

Juntos la alentaron a avanzar. Y Mary no opuso demasiada resistencia.

— Déjala, Mary — Sus palabras surgieron antes que el brazo que extendiera para impedirle el paso. Fergus se había situado a su lado sin anunciarse. —. No está pensando con claridad. Mataron a su hijo esta mañana.

Y ella no pudo evitar que el asombro borrara toda huella de injuria.

— ¿Cómo pasó?

— Otra revuelta. Fue una pequeña. Pero se cobraron la vida de un celta.

« Dioses. ¿Una revuelta más? », le parecía entonces un gran número de ellas. Pequeñas, decían, y al mismo tiempo inaceptables.

El recuerdo volvió a rondar por su cabeza, como si fuese una mosca que no consiguiese ahuyentar. Grupos de rebeldes se ocultaban en ruinas y sótanos desde los que lanzaban ataques fugaces, según había presenciado en las memorias de un Interfecto. De su preocupación era que el fuego de la rebelión no parara de avivarse a partir de las cenizas, y motivo de asperezas que a Mary no le fuera permitido salir a

acompañar a las patrullas, o como mínimo a ver el estado de las calles y cerciorarse durante una noche de que todo estaba bien.

— Nuestro Rey lleva sangre celta corriendo por sus venas — iba señalando Kurt, cuando Mary volvió a prestar atención a la disputa.

— Eso es lo que nos ha dicho. A saber, si es verdad. — rebatió la mujer celta, ahogando un grito entre dientes y sudando de la furia. Drauser la cogía entonces de un brazo para impedir que cometiese una locura en contra de sus líderes.

Kurt alzó un puño que no tardaría en convertirse en un dedo acusador.

— Lo sabemos. Sientes mucho lo de tu hijo. Pero una palabra más y lo único que sentirás serán latigazos a tu espalda.

Y un momento más tarde, la mano de aquella mujer celta soltó por fin a la muchacha para dejar paso a los grilletes, y permaneció inmóvil al observar cómo Kurt la escoltaban a ella, dranovense quien con suerte había intercambiado las lágrimas por suspiros de alivio.

Brynjar se retiró con mala cara, pero probando el peso de su nueva hacha.

Y antes de que el pasillo se deshabitase de pleno, la mujer celta se giró para quedársele viendo a Mary con aversión. De una manera como pocos la habían mirado en los últimos años. De pies a cabeza la estudió, mientras se tocaba el torques de bronce de su cuello y se marchaba del lugar.

Se crujió el cuello y soltó una exhalación.

— No… No me vas a joder el buen humor.

Y en un dos por tres, reanudó su tarareo mientras se dirigía a los calabozos en lo profundo del castillo, donde terminó por hallar un pasatiempo inmejorable. En la celda junto a Asser, yacía un hombre escuálido y horrendo, pero joven y todavía sano, sentado en el suelo detrás de la puerta; el muy listillo monje había sabido esconderse bien la última vez que bajó allí a buscar entretenimiento.

— Esta vez tú no te me escapas. — le dejó saber Mary.

Acto seguido, uno de sus Interfectos lo cogió por el cabello y lo arrastró hasta el pasillo. Y antes de abandonar a Asser solo entre las sombras, Mary le sopló un beso coqueto y le dio las buenas noches.

El Hechizo de *Dominio Absoluto Temporal* era un truño tan grande como una casa, si se analizaba bien, porque el condenado no era absoluto y debía resaltarse bien la palabra «temporal». Su duración máxima era de cuatro días. Y entre más fuerte física y mentalmente fuera la víctima, este tiempo podía verse reducido.

Asser había demostrado comportarse como un perro muy leal y servicial. Hasta había sabido ganarse una pizca de su cariño, por lo que no lo asesinaría llegado el Ritual de Dominio, donde por costumbre y no por necesidad, se precisaba de algún que otro sacrificio.

Con la malicia de un bastardo, Mary se sentó en el suelo, se cruzó de piernas, y se hizo con un rico estofado caliente que un Interfecto le hubo tendido. Otros dos, sin embargo, a su orden silenciosa dieron inicio al espectáculo de tortura. Estos se hallaban en camino a ser poco más que estiércol para los cultivos, pues la sangre de sus rostros

era negra como la brea y empezaban a atraer moscas. Aun así, las fuerzas les sobraban para cargar al monje y pincharlo con agujas de pies a cabeza.

Como alguna vez la abadesa Elinor había hecho con ella.

— Te prometo que no dolerá. Solo sentirás como te mueres con cada segundo que pasa, pero no sucederá así. Eso sería compasión. Antes de morir, querrás quitarte tu propia vida a mordiscos. Y en ese momento sabrás que te ha llegado la hora.

*Beelzebubu* se le había unido en el camino. Se situó a su lado, y se le quedó observando por largo rato con unos enormes ojos amarillos, que ansiaban mansamente el estofado. El fuego de las antorchas hacía brillar a aquellos globos albergadores de mil misterios como si fuesen estrellas en el firmamento.

— No, gato. Déjame — le increpó, mientras apartaba el cuenco de su alcance. —. No he comida nada en todo el día.

Él maulló como única respuesta.

El monje pataleó y se contorsionó para liberase, cuando los Interfectos lo pincharon por primera vez. Esto impulsó a que *Beelzebubu* colocara sus orejas hacia atrás y se pusiera alerta, agazapado.

— Os suplico perdón, mi lady — lloriqueó el corderito nada más comenzar. —. Os lo suplico. No os he hecho nada. Solo he servido con fervor a Dios, sin hacer daño a nadie. Jamás.

— Yo también serví al dios cristiano, sin hacer nada malo a nadie. Y aún con todas esas, me torturaron por ser alguien diferente. — Se llevó a la boca el cucharón de madera. —. Tú eres un cristiano… Y yo soy una Dádiva, una irreligiosa. Tú eres diferente. Para mí.

« Cuando te cases con Ramskull — le explicó Belial. — y él sea un lord en estas tierras, será correcto que te llamen “mi lady” ».

« Cuando Azus muera, Ramskull será Rey — Balaam prestó su voz. — ¿Por qué conformarse, si puedes ser una Reina? » Y aquella perspectiva tan magnífica la hizo sonreírse.

El corderito continuaba gritando e invocando la salvación de su creador. Mary tuvo que exigir que le tapasen la boca con un trapo, para que el gato no se pusiera más nervioso.

— No eres un pastor. Solo una oveja más del rebaño. — le anunció riendo con la boca llena de comida.

Y al poco tiempo, *Beelzebubu* salió de su escondite detrás de Mary y se subió a su regazo. Olisqueó el delicioso aroma de la cena, de pie sobre sus patas traseras. Mary trató de apartar el estofado de su alcance, mientras comía de pronto incomoda y a la desesperada. Detrás de las puertas de las celdas se podía oír a los prisioneros discutir, presas del pánico.

— ¡Qué no! — Mary ya se estaba hartando. — ¡Esto es mío!

Y el gato siguió insistiendo, los Interfectos pinchando y el hombre llorando. *Beelzebubu* estiró una pata hacia el cuenco, y con otra se afincó sobre el pecho de Mary para ayudarse a ascender hacia el prometido manjar.

— ¿Por qué no te vas al Infierno? — siguió, fuera de sus casillas. La zarpa le había hecho daño. — ¿¡Quieres!? ¡Vas a reventar!

Con el paso del tiempo no solo los músculos se le pudrían a los Interfectos, sino también su cerebro. Malinterpretaron las palabras de Mary, y en breves, empuñaron sus espadas que cayeron sobre el corderito. Lo abrieron de extremo a extremo del estómago, y lo hicieron reventar en una lluvia de carnicería que lo partió en dos. Mandaron al Infierno al monje, a su fugaz entretención. Sus últimas palabras se resumieron en chillidos y lloriqueos indescifrables.

Cuando el reguero de tripas cayó a los pies de Mary, esta se atragantó, tosió, y después, escupió por la nariz y boca un torrente de estofado espeso y grumoso. De puro asco, el cuenco se le cayó de la mano, y le ensució parte del vestido. Y de este modo, el gato gordinflón salió disparado como una masa de pelos directo hacia el final del pasillo, con un cacho de pollo entre los dientes: su inmunda victoria. Se deleitaba del festín como un ganador.

Mary suspiró, dándose por derrotada. En cualquier otro caso, habría explotado en un arranque de furia ante semejante agravio. Pero no en una ocasión como esta. Era sabido que los gatos solían ser de naturaleza traicionera.

« No lo ha hecho a conciencia. », de manera que le dio una segunda oportunidad para redimirse. ¿Y qué mejor forma para un gato que sembrando la discordia?

Correteó por los pasillos, con una inocente malicia cociéndose esta vez. *Beelzebubu* la persiguió como una sombra, tan pronto hubo dejado de engordar un poco más. Tardaron unos minutos en llegar a la base de un gigantesco torreón de piedra labrada. Mary no sabía su nombre ni le interesaba. Había tantas salas, torres y torreones en el baluarte, que, si se preocupaba por aprendérselos, olvidaría sus nombres al día siguiente.

« No estaremos aquí por mucho más tiempo, así que ¿para qué? »

La escalera se encontraba enroscada en el exterior. Ascendió a zancadas con el gato en brazos, de dos en dos peldaños. A medio camino, se dio cuenta que desde allí podía otear todo el patio principal. Subió los últimos escalones jadeando. Y para su sorpresa, cuando llegó a la habitación que coronaba el edificio, la puerta yacía abierta. Un golpe de suerte, puesto que no habría sabido que hacer de lo contrario. Las ventanas estaban fuera de su alcance.

Pasó a través, apoyándose sobre las puntillas de los pies para no hacer ruido. Cruzó un pasillo desprovisto de muebles, y la habitación donde dormitaba Brynjar se abrió delante en la segunda puerta. El hombretón se hallaba roncando a boca cerrada, inmerso en un profundo sueño, al parecer. Lo poco que Mary pudo rescatar del asiento adoselado en la que se arrellana el vikingo con el panzote al aire era que la madera lloraba bajo su enorme peso.

*Beelzebubu* se arrojó al suelo por sí mismo. No le agradaba demasiado que lo cargasen.

— Ve, ve — le susurró, poniéndolo manos a la obra. Y le dio de empujoncitos para animarlo. —. Tienes que hacerlo. Me la debes.

No llegó a saber si el gato había entendido lo que decía o si podía leerle la mente, pues obró de manera idéntica a cómo Mary se lo había imaginado: olfateó el aire alrededor de Brynjar, y dio un par de vueltas entre sus piernas olisqueando su hedor, también. El animal rechoncho era menos que un ratoncillo al lado de aquel gigante. Al poco rato de haber llegado a un trote silencioso, se dio media vuelta, y marcó su territorio, haciendo diana en una de las botas que llevaba Brynjar, con un chorrito amarillento.

En el momento en que *Beelzebubu* le hubo mojado un poco los pantalones, el hombretón se sacudió entre sueños y balbuceos, tumbando al suelo un puñado de libros que se apilaban en una mesilla a su lado. El gato enarcó su lomo a la minina oportunidad, erizando los pelos como si se tratase de un puercoespín.

Y Mary ahogó una exhalación. Se había quedado fría del susto por un instante. Aún después de verlo cabecear y caer dormido nuevamente, se llevó una mano a la boca, reprimiendo otro chillido.

Un pedazo de papel blanco voló más lejos que los libros como una hoja arrastrada por el viento, y fue meciéndose hasta caer al piso. « Léelos. Cada uno de ellos », se escribía en él con una preciosa letra que bien conocía.

— Ven. Ya ven. — dijo, haciéndole gestos. Pero el gato decidió que era mejor idea irse a otra esquina a curiosear. De manera, que Mary tuvo que acercarse para que saliesen de allí los más pronto posible. El indulto a la insolencia se había sellado ya con aquella broma.

Brynjar tenía el torso repleto de un vello clarísimo y encrespado, y los brazotes ataviados por tatuajes de cadenas grises que lo envolvía casi por completo desde el dorso de sus manos hasta los hombros. Mary supuso que a la espalda llevaría un grabado más; el distintivo de cada miembro de la Horda que se asemejaba a la marca de un Demogorgón.

Se vio obligada sin remedio a acercarse a él, con un recelo incauto en su corazón. Después de todo, aunque su rostro y boca amenazaran con decir todo lo contrario, Brynjar Berzerk no era hombre que alzara mano en contra de una mujer. En lo absoluto o eso creía. Y en aquel segundo, cayó en cuenta de que no tenía idea de cómo él, nacido al otro lado del mar y aventurero de casi todo el mundo conocido, había llegado a parar a los bosques de Dranova junto a los celtas.

Y como cenizas, se disipó aquella idea con el soplido y voz de Belial. « Léelos. Cada uno de ellos — le recordó — ¿Por qué Azus le pediría eso a un hombre que jamás se le ha visto leer? »

Miró hacia abajo. Allí estaban, regados unos encima de otros. Toda una paleta de colores vivos en sus portadas. *La Templanza de una Ideología*, se titulaba uno. *La Historia del Paganismo en Occidente*, se tallaba en otro. Mary tuvo que acuclillarse y remover estos para descubrir la fachada en cuero de otros dos: *Brenno la Bestia de Dos Cabezas* y *La Horda de las Bestias de Dranova*. No era necesario creerse un Intelectual para saber que los celtas no escribían libros; sus historias y conocimientos se transmitían de boca a boca. Aquellas páginas amarillentas debían estar grabadas con el

puño y letra de hombres más civilizados. Al levantarlos, casi sin querer le echó un ojo al último que se había encontrado debajo del montón. Uno más pequeño y viejo que el resto. *Un Resquicio en la Penumbra: La Orden de las Bestias de Barmania*, exhibía sobre una portada en color ocre y rojo escarlata deslucido.

—¿La Orden? —inquirió graciosamente, deduciendo que se trataba de un error.

« No puede ser un error. Es el mismísimo título », le indicó Belial.

El libro era el más ligero de todos. Pero, aun así, sencillamente parecía albergar más de quinientas páginas.

« ¿No estarás pensando en leerlo? » Belfegor era la pereza infundida dentro de ella y con su mera presencia intentaba desanimarla de gastar una ingente cantidad de tiempo estudiándolo.

« *Shhh*, cállate, holgazán. », le respondió ella.

« Vaya cacho de libro. Lo bueno, si es breve, dos veces bueno », continuó diciendo Belfegor, mientras se alejaba decaído.

Mary abrió el arreglo de hojas en una página al azar, y descubrió que por suerte también tenía ilustraciones; unas muy descoloridas. Entre los dibujos de una piara de animales y un bosque nocturno iluminado por hogueras, leyó:

> *En estos hombres y mujeres, no tan belicosos como a veces se nos quiere hacer creer, se ha podido observar su relación tan fervorosa con su medio. Los celtas vivían y morían tratando a la naturaleza como a un ser vivo al que le debían respeto y adoración. Vivían en ella y con ella, siguiendo el ritmo de las cosas. No había oposición entre ambas partes. Y en opinión propia, dejando de lado los prejuicios y la religión que profesasen, el legado conferido a sus descendientes era el deseo de ser como la naturaleza; libre y ecuánime. Es una cuestión que nuestro pueblo debería sopesar, si no queremos acabar con todo lo que nos rodea. Como hemos venido haciendo hasta ahora.*

Mientras inmiscuía sus narices en otra página, el gato volvió a ella, restregándose contra sus piernas. Mary arrugó la nariz en gesto de asco, cuando le llegó el fétido olor a pis. Se apartó del lugar en dirección a la salida, y continuó hojeando. Los demás libros no eran de su interés. Interpuso un dedo para detener la ida del papel.

> *Las Hadas, como espíritus de la naturaleza, según este cúmulo de pueblos, pocas cosas les hacían mayor ilusión que estar cerca de dos enamorados, aunque estos no profesasen su amor abiertamente. El solo sentimiento mudo las atraía, si andaban cerca. Pero el don con el que más se fascinaban era la afinidad hacia la música. Se relataba entre los celtas, que se los podía invocar, si se les cantaba una bella canción en su nombre en un lugar pacífico y con cuantiosas propiedades mágicas. Se las conocía también por ser muy amigables, en cuanto no violasen su intimidad, en cuyo caso castigaban sin*

*discriminación alguna. Provocaban heridas que al ojo humano eran invisibles, pero resultaban igual de dolorosas que una mordida de can.*

Frunció el ceño y resopló de descontento. Sentía que el estómago se le revolvía de repugnancia al observar cosas como aquella. Obsesionados, quizás, con los cuentos de Hadas, muchas personas les habían dado un matiz distinto a lo que realmente eran estas criaturas. No todo era color de rosas, como las retrataban en las historias celtas para niños. El siguiente párrafo que leyó, lucía más apegado a la realidad. Podía digerirlo, porque era justo lo que había buscado. Como si el escritor hubiese sabido lo que quería.

*No obstante, las Hadas siempre tenían unas insaciables ganas de poseer niños humanos. El modus operandi más común era robarlos de su cuna. En ocasiones, dejaban un reemplazo que, gracias a un encantamiento, podía asemejarse a un niño llegado el amanecer, cuando los padres pensaban que sus hijos aún descansaban en sueños. Gustaban mucho del cabello dorado de los mortales. Un niño o niña de cabello rubio tenía más probabilidad de verse secuestrado que uno de cabello castaño o moreno. De sus demás fechorías solo se tienen fragmentos aislados, ya que sus actos más desagradables a nuestros ojos eran cometidos en su mundo. Suerte y milagro para aquel humano que, viajando hasta aquel mítico lugar, ha regresado con vida.*

Volvió sobre sus pasos lejos del entonces nauseabundo vikingo, un tanto intrigada por lo que leía. Si el gato no le hubiese estado pisando los talones y entorpeciendo su paso al juguetear con ella, lo habría echado al olvido.

Con la misma facilidad con la que se tomaba aire, algunas veces se distraía pasando de una actividad a otra.

Antes de salir hacia el pasillo, cerró el libro, pasó un dedo sobre el borde del papel quebradizo y se detuvo en medio de dos folios. Leyó lo primero que vio.

*Los Tuatha De Dannan, el pueblo de la diosa Danu, panteón que, si bien no es tan rico en cuanto a historias y descripciones, goza de un inmenso número de deidades. Representantes de las fuerzas de la naturaleza, en su mayoría. Entre los que más se han hallado registros se cuentan: Danu, Aiffe, Airmid, Ayne y Dagda. Y, sin embargo, estos no representan más que una minúscula parte de todo el misterio que envuelve a…*

En aquel punto, cerró el libro de golpe, y releyó de nuevo la portada. No estaba segura de lo que leía.

— ¿Por qué esto sigue hablando de los celtas, si aquí pone Barmania? ¿No eran todos cristianos o sarracenos?

Se dio cuenta de que estuvo a punto de bajar las escaleras de caracol. Si no hubiera parado de ojear el texto, habría caído sin remedio por los escalones hasta romperse el cuello.

Aún no respondía la mayor de sus preguntas. No sabía qué significado tenía la Orden de las Bestias o qué conexión existía entre ellos y la Horda. Por lo poco que sabía, parecían compartir raíces celtas. Barmania y Dranova eran reinos contiguos y el pueblo celta había llegado a asentarse en muchos lugares del continente.

Tenía que haber una buena razón por la que Azus le había pedido a Brynjar que se informase al respecto. El misterio se encontraba entre aquellas páginas, pero… « Qué pereza — se dijo, mientras bostezaba. Nunca se había considerado como un ratón de biblioteca que devorase libro tras otro. —. Son demasiadas páginas. Espero que valga la pena. » Tal vez Brynjar no echaría en falta aquella lectura. De lo contrario, ¿por qué dormirse?

Con veinte escalones o menos de un descenso en espiral, el torreón le permitió descubrir lo que acontecía en el patio. Mala cosa. Se le erizó la piel al percatarse de que muchos eran los ojos que no perdían detalle de lo que hacía. Mary se frenó de pronto en un descansillo, mientras un escalofrío la recorría. Decenas de metros más abajo, en callejuelas empedradas entre establos y almacenes, se señalaban unos a otros, dándose órdenes de algún tipo e intercambiando palabras. Los sonidos no le llegaban, por supuesto, pero sus miradas amargadas y el movimiento de sus labios sí. De aquellas visiones no podía entrever un buen augurio.

Rhiannon había ordenado a los prosélitos y demás druidas que se fabricasen abrigos con la piel de sus enemigos, cosa que habían cumplido a rajatabla. Pero lo más curioso fue reconocer que a su alrededor se contaban guerreros que ni siquiera eran seguidores suyos. *El Ariete* con su recobrada armadura de láminas parecía liderar a los soldados rasos en la formación. Silenciosos y atentos como perros a la espera de una orden, hincaban sus rodillas en el suelo a merced de los ritos de los druidas.

Como hábito recurrente, Rhiannon le sostuvo la mirada desde la distancia.

— *Mmmmm*… Aquí hay gato encerrado — El animal apostado sobre la balaustrada se lamía una pata. Al oírla, se le quedó viendo a Mary. —. Y no eres tú, *Beelzebubu*.

El resto del día pareció transcurrir rutinariamente… Hasta llegada la noche.

Era alto, guapo y vigoroso en aspecto, como lucían todos los caballeros, según las historias, aunque la realidad fuese distinta. Ser Konash Maine gozaba de un atractivo que fácilmente podía competir con el de su prometido. Tenía un color de ojos y cabello ordinarios, negros, pero su buena fortuna se encontraba en su bien constituido rostro. Servía de consolación, solo admirarlo. Los días en el calabozo no habían hecho nada para aplacar su orgullo ni el estado de su horrible herida a medio tratar.

Cuando Mary hubo entrado en la Sala de Torturas, él apretó los labios y entrecerró unos ojos de desdén. La había estado siguiendo todo el rato con la mirada, entretanto ella recorría la habitación sin ventanas dando saltitos y tarareando. Se encontraba radiante en todo sentido, con el nudo perenne colgando y rebotando a su paso. Se acercó a una de las mesas apostadas junto a la pared, y tardó demasiado en escoger con qué

instrumento debía comenzar. A dedo y recitando una cancioncilla para ayudarse a elegir, cogió una daga de hoja tan sinuosa como el curso de un rio. Dio un par de giros hasta el tablero con amarraderos, y cantó en medio de un torbellino de cabellos y las faldas del vestidillo blanco.

*Soy libre del yugo, como viento en el mar.*
*Resplandeciente, como lago en la llanura.*
*Soy el bramido de quién muestra su bravura,*
*Impetuosa con el filo…*

Mary se impulsó, dio un brinco, aterrizó clavando el arma sobre el tablero a centímetros del rostro de ser Konash, y remató toda la pantomima con una sonrisa de oreja a oreja.

*... a este degollar.*

— ¿Es lo mejor que puedes hacer? — preguntó él, sin siquiera inmutarse un poco. —. Qué esfuerzo tan patético. ¿Qué edad crees que tienes?

No esperaba que surtiera algún efecto. Ya conocía de antemano la naturaleza tan soberbia de ser Konash. Mary solo se hacía de rogar.

— Tú fama de altanero te precede, ser — dijo sin hacer caso. —. Si supieras a lo que vengo, no te harías el maleducado conmigo. Me matarías a besos, en lugar de escupirme.

Ser Konash carcajeó. Aún con la mata de barba descuidada y espesa de varios días, se le formaban bien las líneas de expresión entorno a los labios.

— Tú lo dijiste. Mi fama de altanero me precede. No voy a suplicar por piedad, aunque esto dure horas. Aunque me esté desangrando.

La habitación se hallaba engullida por el tono algo rojizo de las antorchas.

— ¿Horas? — Se subió al tablero rectangular donde el caballero yacía amarrado de manos y pies, y se acomodó de medio lado junto a él en una posición bastante comprometedora. — Mi prometido se fue, y tres cuartas partes de la Horda lo siguió. No me es permitido salir y no hay mucha gente por aquí. — Le acarició la barba. —. Puedo extenderlo durante semanas, con tal de no aburrirme.

Mary soltó una risita aguda, muy aguda, al ver su rostro contraerse de resentimiento. También alegó a sus fuerzas, para tratar liberarse. Pero resultó en vano.

— ¿Quién es el que hace esfuerzos tan patéticos ahora? — siguió Mary.

— ¿Por qué lo haces? Ya tienen a esta ciudad en la palma de la mano. No tengo nada que darte.

Se encogió de hombros.

— Por diversión, supongo. Ah, sí, el Rey también me lo exigió.

— ¿El Rey? — se consternó.

— No tu Rey, tontito — Aquello le pareció de lo más tierno. Ya comenzaba a parecerse a un cachorrito asustado. —. Azus. El de la Horda de las Bestias.

— No tengo información acerca de nada que pueda serviles.

— Información no es lo que quiero. Solo sigo órdenes.

— ¿Cómo te llamas?

— Mary Blood — le dijo alegremente. —, pero tú puedes llamarme cuando quieras — Pasada la broma y enterrada la gracia que nunca nació en el caballero, se dignó a continuar. Se acercó más hasta que estuvo a tres o cuatro dedos de distancia de su hermoso rostro —. Sabes, todos en la Horda me conocen como la que escucha voces que nadie más puede. Y esas voces se están impacientando. Así que, mejor demos inicio. No quiero hacerlas enojar.

Desde aquel instante, ser Konash se convirtió en una bella masa inmóvil y silente, con los tendones del cuello y el mentón muy tensos. Inhalaba y exhalaba aire a horrores.

— He oído muchas cosas sobre ti — le confesó ella, mientras le troceaba el jubón para desvestirlo. —. Tanto como cualquiera con dos oídos. Espadachín Platinado, vencedor de justas y combates, una fiera elegante en el campo de batalla. Las tontas doncellas te conocen muy bien, ¿no? Tan hábil con una espada como por debajo de las sábanas — De un jalón, lo despojó de los harapos. —. *El Arrogante, el Apuesto*… Me pregunto si le tienes cariño a esos apodos. — Le deslizó la punta de la daga de un hombro a otro, antes de apoyar la cabeza en uno de ellos como si quisiera dormitar. — ¿Por dónde comienzo, mío ser? — Él no respondió. — ¿No empuñar un arma otra vez o nunca más estar dentro de una mujer? ¿Qué decides? ¿El miembro o ambas manos?

El flamear de las antorchas se volvió la única salvación al silencio.

— Toma una decisión — siguió, susurrándole con severidad — o me llevaré todo.

Ser Konash se retorció una vez más, en esta ocasión empleando demasiada fuerza. Sin embargo, las correas lo mantuvieron más quieto que una roca. A la altura de la cintura también se veía apresado. No se atrevió a musitar algo que no fuesen gruñidos de arresto.

Por tanto, Mary montó sobre él. Le colocó la hoja afilada en contacto con una de sus muñecas, y con la otra mano, le sujetó el rostro para forzarlo a que la viese a los ojos.

— ¿¡Las manos o la verga!?

— ¡Noooooo!

Le propinó una bofetada. Y después, otra que rompiese con su mirada de rabia y desesperación a partes iguales.

— ¿¡Qué quieres conservar!? ¡Decide ahora! ¡Decide o te juro que…!

— ¡Las manos! — chilló como un animal agonizante. — ¡Quiero mis manos!

— ¡Entonces, las manos te cortaré! — Levantó el acero en alto. El brillo rojizo de la habitación lo hizo destellar. Y se precipitó hacia abajo con un grito encolerizado de Mary. Estaba más loca que una cabra.

— ¡No! ¡No! ¡Por favor, Mary! ¡No!

La mitad de la daga quedó empotrada en el tablero. El resto se conservó vibrando por largo rato, a escaso espacio de la muñeca de ser Konash Maine. Tenía, por lo visto, el corazón en la garganta y el pecho casi le estallaba de emoción al ver que aún conservaba la mano unida al cuerpo. Mientras que ella, de haber nacido hombre, se habría descojonado allí mismo. No le quedó de otra que desternillarse encima de él. Rio y rio, al haberlo escuchado suplicar de manera tan patética, hasta tal punto que Mary derramó lágrimas y tuvo que obligarse a parar porque le dolía.

— Oh, Mary — suspiró ser Konash. —. Maldita seas, mujer.

— Eso es — Jadeó. —. Di mi nombre otra vez.

Se habían dejado media vida entre sollozos. Mary le propinó un beso enorme entre ceja y ceja. Habría sido un verdadero desperdicio convertir a tan atractivo hombre en un manco, o peor, en un eunuco.

— ¿Por qué no lo hiciste? ¿O todavía juegas conmigo?

— Porque eres un caballero que fue obligado a tomar votos sagrados ante la Santa Iglesia, y, aun así, no dudó en romperlos cada noche que pudo — Le hizo ondas en el cabello salpicado de la suciedad de los calabozos. —. Y teniendo en cuenta todo lo que he escuchado de ti, creo que no adoras a más dios que tú mismo. Dime, Konash, ¿tengo razón? ¿Crees en Dios?

— No está en mí negarlo o asentirlo. Simplemente no me interesa.

« ¿Pudiera ser que solo lo dice para salvar su pellejo? » En lugar de ella, sus voces cavilaron al respecto.

— Te tomaré la palabra. — sentenció al final. Intentó en el acto, desempotrar la daga del tablero, pero la había hundido con tal empeño que era probable que ni el mismo ser Konash lo consiguiese.

— ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cuáles son tus órdenes?

— Curarte. El Rey me envió a curar tu herida.

Después de haberse desencajado del susto, no había expresión en él que valiera la pena resaltar.

— ¿Y por qué querría Raymond aliviar mi dolor?

— Soy la Maestro de hechiceros de sangre, ¿lo sabías? — indicó, aunque no viniese a cuento. Se bajó de encima de él, pensando que a su prometido no le gustaría verla montada sobre otro hombre. —. No me juzgues. No sin antes tratar de entenderme. Las brujas no existen — Con dos de sus dedos, inició un recorrido suave desde el hombro de Konash hasta su muñeca. — Nací con más de un don, aunque me costó demasiado descubrirlo — Al recorrido del tacto de Mary, las venas de su brazo se abultaban como Hissers al cantar y se coloraban de un azul intenso. Las arterias, de menor tamaño, también respondían vibrando a su magia. —. Tuve miedo, al principio, de lo que podía llegar a hacer. Incluso, le temía a la sangre. Pero en poco tiempo, me he convertido en lo que soy ahora. Toda una experta.

El caballero flexionó el abdomen a modo de acercase a ella. No llegó muy lejos a causa de las correas.

— Te hice una pregunta, Mary Blood. Respóndela.

Se hallaba inmersa en sus propias ambiciones. Cogió un pequeño frasquito que guardaba entre los pliegues de su vestido, y destapó el corcho.

— Pero más que eso, soy lo que se conoce como un Dádiva. — Con el danzar lento de sus dedos, provocó que el líquido blancuzco saliese levitando, y surcando el aire. —. Esta es mi sangre. Una sangre dadívica ya tratada con anterioridad. Sus propiedades hacen que mis hechizos sean más efectivos con ella. Cuando termine contigo cojearas un poco, pero te mantendrás perfectamente en pie. ¿Crees ser capaz de luchar en esa condición?

— Solo necesito una mano y una espada para vencer a cualquiera.

— Bien, porque necesito que mates a Raymond. No preguntes por qué. No es de tu incumbencia — Ser Konash suspiró de alivio, al recibir la sangre blanca como la nieve dentro de su herida. El hechizo de *Renovación* era algo que hasta un aprendiz podía ejercer. —. Después del Ritual de Dominio, el Rey se volverá imparable. No tengo muchas esperanzas puestas en ti, pero esto es mejor que nada. La arrogancia es el precio a pagar por el poder, y en Raymond esta desbordará, cuando se convierta en un Demogorgón. Ahí es donde entras tú y todos los caballeros que aún siguen con vida. Él ansía con locura un combate contra un centenar de vosotros a la vez. Daré mi mejor esfuerzo por curarte, si prometes dar el mejor esfuerzo por matarlo.

— Si nos hubiéramos conocido en otra circunstancia, Mary, habría querido conquistarte. — Ser Konash sollozaba y se retorcía de placer, a causa del dulce alivio a su tormento.

— Esto es mejor que el sexo, ¿a que sí?

— Gracias.

El consuelo de sentirse curado y en plena forma nuevamente, además del efecto secundario de realizar un hechizo con un Génesis tan puro, terminó por dejar a Konash en un estado de dulce aturdimiento. En tres minutos o menos, él se hallaba sanado y perdido de amor por ella. Un amor ilusorio, a decir verdad.

— Qué ojos tan azules, parecen…

— ¿Lapislázuli? Me lo dicen mucho.

— Qué cascada de cabello cobrizo más hermosa.

Y él la llenó halagos, hasta que las mejillas de Mary estuvieron tan enrojecidas como la habitación.

Más tarde, en un arrebato de tonta honestidad, ser Konash le confesó cómo de cerca había estado de quitarse la vida minutos antes de que la Horda arribase a la ciudad, si el rey Leonor II osaba con deshonrarlo, negándose a su renuncia.

— ¿Con tal de mantener tu orgullo intacto? — Ella se echó a reír. —. Claro, y luego dicen que yo estoy loca — Antes de que el caballero se desvaneciese plácidamente al descanso, Mary le acarició el rostro de ensueño con desánimo. —. Ay, Konash, ¿qué sentido tiene el mundo, si eres el único que vive en él?

# Connor VIII

Hacía frío. Como si el invierno se hubiera adelantado con una ventisca de un cielo plagado de nubes.

— Hace cientos de años, antes de la Revuelta de los Famélicos, este era el cruce fronterizo entre Dranova y White Kingdom. Todo lo que se alcanza con la vista estaba en posesión de la familia Black, la antigua…

Atenea lo interrumpió con gesto engreído.

— Ya lo sé, ya lo sé. La antigua monarquía que fue desbaratada por el hambre de su pueblo. Hasta aquí llegó la expansión de su imperio joven, y estas montañas fueron nombradas en honor a la Dinastía Imperial de los Black. Luego, Dranova recuperó terreno pacíficamente, cuando los White subieron al trono. Modificaron el nombre de su reino, pero no el de estas tierras que ya no les pertenecían — Se encogió de hombros. —¿Qué? No eres el único que ha leído un libro.

El nombre le venía como anillo al dedo.

La cordillera de montañas del condado de *Black Mountains* era un páramo baldío, gris e inclemente donde el follaje crecía agonizante y mustio. La floresta era casi inexistente y la fauna, en donde quiera que estuviera, hostil y dura como el acero. La gruesa bruma blanca entorpecía los ojos con espantosa facilidad en algunas zonas, y en particular inquietaba el pecho ante la pendiente lúgubre de los barrancos.

— Por como observas este lugar — continuó Atenea. —, deduzco que ya has estado aquí. Apenas hay duda en tu mirada.

— En dos ocasiones. Ninguna por mucho tiempo.

En labios de Atenea, las historias de terror que a sus oídos habían llegado no le hacían justicia a aquel umbrío y consumido paraje. Y según dejase ver, un escalofrío la sacudió e hizo que su piel sin vello se erizara. En cuanto a Connor, su serenidad era una mera actuación. No podía permitirse demostrar ninguna expresión indebida. La menor de ellas podría hacer que la poca seguridad que Atenea había puesto en él se derrumbara, por cuanto los suplicios de *Black Mountains* batían el corazón de pesar y revolvían el estómago.

Por tal motivo y a modo de consuelo, se giró para observarla mientras ella no quitaba ojo del ambiente.

Atenea lo había llevado hasta un riachuelo para limpiarle la sangre blanca y roja, días atrás. No lo olvidaría nunca. De rostro preocupado y manos nerviosas. Allí esperó ella, a su lado durante horas, hasta que Connor despertase del agotamiento y del letargo. Gracias a las memorias de *Wyke*, pudo conocer que de vez en cuando se inclinaba hacia él para asegurarse de que tuviera pulso y respiración.

Quién iba a pensar que se convirtiese en tan grata compañía.

La yegua alazana se encontraba inquieta a tal punto que resopló con ardor. Retrocedió unas cuantas pisadas, como queriendo acentuar su mal augurio. *Wyke* al verla, hizo lo propio, mientras trataba de sacudirse el miedo.

— Te entiendo, amigo. Pero no podemos dar la vuelta — Le acarició el cuello al animal, y lo puso en marcha con voz firme. —. No puedes volver a casa todavía. Debes llevarnos más lejos. Después regresarás, aguardando a que vaya por ti.

A su espalda, el sendero por el que habían ascendido estaba alfombrado por un manto de césped verde y castaño. A medida que su vista se alejaba de las faldas de la cuesta, la hierba se avivaba cada vez más. Y varios metros más allá, la espesura gallarda de un boscaje de pinos y fresnos se había detenido abruptamente en una franja que parecía invisible y que indicase el final de tan hermoso andurrial. Por extraño que fuese, la naturaleza daba señales de no haber querido cruzar aquella línea con algún árbol, raíz u hoja.

Atenea acabó por seguirlos, subyugando sus propios temores y los de su montura.

— ¿Qué es ese olor? — empezó tiempo después, arrugando la nariz. —. Es horrible.

— ¿Qué no estaba eso en los libros que dices que has leído? — Connor fingió una sonrisa, haciendo acopio de una confianza que no poseía. Estaba casi tan nervioso como ella. —. Son los gases que emana la tierra de este lugar. Infértil sería una palabra que se quedaría corta para definir al terreno, pero bajo tierra la cosa es distinta. En las cavernas y redes de túneles bajo nuestros pies hay todo un ecosistema vivo: plantas, hongos, animales bioluminiscentes y todo lo demás. No soy ningún experto, pero por algún motivo, cuando los gases de allá abajo ascienden y se filtran entre las rocas y minerales… Intoxican a todo lo que encuentran en la superficie. Lo leí de un Intelectual que vino hasta aquí para realizar experimentos. — Se regodeó con otra sonrisa — « Ni loco le diría que el hombre murió poco después.»

— Un momento — se alarmó ella. —, ¿lo que estamos respirando es tóxico?

A su alrededor, los pocos árboles que echaban raíces entre las colinas eran irreconocibles; de aspecto raquítico; una maraña moribunda de ramas casi sin hojas. Hacia el norte, a donde se dirigían, las montañas se congregan una detrás de otra; cada una más alta e igual de ennegrecida que la anterior; percibiéndose como una lúgubre y gigantesca escalera que llevaba a un cielo sin nubes ni dioses.

— Lo fue para ese proyecto de árbol que está allá — señaló con un dedo. —, o para aquel otro. Brotaron desde antes que naciéramos, toda una vida. Sí, están enfermos, pero a nosotros no nos pasará nada, si solo estamos unos cuantos días en estas montañas. — « O eso creo.»

Aquella parrafada no fue suficiente para aplacar a Atenea, que bien hizo al cubrirse desde el mentón hasta la nariz con un trapo. Connor no tardó en imitarla con su bufanda.

Por lo que se creía, *Black Mountains* había sido la cuna occidental de múltiples especies de Dragones desde tiempos inmemoriales, previos a cualquier registro. Y lo había continuado siendo aún después de que estos extendieran sus alas hacia el norte y las tierras medias del mundo; aún después de que la Gran Mortandad y las armas de los pequeños reinos se cobrarán la vida de muchos de ellos.

« No son idiotas. Por cuenta propia se confinaron en estas montañas donde casi no hay humanos que los provoquen. » No eran demonios ni criaturas de corazón negro, como se les temía. Y aunque no dudasen en liquidar a todo el que los molestara de sobremanera, preferían surcar los cielos mientras yacían en paz, antes que quemar ciudades. Connor se aventuraba a pensar que estos Dragones devenían casi tan razonables como cualquier persona, entre tanto no se les irritara, cosa que era más bien difícil.

El camino era peligroso. La neblina entre las pendientes más bajas limitaba la visión a veinte o treinta metros, de tal modo que no había manera de saber a donde los llevaba el sendero que seguían, o donde se encontraba el siguiente abismo. La hierba se había vuelto tan quebradiza que se deshacía bajo los cascos de los caballos, teñida de un negro que con facilidad se confundía con la tierra y sus pequeños hundimientos.

Al cabo de un rato, descubrieron que por desgracia no había forma de avanzar sin acercarse a la niebla. Ya habían retrocedido y cambiado de ruta tres veces, cuando un rugido despertó entre la bruma; uno inconfundible. Y después, un segundo aún más atroz hendió el aire a un costado de ellos. El batir de alas fue lo siguiente en escucharse; cada vez más cercano. De inmediato, los caballos relincharon, y Connor trató de contenerlos sin decir palabras. Con su don de Dádiva, les sembró en la cabeza una mentira. Si les hubiera dejado en claro a que se enfrentarían, lo más probable hubiese sido que tuviera que someterlos a la fuerza para que apaciguasen sus ánimos.

Atenea volteó a verlo, mientras su yegua luchaba por encabritarse. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, casi como un susto que trató de ocultar al momento.

— Ya viene siendo hora de que hagas lo tuyo, ¿no?

Connor aguardó en silencio. Su rostro era una bóveda que no dejaba escapar el más mínimo rayo de expresión y la bufanda que le cubría la mitad del rostro solo podía facilitarle la tarea. Aguzó la mirada entre la niebla, pero no le fue necesario esforzarse demasiado. Verlos supuso una conmoción enorme. Con cuernos de reno sobre sus cabezas y fuego saliendo de sus fauces, el primero se mostró planeando por encima de ellos; el segundo, más pequeño, describía espirales rápidas en torno al más grande. Ambos de escamas en escarlata vivo y cresta dorsal en azul oscuro. Un vistazo bastó para reconocer que el tronco del más pequeño abultaría tanto como diez caballos.

Y sin hacer caso de ellos, se fueron alejando tan pronto llegaron.

— ¡Connor! — lo apremió Atenea.

— No — la réplica fue impávida. Los siguió con la mirada hasta que se perdieron de nuevo en la niebla venenosa entre rugidos. —. No los quiero a ellos.

— Puedes decirlo. Te acobardaste… No te culparía por ello.

Reflexionó antes de responder.

— Mentiría si te dijera que no lo hice, pero no los quiero a ellos. No quiero a un Escupe Fuego conmigo.

— No estamos en posición de elegir — le recordó, mientras ponía la montura a su lado. —. Eran enormes, aún el pequeño podía tragarnos de un mordisco.

— No lo entiendes. Los Escupe Fuego son demasiado volátiles. No tengo idea de que hubiera resultado si... Lo más seguro es que estuviésemos muertos. — O vociferando de dolor mientras las llamas los bañaban.

Atenea entrecerró los ojos con suspicacia.

— No estamos aquí por un Escupe Fuego — se apresuró a seguir. —. Estamos en busca de la Vehemencia.

— ¿Un Onisvéhemens? — suspiró ella. —. Bien, ¿quemados vivos o despedazados? Supongo que no importa cuál, si en ambos casos estás muerto.

— No tendría por qué acabar así — Una vez pasada la conmoción, pusieron los caballos al paso; lento y con cuidado. — ¿Cómo podría decirlo? La naturaleza de un Onisvéhemens es más estable… Previsible, en muchos casos. Me sería más fácil razonar con uno de ellos.

— Ya quiero ver como resulta eso para nosotros — Atenea parecía estar no muy complacida con lo que escuchaba. —. Son más peligrosos.

— Más poderosos, si eso intentas decir. Pero tal vez sean casi tan inteligentes como un humano.

Vehemente o Escupe Fuego, era bien sabido que ambas razas de Dragones crecían saludables y terriblemente enormes en un desgraciado lugar donde casi nada más lo hacía. Durante las cuatro estaciones, no había muchas flores que brotaran, ninguna cosecha que aprovechar o cuantiosos animales de los que defenderse. Sin embargo, el mismo aire que envenenaba y llevaba ruina a todas las montañas del condado, concedía la gloria a los Dragones. La toxicidad en el viento era el origen de su longevidad y la razón por la que prosperaban, aunque no comiesen. Incluso, podían llegar a vivir en un estado constante de hambre, pero jamás morían de inanición ni se encontraban débiles por esto. De cualquier modo, a ojos de ellos esto no era suficiente impedimento para salir a cazar.

Un momento más tarde, se encontraron al pie de un barranco cuyo fondo permanecía engullido por la oscuridad. Era un abismo entre montañas que provocaba escalofríos nada más verlo. Dieron la vuelta y escogieron otro sendero, tratando de sortear las zonas asediadas por la niebla como nubes a ras de suelo. Y en una ocasión, Atenea, quien cabalgaba delante, tiró de las riendas y se volvió con aire interrogador hacia Connor.

— Mira — señaló hacia un par de cavernas en una pendiente. —. Hay fuego en ellas. Puedo ver las luces de… de… — Lucía como si no terminara de creérselo. — ¿Son hogueras lo que veo?

— Perspicaz. — ¿Qué serían si no eso?

— Hay que estar demente para vivir en un lugar como este.

Por absurdo y estúpido que pareciese en primera instancia, personas hacían vida en aquel condado alejado de la mano de cualquier dios. Ermitaños, en su mayoría, pero también los había criminales y nómadas que no habían visto más opción que escapar de un pasado tormentoso en un paraje donde la ley de los reyes y los hombres había sido olvidada. Pasaban sus días y noches, sobreviviendo entre cavernas, túneles y el fuego de

sus antorchas, y cuidándose de lo que pudiera esconderse en las tinieblas, porque de salir cada mañana a respirar del aire de la superficie acabarían muertos con el tiempo.

« Siendo sinceros muchos preferirían la decapitación o una vida en cadenas ».

Los cazadores, hombres de más músculos que cerebro, que querían hacerse ricos al vender las partes invaluables de un Dragón también tenían su espacio entre las rocas. Decenas probaban suerte cada año y solo unos cuantos habían conseguido salir de *Black Mountains* a lo largo de la historia conocida.

Connor se detuvo junto a ella.

— Los Ermitaños… Aquí son libres de pensar y decir lo que les venga en gana sin preocuparse de que alguien más intente «ajusticiarlos». Solo ellos sabrán lo que han visto por aquí.

— Vaya, dementes e inadaptados… — Sus claros ojos chispearon de gozo. — Dime, ¿te hiciste jinete de exploración antes o después de haber estado entre ellos?

Ya había estado a su lado lo suficiente como para prever cuando se avecinaba una oleada más de su mordacidad alegre.

Atenea llevaba el cabello, terso y abundante, recogido en una cola de caballo para mayor comodidad en la batalla, pues la muerte los podía acechar de un instante a otro. Solo dos mechones de suaves bucles escapaban a la sujeción del ceñir de cuerda que le había obsequiado, pero Connor se dio cuenta de que echaba de menos los días en los que lo llevaba suelto. Las adversidades del viaje a duras penas habían conseguido dejarle un par de manchitas de polvo sobre su piel angelical.

De vez en vez escucharon un rugido, pero no volvieron a cruzarse con ningún otro Escupe Fuego. También divisaron una que otra hoguera y proyecciones de sombras que se movían entre las paredes de las cavernas más bajas. Por supuesto, no se detuvieron a saludarlos.

Los túmulos funerarios, obra de cazadores quienes enterraban a sus compañeros, y el hedor a cadáveres abundaron por largo rato. Las tumbas de los que habían probado suerte con matar a un Dragón se hallaban adornadas con las armas a medio enterrar de los guerreros que yacían debajo. Para que pregonasen su valentía, incluso después de haber caído, y diferenciarlos del sepulcro de aquellos que vivían huyendo de los problemas y morían sin enfrentarlos cara a cara.

Habitualmente así ocurría. Pero ningún valiente había regresado para proporcionarles un entierro digno a los cuerpos de sus padres.

Connor se llevó una mano al pecho para asegurarse de que el collar estaba donde pertenecía. Oculto bajo la ropa donde nadie podía preguntar por ellos.

Se sabían cientos de cosas sobre *Black Mountains*. Se debían de desconocer miles.

Cuando montes escarpados tan empinados y pedregosos que no podían remontarse a caballo se levantaron delante, no hicieron falta palabras para saber que era tiempo de despedirse. El sol de noviembre se encontraba ya en su cenit, y los corceles tenían que estar fuera de todo peligro antes de que anocheciera, fuera de un lugar umbrío que encerrase tanto sufrimiento y calamidad.

Allí donde Connor y Atenea descabalgaron el viento les llegaba a ráfagas bruscas que tironeaban de la cresta a sus monturas.

— Este es el adiós, amigo — le dejó saber a *Wyke*. —. Ve con cuidado cerca de los precipicios y rápido cerca de las montañas. Corre por dónde has venido siguiendo tus huellas hasta salir de este lugar. — Le acarició el morro, observándolo directo a los ojos. —. ¿Recuerdas el llano entre los bosques de hace algún tiempo? Quédate allí… Iré a buscarte de aquí a un tiempo. Sé feliz, mi buen *Wyke*.

Y se despidió de su caballo con una promesa que sabía no podía cumplir; una mentira con tal de escucharlo resoplar de contento una última vez. Sin dar tiempo a mayores ceremonias, se hicieron con lo poco que podían cargar en un par de alforjas, y liberaron a los caballos de sus riendas.

Ver desvanecerse en la neblina suave al único amigo que le restaba le sentó como un golpe en la garganta. El nudo enorme como un moratón brotó un segundo después. Cuando menos conservaba la esperanza de que *Wyke* estaría en un lugar más seguro. Y se quedó contemplando su último recuerdo de él, esperando a que así fuese.

Atenea le colocó una mano en el hombro. Su optimismo daba señales de resplandecer en la penumbra.

— Ese animal pedante con orgullo de caballero tiene a su lado a una hermosa, lista y quejumbrosa compañera que lo protegerá. No me preocuparía, si fuera tú.

« Puede que *Wyke* no sea mi último amigo con vida », pensó regalándole media sonrisa y una pizca de su jovialidad.

— ¿Protegerlo? Atenea, verás... Estarán solos y aburridos. Ella es una yegua; él un semental. ¿Si sabes que va a terminar montándola día y noche?

Ella reemplazó su expresión afable por un desagrado encarecido.

— ¿Insinúas algo? — Pero no pudo sostener más su farsa de agravio, y como una de esas bromas que solo los amigos comprendían, una carcajada nacida desde la garganta no tardó en surgir y desbocarse.

— Tu piensa lo que quieras — le explicó entre risas, dándose la vuelta hacia el camino que debían seguir. —, pero debemos terminar lo que empezamos.

Y de repente, Atenea le lanzó un manotazo al pecho antes de que siquiera pudiese dar el primer paso. Le propinó un tirón, con lo que Connor se tambaleó hacia atrás. Un momento más tarde, entendió por qué. Había estado a nada de destruir algo maravilloso.

— Una rosa negra — se asombró ella, dirigiendo el brillo de su mirada hacia el suelo. —. Ni siquiera sabía que existían.

Una de las flores más raras del mundo crecía, férrea, hermosa y formidable, sobre una tierra agrietada en la que ninguna otra cosa podía hacerlo. El relieve de sus pétalos era extraordinario, y el solo tallo era tan resistente que el viento desequilibrante no conseguía quebrarlo; apenas lo encorvaba un poco.

Atenea se arrodilló, y pasó los dedos entre los pétalos negros como la ceniza.

— ¿Cómo es posible que crezca aquí?

Era algo para lo que Connor no tenía respuesta.

— No se doblega ante el dolor. Prosperando en la adversidad. Florece como nada, aun así…

Cuando Atenea intentó cogerla para sembrar su tallo en algún lugar menos desolado, se llevó un corte cruel de sus espinas como si en *Black Mountains* hasta las mismísimas flores fuesen hostiles. De manera que, resolvió dejarla descansar en el lugar donde había nacido.

— Siento lástima por ella, yaciendo aquí. Es bella y fuerte, pero también mustia.

Continuaron viendo rosas negras creciendo sobre pasto muerto a través del terreno yermo y accidentado que les deparaba el camino. El Dádiva contó unas treinta, luego las dejó de lado para prestar atención al panorama de mil y un pesadillas.

De allí en adelante fueron cuesta arriba sobra una colina de complicado paso, cuya cima a cien metros pudieron vislumbrar, cuando el viento arrastró el manto espeso de neblina. Al poner un pie en la punta de la montaña, descubrieron un paisaje desalentador: una extensa altiplanicie fungía como antesala para una gigantesca cuesta de roca gris que del suelo surgía como la uña de un Titán que ansiaba rasgar el cielo. Y por más inverosímil que fuese, al este y al oeste se contemplaban montañas incluso más altas y empinadas. Connor se sintió minúsculo al verlas, y le entraron nauseas de solo pensar en subirlas.

— ¿Quieres que descansemos? — quiso saber, pero Atenea no dio respuesta. Tampoco dio señales de querer perder más tiempo. Aún restaban horas para que anocheciese, por lo que debían seguir caminando.

La altiplanicie era un campo abierto gris y desolado, sin nada más para remarcar que una piara de Dracones pardos que se arrastraban a los lejos cual serpientes de gran tamaño. Se adentraban en la tierra para atrapar, con sus fauces incapaces de lanzar fuego, la poca vida que pudiera acompañarlos. Para la desgracia de estos animales, y para suerte de Connor, no conservaban las alas, los cuernos ni las patas de un Dragón. Pero sus vientres escamosos y cabezas eran la viva imagen de un Escupe Fuego.

Dos Dracones describían círculos uno en torno al otro y se lanzaban dentelladas. A tal distancia, era imposible saber si se batían en duelo o simplemente jugueteaban. Por sus tonos pardos y umbríos algunos se confundían con el terreno, pero logró distinguir al menos seis de ellos. A medio camino, hubo uno que reptó sobre una roca y siguió con atenta vista a los forasteros.

— Los depredadores no cazan con el estómago lleno. Gracias a Dios — apuntó Atenea, quién advirtiera después que aquellos dos Dracones que habían estado dando vueltas en realidad se debatían por una presa. —. Es un humano, o lo era, creo. Allí va un brazo volando, ¿lo ves?

— Debió de ser un cazador. — supuso él, que no alcanzaba a ver la escena con total claridad. La vista se le tornaba borrosa, si ponía algo de empeño. — « Todavía no me recupero por completo. » Deseaba contra toda esperanza que el bosque mismo encontrase a la Bestia.

— No estoy segura. Su piel era casi negra. Pero qué extraño. No sé de personas así en Dranova, además de comerciantes.

Más temprano que tarde se encontraron al pie del próximo suplicio. Era el único camino a seguir, por lo pronto, si no querían probar suerte por senderos desconocidos y desviarse un día como mínimo. El trayecto empinando, y a veces resbaladizo, con rocas sueltas hasta tres cuartos de la montaña se hizo eterno.

— Arriba, arriba y más arriba — soltó rabiosamente Atenea. —, ¿a dónde vamos a parar con esto?

— Cuesta arriba, cuesta arriba.

El sol poniente los estaba abandonando, cayendo lentamente en el horizonte coronado por picos de montaña, en busca de horas de sueño. Y la oscuridad amenazaba con engullirlos en cualquier instante, al igual que la niebla densa que se deslizaba por las laderas. Cuando Connor apartó la vista del cielo, estuvo a nada de chocarse de bruces con Atenea, quien había aminorado el paso y caminaba como si las piernas le pesaran el doble. Su compañera había perdido la sonrisa y el buen carácter.

— ¿Qué hay cuesta arriba? ¿Más montañas? Estoy cansada de esto, llevamos todo el día aquí.

— Y nos consumirá un día más — le advirtió con cautela. —. Aún nos falta un buen trecho para encontrarnos con un Onisvéhemens — Ella le mantuvo la mirada de acero, austera. Una silenciosa advertencia que demandaba una respuesta. —. Son más parecidos a los humanos de lo que puedas creer. No se alejan del lugar de donde nacen sin un propósito. Su hogar comienza a partir de unos kilómetros de aquí.

— Si nos topamos con otro Escupe Fuego, aprovecha la oportunidad. No hay lugar para caprichos, cuando la gente a la que amamos está en peligro.

— No es un capricho.

« Solo no quiero ver más fuego arder »

De nada servía tratar de razonar con ella cuando se hallaba con el humor exacerbado, cosa que pasaba a menudo y de un momento para otro, por lo que desde entonces se limitó a rehuir el tema.

Los ánimos de continuar ascendiendo eran pocos. Connor también empezaba a dejar ver signos de cansancio, de modo que no tuvieron más opción que pasar la noche a mitad de la cuesta sobre una zona hundida con espacio suficiente para sentarse y estirar las piernas. Como un rellano en mitad de una escalera que se perdiera en lo alto.

— Todo volcán está inactivo — le iba contando mientras comían avena bajo una lluvia de dulces zarzamoras, con la intención de verla más a gusto con el plan. —, pero hace mil años era un mar de lava. Los Dragones occidentales nacieron de lo que alguna vez fue un horno de un tamaño inconmensurable. Todo lo que hoy es *Black Mountains*. Los Escupe Fuego surgieron del magma y los Dracones de las cenizas y la lava que se solidificó después. Estos eran incontables, pero la Vehemencia fue mucho más escasa. De ellos existieron pocos, porque la Madre Tierra se esmeraba en forjarlos con metales fundidos en el rincón más profundo de los volcanes. Según sé, según dicen los libros y según me ha contado un Erudito, quien es un buen amigo, aquellos montes se encuentran cerca del centro. No tengo mapas de *Black Mountains* aquí, porque los jinetes de exploración no sondeamos estos lares, pero los he visto.

Edd Sagam, en su infinita sed por conocimiento había ambicionado alguna vez recorrer aquellos senderos envueltos en auras turbulentas de lo arcano, antes de que las rodillas le presentasen un inconveniente. Pero a sus ya seis decenios, en días en los que la vida comenzaba a cobrarle los favores más esenciales a un hombre, no vio más alternativa que conformarse con la investigación desde un escritorio en la universidad, desvelando misterios y tachando leyendas del ayer. Aquel bonachón anciano también corría peligro en la Capital, se recordó.

En tierras altas los atardeceres pasaban volando. Las montañas baldías del oeste no se demoraron demasiado en engullir al sol. Los rayos de luz bendita fueron muriendo con cada segundo, a medida que las sombras escalaban la cuesta más veloz de lo que Atenea y él hubieran podido, haciéndose con el dominio de todo lo que el resplandor abandonaba a su paso. Solo se escuchaban las ráfagas de viento chocar con sus cuerpos y contra la pendiente de roca. Todo lo demás era el silencio de un sepulcro, el de una tumba colosal que los enterrase bajo la oscuridad.

Y pensar que lo último que presenciaron sus padres fueron vistas como aquellas que distaban mucho del paraíso.

— No me gusta nada este lugar — Atenea lo volteó a ver con ojos de plata, nerviosa, dejando de lado su orgullo y gallardía. —. Me siento observada aquí, debimos seguir subiendo.

Se fueron a dormir sentados y recostados contra la espalda del otro. Del cansancio a Connor le punzaban las piernas y, además, la mente por haberse excedido con el uso de su don de Dádiva, tanto que se desvaneció a un sueño profundo en lo que duraba un suspiro. No le temía a la oscuridad como a Grace, pero sí a una única cosa.

Y sin más, algo lo despertó, con dolor despellejándolo de un letargo que se había fundido a él, como si todo hubiese ocurrido en un parpadeo. Tanto si había transcurrido media noche o un par de minutos, era difícil descifrarlo, culpa del cielo encapotado.

— Despierta. — Atenea se giró en dirección al sonido. — ¿Qué no oyes eso?

Una cantata de chillidos espantosos emanaba de la altiplanicie que habían dejado atrás, débil pero audible al igual que un silbido lejano.

— Los Dracones. — intuyó Connor, a quién se le había formado un nudo en el corazón.

— Están muriendo.

Los tonos agudos y penetrantes se elevaban álgidos en agonía antes de escucharse en picada y desfallecer. No había la menor brisa ni susurros de viento, por lo que aquellos berridos se hacían escuchar a leguas. Aguzando el oído, Connor creyó atender gruñidos bajos y rumores de algún tipo de contienda como acompañamiento a la pieza confusa. Todo lo demás era un silencio abrumador. Pese a la niebla que formaba islas de aspecto fantasmal y que obstaculizaban la vista, el brillo de la luna que iba surgiendo sobre su cenit le regalaba unos cien metros de visibilidad ladera abajo.

— Algo allá abajo los está matando. — siguió Atenea, bastante conmocionada.

A aquella cantata de mal augurio le tomó casi un minuto concluir. También se hicieron oír gritos hacia el final, o por lo menos eso pensó Connor. Y cuando la calma

pareció reposar de nuevo sobre la altiplanicie, entre ambos forasteros de *Black Mountains* anegó una tempestad de pensamientos y miradas inquietas. Cualquier palabra habría estado de más. Connor y Atenea se habían puesto de pie hacía tiempo, pero ninguno se había atrevido a mover un dedo más de la cuenta.

Que la niebla venenosa, cada vez más espesa, se encaminara en perezosa escalada hasta ellos no hacía la situación más tranquilizadora. «Debimos seguir subiendo». Atenea le dejó ver aquel deseo plasmado en su rostro. Y antes de que el pánico se les vertiese encima, cundió el sentido común y la prudencia. Cogieron lo poco que llevaban, las alforjas a la espalda y sus armas prestas, y reanudaron la partida hacia tierra inhóspita.

De todos modos, ¿quién podría conciliar el sueño después de semejante vivencia?

— ¿Lograste sentir algo? — inquirió Atenea con la mano en el puño de la espada y el brazo izquierdo descansando sobre la correa de su escudo.

Connor negó con la cabeza. Los Dracones tenían que haber estado más cerca y no al pie de la montaña.

— Es lo único que pude conseguir en el bosque — Le tendió unos cuantos pétalos de flor de ámbar sin tratar. —. Ya que estamos así, no nos detendremos hasta haber llegado.

De camino a la cima, el ascenso se volvía menos despiadado y un tanto más horizontal. Aun así, marcharon a paso cauteloso a causa de las piedras sueltas y la pobre visibilidad, siempre volviendo la vista atrás cada par de metros. Cinco minutos debieron haber pasado, cuando un mal paso de Atenea provocó que una piedra no mayor al tamaño de su pie se desprendiera y se precipitase hacia abajo dando tumbos. Ambos giraron su cabeza para no perder de vista su recorrido. Pero fue Connor quien con un mal sabor de boca se lamentó de aquel ruido indeseado al que no podía hacer oídos sordos. La piedra continuó escuchándose mientras caía, perturbando a un valle que parecía dormido.

— Sigue caminando. — le soltó Connor, haciendo un esfuerzo desmedido por no recriminárselo. Se giró de nuevo al percibir que ella se había quedado detrás. —. Atenea.

Su compañera se mantenía inmóvil, observando ladera abajo y a la expectativa de lo que hubiera tras las cortinas de niebla. Al ver cómo desenvainaba lentamente su espada, tanto que de ella no nació el menor ruido, Connor volvió sobre sus pasos y prestó atención.

— No me digas que tú también lo ves — le susurró Atenea, sin emoción, sin ningún gesto. —. Espero estar alucinando.

Mala cosa. Aguantó la respiración, y con aires densos de duda se concentró en el punto en el que ella no quitaba ojo avizor. No le tomó mucho tiempo darse cuenta de la silueta oscura que se erguía a dos patas, justo en el borde marcado por una isla de niebla. Connor no permitió que el sobresalto de mil horrores se trasluciera en su semblante, pero la mirada que le arrojó Atenea se debatía entre emociones igual de ásperas.

« ¿Por qué? — Se enfureció a manera de hacer de lado todo el miedo. Acopló una flecha a su arco. — ¿Por qué no puedo entrar a su cabeza? »

Porque aquello no debía ser un animal cualquiera. O tal vez ni fuese un animal.

Una brisa repentina, diez mil veces maldita fuera, les llegó de frente. *Black Mountains* empujó de nuevo la niebla cuesta arriba, con lo que envolvió a aquella silueta en un velo de misterio. Pero de poco sirvió esto, pues la criatura resurgió a través del manto blancuzco en compañía de otras dos sombras completamente negras. Tan pronto como Connor los apuntó con el arco, y si su vista no lo engañaba, aquellas almas que abultaban poco más que un niño comenzaron a contarse por decenas.

No hubo orgullo que valiera ni estupidez suficiente para enfrentarlos. En el mismo instante en que Atenea se adelantó hacia la cima de la montaña, Connor bajó su arma y corrió en pos de ella. Se dejaron la vida y las piernas en el acto, como alma llevada por el Diablo. De un momento a otro, se atrevió a mirar atrás, hacia el averno de las pesadillas. Eran por lo menos cuarenta corriendo velozmente detrás de ellos sin vociferar alguna cosa que los diferenciase de los muertos y sin hacer ruido al pisar, pero meciéndose con ayuda de los brazos como un ser humano común.

Connor no tenía miedos, salvo uno.

Del vigor avivado por la huida, sus piernas dejaron de quejarse a cada paso. La flor de ámbar al natural demoraría en surtir efecto. Avanzaron descorazonadamente por la cuesta, dando la bienvenida a un relieve del terreno un poco más horizontal cada medio centenar de metros.

No hubo algún otro cruce de miradas o palabras entre él y su compañera.

Luego de que Connor advirtiese que aquellas cosas no eran tan veloces como habían parecido en un inicio, no volvió a mirar atrás. Pero Atenea sí, y sus inquietudes parecían no dar lugar a la esperanza de una huida. Sin pena ni gloria alcanzaron la cúspide de la montaña en menos de lo que hubiesen creído posible. Sin embargo, en algún momento antes de llegar a aquel punto, un mal paso había hecho trastabillar a Connor y un trozo de buen tamaño de roca ígnea se había desprendido; la losa se hubo precipitado por la ladera y se escuchó un quejido corto a la distancia y una barahúnda de bramidos nació de gargantas incontables. Sea lo que fuesen aquellas criaturas, respiraban y sentían dolor y pena.

El panorama con el que se toparon era insondable hasta para los ojos suspicaces de un gato. La luna los había abandonado. Un manto de oscuridad cubría el mundo, ataviado por islotes de niebla que se arrastraban por aquí y por allá. Aunque plano, el suelo que pisaban era también irregular y escabroso. Sin embargo, al Dádiva no le era necesario un tercer ojo o un sexto sentido para saber que más allá de la incertidumbre del paraje, la naturaleza había erigido para la eternidad una montaña más, y pudiera ser que una centena detrás de esta última.

En un momento dado, Atenea lo cogió por la nuca y lo obligó a agacharse al grito de una orden. Connor la obedeció, y de inmediato el extremo de una lanza de dos metros cayó al suelo y se reventó contra la roca, a menos de un metro de él.

— Los Ermitaños. — anunció Atenea, con la voz ahogada.

— No — Breve y conciso. No había por qué malgastar aire. « Ellos no salen de sus cuevas de noche. No atacan a otros que no los hayan agredido primero. No se acercan a la… » —. No respires de la niebla.

Si el aire de *Black Mountains* era nocivo, la niebla en la que se concentraba una amalgama de gases surgidos de las profundidades lo era todavía más. De manera que recorrieron a zancadas caminos en los que se mantenían alejados de esta muerte silenciosa. No tuvieron más alternativa, pero aquello degeneró rápidamente como la peor solución a sus problemas. Lo que fueran aquellas criaturas que los hostigaban sin dar tregua se adentraron corriendo a las cortinas densas y blancuzcas. Y como siluetas difusas a su vista, recortaban camino, mientras Connor y Atenea se preocupaban en cruzar algo que a cada segundo era más parecido a un laberinto de paredes móviles. Los pasadizos no tardaron en ser estrechos como callejones, y por suerte más de una vez consiguieron salir a un pequeño claro, cuando creían verse sin posibilidades.

Se oían lanzas estrellarse contra la roca y a salvajes balar como borregos.

Dio gracias por la flor de ámbar. De vez en vez Connor se quedaba sin aliento, pero el cuerpo le respondía como era debido. El corazón sobresaltado y las energías vastas exigían un trabajo con el que sus pulmones no podían cargar de buenas a primeras. Por otro lado, a Atenea parecía espolearla una fuerza invisible, de paso firme y de tan esplendoroso porte.

Durante el siguiente cuarto de hora todo aconteció de manera similar, pagando un precio cada vez más alto por sus esfuerzos de sobrevivir. La próxima montaña con la que esperaba toparse no se mostraba todavía ante ellos. Nada le aseguraba que continuasen siguiendo una dirección recta hacia el norte. O incluso, al este o al oeste, en donde más temprano que tarde debían de encontrarse con una colina hacia el cielo o una vertiente hacia la muerte. Al poco rato, enormes grietas comenzaron a hendir el suelo, poco profundas y anchas como un túnel. Se vieron en la obligación de saltar por encima de un par y desviarse en otras al no poder atravesarlas. Y en última instancia, el extremo de una de estas grietas talladas en la roca surgió delante, cuando una isla flotante de niebla fue arrastrada por el viento. Se extendía como una garganta hacia el infinito. La decisión de adentrarse en ella fue unánime y silente.

Aún los perseguían, y, a decir verdad, les habían ganado terreno. Podía escuchar a un batallón de pies afianzándose sobre la roca. En aquel pasaje abierto a cielo negro, Connor se adelantó y cruzó a la izquierda, luego a la derecha, y después de nuevo a la izquierda en las inmediaciones donde el camino se dividía en un entramado de senderos. Cuando giró la cabeza hacia un lado, sacó a relucir todo el horror en su semblante que le había estado ocultando a Atenea. Descubrió que se encontraba por completo solo. Quiso gritar su nombre de inmediato, pero la voz de la razón no se lo permitió.

« La trajiste aquí. Si muere, será tú culpa. » Mirase a donde mirase, todo era negrura, piedra y mil y un caminos. Angustiado, se valió más de la imbecilidad que del coraje nacido del corazón, para ascender a campo abierto. Una vez allí, todo su entorno comenzó a tornarse de nuevo en niebla venenosa. Correteó sin dirección clara en busca y recobro de Atenea, a nada de perder los estribos de su cordura.

Se presentó un minuto en el que no hubo nada más que un silencio opresor y las caricias espeluznantes del viento. Al cabo de esto, se enalteció una oleada de clamores de batalla acompañados por gruñidos y aullidos de dolor. Connor temió por ella y la llamó a gritos, poniendo en riesgo su propia vida. Y con la espada en mano diestra y la bufanda que le cubría medio rostro, se adentró a las entrañas de una bruma densa que acabaría por matarlo más temprano que tarde.

No quiso respirar, pues ya se había llenado los pulmones con promesas. Mientras se precipitaba al centro de la algarabía, voces irascibles saltaban y otras tantas morían. No hubo sitio en su cabeza en el que acoger tamaño alivio que le provocó verla, aún vivaz y derribando hábilmente con su arma a un puñado de abominables de metro y medio, que intentaban darle caza con mazas y mayales.

La rubia nívea mató hasta el último de ellos, y con la misma ferocidad se volvió hacia él, escudo y acero en ristre. Atenea no lo pensó dos veces. Le lanzó un tajo, uno que habría ido a parar al cuello de Connor, si este no hubiese cortado el ataque con su espada.

— Atenea, soy yo. — le advirtió, con la desesperación de regreso en su espíritu. Ella le devolvió la mirada, con ojos exorbitantes. Parecía que, si no hubiese tenido el rostro anegado por una sustancia negra y la sangre de sus enemigos, habría abierto la boca, desconcertada.

La falta de aliento no amainó sus ánimos. La cogió de la muñeca con firmeza, y juró que no la soltaría hasta llegado el amanecer.

Llegó un momento poco antes del alba tardía y pobre de *Black Mountains* en el que, con un trastabillado trote, dejaron por fin atrás a toda la bruma y la persecución. Un valle inmenso y penumbroso entre dos montañas aberrantes, similares a los torreones de un castillo, trazaba la ruta hacia lo que Connor deseaba que fuese el norte. Habían arribado allí después de horas de un exhaustivo trayecto, rodeando una montaña colosal y empinadísima a través de lo que costaba creer era una calzada en forma de caracol barrida por los siglos.

Atenea cayó de rodillas al suelo, y se limitó a tomar aire.

— Qué asco de vida. — fue lo que dijo al final.

Connor se había echado a su lado, a un paso de morir del cansancio. A medida que ascendían a altitudes mayores, resultaba más difícil respirar. Y aun cuando doliese en el pecho, le bastaba con seguir vivo todavía.

Mientras la pálida mañana se manifestaba, dedicaron preciosos instantes en recomponerse. La podredumbre que Atenea conservaba sobre el rostro discurrió junto al sudor hasta sus labios. Escupió al momento, pero no se atrevió a llevarse una mano desnuda para limpiarse.

— ¿Qué fue lo que viste allá? — le preguntó Connor, con voz entrecortada. De su alforja, sacó y desgarró un trozo de tela. Y se acercó a Atenea para aderezar su atractivo principal.

— Eran hombres — confesó ella. Era un derroche de sentimientos encontrados: Asco, confusión, alivio, todo a la vez. —. Hombres deformes y pequeños, con la piel pintada. ¿Ermitaños o cazadores? Tú dime.

— Imagino que ninguno. Ambos clanes lucen como nosotros. Estos seres eran algo de lo que nunca me han hablado.

Le pasó el pañuelo improvisado por el cuello, y ella se quejó, apretando los dientes.

— Estás herida — le explicó. —. Te expusiste a esa neblina venenosa, aunque hay que dar gracias que fue por poco tiempo. No te preocupes, será solo una irritación en la piel.

Atenea le apartó la mano bruscamente. Sus gestos montaraces narraban una historia de disgusto y desilusión, pero no se atrevía a mirarlo a él.

— Recorrimos un gran trecho — siguió, a modo de consuelo. —. Deben ser pocos los que han llegado hasta este punto.

— ¿A dónde exactamente? Perdimos el rumbo. Malgastamos energías y tiempo.

Hasta un ciego podría darse cuenta. A Connor lo atormentó la culpa. En lugar de airarse con su mala suerte e impericia, bajó la vista, colmado de vergüenza. No había querido fallarle también a Atenea. No otra vez. «Lo lamento», fueron palabras que le cruzaron la mente, pero jamás llegó a expresar.

El suelo en el que se apoyaban sus rodillas era de basalto y de antiquísimos adoquines borrados por el viento y por los siglos. El anémico amanecer no se lo había dejado ver hasta entonces. Tanteó los dibujos del empedrado, y alzó la vista para recorrer la deteriorada calzada hasta el horizonte, donde terminaba por perderse en la penumbra entre montañas. La impavidez degeneró lentamente en mil espantos al verse testigo de aquella sombra colosal e inconfundible al final del valle.

Se levantó con cautela y recelo, sin darle pleno crédito a sus ojos.

— ¿Qué tan perdidos debemos estar? — inició con una risa nerviosa. — Atenea, dime que tú también lo ves.

La macha del sol tras el cielo plomizo comenzó a bañar el panorama con todos los tonos posibles de gris, pero aquel cuantioso palacio, aún remoto en los confines, se mantuvo impertérrito en la negrura de la roca en la que había sido erigido y labrado.

No hubo una respuesta, o por lo menos no alcanzó a escucharla. Una obra maestra se había revelado ante él a la luz del día, pero sus secretos se hallaban ocultos aún entre sus paredes. Incluso antes de que su vista lo supiera, ya caminaba a paso lánguido al encuentro con aquel insólito lugar. No conservaba pensamiento alguno, pero sí la curiosidad morbosa de un explorador y la audacia de quién había visto mucho de lo que un vasto mundo tenía para ofrecer.

— ¿Estás seguro? — Ella se apoyó en su brazo, para ayudarse a caminar. Y gracias a ella, descubrió que las cumbres pedregosas a ambos flancos del valle eran en realidad fortalezas cúbicas, aunque semiderruidas y a un toque de que la naturaleza les devolviese su forma irregular.

— ¿Ves otro lugar al que ir?

Las siguientes palabras, después de asimilado el golpe, tardaron en surgir.

—No luce como el palacio de zafiros de las historias. —apuntó Atenea.

—No, pero este debe ser el Santo Grial entre las leyendas.

Aún a cinco mil pasos de distancia, la edificación le resultaba abrumadora. De proporciones titánicas y de tan extraña apariencia que no encajaba ni tenía sentido en un sitio como aquel. ¿Cómo no había oído hablar de ella por la voz o letra de algún aventurero? Digna merecedora de una ilusión, se alzaba dos o tres veces más gigantesca que el Baluarte del Rey; ostentaba estructuras ornamentales arduas de describirse e imposibles de construir para arquitectos humanos. Con chapiteles, pináculos y torreones altos como dedos que buscaban rasgar el mismo cielo, se encontraba a medio camino entre una catedral y un palacio, pero aun con ello se apreciaban vestigios de robustez inexpugnable notorios representantes de un castillo.

Tardaron media hora en acercarse lo suficiente para dilucidar que, pese a que el palacio presumiese de un estilo gótico excelso, un estilo reciente, de alguna forma se hallaba también desgastado en ciertos puntos y a medio derruir aquí y allá, víctima del asedio inclemente de *Black Mountains* por centenares de años. Connor no reconocía estandartes ondeando, insignias grabadas en la piedra o algún relato que se acercase a representar lo que observaban.

« No hay historias —se dejó llevar por la exaltación.—. No hay nada. Nadie que haya visto y dado a conocer esto. Podría ser yo. Nosotros. » El jinete de exploración acarició la idea, la oportunidad de una vida, para aventurarse en un hallazgo que lo pondría por encima de entre tantos mortales.

Y en pocos momentos, la burbuja de ilusiones en la que se había adentrado reventó sin importarle sus deseos. Una voz ronca de mando se antepuso y presidió a una barahúnda de rugidos y gritos que surgieron de un sinnúmero de gargantas. Para su sorpresa ingrata, aquellos hombres menudos y de piel pintada los habían estado siguiendo por senderos inciertos, como lobos desesperados por el hambre. Arrojaron una sarta de lanzas malformadas de madera, y Connor y Atenea se giraron por fortuna para sortear una, la única de ellas que había llegado lejos. Y sin mayor demora, aquel acto dio paso a un reflejo desigual de la noche anterior, pues en esta ocasión no había bruma que aturdiese la vista, y en el que fueron espoleados por deseos de supervivencia.

« Mierda —le cruzó por la mente al atisbar como de entre las aberturas de las fortalezas y la oscuridad brotaban más de aquellos indeseables, que descendían sin gracia por las laderas rocosas.—, qué extrañas me habían parecido desde un inicio. » Los enemigos iban directos a envolverlos desde los flancos.

Corrían con el corazón en la garganta, sí, pero también con medio cuerpo a punto de desfallecer; la falta de ligereza y los constantes trompicones eran testimonios fieles de esto. La manada se contaba por decenas, tres cuartas partes iban cuesta abajo y el resto pisándoles los talones detrás, mientras Connor y Atenea situaban un pie por delante de otro en la única dirección que les restaba. No la soltó a ella, aun cuando alguno de los dos se rezagaba por momentos. Se apremiaron el uno al otro hasta que el empedrado escaso se fundió con un terreno accidentado de basalto, e incluso después, cuando un precipicio apareció delante y se interpuso entre ellos y el palacio. En más de

una oportunidad a un tiro de flecha tuvo a las fieras de sus enemigos. ¿Qué tendría que hacer? La única duda que se manifestase en Connor se disipó tan pronto como la mano firme de su compañera se aferró de nuevo a su antebrazo, a medida que se acercaban al abismo.

Eligió saltar por encima de la brecha profunda que se abría bajo sus pies, en busca de la salvación de ambos. Tres o cuatro metros más allá, fueron a caer de bruces a un nivel de explanada inferior al otro lado. El golpe contra la roca fue duro, y les tomó más de un instante recuperarse.

— *¡No, Dravid!* — vociferó uno de aquellos medio hombres.

En breves, otros dos volaban por los aires y por encima de la grieta. El primero consiguió a duras penas aterrizar en el borde, y recuperar el equilibro para no caerse; el segundo no corrió con mejor suerte, y estrelló la cabeza contra la orilla de roca, para después desplomarse al abismo en medio de gritos de espanto que no tardaron en decaer hasta extinguirse.

— *¡Akrs portas du kastillón, Dravid!* — se apresuró a bramar un tercero desde el otro lado del averno.

— Son humanos — le hizo saber a Atenea. —, o por lo menos lo fueron.

¿Qué era ese dialecto sino otra cosa que un hosco pariente del que Connor hablaba? Los aborígenes, de unos siete palmos de altura, se colocaban hombro con hombro a las lindes del precipicio, según iban llegando. Llevaban en manos pequeñas porras y garrotes, y sobre el cuerpo pintado de negro, que a simple vista lucía más como un amasijo sin forma, tiras de cuero, pieles y taparrabos. Jorobados, patizambos y grotescos, los observaban con desprecio desmesurado e impotencia en aumento. Sus rostros eran marañas de cicatrices, grandes frentes y pómulos, barbillas diminutas y dientes podridos, como robados de algún adefesio.

Aquel que había logrado cruzar se debatía, nervioso y patitieso, entre dar o no el siguiente paso. Y, de cualquier modo, sin importar que eligiera mantenerse al borde, Atenea desenvainó su espada y pretendió marchar hasta él.

— No lo hagas — Connor la sujetó de un hombro. —. Si lo matas, tendrán una razón más para perseguirnos hasta el fin del mundo.

Atenea no atendía a razones y se sacudió su mano, haciendo gala de su acostumbrada imprudencia. Sin embargo, antes de que pudiera continuar con sus intenciones, un rugido recio y profundo, muy distinto al de cualquier otro animal, se alzó para despuntar unos segundos tan alto que consiguió arrebatarle a la doncella todo su libertino coraje. Y de este modo, desencajó de súbito a todo quien lo escuchó. La voz férrea sin palabras surgía a la distancia, detrás del palacio de cien secretos, como arrastrada allí por el viento y la casualidad.

— ¡*Cuizdao kon akrs portas y orks dragóns de Meta!* — aulló más de uno al que respondía al nombre de Dravid.

Con ojos azorados, se quedó mirando al suelo bajo sus pies unos segundos hasta ir levantando pesadamente la mandíbula y cruzarse de miradas con Connor. Mantenía los

dientes apretados, manos cerradas en torno a sus armas y los brazos tensos con la guardia baja. No tenía forma de saber si por miedo, impotencia o ambas.

Y a los demás parecía dominarlos un miedo incomparable de rebasar aquella…

— Es una marca territorial — anunció Connor. —. La brecha.

En el fondo, aún pleno de interrogantes podía concebir el motivo. El enorme cráneo de un Escupe Fuego abandonado a un costado, y del cual un par de Dracones medianos se alimentaban de sus sesos, no hicieron más que corroborarle lo que ya sabía. Los dragones sin patas como serpientes huyeron reptando bajo tierra al atisbar el rugido de la Vehemencia a lo lejos.

— *Alphata, mío hermano* — Uno de entre la multitud de la tribu de *Black Mountains* se acercó a otro que lucía igual a él. Todos eran idénticos a ojos de Connor, dicho fuera de paso. — *¿Kue hazcer agora?*

— *Nasdie pasará duaquí* — hizo saber con un bufido. —. *No eztá perkmitid.*

— *Pero…*

— *¡No eztá perkmitid! Kue regress si poda.*

Con aquel dialecto rasposo, inclusive más que el céltico o el nórdico, del cual tenía vagos conocimientos, podía comprenderlos a medias.

« Pero algo está claro. Lo abandonarán a su suerte. »

Dejaron atrás a Dravid y a toda su calaña de malvivientes.

Atemperado ya el calor del momento, a Connor le resultó sencillo aplacar todo el batallador garbo de Atenea y urgirla a los dominios colindantes del palacio. De vez en vez, miraron hacia atrás, por sobre un hombro, solo para estar seguros de que nadie seguía sus pisadas. El simple aliento distante del Onisvéhemens había acobardado a sus enemigos. ¿Tan temible era estar en presencia de uno de ellos?

Los quejidos del viento resonaban lúgubres y afilados. Se encontraban en un terreno desigual que daba señales de haber sido alguna vez un patio dentro de las murallas a medio derruir. Tan gris, desolado y marchito como el resto de *Black Mountains*. Y luego de haber recorrido y contemplado vistas que arrancaban el alma desde dentro, ascendieron por una colina en espiral enroscada en torno a medio palacio, como si la edificación de proporciones que rozaban lo imposible hubiese sido tallada a partir de una montaña negra como el pedernal.

La parte interior a las murallas era majestuosa cuanto menos, concebida no tanto para la defensa como sí para reconocerse vistosa. Los arbotantes largos se encontraban algunos chamuscados y otros recubiertos de un hollín que se apreciaba incluso por encima de la roca oscura. Todavía resistentes. El domo más cercano a ellos yacía coronado en piedra por gárgolas de Aves Fénix, fomorianos, esfinges, ángeles sombríos con túnica y espada y otras tantas esculturas cuya forma no se recocía tanto por la erosión como por desconocimiento. Al despegar la vista de estos, Connor descubrió que, a las afueras de los muros gruesos propios de una fortaleza, puentes kilométricos en ruinas conectaban al palacio con lo que fuera que estuviese más allá de la neblina venenosa y las montañas.

Nada ni nadie parecía respirar, excepto ellos dos.

— No le temen solo al Onisvéhemens, sino también a este palacio, castillo o lo que sea — La voz suave de Atenea fue de pronto como un rayo de luz en el invierno, pues el silencio indigesto de aquel paraje golpeaba duro en las entrañas. —. Creo haberlos escuchado decir algo acerca de las puertas.

— Debe haber niveles inferiores — señaló a manera de evadir la presión en los oídos que provocaba el silencio. —. Mira las paredes. Como si brotaran de la roca como un árbol lo hace de la tierra.

— Es una tranquilidad diabólica.

Si alzaba la vista hacia las puntas en las que acaban los torreones y chapiteles, se sentía mareado por un agobio incluso peor de quien observaba un precipicio. Al instante lo abrumaba tan colosal tamaño que lo hacía pensar que la edificación se le vendría encima.

Pasaron por debajo de arquerías en un pasillo de considerable extensión. En breves, el rugido férreo de un Dragón de metal se manifestó de nuevo, esta vez más próximo a ellos y acompañado de un batir de alas. Y, sin embargo, no fue lo insospechado de esta experiencia arrasadora lo que los estremeció. Tanto Connor como Atenea se habían quedado plantados en el suelo ante la presencia de las magníficas puertas hacia el interior.

— *Arks portas.* — parafraseó, exhalando incredulidad.

A sus ojos le acudió la imagen insólita de una puerta entreabierta, que se erguía a siete u ocho metros de altura. A diferencia de todo a su alrededor, la madera gris maciza se mantenía en pie, descollante e impoluta, como si fuera su primer día. Los rayos de luz débil que penetraban desde el rosetón destrozado a lo alto bañaban el interior de una penumbra agonizante. Era capaz de vislumbrarlo a través de la rendija. Pese a la desolación del paraje, del sinsabor que provocaba, el espíritu de un aventurero y la voraz curiosidad que a menudo lo sometía, lo hizo dar un paso al frente.

— Connor, esas cosas le temían a este lugar. — Hizo bien en recordarle, acabando con sus intenciones antes de que siquiera se desplazase un metro. — ¿Quién sabe si hallaríamos algo más que no fuese nuestra muerte dentro? Incluso si no, ¿cuánto nos tomaría? Sé lo importante que debe ser esto para un jinete de exploración, pero…

— Pero no tenemos tiempo, ¿verdad? — reconoció, a medio camino del desánimo.

¿Y si tan solo irrumpía, separando un poco más las puertas a fin de echar un vistazo? De un suspiro supo que eso no sería suficiente.

Una sonrisa de complacencia en Atenea se convirtió en un eventual amparo. No obstante, la desilusión no se hizo de rogar. No habría nunca mejor oportunidad que aquella para desvelar un secreto más del mundo. Y mucho temía que no iba a volver a tenerla frente a sus narices.

Arribaron al pie de una gran escalinata que remontaba una colina alta, guiados por los sonidos que emanaban de un Dragón. Y a raíz del desafío cada vez más cercano que suponía este, comenzó a aflorar en él una sensación de angustia. El último miedo que dentro de Connor perduraba recaía una vez más sobre su pecho, presionándolo con cuantiosa carga, mientras caminaba hacia un lugar que podía significar su fin.

— Me seguiste hasta aquí sin saber si resultaría — les salieron las palabras sin pensar. —. Si se diera el caso de mi muerte, solo hay un camino por el cual volver. Haré todo lo que pueda, aun así… Lamento haber robado la Daga de Aloy y, en pocas palabras, secuestrarte.

Observó de reojo a su compañera, quien se había detenido en seco y vuelto de piedra. Cuando conservaba la boca entreabierta con magníficos ojos grises abiertos de par en par y aquellas largas pestañas, lo torturaba en lo más profundo no haberla conocido en mejores circunstancias. Y para colmo, aun cuando lo intentara, no conseguía echar al olvido las diferencias que abrían un abismo entre los dos.

— Amarrarte a un árbol y obligarte a seguirme en contra de tu voluntad no fue el mejor trato para una dama — siguió. —. Tampoco lo ha sido traerte hasta aquí.

La vio dudar en un instante de debilidad, pero en nada más un segundo se deshizo de toda la gentileza en su mirada de plata. Y sin más, Atenea pasó de largo, adelantándose con cierta prisa, sin pronunciar una sola palabra o mirarlo a los ojos. Durante los siguientes minutos, Connor ascendió cabizbajo, pensativo, bajo la tenue sombra que proyectaba el día umbrío en Atenea.

« El aire de las montañas alimenta el fuego de los Dragones, les da vida, pero no los saciará jamás — se repitió por vigésima vez desde que le confesara el toque final de su plan desquiciado. —. Y en un lugar donde abunda lo más ingrato de la naturaleza, escasea la comida. ¿Qué puedo hacer sino ponerle las cosas en perspectiva? Darle un festín de ganado y otro de soldados. Con un pasaje seguro para que libere su furia y conseguía cebarse hasta casi no echar a volar. »

Entre los restos ennegrecidos de lo que había sido otrora una pequeña fortaleza sobre la cima se detuvo a abandonar sus armas, incluida la Daga Sagrada.

— Es uno nada más. Está inmerso en un profundo sueño.

Atenea, de brazos cruzados, se acercó, examinándolo a detalle, con un talante a un paso y medio de la austeridad.

— Aquel día que me confiaste que eras un Dádiva, enviabas a hacer el trabajo sucio por ti a… ¿A cuántos? ¿Quinientos animales? ¿Más? — Desbarató el ceño fruncido. — ¿Qué ha cambiado? Porque veo en ti más duda de lo que creí posible.

— No soy todopoderoso. No podría, aunque me dejase la vida en ello, entrar a tu cabeza. Y un Onisvéhemens está más cerca de ser un humano que una especie animal. — Una sonrisa surgida de la nada le invadió los labios a Atenea, una ligera y triste. —. Escúchame, no pienso dejarte sola en este lugar. — le aseguró él.

— Ya sé que no. No será así, aun cuando no estés a la altura de las circunstancias — A la muerte de un gran suspiro, comenzó una lenta marcha en la que depuso sus pertenencias y las fue dejando descansar junto a la calzada: su espada, el cinto, el escudo y la alforja que había estado colgando de un hombro. —. Si uno de los dos muere, el otro estará condenado. Así que, terminemos con esto. Cuanto antes mejor.

— ¿Qué crees que haces? Nada de eso — Le cortó el paso. —. Estoy solo en esto.

Se quedó junto a él, presta a enfrentarlo, pero terminó por hacer caso omiso.

— Entonces, ¿simplemente nos acercaremos y ya? — rio, aunque en un gesto de vistoso nerviosismo. — Puedes hacer que no nos mate al primer instante, aun así, eso no nos garantiza nada.

— No vendrás — dijo, acalorado por otro miedo más reciente. —. Eso no fue lo que acordamos. «No me arrastres a la tumba», eso fue lo que dijiste.

— ¿Tumba? Connor, si morimos, no habrá nadie aquí para sepultarnos.

Había hecho pasar aquella crueldad en palabras bajo la delicia de una cariñosa voz. Por más que pasara infinitas noches a su lado, lo seguiría maravillado la manera tan brusca que poseía Atenea para cambiar de rol rápidamente en un juego de emociones.

— No tengo otro recurso al cual recurrir más que a ti — siguió, para cortar el silencio. —. No puedo perderte.

— ¿Qué razones puedes tener para jugarte la vida de esa manera?

— Sin casi comida o agua, sin caballo y con todo lo que *Black Mountains* tendrá preparado para mí, ¿cuáles son mis posibilidades? No previste a esas cosas que están al acecho en las lindes del castillo. Vine hasta aquí, a sabiendas de que me jugaría la vida.

En solo un instante había esclarecido sus dudas con la verdad y el brillo espléndido que desprendía su mirada de plata. Atenea redefinía el concepto de amabilidad con su expresión. Y en la debacle de su confianza, Connor accedió a que marchase junto a él hacia la estupidez máxima y desesperada.

«Después de todo, de no ser por mí, no habría salido con vida de la Capital. », quiso creer.

— Esto será casi como lanzar una moneda al aire.

Su compañera se llevó una mano al bolsillo, y sacó de él la pequeña joya de esplendor amarillento. El crisoberilo que aquella criatura le había obsequiado con magia blanca parecía brillar con placidez en un paraje donde todo era muerte tormentosa.

— ¿Y qué suerte nos ha traído eso? — inquirió Connor de mala manera.

— Siempre hay una primera vez para todo.

Connor le tomó la palabra, y asimismo la piedra de su mano, a manera de no repulsa.

Pronto se vieron caminando hombro con hombro y sin hacer ruido hacia la adversidad. Bajo sus pies se extendía una calzada angosta que iba a parar al sitio de letargo de la gran bestia. Alzó la vista por primera vez, cuando juntos se encontraban a cincuenta pasos de distancia. Ninguno de los dos titubeó la marcha, cuando les llegaron los vaporosos lustres de sus escamas grises metálicas. El Dragón resoplaba en sueños, con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras y las alas de grandiosa envergadura recogidas. Pese a la lejanía, calculó que abultaba algo semejante a cuarenta caballos.

Una enorme roca a la que se le había dado el aspecto de una plataforma circular hacía las veces de lecho para su pavorosa magnificencia.

No les hizo falta recurrir a sus voces para decirse el uno a otro lo que sentían; bastó con un intercambio de miradas. En seguida, Connor le ofreció una mano a Atenea, aquella en cuya palma descansaba el presunto amuleto, y ella la aceptó, complacida, cerrando sus dedos en torno a los de él con angustiosa fuerza. Continuaron avanzando

cogidos de la mano y con el crisoberilo entre ellos para la buena suerte. El Dádiva prestó su vista al abismo de sus parpados, y de inmediato el animal fue arrancado del sueño con gran estruendo al percibir su presencia.

Aquellos ojos de serpiente de color zafiro se abrieron como platos, enrojecidos y enojados. Les lanzó un gruñido brutal de advertencia, mostrando los dientes, conforme se iba irguiendo lentamente a cuatro patas. Desplegó la enormidad de sus alas con un batir enérgico que levantó una nube polvo y piedritas.

Connor no se enorgullecería más tarde por haber entrado en sudores de pánico al primer momento. Notaba como Atenea le apretaba la mano y tiraba un poco de él, queriendo quizás salir corriendo. Connor no llegó a saberlo. Los instintos le imponían preceptos que el corazón, en desacato, rehusaba entender, envuelto en una fina capa de arrojo y confianza. Resolvió adentrarse en su mente, pero una como la suya era casi inexorable.

En pocos instantes se escuchó una fragosa explosión no muy lejos. La onda expansiva que esta originara acabó por estrellarse contra ellos, fustigándoles las espaldas. Según se hizo ideas, se había tratado de una de las mal afamadas esquirlas arrojadizas del Dragón. Los habría hecho pedazos a Atenea y a él, si así lo hubiese querido. En su lugar, Connor comprendió que, al igual que un hombre cauto que se viera acorralado, solo actuaría si era menester.

« Acabas con nosotros ahora o con mil soldados luego », pretendió decirle. Lo percibía como un alma distante al igual que difusa. Buscó mantener la calma. En algún lugar de su interior yacía la clave para encaminarlo hacia un vínculo. Pero a diferencia de otras veces, con él debía de hacerse de rogar, cruzar los dedos, confiar en el amuleto de Atenea y hasta rezarle a la naturaleza misma.

El Onisvéhemens les dio de beber de su aliento ensordecedor, pero el sonido, vivido y espeluznante al principio, se tornó de a poco débil, como la nota solitaria de un instrumento que se perdiese gradualmente en el silencio de su propia muerte.

« Tranquilo. Todo está bien ». La criatura hizo todo lo posible para sacudírselo y arrojarlo fuera de su mente. Temerosa, al no saber lo que ocurría y renuente como ninguna otra.

Esclavo de sus impulsos propagados por el miedo, el Dádiva abrió los ojos para encontrarse con otros de color zafiro que le devolvían la mirada; unos ojos más sagaces e inteligentes que los de cualquier animal que hubiera conocido. El miedo le erizó la piel y lo sacudió de pies a cabeza cual escalofrío. Sin embargo, más de un segundo le tomó darse cuenta de que no era su miedo el que sentía en carne propia, sino el de él. Se recelaba enormemente de Connor, pues en el pasado otros humanos osaron hostigarlo por las virtudes medicinales de sus huesos, por el potencial armamentista de sus esquirlas y por la protección de sus escamas. El Dragón le prometió que los mataría, si alguno daba un paso más hacia él. No había sitio en su mente afilada en el que guardase crédito de cómo Connor, un humano, conseguía entenderlo sin necesidad de palabras ni un lenguaje en común.

En breves, descubrió que esta comunicación trascendía a todo a lo que estaba habituado con los animales. No se hallaba en su mente, ni en la del Dragón, sino en un espacio intermedio, un limbo mayormente en sombras, cuyas dos fuentes insólitas de luz eran ellos dos. Incluso Atenea había desaparecido de su lado. Así de amplio era el raciocinio que este poseía, y que actuaba como un escudo que obstruyese la labor de convencerlo con ideas sembradas en su subconsciente.

« Hemos pasado lo indecible para llegar aquí — pensó, pero las palabras retumbaron con eco en aquel limbo negro, como si hubiese prestado su voz. —. Sufriremos el triple, de ser necesario, para llegar a donde ansiamos. No vinimos por tu vida, pero sí por tu poder y voluntad. Hay toda una ciudad y personas amadas a la pretendemos salvar, aunque nos cueste la vida. »

No era su deseo. Obligar a un ser de su envergadura e inteligencia le provocaría a Connor un daño irremisible. Y mucho menos se atrevía a intentar deslumbrarlo con mentiras. No importaba cuan brillantes fueran. Una vez conectadas sus dos mentes, era imposible que el Dragón ignorase segundas intenciones. Los devoraría a ambos al menor error, le decía el instinto.

Los ojos de zafiro dieron lugar a una silueta que los complementó: su cabeza. Luego vino el vientre de ónice y la cresta dorsal encrespada. Aunque incrédulo a la historia de Connor, se mostraba interesado por saber más sobre él y el porqué era capaz de lo que hacía. Mientras con él hablaba, se percató de las heridas que presentaba el Dragón en el cráneo, en las garras y en un ala: recuerdos de batallas anteriores con humanos. Contra las tribus de las montañas y los cazadores. Luego de que Connor le expusiese lo que era un Dádiva, el Dragón eligió enseñarle todas sus victorias y las marcas que había ganado.

En cuerpo y alma, Connor percibió su ira contenida y degenerada del rencor.

« El odio y el desánimo son los sentimientos más frecuentes que tengo — le confesó, mostrándole las vivencias de su pasado. —, pero nunca he llegado a sentirme tan vivo como cuando esa misma ira que tanto reprimo se apodera de mí. Qué liberador, ese instante donde nada más allá que tus propios deseos importan. Y sí, esa ira no es nada buena para quien me rodea, una razón más para recluirme en soledad. Al igual que tú, al igual que todos, no me agrada ser molestado cuando me hallo en paz conmigo mismo… Puedes acabar con nosotros ahora, o con mil soldados luego ».

Era cuanto menos imposible faltar a la verdad, si se hallaba dentro de la mente de una criatura. Por ende, le permitió entrar en su cabeza, para contarle sin suspicacia de por medio todo lo que había acontecido y el plan que estaba dispuesto a ejecutar, aquel que veinte veces se había repetido.

Para el animal eran simples escalofríos; para Connor como si una mano se cerrara en su cuello y su cabeza se ensanchase entre palpitaciones. Tan ardua era la tarea de habitar en los pensamientos del otro.

Percibió su hambre y la última comida que había ingerido hacía ya meses. Y el terrible cansancio de la monotonía de sobrevolar siempre bajo el mismo cielo casi siempre nublado. En cierta época, el Dragón había anhelado con ver el desierto hecho

agua del cual uno de sus semejantes le había contado, pero el temor de no reconocer el camino de vuelta a *Black Mountains* lo había frenado en cada oportunidad.

«Los humanos le darían caza, si se enterasen que sobrevuela fuera de las tierras en las que se confinaron los de su especie » El Onisvéhemens tuvo suficiente de él, y lo arrastró fuera del vínculo que habían forjado. Sin embargo, dejó atrás como huella un sentimiento cálido de confianza en Connor.

Su episodio de visiones que rozaban lo inimaginable se desmoronó para asentar las bases de una realidad aún menos verosímil. Cuando abrió los ojos al mundo, el sol del mediodía comenzaba a asomarse entre las nubes, y el Dragón los observaba a ambos desde toda su altura con un rostro reflexivo e inmutable. Sus escamas de metal oscilaban con el viento, como anémonas de un arrecife con las corrientes del mar. Bebían de la luz del día y la irradiaban con incluso mayor generosidad.

— Estamos muertos o alucinamos — Se dio cuenta de que aún cogía de la mano a Atenea, al escuchar su dulce voz. Y se giró para ver como derraba una lágrima de felicidad y alivio. — Porque no hay manera de que esto sea cierto.

Connor se soltó de ella, no sin antes besar la mano a la que le había jurado confiarle la vida y a la que agradecía haberle entregado su calor. Le devolvió el crisoberilo y se retiró unos pasos, para finalmente vociferar una risotada, abriéndose de brazos y clamando a su propio cielo sin dioses, con aires de grandeza.

— ¡Y decías que era una locura esto! Haz oídos, Ojos de Luna, al rugido de la Vehemencia.

El Dragón se afianzó con empeño sobre sus cuatro patas, y preparó un bramido capaz de hacerse oír en cada rincón de las montañas. Y con su aliento amedrentador, en aquella cima se escuchó un estruendo tal que resonaba como el abrir de unas puertas al Infierno. La colina se estremeció como despavorida y una roca estalló en mil pedazos que fueron cayendo ladera abajo hasta provocar una avalancha.

Pues su poder era la descarga vehemente de su voz. Y no fuego maldito que quemase al inocente.

# Atenea VIII

— Ojalá estuvieras aquí para verlo — dijo en voz baja para su difunta madre. —. Es tan malditamente hermoso.

— Bueno, gracias. Pero no era necesario que dijeras eso — arrojó Connor, alegre y complacido, mientras caminaba de regreso.

Atenea apartó la mirada del paisaje de ensueño.

— Cierra la boca. — dijo riendo.

Connor bajó la cabeza. Su media sonrisa derrotó a Atenea y a todo el agravio que pudiese sentir.

— Tómate tu tiempo. — Y él quiso apartarse sin irse demasiado lejos, aguardando con el arco compuesto entre las manos.

No se permitía llorar en su presencia, pero ya no le importa que la viese en duelo, débil por un minuto al día.

Atenea regresó la vista al frente. Ladera abajo, aquel campo de azucenas blancas prosperaba en paz y silencio a través de una llanura que acariciase el horizonte. Las flores se mecían en grupos y la brisa levantaba pétalos que volaban sin rumbo claro. El olor de la floresta traía consigo recuerdos tan preciados como irrepetibles para el corazón. No pudo evitar regresar unos segundos al jardín de su madre y a sus manos que con tanto cariño protegían todo cuanto tocase. Y como migajas al viento, uno de los pétalos se elevó más que muchos otros hasta remontar ladera arriba. Cerca, pero inalcanzable para Atenea. E igual de insuficiente.

Por fin había dejado de escuchar tantas historias sobre viajes. Y por fin empezaba a conocer esos lugares. Todo gracias a él y a su desquiciado plan.

— Ya está bien. Dame ese arco, Connor Bressler.

« Bastarda », le recordó más tarde una voz que solo buscaba distraerla del objetivo.

Su debilidad los había matado tanto como la espada del *Ariete*.

Llevaba dos fallos y solo cuatro aciertos, cuando Connor le tendió su última flecha. Al apuntar al malviviente tocón que brotaba torcido de la tierra y que hacía las veces de blanco, repasó en su mente paso a paso todo lo aprendido. Tensó, disparó, y atinó por quinta ocasión.

— Bueno… No está mal, he de admitir — le anunció en tono sarcástico su compañero haciendo uso de un aplauso. —. Venga, otra ronda. Pero corrige tu postura, por enésima vez.

Casi con total seguridad, si no se «encorvase tanto», como Connor se empeñaba en recordarle, él no habría hallado nunca la Daga Sagrada que escondía bajo su aljuba. De camino a espetárselo, los ánimos de Atenea por defenderse quedaron atrás. Estudió el resultado del mayor de sus esfuerzos, y lo que observó le habría irritado el orgullo sino se sintiera tan lánguida de voluntad. Existía un abismo de destreza entre ambos, motivo por el cual no había albergado demasiada avidez por entrenarse con el arco desde un

principio. A desgana, le arrojó el arma a su instructor soberbio antes de volverse por donde había venido.

— Como quieras. — voceó él.

Connor no habría fallado. Cada una de sus flechas se habrían empotrado milimétricamente una al lado de la otra. Allí donde posaba la vista iba una flecha. Las de Atenea, por el contrario, se habían hundido todas en la madera alrededor del agujero que tallase como centro y al que había estado apuntando. Si le pidiese a Connor que atravesase uno de los proyectiles con la punta de otro de un tiro limpio, seguramente lo conseguiría al cabo de algunos intentos.

Días después de haberlo conocido, al menos ya no padecía del disgusto que era soportar su displicencia ni sus breves, pero comunes, arranques de pedantería. La tormenta y el tormento de su carácter habían amainado para mejor. Eso sí, le había tomado un tiempo impensable darse cuenta de que Connor tenía razones de más para ser un desdeñoso y altanero.

— Es cosa de hombres. — se había dicho un día, pero a decir verdad casi todo lo que hiciese no era algo de lo que otros hombres fueran capaces.

Al fin y al cabo, ¿cuántas personas podían regocijarse al admitir que tenían una conexión más allá de toda lógica con los animales? Nadie. Ni siquiera él, puesto que lo perseguirían, si supiesen que se había enlazado con un millar, para que explorasen medio reino en busca de una Bestia. Y para colmo, lo había arriesgado todo al persuadir a un Dragón como pocos lo había, para que combatiese a su lado como si fuese alguna clase de mercenario a sueldo. Había sido su plan, uno descabellado incluso para un Dádiva, pero estaba funcionado por el momento.

« Por si fuera poco — Suspiró profundamente —, con la ayuda de sus trucos sucios de cuchillos se equipara a mí en combate. »

No era una competencia por ver quién era más hábil o quién fuese más valioso para la misión de sus vidas, pero Atenea estaba cansada ya de estar un paso atrás; cansada de sentirse más como un simple acompañamiento que una auténtica ayuda.

Más tarde aquel mismo día, el lamento de su espada se volvió el único amigo de sus pensamientos. Armaba un vaivén con la piedra de amolar, mientras una extraña maraña de pesadez, impaciencia y amargura jugaba a azotarla en cada rato de su silencio. Se había llevado un trago amargo al descubrir la brecha que se estuviese hendiendo en su orgullo.

A la distancia, sobre la orilla del barranco, las rígidas escamas del Onisvéhemens parecían danzar en ondas armónicas con cada movimiento que hacía. El esplendor del sol poniente se reflejaba en toda su armadura. Reptó hasta la saliente de la montaña, apoyó la cabeza sobre las patas delanteras, y se echó a dormir, con un bramido de satisfacción. Tan a gusto como un gato somnoliento. De sus fauces chorreaban hilillos de sangre y a su lado yacían algunos huesos triturados, que daban la impresión de crecer como mala hierba, del último plato del festín que se le había prometido.

— Sigamos sobrevolando — le había reclamado a Connor al mediodía. Nunca habría imaginado que diría tales palabras. —. En cualquier dirección. Pero no nos

quedemos aquí a esperar. — Resultaba difícil y exasperante cruzarse de brazos y sentarse al ver el tiempo fluir con lentitud, cuando vidas a las que solo se pensaba salvar corrían un peligro inminente.

Connor favoreció los caprichos de la colosal fiera de metal, que había rehusado la partida, cuando aún restaban muchas horas de luz.

— Tiene el estómago lleno. Ni siquiera puede recordar la última vez que eso sucedió. Quiere descansar y tirarse a echar una siesta.

— ¡Hazle saber que dormirá todo lo que quiera después de que realmente nos ayude! — gritó, señalando al animal con severidad.

— Soy un Dádiva — le dijo él en voz mucho más baja. —, no hago encantamientos como un hechicero ni milagros como un dios. Perder tiempo me agrada tanto o menos que tú, pero poco es lo que puedo hacer. No lo controlo, ¿recuerdas? No soy capaz de poner muchas ataduras a un ser tan alejado de sus instintos más salvajes.

De manera que no vieron más opción que aguardar a que el condenado haragán echase a volar de nuevo, una vez lo creyera conveniente.

Montar a lomos de un Onisvéhemens y otear desde las alturas a un mundo donde las copas de los árboles eran poco más que minúsculas hormigas había sido una experiencia única: maravillosa y aterradora a partes iguales. « No — se dijo, reconstruyendo sus memorias. —. Tan maravillosa como cualquier sueño y mucho más aterradora que mis pesadillas. » Y al conjuro de aquella evocación extraordinaria, le recorrió el cuerpo un violento escalofrío que le aceleró las pulsaciones sin importar que se hallase con los pies en la tierra y no sobre las nubes.

No era para menos. El poder de la Vehemencia iba más allá de todo lo que creía saber acerca de los Dragones. Cuando apenas se habían marchado del inmundo *Black Mountains* y la naturaleza verde, alegre y floreciente se extendía bajo sus narices, el Onisvéhemens se desbocó del ímpetu, incontrolable cual yegua en celo.

Solo que esta «yegua» poseía una envergadura de metal que abultaba decenas de veces lo que debería y sus voces afanosas eran en realidad rugidos atronadores capaces de pulverizar la roca.

Atenea rememoró cómo había desmenuzado cachos de montañas con sus esquirlas del tamaño de una pierna, que salían disparadas por debajo de sus alas y estallaban como barriles de alquitrán al mínimo contacto; cómo había decapitado árboles en pleno vuelo con el roce de sus alas más afiladas que cualquier espada; y cómo con toda naturalidad abría un boquete en el lago con la fuerza demoníaca de su bramido, para adentrarse a las profundidades donde no tuvo necesidad de nadar, puesto que su aliento le abría un camino para que volase por debajo del agua. Y al final, surgió a la superficie sin ninguna gota entre sus escamas.

Agradeció que los hubiera echado tanto a Connor como a ella a un lado antes de llevar a cabo esto último. Quizá fuese una fiera con al menos un extracto de juicio, después de todo.

Antes del asalto a la Capital lo más cerca que había estado de presenciar a una criatura tan insólita había sucedido durante una visita a una granja fuera de las murallas.

Una anfisbena se había topado con Ross y Atenea arrastrándose por el suelo y zarandeando las lenguas de sus dos cabezas. Tenía una en cada extremo de su cuerpo. De pronto, su conciencia se transportó a aquel día, y soltó una risita gustosa al recordarlo. Ross se había horrorizado al notar ambas cabezas de la extraña serpiente que estaba yendo directo hacia ellos. El pelirrojo se hizo con una azada y sin recato alguno cortó al animal a la mitad. Cuando para su sorpresa la anfisbena se dividió, transformándose en dos serpientes comunes que lo perseguían con hostilidad, Ross tiró por tierra su hombría y echó a correr.

En breves, su gusto se desdibujó, torciendo los labios de tristeza. Ya habían transcurrido demasiados días. Su mejor amigo podía hallarse a salvo escondido en algún recoveco, o de lo contrario sería comida para los cuervos.

— ¿Y que habrá de Moira? Con su lanza y un poco de suerte, Ross podría salvarse el pellejo una o dos veces, pero mi tía se encuentra sola.

Tanto si el mayor de sus temores se había hecho realidad como si no, lo cierto era que no quiso regalarle un segundo más a sus lamentos; no iba a despilfarrar más energía en ideas que no la llevaban a ningún lado. « Así como esta espera no me lleva a ningún lado. » No se distinguía entre las demás por ser una mujer que se cruzase de brazos.

De este modo, desembocó en una ansiedad incipiente que la hizo caminar inquieta, de ida y vuelta como un animal encerrado. Su mirada se posó en las alforjas de cuero que había adelante y el reguero de las cosas que Connor dejase alrededor. Sobre la hierba rizada descansaban una multitud de objetos: mapas, puntas de flecha, un par de odres, comida…

« Qué desordenado », pensó antes de comprender que ambas bolsas yacían vacías a la vista y que no había ni rastro del paradero de la Daga Sagrada.

Inmediatamente la espoleó el miedo y aquel molesto diablo que susurraba al oído que lo peor siempre podía llegar a suceder. Se precipitó a zancadas, rezándole por primera vez en mucho tiempo a Dios. Si este la escuchó, lo cierto fue que Atenea no se apresuró a adjudicarle a él ningún consuelo al notar la empuñadura en el fondo de la primera alforja. Le pareció una sandez digna de una niña su reacción, pero esto no le quitó mérito a la exhalación de alivio que soltó al aire.

Atenea retiró la vaina de diamante negro, y examinó la reluciente hoja al sol de la tarde. Parecía beberse la luz, brillando como nada que hubiese imaginado antes; por poco se envolvía en un aura milagrosa de su propio resplandor. Y si aguzaba la vista, daba señales de crear su propio halo. Habría sido el platino más bello e impoluto que podría existir, salvo que en realidad no estaba compuesto por ningún metal.

« Frágil, pero venganza es lo único que quieres ». No era verdad, pero un motivo incierto llevó a hacerla pensar eso durante un instante.

Hasta aquella ocasión inesperada, Atenea no se había atrevido a tocar el arma sin el velo blanco en el que su madre lo había envuelto, o siquiera contemplarla sin la funda puesta encima.

Nunca más haría algo tan estúpido como lo que estaba a punto de hacer.

No le tembló el pulso ni lo pensó dos veces. Determinada, en medio de un maremágnum de osadía, pretendió llegar a paso vivo hacia el Dragón. Habría intentado gritarle y azuzarlo para que echase a volar, si una mano ajena no la hubiese detenido. Sus ojos negros no escondieron su ansiedad, cuando se cruzó con ellos.

— No pienso esperar más. Hay que hacer algo — La condescendencia no era lo suyo. Si algo no era justo, lo expresaba de la forma más tosca. —. Si no haces algo al respecto, yo lo haré.

— ¿Y qué tienes en mente? ¿Encararlo de frente con eso en la mano?

Se percató de que continuaba empuñando el arma. Con el brazo firme y tiritando de fuerza. De tamaño sobresalto, al escuchar el resoplido del Dragón tan cercano a ella, casi la deja caer al suelo. Lo siguiente que la azotó fue un sentimiento de repulsión y remordimiento tal que se la entregó a Connor.

— Oye, te ruego calma y paciencia — Él le colocó las manos en los hombros y sonrió. —. Te alegrará saber que tuve la razón. El ejército de la Horda de las Bestias se encamina a su destino no muy lejos de aquí.

— ¿Qué? — Abrió los ojos como platos, dejando escapar en el camino aires de incredulidad. — Pe-pero… ¿Cómo?

— No vas a creerlo, pero — Y se sonrió todavía más. — me lo dijo un pajarito.

— ¿Hace cuánto sabes eso?

— Desde hace una hora.

Atenea no pudo hacer otra cosa que no fuera empujarlo, verdaderamente enojada con él y su picardía.

Connor se cubrió la boca con el dorso de la mano, ocultando sus dientes al reír.

— Iba a decírtelo, pero te hallabas tan molesta que no quise acercarme. ¿Qué más da, Atenea? Ahora lo sabes. De haberlo sabido antes, no habría cambiado nada.

— Habría cambiado mi humor — « Idiota. Ya no veo con malos ojos cuando hablabas menos que una tumba y solo tú eras el amargado. » — ¿La Horda de las Bestias? Lo creeré cuando lo vea.

— Ya sé que no está bien, pero me he aficionado a sulfuraros, mi lady. Podría apostar todo a que no hay por estos lares muchos ejércitos compuestos por diez mil personas. Los vi.

— ¿Y sobre la Bestia?

Un águila dorada descendió del cielo dando surcos un cuarto de hora después. Anunció su llegada con chillidos antes de posarse con cuidado en el brazo que el Dádiva le había extendido. Atenea supuso que era la misma ave en cuanto la vio. Abultaba cuanto menos el doble que cualquier otra que no conservase la majestuosidad de su plumaje de diez soles. Y por suerte, trajo consigo rumores que no obedecían lo inadmisible.

— Me complace anunciarte que toda va como la seda — Esta vez Connor no hizo ademán alguno en sonreír. —. La Horda parece saber exactamente su posición, pues se dirigen hacia ella, al igual que nosotros ahora.

Despertó a mitad de la noche mientras el mundo seguía silencioso a la marchita luz de las estrellas. Se había quedado dormida sin pretenderlo, cuando el sol todavía brillaba en el horizonte. Atenea cargaba con la pesadez del sueño, pero no podía continuar durmiendo, en vista de que Connor no se hallaba cerca. Transcurrió un buen rato hasta que lo encontró, junto al precipicio donde había estado antes el Dragón.

Su compañero se arrellanaba echado sobre una gran roca, encerrado en su cabeza y sin quitar ojo del cielo estrellado, mientras jugaba con uno de sus cuchillos. Más tarde, Atenea advertiría con preocupación que no se trataba de un cuchillo, sino de la mismísima Daga Sagrada que podía seccionar el filo de otras armas con pavorosa facilidad. Pero aquello a Connor parecía no importarle lo más mínimo.

— Otra vez te mantienes despierto toda la noche. — le dijo a él con un atisbo de reproche en sus palabras.

— ¿Te conté alguna vez que sufro de insomnio? Hay noches en las que simplemente no pego ojo.

Durante el silencio posterior, Atenea se permitió un momento para dejarse seducir por la belleza del entorno. Aquella cima en la que se encontraban era extrañamente angular, como un dedo abultado que apuntaba hacia un cielo despejado sin luna. No se oía nada más que el sutil aullido del viento contra las laderas. Y abajo, en los bosques ennegrecidos, todo era una paz y quietud abrumadora, como si el mundo entero estuviese muerto o de luto. ¿Era esta la calma que precedía a la tormenta?

— Ya son dos noches seguidas. — le advirtió Atenea. De seguir así, estaría demasiado cansado para combatir.

Gracias a Dios, Connor paró con sus ademanes y maniobras de cuchillos. Colocó la Daga en su funda, y la dejó descansar a un costado. Pesaroso, se sentó allí mismo.

— Para ser honesto, no entiendo cómo funciona la mente de esos soldados que sin importar que se jugarán la vida al día siguiente beben, duermen o tienen sexo antes de la batalla. No puedo pensar en otra cosa que no sea mi propia muerte.

Ella no supo que decir con exactitud. La impresión le había robado las palabras. Recién entonces se percataba que, más que la vida de sus seres queridos era la suya la que se encontraba en mayor riesgo.

— Espero que al menos hayas podido descansar algo — siguió él. —, porque ya no habrá más tiempo. Partiremos en unas horas. Sin tregua hasta toparnos con el campo de batalla.

« Entonces, ¿esto es todo? — De repente, una ola de inquietud ahogó toda la desesperación que había sentido. — Estabas impaciente por moverte y ahora sientes que no puedes. »

Atenea se sentó a su lado, esta vez sobrecogida. Durante largo rato no se dijo nada más. Connor no perdía la vista de las estrellas. Y entretanto, ella recordó con melancolía todo lo que había hecho junto a él en el bosque, todo lo que había visto, todo lo vivido gracias a él. Eran experiencias que no volverían a ocurrir. Pero fue de alguna manera un buen augurio que supo arrebatarle el rencor y el miedo que la acechaba.

— ¿Por qué siempre miras las estrellas? No ha habido noche en que no lo hagas.

— Y si esas estrellas fueran en realidad soles como el nuestro, ¿te has puesto a pensar en ello?

— Pero se dice que…

— Sí, que es nada más una bóveda — se adelantó con gesto cansado. —. Y que las estrellas son puntos de luz colocados allí para iluminar noches sin luna como esta. Si voy en contra de la Iglesia en cuanto a religión, ¿por qué habría de creerle en aspectos de astronomía? — La miró a los ojos por primera vez. Y lo que antes en Connor se habría convertido en un destello de arrogancia, no fue más allá de un tono afligido y una sonrisa triste. — Esa visión es demasiado pequeña. ¿Y si no fuéramos el centro de toda la Creación? ¿Y si nuestro sol en realidad fuera una estrella que nos parece enorme por estar sencillamente cerca, y a su vez, todas las estrellas que observas fuesen otros soles? Si así fuera, seríamos demasiado pequeños para saberlo.

— Eres como un viejo — le arrojó de pronto Atenea con una sonrisa sincera. —, sabio, testarudo y meditabundo.

— Es el asunto que solía elegir mientras observaba las estrellas. Pero no es lo que hoy me fuerza a mirar al cielo.

— ¿Y cuál podría ser ese motivo? — quiso saber, genuinamente interesada.

Cogió la Daga de nueva cuenta, y retiró su funda. Se la mostró a ella, y por alguna razón, pocos eran los astros que se veían reflejados en su hoja. Eran doce las estrellas; las demás no se presenciaban, como si en realidad no existiesen.

— La inmortalidad del alma — confesó sin expresión. —. Ya lo habrás escuchado antes. La historia cuenta que, al morir una Bestia o Demogorgón, todo su ser se convierte en migas de luz mientras abandona esta tierra y asciende al cielo para pasar una eternidad en forma de estrella. De ahí a que estas tengan nombres. En noches sin luna como esta las estrellas reinan. Y a pesar de esto, es posible ver a simple vista la marca de cada criatura que ha dejado atrás su naturaleza para volverse algo más. Como si fuese la clase de laurel más loable que pudiera existir — Apuntó con un dedo donde tres estrellas se posicionaban en casi un triángulo perfecto. —. He allí a Brenno, a Krauser y a *Léviathan* — Después, siguió con otras confinadas dentro de una constelación. — Persephone, Ara, Garmr, Laznar y… Bueno, no los nombraré a todos. Lo de las migas de luz no es una leyenda, es una realidad. Algunos hombres de ciencia se atreven a decir que no están del todo muertos, que nos observan, así como yo a ellos.

Atenea lo sabía, por supuesto, al igual que cada persona con al menos dos dedos de frente. Los libros hablan sobre ellos, pero nunca le había interesado tanto como a Connor conocerlos. De todas formas, se dejó llevar por los encantos del cielo nocturno y trató de comprender lo inimaginable: a la fuerza creadora de todo aquello.

— Y aun así no crees que pueda haber algo superior a nosotros. — arrojó, deteniendo su vista en los Astros de las Bestias. Estas eran inconfundibles, pues se mostraban tres o cuatro veces más enormes con descollante brillo multicolor.

— Y aun así no creo que pueda haberlo.

Connor enfundó la hoja, y se guardó el arma para sí mismo.

Y con una espina clavada en el orgullo se enteró que su compañero había decido por ambos su propio destino. ¿Quién se sacrificaría a favor del Reino? Era una pregunta que por su cabeza jamás había cruzado, pero conociéndolo a él, Connor habría tomado la decisión desde el inicio.

No pudo evitar pensar en ser Damon Kingsley y en otros tantos cuyos nombres no dominaba. Hombres y mujeres intrépidos, quienes tarde o temprano habían fallecido haciéndose migas de luz.

Aunque le habría encantado desdeñarlo, no consiguió enojarse con él. No, se hallaba ocupada degustando aquel sentimiento tan repulsivo. « No puedo pensar en otra cosa que no sea mi muerte », repasó en su cabeza. Sentía la duda a flor de piel, como un parásito que reptase por su pecho, presionándolo, pero jamás sería capaz de reconocerlo en voz alta.

— Estás viendo el vaso medio vacío — No supo que más decir. —. Eso de morir es el temor más común. Pero recuerda que la mitad sobrevive a la contención.

— No es morir lo que me asusta, Atenea. Todos seremos polvo alguna vez. Malgastar mi vida tratando de vivirla es el único miedo que me queda. Que llegue el día en el que sea demasiado tarde para alcanzar aquello que tanto he perseguido, porque no pude o no me dejaron. Esa es la razón por la que paso mis noches en vela — confesó, con gesto intranquilo —. Tengo este monstruoso rechazo hacia mancharme las manos con la sangre de alguien más… No quiero morir y no faltaré a mi palabra por más que cueste, pero tampoco puedo permitir que las últimas personas a las que amo sean asesinadas. — Desde hacía unos días, su rostro expresaba más de lo que tenía por costumbre, pero ¿cuántas eran las cosas que aún le ocultaba aquella mente inexorable y rodeada por un aura de misterio? — Me he pasado años maldiciendo en silencio a quienes caían en este círculo vicioso de venganzas, a quienes mataban para proteger una vida — Parecía que reía por no llorar.

» Perseguir la paz por medio de la guerra… Por actitudes como esa me hice jinete de exploración. Para recluirme en el bosque y vivir lejos de todas esas encrucijadas que carcomen la mente. Sin embargo, nada de esto sirve, cuando un soldado está blandiendo una espada justo en frente de ti. Sin importar lo que pienses, no se detendrá.

— Eres como un viejo, sabio, testarudo y meditabundo — repitió, pretendiendo arrancarle una sonrisa de la mejor forma. — ¿Quieres qué hablemos sobre Grace, sobre Elizabeth?

— ¿Tú quieres hablar sobre los tuyos?

Al cabo de infinitos tragos amargos pasados en silencio, no había nada que ansiase más que recordarlos en voz alta junto a alguien que lo supiera valorar. Y durante la siguiente media hora compartieron momentos íntimos en los que le contó maravillas acerca de sus padres, sin estar segura de si algunos fragmentos no los había detallado en anteriores días. Le habló también sobre Moira, sobre el esposo que había perdido muy pronto y cómo se había empecinado en no volver a amar; acerca de su amigo Ross, de su buen humor ante la vida pese a la terrible nube de infortunio que lo seguía a donde quiera que fuese, y de lo valioso que era para ella su amistad.

Escuchó de los labios de Connor palabras breves pero reveladoras sobre el cariño que le profesaba a su hermana y a la mujer que había sabido remplazar a aquella otra madre que perdiera. Conforme avanzaba su relato, iba descubriendo que aun cuando sus historias fuesen valiosas para él, Connor no se inmutaba de sobremanera. En lo que respectaba a Vyler y Valysar apenas hizo mención de ellos.

Y dejó en evidencia que le interesaba más conocerla a ella que darse a conocer. De manera que Atenea tomó las riendas de la conversación, olvidándose por un tiempo de toda inquietud. Después le contaría la historia de Ross y la anfisbena y de sus incontables campañas y fracasos por robarse el corazón de una mujer. Atenea lo acompañó en las carcajadas, complacida, pero añorando sin reparo a quienes ya no estaban presentes.

— Gracias. — concedió él, luego de haber ahogado su sonrisa.

— ¿Por qué?

— Por hacerme reír.

— Ah, no lo haces mucho, ¿verdad?

— Soy un hombre de risa fácil. Pero… han sido muchos malos ratos. En algún lugar, aún yace ese niñato hipersensible que reía y lloraba con tanta facilidad.

— Me habría encantado que nos hubiéramos cruzado antes. Me divierte la idea de haberte hecho llorar — Y le habló de su pasado, de cómo había sido ella cuando niña, de un carácter tan adusto o más dócil que un cachorrito, según la ocasión. Continuaba hablando sobre su infancia, cuando el recuerdo del padre que le mintió durante toda su vida salió a relucir. Sintió la necesidad de decirlo. — …Marcus fue un padre para mí, tengo su nombre de familia, la destreza en combate que aprendí de él, todos los recuerdos que una hija debería tener del hombre que la trajo al mundo, pero en los últimos momentos mi madre me reveló que no todo era como yo creía — Detalles aparte, prosiguió. —… Mi madre quería que escapara de la ciudad lo más pronto posible, porque decía que él iría a por mí de saber sobre mi existencia. Así que, tengo motivos para pensar que se trata de algún malnacido en la Horda de las Bestias. Estoy casi segura de que estará allí en algún lugar de la batalla. Solo espero no encontrarme con él.

— Él jamás te ha visto. Y tú tampoco a él. — Su intentona resultó en vano.

— Sabrá quién soy al instante — Había estado teorizando con horror. —, ¿no me has visto? Soy idéntica a mi madre. A la mujer que violó y a la que aparentemente no desistió jamás en hostigar. Fui para mi madre eso que me dijiste alguna vez… De una horrible experiencia juró haber sacado la mayor felicidad de su vida. Convirtió una penuria a su favor. Sin embargo, todavía busco ese algo que me haga sacar una pizca de bondad de toda esta tragedia.

Al advertir su voz decaída, él se acercó más, y le colocó una mano en el hombro.

— No sé qué decirte… Atenea.

« ¿Qué se puede esperar de mí con tan mala sangre? Hija de la violación »

— No quiero me consueles — le arrojó con sequedad y el orgullo irritado. —. O que falles en el intento. Eso solo me hará sentirme menos de lo que soy en verdad. —

Tiempo después, seguiría, dejándose llevar por corrientes de mayor afecto. — Ayer te disculpaste por haberme raptado, pero pensándolo mejor debería agradecerte, por más que pueda parecer un sinsentido. Puede que gran parte de este viaje haya sido bosque y más maldito bosque, pero… — Se sonrió, a la vez que trató de ocultar que sus ojos se tornaban acuosos y brillantes por una brizna de contento — *Black Mountains*, criaturas parlantes cuyos nombres no conoceremos, atestiguar cómo literalmente un millar de animales obedecía tu orden en lugar de comerse unos a otros, percibir al mundo a lomos de un Dragón… Nuestra danza en la lluvia. Quiero decir…, he podido ver más de lo que habría creído posible un mes atrás — Luego, le resultó imposible ocultar una lágrima y una cálida confesión. — Alguna vez tuve un sueño que ya no podrá ser. Pretendí ganar el dinero del torneo para cruzar el desierto, el mar y las montañas y ver todo lo que allí fuera me esperaba junto a las únicas personas que alguna vez amé. Pero hubo quienes me arrebataron ese sueño — Y lo agarró del brazo con afecto. — Tú, Dádiva altanero de mal genio, me diste un poco de la esperanza que aún conservo y, más importante, me diste un pedacito de ese sueño imposible.

Connor le estrechó la mano, y sonrió, con hoyuelos brotándole de la comisura de la boca.

— Se te olvidó añadir que soy además un engreído y un insoportable.

— También he sido una piedra en el zapato a veces con mi actitud — concedió, recogiendo la mano. Era incapaz de verlo a los ojos, con su vergüenza puesta en medio. —. Es solo que no es fácil para mí admitir ciertas emociones. Y… Tampoco ha sido agradable saber que he estado caminado detrás de ti todo este tiempo.

— ¿Crees ser menos que yo, Atenea?

— Todo lo haces parecer sencillo — Por absurdo que fuera, le fastidiaba no poder enfurecerse con él. Pero sí lo estaba consigo misma. Tanto que evitaba cruzar miradas. —. Sabes a que me refiero.

Su compañero no se apresuró en responder.

— No te mortifiques — le hizo saber al final, con voz tranquila. —. Después de todo, soy algo más que solo humano. O por lo menos, eso quiero pensar. — Estuvo a punto de levantarse e irse, cuando Connor se animó a continuar. — Jamás vi a una mujer recibir semejante golpe. Honestamente no creí que alguien fuera capaz de levantarse y seguir luchando después de algo como eso. Temí que ni siquiera lograrás despertar.

«Habla del *Ariete* y de mí», no fue difícil imaginarlo. Aún podía notar la cicatriz entre sus cabellos.

— Pero lo hiciste — prosiguió. —. Y nadie entendió cómo era posible. De no ser por ti y esa impresionante victoria, *Wyke* seguramente habría muerto. Se habría quedado atrapado en su establo o tal vez habría muerto en la batalla a la orden de su caballero.

— ¿Apostate en mi contra?

— A tu favor. Le dije a ser Vyler que ganarías en cuanto te vi entrar en la palestra.

Finalmente, lo volteó a ver, aflorando una media sonrisa.

— ¿Crees que pude haber ganado el torneo?

— Eeeh… — Él miraba a las estrellas, dubitativo. —. No lo creo. —. Y aquella media sonrisa no dudó en desvanecerse. —. Habrías llegado a la final contra ser Konash, estoy seguro. Y yo habría apostado a tu favor en cada oportunidad.

— El segundo es el primero de los perdedores.

— Ya tendrás tiempo de que eso cambie. Esta batalla no será el fin de tu viaje. Y dejando a ser Konash fuera de esto, no conozco a nadie con más potencial que tú.

— Cuando esto acabe — dijo, cambiando el tema. —, tendré que reinventarme, encontrar algo nuevo. Esas aspiraciones que antes tenía ya no las encuentro, aun estando en sueños. Ya no habrá torneos, ni premios, ni más viajes salvo uno. Este viaje el cual no sé a dónde me terminará llevando. — «Pero sé por dónde comenzar.»

— No todos vosotros sois tan malos. — soltó Connor al aire, meditabundo, hablando más para sí que para Atenea.

Si de algo estaba segura era que ella no sería menos capaz. Su orgullo no moriría ahogado en la orilla después de tanto.

Había tenido que verlo al borde la muerte, de bruces contra el suelo y arropado de su propia sangre aquel día que se hizo con la voluntad de mil fieras del bosque. Había hecho ya un gran sacrificio, casi haciéndose matar.

— Ya es suficiente de que intentes hacer todo por mí, Connor Bressler — le arrojó, haciendo cumplir su voluntad. —. Como ya he dicho antes, no soy una dama cualquiera. Y tú, erróneamente diste por hecho que la usarías. Seré yo quien empuñe la Daga contra la Bestia, si llegamos a ello. Es mía y antes de mí, le perteneció a mi madre. A ella le juré por sobre todas las cosas que la protegería, y en mis manos deberá estar en la batalla.

Connor se le quedó viendo por largo rato sin siquiera moverse.

— No tienes por qué hacer esto.

— Es mi responsabilidad. — rebatió, tendiéndole una mano.

¿A qué clase de persona estaba destinada a convertirse, si llevaba la sangre de aquel monstruo que violó a su madre? Incluso así, tenía que luchar en contra de todo y demostrarse que podía ser alguien mejor, y además valiosa para la causa que ambos compartían.

Y sin más opción, de él brotaría más tarde una expresión humilde al entregarle el arma con la empuñadora por delante.

Habían transcurrido ya unos minutos hasta que el silencio se tornó incómodo. Y, por si fuera poco, durante todo ese tiempo, Connor no volvió a alzar la vista al cielo nocturno. Tanto o más melancólico que antes, se dedicó a mirar aquí y allá con ojos apagados.

« ¿Encontrar algo nuevo? », se preguntó, atragantada por la duda, mientras lo observaba fijamente. Lo que fuera. Algo nuevo que la mantuviese en pie. Un brillo acuoso apareció detrás de un pestañeo y una sonrisa temerosa se abrió paso, cuando Atenea por fin desbarató el enredo que habían sido sus emociones.

— Este no será el final para ninguno de los dos — juró, cogiéndolo de la mano. Recordó que accidentalmente lo había cortado a la altura del pecho. —. Sin embargo, no

vayas a pensar que eres invencible. Tu armadura es un jubón con colcha y poco más. No te protegerá nada en una verdadera batalla. — Y le ofreció parte de la suya.

— ¿Y dos avambrazos harán la diferencia? — apuntó en tono divertido. Luego daría a conocer con un gesto su cautela —. Aun así, no puedo aceptarlo. ¿En detrimento de tu propia protección? Ni hablar.

— Entonces coge solo uno — No le dio respiro ni oportunidad, y fue deshaciendo los nudos. —. Es una pequeñez, pero me sentiría mejor si lo llevaras contigo. Te será de ayuda para el arco. Idiota serás, deberías tener lo tuyos. — De golpe, sus dedos se encontraron torpes, con lo que apenas consiguió desarreglar uno de los lazos. Connor tuvo que prestarle su ayuda. Y mientras lo hacía, Atenea supo esconder bien que contemplaba su rostro repleto de minúsculos lunares.

Cuando hubo terminado con cada nudo, Connor le agradeció de buena gana y con el esmero de una mirada dulce.

— Si tan agradecido estáis, mi lord, no hay mejor momento para besar mi mano nuevamente — dijo sin pensar. Y durante un segundo amagó con extender la mano hacia él.

« No, qué estupidez », se guardó para ella, condenando su propia ineptitud en seguida y avergonzándose como si Connor pudiese oír tanto sus pensamientos como los latidos del corazón.

Lo que su compañero hizo a continuación, no obstante, le erizaría la piel. Cautivada y con cuantioso agrado pudo ver cómo le asomaban hoyuelos y surcos en cada mejilla, cuando Connor cerró los ojos y carcajeó entre dientes, sonriéndose.

Estudió cada detalle de su rostro, como si fuera la última vez en una vida.

Había tantas cosas que quería hacer, tantas cosas por vivir, y exiguo era el tiempo antes de verse con la muerte.

# Acto III
# Próximanente

Liberado el 05 Julio de 2025

# Acerca del Autor

No me interesa que mi rostro sea recordado. Solo quiero que las historias que nacieron en mi cabeza estén en el mundo durante lo que tenga que vivir. Y encontrar placer en ello.

Escrito por Autor de Bestias a.k.a Manuel Alejandro.


Contacto
Reddit: Autor_de_Bestias
Twitter/X: @Autor_Bestias
Discord: Autor_de_Bestias


Acceso al contenido. Bestias de la Edad Oscura en:
Wattpad – Blogger – Booknet – Inkitt – Quotev – Inkspired – Penana – Tapas – Dreame

Acceso al Audiolibro
Youtube: @duxerman3942
- Otras plataformas en un futuro -

# Índice

* Esta obra toma inspiración en la mitologia y cultura de los celtas, pero como toda ucronía, su representación no es totalmente fidedigna a los documentos históricos.